

ELOY M. CEBRIÁN
FRANCISCO MENDOZA

Madrid
1616

Abril de 1616. Miguel de Cervantes acaba de morir y lo entierran en el convento de la Trinidad de Madrid. Cuatrocientos años después, el bibliófilo Erasmo López de Mendoza presencia la exhumación de los huesos del novelista. Lo que mal puede imaginarse es la increíble aventura que está a punto de emprender: un Quijote alternativo, un misterio llamado Alonso Fernández de Avellaneda, un inesperado vínculo entre Cervantes y cierto dramaturgo inglés, una búsqueda trepidante que nos llevará desde el Madrid de Felipe VI al de Felipe III, desde la villa inglesa de Stratford-upon-Avon hasta la cripta de una iglesia madrileña donde tal vez se oculte el mayor enigma de la literatura universal.

Lectulandia

Eloy M. Cebrián & Francisco Mendoza

Madrid, 1616

ePub r1.0

Batillo 26.04.16

Título original: *Madrid, 1616*
Eloy M. Cebrián & Francisco Mendoza, 2015

Editor digital: Batillo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Los libros siempre hablan de otros libros, y cada historia cuenta una historia que ya se ha contado».

UMBERTO ECO, *Apostillas a «El nombre de la rosa»*

«Como todos los hombres de la Biblioteca, he viajado en mi juventud».

JORGE LUIS BORGES, *La Biblioteca de Babel*

«Raro es el libro que no corro el riesgo de encontrar, y si lo encuentro, no puedo permitirme comprarlo».

GRANT UDEN

«El mundo entero es un escenario, y todos los hombres y mujeres, meros actores».

WILLIAM SHAKESPEARE, *Como gustéis*

«A menudo pienso que su relación con los libros no es del todo sana. Quizás haya sustituido los libros por el sexo y a veces los confunda».

SUE TOWNSEND, *Los diarios de Adrian Mole*

PRIMER PRÓLOGO

MADRID, 23 DE ABRIL DE 1616

Murió en abril, de madrugada, en una de esas horas imprecisas entre el día y la noche en que los vínculos entre carne y espíritu parecen aflojarse, esas horas que tan propicias resultan para abandonar este mundo. Gonzalo, que había sido su yerno y su mejor amigo, había ayudado a limpiar su cuerpo y a amortajarlo. Sabía que se trataba de una tarea de mujeres, pero se empeñó en ayudar a despecho de Isabel, su esposa, y de doña Catalina, pues pensó que la lealtad le exigía aquel último gesto de misericordia para quien había sido su segundo padre. Con todo, no le había resultado sencillo. Las úlceras y llagas, la decrepitud, la prolongada permanencia en el lecho habían roído el cuerpo del poeta de tal modo que, cuando aún le restaban algunos días de vida, apenas unas paletadas de tierra lo separaban ya de la condición de cadáver. Y ahora que su aliento se había extinguido por completo, el manto frío de la muerte apenas había obrado cambios en él. En la calavera de su rostro, labios y mejillas se habían hundido por la laxitud de la mandíbula y la ausencia de dientes, y los ojos apenas se atisbaban al fondo de los pozos sombríos de los cuévanos. Para compensar el colapso de los ojos y boca, la nariz parecía haberse afilado y prolongado, mientras que los huesos de los pómulos amenazaban con taladrar el cuero macilento que los cubría. Las extremidades, consumidas hasta el puro hueso, se hinchaban monstruosamente en las coyunturas. A decir verdad, el brazo izquierdo ni siquiera parecía un brazo, sino apenas un despojo retorcido y sarmentoso. El costillar aparentaba ser una carcasa devorada por algún carroñero, mientras que el vientre se veía inflamado por efecto de la hidropesía. Y también estaba el hedor, una pestilencia que proclamaba que aquel cuerpo ya estaba pudriéndose por dentro cuando todavía conservaba algún hálito de vida. En cierto momento, Gonzalo pensó que iban a fallarle las fuerzas. Pero apretó los ojos y se esforzó por recordar que el despojo que yacía sobre la cama era el mejor de cuantos hombres había conocido. Y así pudo ayudar a las mujeres a frotar el cadáver con jabón y con paños húmedos, a atusarle los mustios bigotes, a peinarle las cuatro hebras grises que restaban de su cabello. Luego lo sostuvo en sus brazos, como a un niño pequeño, mientras su esposa y su hija lo revestían con el sayal de San Francisco, como permitía la caridad de la orden que el poeta había profesado semanas antes de morir. Y acto seguido le cubrían la cabeza con la capucha y rodeaban su cuello con un rosario del que pendía un crucifijo de madera. Entonces Gonzalo volvió a notar ese olor a manzanas que había brotado de la boca del anciano durante los últimos años de su vida, ese olor que, según dicen, preludia sufrimiento y muerte, como en efecto había ocurrido. Por último, mientras ellas lo velaban y lo lloraban y bisbiseaban oraciones, el yerno del poeta procedió a

cumplir las últimas instrucciones que él le había dado cuando aún conservaba la voz y la lucidez.

Clareaba el día cuando Gonzalo salía de la casa camino de la iglesia de San Ildefonso, aneja al convento de la Trinidad, donde el viejo poeta había pedido que lo enterraran por la gran amistad que lo unía a la Orden, y donde todo estaba ya preparado para acoger sus restos. Antes pasó por el taller del carpintero para pedir que se apresuraran con el féretro. Una vez alertadas las monjas y el capellán, visitó casas de amigos y parientes para decirles que esa misma tarde iba a celebrarse el entierro, pues el difunto había dejado dispuesto que se abreviaran los ritos de la muerte en la medida en que el decoro y la costumbre lo permitieran. Al regresar a la calle de Francos, a eso del mediodía, Gonzalo comprobó que la noticia de que el viejo poeta había muerto ya se había extendido por Madrid, como atestiguaba la pequeña multitud que se congregaba a la puerta de su casa. Había gente de las letras y de la farándula, rostros por todos conocidos, pero también muchos vecinos anónimos que habían acudido a presentar sus respetos. Ya en la casa, Gonzalo comprobó que el carpintero había cumplido lo pactado y que el cadáver descansaba dentro del féretro, que había sido dispuesto sobre dos caballetes de madera. Al verlo tendido dentro del ataúd, con las manos cruzadas sobre su mortaja de color ceniza, Gonzalo fue consciente por vez primera del carácter irrevocable de lo ocurrido, y la pena le atenazó la garganta como una mano de hielo. Pero no tuvo tiempo para abandonarse al llanto, porque su esposa y su suegra lo urgían a formar el cortejo y encaminarse a la iglesia. Ambas iban ataviadas con tocas y mantos negros, porque hacía tiempo que habían tomado la precaución de confeccionarse los lutos para este día. Las acompañaba Constanza, la sobrina, también de luto riguroso. Y hasta el niño había sido vestido de negro para no desentonar en el entierro del abuelo. Todo estaba dispuesto para entregar el cuerpo del viejo poeta a la tierra.

Unos vecinos ayudaron a bajar el ataúd por la escueta escalera. Ya en la calle, fueron muchos los hombros que se ofrecieron para transportar la liviana carga hasta la cercana iglesia de las Trinitarias. Gonzalo reconoció al librero Robles y al impresor De la Cuesta, y a varios literatos de fama y renombre que habían frecuentado al viejo poeta durante los últimos años de su vida en Madrid. Sobraron hombros, de hecho, para tan poco ataúd. Y así arrancó la comitiva, que en el breve trecho que separaba la casa de la calle de Francos de la puerta de la iglesia recibió numerosas incorporaciones, casi tantas como viandantes preguntaban curiosos el nombre del difunto, y al saber de quién se trataba se unían al cortejo porque deseaban despedir a quien tanto solaz y tanta risa les había procurado en vida. Cuando llegaron a la iglesia, con los que allí esperaban, debían de sumar casi el medio millar. Y muchos lloraban y se lamentaban, aunque Gonzalo no los conocía ni creía que el poeta los hubiera conocido tampoco.

Entraron en la iglesia seguidos por un río de gente que se derramó por la planta del pequeño templo hasta cubrirla por completo. Gonzalo se giró hacia las puertas

abiertas y comprobó que muchos se habían quedado en la calle. Entonces le pareció reconocer el rostro de un hombre embozado que había dejado caer brevemente la capa para poder santiguarse. ¿No era ese...? Pero el hombre desapareció de repente y Gonzalo se dijo que no era posible, que debía de haberse confundido. Así pues, se giró hacia el capellán, que se disponía a dar comienzo a la misa, tomó la mano de su esposa y apoyó la otra mano sobre el hombro de su pequeño hijo.

Introibo ad altare Dei, cantó el sacerdote.

Ad Deum qui laetificat iuventutem meam, respondieron los congregados, a coro.

Y las gargantas eran tan numerosas que Gonzalo pensó que sus voces debían de estar oyéndose por toda la ciudad.

De este modo despidió Madrid a su poeta Miguel de Cervantes.

SEGUNDO PRÓLOGO

PRISIÓN DE ALCALÁ-MECO ALCALÁ DE HENARES,
2012

La apodaron la Wii, pero lo cierto es que ninguna de las internas del módulo de mujeres de Alcalá-Meco sabía cuál era su auténtico nombre. Lo que todas comprendieron desde el principio fue que la mujer alta no era como ellas. Vestía como ellas, comía lo mismo que ellas y dormía en una celda que compartía con otras dos reclusas, sin privilegios ni distinciones. Pero incluso vestida con ropa deportiva saltaba a la vista que era una señora, y como prueba bastaba con verla lucir el chándal con la misma elegancia que una princesa luciría un traje de noche. Al principio les daba hasta un poco de miedo acercársele. Pensaban que con aquella percha que tenía debía de ser la novia de algún capo de la droga. O peor, la mujer de un político a la que habían trincado por algún asunto de esos de corrupción. Y con gente así no se juega, porque hasta en la cárcel están protegidas. Pronto, sin embargo, se dieron cuenta de que la Wii se comportaba con amabilidad y sencillez con todo el mundo, y comenzaron a cobrar confianza.

El apodo se lo pusieron al principio, cuando alguien le preguntó cómo se llamaba, y ella, muy enigmática, les respondió que podían llamarla Wiborada, un nombre tan raro que ninguna de las internas fue capaz de aprendérselo, y eso que en el módulo de mujeres de Alcalá-Meco no escaseaban precisamente los nombres exóticos. Alguien tuvo entonces la idea de llamarla Wii, como la consola de videojuegos. Y con ese nombre se quedó.

Se notaba que era culta. Leía y escribía mejor que las maestras de la prisión. Y sabía idiomas, porque hablaba en portugués con María Aparecida, la brasileña, y en ruso con el grupo de ucranianas, que eran media docena y que se habían mantenido apartadas de todas las demás hasta que la Wii se dirigió a ellas en su lengua. Les ayudaba a descifrar los escritos de sus abogados, que parecían hechos a propósito para confundirlas y sacarles más dinero, y también los papeles que llegaban del juzgado sobre cuestiones de permisos y tercer grado. Hasta les echaba una mano para escribirles a sus novios y maridos, y le salían unas cartas largas y preciosas que a ninguna de las internas se les hubieran ocurrido por sí solas. Sin embargo, había algo extraño en la Wii, algo que daba un poco de miedo y les hacía a todas pensárselo dos veces antes de faltarle al respeto o incluso de tomarse familiaridades innecesarias. Marisleyis, la dominicana, le exigió con amenazas que le diera unas gafas de sol muy elegantes que llevaba, y ella se las entregó sin rechistar, lo que a las demás les supuso una pequeña decepción. Sin embargo, al día siguiente encontraron a Marisleyis en las duchas con la cara como un santo Cristo y el brazo derecho roto

por dos sitios. Dijo que se había resbalado y ahí acabó la cosa. Pero la Wii volvía a tener sus gafas, y ya nadie se atrevió a replicarle.

La Wii debía de ser extranjera. Hablaba el castellano a la perfección, mucho mejor que cualquiera de las españolas o sudamericanas del módulo, pero se le notaba un leve deje que nadie fue capaz de identificar. Quizás su condición de extranjera fuera el motivo por el que nunca recibía visitas. En cuanto al delito por el que la habían trincado, todo eran conjeturas. Unas decían que la habían pillado con un alijo de farlopa enorme. Otras, que había sido un asunto de terrorismo. Incluso corrió el rumor de que se había tirado a un alto funcionario de la OTAN para robarle secretos militares, y que la habían detenido justo cuando iba a vendérselos a los iraníes. Solamente estaban de acuerdo en que lo suyo lo instruía la Audiencia Nacional, por lo que no debía de ser moco de pavo. Pero la pura verdad es que nadie sabía nada a ciencia cierta sobre aquella mujer, solamente que parecía recomendable dejarla en paz con sus secretos, por lo que pudiera pasar.

La Wii se fugó de la manera más tonta. El plan fue tan sencillo que luego muchas se dieron de bofetadas por que no se les hubiera ocurrido a ellas. Era sábado, había visitas y, como siempre ocurría en esos días, las funcionarias estaban algo desbordadas. Soraya, la gitana, tenía autorizados los vis a vis por buena conducta, y ese día se presentaron a verla cuatro de sus hermanas. Justo cuando se iban, una de ellas, la más alta y garbosa, pidió entrar al servicio, porque estaba embarazada y no se aguantaba más. El caso es que la Wii debía de estar por allí cerca, al quite. La hermana de la Soraya salió del baño enseguida y nadie notó nada. Luego las cuatro salieron en fila india. Pero tan pronto como estuvieron fuera del recinto de la prisión, la hermana embarazada echó a correr como un gamo y nadie la volvió a ver. Es decir, a la que no volvieron a ver fue a la misteriosa reclusa que apodaban la Wii, por mucho que la Guardia Civil y la Policía se apresuraran a montar dispositivos de búsqueda y controles en carreteras, estaciones y aeropuertos. A la hermana de la Soraya la encontraron en el baño en bragas y sujetador. Estaba amordazada y la habían maniatado escrupulosamente con cinta americana.

A aquella extraña mujer que dijo llamarse Wiborada y que todas conocían como la Wii, sin embargo, se la había tragado la tierra.

CAPÍTULO I

UN MONTONCILLO DE HUESOS

Erasmus López de Mendoza, profesor universitario jubilado y bibliófilo en activo, miraba la televisión. Aquello de estar sentado delante del aparato era algo tan ajeno a su idiosincrasia que no podía evitar sentirse incómodo, como si estuviese cometiendo un acto vergonzoso u obsceno, y más siendo aquel un martes cualquiera entre semana y teniendo a Gladys en casa atareada con sus tareas domésticas y sus operaciones de avituallamiento. Sin embargo, Erasmo podía invocar un motivo sólido que le había llevado a presionar el botón de encendido del aparato (al mando a distancia se le habían deteriorado las pilas por falta de uso). Un rato antes, mientras se desayunaba con las noticias de la radio, habían anunciado que el equipo de antropólogos y forenses que buscaba los restos de Cervantes en el convento de las Trinitarias había convocado una rueda de prensa. Al parecer, iban a realizar un anuncio importante sobre la búsqueda, y él aún se sentía lo bastante involucrado en enigmas cervantinos como para no perderse lo que pudieran anunciar. De hecho, Erasmo pensaba que muy bien podía jactarse de ser el campeón de las pesquisas en torno a Cervantes desde que, cuatro años antes, su exalumna Pilar Esparza y él se habían embarcado en aquella extraña aventura cuyo fruto había sido el hallazgo del manuscrito autógrafo de la primera parte del *Quijote*.

Aquella había sido una aventura apasionante, aunque no exenta de peligros. Para recordarlo, le bastaba con intentar palpase el lóbulo de la oreja izquierda, gesto que todavía realizaba a veces de un modo inconsciente, aunque solo para encontrar que trataba de tocar el aire. La parte inferior de la oreja había sido arrancada por un proyectil que una cazadora a sueldo había disparado contra él en la sede complutense de la Biblioteca Nacional, cuando Pilar y él se disponían a realizar el hallazgo más asombroso de la historia de la bibliofilia y la investigación textual (por lo que Erasmo sabía, las tablas en las que Yahvé pirografió los Diez Mandamientos todavía estaban en paradero desconocido). Al final todo acabó bien, o casi. Es cierto que el precioso manuscrito cervantino había aparecido, pero solo para desaparecer pocas semanas después en la cámara acorazada de la Biblioteca Nacional, que por esos azares del destino había resultado ser su legítima propietaria sin necesidad de gastar en él un solo céntimo, con lo que Erasmo se había quedado sin manuscrito que acariciar y sin unos cuantos fajos de billetes con los que poder hacer lo propio. En cuanto a los malos, la cazadora de libros conocida como *Prometeo* (a quien Erasmo seguía llamando Dolores en sus arrebatos de nostalgia) había acabado presa sin fianza en Alcalá-Meco, aunque finalmente su cautiverio se prolongó mucho menos que el de Cervantes en Argel. Dolores-*Prometeo* había aprovechado un día de visita y el

despiste de alguna funcionaria negligente para desaparecer del mapa cuando aún no se había señalado siquiera fecha para su juicio, cuyo sumario incluía una docena de delitos graves cometidos en España, por no mencionar las varias órdenes de búsqueda y captura cursadas a través de la Interpol y la Europol: delitos contra la propiedad y contra el patrimonio cultural y artístico, tráfico de arte, estafa, suplantación de personalidad, falsedad documental, coacciones y violencia contra las personas en distintos grados.

La fuga de *Prometeo* había sumido a Erasmo y a Pilar en la inquietud. La joven profesora había sido la responsable de que la cazadora abandonara la sede alcalaína de la Biblioteca Nacional en una UVI móvil, tras haber estado a punto de morir aplastada entre dos anaqueles deslizantes de una estantería compacta. Era razonable pensar que *Prometeo* buscara algún tipo de venganza por las lesiones sufridas y por el fracaso de su plan, y así lo debió de pensar también la policía, puesto que pusieron a Erasmo y a Pilar bajo escolta durante algunas semanas. Pero pronto se tuvo constancia de que la prófuga había logrado abandonar el país con documentación falsa y volado hasta Colombia, donde se había extraviado su pista. De este modo tanto Erasmo como Pilar fueron recuperando paulatinamente la calma perdida. No contribuyó a ello, sin embargo, el hecho de que los jueces no se atrevieran a actuar contra Víctor Klemperer, empresario de altos vuelos, bibliópata y auténtico instigador de todas las dificultades que habían sufrido durante la búsqueda del manuscrito cervantino. Pese a las denuncias de Erasmo y de Pilar, la policía no pudo encontrar pruebas contra él ni contra ninguno de sus cómplices, incluyendo al librero Maestre y al granuja de su ayudante, el del apodo infame. De hecho, la investigación cayó rápidamente en una atonía con la que probablemente tuvo mucho que ver la inmensa fortuna de Klemperer y sus influencias en las altas esferas. Pero aquello había ocurrido varios años antes. Además, los sentimientos de rabia e impotencia de Erasmo se habían evaporado pronto al verse convertido en una celebridad de la noche a la mañana.

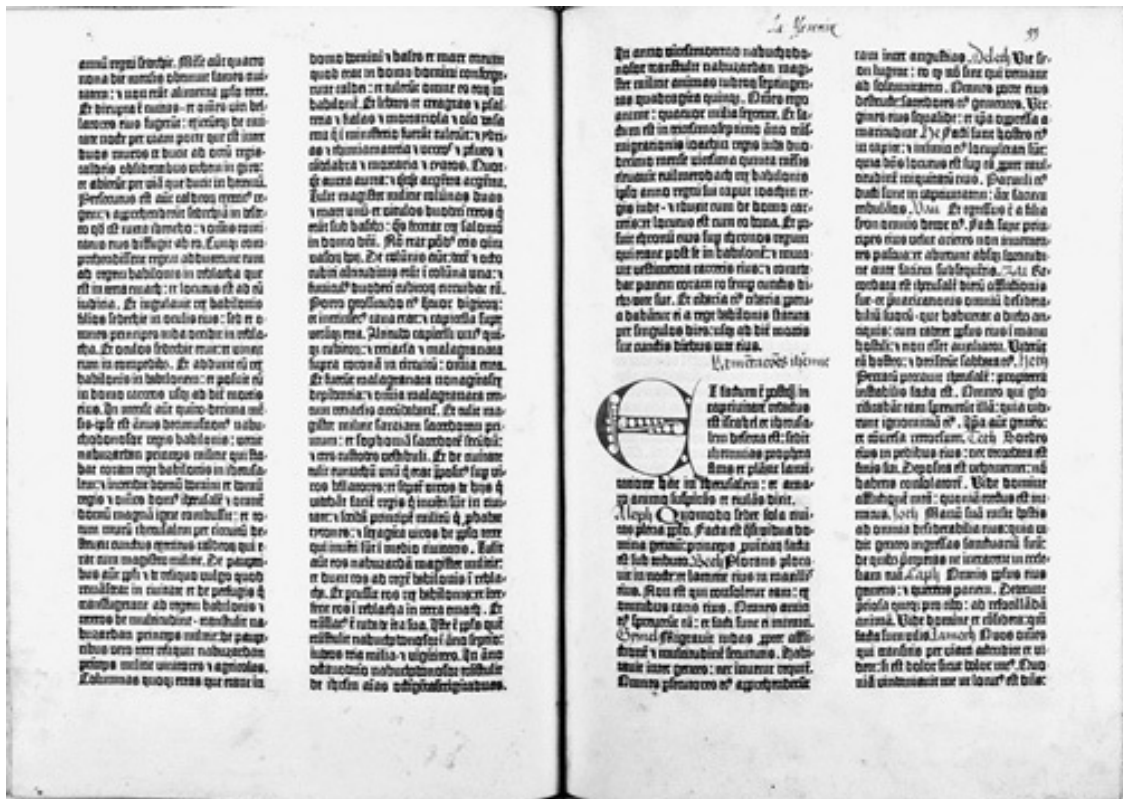
Aquellos fueron meses emocionantes. Hubo entrevistas, conferencias y agasajos sin fin. Y la posibilidad de disfrutar de la compañía de Pilar casi a diario, pues él nunca ocultó la participación y los méritos de la muchacha en el éxito final de la empresa. Es más, tal y como habían pactado, fue Pilar la que acometió la edición del manuscrito de Gonzalo de Córdoba, ese mapa cuyos trozos dispersos los habían llevado finalmente hasta el emplazamiento del tesoro. Primero se publicó la edición anotada para estudiosos, y después la edición para el público en general, que sorprendentemente se había convertido en el libro más vendido en las Navidades del 2012. Fueron muchos miles los lectores que encontraron solaz en la narración de Gonzalo de Córdoba sobre sus aventuras con Miguel de Cervantes en el Madrid de comienzos del siglo XVII, en la infinidad de dificultades que ambos tuvieron que superar hasta que la novela de *El ingenioso hidalgo*, como Gonzalo se refería siempre al *Quijote*, pudo ver la luz tras las tinieblas. Pilar había ganado dinero y sobre todo,

prestigio, una notoriedad que le abrió de par en par las puertas de la universidad, donde ahora enseñaba Literatura Española del Siglo de Oro, precisamente la asignatura que Erasmo impartía cuando su camino y el de Pilar se cruzaron por primera vez. Erasmo se alegraba sinceramente de todo aquello. Lo único que de tanto en cuanto le provocaba cierto escozor era el haberle regalado el manuscrito de Gonzalo, una joya cuya venta muy bien podría haberle permitido ampliar su colección de libros antiguos con algunas piezas de singular rareza. Tal vez por ello, porque estaba segura de que antes o después Erasmo especularía con la crónica de Gonzalo, Pilar había aceptado el regalo, que le había prometido conservar, y que ahora descansaba en la caja de seguridad de un banco. Así pues, tanto el manuscrito de Gonzalo como el manuscrito de Cervantes habían terminado su andadura en sendas cajas metálicas, lejos del alcance de Erasmo, allá donde nunca podrían ser objeto de las caricias de un auténtico enamorado como él. Lo único que lo consolaba era que al menos estaban a resguardo de las impuras manos de otros bibliófilos.

Pero una buena ración de fama prepóstuma siempre puede rentabilizarse, como Erasmo descubriría pronto. Y de este modo, mientras el foco de la celebridad brillaba sobre él, había conseguido hacerse con unos ahorrillos gracias a las numerosas entidades e instituciones que acudieron a él para que dictara conferencias y para que participara en eventos relacionados con la cultura, o al menos con lo que políticos y *gestores culturales* (horrible sintagma) entendían por tal. De hecho, su asombro creció al descubrir que podía pedir el doble o el triple de lo que le ofrecían en un principio y aun así lo contrataban sin rechistar. Fueron tantos los auditorios y salones de actos que recorrió que al final estos empezaron a mezclarse y confundirse unos con otros, y llegó un momento en que ya no sabía si se encontraba en Dos Hermanas, en Barcelona o en Logroño, porque toda la variada geografía de España se transformó para él en un único auditorio infinito. Llegó incluso a participar en una mesa redonda junto a un vehemente fulano que afirmaba que Cervantes había escrito el *Quijote* en catalán, una idea que se le antojó tan extravagante que por un momento pensó que se trataba de un programa de cámara oculta. Y como por entonces ya empezaban las cábalas sobre el paradero de los huesos de Cervantes, temió que en cualquier momento alguien aparecería para anunciar que estos acababan de ser hallados en alguna sima de Atapuerca.

A lo que siempre se negó fue a prestar su imagen para un programa de telebasura, y como no estaba seguro de que algún programa no lo fuera, rechazó tajantemente todas las ofertas de entrevistas televisivas, por sustanciosas que estas le parecieran. Aun así, lo daba todo por bien empleado, pues gracias a esta fuente de ingresos ahora honraba sus estanterías el único ejemplar conocido de la *Selva de aventuras* de Jerónimo Contreras (Alcalá de Henares, Sebastián Martínez, 1576), sin duda el mismo ejemplar cuya portada reprodujese Francisco Vindel en su *Manual gráfico-descriptivo del bibliófilo hispano-americano*. Y también el ejemplar único en vitela de una bula impresa en Toledo por Álvaro de Castro en 1490, autenticado con la

firma autógrafa de fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel la Católica y luego primer arzobispo de Granada. Y, por encima de todo, un bifolio de la celeberrima Biblia impresa en Maguncia por Gutenberg hacia 1454-1455, a la que se conocía en el mundillo de la bibliofilia como la B42, que sonaba a nombre de bombardeo pero constituía, de hecho, un tesoro cuya posesión no convenía pregonar, pues era más que probable que hubiera acabado en sus manos por derroteros no estrictamente legales. *Peccata minuta* en comparación con el puro éxtasis de poseer semejante joya.



Ay, pero aquello acabó pronto. El foco se apagó tan repentinamente como se había encendido y Erasmo se sumió de nuevo en la oscuridad del anonimato. Curiosamente, aquella vuelta a su vida anterior, a sus apacibles rutinas y a sus libros, no le supuso el alivio que había previsto, sino más bien una cierta sensación de amargura. Él, que se tenía por un misántropo recalcitrante, se había topado de repente con la emoción de cobrar la pieza más preciada de todas, la auténtica ballena blanca de la bibliofilia. Ello le había procurado fama, y para su sorpresa la sensación de convertirse en alguien reconocido y admirado le había gustado. Y aún le había gustado más poder disfrutar de la compañía de Pilar durante varios meses vertiginosos. Hasta aquella aventura romántica que había vivido con Dolores-Prometeo teñía su ánimo de una dulce nostalgia que debía esforzarse por reprimir (a fin de cuentas, aquella mujer lo había seducido únicamente para utilizarlo y obtener información de él, había amenazado a Pilar con un arma automática y, por último, le había volado parte de una oreja de un disparo). Sí, aquellos habían sido días sin duda emocionantes. Pero ahora comprendía que todas aquellas emociones habían sido su

canto del cisne, y que lo único que podía esperar ahora era el lento apagarse de la vejez y la decrepitud. En palabras de Cervantes, Erasmo López de Mendoza se sentía ya con un pie en el estribo.

Las señales estaban ya allí, sutiles pero inequívocas. La degeneración macular que sufría desde hacía años había empeorado tanto que lo obligaba a leer ladeando la cabeza para poder hacer uso de su visión periférica, lo que acababa provocándole dolores de cervicales y calambres en el cuello. La alternativa era emplear unas gafas especiales que le había recomendado el oftalmólogo, un instrumento feo y aparatoso donde los hubiera, que tenía más en común con un periscopio que con unas gafas de toda la vida. Aun así, Erasmo las había adquirido, pero cada vez que las usaba y se miraba en el espejo no podía evitar verse como el villano de una película de serie B.

También sufría de la próstata y de hemorroides. Lo segundo lo aceptaba como un mal inherente a toda persona que hace poco ejercicio y pasa mucho tiempo sentado. Y de momento mantenía apaciguadas a esas pequeñas tiranas gracias a ungüentos, a una dieta suave y poco especiada, y a un cojín que había comprado en una ortopedia, cuya virtud terapéutica consistía en que le habían practicado un agujero en el centro, justo donde la zona tumefactada entra en contacto con la superficie en posición sedente. La cuestión de la próstata, sin embargo, le provocaba sentimientos de ira e injusticia, pues no le parecía de recibo que la mera condición de varón llevara aparejadas semejantes servidumbres. Los médicos le habían dicho que se trataba de una hiperplasia benigna, pero él no podía entender qué tenía de benigno aquello de tener que levantarse hasta cinco veces cada noche para orinar apenas unas gotas, el que cualquier viaje y desplazamiento se hubiera convertido en una búsqueda desesperada (y con frecuencia infructuosa) de lavabos públicos. Finalmente, un año antes había sucumbido a los consejos de su médico y se había sometido a una intervención cuyo objetivo era ampliar el calibre de la tubería angostada. Los médicos le habían asegurado que era cosa de nada, sin necesidad de abrir, sin bisturí ni puntos. Un tubito finísimo hacía todo el trabajo, y luego a casa orinar como un chaval. Así pues, Erasmo había pasado por la intervención, de la que salió casi igual que estaba antes, aunque tan dolorido como si un bicho provisto de pinzas y garras hubiera estado hurgando en sus entresijos más recónditos, y con la convicción de que todo facultativo debería someterse de forma obligatoria a los procedimientos quirúrgicos cuyas bondades alaba ante sus pacientes.

Sin embargo, la pequeña intervención había servido para que Pilar recordara que él todavía existía. La muchacha lo había visitado media docena de veces y él se había dejado mimar, permitiéndole incluso que le preparara un té y le arreglara los almohadones de la butaca, aunque de esto último se arrepintió cuando Pilar hizo algún comentario risueño acerca del cojín perforado sobre el que Erasmo posaba la parte inferior de su anatomía. Finalmente, para su sorpresa, le había regalado un teléfono móvil. «Pero si ya tengo un móvil —protestó él—. Está por ahí, en un cajón de mi despacho. Y es un modelo más moderno que este, que ni siquiera tiene

botones». Pilar le aseguró que aquel no era un móvil de los de antes, que era un dispositivo inteligente, y que gracias a aquel ingenio podía consultar su correo electrónico desde cualquier sitio y mantener un contacto en tiempo real con quien quisiera a través de la red. Erasmo dejó que la muchacha le enseñara cómo funcionaba aquel absurdo artefacto sin botones, aunque lo cierto es que, mientras ella se inclinaba sobre él con el dispositivo en la mano, prestaba más atención al aroma de su pelo castaño y a la hendidura entre sus pechos, que afloraba levemente merced a una blusa abierta hasta el tercer botón. Luego, como quien no quiere la cosa, comenzó a acostumbrarse al uso del *smartphone*, que le ahorraba más de un viaje al ordenador y le permitía, en efecto, mantenerse en contacto con las personas más cercanas a su corazón, es decir, con la propia Pilar.

Años antes, cuando los móviles todavía tenían teclas y él aún estaba en activo, les había dicho a sus alumnos que antes se pasearía por la Gran Vía vestido de lagarterana que rebajarse a la esclavitud que suponía poseer uno de esos aparatos. Luego su difunta esposa prácticamente le había obligado a agenciarse uno por aquello de estar comunicados si iban de viaje (huelga decir que Erasmo detestaba los viajes y a cualquiera que quisiera comunicarse con él en dichas circunstancias). Ahora, sin embargo, le resultaba placentero saber que unas pocas pulsaciones en el inexistente teclado de aquel ingenio bastaban para que Pilar recibiera noticias suyas y le enviara una respuesta que a veces incluía caritas sonrientes y otros iconos de difícil interpretación (¿acaso había regresado la escritura jeroglífica y él no se había enterado?). Otras veces era la propia muchacha quien lo «mensajeaba» para interesarse por su bienestar, lo que venía precedido por una musiquilla tonta que a él, sin embargo, le sonaba más armoniosa que todos los conciertos de Brandemburgo juntos. Lo más complicado era aguantar la tentación de mandarle constantemente mensajes a Pilar (ella los llamaba algo así como «guasapitos»), lo que habría convertido aquel bendito cauce de comunicación en un incordio para ella y habría relegado a Erasmo a la condición de vejete pelmazo. Por fortuna, su deteriorada vista y la dificultad que le planteaba el uso de la pequeña pantalla del dispositivo lo libraban con frecuencia de la tentación.

El televisor de Erasmo era un modelo antiguo que, a diferencia del referido *smartphone*, contaba con un panel de mandos y teclas en la parte frontal, lo que le había permitido sintonizar el canal de noticias 24 Horas aun sin el concurso del mando a distancia. Una presentadora de muy buen ver especulaba con unos tertulianos sobre la importancia del hallazgo que estaba a punto de anunciarse. Contaban que el equipo había renunciado a excavar ante el altar mayor, porque las remodelaciones y ampliaciones de la iglesia habían obligado a trasladar los cuerpos allí enterrados hasta en dos ocasiones, entre ellos el de Cervantes y el de su esposa Catalina (Erasmo imaginó el esfuerzo que debió de suponer dar sepultura a semejante mujerona para luego tener que trasladarla). Los trabajos se habían concentrado en la cripta que se construyó cuando el complejo del convento fue ampliado a finales del

siglo XVII. En primer lugar se abordaron los nichos, de los que había más de treinta, y la suerte quiso que en el primero de ellos se hallara una tabla con unas iniciales formadas con clavos de cabeza redonda. Las iniciales eran «M. C.» y bien podían pertenecer a un ataúd, con lo que los medios de comunicación explotaron con el hallazgo. Los investigadores, sin embargo, pidieron cautela, pues la datación no parecía concordar. Se pensaba que los restos más antiguos no debían de ser los de los nichos, sino los enterrados en una fosa del subsuelo de la cripta, cuya existencia se había descubierto con el concurso de un dispositivo denominado «georradar». Y allí se habían concentrado las excavaciones cuyo resultado estaba a punto de anunciarse en la rueda de prensa convocada en el Ayuntamiento, que al fin y al cabo era quien había pagado las facturas de aquella juerga. Pero los minutos se alargaban sin que la rueda de prensa arrancara, y a los contertulios se les agotaban los lugares comunes y las vaguedades. Se trataba de unos periodistas sin especiales conocimientos sobre Cervantes, sobre huesos o sobre arqueología, aunque muy duchos en la actividad que hace a alguien acreedor a una plaza en una tertulia televisiva, que no son sino la capacidad de hablar sin decir nada, sobre todo acerca de temas en los que se es completamente ignorante. La cuestión era que Erasmo estaba empezando a impacientarse. Por mucho que todo aquello tratara de Cervantes y de sus huesos, ¿no sería preferible apagar el televisor del salón y buscar refugio en su estudio, desde donde sus libros lo llamaban con sus voces aterciopeladas y remotas? *In angulo cum libro*, como aconsejaba el Kempis, «en un rincón con un libro», en lugar de perdiendo el tiempo con las divagaciones de estos papanatas televisivos.

Sin embargo, a eso de las diez menos cuarto, y puesto que los arqueólogos no se decidían a dar la cara, la presentadora anunció que en breves momentos iban a entrevistar a un experto en Miguel de Cervantes, y el corazón de Erasmo dio un vuelco. ¿Y si de pronto sonaba su teléfono y se encontraba en antena, sin estar preparado, sin haber ensayado algunas respuestas que hicieran brillar su autoridad en la materia? Al fin y al cabo, ¿quién podía jactarse de haber arrojado más luz sobre la biografía de Cervantes? (salvo Pilar, claro, pero la palabra que habían utilizado era «experto», en masculino). ¿Convendría colocarse más cerca del teléfono? ¿No deberían haberlo avisado antes para que hubiera podido prepararse? Pero Erasmo trató de ser comprensivo. Eran cosas del directo, de la rabiosa actualidad, de la televisión. De modo que procedió a aclararse la garganta y se dispuso a bajar el volumen del televisor, pues es bien sabido que si uno no lo hace se producen ecos y pitidos por efecto del «acoplamiento», y Erasmo no deseaba dar pie a que lo acusaran de semejante impudicia.

Y de repente la presentadora anunció el comienzo de la entrevista con el experto, de quien dijo que era filólogo, académico y catedrático de Literatura Medieval, una descripción que solo coincidía con Erasmo en lo de «filólogo». Dijo que el entrevistado se encontraba en Barcelona, cuando Erasmo llevaba semanas sin abandonar la capital y jamás había experimentado el fenómeno de la bilocación. Y

para despejar cualquier tipo de dudas, pronunció también su nombre. Y este no era el de Erasmo López de Mendoza.

Era Francisco Rico, el célebre catedrático de la Autónoma de Barcelona y titular del sillón «p» en la Real Academia.

Y Erasmo deseó que don Quijote anduviera todavía por el mundo para poder reparar semejante agravio.

No habrían pasado de media docena las veces que Erasmo se había encontrado con Rico en persona. Las cuatro primeras habían sido encuentros en congresos y simposios, y el catedrático ni siquiera se había percatado de su existencia. La siguiente fue en la Biblioteca Nacional, en aquella fecha aciaga en que el manuscrito del *Quijote* fue confinado en la cámara de seguridad, una vez concluida su restauración. La última vez había sido durante la presentación de la crónica de Gonzalo en Barcelona, acto que se celebró en la Autónoma con Rico de maestro de ceremonias. Por entonces Erasmo ya había adquirido el rango de personaje célebre, y aquella *prima donna* de la Filología española no tuvo más remedio que tratarlo con deferencia. En conjunto, Erasmo lo encontró un tipo interesante. Algo levitante, quizás, como todos aquellos que son demasiado conscientes de la importancia que les confieren los demás. Y también un punto estomagante en su ironía, aunque dada la situación de la Filología española, Erasmo no le podía reprochar que se mostrara irónico casi siempre. Al fin y al cabo, el humor no deja de ser el último refugio para no caer en la desesperación. Pero siendo Erasmo un cinéfilo de toda la vida, lo que más le llamó la atención de Rico fue su aspecto de malo del celuloide. Su boca sin labios, sus rasgos de taimado oriental y aquella mueca suya tan lograda de puro sadismo habrían hecho de él un perfecto Fumanchú, un extraordinario oficial de las SS o un gánster a la altura de Edward G. Robinson. A su lado, el doctor Mengele parecería un bondadoso médico rural. Y así volvió a verlo esa mañana en la televisión, como un villano del cine que había usurpado un protagonismo que le correspondía a él por derecho divino, y porque la sombra de don Miguel de Cervantes (él también le aplicaba el «don», aunque no le correspondiera por nacimiento) así lo había dispuesto.

Entre toses y jadeos, Rico contestaba a la pregunta de la periodista diciéndole que aquello de buscar los huesos de Cervantes le parecía una estupidez, opinión que Erasmo compartía, bien a su pesar. Incluso si habían dado con algunos huesos candidatos al honor de ser los de Cervantes, ¿cómo distinguirlos de los de otros muertos vulgares? En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, el alcalaíno dijo que conservaba únicamente seis dientes, pero eso era en 1613, es decir, tres años antes de morir. ¿Cuántas piezas dentales tenía Cervantes cuando fue enterrado? ¿Sería posible identificar en un montoncillo de huesos viejos y dispersos la atrofia de la mano

izquierda? Rico lo dudaba, y Erasmo también. Y apenas entendía aquel repentino arrebató de necrofilia que padecía el Ayuntamiento de Madrid, salvo si se recordaba que iban a celebrarse elecciones municipales antes del verano. ¿Pensaba quizás la alcaldesa Botella que los huesos de Cervantes iban a convertirse en un talismán para quien había sido designada como su sucesora? En ese momento Rico recordó que ya hubo otro Botella (este de apodo) que intentó dar con los huesos de Cervantes para crear un pabellón de hombres ilustres al modo francés. ¿Y qué hacer con ellos si acaso fueran encontrados? ¿Servirían para atraer más turistas? Erasmo no lo creía así. Y no podía evitar coincidir con el catedrático en que el mejor homenaje que se le puede hacer a un escritor es reeditarlo y leerlo. Y que los huesos es mejor dejarlos descansar en paz allí donde los albuces del azar y de la historia los hubieran esparcido. «El cadáver es el excremento de la vida —sentenció Rico— mientras que las obras son las flores y los frutos». Durante unos segundos, Erasmo volvió a esos días de hacía cuatro años en que Pilar Esparza y él recolectaron el más preciado de todos los frutos. Ahora, unos ladrones de tumbas de bata blanca rebuscaban en el subsuelo de una iglesia de Madrid en pos de excrementos. Pero eran ellos los que recibían toda la atención, mientras que Erasmo se sentía olvidado, amortizado, con un pie en el estribo.

Sin embargo, las ansias crecían al tiempo que menguaban las esperanzas.

Entretanto, la rueda de prensa había empezado y Erasmo se inclinó hacia delante sin poder evitar sentir cierto cosquilleo de anticipación.

Pero aquello, más que una rueda de prensa, se convirtió muy pronto en un tira y afloja entre los portavoces del equipo de búsqueda y los periodistas. Los primeros explicaron que habían encontrado tres niveles de enterramientos en el subsuelo de la cripta, y que, según los registros conservados, el que correspondía a los huesos de Cervantes y de su esposa Catalina debía de ser el más antiguo, pues sus restos habían sido de los primeros en ser trasladados desde su lugar de enterramiento original, en la iglesia primitiva, hasta la fosa común de la cripta recién construida. El problema era que los huesos encontrados en el fondo de dicha fosa correspondían a unos diecisiete individuos, y se hallaban mezclados y confundidos. Alguno tenía que ser de Cervantes. Eso estaba fuera de discusión. Sin embargo...

«Entonces, ¿han encontrado a Cervantes o no?», preguntaban los periodistas con la mosca detrás de la oreja. Y el jefe del equipo, un hombre delgado con cierto aire cervantino, tragaba saliva y respondía con más evasivas. «Todos los miembros del equipo estamos convencidos de que tenemos entre esos fragmentos algo de Cervantes». «¡Mójense! —exigían los periodistas airados—. ¿Cómo titulamos nosotros mañana?». Entonces se colocó ante el micrófono una arqueóloga joven y morena que a Erasmo le pareció atractiva (de hecho, le recordó un poco a Pilar). Sin duda pretendía echarle un capote a su jefe, que había empezado a sudar la gota gorda. «Se trata del grupo treinta y dos —proclamaba la joven como si aquel número tuviera un significado mágico o cabalístico—. Ahora bien, individualizar los restos de

Cervantes dentro de ese conjunto es lo que va a ser más complicado».

«¡Nos ha jodido!», se dijo Erasmo apagando el televisor, pues de pronto había decidido que no quería oír nada más.

Erasmo desconocía el tiempo que habían durado las excavaciones y su presupuesto final. Él se consideraba víctima como el que más del saqueo al que cada año el Ayuntamiento sometía a los ciudadanos de la Villa por la vía de los tributos municipales. Pero lo que sentía no era enfado, sino decepción. Y no es que le pareciera que la cosa revistiera gran importancia. ¿Qué importaba que alguno de los trocitos de hueso desenterrados con tanto esfuerzo hubiera estado alguna vez bajo el fatigado pellejo de Miguel de Cervantes? Era la obra lo que importaba, como Rico había recordado un rato antes. Y él estaba de acuerdo. Pero Erasmo se tenía ante todo por un bibliófilo y, por lo tanto, un poco inclinado al fetichismo. Bien es cierto que un puñado de huesos desnudos se le antojaba un magro botín, pero al fin y al cabo se trataba de los huesos de Cervantes. El mismo Cervantes que garabateado laboriosamente aquella pila de hojas de papel que él mismo sostuvo entre sus manos, siquiera brevemente; aquellas miles de palabras que, leídas una tras otra, formaban la historia más asombrosa que hombre alguno hubiera contado. El mismo Cervantes cuyas peripecias había compartido gracias a la crónica de Gonzalo de Córdoba, su fiel amigo y ayudante, hasta sentirlo casi como alguien cercano, un pariente, casi un hermano.

No esperaba Erasmo que el equipo de científicos diera con un ataúd intacto, ni que dentro de él hallaran un cuerpo momificado envuelto en un hábito de monje franciscano. En tanto que bibliófilo, conocía demasiado bien los efectos destructivos del tiempo y de la humedad sobre la materia orgánica. No, no era tanto lo que pedía. Se habría contentado quizás con una calavera más o menos intacta, provista de seis dientes o de los que fueran, para que el mundo contemplara el templo donde residió la inteligencia literaria más feliz de todos los tiempos. Quizás un juego completo de falanges, a ser posible las de la mano derecha, que fue la que sostuvo la pluma de la que surgieron las historias que habían divertido y hecho reír a toda la humanidad durante cuatro siglos.

Pero la vida es un anticlímax permanente, y los milagros, por definición, solo ocurren una vez.

Erasmo López de Mendoza ya había tenido su ración de milagros cuatro años antes. Resultaba una ingenuidad por su parte pensar que el destino le fuera a deparar una ración extra.

Fue entonces cuando sonó el teléfono.

Sentada delante de su Apple iMac, Pilar Esparza repasó el último párrafo del artículo que estaba redactando. Era un ensayo sobre ciertos aspectos estilísticos de la

poesía de Góngora para la *Revista de Filología Hispánica* de la Universidad de Navarra. Satisfecha con el resultado, sus dedos volvieron a acariciar, veloces, el teclado. Era un ordenador nuevo y caro que respondía a sus pulsaciones con una prestancia que jamás habría mostrado su viejo PC, ahora descartado en las profundidades del trastero. Hasta poco antes, jamás se le habría pasado por la imaginación la posibilidad de adquirir un ordenador como aquel, con un precio que superaba con creces lo que ella ganaba en un mes cuando daba clase en el instituto. Puestos a pensarlo, tampoco habría soñado con vivir en un piso amplio y céntrico como el que ahora disfrutaba, cuya lista de lujos incluía una plaza de garaje y un pequeño trastero. De hecho, dudaba que la prestigiosa revista académica para la que estaba escribiendo se hubiese dignado publicarle ni la más insignificante reseña. Pero la vida resulta tan extraña como caprichosa es la fortuna, y Pilar Esparza, doctora en Filología y especialista en Literatura del Siglo de Oro, era sin duda un valor en alza.

De no ser por Gonzalo de Córdoba y su suegro el novelista, Pilar todavía estaría debatiéndose contra esa hueste de zoquetes que forman el alumnado de la ESO. Ahora, sin embargo, gozaba de un empleo mucho más cómodo como profesora titular en la Complutense. Lo nunca visto. Una plaza de profesora titular en dos años. Sin noviciados ni vasallajes, sin sumisión ni penurias. Qué lejos quedaban aquellos días en el Centro Superior de Investigaciones Científicas, aquellas míseras becas de investigación que la relegaban a una existencia oscura y marginal. Y no es que el alumnado de Filología representara la flor y nata de la universidad española, pero al menos se comportaba con cierto decoro que desconocían esos sacos de hormonas, espinillas y malas intenciones que nutrían los institutos de secundaria. Es más, a partir del segundo año en la universidad incluso podía esperarse que los alumnos redactaran sus exámenes y trabajos sin apenas faltas de ortografía.

Lógicamente, aquel ordenador, el piso que la cobijaba y el Audi A3 que guardaba en su plaza de garaje tampoco procedían de su salario en la universidad, o al menos solo en parte. Estaba también lo que había ganado con todas aquellas conferencias y, sobre todo, los derechos de su edición de la crónica de Gonzalo de Córdoba. El bueno de Gonzalo. ¿Quién iba a decirle que, cuatro siglos más tarde, el relato de sus andanzas iba a convertirse en un modesto *best seller*? Desde luego, Pilar tenía mucho que agradecerle a aquel avispado aprendiz de librero. Pero sobre todo le debía toda su gratitud a su viejo profesor. Y en ese aspecto no tenía la conciencia totalmente tranquila. ¿Cuándo había visitado a Erasmo por última vez? ¿Cuánto tiempo hacía que no lo llamaba por teléfono?

Ni siquiera tenía la excusa de estar muy ocupada. Estaban sus clases y su trabajo de investigación, desde luego, pero en conjunto sus obligaciones eran mucho más livianas que las que la afligían cuando era una simple profesora de secundaria y se pasaba las mañanas enzarzada en una guerra sin cuartel, y las tardes enterrada en exámenes sin corregir. De hecho, este cuatrimestre ni siquiera le correspondía docencia. Le habían encomendado la coordinación de los cursos de doctorado, pero

se trataba de una sinecura que apenas le ocupaba tiempo.

Pilar Esparza se había convertido en la dueña y señora de su tiempo.

Sin embargo, no sabía muy bien qué hacer con él.

Ni siquiera estaba segura de ser del todo feliz.

Ese pensamiento se presentó de pronto, como un visitante inesperado. Y el resultado fue que sus dedos se congelaron sobre el teclado y el cursor se quedó inmóvil y parpadeante al pie de la pantalla del sofisticado ordenador.

Y, de pronto, Pilar contempló la escena como si su conciencia hubiera abandonado su cuerpo y anduviera levitando por el techo de su estudio. La pieza bien iluminada gracias a la amplia ventana orientada hacia el este; las repletas estanterías de madera que cubrían las paredes; el escritorio, funcional y amplio, y una mujer de treinta y cinco años rodeada de libros y sentada delante de un ordenador.

Sola.

De pronto oyó música. Tardó unos segundos en reconocer los primeros compases de *Por la boca vive el pez*, la canción de Fito y Fitipaldis que usaba como tono de llamada en su móvil. Tuvo que hurgar entre los libros y papeles que cubrían su escritorio antes de dar con el teléfono. Sonrió al ver el nombre de Erasmo iluminado en la pantalla.

—¿Profesor...? ¿Que cómo sé que era usted? Pues porque lo tengo en la agenda... La agenda del móvil... Bueno, da igual, dígame, ¿todo bien? Lo noto un poco agitado.

Pilar escuchó en silencio durante cerca de un minuto antes de responder:

—¡Sí, sí! ¡Claro que estoy libre! Lo recojo dentro de media hora..., mejor veinte minutos.

A eso del mediodía, el Audi rojo de Pilar Esparza, con Erasmo López de Mendoza en el asiento del copiloto, dejaba atrás el laberinto urbano del sur de Madrid para enfilar la autovía de Toledo. Sin embargo, aún sufrieron otros veinte minutos de tráfico lento antes de que emergieran a una zona no demasiado agobiada de edificios que, con alguna propiedad, podía denominarse campo. Había llovido y la tierra estaba teñida de distintos tonos de verde. Erasmo creyó distinguir incluso un rebaño de ovejas en la distancia. A pesar de todo, el tramo de la A-4 que recorrían distaba de ser el escenario de una égloga. «La mayor parte de este país es de una fealdad espeluznante», se dijo el bibliófilo. Pero la excitación que sentía era tan grande que la vulgaridad del paisaje no le importó. De hecho, ni siquiera tenía ganas de orinar (o, como él decía si estaba de buen humor, rendir pleitesía a la próstata), lo que resultaba verdaderamente milagroso. Otro milagro que sumar a los que podían aguardarlos a Pilar y a él aquel día. Y el hecho de estar sentado en aquel coche junto a la muchacha no era, desde luego, el milagro más insignificante de la jornada.

El interior del automóvil olía a cuero y a electrónica. Qué diferencia con el pequeño utilitario que Pilar conducía en su aventura de cuatro años antes. La chica, sin embargo, era esencialmente la misma, como Erasmo comprobó tras admirar su perfil de reajo. Llevaba el cabello más largo que entonces, y puede que los cuatro años transcurridos hubieran complicado un tanto la sutil filigrana de arrugas de sus sienes. Pero seguía siendo tan guapa que Erasmo notó un pinchazo de dolor en alguna zona imprecisa de su cuerpo que, desde luego, no estaba relacionada con la vejiga. En ese momento Pilar debió de darse cuenta del mudo ejercicio de admiración que Erasmo le estaba dedicando, porque se volvió hacia él y sonrió.

—Está preparado, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿Para...? —replicó Erasmo distraído.

—Para la decepción que estamos a punto de llevarnos, claro.

Él asintió.

—Por supuesto. La decepción es la esencia de la vida. Deberían incluirla como asignatura obligatoria en los colegios. De todos modos, no sería la única del día.

—¿Por qué lo dice?

—¿No has visto la televisión hoy?

Pilar rio brevemente.

—Vaya, profesor, esto sí que no me lo esperaba. ¿Ahora ve usted la televisión? ¿Y además por las mañanas? Compruebo que por fin se está tomando en serio su condición de jubilado. Pero mejor búsquese un grupo de taichi. O al menos una buena zanja para poder ir a mirar a los obreros. Así saldría usted de casa y le daría el aire.

—De zanjas va precisamente la cosa —respondió Erasmo tras soltar un bufido para fingirse agraviado—. En concreto de la que han abierto en la cripta del convento de las Trinitarias.

—¿Los huesos de Cervantes? —preguntó Pilar repentinamente alerta—. ¿Los han encontrado?

—Los han encontrado y no los han encontrado.

La muchacha frunció el ceño.

—¿Y eso cómo se come?

—Los forenses esos o lo que sean han dicho que los han encontrado, pero hechos trizas y revueltos con los de otro montón de fulanos.

—¡Pues vaya!

Erasmo no supo qué replicar al último comentario de Pilar, de modo que guardó silencio.

—¿Sabe, profesor? Me da pena.

—¿Que no hayan encontrado a Cervantes?

Ella agitó la cabeza.

—No, el propio Cervantes. Don Miguel. Me da pena pensar que ahora estén montando todo este circo por un montoncito de huesos que a lo mejor ni siquiera son los suyos, mientras que en vida...

—Mientras que en vida fue un pobre desdichado al que apenas hicieron caso y cuyo genio jamás fue debidamente reconocido —concluyó Erasmo.

—Exactamente. Usted lo ha dicho. Lo que demuestra que en realidad esta vida, la suya, la de todos, no merece demasiado la pena. ¿No le parece?

El bibliófilo se giró de nuevo hacia Pilar y no le gustó el gesto de tristeza que sorprendió en su cara.

—¿Estás bien, Pilar?

La muchacha se encogió de hombros.

—Divinamente. Al fin y al cabo tengo casi todo lo que ambicionaba en la vida. ¿Y usted, profesor? ¿Qué tal está?

Erasmo comprendió que la muchacha no quería ahondar en el tema de su estado de ánimo y decidió dejarlo correr, aunque le resultó evidente que no estaba siendo sincera.

—Yo estoy hecho un chaval, como puedes ver. Lo único que echo de menos es un aparato urinario nuevo. Era la siguiente salida, ¿verdad?

—Sí, la de Illescas. Ya casi estamos allí.

Pilar abandonó la autovía y condujo en silencio unos diez kilómetros más para finalmente aparcar su coche en la espartana plaza Mayor de la población a la que se dirigían.

Los estaban esperando.

Habían pasado casi cuatro años desde la última vez que estuvieron en Esquivias, aquel emocionante día en que localizaron la segunda parte del diario de Gonzalo traspapelada entre un rintero de documentos viejos. Y quienes les habían proporcionado todos aquellos papeles eran, precisamente, la pareja que los esperaba sonriente en la plaza mayor: el hombre, enjuto y cetrino; la esposa, sonrosada y nalguda como una Venus paleolítica. Él se llamaba Miguel Córdoba (¡cómo olvidarlo!). Haciendo un pequeño esfuerzo, Erasmo recordó que el nombre de la rolliza esquiviana era Matilde. Un esfuerzo más le permitió recordar que había vuelto a ver a Miguel y Matilde alrededor de un año después de su primer encuentro, cuando Pilar presentó su edición del diario de Gonzalo en el Círculo de Bellas Artes. La muchacha insistió en ello, pese a que Erasmo no tenía la conciencia del todo tranquila con respecto a la pareja, puesto que les había comprado un documento valiosísimo por un precio ridículo. En honor a la verdad, en el momento de la transacción Erasmo no tenía constancia de que la parte perdida de la crónica estuviera entre aquellos viejos legajos de escribano. Había sido un afortunado disparo a ciegas. Pero solamente en Madrid había varios librereros de viejo que se la tenían jurada por mucho menos. La pareja, sin embargo, había asistido al acto muy endomingada y agradecida por la deferencia. Y con la misma sonrisa franca que les mostraron para darles la

bienvenida en aquellos momentos.

Hubo apretones de manos y besos. Y también cierto grado de decepción, pues Erasmo había esperado ver al hombre tocado con su gorra verde de la Caja Rural de Toledo, la misma que lucía cuatro años antes, cuando lo viera por primera vez. Sin embargo, Miguel Córdoba se había presentado con su cabello gris descubierto, y Erasmo pensó que la gorra que él recordaba habría seguido la misma suerte que la entidad financiera a la que hacía promoción. Tal era el destino de cuanto había sido la España rural: languidecer y disolverse en el olvido. Como la misma villa en la que se encontraban: Esquivias, cuyas polvorientas calles un día hollaran los pies de Cervantes, calles que hoy le parecían todavía más desoladas y tristonas y evanescentes que en su última visita. Y presentía que Cervantes, tan cosmopolita, tan amante de las grandes ciudades, las habría detestado casi con tanta intensidad como él las detestaba ahora. «En un lugar de la Mancha...». O, lo que viene a ser lo mismo, en cierto pueblo de mala muerte cuyo nombre procuro olvidar.

Mientras cubrían el breve trayecto que separaba la plaza Mayor de la casa a la que se dirigían, la pareja insistía en que Erasmo y Pilar comprobara lo bonito que estaba el pueblo, y era cierto que el pavimento se veía cuidado, había farolas con aspecto de recién estrenadas y las viejas casas lucían un aspecto remozado y lustroso. Casi era posible oler el dinero de los fondos de cohesión de la Unión Europea, que seguramente habría acabado en los bolsillos de contratistas vinculados con quienes rigieran en el ayuntamiento en el momento de acometer las obras. El resultado era una especie de decorado al estilo de *Bienvenido, mister Marshall*, un pueblo cervantino de mentirijillas que ni siquiera estaba situado en La Mancha propiamente dicha. Según les reveló la pareja, había una plaza de Cervantes, y también una calle, para que nadie pudiera acusar a los lugareños de ser parcos en su orgullo. Catalina, *la Giganta*, tenía también su calle. Y don Quijote. Y Teresa Panza. Y Galatea. Y Persiles y Sigismunda. Y hasta la Ínsula Barataria. Al parecer, la totalidad de la obra de Cervantes había sido saqueada hasta completar el parco callejero de aquel lugar. Cuando Matilde les reveló que cierto estudioso local había encontrado la partida de bautismo de Sancho Panza, y que esta podía admirarse ahora en la casa-museo de Cervantes, Erasmo no quiso oír nada más. Su único pensamiento fue que tenía que abandonar cuanto antes aquel villorrio para regresar a Madrid, y aquel sí que le pareció un pensamiento netamente cervantino.

La vieja casona ya no parecía vieja. Habían desaparecido las grietas de la fachada y el muro exterior relucía con una blancura que habría provocado la admiración de cualquier anunciante de pasta dentífrica. El dintel historiado con motivos vegetales seguía en su lugar, pero había sido despojado de la solemnidad que concede la pátina del tiempo y parecía recién salido del taller del cantero. Balcones y ventanas lucían

flamantes contraventanas y enrejados. Seguramente, la casa no había parecido tan nueva ni al día siguiente de que el escribano Miguel de Córdoba, hijo de Gonzalo de Córdoba e Isabel de Saavedra, la diera por terminada. Se había convertido en una pieza más del decorado, otra atracción de aquel parque temático cervantino que era la villa de Esquivias.

—¿Lleva mucho tiempo funcionando como hotel? —preguntó Pilar mientras contemplaba la fachada, admirada también del cambio que la casona había experimentado desde la última vez que la vieron.

—¡Quia! —repuso Miguel—. Todavía no hemos podido abrirlo. El dinero no llegaba y las obras se han eternizado. A ver si podemos abrir para el año que viene, cuando el centenario. Pero pasen, pasen.

Erasmus y Pilar siguieron a la pareja al interior. Una solitaria bombilla de bajo consumo iluminó un zaguán vacío de cualquier mobiliario y tan impersonal como la sala de espera de un dentista.

—Ha quedado bonito, ¿verdad?

Erasmus convino en que así era sin dejar de preguntarse si aquellas paredes en las que el yeso aún no se había secado ocultaban todavía los muros originales, o si por el contrario el alma de adobe y madera de la casa había quedado destruida junto con su epidermis.

—Venid —dijo la mujer—. Es por aquí.

Y los guio escaleras arriba, igual que cuatro años antes. Solo que entonces el ascenso por la escalera ruinosa se le había figurado a Erasmus toda una aventura, mientras que en esta ocasión todo resultó mucho más prosaico, incluyendo la flamante balaustrada de madera de pino, de aspecto rústico y fabricación industrial. Lo que no había cambiado en absoluto era el tamaño del trasero de Matilde (en quien Erasmus recordaba haber pensado como «la mujer mapamundi»), que seguía constando de dos orbes ciclópeos que tremolaban como enormes globos llenos de líquido bajo el tejido de sus pantalones, una prenda tan enorme que sin duda habría podido ser usada por doña Catalina *la Giganta* de haberlo permitido la moda de cuatrocientos años atrás.

El piso superior parecía un campo de batalla. Por todos lados se veían andamios y tuberías desnudas, y buena parte de las paredes revelaba aún su fábrica original. Todavía fue necesario ascender otro tramo de escaleras, por lo que Erasmus supuso que se dirigían al desván (la pieza que en aquel lugar del mundo, no muy lejana de su pueblo de origen, se denominaba «cámara»). Al igual que el piso principal, aquella parte de la casa todavía necesitaría muchas horas de trabajo antes de completar su remodelación. Parecía que la cubierta del edificio había sido reparada o sustituida en algunos lugares, y las vigas del abuhardillado habían sido lijadas y barnizadas (Erasmus confiaba en que también hubieran sido saneadas de carcoma). Con todo, el bibliófilo dudaba que la pareja pudiera inaugurar el establecimiento con ocasión del centenario del óbito cervantino, al menos no del cuarto centenario.

—Es aquí —dijo Miguel encendiendo una desnuda bombilla, pues la luz que entraba por el ventanuco resultaba insuficiente—. Esta va a ser la *suite* «Dulcinea». El hueco ha aparecido al picar en ese saliente donde queremos colocar el váter. Hemos visto que había unos papeles dentro, pero no hemos querido tocarlos por si la cagaba... Perdón, por si los estropeábamos o algo. Entonces es cuando se nos ha ocurrido llamarlo, don Erasmo.

Erasmo y Pilar se acercaron al saliente en cuestión, donde, en efecto, la piqueta del albañil había dejado al descubierto una oquedad.

—Parece una alacena tapiada —anunció Erasmo.

Y su instinto de bibliófilo y buscador de tesoros comenzó a zumbar como un moscardón furioso. Al instante le vino a la memoria el importante descubrimiento que tuvo lugar en el pueblecito extremeño de Barcarrota allá por principios de los noventa. Durante las obras en una casa antigua, apareció una pequeña pero muy interesante biblioteca emparedada compuesta por una decena de impresos únicos y un manuscrito, todos incluidos en el Índice, por miedo al cual su dueño, que había resultado ser un médico criptojudío de Llerena, los ocultaría hacia 1560.

Al igual que a una actriz crepuscular, a la casona de Esquivias le estaban practicando un *lifting* en toda regla. Pero el edificio seguía conservando su alma llena de secretos.

—¿Tenéis una linterna? —preguntó Erasmo.

Miguel y su esposa se encogieron de hombros. Pilar le alargó a Erasmo su teléfono móvil.

—¿Y esto? —preguntó el bibliófilo—. No quiero llamar a nadie.

—Tiene instalada una aplicación para poder usarlo como linterna —explicó Pilar.

Y realizó una serie de pulsaciones en la pantalla cuyo resultado fue que la lámpara que actuaba como *flash* del móvil quedara encendida de forma permanente. Erasmo murmuró un «gracias» y usó el pequeño haz luminoso para iluminar el interior del agujero. Lo que vio fue unos pliegos de papel enrollados y atados con un balduque. Introdujo la mano con cierta aprensión, pues uno nunca sabe lo que puede salir de un agujero practicado en la pared de una vieja casona, y extrajo el documento usando los dedos índice y corazón a modo de pinza.

—Por suerte es pergamino —dijo Erasmo—, que siempre resiste el tiempo mejor que el papel, pero parece bastante deteriorado por la humedad.

Conforme el rollo surgía a la luz, todos pudieron ver que el bibliófilo no había errado en su juicio. La superficie del documento lucía un tono verdoso y estaba arrugada, como la piel de un ahogado recién sacado a la superficie. En cuanto al moteado de manchas oscuras que la cubría, solo podía tratarse de hongos. De hecho, una vez expuesta al aire, comenzó a oler como un trozo de queso de Cabrales.

—¡Qué asquerosidad! —dijo Matilde—. Os hemos molestado por muy poca cosa. Pilar depositó una mano sobre su hombro.

—No creas, mujer. Algo tan bien escondido tiene que tener algún valor. ¿Cree

que es seguro abrirlo, profesor?

Erasmus dudaba que fuera seguro. El hecho de cortar la cinta y desenrollar las hojas de pergamino (había tres o cuatro, por lo que se podía apreciar a simple vista) podía suponer la sentencia de muerte del documento. Con la agravante de que cualquier cosa hallada en aquella casa en particular podía ser de una importancia capital. Su sentido común le dictaba que había que tomar precauciones. Pero el buscatesoros que llevaba dentro no estaba ejercitado en la virtud de la paciencia.

—Creo que podemos abrirlo y echar un vistazo —dijo Erasmo—. ¿Alguien tiene unas tijeras?

Con gesto de duda, Pilar abrió su bolso y le tendió unas pequeñas tijeras de uñas. Erasmo aguantó el aliento y se dispuso a usarlas. De hecho, nadie respiraba en ese momento. Se oyó un *clic* y la cinta de cuero quedó seccionada.

—Está dañado, pero el pergamino se conserva flexible —dijo Erasmo sintiendo que su pulso se acompañaba—. Veamos. ¿Tú qué crees, Pilar?

—¿Una escritura de propiedad?

—Eso parece, y la firma es perfectamente legible. Miguel de Córdoba. Tu retatarabuelo, amigo Miguel.

El aludido miró por encima del hombro de Erasmo, lo que pudo hacer sin ningún esfuerzo dada la corta estatura de este.

—¡Ah! —fue cuanto acertó a decir—. ¿Y vale algo?

La decepción era demasiado grande para que Erasmo pudiera contener la ironía.

—Seguramente no tanto como esa partida de bautismo de Sancho Panza que has mencionado antes. Además, ya ves que el documento está muy estropeado. Algunas secciones ni siquiera se pueden leer. Pero podríais restaurarlo y exhibirlo como documento histórico. Le daría mucho empaque a vuestro alojamiento rural. La escritura es tan enrevesada que seguro que nadie lo entiende, y quizás podáis decir que es el examen de reválida del bachiller Sansón Carrasco. Yo mismo podría recomendaros un restaurador de confianza que...

—¡Un momento! —dijo Pilar interrumpiendo la perorata de Erasmo.

Al girarse hacia ella, comprobaron que la muchacha estaba iluminando con la linterna del móvil las zonas más sombrías del escondite.

—¡Creo que aquí hay algo más!

Pilar usó la cámara del móvil para tomar unas fotografías en las zonas laterales y peor iluminadas de la oquedad. La izquierda mostraba un tabique sólido de piedra y mampostería. A la derecha, sin embargo, se veía algo distinto.

—Parece madera —dijo la muchacha tras estudiar la imagen cuidadosamente.

—Es cierto —coincidió Erasmo—. Una tabla fijada con unos pegotes de yeso—. ¿No habrá por aquí algún albañil que nos pueda echar una mano, Miguel?

El hombre carraspeó.

—Bueno, ya sabéis cómo son los albañiles. Van y vienen. Les habrá salido un tajo mejor por otra parte. Ahora llevamos un par de semanas sin verlos.

No era extraño que la construcción de aquel hotel rural llevara camino de durar más tiempo que las obras de El Escorial. Pero aquello no resolvía el problema.

—¿Y si probamos nosotros? —propuso Pilar.

—No. Podríamos dañar lo que haya dentro. Con la escritura ha habido suerte, pero la segunda vez quizás las cosas vayan peor.

—No me refiero a picar directamente la pared —aclaró Pilar—. Veamos. ¿Tenéis un martillo de mango largo?

Tras desaparecer durante un par de minutos, Miguel Córdoba regresó y le entregó a la muchacha la herramienta solicitada. Erasmo la contempló mientras introducía el brazo estirado por el agujero y comenzaba a descargar una serie de golpes tentativos que sonaban a hueco. Le encantaba la determinación de aquella mujer. Y no le sorprendía que todavía no hubiera sido capaz de encontrar a un hombre a su altura... es decir, un hombre de sus años. *Ploc, ploc, ploc*, continuaba Pilar con los dientes apretados y la expresión algo crispada por el esfuerzo y lo forzado de la postura. De repente hubo otro *ploc* más rotundo que los anteriores, seguido de una especie de *crac*.

—¡Ha cedido! —proclamó la chica—. Tomemos otra foto.

La instantánea mostró que, en efecto, la tabla que dividía aquella especie de alacena en dos compartimentos estaba volcada. De ese modo había quedado al descubierto otro espacio en el que se distinguía un objeto negro de forma prismática.

—¿Un cofre? —preguntó Erasmo.

—Eso parece. Necesitaremos algo más que un martillo para extraerlo de allí.

—A lo mejor esto sirve.

Miguel había vuelto con un largo palo metálico provisto de un mango de madera y una especie de gancho en la punta.

—Es un atizador para la chimenea —aclaró—. Para cuando esté terminada la chimenea. ¿Quieres probar con esto?

Pilar asintió, comprendiendo que el hombre le estaba cediendo el lugar de honor en aquel hallazgo, fuera este cual fuera. Volvió por tanto a introducir el brazo por el agujero de la pared, esta vez pertrechada con el atizador. A pesar de estar trabajando a ciegas, no tardó en extraer la tabla que cerraba el compartimento. Luego trató de acercar el objeto hasta una distancia que permitiera sacarlo con la mano.

—Es metálico —anunció la muchacha.

—¡Bien! —dijo Erasmo—. Contenga lo que contenga, un cofre metálico lo habrá preservado mucho mejor. ¿Puedes con él?

Pilar no contestó. Se limitó a gruñir y jadear durante unos minutos más. Pero los ruidos que surgían del muro eran los de algo pesado que se arrastraba en pequeños trechos. Por fin, la muchacha soltó el atizador e introdujo ambas manos.

—¡Aquí lo tenemos!

Los operarios ausentes habían dejado atrás buena parte de su material, tal vez como una prenda de su regreso. En la cámara había unos caballetes con una puerta encima a modo de mesa. Quizás la hubieran usado para almorzar. Con visible esfuerzo, Pilar colocó el cofre sobre ella. Era pequeño, de apenas 30 por 20 centímetros, por unos 10 de alzada. Su color era completamente negro, un negro tan intenso que apenas parecía reflejar la luz.

—Más que un cofre, parece una caja o un estuche —dijo Erasmo—. Un recipiente que se ha fabricado para guardar un objeto concreto. Es de plomo, ¿verdad?

—Por el peso y el color parece que sí —repuso Pilar—. ¿Piensa usted lo mismo que yo, profesor?

Erasmo asintió. Pilar se dio cuenta de que temblaba ligeramente.

—Podría ser un estuche para preservar un libro —dijo—. Un libro más bien pequeño, impreso en cuarto menor. Un libro que se desea conservar durante muchos años en el mejor estado posible.

—¿Un libro? —intervino Matilde con visible desencanto—. ¡Tanto cofre para un libro de nada!

—¡No tan deprisa! —protestó Erasmo—. Un tesoro no tiene por qué consistir solamente en joyas o metales preciosos. Imaginemos que ahora alzamos la tapa de este estuche y aparece un libro, en efecto. Pero resulta que se trata de un libro fechado en 1605 o en 1615, que la portada nos dice que ha salido de la imprenta de Juan de la Cuesta, y que el autor se lo ha dedicado al duque de Béjar o al conde de Lemos. Y reconocemos el escudo del impresor, un halcón y un león dormido con el lema *Post tenebras, spero lucem*. ¿Sabéis lo que supondría semejante hallazgo?

—¿Eso es alemán? —preguntó Miguel.

Erasmo contuvo un bufido.

—Eso significa que habríamos encontrado un ejemplar de la edición *princeps* de la primera o de la segunda parte del *Quijote*. De hecho, por el grosor de la caja, hasta podrían caber las dos. Significa que de pronto os habríais convertido en millonarios, y que en lugar de este hotel rural en Esquivias podríais permitir os construir un hotel de cinco estrellas en la Castellana.

Pilar se apresuró a poner su brazo alrededor de Matilde, pues comprendió que la mujer estaba a punto de desmayarse. Miguel se había quedado petrificado y con la boca abierta. Entre ambos labios le colgaba un hilo de baba.

—En fin, profesor —dijo la muchacha—, ¿qué tal si deja usted de contar el cuento de la lechera y probamos a abrir la caja?

Erasmo no había estado más de acuerdo con una propuesta en toda su vida.

CAPÍTULO II

LAS OTRAS MEMORIAS DE GONZALO DE CÓRDOBA

Según el científico austriaco Edwin Schrödinger, la física cuántica explica que un gato encerrado dentro de una caja pueda estar vivo y muerto a la vez. Erasmo había oído hablar de esa paradoja, que tenía que ver con algo denominado «superposición de estados». Él no sabía mucho de física. Una vez había estado tentado de pujar por una primera edición en inglés de los *Principia* de Newton, aunque desistió al comprender que la venta no se cerraría por menos de 60.000 euros de vellón. Y eso que se trataba de física de la antigua, de la que él había tenido que estudiar para la reválida del bachillerato. La física cuántica y sus paradojas ya quedaban muy lejos de su humilde mente de profesor de literatura jubilado y bibliófilo en activo. Pero en aquel preciso instante la paradoja del gato no le parecía ninguna abstracción, sino algo muy real.

Nadie le había pedido que fuera él el encargado de abrir la caja de plomo. Aun así, la actitud de los presentes ponía de manifiesto que le concedían ese honor. De modo que allí estaba Erasmo, con las palmas de ambas manos colocadas sobre la cubierta del estuche de plomo, consciente de que el gato de dentro estaba todavía vivo y muerto a la vez. Bastaría con el simple gesto de alzar la tapa para resolver la paradoja. Sin embargo, ¿y si el gato estaba muerto? Peor aún, ¿y si ni siquiera había gato?

—Profesor...

La voz de Pilar había sonado muy lejana. Aun así, lo sacó momentáneamente de sus divagaciones.

—Voy. Ya la abro.

Aunque tal vez no fuera tan fácil. Desde luego, no parecía que la caja contara con nada parecido a una cerradura. Pero tal vez el herrero que la fabricó hubiera soldado la tapa una vez guardado en el interior lo que quiera que contuviese. O quizás el tiempo. El tiempo podía haber provocado que la tapa quedara fijada, adherida al borde de la caja hasta convertir ambas piezas en un solo bloque. Y qué curioso que se tratara de una caja de plomo. Precisamente de plomo. Como la que Cervantes imagina al final de la primera parte del *Quijote*, la caja que se había hallado «en los cimientos derribados de una antigua ermita» y que contenía «unos pergaminos escritos en letras góticas pero en versos castellanos» en los que se recogían muchas noticias sobre la tercera salida de don Quijote. A Cervantes parecían gustarle las cajas de plomo. Quizás...

—¡Profesor!

Esta vez el sobresalto fue mayor.

Y de repente Erasmo fue consciente del peso de la plancha de plomo que formaba la tapa de la caja.

Y de que la caja estaba abierta.

—Pues sí, es un libro.

La perogrullada del esquiviano Miguel Córdoba flotó en el aire del desván durante unos segundos que para Erasmo y Pilar fueron de inmovilidad total. En el interior de la caja había un libro, en efecto. Un único libro. Se trataba de un volumen de tamaño discreto, pero de dimensiones que parecían rebasar ampliamente el formato de cuarto menor en que habían sido impresas ambas partes del *Quijote*. Aquello, para empezar, era una mala noticia, porque descartaba el hallazgo de alguna primera edición que pudiera venderse por varios millones de euros. Pero ahí acababan las suposiciones, porque el libro estaba provisto de una encuadernación en pergamino que ocultaba su portada. No había nada escrito sobre la piel de la tapa.

—¿A qué espera, profesor? ¡Ábralo!

Erasmo extrajo cuidadosamente el libro de su estuche de plomo, tratando de contener los leves temblores que se habían apoderado de sus manos. Y todavía le resultó más difícil disimular su nerviosismo cuando abrió el volumen aproximadamente por la mitad. Al hacerlo notó que el estuche de metal había cumplido bien su función de proteger su contenido de la luz, la humedad, los bichos y los cambios de temperatura, los cuatro jinetes del apocalipsis bibliofílico. De hecho, el estado de conservación del volumen era excelente. El papel de las hojas era de buena calidad y no se apreciaban manchas de humedad ni de microorganismos. La encuadernación parecía haber resistido bien el paso de los siglos. Entre los libros que Erasmo guardaba por motivos estrictamente sentimentales, se contaban algunos de sus días de seminarista que habían envejecido mucho peor. En definitiva, aquella caja o estuche de plomo había actuado como una perfecta cápsula del tiempo. Pero, además de su buen estado de conservación, aquel volumen presentaba otra peculiaridad.

—¡Es un manuscrito encuadernado! ¡Y la escritura me resulta familiar!

—¿Es de Miguel de Cervantes? —preguntó Matilde esperanzada.

—No lo parece. Lo siento —repuso Erasmo.

Y lo sentía de verdad. En sus propias carnes.

—Yo también he visto antes esa escritura —terció Pilar entonces—. Fíjese en los rasgos finales en forma de curva, como encerrando la palabra. Y en las abreviaturas.

Erasmo hizo un esfuerzo por vislumbrar los detalles que Pilar mencionaba, para lo que tuvo que inclinar la cabeza en una torsión que le resultó dolorosa. Aun así, el ventanuco del desván apenas consentía una claridad cenicienta que la solitaria

bombilla del cielorraso mitigaba de un modo harto insuficiente. Lo cierto es que Erasmo apenas veía nada más allá de que se trataba de texto manuscrito, y así hubo de confesarlo:

—Como sabes, Pilar, veo menos que el gato de porcelana del tango. ¿Quieres hacer los honores?

La muchacha tomó el manuscrito de las manos de Erasmo y lo sostuvo con el mismo cuidado que si se tratara de una criatura recién nacida.

—Es letra procesal —dictaminó al fin—. Letra de escribano.

—¿Otro documento civil? —preguntó él con un timbre de decepción en la voz.

—En absoluto —respondió la muchacha tras deslizar la vista por algunas líneas y repetir la operación en otras páginas—. Se trata de una narración escrita en primera persona. Mejor dicho, de una crónica. ¡Una nueva crónica de Gonzalo de Córdoba!

El poeta T. S. Eliot escribió, en cierto verso memorable, que el hombre no puede soportar demasiada realidad. Erasmo pensó que quizás el motivo fuera que, a partir de cierto grado de saturación, la mente deja de percibir la realidad tal como es. Y él estaba empezando a sentirse aquejado de ese síndrome, cuyo nombre ignoraba, si es que lo tenía. Quizás el proceder más juicioso fuese tratar de imponer cierta cordura en aquella montaña rusa de emociones en que se había convertido la mañana.

—Veamos —dijo con su mejor voz profesoral—. Quizás nos estemos precipitando. Antes has dicho que se trata de letra de escribano, y por tanto no puede tratarse de la letra de Gonzalo de Córdoba. Hasta yo mismo, a pesar de mi mala vista, habría podido identificar la letra de Gonzalo sin problemas. La conozco mejor que la de mi difunta Almudena, a quien Dios tenga en su gloria.

—De acuerdo, profesor. Ahora, dígame, ¿se acuerda usted del oficio del hijo de Gonzalo de Córdoba e Isabel de Saavedra, el tocayo y antepasado de Miguel, aquí presente?

Erasmo enarcó las cejas.

—Escribano —musitó.

—Eso es. Y usted sabe que todos los de su oficio empleaban una caligrafía similar, la llamada letra procesal.

—Que a su vez procede de la letra cortesana que se impuso en tiempos de los Reyes Católicos.

—Correcto. Aunque cada escribano tenía su estilo peculiar, su marca de fábrica.

—Cada maestrillo tenía su librito, efectivamente.

—Efectivamente. Por algo les habían dado estudios sus padres. Como nuestro amigo Gonzalo a su hijo Miguel. ¿Y no recuerda dónde hemos tenido ocasión de conocer la peculiar escritura de Miguel de Córdoba?

Erasmo evocó entonces aquellas cajas de cartón repletas de viejos legajos que se

habían llevado de aquella misma casa cuatro años antes. Eran copias de documentos en los que habían participado varios escribanos sucesivos, y los de fecha más temprana estaban redactados en una caligrafía idéntica a la que Pilar le estaba poniendo ahora ante las narices. La letra de Miguel de Córdoba, escribano de Esquivias y primer vástago de la estirpe que habían fundado cierto aprendiz de librero y una muchacha madrileña fruto de los amores prohibidos entre un poeta y la mujer de un tabernero.

—¿Y sois capaces de entender eso? —preguntó el último vástago de la mencionada estirpe—. Pero si parecen patas de bichos.

Erasmus y Pilar lo ignoraron.

—¡Podríamos comparar las escrituras! —exclamó él, presa de un repentino entusiasmo—. Hace un tiempo doné todos esos legajos al Archivo Histórico Provincial de Toledo. Tengo algún contacto allí. A lo mejor todavía tenemos tiempo hoy.

—Creo que no va a hacer falta. Mire. Lea aquí.

Pilar le estaba mostrando las primeras líneas del manuscrito, que Erasmo se esforzó por leer sin éxito.

—Perdone, profesor. Yo se lo leo. Dice así: «Me llamo Gonzalo de Córdoba, y aunque no sea esta mi escritura, doy fe de que sí son estas las palabras que salen de mi boca».

Aquello tenía que ser una broma. Una broma para la que Pilar había recabado la colaboración del matrimonio de Esquivias. Pero Erasmo desechó la idea al cabo de un instante, pues la muchacha jamás habría actuado de un modo tan frívolo y cruel, y menos aún con su viejo profesor. Entonces la realidad del hallazgo se abrió paso en su mente con el fragor de una carga de caballería y ya no hubo forma de detenerla. A partir de ese momento, Erasmo tuvo la convicción de que todo iba a cambiar. Estaba seguro de ello porque ya había vivido una situación idéntica. Solo quedaba esperar y comprobar la magnitud de la conmoción. El gato de Schrödinger había saltado fuera de la caja y estaba muy vivo, y no había forma humana de volver a encerrarlo.

—Entonces, ¿vale algo?

Esta vez Miguel sí que logró captar la atención de Erasmo y Pilar, quienes se volvieron hacia él como si el hombre acabara de materializarse en la habitación.

—Y tanto. Se trata de un documento valiosísimo —dijo la muchacha.

—Os ha tocado la lotería, amigos —la secundó Erasmo.

Y para sus adentros pensó: «Nos ha tocado a todos».

Pilar guardó silencio en la conversación que siguió, pero no dejó de fruncir el ceño en ningún momento, lo que a Erasmo no le pasó por alto. Sin embargo, no por ello cejó en su intento de llevarse la nueva crónica de Gonzalo con él a Madrid. Tal

era su prioridad y no iba a escatimar argumentos para conseguirlo.

—Por supuesto, como buenos amigos que sois, podéis contar con mi ayuda experta. El manuscrito debe guardarse en un sitio seguro. Y no estoy hablando de la Biblioteca Nacional ni de ningún archivo público. Sería un error táctico airear el hallazgo. Si lo hiciéramos, lo más probable es que se presentara la Brigada de Patrimonio para incautarlo como bien cultural de interés público. Luego pasarían años antes de que vierais algo de dinero. Y sería poco, porque el Estado siempre compra a la baja. Eso si no encuentran alguna artimaña legal para quedárselo gratis. Lo guardamos en mi caja de seguridad, si os parece. Y empiezo a mover hilos y a sondear el mercado desde ahora mismo. ¿Qué me decís?

Y mientras así hablaba, Erasmo aferraba el manuscrito con tal fuerza que, según observó Pilar, habrían hecho falta unas tenazas para separar sus dedos del pergamino de la cubierta. También pensó que los consejos que Erasmo estaba dando a la pareja no eran en absoluto malos, aunque sí sospechosamente interesados. En aquellos instantes Miguel y Matilde habían entablado una de esas conversaciones telepáticas que solo las parejas que llevan muchos años juntas son capaces de mantener. Miguel se rascaba la cabeza y miraba a su esposa, quien asentía de forma casi imperceptible y curvaba los labios en una ligera sonrisa.

—Pues claro que sí —respondió por fin el hombre—. Os lleváis el libro y no se hable más. ¿Es que podía estar en manos mejores? Por cierto, son casi las tres. ¿Y si os venís a casa y coméis con nosotros?

—Otro día, amigos, otro día. Tenemos que apresurarnos a poner vuestro tesoro a buen recaudo.

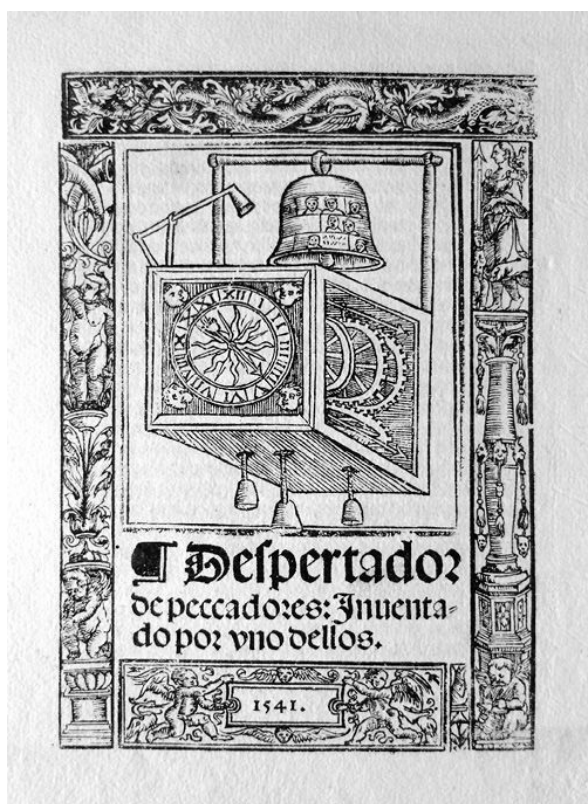
—Me muero de hambre, profesor. ¿Tanta prisa había por salir pitando? No puedo evitar sentirme como un atracador que acaba de dar un palo en una sucursal bancaria y huye con el botín.

Erasmo miró a Pilar en silencio mientras ella conducía de vuelta a la capital. De pronto le vino el pensamiento de que en el mundo del mercado de libros antiguos nadie es inocente. Él mismo tenía en su haber más de una jugarreta con algún librero despistado como víctima. Y también le había tocado ejercer de pardillo en alguna ocasión, sobre todo allá a principios de los setenta, cuando hacía sus primeros pinitos como coleccionista y su imaginación dibujaba un futuro lleno de Sanchas, Ibarra, Elzeviro, Bodoni, Manuzio y (¿quién puede poner límites a la Divina Providencia?) quizás hasta manuscritos, incunables y góticos. Entre las varias lecciones recibidas por aquellos días, nunca olvidaría Erasmo aquella ocasión en que, paseando por el Rastro madrileño, recaló en el puesto de un gitano y dio en revolver en un heterogéneo montón de volúmenes cuyo aspecto, a primera vista, no parecía muy prometedor. Por eso casi se le detuvo el pulso cuando se topó con un delgado

librito en cuarto con encuadernación en pergamino rígido que, una vez abierto, resultó ser un gótico provisto de una preciosa portada ilustrada con un grabado xilográfico que mostraba un reloj de torre con campanas rodeado de una hermosa orla de cuatro piezas. Estaba fechado en 1541 y el título rezaba *Despertador de peccadores. Inuentado por vno de ellos*. Su precio: 20.000 pesetas.

Erasmus manoseó el librito durante un buen rato (el gitano no le quitaba ojo de encima), pasó una a una las dieciséis hojas (estaba sin foliar ni paginar), comprobó la secuencia de firmas, olió el pergamino, olfateó las hojas y comprobó cómo sonaban al pasarlas. No las tenía todas consigo, las tapas eran un poco más grandes que las hojas y sospechó que podría tratarse de una «boda», o sea, de un truco clásico entre los vendedores de antigüedades que consiste en completar un objeto con piezas de otro, en este caso embutir un facsímil en unas tapas antiguas que no le correspondían.

¿Qué hacer? El ejemplar parecía demasiado barato para ser auténtico (es decir, demasiado caro para ser falso). El gitano podía ser un ignorante o todo lo contrario, un sinvergüenza que intentaba engañar al incauto pardillo. En todo timo es esencial la codicia del timado, y Erasmo sucumbió a ella. Decidió comprar el sospechoso volumen, pero, eso sí, regateando para tranquilizar la conciencia. Al cabo de un rato, el volumen era suyo por 15.000 pesetas.



Se puso a investigar y pronto descubrió, desolado, que el gitano era cualquier cosa menos un ignorante. El *Despertador de peccadores* resultó ser un facsímil de los que ejecutó el famoso y travieso bibliófilo decimonónico don José Sancho Rayón, alias *el Culebro*. Era bello y raro, sí, pero no valía ni de lejos los tres mil duros que

había aflojado por él.

Erasmus jamás contó a nadie el vergonzoso episodio del gitano y del gato por liebre, porque en el mundo del coleccionismo la reputación lo es todo, y quienes la tienen de tontos se convierten en un auténtico imán para los estafadores. La que él había logrado construirse con los años, en cambio, era de bibliófilo infalible y astuto, y dudaba que hubiera en España un librero de viejo que no se pusiera en guardia al verlo entrar a su establecimiento. De hecho, había tenido que recurrir al disfraz en más de una ocasión, como en aquella célebre en que consiguió hacerse con el primer manuscrito de Gonzalo de Córdoba (al menos con buena parte de él) haciéndose pasar por un guiri despistado, y al irrisorio precio de 200 euros. Pero esto era muy distinto. Es cierto que se había valido de su capacidad de persuasión para llevarse el manuscrito prestado, pero nada más lejos de su voluntad que la idea de apropiárselo. No era el objeto lo que ambicionaba. No le importaba su rareza ni el valor que pudiera alcanzar en el mercado. Eran las palabras de Gonzalo lo que Erasmo codiciaba, la continuación de aquella historia de poetas y libreros que cuatro años atrás había cambiado su vida y que ahora amenazaba con volver a hacerlo. Así las cosas, Erasmo no fue capaz de percibir el menor signo de remordimiento en su conciencia.

—Hemos hecho lo correcto —dijo poniendo sus pensamientos en palabras—. Lo que no significa...

—Lo que no significa que no podamos aprovechar la ocasión y leer lo que el bueno de Gonzalo se dispone a revelarnos. ¿No es así?

Erasmus rio.

—Se te da muy bien terminar mis frases, Pilar. Empezamos a parecer...

—¿Un matrimonio?

Erasmus no pudo evitar sonrojarse ligeramente. Por suerte la muchacha mantenía la vista fija en la carretera y en el tráfico circundante, que era ahora más denso que durante el viaje de ida de esa misma mañana.

—Iba a decir un padre y una hija —dijo cabizbajo.

Y ahora fue el turno de Pilar para reír.

—Prométame una cosa —dijo ella asumiendo de pronto un gesto serio—. Prométame que no tiene la menor intención de apropiarse de la crónica con malas artes. Estamos de acuerdo en que el manuscrito pertenece a ese matrimonio de Esquivias. ¿No es así?

—Por supuesto, por supuesto —respondió Erasmus quizás con demasiada vehemencia—. Nunca hubo nadie cuyas intenciones fueran más rectas.

Pilar se volvió hacia él sonriendo y entornó los ojos. Qué bien le sentaba aquella expresión de picardía.

—En fin, profesor, ahora que el trabajo sucio está hecho, no pienso desaprovechar la ocasión de seguirle los pasos a nuestro amigo Gonzalo, y supongo que también a Cervantes. Pero ¿verdad que antes me invitará usted a comer?

—Faltaría más —respondió Erasmo, que no había pensado en otra cosa desde que salieron de Esquivias—. ¿Qué hay de tu trabajo en la facultad? ¿Estás libre?

—Como un pájaro. Esto de la enseñanza universitaria es un auténtico chollo. De hecho, es lo más parecido que se ha inventado a vivir sin trabajar.

«Muy cierto», pensó Erasmo.

Gladys, la asistente dominicana de Erasmo, se había marchado ya, no sin antes dejarle preparado un estofado de carne y verduras, y unas instrucciones para calentarlo en el microondas. La cantidad era más que suficiente para dos personas. Aun así, Erasmo dedicó unos minutos a mezclar los ingredientes de una ensalada que él denominaba «Claude Garamond» en homenaje al famoso impresor renacentista: atún, apio picado, cebolleta en rodajas, pepinillos dulces, mahonesa y medio tomate, todo ello aromatizado con eneldo y una pizca de pimienta, y aliñado con el jugo de medio limón. Por último, descorchó una botella de Castillo Ygay gran reserva especial de 2005, pues la ocasión bien lo merecía.

Comieron con cierta prisa y en silencio, cada cual extraviado en sus propias reflexiones, aunque era más que probable que los pensamientos de ambos confluyeran en ese manuscrito que descansaba sobre el escritorio de Erasmo, latiendo dentro de su estuche de plomo como un isótopo radiactivo a punto de desencadenar una reacción de fisión nuclear. Por fin, ambos contribuyeron a llevar los platos y cubiertos usados a la cocina y dejarlos en el fregadero para que Gladys se ocupara de ellos a la mañana siguiente. Todavía sin cruzar una palabra, el bibliófilo y su antigua alumna se encaminaron hacia el despacho, donde tomaron asiento a ambos lados del escritorio. Los dos sabían que aquel era un momento solemne, aunque los únicos testigos fuesen los libros antiguos de la colección de Erasmo, hijos ilustres de la imprenta de otros tiempos alineados en las estanterías de lujoso roble.

Pilar se dispuso a levantar la tapa de plomo y Erasmo contuvo el aliento. Sin embargo, la muchacha se quedó congelada en mitad del proceso y volvió a cerrar el estuche.

—No, profesor.

—¿No qué? —preguntó Erasmo alarmado.

—El manuscrito no puede quedarse aquí, en su casa.

—Pero si tengo caja fuerte. Está justo a tu espalda.

—Una caja fuerte más bien tirillas, puesto que ya ha sido reventada sin problemas en una ocasión.

—¡Cambié el modelo! —protestó Erasmo—. ¡Me costó un riñón!

Pilar negó con la cabeza.

—Da lo mismo. No podemos arriesgarnos. Mi banco está abierto esta tarde y tengo alquilada una caja de seguridad. Allí es donde guardo el primer manuscrito de

Gonzalo. Llevemos este segundo manuscrito de inmediato.

—¿Sin leerlo?

—Más adelante, profesor. Después de que hayamos tomado medidas. Ahora no es seguro.

—¡Pero si nadie sabe que lo hemos encontrado! ¿Qué mejor medida de seguridad que esa?

Pero Pilar no parecía dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Es demasiado arriesgado —insistió—. Aunque...

Erasmus se aferró a ese «aunque» como si se tratara de un conjuro capaz de abrir un resquicio a la esperanza.

—Dime, te escucho.

—¿Se acuerda de Hernán?

—¿Hernán Pérez? ¿Tu amigo? ¿El restaurador de la Biblioteca Nacional que conocimos en Alcalá de Henares?

—Ahora está aquí en Madrid, en la sede del paseo de Recoletos. Desde que usted lo conoció, hace cuatro años, ha prosperado mucho. Le concedieron el Premio Nacional de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. ¿No lo vio en los periódicos? Lo recibió de manos del rey en persona.

—Ah —repuso Erasmo, inseguro de adónde quería llevarlo Pilar y poco impresionado por la mención a la realeza—. ¿Y en qué puede ayudarnos tu amigo?

—En el taller de restauración de la Nacional deben de tener un escáner de manuscritos y libros antiguos. Podríamos pedirle que hiciera una copia digital de la crónica de Gonzalo. De ese modo dispondríamos del texto a nuestro capricho sin arriesgarnos a que nos roben el manuscrito, como ya ocurrió con el anterior.

Erasmus entornó los ojos. Aunque por lo común desconfiaba de lo que él denominaba «monsergas digitales», la idea le pareció atractiva. Sin embargo, tenía alguna objeción que formular.

—¿Y no equivaldría eso a darle tres cuartos al pregonero? Si llevamos el manuscrito a la Nacional, casi puedo imaginar a Martín cayendo sobre él como un buitre.

Erasmus se refería a Martín Abad, director de la institución, su amigo del alma y experto en fondo antiguo, pero también su rival encarnizado en más de una aventura cinegética. De hecho, para muchos bibliófilos el hecho de mentar a Martín Abad venía a ser lo mismo que invocar al demonio, pues no era infrecuente que el bibliotecario se personara en las subastas para ejercer su derecho de tanteo en representación del Estado, privando a los coleccionistas de las preciadas piezas que acababan de adquirir. Él se defendía diciendo que obraba así en ejercicio de su cargo, pero Erasmo sabía muy bien que aquella demostración pública de su autoridad le producía un placer secreto que solo podía catalogarse como sadismo en estado puro. Erasmo sospechaba que el restaurador Hernán Pérez, como funcionario de la institución que era, no dudaría en servirle aquella satisfacción en bandeja a su jefe

supremo.

—Bueno... verá, profesor —vaciló Pilar—. Creo que ejerzo cierta influencia sobre Hernán. ¿Tiene usted inconveniente en que lo tantee? Creo que puedo conseguir que el asunto quede entre nosotros.

Erasmus creía saber a qué tipo de influencia se refería Pilar, pues recordaba muy bien las miradas de cordero degollado que el restaurador dedicaba a la muchacha, con quien había trabajado durante unos meses en la sede de la Nacional en Alcalá de Henares.

Cualquier observador medianamente atento habría sabido que Hernán Pérez estaba enamorado de Pilar hasta las trancas, y Erasmus no podía culparle por ello.

—Adelante, Pilar —acompañando sus palabras con un gesto de su mano derecha—. Estamos juntos en esto y ya sabes que tengo plena confianza en ti.

Qué bien sonaba la palabra «juntos» cuando la frase iba dedicada a su antigua alumna, quien en ese momento se ponía de pie para salir del despacho. Al parecer, ella prefería mantener aquella conversación telefónica a solas.

Pilar tardó unos minutos en regresar, minutos que Erasmus dedicó a contemplar fijamente la caja de plomo, a elucubrar sobre el contenido del manuscrito y a consumirse de impaciencia. Finalmente, la muchacha regresó con su teléfono móvil en la mano y una sonrisa que proclamaba que se había salido con la suya, lo que a Erasmus le pareció la cosa más natural del mundo.

—Nos va a ayudar —dijo Pilar—. Pero tendremos que esperar hasta mañana. Hernán trabaja de ocho a tres, y cualquier visita fuera de su horario normal podría levantar sospechas. También he llamado a Miguel y Matilde y les he solicitado permiso para hacer una copia digital del documento. No sé si me han entendido muy bien, pero me han autorizado a hacer lo que consideremos necesario.

—¿Entonces? —preguntó Erasmus con el alma en vilo.

La muchacha volvió a ocupar lentamente su asiento y le dedicó un gesto que a Erasmus le recordó el que su madre empleaba cuando le dejaba salir a la calle para jugar con los muchachos del pueblo.

—Creo que podemos arriesgarnos a quedarnos con el manuscrito hasta mañana. Hasta entonces, nada nos impide empezar a leerlo.

En la mente de Erasmus se materializó el equivalente a una apoteosis pintada en el techo de un palacio barroco, con nubes algodonosas teñidas de oro, explosiones solares, coros angélicos y docenas de personajes en pelotas adorando al Creador.

Pilar había retirado por fin la tapa de plomo y tenía el manuscrito abierto sobre la mesa, bajo la lujosa lámpara lectora de vidrio verde.

—Lee, Pilar —dijo Erasmus saboreando cada sílaba—. Lee para mí.

Me llamo Gonzalo de Córdoba, y aunque no sea esta mi escritura, doy fe de que sí son estas las palabras que salen de mi boca. No obstante lo dicho, quizás debiera ser mi hijo Miguel, aquí presente, quien se ocupara de dar fe, pues tal es su oficio, el de fedatario de las cosas públicas y escribano del concejo de Esquivias. Porque no en vano quiso Dios darme medios y dineros para mandarlo a Alcalá de Henares a instruirse en leyes y latines y pragmáticas, lo cual hizo con gran aprovechamiento, siendo él muchacho despejado y de inteligencia clara como antes lo fuese su padre, si el bondadoso lector me disculpa la inmodestia. Y luego de darle instrucción, me alcanzó también el dinero para pagarle a quien antes fuera titular de esta escribanía la gran suma que pidiera por su cesión. Con ello quedó mi peculio muy menguado, pero todo lo di por bien invertido con tal de que mi hijo Miguel se ganara la vida y aun hiciera fortuna, que a punto está de hacerse edificar una gran casa en la parte más noble de la villa de Esquivias, donde residimos. Y todo ello se lo ha procurado escribiendo, que parece cosa de prodigio que alguien se gane tan bien la vida con trabajo tan descansado. Aunque ahora recuerdo aquello de *scribere qui nescit nullum putat esse laborem*, que en romance viene a significar que quien no sabe escribir piensa que eso no es trabajo. Y también lo de *scribere qui scit nullum putat esse maiorem*, es decir, que quien sabe escribir piensa que no hay trabajo mayor. Sea como fuere, ¿qué cosa mejor podemos legarles a los hijos que conocimientos y saberes para que no tengan necesidad de partirse el lomo trabajando como yo hube de hacerlo desde que era apenas un mocoso? A mi difunta Isabel, su madre, le ilusionaba verlo tomar los hábitos, pero a mí me complace más el camino por él elegido, pues curas hay demasiados y escribanos pocos, y mi pensamiento es que cada hombre debería ser dueño de arreglar sus asuntos con el Altísimo sin necesidad de tanto intermediario, mientras que para los negocios con los otros hombres y con la Corona siempre habrá necesidad de que intervenga alguien versado en letras y en leyes. Y mientras estas palabras toma al dictado, me advierte Miguel de que al decir tales cosas hablo como los herejes, y que si estos papeles cayeran en manos de algún familiar del Santo Oficio no tardara yo ni un periquete en dar con mis huesos en el potro o en la mazmorra, cubriendo de paso de ignominia a la familia entera. Pero yo le pido que pierda cuidado y se sosiegue, que nadie habrá de leer los hechos que se narrarán en esta crónica durante muchos años, pues lo que aquí se cuente no solo me comprometería a mí, sino también a otras personas muy principales de todos conocidas. Y así, una vez ultimada mi historia, tomaré precauciones para que estos papeles se escondan en lugar seguro donde nadie los encuentre hasta que hayan pasado muchos años, por lo menos doscientos o trescientos o aun cuatrocientos, que para entonces todos calvos, y a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga, amén.

Pero me dice mi hijo Miguel que estoy perdiendo el hilo de mi relato, y yo le digo que tenga paciencia con su padre anciano, y le recuerdo que pasan ya de los setenta los años que llevo fatigando los caminos de este mundo, y que a edad tan provec

todos los hilos son madejas enredadas. Quisiera Dios que mis manos sostuvieran todavía con firmeza la pluma, como ocurría hace menos de dos lustros, cuando en otros papeles narré los hechos de mi infancia y mi juventud primera, cuando era yo aprendiz en la librería que Francisco de Robles tenía en Madrid, y mi camino se cruzó con el de ese otro Miguel que habría de convertirse en mi maestro y mi amigo, y finalmente en mi segundo padre. Ese Miguel a quien yo di en tratar de don por ser él noble en hechos y en espíritu, y mucho más que otros que alardean de hidalguía por simple razón de nacimiento, sin que sus actos los hayan hecho acreedores a nobleza alguna. Ese don Miguel, en fin, que el lector conocerá como Miguel de Cervantes Saavedra, hogaño gloria y espejo de los poetas castellanos, y al que yo en cambio conocí como hombre oscuro y atribulado y maltratado por la vida. En mi crónica anterior, la que escribí de mi puño y letra, me referí a las circunstancias de nuestro encuentro y a cómo se gestó la novela intitulada del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* que luego sería la llave de su fama, ya que no de su fortuna (que jamás la hubo), y a las peripecias que corriera el manuscrito de la mentada historia, que muy cerca estuvo de extraviarse para siempre, y a los acontecimientos no menos admirables y peligrosos que vivimos don Miguel y yo mismo hasta recuperar esos papeles que él amaba como hijos predilectos de su ingenio que eran.

Pero esa crónica ya quedó registrada, y ahora el momento ha llegado de embarcarme en la narración de una aventura nueva cuando menos tan curiosa y admirable como aquella, y cuyo centro será también un libro, aquel en el que don Miguel narrara la tercera salida de don Quijote y de Sancho, que aunque no fue robado ni anduvo nunca perdido, pasó por no menos peripecias y azares y peligros que el primero. Permíteme, lector curioso, que sea yo tu guía a lo largo de estas páginas. Consiente en que me encargue de dar voz y figura y sustancia a las personas que realizaron los hechos que aquí se consignan, algunas de las cuales te serán ya familiares, mientras que otras asomarán a esta historia por vez primera, siendo quizás la más notable de todas ellas la figura del poeta inglés Guillermo Shakespeare, al que yo conocí y al que pronto tú conocerás también. Ten la bondad y la paciencia, amantísimo lector, de que sea yo, Gonzalo de Córdoba, hijo de un herrero, monaguillo aunque nunca fraile, aprendiz de librero y de otras cosas que pronto se sabrán, quien se encargue de narrar todos estos hechos admirables que siguen, de los que fui testigo y hasta actor principal, pues quiso la suerte que, a pesar de la humildad de mi cuna, pudiera yo mezclarme con algunas de las personas más notables que haya conocido esta época y las venideras. Y puesto que mi vista se agota y mis manos de anciano se sacuden como ramas movidas por el viento, que sea mi hijo Miguel, a quien di estudios para que pudiera ganarse la vida escribiendo, quien se encargue de registrar con papel y con tinta los hechos que ahora siguen, y cuyo principio coincide con el final de los que ya se narraron.

Concluía mi primera historia allá a principios de 1605, en el séptimo año del reinado de Su Católica Majestad don Felipe, el tercero así llamado por ser este un nombre que acomoda bien a los reyes de España, que no en vano tenemos un cuarto hoy en día y, si Dios o el diablo no lo remedian, no tardará en subir al trono un quinto, aunque para entonces el hijo de mi madre ya habrá dejado este valle de lágrimas. Tenía yo por entonces veinticuatro años, trabajaba para Robles, el librero madrileño establecido también en la corte vallisoletana, y mi cometido principal por aquellas fechas consistía en transportar a don Quijote y a Sancho Panza desde Madrid hasta la Corte, pues aunque ellos se trasladaban por sí solos a lomos de un rocín y de un jumento, tal cosa acontecía solo en la ficción de su novela, y por tanto era necesario llevar dichas novelas (que bien que pesaban y abultaban) en carretas desde la imprenta de la calle de Atocha, que era donde nacían, hasta la librería que mi amo Robles había abierto en Valladolid, a dos pasos de la catedral, que era donde mejor se vendían. No digo que los únicos libros que me ocupara yo de transportar fueran los del *Ingenioso hidalgo*, que había otros muchos, desde los más píos hasta los más licenciosos, pasando por otros muchos cuya naturaleza no es menester glosar ahora. En fin, que había otros muchos libros, pero por aquellos primeros meses del año 1605 el único que los lectores solicitaban era el del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, el que contaba las dos primeras salidas del caballero, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra y dedicado al duque de Béjar, que se vendía por ocho reales y medio en la casa de Francisco de Robles, librero del rey nuestro señor. De hecho, se vendía tan bien que muy pronto empezaron a venderlo también en Lisboa, y como de estos libros lisboetas mi amo Robles no viera un maravedí, a comienzos de la primavera ya existía una segunda edición con privilegio ampliado a Castilla, Aragón y Portugal, y en ella ya fueron corregidos buena parte de los dislates y gazapos que las prisas habían deslizado en la primera edición, aunque de eso ya hablé en su momento.

La cuestión es que no había ni cortesano ni clérigo ni soldado ni persona común con algunas letras dispuesto a perderse el libro del que todos hablaban, el del caballero loco y enamorado cuyas aventuras y las de su escudero hacían retorcerse de risa hasta al más severo y adusto de los hombres, y eran además espejo del mundo y de los seres que lo habitan, aunque esto último no se empezó a decir hasta pasados unos años. Y hasta los que no sabían leer (que eran los más) se divertían con las desventuras del Caballero de la Triste Figura y de su escudero, pues el libro se había vuelto tan famoso que sus episodios más felices comenzaban a leerse públicamente en tabernas y mentideros. Y así mi vida era un ir y venir entre Madrid y Valladolid, esto es, lo mismo que había sido desde que los pucelanos (usado sea el gentilicio sin ánimo de ofender) convencieron a Su Majestad y a Lerma, su valido, de que la ciudad del Pisuerga era lugar mejor y más provechoso para acoger a la corte, lo que había ocurrido cuatro años antes de las fechas que ahora nos ocupan. Pero la suerte quiso que todas estas idas y venidas, que para mí suponían tarea penosa e ingrata, acabaran

siendo más bien viajes de recreo y de solaz, y esto ocurrió desde el momento en que encontré allí a don Miguel de Cervantes, que se había establecido con su familia en el Rastro Nuevo de los Carneros, junto al matadero, a las afueras de la ciudad. Y no solamente por don Miguel, cuya amistad sería ya de por sí motivo de peso para que Valladolid dejara de figurárseme el agujero pestilente y atestado que en realidad era, sino también por la familia de don Miguel, que se había trasladado con él, y para más exactitud por su hija única aunque natural, Isabel de Saavedra, mi Isabel, de la que yo estaba tan enamorado que no podía ni abrocharme las calzas, y si me pinchaban el cuerpo no manara de él sangre, sino algalia y ámbar, como dijera don Quijote en la aventura aquella de los mercaderes toledanos que iban a comprar sedas a Murcia.

Pero volviendo al asunto de la novela, diré que esta salía de la librería casi a la misma velocidad que entraba, y que nunca había visto yo a mi amo Francisco de Robles tan ufano con un libro, pues las más de las veces lo que brotaba de su boca eran quejas y lamentos por las pérdidas que le había provocado este o aquel poeta, que en mala hora había accedido a llevar sus desvaríos a la estampa, y por el triste negocio que era aquel de mercader de libros en el que todo eran ruina y sinsabores. Se guardaba muy bien, eso sí, de mencionar que era el comercio y la impresión de libros lo que hacía de él un hombre respetable, pues si fuera por los otros negocios que tenía en Madrid, no se hubiese hablado de él como Francisco de Robles, librero del rey nuestro señor, sino como Francisco de Robles, garitero y alcahuete. Pero con Cervantes y su don Quijote las cosas habían tomado un rumbo bien distinto, pues de pronto ocurrió que un libro le estaba haciendo ganar más dinero que sus casas de juego y de lenocinio, y eso era algo que a mi amo Robles sorprendía y complacía por igual, no así a mi señor Miguel de Cervantes, quien siendo consciente de la buena ventura que su libro gozaba entre los lectores, no acababa de ver los frutos de su ingenio traducidos a escudos y reales, como correspondía conforme al acuerdo que tenía firmado y rubricado con el librero Robles.

—¡Ay, Gonzalo! —me decía Cervantes—. Cuando regreses a Madrid mira de decirle a tu amo Robles que ando escaso de dineros, que son cinco las mujeres que tengo a mi cargo y que todas comen y visten ropas, y se empeñan en dormir en camas y bajo un techo. Y que si tu amo Robles no me da lo que en justicia debo recibir, puede que para Pentecostés no nos encontres más en esta casa del Rastro de los Carneros, que aunque pequeña y estrecha casa es, sino bajo el puente del Esgueva, que como sabes es el río más pestilente e insalubre de cuantos fluyen por el reino.

Y yo sufría y penaba con todo esto, porque aunque lo del puente lo dijera en tono de chanza, sabía yo que algo de verdad había tras ello. Además, don Miguel estaba pidiendo solamente lo que le correspondía en justicia, y si bien era cierto que Robles le había adelantado dinero para subsistir durante el tiempo que tardó en terminar la novela, no menos cierto era que mi amo llevaba ganados sus buenos diez mil reales, y eso solo con la primera edición, y que de ellos Cervantes había recibido unas migajas que apenas bastaban para atender los gastos de subsistencia de su familia. Y luego

supo del librero de Lisboa que se estaba lucrando sin su permiso, y de otro de Valencia que estaba haciendo lo propio, y su sangre de antiguo soldado y hombre de bien comenzó a bullir con la indignación que el amable lector podrá imaginar.

Muchas veces, en Madrid, le mencioné a Robles el asunto del dinero de Cervantes. Pero él nada decía. Se limitaba a mirarme en silencio y a reír taimadamente. Y como mucho me entregaba una bolsa de monedas que eran muchísimas menos de las que él ganaba y de las que don Miguel merecía. «Ve y entrégale esto a tu señor Cervantes —me decía—. Recuérdale que ya cobró sus buenos dineros cuando aún no había escrito ni una palabra de su *Don Quijote*. Y no me mires con esa cara de pasmo, que sé de buena tinta que andas refocilándote con su hija Isabel en lugar de dedicarte a mi negocio, que es para lo que yo te pago». Y yo, que aunque pobre tenía mi honra por un valioso patrimonio, y también la honra de Isabel (que al ser ella la dueña de mis pensamientos era como si su honra y la mía fueran una sola), tenía que sujetarme para no abrirle la cabeza en dos a aquel granuja, porque de haberlo hecho seguramente habría acabado en galeras, lo que no habría sido de gran ayuda ni para mí ni para Isabel, ni para mis padres y hermanos, ni para Cervantes, ni para ninguna de las personas a las que yo tenía en estima o de mí dependían para su sustento. Así pues, callaba y le llevaba a don Miguel la pequeña bolsa con la promesa de que la próxima vez procuraría que esta fuera más grande, a lo que él respondía con la sonrisa cansada del hombre al que la vida ha vapuleado a conciencia, y me ponía la mano sobre el hombro para darme las gracias, y me llamaba «mi buen Gonzalo» o «el hijo que no tuve».

Dicen que ante el dinero, o la promesa del dinero, es cuando un hombre alcanza el fondo de su auténtica bajeza. Y yo pensé que Robles había alcanzado el fondo de la suya cuando me envió como su emisario a Valencia para negociar con el librero José Ferrer, quien acababa de imprimir la novela de Cervantes en octavo, como si de un librucho cualquiera se tratase, y se estaba lucrando a costa de las ventas del libro en la ciudad levantina. Robles había conocido a Ferrer tiempo antes, pues todos los mercaderes de libros se conocen (y los granujas también), y no quería sino una parte del negocio, por lo que hube de recordarle a Ferrer que mi amo Robles poseía el privilegio de impresión de la novela en Aragón, y luego acordar con él un porcentaje de las ventas que satisficiera la codicia de mi amo y le ayudara a olvidar el desliz del librero valenciano. De todo esto Cervantes jamás supo nada, pues mi lealtad hacia mi amo y patrón pudo esta vez más que mi devoción por don Miguel, y puede que el deseo de conservar mi trabajo tuviera también algo que ver. La cuestión es que los beneficios de Robles crecieron sin que Cervantes llegara a ver un solo maravedí, y que las cosas iban de mal en peor en la casa del Rastro de los Carneros sin que yo supiera qué hacer para remediarlo.

Desde que puse el pie en ella por vez primera, jamás viví un solo día en que la paz reinara en aquella casa, que se asemejaba más a las tierras de Flandes, con sus cuarenta años de guerras, que al hogar de una familia cristiana. Reñía la hermana

mayor, Andrea, con Magdalena, la menor, y eran las suyas pugnas interminables y laberínticas como solo pueden mantenerlas dos mujeres sin hombres que pasaban la vida solas cosiendo junto a la ventana. Reñía Andrea con su hija Constanza, que a la sazón era ya mujer madura y poco amiga de dejarse avasallar por su madre ni por la Santísima Virgen que bajara del cielo ex profeso para ello. Magdalena, por su parte, le reñía a su sobrina prohijada por un quítame allá esas pajas, aunque mi Isabel, al igual que su padre, era de naturaleza tranquila y poco dada a pendencias, y procuraba desaparecer del campo de batalla en vez de enzarzarse en aquellas discordias interminables de las que todas salían escaldadas en alguna medida. Por supuesto, quien más reñía era doña Catalina, la esposa de Cervantes, a la que yo di en llamar la Giganta, pues competía en tamaño con aquellos célebres Briareo y Golías y Morgante, y en violencia e iracundia superaba a cualquiera de ellos. ¿Y qué hacía don Miguel mientras tanto? Pues sencillamente lo que siempre había hecho, esto es, encerrarse en su despacho al fondo de la casa para poder escapar de aquella hueste de mujeres airadas y así poder escribir sus historias. Al poco de que el *Ingenioso hidalgo* viera la luz, había reanudado aquella serie de novelas cortas al modo italiano que él llamaba *ejemplares*, pues según decía no había ninguna de ellas de la que no se pudiera sacar algún ejemplo provechoso. Dos de aquellas novelas que don Miguel tenía escritas desde tiempo atrás, la del *Curioso impertinente* y la del *Cautivo*, habían acabado dentro del *Ingenioso hidalgo*, pues tal había sido idea de mi amo Robles para engordar el libro y poder así venderlo más caro, como si de una vaca o un marrano se tratase. Las nuevas no deseaba don Miguel hacerlas formar parte de ninguna historia mayor, que siempre le había parecido aquella argucia impropia de su arte. Si acaso, las juntaría todas en un libro para ellas solas. La que ahora componía se titulaba, *El coloquio de los perros*, pues trataba precisamente de dos perros del Hospital de la Resurrección, que se halla en Valladolid, muy cerca de donde Cervantes vivía. Los chuchos adquirirían por algún prodigio el don de la palabra y se narraban el uno al otro sus aventuras y tribulaciones con sus sucesivos señores, como un día hiciera Lázaro de Tormes en aquella novela que leía mi primer amo, el párroco de Lucena, y en la que también yo adquirí muchas de mis primeras letras.

Pero ahora que lo pienso he hablado sobre lo mucho que se reñía en aquella casa sin aclarar que el motivo principal de tanta riña eran las estrecheces en que vivía la familia (pues, como dicen, donde no hay harina anda la tremolina), porque cuando no se sabe si se podrá pagar la renta o si será posible poner un plato en la mesa para la cena no es raro que el trato entre las gentes de una familia se avinagre, especialmente entre las mujeres, que nunca fueron amigas de vivir juntas bajo el mismo techo, y en aquella casa eran cinco las que tenían que hacerlo. Algo aportaba doña Catalina de las rentas que le daba su hacienda en Esquivias, aunque cuando lo hacía jamás dejaba de recordarles a sus cuñadas que vivían de limosna y que eran unas muertas de hambre, a lo que ellas replicaban que aquellos pocos maravedíes no le daban el derecho de tratarlas como criadas, y que eran ellas con sus labores de costura las que sostenían el

peso de la casa, aunque lo cierto es que en aquella casa cada vez se cosía menos y se reñía más. Entretanto, don Miguel se ocultaba entre sus libros y sus ficciones, tal vez añorando los años de cautiverio entre los berberiscos, que sin duda eran gentes mucho más amables y pacíficas que las féminas de su familia, y perdónese me la chanza.

Y así estaban las cosas cuando vino a ocurrir aquella desgracia de Ezpeleta, que no fue sino fruto de algo que estaba gestándose desde tiempo atrás, tanto como Cervantes y los suyos llevaban viviendo en Valladolid, o puede que más, pues la desgracia es una alimaña que huele a sus presas desde lejos, y la de don Miguel había demostrado ser asaz feroz y de olfato fino, pues no importaba dónde él fuera, allá que se la encontraba.

Pero dice mi hijo Miguel que basta por hoy, que ha de dedicar tiempo a sus quehaceres, y no seré yo quien discuta con todo un señor escribano. Así que quede Ezpeleta para mañana, que no tengo yo por descortés el hacer esperar un día a quien lleva cuarenta años muerto, y descansen ahora mi voz y mi memoria.

CAPÍTULO III

LAS «CERVANTAS»

Ahora que mi hijo Miguel ha afilado su pluma y colmado su pocillo de tinta, reanudo mi relato donde lo abandoné, es decir, por los primeros días del verano de 1605. Poco antes había estado yo en Valencia para servir a los pocos edificantes propósitos de mi amo Robles, que si bien me llenaron de remordimiento por lo que suponían de engaño para don Miguel, sirvieron al menos para que el hijo de mi madre viera el mar por vez primera, que no es cosa que uno olvide por muchas veces que lo haya visto luego. El encargo, sumado al viaje de ida y al de vuelta, me ocupó no menos de veinte días, días que yo pasé consumiéndome por adentro por las muchas ansias que tenía de reunirme con Isabel, cuyos ojos (según averigüé) eran del mismo color, entre azulado y verde, que tienen las olas cuando el sol las besa en la aurora del día. Pero más me valdría no abandonarme a arrebatos líricos, porque mi hijo Miguel pugna por aguantar la risa, y coincido con él en que no hay cosa tan ridícula como un viejo diciendo palabras de hombre joven.

Al fin regresé a Madrid, donde me esperaban buenas noticias, porque no bien hube puesto los pies en la librería de mi amo Robles, me dijo este que me aprestara a salir hacia Valladolid con otro cargamento de libros. Se trataba de la nueva edición de la novela del *Ingenioso hidalgo*, compuesta en el mismo taller de imprenta que la primera, pero aligerada de las muchas erratas e incongruencias que llevaban mortificando a don Miguel desde que su obra viera la luz seis meses antes. Así pues, sin apenas tiempo para recabar la bendición de mis buenos padres y dar un beso a mis hermanos, me dispuse a tomar una vez más el camino de la Corte, adonde arribé al cabo de tan solo tres días, no sé si gracias a la bonanza del tiempo o porque el amor que Isabel me inspiraba puso alas en las patas de las mulas que tiraban de la carreta.

Una vez descargados los libros, puse rumbo hacia el Rastro de los Carneros, donde me planté en dos zancadas, y aún no había llamado yo a la puerta de casa de don Miguel cuando ya supe que algo andaba mal, pues lo común era que el fragor de las riñas y las voces airadas de las mujeres se oyera desde la calle, y ese día nada pude oír. Y tan pronto como Magdalena me abrió la puerta y vi su expresión compungida y sus ojos hinchados por el llanto, me dispuse a oír las malas nuevas que seguramente iba a darme. Y al comprobar que la mujer, dama entrada en años pero poseedora aún de cierta gallardía, parecía incapaz de arrancarse a hablar, no pude aguantar más y fui yo quien lo hizo:

—¿Ha habido una desgracia? —pregunté con el corazón encogido por el miedo
—. ¿Quizás una muerte?

Y ella, todavía sin poder articular palabra, me dijo por señas que sí, pero luego se

corrigió y dijo que no. Y cuando la zozobra estaba ya a punto de hacerme desfallecer, acertó a balbucear que todos los miembros de la familia estaban bien de salud, por lo que ella sabía, aunque sí que había un finado. Y se santiguó. Y por último me suplicó que entrara de una vez, porque la historia que tenía que confiarme no era de las que se cuentan en una escalera, con la puerta abierta y todos los vecinos escuchando tras las tuyas.

Y luego de entrar me pidió que me sentara, lo que hice en la cocina, ante la gran mesa donde muchas veces había comido junto a toda la familia, y Magdalena dispuso ante mí una jarra de vino y un vaso, y empezó a relatarme una historia que había ocurrido cuatro días antes, cuando, siendo noche cerrada, oyeron gritos y ruido de riña en la calle:

—Ya ves, Gonzalo, y eso que en esta casa habíamos recuperado la paz desde que mi cuñada se marchó a Esquivias...

—¿Se ha ido doña Catalina?

—Y en buena hora. Como te decía, todo ocurrió la noche del 27 de junio. Estábamos a la sazón reunidos en torno a esta mesa a la que ahora te sientas, y mi hermano nos leía un cuento muy gracioso que ahora compone sobre dos jóvenes pícaros en Sevilla. En esto oímos a varios hombres gritando bajo nuestra ventana. Y no se trataba de una riña de borrachos, sino de una refriega en toda regla. «¡Ay de mí! ¡Muerto soy!», oímos de pronto. Miguel se abalanzó hacia la ventana y nos dijo que unos hombres escapaban corriendo y se perdían en la noche, y que se distinguía un cuerpo tendido justo ante la puerta de nuestra casa. Y lo vimos que se armaba con una tranca y se disponía a bajar a la calle. Le rogamos que no lo hiciera, pero ya lo conoces, Gonzalo, que a veces demuestra tener menos seso que ese don Quijote de su novela. Así que se precipitó por las escaleras para socorrer al caído. Y al poco lo oímos gritar que había un hombre malherido y pensamos que lo mejor era bajar a ayudarlo. Y así lo hicimos, portando velas y candiles, porque era noche cerrada y la luna aún no había asomado.

—¿Acudieron solas vuestras mercedes? ¿No había ningún hombre presente?

—Ninguno, salvo mi hermano y el herido —explicó Magdalena—. Aunque al cabo de un momento vinieron algunos vecinos al ver que ya no había peligro.

—¿Y ese hombre herido? ¿Quién era?

En este punto noté que doña Magdalena se azaraba, reacción poco habitual en ella, quien por lo común era dama con gran presencia de ánimo.

—Alguna vez lo habíamos visto por la vecindad —contestó como si algo ocultara—. Era un caballero navarro de nombre Gaspar de Ezpeleta. Un mozo arrogante que fuera soldado en los tercios de Su Majestad y que rondaba ahora por la Corte en busca de fortuna.

—¿Y estaba muy malherido?

—Así lo parecía, a juzgar por el modo en que se aferraba el vientre con ambas manos como si se le fuera a escapar por allí la vida, y entre los dedos se veía brotar

sangre en abundancia. Y al apercibirse mi hermano de ello pidió que lo ayudaran a entrar al hombre en la casa para poder acomodarlo en un lecho. Y que se mandara aviso al cirujano de que viniera al punto.

—¿No acudió la ronda? ¿No llegaron los corchetes?

—Ni alguacil ni corchetes vimos aquella noche, porque en barrio humilde como este, donde ningún noble tiene su palacio, no suele vérselos rondar. En fin, la cuestión es que entre varios lo subieron a la casa de mi vecina Luisa de Montoya, viuda y buena cristiana donde las haya, quien dijo tener un lecho desocupado, y que mientras lo cargaban escaleras arriba don Gaspar se quejaba de que un gran dolor le mordía las entrañas y pedía a gritos un sacerdote.

—¿Murió entonces el tal Ezpeleta?

—No aquella noche, aunque cuando ya lo habíamos tendido y aligerado de sus ropas vimos que le habían asestado una profunda cuchillada en el vientre, que más que herida una boca desdentada parecía por lo grande y por lo fea, y mi hermano Miguel nos llevó aparte y nos dijo que en sus días de soldado había visto muchas como aquella, y que don Gaspar hacía bien en pedir un sacerdote, porque iba a necesitar más de él que del cirujano. A pesar de ello, fue el cirujano el primero en llegar, aunque poco pudo hacer salvo intentar contener con vendas la sangre, que tanta había perdido ya el desventurado don Gaspar que más parecía un fantasma que un hombre que siguiera en el mundo de los vivos. Y al cabo nos dijo que nada podía hacerse, porque el cuchillo había provocado gran estrago en las tripas de aquel cristiano, y que era asunto aquel de sentarse a rezar y a esperar.

Empezaba a sentir yo gran inquietud con los incidentes que doña Magdalena me contaba, pues no entendía adónde iba a parar todo aquello ni qué tenía que ver la desgracia del tal Ezpeleta con la desaparición de la familia, con la excepción de la propia Magdalena y de la Giganta, quien se había ahorrado el trance marchándose a Esquivias por algún motivo que yo desconocía.

—¿Pero es que no ha intervenido la justicia? —pregunté impaciente por que la historia recalara en algún puerto.

—¡Ay, Gonzalo, Gonzalico! —se lamentó Magdalena retorciéndose las manos—. La justicia es precisamente la culpable de que me veas aquí sola.

—¿Y eso cómo puede ser?

Y ella inspiró profundamente y continuó del siguiente modo:

—Era ya bien entrada la mañana del día siguiente, del 28, y don Gaspar seguía con vida, en parte por ser él hombre joven y de gran fortaleza, pero también porque mi vecina Luisa y yo misma no nos habíamos separado de su lecho en toda la noche, habiendo dedicado la vigilia a cuidarlo y consolarlo con muchas y cristianas razones, porque el párroco de San Lorenzo todavía no había aparecido con el viático, aunque bien avisado que estaba. Quien sí apareció fue don Cristóbal de Villarroel, y no vino solo, que lo acompañaban un escribano, un alguacil y dos corchetes.

—¿Villarroel, el alcalde?

—El mismo.

—Tiene fama de hombre severo de los que no se entretienen en oír razones.

—Oír sí que oyó, que nos hizo deponer a todos, hasta al herido, que ya casi ni hablar podía. Y así buena parte del día se fue en interrogatorios, primero los nuestros, que habíamos sido los primeros en llegar, y luego los del resto del vecindario. Y ello con gran altanería y con muy malos modos, que en vez de alcalde de casa y corte más parecía corregidor. Y puesto que las diligencias se le antojaron insuficientes amenazó con volver a la mañana siguiente, que fue la de ayer, cosa que hizo, justo a tiempo de ver cómo don Gaspar entregaba el alma.

—Ah, entonces por fin se murió —dije yo pensando que el dichoso Ezpeleta no iba a abandonar nunca este mundo.

—Sí, sí —respondió Magdalena santiguándose—. Y entonces fue cuando pasó lo que pasó.

—¿Y lo que pasó fue...? —pregunté temiendo ya que aquella historia no fuera a tener final.

—Pues pasó que Villarroel venía de tomar testimonio a esa bruja que vive arriba, Isabel de Ayala, y no sé qué pudo contarle esa hija de Satanás al alcalde, porque fue venir de oírla y ordenar que mi hermano Miguel fuese prendido y llevado a los calabozos, y con él mi pobre hermana Andrea, y Constanza...

—¿Y también Isabel? —pregunté con un nudo en la garganta.

—También ella, en efecto. Yo fui la única que me libré, pues dictaminó el alcalde que al haber aliviado yo el sufrimiento del difunto ayudándolo a bien morir, merecía quedar dispensada del arresto.

Aunque las palabras de doña Magdalena me estaban provocando una gran zozobra, no dejé de advertir por ello que algo me estaba ocultando, quizás la clave que me permitiera comprender aquel asunto que tan feo se volvía por momentos.

—Pero ¿a qué el arresto? ¿Qué culpa encontró el alcalde Villarroel en vuestro hermano y en las mujeres de esta familia? ¿Y qué pensáis que pudo decirle esa vecina chismosa para llevarlo a tomar decisión tan extrema?

Doña Magdalena esquivaba mi mirada y parecía remisa a hablar, hasta que comprendió que algo debía decirme:

—Le contaría que mi hermano estuvo preso en Sevilla, que parece saberlo todo esa maldita mujer, como si el diablo en persona la tuviera al corriente. Seguro que el alcalde Villarroel sospechó de él por ese motivo.

—¿Pero no estuvo don Miguel en la cárcel por asuntos de dineros y no de sangre?

—Así fue, pero habrá pensado el alcalde que lo mejor era curarse en salud.

—¿Y qué me decís de vuestra hermana y de Constanza y de Isabel? ¿Qué culpa era la suya?

Aquí doña Magdalena ya no supo qué decir, por lo que guardó silencio. Y cuando la vi ruborizarse ya no me cupo duda de que allí había gato encerrado. Pensé entonces que era inútil prolongar aquella conversación.

—¿Y decís que fue ayer cuando los prendieron? —pregunté.

—Ayer a mediodía, y aún no he sabido nada de ninguno de ellos. ¿Pero dónde vas con tanta prisa, Gonzalo? ¡Gonzalo!

Pero yo no oía ya a doña Magdalena, pues corría calle abajo en dirección a la cárcel de Valladolid, que llaman de la Chancillería, dispuesto a hacer lo que fuese con tal de que la injusticia que se había cometido con aquellas personas tan amadas fuese corregida al momento, aunque para ello tuviera que recurrir al corregidor, al valido o a Su Majestad el rey en persona, si ello fuese menester.

Y heme aquí apenas un breve rato después, ya en las inmediaciones de la cárcel de la Chancillería, cuando ante la fachada de la iglesia de San Pedro Apóstol me crucé con un grupo de personas en las que en ese instante no reparé, tal era mi prisa y mi apuro, así que fueron ellos los que tuvieron que llamarme, pues de otro modo habría pasado de largo.

—¡Gonzalo! ¡Eh, Gonzalo! ¿Hacia dónde corres?

Y al mirar atrás vi que quien me llamaba no era otra que Isabel (¡mi Isabel!), y que tomado de su brazo iba su padre, don Miguel, y junto a ellos, también del brazo, doña Andrea y su hija Constanza. Corrí de vuelta hacia el grupo y los vi a todos desaliñados y legañosos, y con aspecto abatido, que no en vano habían pasado un día y una noche en un lugar que ni hombre ni mujer honrados debieran pisar jamás. Les pregunté por su salud y por sus ánimos, y las mujeres me replicaron que todos se encontraban bien, aunque molidos por la vigilia y las zozobras (fueron grandes los esfuerzos que hube de hacer para evitar abrazar a Isabel, mas el decoro me lo impedía, por no mencionar la presencia paterna). Don Miguel fue el único que no abrió la boca, y tengo por cierto que era la ira lo que se lo impedía, que a juzgar por el modo en que fruncía el ceño y apretaba los dientes debía de ser mucha la que sentía. Así pues, como ya no era menester liberar a ninguno de los Cervantes de la cárcel, que ya todos estaban fuera de ella, me uní al grupo de vuelta a la casa del Rastro de los Carneros, donde doña Magdalena los recibió con grandes muestras de alivio y les imploró que la pusieran al corriente de todo lo ocurrido desde que el alcalde ordenara su prendimiento. Don Miguel, no obstante, no se detuvo a departir con su hermana, sino que se aprestó a encaminarse hacia su despacho, donde se encerró con un gran golpe de la puerta, no sin antes proclamar a voz en grito que alguien habría de pagar por aquella afrenta.

Impaciente esperaba yo el momento de quedarme a solas con Isabel para que me pusiera al corriente de lo que había pasado. Es decir, de lo que en verdad había pasado, pues columbraba que sobre aquel asunto había mucho que no me había sido contado y, por ende, era mejor no hacer más preguntas delante del resto de la familia. Al fin doña Andrea le pidió a la muchacha que se llegara a la bodega para comprar

dos cuartillos de vino, y yo me ofrecí a acompañarla, pues me pareció que la ocasión era propicia para disponer de Isabel para mí solo. Conforme cruzábamos el zaguán hacia la calle, le pedí que me contara la verdad, y me sorprendió comprobar que al principio ella me ocultaba la mirada y se mostraba remisa, por lo que hube de tranquilizarla con algunas amorosas razones y asegurarle que podía confiar en mí por completo, pues mi mayor afán en este mundo era su bienestar.

—Ay, Gonzalo —dijo por fin con la voz quebrada por el llanto—. Las Cervantas, nos llaman en este barrio. ¿Qué me dices de ello?

Las Cervantas. Algo sabía yo de aquel nombre infame por haberlo oído años atrás en Madrid, donde las hermanas de don Miguel no eran famosas por su honradez, precisamente. Y ahora su mala fama parecía haberse mudado a orillas del Pisuerga, al igual que la corte. Con todo, seguía yo sin entender qué tenía aquello que ver con el malogrado Gaspar de Ezpeleta, y así se lo dije a Isabel, quien me pidió paciencia para oír su historia.

—Bien conoces las estrecheces en que vivimos —me dijo ya más sosegada—. El dinero de los libros de mi padre no acaba de llegar nunca, y en este barrio no son muchos los encargos de costura que mis tías reciben, pues las mujeres que aquí viven son de las que se cosen sus propias tocas. Por ello, ya hace unos meses que doña Andrea y doña Magdalena decidieron recurrir a una industria que, aun sin ser todo lo honesta que cupiera desear, al menos serviría para poner en nuestra mesa un plato de comida y un trozo de pan cada día.

Algunos rumores semejantes me habían llegado cuando la familia todavía residía en Madrid. Aun así me sobresalté al pensar que la honra de Isabel pudiera estar en entredicho, y así se lo hice saber del modo más delicado que supe.

—No temas —respondió ella—, que mis tías siempre me han mantenido ajena a cualquier negocio que no fuera el de la costura y el bordado, temerosas, sin duda, de la reacción de mi padre. Todo esto lo sé por las confidencias de mi prima Constanza, pues ella sí ha participado el negocio de mis tías.

—Ejercen de alcahuetas, ¿verdad? —pregunté para salir de dudas, aunque pocas abrigaba ya.

—Lo único que mis tías hicieron fue arrendar una casa para que los amantes puedan encontrarse sin sobresaltos —replicó ella turbada—. Ellas cobran por proporcionar una alcoba con una cama y sábanas limpias. Lo que allí ocurra ya no es asunto que les incumba.

Me sorprendió el candor de Isabel al hablar de sus tías como si de heraldos de Cupido se tratase, sin comprender que aquel negocio, en caso de ser aireado, supondría tal menoscabo para la honra de aquellas mujeres que la gente hablaría de ellas como de dos vulgares putas, aunque ni comerciaran con su cuerpo ni tuvieran meretrices a su servicio que lo hicieran, y que aquella infamia salpicaría igualmente al resto de la familia, es decir, al hermano y a las sobrinas, incluyendo a la propia Isabel.

—¿Por eso se marchó doña Catalina? —pregunté, pues estaba empezando a atar cabos.

Isabel confirmó mis sospechas al revelarme que los rumores del comercio de sus cuñadas habían llegado a oídos de doña Catalina, y entonces fue como si se desatara el infierno, pues la Giganta había montado en gran cólera e injuriado muy gravemente a sus cuñadas llamándolas ramera y mujerzuelas de ralea infame y peor calaña, y cuando don Miguel salió a ver a qué obedecía tanto grito le había reprochado su flaqueza de carácter por no saber atar corto a sus hermanas, y le dijo que por acción o por omisión no era él mejor que un rufián o un proxeneta. Y luego, tras maldecirlos a todos con terribles exabruptos y harta violencia, había tomado su baúl y anunciado que se marchaba ipso facto a Esquivias con su hermano el clérigo antes de que la reputación de aquella gentuza mancillara la suya, que era inmaculada donde las hubiere.

Por mi parte, pude imaginar el sufrimiento de don Miguel con todo aquello, siendo él hombre de los que estimaban su honor por encima de todas las cosas. Pero decidí dejar esas preocupaciones para después, pues todavía no habíamos llegado a don Gaspar de Ezpeleta y yo deseaba hacerlo antes de que cayera la noche.

Habíamos llegado, entretanto, a la puerta de la bodega, donde Isabel pasó para comprar vino, aunque no del mejor. Al emprender el regreso, le pedí que se apresurara a contarme cuanto supiera de Gaspar de Ezpeleta, que tan huidizo estaba resultando, a pesar de llevar ya dos días difunto.

—Ezpeleta era un granuja —dijo Isabel en respuesta a mi pregunta—, un buscavidas más de los muchos que la corte atrae. Durante meses intentó entrar al servicio de algún noble sin conseguirlo, pues su mala reputación le precedía, y sus únicas ocupaciones conocidas habían sido las que se practican en las tabernas y en las casas de juego.

—¿Y todo eso cómo lo sabes? —pregunté con cierta inquietud, pues no me gustaba que palabras como aquellas brotaran de los hermosos labios de la muchacha.

—Lo sé por Constanza —me tranquilizó ella—. Del mismo modo que sé que Ezpeleta mantenía amoríos secretos con la esposa del escribano don Melchor Galván.

—¿En la mancebía de tus tías?

—En la casa que ellas alquilaron, sí —repuso ella frunciendo el ceño.

—¿Y eran en verdad tan secretos esos amores?

En este punto Isabel sonrió.

—No lo creo. Ezpeleta tenía fama de fanfarrón y seguramente se habría jactado de su conquista por las tabernas.

—¿Y cómo llevaba ese escribano Galván su condición de cornúpeta?

—Eso lo ignoro —dijo Isabel rompiendo a reír—. Lo que sí puedo decirte es que don Melchor Galván y el alcalde Villarroel mantienen una relación estrecha, y hasta podría decirse que son amigos.

—¿Crees entonces que la honra mancillada de Galván puede haber sido la causa

de que hayáis terminado en la cárcel de la Chancillería?

Isabel se encogió de hombros.

—Lo único cierto es que Ezpeleta fue herido en la puerta de mis tías, y que Galván puede haberle contado a su amigo el alcalde que eran las Cervantas quienes cobijaban los amores furtivos de su esposa y de su amante. O tal vez lo hiciera Isabel de Ayala, esa bruja chismosa que tenemos por vecina...

Alcé la mano para indicarle que sabía de quién me hablaba y también para que supiera que me daba por informado, pues no deseaba seguir oyendo de sus labios aquel asunto que se volvía más turbio y enredado por momentos. Pensé que Isabel, a pesar de su juventud e inexperiencia, tal vez no estuviera errada en sus sospechas, pues la realidad es que en este mundo la honra y la fama lo son todo. Quienes las poseen es como si vistieran una armadura, mientras que los que carecen de ellas andan desnudos y expuestos a algunos de los peores males que azotan el mundo, como son la inquina y la maledicencia. También pensé que en ciertas partes de la historia comenzaba a vislumbrarse alguna claridad, aunque para conocer otras tendría que seguir preguntando, lo cual no pensaba demorarme en hacer. Y comoquiera que habíamos llegado ya a la casa del Rastro de los Carneros, le dije a Isabel que debía marcharme, pues tenía ciertos asuntos que atender, no sin antes aprovechar la penumbra del zaguán para robarle un beso, ya que pensé que aquel era asunto que tampoco admitía demora.

—Ten cuidado, Gonzalo —me rogó al ver que me disponía a marcharme—. Mi padre tiene enemigos poderosos. Y yo no soportaría que la próxima sangre que se derramase fuese la tuya.

Quienes hayan leído mi crónica anterior, aquella en que se narraban las vicisitudes que don Miguel y yo padecimos para recuperar el manuscrito que nos había sido robado, recordarán el momento aquel en que, no sabiendo por dónde empezar la búsqueda, resolvimos recorrer esos lugares donde los hombres gustan de reunirse y soltar la lengua, sobre todo cuando empieza a correr el vino. Y me refiero, claro, a las tabernas, que no hay sitio mejor para ponerse al corriente de noticias y rumores. Así las cosas, resolví hacer lo mismo en este caso, aunque por mi cuenta, pues pensé que don Miguel se encontraría demasiado afligido para esta empresa. Transcurridos cuatro días desde el suceso, y habiendo gustado el bravucón Ezpeleta de frecuentar mesones, no dudaba yo de que el pueblo de Valladolid ya habría tenido tiempo de sacar de paseo a la sinhueso y bastaría con pararse a escuchar para adquirir información valiosa. Pensé que un sitio apropiado para comenzar sería la que llamaban la Taberna del Francés, y no por ser su dueño oriundo de ese reino, sino porque había nacido el hombre con un labio leporino que le dificultaba el habla, haciéndole decir «pego» en lugar de «perro», y «cago» en lugar de «carro», como es

sabido que hacen los gabachos. El sitio era frecuentado por soldados y por quienes lo habían sido, por lo que no dudaba que Ezpeleta sería bien conocido cuando vivo, y un tema favorito de conversación ahora que una cuchillada se lo había llevado al otro mundo. De modo que hacia allá me encaminé, reflexionando por el camino acerca de la grandísima injusticia que se había cometido con don Miguel y con su familia, siendo ellos del todo inocentes y habiendo un marido burlado de por medio a quien pedirle cuentas.

Se ponía el sol cuando entraba yo en el negocio del Francés, donde la fortuna quiso que mis pesquisas no hubieran de dilatarse mucho, como enseguida se verá. Estaba a la sazón el lugar repleto de parroquianos, pues rara es en estos reinos la taberna que no esté concurrida a esas horas, sin duda las más propicias para refrescar el gaznate. Miré en derredor al entrar en busca de un lugar adecuado donde sentarme a escuchar, y comprobé que las mesas eran largas y que los bancos eran de los que pueden acomodar a numerosas posaderas, lo que me pareció bueno para mis propósitos, ya que el único modo de tomar asiento allí era mezclarse con los demás, cosa que hice al momento. Y no fue menester aguzar mucho el oído para comprobar que apenas se hablaba de otra cosa que de la muerte de Ezpeleta, y que nadie la atribuía al puro azar, es decir, a un encuentro fortuito con rufianes ansiosos por aligerarle la bolsa.

—Tiempo llevaba buscándolo —sentenciaba cerca de mí un bravucón con el rostro cosido de cicatrices—, que eran unos cuantos los esposos burlados que tenía en su haber.

—Y los que le prestaron dinero y no volvieron a verlo —apostilló otro parroquiano.

—Por no hablar de los muchos a los que desplumó con malas artes en una mesa de juego —concluyó un tercero, un viejo soldado cuyo ojo derecho tal vez se hubiera quedado en Ostende, a juzgar por el parche de cuero con el que tapaba su órbita vacía.

—¿Y por cuál de esas hipótesis se decantan vuestas mercedes? —pregunté yo en un súbito arranque.

Y al instante me arrepentí, pues todos se me quedaron mirando con gesto de pocos amigos, tal vez preguntándose si no trabajaría yo para el alcalde o el corregidor o algún otro agente de la justicia, con la que más de uno tendría cuentas pendientes. Sin embargo, una vez concluido el escrutinio, debí de parecerles inofensivo, puesto que reanudaron sus libaciones sin dar muestras de hostilidad hacia mi persona.

—Juzga tú mismo, muchacho —me dijo el del parche en el ojo cuando ya pensaba que me iban a dejar *in albis*—, que por algo tienes dos ojos en la cara.

Y acto seguido señaló con la mano un rincón de la taberna, lugar hacia donde yo al punto dirigí la vista. Por entonces la noche se había adueñado de las calles y la única luz que permitía llevarse los vasos a la boca era la de los candiles. Tal vez por eso tardé cierto tiempo en darme cuenta de que conocía a uno de los hombres que el

tuerto me había señalado. Aunque a la falta de luz se sumaba la oscuridad intrínseca del individuo en cuestión, un hombretón negro como el diablo con quien don Miguel y yo nos habíamos topado pocos meses antes, durante cierto lance que nos había obligado a ambos a vestir el hábito trinitario. Se trataba sin duda de Sansón, el criado del duque de Sessa, aquel negrazo hercúleo que hablaba con acento de Triana y que, a pesar de su gracejo andaluz, podía estrangular a un hombre con los dedos índice y pulgar de su mano izquierda. Junto a él había dos sujetos de los que acostumbran a verse encadenados a un remo en cualquier galera de Su Majestad, y un tercero que desentonaba de ellos por sus ropas limpias y su aspecto respetable. Al instante razoné que, del mismo modo que yo había reconocido a Sansón, podría él reconocermé a mí, lo que no habría contribuido a que yo acabara la noche con todos mis huesos intactos y en su sitio. Por ello agaché la cabeza hasta casi hundir la nariz en el vaso de vino que tenía ante mí. Sobre el oficio de los dos granujas no me cabía ninguna duda que debían de ser desolladores a sueldo de los muchos que alquilan sus cuchillos al mejor postor. En cuanto a la identidad del hombre de aspecto pulcro, abrigaba yo ciertas sospechas que me apresuré a confirmar con mi contertulio el cíclope.

—¿Acaso no es aquel el escribano Galván? —pregunté.

A lo que el tuerto respondió asintiendo y clavando luego su único ojo en su vaso vacío, con lo que me dejaba claro que esperaba ser convidado a cambio de la información que acababa de facilitarme. Y en este punto cometí el error que a punto estuve de pagar caro, pues no tuve mejor ocurrencia que ponerme de pie y dar una voz para llamar al mesonero. Y tan pronto como incurrí en tan imprudente actitud, me volví hacia el rincón donde departía Sansón con el escribano y los matasietes, con la esperanza de seguir inadvertido a pesar de mi torpeza. Sin embargo, muy al contrario, vi que el gigantesco negro se había puesto en pie y me fulminaba con la mirada, al tiempo que me mostraba unos dientes afilados como navajas (a saber a cuántos cristianos habría devorado con ellos), y luego les ladraba una orden a los dos granujas, y que al instante los tres se precipitaban en dirección hacia donde yo estaba. Y ¡pies para qué os quiero! Aunque más que usar los pies, pareció que me hubiesen crecido alas en ese momento, pues medio volé hacia la calle saltando de mesa en mesa entre caras de sorpresa y gritos de enfado, que debieron de ser más de una docena las jarras y los vasos que rompí o que volqué. Y luego, ya afuera, emprendí el galope dando gracias al Altísimo por la oscuridad que reinaba en las calles de Valladolid, y que sin duda sería mi aliada en aquel peligroso trance.

Así pues, corrí y corrí como si me persiguiera el diablo (que en cierto modo así era), y a pesar de mi mucha velocidad creo que mi corazón corría unos pasos por delante de mí, tan grande era el susto que llevaba en el cuerpo, sobre todo en los primeros momentos, cuando me era posible distinguir los gritos y las zancadas de los hombres que corrían en pos de mí, que ya me veía yo desangrándome en mitad de la calle como un Ezpeleta cualquiera. Pero mi juventud y mi mucho miedo obraron el milagro de agrandar la brecha que me separaba de mis perseguidores, y aunque mi

carrera era alocada y sin rumbo, el hecho de torcer al azar por varias esquinas, de tomar varios atajos imposibles y de marearme por aquel dédalo de callejuelas nocturnas y apenas conocidas debió de surtir el debido efecto, pues al cabo de un rato, cuando mis piernas ya empezaban a flaquear, reparé en que las voces y los pasos habían callado y comencé a abrigar esperanzas de aguantar un poco más en el mundo de los vivos. Con todo, elegí un recoveco sombrío donde me oculté hasta que oí a los monjes de un convento cercano cantar maitines, momento en que me sentí lo bastante a salvo como para dirigirme al Rastro de los Carneros, pues ni era aquel momento de tomar posada ni las nuevas que yo debía comunicar a don Miguel admitían demora alguna.

Según me contó luego Isabel, los golpes que descargué sobre la puerta de los Cervantes hasta lograr que me abrieran les causaron un gran susto, pues pensaron que aquella visita a hora tan temprana, cuando apenas había asomado el sol y todos estaban aún en el lecho, solo podía ser de la justicia. ¿Acaso venían el alguacil y los corchetes a arrestarlos de nuevo? De ahí el semblante pétreo de don Miguel, pues fue él quien abrió la puerta vestido solamente con la camisa de dormir y un gorro con borla en la cabeza. Su intención al abrir era increpar a los agentes de la ley por venir a perturbar el descanso de la gente de bien en lugar de dedicarse a perseguir malhechores, de los cuales la ciudad de Valladolid estaba bien servida. Su asombro al encontrarme a la puerta de su casa a horas tan intempestivas debió de ser grande, pues aunque su ceño se suavizó un tanto, permaneció unos momentos sin decir palabra.

—¿Gonzalo? —dijo por fin como si no acabara de reconocirme.

—¡Don Miguel! —lo urgí yo—. ¡Traigo noticias! ¡Ya sé quién está detrás de todo este asunto!

—¿De qué asunto me hablas, Gonzalo? —preguntó él, quizás todavía algo dormido.

—¡Del asunto de Ezpeleta, voto a tal!

Y al instante me arrepentí por haberme dirigido a él de un modo tan irrespetuoso, aunque no diera él muestra de ofenderse, sino que al punto me guio hacia su despacho donde dijo que podríamos departir con calma y sosiego.

—¡Sansón! —exclamé tan pronto como él cerró la puerta, y sin mostrar el menor rastro de calma ni de sosiego.

Volvió a fruncirse su ceño, aunque no dijo nada, sino que me señaló una silla y luego tomó asiento. Y entonces procedí yo a narrarle con detalle lo acontecido en la taberna y el resto de las extrañas aventuras vividas la noche anterior. Cuando mi historia concluyó, don Miguel guardó silencio y reflexionó durante un largo rato.

—De modo que Sansón —dijo por fin como recapitulando—, el criado del duque de Sessa, junto con un par de esbirros a sueldo, podrían haber sido quienes dejaron a Ezpeleta malherido en la misma puerta de mi casa. Y parece que exista entendimiento entre ellos y el escribano don Melchor Galván, cuyo honor fue mancillado por don

Gaspar de Ezpeleta. Así pues, tenemos a Melchor y a Gaspar. Ya solo nos falta...

—¿Baltasar? —pregunté con timidez, a lo que don Miguel reaccionó con una sonrisa cansada.

—Aunque en este nacimiento al tercer rey mago se le conoce por un nombre distinto.

—¿Lope?

—Así lo creo —repuso don Miguel entornando los ojos—. Nuestro amigo el *Fénix*, siempre presto a renacer de sus cenizas.

—¿Pero acaso anda Lope por la Corte?

—No, que yo sepa, aunque su agujón es muy largo y no es menester que esté cerca para que me infecte con su ponzoña. Comprendes la trama, ¿verdad, Gonzalo?

La comprendía y así se lo hice saber con un gesto de asentimiento, pues no deseaba mencionar a sus hermanas y su vergonzoso negocio, y sé que don Miguel me agradeció que no lo hiciera. Y por si acaso el lector se hallara perplejo con la irrupción del nombre del famoso Lope de Vega en esta historia sin que él en persona haya hecho acto de presencia, aclararé que el *Fénix* era un viejo enemigo de don Miguel, al que profesaba una gran inquina, y no solo porque este le hubiera arrebatado el amor de una dama en el pasado, sino por pura envidia, porque reconocía en don Miguel un talento superior al suyo y, parafraseando las palabras de Alejandro Magno antes de la batalla de Arbelas, igual que no puede haber dos soles en el cielo, Lope no podía consentir la existencia de un genio como el de Cervantes. Por ello, su mayor afán era hundir al alcaláino en el oprobio, humillarlo, ensuciar su nombre más allá de cualquier posible reparación. Lo había intentado sin lograrlo unos meses atrás. Y ahora volvía a hacerlo valiéndose de aquella casa de amores clandestinos que doña Andrea y doña Magdalena habían abierto para tratar de remediar la miseria, de un valentón llamado Ezpeleta al que le sobraban enemigos, de la esposa infiel del escribano Galván, del honor mancillado de este, de una puñalada asestada en mitad de la noche por unos esbirros contratados por Sansón, criado y hombre para todo de don Luis Fernández de Córdoba, duque de Sessa, conde de Cabra, patrón y amigo de Lope de Vega y Carpio, con quien el círculo de este misterio quedaba cerrado.

—Entonces, ¿creéis que el propósito de Lope es hacer que acabéis en la cárcel? —pregunté tratando de atar algunos cabos sueltos.

—Lo dudo —respondió don Miguel—. En eso creo que el único culpable es ese asno de Villarroel, empeñado en no mirar hacia el auténtico instigador, Galván, quien casualmente es amigo y colaborador suyo. De todos modos, ya sabes que la justicia es laxa en cuestiones de honor como la que nos ocupa.

—¿Y vuestro honor, don Miguel? ¿Y el de vuestra familia?

El rostro de Cervantes se ensombreció, y durante unos segundos vi reflejados en él muchos años de sufrimiento, de cautiverio e injusticias, y de mala fortuna.

—Ese era precisamente el objetivo de Lope. Un objetivo que ha alcanzado a su entera satisfacción, por lo que lo imagino frotándose las manos de puro deleite. Este

escándalo ha dejado mi honor y el de los míos muy maltrecho, de modo que solamente me queda una cosa por hacer.

Por un momento creí que en su pensamiento estaba retar a Lope, o a Galván, o emprender alguna acción temeraria por el estilo. Pero enseguida leí en su semblante a qué se refería.

—¿Está hablando vuestra merced de abandonar la Corte?

—No me queda alternativa. En Valladolid el nombre de Cervantes ha quedado mancillado para siempre. ¿Querrás hacerme una gran merced, es decir, otra más?

—Lo que pidáis, señor.

Cervantes sonrió. Aun en circunstancias tan tristes era capaz de mostrar su semblante más afable.

—Nunca hubo hombre bendecido con una amistad como la que tú me profesas —me dijo haciendo que mi pecho se hinchara de orgullo—. ¿Cuándo vuelves a Madrid?

—Hoy o mañana, a más tardar —repuse—. Mi amo Robles me necesita allí.

—Bien, Gonzalo, cuando regreses buscarás casa para mí y para mi familia. Imagino que desde que la corte salió de Madrid, los alquileres habrán bajado.

—Así es, señor —confirmé—. Perded cuidado, que sabré encontrar una casa de vuestro agrado a buen precio.

—Un precio que a duras penas podré pagar. Pero no por ello dejaremos de precisar un techo que nos cobije. Ya buscaré la manera. Y ahora ve con Dios, Gonzalo. Y permíteme rogarte diligencia, pues cada día que permanezcamos en Valladolid será para mayor menoscabo de mi honra.

A mi regreso a Madrid, encontré la Villa algo revuelta con la noticia de la muerte de doña María, hija mayor del emperador don Carlos, tía de su majestad, el rey don Felipe, y emperatriz del Sacro Imperio. Lo curioso del asunto es que nadie había visto a la regia dama desde casi un cuarto de siglo antes, justo el tiempo que llevaba retirada del mundo en el convento de las Descalzas Reales. Sin embargo, lejos de dedicarse únicamente a la oración y a la vida contemplativa, doña María jamás había dejado de ejercer su influencia en los asuntos del reino. Se decía incluso que sus deseos estaban por encima de los del rey, a quien se le sabía más interesado en comedias y cacerías que en asuntos de Estado. Y algo de verdad debía de haber en los rumores, porque era de dominio público que el duque de Lerma, primer ministro y valido de Su Majestad, aborrecía con toda su aristocrática alma a aquella anciana que tanto empeño ponía en cuestionar sus decisiones y frustrar sus designios. Comoquiera que fuese, las gentes de la Villa lamentaban sinceramente la muerte de aquella hija de la casa de Austria en la que adivinaban una grandeza perdida en los ulteriores vástagos de la dinastía. En cuanto al valido, todo el mundo sabía que para Lerma el reino y sus colonias ultramarinas no eran otra cosa que una parte de su propia

hacienda, y ahora tenía las manos libres para exprimirla a capricho. Aunque se sabía que la muerte de doña María traería cambios, lo que yo no podía imaginar era que estos fueran a afectarme precisamente a mí, y además de un modo tan inmediato.

Pero lo supe tan pronto como empecé a recorrer las calles de Madrid en busca de una casa para don Miguel y su familia. Recordará el lector que, antes de irme de Valladolid, le aseguré a Cervantes que encontraría una casa a su gusto y que el precio de esta sería razonable. Lo que yo no sabía entonces era que doña María de Austria agonizaba en las Descalzas, y que las cosas que les ocurren a los grandes del reino siempre repercuten en los pequeños del reino, es decir, es casi todos nosotros. La cuestión es que, tan pronto como se supo de la muerte de la emperatriz, los alquileres subieron, pues comenzó a correr el rumor de que ahora Lerma traería de nuevo la corte a Madrid, pues tal era, al parecer, la ambición de los notables de la Villa. Se hablaba de montañas de dinero en regalías, de prebendas y privilegios, y también de sobornos. Y yo que me pensaba muy capaz de encontrarle a don Miguel una buena casa a un precio que él pudiera permitirse, hube de darme por contento con un segundo piso tan generoso en humedades como mezquino en tamaño, amén de un tanto escaso de ventanas. Su única ventaja era la de su situación, pues se encontraba en la calle de la Magdalena, a dos pasos de casi todas las imprentas y librerías de la Villa, como don Miguel me había pedido.

Así pues, regresé a Valladolid al cabo de unos días con la noticia de que la mudanza podía efectuarse, aunque no muy contento con los resultados de mi búsqueda. Don Miguel, con todo, me agradeció muy efusivamente mis esfuerzos, asegurándome que mi diligencia al buscar casa en Madrid había sido providencial, pues en Valladolid ya todo el mundo daba por hecho que la corte regresaba a su emplazamiento original, y dentro de muy poco el encontrar alojamiento en la Villa iba a convertirse en una empresa muy ardua y muy cara.

—Ya han comenzado a abonar el terreno —explicó don Miguel—. Llegan rumores de palacio según los cuales a Su Majestad le disgusta el clima de Valladolid. Dicen que ambas infantas han enfermado de impétigo, y que el príncipe respira mal en su cuna por culpa de los vapores que brotan del Pisuerga. Pero barrunto que no son más que cuentos con los que se pretende justificar una decisión que otros han tomado.

—¿Lerma?

—¿Y quién si no? Al traer aquí la corte ganó una fortuna vendiendo terrenos que antes había comprado baratos. Ahora, apenas cuatro años después, querrá repetir el lance en Madrid. Este reino no merece a su nobleza. Y la noticia de que la corte se vende al mejor postor ya ha incendiado los ánimos. Las negociaciones se llevan en secreto, pero se trata de uno de esos secretos que parece que se le hayan confiado al pregonero. Hasta 250.000 ducados anuales parece que han ofrecido los regidores y notables de Madrid, además de sufragar los gastos del traslado. Todo está decidido, Gonzalo. Contrataré de inmediato un carro para nuestra mudanza, antes de que no quede en toda Valladolid ni un buey ni una mula desocupados. ¿Querrás ayudarme

también en esto? Soy ya viejo, y la tarea se me antoja ardua.

Le pedí a don Miguel que perdiera todo cuidado y al punto me encargué de encontrar a un carretero con su carro y disponerlo todo para que el traslado se realizara cuanto antes. En verdad, no había sido otro mi trabajo durante los años anteriores que ir y venir entre Madrid y Valladolid transportando los libros de mi amo Robles y cumpliendo sus encargos, por lo que ocuparme de devolver a Madrid a la familia de Cervantes junto a sus muebles y enseres me resultó liviano. Y no me detuvo el hecho de que el librero me estuviera esperando para encomendarme nuevas tareas. Es más, me sentí estimulado al pensar que ahora Isabel estaría siempre cerca de mí y que podría verla cuando quisiera, y así se lo hice saber tan pronto como pude quedarme a solas con ella en un lugar discreto.

—No imaginas cómo ardo en deseos de marcharme de aquí —me dijo ella tras entregarme algunas amorosas prendas de su afecto—. Y no solo porque tú y yo estaremos más cerca, que ya sería esto razón sobrada para el regocijo, sino porque a mi padre le pesa cada día que pasamos en esta villa a la que Dios confunda.

—¿Habéis tenido más problemas por lo de Ezpeleta? —pregunté.

—No, si de lo que me hablas es de problemas con la justicia. Pero ya puedes imaginar las cosas que ahora se dicen en Valladolid de las Cervantas, que cada verdad que se cuenta viene acompañada de veinte mentiras e infamias. Y además está esto.

Y me entregó una carta abierta que, según me dijo, había venido con el último correo.

—Constanza la recogió —me explicó Isabel—, y aun hubo de pagar un real de porte por ello, que en mala hora lo hiciera.

Desdoblé el papel lentamente y leí las líneas en él escritas. Repitiendo lo que Isabel acababa de decir, en mala hora lo hiciera, pues lo que allí encontré fue un ataque vil y cobarde contra mi señor Cervantes, un soneto escrito en versos de cabo roto escarneciéndolo con las palabras y razones más groseras que imaginar pueda el lector. Y mientras don Miguel era ultrajado sin piedad, a Lope de Vega se le comparaba con Apolo, de cuyo carro Cervantes apenas mereciera tirar. Y sumadas a estas se decían otras bajezas aún peores, que jamás pensé que cupiera tanta porquería en tan solo catorce versos y que no repetiré ahora, pues aun hoy, transcurridos más de cincuenta años, todavía me hierve la sangre al acordarme. Y de ello puede dar fe mi hijo Miguel, que pidiéndome está que no pierda la calma por ser tanto acaloramiento pernicioso para mi frágil salud de anciano.

—¿Y qué ha hecho tu padre al respecto? —pregunté con la voz enronquecida por la ira.

—Nada —respondió Isabel.

—¿Nada? ¿Acaso no comprende que este ataque proviene directamente del de Vega?

—Sí, así lo cree mi padre también. Pero tratándose de una carta anónima, nada puede hacer para probarlo.

—¿Qué tal si responde en iguales términos? —repuse muy enojado—. Ahora mismo voy a exhortarlo a que lo haga.

—Pierdes el tiempo, Gonzalo —dijo Isabel sujetándome del brazo—. Mi padre dice que no responderá a ese libelo con otro de similar factura, pues todas las ofensas que le han infligido las ha contestado de frente, con la espada, con las palabras o con los puños desnudos, y que así piensa seguir haciéndolo. Además, dice que el soneto es malo y que ha sido escrito con gran torpeza y desaliño.

Sonreí a mi pesar, al tiempo que comprendía que Isabel tenía razón, y que el honor puede volverse una carga muy pesada para los hombres como Miguel de Cervantes. Imaginé que el soneto de marras ya correría por Valladolid y por Madrid provocando risas y burlas a costa del padre de don Quijote y del propio caballero, que también era objeto de escarnio, y comprendí que a pesar de todo aquella bajeza no podía quedar sin respuesta.

—¿Me ayudarás? —le propuse a Isabel.

—¿Y en qué puedo ayudarte?

—Deja que te cuente...

Bastaron unas horas y un carro mediano para vaciar la casa del Rastro Nuevo de los Carneros. Yo me ofrecí para viajar en el pescante junto al carretero, y una vez en Madrid, para dar aviso a mis hermanos y que fueran ellos quienes nos ayudaran a descargar los muebles y demás enseres. Don Miguel y los suyos saldrían al día siguiente en la diligencia. Y así fue como abandonamos Valladolid, muy de mañana, con poco ruido y la sensación de que nada dejábamos atrás por lo que mereciera la pena volver la vista.

Recuerdo que durante el camino no me abandonaba la idea de que, con la corte restituida a Madrid, lo más probable era que mi amo Robles decidiera cerrar su librería de Valladolid, lo que me pareció una bendición por cuanto que para mí significaría el fin de mis días en el camino. No pasaría mucho tiempo antes de que comprobara que mis días de alma errante estaban muy lejos de terminar, pero hasta los más perspicaces (y no era tal mi caso) se revelan siempre como necios cuando se trata de adivinar las cosas que encierra el nebuloso futuro. Otra cosa que se me ocurrió, y en aquello no estuve tan errado, fue que la carretera solitaria que aquella mañana recorríamos camino de Madrid muy pronto dejaría de verse tan vacía, y lo cierto es que apenas unas semanas más tarde la ruta sobre Guadarrama habría de parecerse a la que emprendieron los israelitas para salir de Egipto, tal fue la multitud que decidió que nada se le había perdido en Valladolid una vez que Su Majestad la hubo dejado para siempre, pues es bien sabido que sin grano no hay ratones, y su excelencia el valido tenía mucho que ganar llevándose el granero de vuelta adonde antaño estuviera.

No he olvidado el gesto satisfecho de don Miguel una vez que se vio de vuelta en Madrid, su ciudad preferida de entre todas aquellas en las que había vivido, por encima incluso de Sevilla y de Nápoles, y hasta de Roma, pues siempre le oí decir que sin ser la Villa de Madrid la más grande ni la más hermosa de las ciudades, sí que era la única a la que siempre le alegraba regresar. Ni siquiera la casa pequeña y un tanto lóbrega de la calle de la Magdalena le pareció del todo mal.

—Empecemos otra vez, Gonzalo, y con buen ánimo —dijo una vez que vio su escritorio y su silla colocados en la pieza que iba a ser su nuevo despacho—, pues en esta vida lo mejor son siempre los principios.

Me sorprendieron aquellas palabras en las que no encontré rastro de resentimiento ni amargura, siendo él hombre a quien el mundo había tratado con tanta rudeza. También me sorprendió su anuncio de que, al día siguiente, tenía que salir de nuevo de viaje. Al preguntarle yo adónde se dirigía, me respondió con gesto resignado que su destino era Esquivias, donde permanecería tanto tiempo como fuera preciso para convencer a doña Catalina de que su lugar estaba junto a su esposo. No comprendía yo la urgencia de traer a la colérica dama de regreso, hasta que don Miguel me dio a entender que en la empresa de restaurar la honra quebrantada de la familia doña Catalina era una pieza esencial.

Tal y como había anunciado, a la mañana siguiente emprendió el camino de la Puerta de Toledo a lomos de una mula, no sin antes encarecerles a sus hermanas, sobrina e hija que se condujeran con el recato propio de unas buenas damas cristianas, pues de otro modo sería muy grande su enojo.

Y puesto que para mí no hubo recomendación, entendí que no estaba yo obligado a comportarme cristianamente, y resolví que aquel era el momento perfecto para poner en marcha el plan del que Isabel y yo habíamos hablado en Valladolid.

Bien recordaba yo aquellos versos que habían corrido por Madrid unos años antes, cuando Lope diera a la imprenta aquel libro suyo de asunto pastoril intitulado *La Arcadia*, y en cuya portada había hecho el de Vega que grabaran, junto con su retrato, un escudo con diecinueve torres, nada menos.

*Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diez y nueve torres del escudo,
porque, aunque todas son de viento, dudo
que tengas viento para tantas torres.*

Así rezaban los versos, cuyo autor anónimo había sido, sin duda, uno de los enemigos de Lope, que candidatos no faltaban (hubo quien los atribuyó a Cervantes, aunque doy fe de que no fue don Miguel quien los compuso), y que según se contó le provocaron al orgulloso propietario de las diecinueve torres un gran enojo, pues

habían hecho mella allí donde Lope era más vulnerable, es decir, en su vanidad. Así pues, estando todavía en Valladolid le había pedido a Isabel que me ayudara a componer un soneto a semejanza de aquel, aunque escrito en versos de cabo roto, para que no cupiera duda de que se trataba de una respuesta al que Lope había divulgado para ridiculizar a don Miguel. Y ella, que además de muchacha ingeniosa y leída era amiga de juegos y de chanzas, me dijo que pusiéramos manos a la obra sin más demora, y se le ocurrió que en el soneto se le podría pedir a Lope que fuera borrando de la existencia, una tras otra, sus obras más célebres, es decir, sus prendas más preciadas. Y al fin, tras algunos titubeos y muchas risas, concluimos el soneto con estrambote, que decía así:

*Hermano Lope, bórrame el sone-
De versos de Ariosto y Garcila-,
y la Biblia no tomes en la ma-,
pues nunca de la Biblia dices le-.
También me borrarás La Dragonte-
y un librito que llaman del Arca-
con todo el Comediaje y Epita-,
y, por ser mora, quemarás la Angé-,
Sabe Dios mi intención con San Isi-;
mas quiérole dejar por lo devo-.
Bórrame en su lugar El peregrí-.
Y en cuatro lenguas no me digas co-;
que supuesto que escribes boberí-,
las vendrán a entender cuatro nacio-.
Ni acabes de escribir La Jerusa-;
bástale a la cuitada su traba-.*

Y esta fue la composición que al día siguiente adornaba los muros de algunas de las calles más concurridas de Madrid, después de emplear Isabel y yo algunas horas en copiarlo muchas veces con letras grandes y muy negras, y de pertrecharme yo con una brocha y un cubo lleno de engrudo y una escalera, para poder pegarlo allá donde resultara más fácil de ver y más difícil de retirar.

Y ahora veo que mi hijo Miguel se ríe a carcajadas, pues tampoco él sabía quién era el autor del célebre soneto que todo el mundo atribuyera a Cervantes Saavedra, y no andaban en ello del todo errados, pues una Saavedra había contribuido a componerlo.

Me señala mi hijo ahora la ventana y veo que la noche ha caído, y aunque son muchísimas las cosas que aún quedan por narrar, mejor será ahora que el viejo Gonzalo de Córdoba guarde silencio durante unas horas y dé reposo a sus huesos de anciano, y de paso a ti también, bondadoso y felicísimo lector de esta crónica.

CAPÍTULO IV

MADRID, VILLA Y CORTE

Pilar Esparza despertó sin saber dónde se encontraba ni qué hacía en aquella cama que le resultaba tan extraña. Durante unos terribles instantes le vino a la memoria una experiencia de su época de estudiante universitaria, aquella vez en que salió de juerga con un grupo de amigas y amaneció junto a un individuo al que no recordaba, en un piso que le era completamente extraño y con la sensación de haber sido sometida a una lobotomía transorbital. Pero lo que notaba esta mañana no eran los síntomas clásicos de la resaca, sino algo más complejo y sutil. Notaba lo que solo se le ocurrió calificar como una desubicación temporal, la extraña experiencia de acostarse en una época y despertarse en otra distinta. Sus últimos recuerdos del día anterior eran de personas ataviadas con calzas y jubones, sayas y gorgueras, de lóbregos interiores apenas iluminados por la luz trémula de los candiles, de un olor sofocante a vino y a cuerpos rara vez visitados por el agua, de calles sin pavimentar cubiertas de basura e inmundicia, de fachadas blasonadas y pórticos de iglesias, y un horizonte urbano erizado de campanarios. Al cabo de unos segundos, conforme se iban evaporando los últimos residuos del sueño, empezó a sentirse restituida al siglo XXI y se le ocurrió que el pasado está mucho más cerca de lo que comúnmente se cree, como si las distintas épocas fueran en realidad vecindarios contiguos y para trasladarse de uno a otro bastara con abrir las páginas de un libro o de una crónica manuscrita. De paso, recordó que se encontraba en la habitación de invitados de Erasmo López de Mendoza, donde había pernoctado tras aceptar la invitación de su antiguo profesor, en parte por no desairarlo (se había mostrado muy ilusionado al pedirle a Pilar que se quedara a dormir, como había hecho unos años atrás, cuando leían aquel otro manuscrito), pero sobre todo porque se sentía agotada tras deslizar la vista durante varias horas por las intrincadas líneas de escritura trazadas por un escribano cuatro siglos antes.

Luego de consultar el reloj en su móvil y comprobar que apenas había dormido cinco horas (pasaban de las tres de la mañana cuando decidieron hacer un alto en la lectura), Pilar se felicitó por haber traído un neceser con lo imprescindible para pasar la noche fuera de su casa. Lo había hecho de un modo espontáneo, quizás guiándose por una corazonada. La urgencia en la voz de Erasmo a través del teléfono había activado algún resorte interno, y de repente había tenido la sensación de que aquella inesperada excursión a Esquivias podía ser el preámbulo de un nuevo cambio en su vida. Durante su adolescencia, transcurrida en una pequeña ciudad del norte de Castilla, su madre le había inculcado la importancia de ir siempre provista de una muda limpia. A pesar de la prisa con que había salido de casa para ir en busca de

Erasmus, Pilar se había tomado la recomendación al pie de la letra, añadiendo de paso algunos artículos de tocador y un pijama que le había ahorrado la necesidad de recurrir a las camisetas playeras de Almudena, la difunta esposa de su profesor, como en cierta ocasión se vio obligada a hacer.

Mientras terminaba de sacudirse el sueño bajo la ducha, Pilar pensó que su precipitada salida de casa del día anterior se había parecido mucho a la de una mujer que corre al encuentro de su amante para compartir con él unas horas de amor clandestino. Y la idea le hizo sonreír a pesar de que no carecía por completo de fundamento. Ella creía adivinar los sentimientos que inspiraba en Erasmus. Al igual que cualquier otra mujer, era muy consciente de las reacciones que provocaba en los hombres, pero las de su antiguo profesor eran tan elocuentes que se podía leer en él como en uno de los libros de su colección. En realidad, Pilar se sentía halagada por ello, aunque también algo entristecida por la certeza de que nunca podría corresponder a las expectativas de su antiguo profesor, quien le inspiraba sentimientos de amistad teñidos de cierto cariño filial, aunque sin el menor asomo de sexo o de romanticismo. Intuía, no obstante, que Erasmus estaba comenzando a verla de un modo distinto, más en armonía con sus propios sentimientos hacia él, lo que la hacía respirar aliviada. Por ello no había vacilado en aceptar su invitación de quedarse a dormir la noche anterior, contingencia que de algún modo ya había presentido antes de salir de casa. Sabía que Erasmus era un hombre chapado a la antigua y que jamás se habría atrevido a hacerle la menor insinuación, pero la tranquilizaba el hecho de que sus relaciones empezaran a discurrir por el apacible sendero de una mera amistad entre dos personas de edades muy distintas.

Con todo, a Pilar le resultó algo perturbadora la mirada que Erasmus le dedicó cuando entró en la cocina, con el pelo todavía húmedo de la ducha y desprendiendo un intenso aroma a gel de baño en feliz alianza con unas gotas de perfume. Un trovador provenzal no le habría dedicado a su dama una mirada más encendida, y Pilar se preguntó si acaso no estaría reavivando emociones que tan solo podían conducir a la catástrofe. También sintió compasión por la soledad de su antiguo profesor, aunque en materia de soledades ella misma podía considerarse, en cierto modo, una experta.

—Siéntate —la invitó Erasmus señalándole la silla vacía que había ante él—. ¿Has descansado?

—Más o menos —respondió ella tomando asiento—. ¿Y usted?

—No he pegado ojo —confesó él—. Una de las maldiciones de la edad es que cada vez cuesta más dormirse y que los períodos de sueño se van haciendo más cortos. Supongo que presentimos que el fin se acerca y que el instinto de supervivencia trata de mantenernos despiertos para que aprovechemos el poco tiempo que nos queda.

Al comprobar que su observación había cosechado la simpatía de la muchacha, Erasmus se guardó de hacer observaciones sobre su próstata, que era en realidad la

culpable principal de su falta de descanso al obligarle a visitar el baño varias veces cada noche. Aunque en esta ocasión existía otro motivo por el que conciliar el sueño le había resultado imposible.

—Supongo que el manuscrito habrá tenido también algo que ver —dijo Pilar prestando voz a sus pensamientos.

—Desde luego, desde luego. ¿No te parece increíble que haya vuelto a ocurrir? Es como si el viejo Gonzalo, desde su remota tumba, se empeñara en mantener el vínculo que nos une a él y a Cervantes a través de ese túnel del tiempo que son sus escritos. Y esta vez ni siquiera tenemos que ir reuniendo los trozos desperdigados. Nos ha dejado un volumen perfectamente encuadernado, como si de un diario se tratase.

—¿Piensa que el volumen se encuadernó antes y no después?

—No me cabe ninguna duda —repuso Erasmo—. La prueba es que la encuadernación se realizó doblando las hojas en pliegos y formando cuadernillos que fueron cosidos posteriormente, igual que se procede tras la impresión de un libro. La diferencia, claro, es que lo que se cosió fueron hojas en blanco. De hecho, he contado catorce hojas sin utilizar el final del libro, lo que nos indica que el relato está completo, que no fue necesario añadir otro volumen. A diferencia de lo que hizo con su crónica anterior, que estaba escrita en hojas sueltas, esta vez Gonzalo se aseguró de tomar medidas para preservar la integridad del manuscrito. Y también su conservación, como nos demuestra el estuche de plomo, tan cervantino por otro lado. Como él mismo declara, Gonzalo no escribió esa crónica para sus contemporáneos, sino para que fuera leída muchos años después. De ahí que se preocupara tanto por conservarla en condiciones óptimas. Como aprendiz de librero que fue, el hombre conocía perfectamente cuáles son los principales enemigos del papel. Y tampoco ahorró esfuerzos para procurarle un escondite seguro en la nueva casa que se estaba construyendo su hijo. Es evidente que Gonzalo guardaba secretos y que disfrutaba sabiéndose depositario de algunos que nadie conocía excepto él. —En este punto, Erasmo colocó ambos codos sobre la mesa y procedió a unir las yemas de sus dedos en forma de pagoda, un gesto que le recordó a Pilar a un Sherlock Holmes de serie B—. Debemos prepararnos para revelaciones increíbles.

—Confiese, profesor —dijo la muchacha con una sonrisa traviesa—. Ha estado fisgando en la crónica durante la noche, ¿verdad? ¿No habrá hecho trampas y se habrá leído el final?

Erasmo colocó la palma de su mano derecha sobre el corazón antes de responder.

—Te doy mi palabra de que solamente he examinado el manuscrito de forma superficial —respondió adoptando un tono solemne y omitiendo el detalle de que su «examen superficial» había incluido algunas caricias de carácter más bien íntimo—. No me creerás capaz de cometer la deslealtad de citarme con nuestro confidente a solas. Además, te confieso que me costaría un esfuerzo terrible tratar de leer esa escritura con esta vista escasa y defectuosa que conservo. Tú eres mi guía, Pilar. Mi

Virgilio.

—¿Su guía en los infiernos?

—Espero que no, que esta vez nos ahorremos a los delincuentes y a los bibliópatas. Pero ¿en qué estoy pensando? Ni siquiera te he ofrecido nada de desayunar. ¡Gladys, ven, por favor!

Pilar trató de indicarle por gestos que se abstuviera de llamar a la asistenta dominicana, pues ya se bastaba ella para manejar la cafetera y la tostadora. Sin embargo, la mujer apareció al cabo de pocos segundos pertrechada de un plumero y de su mejor sonrisa caribeña. Pilar creyó detectar un brillo entre pícaro y cómplice en los ojos de la rechoncha mujer, aunque tal vez fueran imaginaciones suyas.

—¡Señorita Pilar! ¡Qué gusto verla por aquí! ¿Le apetece café con leche? ¿Mejor té?

Pilar se puso de pie para saludarla con besos en ambas mejillas y luego se dejó mimar por la obsequiosidad de la mucama, que colocó ante ella una taza de humeante café con leche, unas tostadas y una fuente de cruasanes recién horneados.

—Se quedará usted también a comer, ¿verdad? —preguntó la dominicana como si diera por hecho que Pilar se había trasladado a vivir con Erasmo de forma permanente.

—Bueno, no sé... El profesor y yo tenemos que salir y luego...

—No hace falta que prepares comida, Gladys —la interrumpió Erasmo—. Pilar y yo almorzaremos fuera.

Gladys asintió con un nuevo gesto de complicidad y, tras retirar los restos del desayuno, se marchó para reanudar sus tareas en algún otro lugar de la casa.

—Entonces, ¿le parece si le llevamos el manuscrito a Hernán? —propuso Pilar.

—Bueno, tampoco hace falta que salgamos corriendo, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? —replicó Pilar poniéndose en guardia—. ¿Es que ha cambiado de idea? Le recuerdo lo pactado. El manuscrito debe quedar custodiado en mi caja de seguridad tan pronto como sea posible y...

—Y nosotros tendremos que contentarnos con su sombra digital —la interrumpió Erasmo con cierta amargura—. Lo sé perfectamente y no pienso dejar de cumplir lo que acordamos. Solo quería decir que son apenas las nueve y que el horario de nuestro amigo Hernán Pérez es el de cualquier funcionario. Él no va a ir a ningún sitio por lo menos hasta las dos o las tres. Por lo tanto, bien podríamos quedarnos en casa tranquilamente hasta mediodía e hincarle de nuevo el diente al manuscrito. Y luego nos acercamos en un momento a la Biblioteca Nacional, que total está aquí al lado. ¿No crees?

Pilar sonrió, asintiendo a su pesar. Erasmo sabía cómo ser persuasivo. O quizás en el fondo él y ella no fuesen tan distintos, dos almas gemelas a pesar de la diferencia de sexo y edad. La idea le resultó inquietante y algo deprimente.

—¿Entonces, te parece bien que nos traslademos a mi despacho y reanudemos la lectura? —preguntó Erasmo con gesto mefistofélico.

Pilar se puso de pie para indicar que estaba de acuerdo. Al fin y al cabo, también ella estaba deseando pasar algunas horas más en compañía de Gonzalo de Córdoba.

Recibe de nuevo mi saludo, lector paciente, si en verdad lo eres y todavía sigues con interés esta crónica que justo ahora reanudo en el momento en que la dejé, esto es, con la familia de Cervantes ya instalada en Madrid y él mismo camino de Esquivias, donde tenía previsto permanecer un tiempo, el necesario para ocuparse de algunos asuntos de la hacienda que allí poseía, recoger el fruto de ciertos arriendos del que precisaba para afrontar el sustento de la familia y, sobre todo, para traer a doña Catalina de vuelta, pues su ausencia habría dado lugar a habladurías, lo que don Miguel estaba empeñado en evitar a toda costa, pues aunque la perspectiva de vivir sin dinero no le resultaba extraña (a fin de cuentas, llevaba haciéndolo casi toda su vida), la idea de una vida sin honra se le antojaba aborrecible.

En cuanto a mí, a pesar del mucho afecto que don Miguel me inspiraba, he de confesar que aquellas semanas en que él estuvo ausente fueron de las más felices que recuerdo, pues con el padre en Esquivias y las tías poco inclinadas a hacer de carabinas, me hallé con las manos libres para entregarme al cortejo de Isabel con renovados bríos, y tan fervorosa fue mi entrega que logré en pocos días vencer los celos que su honesto ánimo aún albergaba, con lo que nuestros amores comenzaron a discurrir por parajes deleitosos que nunca antes habíamos hollado. Pero veo que la pluma de mi hijo Miguel se detiene y que él me mira con enfado, por lo que juzgo aconsejable guardar silencio sobre ciertos asuntos que de todos modos no afectan a la sustancia de esta historia, por muy grande que sea la añoranza de este hombre viejo por aquellos días en los que aún estaba muy lejos de ser un anciano.

Y qué hermosos días aquellos para ser joven en la Villa de Madrid, que ahora volvía a aposentar también a la corte. Recuerdo que la animación era tal que cada día parecía de fiesta. Las fachadas se engalanaron, los palacios de los nobles volvían a estar abiertos y habitados, las tiendas reventaban de compradores y raro era el día en que, al salir a la calle, uno no encontrara comercios recién abiertos. Aquella ciudad que unos años antes había quedado como apagada y huérfana, de pronto resplandecía como una muchacha a la que acabaran de pedir en matrimonio. Y para advertirlo no era menester más que dar una vuelta por sus calles, tan abarrotadas que costaba trabajo dar un paso sin sufrir choques y encontronazos constantes. Y al contemplar aquella muchedumbre que colmaba las calles de la Villa, yo me congratulaba de que don Miguel hubiera sido tan diligente a la hora de procurarse vivienda, pues de haber esperado unas pocas semanas más no la habría encontrado ni por el doble de lo que pagaba por la modesta casa de la calle de la Magdalena. Sin embargo, aquel regreso de la corte que trajo tal bonanza a Madrid supuso a la vez la decadencia de Valladolid, que de repente recuperó su condición de villa triste y melancólica, y

construida como en mitad de ninguna parte, es decir, lo que siempre había sido, aunque he de decir que aquello, más que verlo con mis propios ojos, me lo contaron, pues yo no volví a pisar las calles pucelanas durante varios años. Como yo había adivinado, mi amo Robles vio que su librería de Valladolid ya no era un buen negocio y resolvió cerrarla, lo que para mí no fue en absoluto motivo de pena, sino al contrario, pues todo cuanto a mí me importaba estaba ahora en Madrid.

Y así fue como vi florecer de nuevo mi ciudad adoptiva, que en poco tiempo aumentó en habitantes de tal modo que tan solo la majestuosa Sevilla, emporio del comercio con las Indias, podía hacerle sombra. Aunque no faltaban los que avisaban de que aquella prosperidad era tan solo un espejismo, puesto que, por mucho que el regreso de la corte le hubiera restituido a Madrid parte de su antiguo vigor, la capital del reino no dejaba de ser como el corazón de un hombre herido que se desangraba con lentitud. Hoy todavía tenía pulso y latido, pero lo que fuera a ocurrir mañana nadie lo podía saber. Se decía que el oro de las Indias salía de España con la misma rapidez con la que entraba, pues había que gastarlo para devolver los empréstitos que la corona solicitaba para su propio sostén y para costear los ejércitos que combatían por Europa en una guerra cuyo principio ni los más viejos recordaban. Don Felipe el Segundo ya se había declarado en bancarrota en una ocasión, y eso que a aquel rey lo llamaban «el Prudente», y en efecto debió de serlo. Así las cosas, ¿qué podía esperarse del hijo, que tenía fama de disoluto y manirroto? Y ello por no hablar de su valido, el duque de Lerma, cuya voracidad y mal gobierno ya se habían convertido en un lugar común. Y lo cierto es que el dinero era cada vez más escaso y más difícil de ganar, que los alimentos más comunes, como el pan y el aceite, duplicaban sus precios de día en día, y que ya pocos eran capaces de poner en la mesa un plato de carne ni aunque fuese Pascua de Resurrección. En cuanto a los pordioseros que mendigaban en las puertas de las iglesias y de las casas nobles, estos formaban ya un ejército tan numeroso como el que combatía en Flandes, por no hablar de los pícaros y los malhechores, que comenzaban a adueñarse de las calles como si ellos fueran los auténticos reyes de España y no los Austrias.

Aunque faltaría gravemente a la verdad si ahora declarara mi inquietud por aquellos asuntos que tan gravemente afectaban a mi patria, pues por entonces mi única patria era el amor, y mi afán todo se cifraba en las horas que restaban para quedarme a solas con mi amada, que era la que acaparaba todos mis pensamientos, y no el mal gobierno, la bancarrota, el valido, el rey Felipe o el sursuncorda. Y así me las arreglaba yo para disfrutar de los dulces frutos del amor casi a diario, es decir, hasta que transcurrido un tiempo regresó don Miguel a Madrid en compañía de doña Catalina, momento en que mis encuentros amorosos con Isabel sufrieron un repentino hiato por los motivos que me dispongo a detallar.

Sepa el lector que, durante su estancia en Esquivias, don Miguel no se había dedicado solamente a la administración de su hacienda y a la difícil empresa de apaciguar a la Giganta, sino que había tenido tiempo también para pensar y decidir. Y

los resultados de dichas cavilaciones no tardarían en hacerse notar en nuestras vidas, empezando por las de sus dos hermanas, a las que Cervantes exigió que tomaran los votos en la Orden Tercera de San Francisco que, aunque era rama secular, obligaba a sus miembros a comportarse casi como monjes y monjas en cuanto a piedad y decoro y recogimiento se refiere. Las instó a que tomaran como ejemplo a su hermana Luisa, que profesaba en la orden carmelita desde los dieciocho años de edad, y les advirtió que a partir de entonces el único comercio que pensaba tolerar iba a ser el de la costura y el bordado, y aun este debía ser ejercido sin canciones ni charlas ni chismorreos, conforme acostumbraban, sino entregadas a la meditación y a la oración como correspondía a su nuevo estado. En cuanto a doña Catalina, llegó la dama a Madrid tan grande como yo la recordaba, o puede que más todavía, como si los aires y alimentos de su pueblo la hubieran hecho crecer en tamaño. Aunque he de decir que enseguida se notaron cambios notables en su carácter, pues la traía don Miguel muy mansa y apaciguada, tal vez por lo mucho que le placía la idea de ver a sus cuñadas convertidas en monjas, aunque, si así era, poco le duró el regocijo, pues su esposo le demandó que también ella profesara en la Orden Tercera de San Francisco al igual que doña Andrea y doña Magdalena. Y, dispuesto a predicar con el ejemplo, él mismo ingresó en la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento, que era orden reciente pero ya famosa por la mucha devoción y piedad de sus socios. Y así fue como don Miguel dio en transformar la casa de la calle de la Magdalena en un convento, hasta el punto que llegué a temer que Isabel acabara convertida en novicia en Alcalá de Henares, junto a su tía Luisa de Cervantes, que allí era conocida como sor Luisa de Belén.

Por fortuna, las cosas nunca llegaron tan lejos. Es decir, a Isabel no la obligaron a tomar los hábitos. Sin embargo, a partir de aquel momento en que don Miguel decidió fundar su beaterio, la vida ya no fue igual ni para ella ni para mí, pues era tal el celo con el que Cervantes vigilaba a las mujeres de su familia que ya no había forma de encontrar momento ni lugar para estar a solas, con lo que nuestros retozos pasaron a convertirse en un recuerdo. No quiero decir con ello que dejáramos de vernos, pues la amistad con la que don Miguel me honraba continuó inalterada, y yo seguí visitando la casa a diario, y muchos días se me convidaba a almorzar como antaño, solo que ahora todo resultaba distinto y peor, pues era como si la alegría hubiera desertado de aquel hogar y de aquella familia, y donde antes se oían charlas y risas ahora solo había devociones y silencios, y hasta el más inocente cruce de miradas era reprimido y censurado como pecaminoso. Como el lector paciente podrá figurarse, todo eso hacía que Isabel y yo viviéramos en un permanente estado de agonía, pues, con el recuerdo de nuestros juegos amorosos aún fresco en la memoria, ahora debíamos contentarnos con rozarnos con la punta de los dedos en los escasos momentos en que nadie nos miraba, o con intercambiar en secreto algún billete en el que nos decíamos hasta qué punto nos consumía la pasión. Y ahora recuerdo que en una de esas hojas de papel Isabel llegó a confesarme que echaba de menos aquellos

días de trifulcas con doña Catalina, pues al menos entonces en la casa se respiraba vida, mientras que ahora el aire era silencioso y fúnebre como el de un cementerio.

Y así estaban las cosas cuando Isabel me reveló la gran noticia a través de uno de esos billetes que nos dábamos en secreto. Mucho me había asustado la palidez de su rostro y su gesto demudado al entregarme el papel, pero aun así no podía ni imaginar lo que se nos venía encima a ella y a mí, y tan grande fue mi sorpresa y mi congoja que, cuando de su puño y letra leí que estaba encinta, casi pierdo el sentido. Lo primero que pensé es que aquello ocurría en el peor de los momentos, y no porque la perspectiva de tener un hijo con ella se me antojara ingrata, sino por el modo en que su padre reaccionaría al enterarse, máxime ahora que se había vuelto hombre tan religioso. Pensaría que al abrirme las puertas de su casa había cobijado a una serpiente, que lo había traicionado aprovechándose del candor de su hija, y que al preñarla lo había hundido en la ignominia, y precisamente ahora, cuando su mayor afán en el mundo era lavar la reputación de su familia y el honor de su apellido.

De este modo cavilaba yo mientras regresaba a la casa paterna, en el barrio de Lavapiés, arrastrando los ídem por las animadas calles de la Villa como un alma en pena, muy consciente de que en medio de tanto bullicio yo era el punto discordante, pues no parecía sino que me estuviera dirigiendo hacia mi propio funeral. Y así en verdad era como me sentía, como alguien cuyos días se acercan a su inexorable final, pues no dudaba que don Miguel me haría pagar cara aquella afrenta a su honor, y aunque yo era mozo y él casi un anciano, no era yo quien había luchado en Lepanto y se había batido en infinidad de lances, sino él, y no me cabía duda de que aquel viejo soldado conservaba bríos suficientes para hacerme picadillo hasta que no quedaran de mí ni las médulas de los huesos.

Con estas tribulaciones llegué a mi casa, y una vez allí, a la vista de mi padre, de mi madre y mis hermanos, rompí a llorar como un niño pequeño, pues tal era mi desvalimiento que así era como me sentía. Grande fue la alarma de los míos al verme reducido a aquella condición de gimoteante guiñapo, y al no ser capaz yo de responder a sus preguntas, pues mi único consuelo en aquellos momentos era el de abandonarme al llanto hasta que las lágrimas se me agotaran, si es que acaso podía agotarse aquel mar de congoja. Al fin me tomó mi buen padre del brazo y me obligó a acompañarlo a otra estancia, y una vez allí me instó a que le revelara sin más demora aquello que tanto pesaba en mi conciencia, lo que hice entre lágrimas e hipidos, al tiempo que mi pesar menguaba un tanto conforme las palabras iban brotando, hasta que, una vez alcanzado el final de mi historia, el llanto cesó por completo y volví a sentirme dueño de mí mismo, o casi.

Mi padre, que había me oído con gesto grave, guardó silencio durante largo tiempo mientras reflexionaba.

—Gonzalo —dijo al fin—, ¿sabes si don Miguel conserva todavía aquella espada que le regalé?

Me pareció aquella una rara pregunta, aunque raras eran también las veces que mi

padre hablaba sin propósito, por lo que al punto le respondí:

—Así es, que la guarda en un arca de su alcoba como una de sus posesiones más preciadas.

—Lástima —dijo él acariciándose la barba con gran preocupación.

—¿Por qué decís eso, padre?

—Porque nunca pensé yo que un filo forjado con estas manos fuera a servir para rebanar los atributos viriles de mi propio hijo. Por eso lo digo.

No se inquiete el amable lector, que no se cumplieron los vaticinios de mi padre. Y la prueba más fehaciente es mi hijo Miguel, que sigue ante mí tomando estas palabras al dictado, y doy fe de que hijo mío es y no de otro hombre, pues no hay más que verle la cara, que la tiene muy parecida a la mía, aunque más le habría valido heredar la belleza de su madre. Y ahora ríe y me pide que deje de desbarrar y que me ciña a la historia para que podamos terminarla algún día, cosa que me apresuro a hacer.

Me riñó mi padre muy severamente por mi falta de seso y de lealtad con don Miguel, aunque reconoció que los ardores de la juventud son a veces difíciles de domeñar, que algo recordaba él de eso, y añadió que buena parte de la culpa la habría tenido la muchacha, y que su padre también podría haber estado más vigilante y menos ausente. Luego, viendo que las lágrimas amenazaban con vencerme de nuevo, me dijo que por mucho que me lamentara a Isabel iba a seguir engordándole el vientre, y que lo único que podía hacerse era darle una solución honrosa al conflicto, es decir, llevar a la muchacha al altar antes de que la preñez se manifestase de forma más ostensible.

—¿Hablas de casarnos, padre? —pregunté con cara que debía de ser de asombro.

Y él agitó la cabeza como indicando que su hijo mayor, a pesar de saber leer y escribir desde pequeño, había resultado ser un lelo. Luego me instó a que lo acompañara al punto a casa de Cervantes, pues lo mejor era no demorar más el asunto. Aterrado, le respondí que no, que era mejor esperar, pues don Miguel ni siquiera sabía que su hija estuviera encinta, y seguramente al enterarse se enojaría sobremanera y trataría de matarme, a lo que él replicó que si yo había sido lo bastante hombre para preñar a la hija, ahora también debía de serlo para vérmelas con el padre. Y ante esa gran verdad ya nada pude decir, con lo que ambos nos encaminamos hacia la calle de la Magdalena, y desde entonces puedo decir que comprendo lo que siente un reo camino del patíbulo.

Me permitirá el bondadoso lector que no detalle los momentos que viví a continuación, la cara enrojecida de don Miguel y sus ojos desorbitados, sus gritos y sus juramentos (que jamás pensé yo que un hombre tan gentil y moderado pudiera jurar de ese modo ni aun habiendo sido soldado), las lágrimas de todas las mujeres de

la casa, las imprecaciones de la Giganta, que pareció recuperar toda su bilis para la ocasión («¡esta es una casa de rameras!», vociferaba), los esfuerzos de mi buen padre por hacerse oír en medio de aquel pandemónium, mi propia vergüenza... En fin, como antes dije, prefiero pasar por alto todo eso y valerme de una airosa elipsis que, como quien no quiere la cosa, nos permite saltarnos las semanas siguientes, que fueron pródigas en caras airadas y largos silencios, y nos transporta hasta aquella hermosa mañana de junio en que tuvo lugar mi boda con Isabel de Saavedra.

Y parece que ahora vuelva a estar allí, en la iglesia del Hospital de San Juan de Dios, que es la que ofrece su pórtico a la plazuela de Antón Martín. A mi lado está la dulce Isabel, hermosa como nunca antes la había visto. Y vuelvo a oír al celebrante preguntarme aquello de «*Vis accipere Isabel, hic præsentem, in tuam legitimam uxorem iuxta ritum Sanctæ Matris Ecclesiæ?*», a lo que yo respondo «*voló*». Y luego le repite la pregunta a Isabel, que responde lo mismo con el aliento entrecortado. Y cuando miro hacia el primer banco veo que don Miguel sonríe y ya no parece enojado, y que mi padre tiene su mano puesta sobre el hombro de su ahora consuegro. Y que mi madre llora, aunque esta vez de alegría. Y por fin todos vamos a nuestra casa de Lavapiés, en cuyo patio celebramos un almuerzo al que invitamos a amigos y vecinos. Corre el vino, suenan las guitarras e Isabel baila con su padre y con el mío. Y luego me toma de las manos y me besa en los labios. Y mientras todos vitorean me dice al oído: «Gonzalo, soy muy dichosa». Y también yo lo soy, más dichoso de lo que jamás antes lo he sido.

Pasados los festejos de la boda, llegó el momento de que Gonzalo de Córdoba le plantase cara a la vida, y esta vez como hombre casado cuya mujer esperaba un hijo. La triste realidad era que no tenía casa propia a la que llevar a mi esposa, ni medios para procurarme una. Ya hacía tiempo que mi trabajo en la librería de Robles había dejado de ser el de mero aprendiz, pues eran muchas y difíciles las tareas que se me encomendaban, desde reponer volúmenes y redactar inventarios a negociar con las imprentas y ocuparme de los muchos y tediosos pasos que todo libro precisa antes de poder venderse, y que incluyen la obtención de la aprobación civil y eclesiástica, la tasa, el privilegio y otras cosas que a Su Majestad el rey y a sus ministros se les puedan ir ocurriendo para llenar las paupérrimas arcas del Estado, sin las cuales, así fueras Homero o Séneca, te quedarías tan inédito como el hijo de mi madre. Con todo, siendo muchas y grandes mis responsabilidades, y habiendo dejado ya atrás la mocedad (que era mi edad a la sazón la de veintitrés años), seguía siendo mi salario el de un aprendiz imberbe, lo que no me permitía en modo alguno pensar en alquilar una casa en la que vivir con mi esposa y mi futuro hijo, ni siquiera un barril vacío como aquel en el que pernoctara el filósofo Diógenes, al que llamaban *el Cínico* por gustar de vivir la vida como un perro. Pero yo no quería para Isabel y la criatura una

vida de perro, sino de gentes cristianas con un techo bajo el que guarecerse y un plato caliente en la mesa, y me refiero a un techo que no fuera el de mi suegro y a comida pagada con los frutos de mi trabajo antes que con los de las exiguas rentas de don Miguel, que bastante tenía el desdichado con los trabajos que la vida le había deparado como para complicarse la vejez teniendo que sustentar a un yerno y un nieto. Así las cosas, me decidí a hablar con Robles sobre mi salario, y no fue menester que la conversación se prolongara mucho para darme cuenta de que el puño de mi amo estaba tan cerrado en torno a su bolsa como lo estaba su inclinación a comprender mis cuitas familiares.

—Ay, Gonzalo, Gonzalo —me dijo—. Mira con lo que me sales, habiéndote enseñado yo todo lo que sabes de este negocio de los libros, que casi podría decirse que te he criado a mis pechos. ¿Más dinero, me dices? Pero si con chasquear los dedos acudirían más de cien hombres que de buen grado harían tu trabajo por la mitad de lo que a ti te doy, y a buen seguro que la mitad serían licenciados, y la otra mitad al menos bachilleres, cuando tú no eres ni una cosa ni la otra, que apenas si eras un chiquillo descalzo cuando te recogí, y ello solamente por favorecer a tu padre, aunque más bien era él quien estaba en deuda conmigo...

Y así siguió hablando durante largo rato, que de haber tenido yo más arrestos habría interrumpido aquella cháchara mezquina con un par de mamporros administrados con el puño bien cerrado, a semejanza del suyo, aunque juzgué que ni mi situación ni mi condición aconsejaban semejantes acciones. En lugar de ello, y para mi vergüenza, opté por recurrir a lo que los retóricos antiguos habrían denominado una argumentación *ad misericordiam*, es decir, a tratar de inspirarle lástima hablándole acerca de la nueva boca que muy pronto tendría que alimentar, sin dejar de rememorar mis largos años de servicio y lealtad, y mi participación en el rescate del manuscrito del *Ingenioso hidalgo*, que de no haber sido por mi auxilio quizás habría acabado entre las llamas, con lo que él habría dejado de ganar sus buenos dineros.

—¡Ah, la dichosa novela de Cervantes! —dijo él sin mostrarse en absoluto conmovido—. Precisamente sobre eso quería hablarte. ¿Sabes en qué anda tu suegro ahora?

—¿En qué anda, señor? —pregunté confuso.

—Sí, no trates de escabullirte. ¿Qué es lo que Cervantes anda escribiendo?

—Ah —repliqué extrañado por el repentino giro que había tomado aquella charla—. Sigue con sus *Novelas ejemplares*. La recién terminada versa sobre un licenciado de Salamanca que pierde la razón por culpa de una pócima de amor y da en creer que su cuerpo es tan frágil como el vidrio, que por eso se llama el cuento *El licenciado Vidriera*. Es intención de don Miguel escribir algunas más de estas piezas hasta completar la docena, más o menos, y luego darlas a la imprenta a costa de vuestra merced.

—Bueno, bueno —respondió Robles—. Eso ya se verá, que no sé si andan los

lectores del reino con ganas de cuentos. ¿Sabes si tiene Cervantes guardado algún otro proyecto?

Vacilé, pues aunque sí sabía de los planes literarios de mi suegro, no estaba seguro de si contárselos a Robles sería desleal por mi parte, aunque al fin no pude encontrar ningún mal en ello y resolví hacerlo:

—Comedias —dije.

—¿Comedias? —repuso él algo boquiabierto.

—Sí, mi señor, comedias. Esas historias que, en lugar de para ser leídas, se escriben para ser representadas.

—¡Ya sé qué cosa es una comedia, majadero! —tronó—. ¿No me estarás diciendo que Cervantes quiere probar suerte de nuevo con el teatro?

—Así me lo ha hecho saber —repuse amedrentado a mi pesar—. Don Miguel dice que la gente sigue gastando dinero en los teatros, y que escribir para las compañías de comedias es uno de los pocos modos de hacer rentable la pluma... ya que al parecer las novelas dan para muy poco.

Dije esto último a sabiendas de que no era cierto, pues los 83 pliegos de la novela de don Quijote seguían abandonando raudos la librería de la calle de Atocha, y raro era que transcurriera un día sin que se hubiera vendido por los menos un ejemplar y hasta dos, lo que hacía muy dichoso a mi amo Robles, y no tanto a don Miguel, que seguía recibiendo apenas las migajas de aquel buen negocio en el que se había convertido su novela. De hecho, en este punto creí sorprender cierto indicio de culpabilidad en la cara de Robles, aunque reconozco que pudo ser únicamente fruto de mi imaginación.

—¡Comedias! ¡Bah! —dijo al fin—. Me parece que tu suegro empieza a chochear como el anciano que es. Pero ¿es que no se da cuenta de que Lope sigue siendo el rey de los escenarios de la Corte y que jamás permitiría que una obra de Cervantes se llevara a los corrales? Ni siquiera el más breve entremés. Y ¡ay de la compañía que osara contravenir la voluntad del *Fénix*! Ni un empresario habría en todo el reino que se atreviera a volver a contratarlos. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Lo entendía, y para mi pesar entendía también que no le faltaba razón. Yo mismo había conjeturado algo parecido al hablarme don Miguel de su deseo de volver a escribir para el teatro. Pero ¿quién era yo para decirle a un hombre de su talento lo que debía o no debía hacer?

—Escúchame, Gonzalo —prosiguió Robles—. Si en verdad estimas a tu suegro y deseas ayudarle, harás lo que te digo, y así de paso te ayudarás a ti mismo y a tu familia. Pero, antes, dime, ¿ha expresado alguna vez Cervantes el deseo o la intención de escribir una segunda parte de las aventuras del ingenioso hidalgo?

Robles aguardó mi respuesta mientras se acariciaba la barba lentamente, y yo no tuve que cavilar demasiado para responderle.

—Nunca lo ha hecho, señor. Al menos delante de mí.

—Pero ¿acaso no es consciente el muy necio de que ni esas *Novelas ejemplares* ni

esas comedias del demonio le importan a nadie un ardite? ¿No se da cuenta de que lo que la gente quiere es una continuación de *Don Quijote*?

«La gente y sobre todo vos, bellaco codicioso», dije para mis adentros, aunque mi única respuesta visible fue la de encogerme de hombros y mostrarle mi mejor expresión de simpleza.

—Bien, Gonzalo, no sé si acabas de entender lo que te propongo. Pero me consta que Cervantes te tiene en gran estima, casi como a su propio hijo, y que cuanto tú le digas o aconsejes no caerá en saco roto. ¿Acaso no te parecería una feliz idea que el caballero y su escudero volvieran a recorrer los campos de La Mancha?

Ahora Robles mostraba por fin sus cartas, y juzgué que había llegado el momento de que yo también destapara las mías.

—Y decidme, señor, ¿qué obtendría yo a cambio de eso?

Acepté, así pues, el encargo de Robles, consistente en tratar de convencer a don Miguel de que una continuación del *Ingenioso hidalgo* podía ser una empresa provechosa para él. Lo hice a sabiendas de que quien realmente obtendría provecho de esa hipotética novela sería el propio Robles en caso de seguir engañando a Cervantes con las ventas, como llevaba haciendo hasta la fecha con la primera parte. Sin embargo, no me parecía que el libro que don Miguel tenía entre manos, el de las *Novelas ejemplares*, fuera a sacarlo tampoco de pobre, porque mi experiencia de librero es que los lectores gustan más de las historias largas que de las cortas. A fin de cuentas, cuando uno llega a encariñarse con los personajes de un libro, prefiere que sus aventuras se prolonguen en el tiempo y en las páginas, pues el momento del adiós es siempre triste. Si alguien gusta de las peripecias de Rinconete y Cortadillo, pongamos por caso, ¿no le agradaría seguir disfrutándola durante varias semanas en lugar de apurarlas en un par de días, a lo sumo, puesto que no da para más el cuento de los dos pilluelos en Sevilla? Por otro lado, al final del libro de don Quijote, Cervantes dejaba al caballero en su aldea, a donde había sido conducido dentro de una jaula, todavía loco de atar, pero vivo y coleando y disfrutando de buena salud. Y también Sancho había quedado con su esposa Teresa, sin más quebrantos que los muchos palos recibidos a lo largo de la aventura ni más perjuicios que el robo de su rucio, ese animal que iba y venía como si de asno encantado se tratase. En fin, ¿no indicaba esto que Cervantes, al concluir la primera parte, había dejado abierta la puerta de una tercera salida de la pareja de caballero y escudero? En caso de querer renunciar para siempre a tal posibilidad, ¿no habría sido más lógico que el autor matara a su personaje principal, como muchos hacen en la ficción de sus obras, no siendo don Quijote el narrador de sus propias peripecias (como sí ocurría con Guzmán o con Lázaro), en cuyo caso dicha muerte no habría sido posible salvo que se tratase de unas disparatadas memorias de ultratumba?

A fin de cuentas —razoné— tal vez Robles tuviera razón, y lo único que Cervantes necesitara fuera un pequeño empujón administrado por persona de su confianza. Y también razoné que la empresa era digna y casi necesaria, pues también a mí me agradaría sobremanera el poder leer un libro en el que se narraran nuevas aventuras de don Quijote y de Sancho, ya que el primero me había proporcionado muchas más horas de solaz y muchas más risas que ningún otro que hubiera leído antes. Y hasta pensé que, en cierto modo, Cervantes tenía la obligación de escribir esa novela, pues la fama de sus personajes era tan grande que decirse pudiera que ya no le pertenecían a él, sino a los cientos y miles de personas que con ellos habían disfrutado. «Ese hombre es un Quijote», se oía decir a veces en la calle. O bien «eres más necio que el asno de Sancho Panza». Y esto ocurría porque aquellos personajes eran tan queridos, y el artificio de su escritura tan sabiamente urdido, que los conocían incluso aquellos que jamás habían leído el libro ni asistido a una lectura pública de él en taberna, patio o plaza, que muchas de ellas se habían celebrado. Es más, muchos creían que don Quijote y Sancho eran o habían sido personas reales, y que en verdad había habido un historiador árabe llamado Cide Hamete Benengeli que había escrito una crónica sobre sus aventuras. Y estaban deseando que el tal Cide Hamete o cualquier otro volviera a tomar la pluma para contar los nuevos hechos graciosos y gestas disparatadas que ambos hubieran vivido desde la conclusión de la primera parte. Así pues, el hecho de convencer a don Miguel de que se pusiera manos a la obra no era sino un modo de obrar con rectitud, o eso fue lo que yo me dije para justificar mis acciones, que en la tarea de justificar todo aquello que nos pesa en la conciencia no hay hombre que no sea un cuentista consumado.

Tras la conversación que mantuve con Robles, fueron varias las ocasiones en que le mencioné a don Miguel el asunto de las nuevas aventuras de don Quijote, siendo mi argumento siempre el de que, de todas su obras, la novela del ingenioso hidalgo era, sin duda, la más celebrada, por lo que un libro con los mismos personajes haría las delicias de muchos y contribuiría a engrandecer su fama (la fortuna ni la mencioné, pues estando Robles de por medio, dudaba mucho que la de Cervantes fuese a sufrir cambios de sustancia). A esto don Miguel apenas respondía, o si lo hacía era con evasivas, arguyendo que estaba ocupado con otros proyectos, o que don Quijote estaba recuperándose en su aldea después de las muchas fatigas sufridas, y que todavía era pronto para enviarlo a vivir nuevas aventuras. Sin embargo, dado que mi insistencia era grande, llegó un día en que decidió sincerarse y me habló del siguiente modo:

—Gonzalo, hijo, ¿es que no ves que estoy enfermo?

Yo había notado a don Miguel desmejorado en los últimos tiempos, más delgado, ojeroso y casi siempre fatigado, que muchas veces debíamos ofrecerle el brazo para subir y descender por las escaleras, e incluso para caminar por la calle. Era asunto que yo tenía hablado con Isabel, quien estaba hondamente preocupada por el empeoramiento de la salud de su padre y por la rapidez con la que este estaba

perdiendo su vigor. Sin embargo, todo lo atribuíamos a los sesenta años que don Miguel había cumplido el septiembre del año anterior, que es edad a la que muchos ya han bajado a la tumba o comienzan a rodar cuesta abajo por las escarpadas laderas de la decrepitud.

—Os noto más cansado —le dije—, pero seguramente mejoraréis cuando el tiempo también lo haga.

—Ay, no lo creo, Gonzalo, porque es un mal el mío del que nunca se mejora. Y sé de lo que te hablo, pues mi padre fue médico y lo conocía bien, que también él lo padeció. Y primero lo privó del oído, luego de la vista y por fin de la vida.

—¿Pero qué tenéis, mi señor? —pregunté con mucha alarma en mi voz y en mi espíritu.

A lo cual don Miguel no respondió con palabras. Lo que sí hizo fue abrir la boca como si se dispusiera a hablar, pero solo para exhalarme su aliento en pleno rostro. En cualquier otro el gesto me habría parecido ofensivo y me habría hecho girar la cara con repugnancia, pero yo sabía que el propósito de don Miguel no era ofenderme, sino mostrarme algo, por lo que olfateé su respiración como he visto algunas veces hacer a los cirujanos.

—¿A qué huele? —me preguntó.

—¿A manzanas? —respondí extrañado.

—Eso es, a manzanas, aunque te aseguro que ninguna he comido.

—¿Y eso qué significa, señor?

Cervantes se alzó trabajosamente de su silla y caminó unos pasos hasta la ventana cerrada, donde pasó largo rato en silencio, observando el bullicioso tráfico de los carros y de los transeúntes. Por fin habló, aunque dándome la espalda, como si lo que decía lo avergonzara un tanto.

—Mi padre me dijo que los médicos árabigos ya hablaban de esta enfermedad en sus tratados. La llamaban «el mal de la miel», porque la orina del enfermo se tornaba dulce.

—¿Orináis miel, mi señor? —pregunté asombrado, sintiéndome al punto como un grandísimo imbécil. Y así debió de juzgarme también don Miguel, pues se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—Aparte de la orina —gruñó— hay otros indicios. El aliento con olor a manzanas, que ya has notado, la sed constante, la sensación de hambre, la delgadez que habrás observado en mí, que aunque nunca fui hombre entrado en carnes, jamás estuve tan flaco. Pero lo peor de todo es la fatiga. Hasta hace pocos años era yo capaz de recorrer La Mancha y Andalucía enteras, y de cubrir largas jornadas a lomos de un jumento o hasta a pie. Ahora, en cambio...

—¡Pero, señor! —protesté—. Empezáis a ser mayor. Nada hay de malo en vos salvo vuestros muchos años.

Cervantes alzó la mano en un gesto que indicaba que no quería que lo interrumpiera.

—Ahora apenas si puedo caminar hasta la librería de Robles sin fatigarme. Y ten por cierto que empeoraré, Gonzalo. Miembros y órganos empezarán a fallarme uno tras otro, como sirvientes díscolos que se rebelan contra su amo. Las piernas y las manos, los ojos y los oídos, y por fin las vísceras que ordenan nuestros humores internos, en cuya falta de equilibrio está el origen de muchas muertes. ¿Entiendes por qué te estoy confiando todo esto?

—¿Porque soy vuestro yerno y casi de vuestra sangre? —aventuré.

—También por eso —dijo él—. Pero lo que quiero que comprendas es el motivo por el que no me atrevo a escribir la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*, que de ser otras las circunstancias bien que lo haría. Es por mi salud, Gonzalo. ¿Acaso piensas que es prudente acometer empresa de tanto aliento cuando todo presagia que las fuerzas no me llegarían para concluirlo? Déjame con mis *Novelas ejemplares* y con las comedias y entremeses que tengo en proyecto, que por ser todas piezas breves cada una de ellas puede terminarse en unas pocas semanas y hasta días.

—¡Pero, mi señor...! —protesté.

—Es suficiente, Gonzalo. Conténtate con lo que acabo de explicarte. Y sé discreto, pues no deseo afligir a mi hija ni a mis hermanas con este asunto de mi mala salud. Que todo esto quede entre tú y yo.

Complací a don Miguel en su pretensión de mantener en secreto su enfermedad, pero a cambio de ello el afligido fui yo, pues a partir de ese día observé con preocupación cada pequeño cambio en su estado, pensando que toda pequeña mueca o gesto de fatiga podía significar que se encontraba en la antesala de la muerte. No obstante, observé que aunque la enfermedad hacía avances, estos eran muy lentos y casi imposibles de distinguir del menoscabo normal que los cuerpos de todos los hombres sufren con los años. Por ello llegué a tranquilizarme un tanto, al concluir que, *Deo volente*, todavía tendríamos a Cervantes unos cuantos años más entre nosotros. Quien no se tranquilizaba en absoluto era mi amo Francisco de Robles, quien un día sí y otro también me preguntaba si ya había conseguido convencer a mi suegro de que se pusiera manos a la obra con la segunda parte de *Don Quijote*. Yo siempre le respondía que en ello andaba y, por si acaso servía de algo, añadía que notaba en él un ánimo más favorable para embarcarse en el proyecto. Con todo, Robles distaba de ser un memo y debió de olerse que mi optimismo era fingido, pues no solamente se negó a pagarme ni un solo maravedí más que antes, sino que comenzó a amenazar con echarme de mi puesto, insistiendo en que lo que yo hacía lo podían hacer otros por menos. Finalmente, a base de lisonjas y de súplicas, logré convencerlo de que me mantuviera a su servicio, y no porque mi empleo en la librería me pareciera el mejor del mundo (que ni tan siquiera medio bueno me parecía) sino porque dudaba de que, estando el reino entero comido de deudas y de miseria, fuera a

encontrar un trabajo mejor, y ninguna idea me complacía menos que la de sumarme a esa muchedumbre de hambrientos que gemía por las calles.

Para complicar las cosas más todavía, fue por entonces cuando nació mi hija, que al final resultó ser una niña. Isabel (que así fue como la bautizamos) hizo una entrada discreta en este mundo. Cierta noche su madre empezó a quejarse de molestias en el vientre, pero al ser estas de poca monta ninguno de los de la casa pensamos que pudiera tratarse del alumbramiento, por lo que ni se nos ocurrió llamar a la partera. No obstante, al cabo de un rato más bien breve, tenía yo a mi hija en brazos, diminuta, colorada y llorando muy bajito, como si no quisiera molestar. No recuerdo si la emoción de sostener en mis brazos a la pequeña fue muy grande (supongo que sí lo sería), pero me acuerdo a la perfección de lo que entonces me dije, que no fue sino que ese mismo día debía conseguir que Robles aumentara mi salario para poder alimentar y vestir a aquella niña, o bien perecer en el intento. Y lo cierto es que logré mi propósito y que a partir de ese momento mi situación mejoró un tanto, si bien fue alto el precio que hube de pagar a cambio.

CAPÍTULO V

EL LABORATORIO DE HERNÁN PÉREZ

Pasaban pocos minutos de la una cuando Erasmo López de Mendoza y Pilar Esparza ascendían por la escalinata de la Biblioteca Nacional, en el número 20 del paseo de Recoletos. El segundo manuscrito de Gonzalo de Córdoba los había mantenido absortos durante buena parte de la mañana, en total casi tres horas de lectura que a Erasmo se le habían pasado en un suspiro. Leídas por Pilar, las palabras de Gonzalo y los hechos que evocaban eran para el bibliófilo más reales que todo cuanto le había acontecido en los últimos años, incluyendo los honores, las charlas, las conferencias y la efímera ración de fama que le había correspondido por el hallazgo del manuscrito autógrafo del *Quijote*. Allí, en aquellas páginas dictadas por Gonzalo de Córdoba, era donde se encontraba el auténtico Cervantes, el de carne y hueso, y no en esa cripta maloliente donde se habían empeñado en buscarlo. De buena gana habría apurado Erasmo la lectura del manuscrito hasta el final, dejándose acariciar de paso por la voz de su antigua alumna, por su purísima dicción castellana y por el terciopelo grave de su timbre, que hacia el final había acusado el esfuerzo de tantas horas de lectura adquiriendo cierta ronquera que, en opinión de Erasmo, acentuaba la sensualidad de su hermosa voz. Y no porque Pilar se hubiera propuesto seducir o engatusar a su antiguo profesor, sino sencillamente porque la sensualidad era la condición natural de las mujeres como ella. Leído por Pilar, hasta el Boletín Oficial del Estado habría sonado como un soneto de Petrarca. De eso Erasmo estaba seguro.

Pero toda estancia en el Paraíso implica una expulsión, y esta se había producido en torno a las 12.30, cuando Pilar se quejó de que empezaba a dolerle la garganta y las líneas de escritura comenzaban a confundírsele, y le recordó a Erasmo que debían ponerse en marcha para acudir a la cita que tenían con Hernán Pérez en su taller de restauración de la Biblioteca Nacional. Al cabo de escasamente media hora, Erasmo y Pilar ascendían hacia el severo pórtico de la institución. Acababan de dejar atrás las estatuas sedentes de San Isidoro y de Alfonso X el Sabio, y se disponían a trasponer la entrada del edificio cuando Erasmo le indicó a Pilar que se detuviera. Cuatro estatuas montaban guardia, dos a cada lado. Las de la derecha correspondían a Lope de Vega y a Cervantes. Lope había sido representado envuelto en un regio manto que lo cubría hasta los pies. Cervantes iba vestido con calzas y un jubón, y la inevitable gorguera en torno al cuello.

—Lope va mucho mejor equipado que nuestro amigo para los inviernos de Madrid, ¿no te parece, Pilar?

—Bueno, recuerde que se ordenó sacerdote hacia el final de su vida. No habría sido decoroso representar a un sacerdote vistiendo esos leotardos que se usaban

entonces.

Erasmus asintió con una sonrisa.

—Vete tú a saber lo que habrán llevado algunos curas debajo de la sotana. — Entonces elevó la vista hacia el cielo de Madrid, que llevaba encapotado toda la mañana y comenzaba a adquirir el aspecto compacto de una lápida de granito—. Mejor entremos, no se nos vaya a caer el cielo encima —propuso Erasmo. Y a continuación, señalando hacia las estatuas, dijo—: ¿Crees que esos dos acabarían entendiéndose?

—Más les vale —repuso Pilar—. Llevan ahí plantados, uno al lado del otro, cien años largos.

—Y lo que les queda —concluyó Erasmo dejando que fuera Pilar quien se adelantara y abriera las puertas de cristal de la Biblioteca.

Hernán Pérez salió a su encuentro en el vestíbulo, presidido por la estatua de don Marcelino Menéndez Pelayo, al que solo le faltaba un niño sobre las rodillas para ser un perfecto Santa Claus. Los blancos mármoles y la arquitectura neoclásica conferían al lugar el aspecto de un templo pagano, y el gesto de reverencia con el que Hernán saludó a Pilar reforzó la ilusión, pues no parecía sino que acabara de toparse con alguna deidad femenina que se hubiera materializado allí de improviso.

—¡Pilar! ¡Qué alegría! —exclamó el restaurador con sonrisa bobalicona.

Y todavía transcurrieron unos segundos antes de que reparara en Erasmo, hacia quien extendió la mano con gesto distraído.

—Mi enhorabuena —le dijo el bibliófilo tratando de no acusar el ninguneo—. Ya me ha contado Pilar que has recibido el Premio Nacional de Restauración de Bienes Culturales. Y de manos del Borboncito, nada menos.

—¿Eh? Ah, sí. Muchas gracias. ¿Lo habéis traído?

Erasmus le mostró la carpeta de cuero que llevaba aferrada bajo el brazo.

—Muy bien. Tendrás que entregármela antes de pasar el segundo control. Ya sabes que no se puede entrar con impresos o manuscritos.

El bibliófilo conocía la regla. Aun así, notó que los dedos no le respondían del todo cuando Hernán Pérez tomó la cartera de sus manos. De hecho, el restaurador casi se vio obligado a arrancársela a la fuerza. A continuación tuvieron que pasar un nuevo control del que solo Hernán se libró.

—¿Dónde está tu taller? —preguntó Erasmo algo mosca con tanta medida de seguridad.

—Laboratorio —lo corrigió Hernán.

—¿Llamáis laboratorio al taller de restauración? —preguntó Erasmo sin ocultar la sorna—. Ahora entiendo el porqué de la bata blanca. Así queda como más científico, ¿verdad?

Hernán emitió un gruñido indescifrable en respuesta y les mostró el camino de los ascensores que los conducirían hasta el tercer piso del edificio, donde estaban ubicadas algunas de las dependencias burocráticas y técnicas de la institución. Una vez allí, todavía fue necesario recorrer unas decenas de metros de decimonónicos pasillos antes de alcanzar su destino.

A pesar de que Erasmo era un asiduo de la Biblioteca Nacional, aquella planta del edificio era nueva para él. Conocía bien las salas de lectura y la cafetería, donde muchas veces había tomado un frugal aperitivo consistente en un vermú de grifo y una pulga de atún. También había estado en varias ocasiones en el despacho de su amigo Martín Abad, el director de la Biblioteca (al que, por cierto, temía encontrarse al doblar cualquier recodo del pasillo). Pero aquella planta era de acceso restringido, y solo el hecho de ir acompañados de un funcionario les permitía estar allí. Sin embargo, Erasmo no fue capaz de observar medidas de seguridad excepcionales. Supuso que habría cámaras disimuladas, pero nada más, ni guardias ni los otros controles que los que habían tenido que superar a la entrada. Ni siquiera se cruzaron con otro organismo vivo durante el trayecto. A pesar de que la vetustez de aquella biblioteca contrastaba enormemente con la arquitectura vanguardista de su hermana, la sede de la Biblioteca Nacional en Alcalá de Henares, ambos edificios compartían la misma atmósfera de soledad, casi de desolación. Así lo observó Erasmo y así se lo comunicó a Hernán, quien asintió con cierta pesadumbre:

—Es verdad. Con los recortes cada vez somos menos.

—¿De verdad están seguros los libros aquí? —preguntó Erasmo, en parte porque acababa de venirle a la cabeza algún episodio de hurto en el pasado, en parte porque le apetecía chincar suavemente al funcionario.

—Bueno, eso depende de vosotros —respondió Hernán con una mueca burlona—. Si esta vez no atraéis a alguna ladrona de altos vuelos con intenciones asesinas, creo que todo irá bien.

Entonces se detuvo ante una puerta cerrada y sin rótulo identificativo que procedió a abrir con una tarjeta magnética. La puerta se abrió tras emitir un zumbido, y Erasmo supuso que habían llegado al laboratorio de restauración. No pudo evitar contener el aliento al pensar en las maravillas que aguardarían al otro lado de aquel umbral.

Pero a primera vista se sintió decepcionado.

La sala no era grande y solamente contaba con una pequeña ventana por la que se colaba a duras penas la claridad plomiza del exterior. Había varios bancos de trabajo y algunos estantes que aguantaban botellas de productos químicos, pero nada espectacular ni llamativamente tecnológico. Reconoció una cámara de higienización y una tina grande y plana de las usadas para lavar e injertar el papel deteriorado. También había docenas de instrumentos pequeños sobre los bancos de trabajo: brochas, pinceles, lápices, gomas de borrar... Aquel laboratorio tenía más bien el aspecto del aula de dibujo de un instituto. Epifanio Caballero, a quien a Erasmo le

gustaba referirse como su «restaurador de cámara», trabajaba en su taller privado con medios más sofisticados que aquellos, y eso que, a diferencia de Hernán Pérez, jamás tendría sobre su mesa de trabajo los códices del *Cantar de mío Cid* o del *Breviario de amor*. A decir verdad, cualquiera de los tesoros de la Biblioteca Nacional podría acabar en las expertas manos de aquel joven, lo que provocaba en Erasmo unos celos todavía mayores que el interés evidente que Hernán mostraba por Pilar.

Erasmo tardó todavía unos segundos en advertir que no estaban solos. Agazapadas en un rincón había un par de figuras más provistas de batas blancas. Erasmo se acercó y comprobó que eran dos muchachos muy jóvenes. La mesa de luz sobre la que trabajaban iluminaba sus caras de un modo irreal, dotándolas de cierto aire de vesania. Uno de ellos iba equipado con unas gafas de pasta que podrían haber competido en dioptrías con el telescopio Hubble. El otro, rubio hasta rozar la condición de albino, parecía haber empezado a afeitarse el día anterior. Ambos colaboraban en reparar con papel japonés el reverso de lo que a Erasmo le pareció un mapa del siglo XVII.

—Juan, Sven —dijo Hernán—. Podéis dejarlo y marcharos ya.

Los jóvenes se despojaron de las batas y obedecieron mansamente, despidiéndose con una silenciosa inclinación de cabeza.

—Son becarios —explicó Hernán.

—¿De modo que este es tu cubil? —preguntó Pilar, que parecía tan poco impresionada como el propio Erasmo.

—Ya sé que no parece gran cosa —se disculpó Hernán—. Pero a veces vemos desfilar por aquí algunos libros interesantes. Venid a que os enseñe en qué estoy ahora.

Hernán los escoltó hasta el fondo del laboratorio, donde estaba situado su espacio de trabajo. Conforme encendía el flexo, Erasmo apenas pudo ahogar una exclamación al reconocer el ejemplar que descansaba sobre la superficie del banco.

—¡El *Grimate y Gradissa*, de Juan de Flores!

El restaurador asintió con una ligera sonrisa de triunfo. Y no era para menos. Erasmo conocía bien aquel incunable (Lérida, Enrique Botel, c. 1495), del que él mismo poseía la ya rara edición en facsímil de 1883 (107 ejemplares, cuatro de ellos en vitela). El bibliófilo solicitó el permiso de Hernán con un gesto tal vez demasiado humilde, pero obtuvo como recompensa un par de guantes blancos, lo que significaba que podía proceder. Así pues, tomó en las manos el volumen y comenzó a examinarlo. Enseguida comprobó que su exterior no se compadecía con su extremada rareza: una miserable holandesa del siglo XIX, rozada por más señas. Falto de la primera hoja original, en la segunda (primera conservada), alguien había recortado un trozo del margen inferior en forma ovalada, sin duda para eliminar por las bravas el sello de caucho que indicaría de dónde había sido expoliado.

—Supongo que le harás un injerto para tapar este hueco —sugirió Erasmo.

—En absoluto —repuso Hernán dedicándole mucha más atención a Pilar que a él

—. No lo pienso tocar, es un testimonio.

Erasmus empezó a notarse algo irritado. Sabía que Hernán era uno de esos restauradores modernos que seguían el criterio de la «mínima intervención», pero aquello le parecía excesivo.

—Desde luego que es un testimonio, el testimonio de la mano de un sinvergüenza. ¿Lo vas a vestir siquiera con una encuadernación más digna?

—Ni hablar, se queda con la que tiene. Aunque cutre, es otro testimonio.

El bibliófilo respiró hondo y cerró el libro con cuidado. Al fin y al cabo no estaban allí para discutir el trabajo de restauración de Hernán Pérez, sino con un propósito muy distinto. Y el tiempo apremiaba.

—¿Me permitís verlo? —preguntó entonces el restaurador.

Y a Erasmo le divirtió comprobar que la voz le había temblado al formular la pregunta.

—Es auténtico —concluyó Hernán tras examinar el manuscrito de Gonzalo de Córdoba bajo una lente de aumento durante cerca de diez minutos.

—¿Estás completamente seguro? —preguntó Pilar.

—A falta de pruebas microscópicas y de un análisis químico, sí. Y supongo que el contenido tampoco deja lugar a dudas. Apenas he leído algunas líneas sueltas, pero creo que este manuscrito es exactamente lo que parece ser. Lo que no puedo ni imaginar es dónde ni en qué circunstancias lo habéis encontrado. Su estado de conservación es tan bueno que podría haber estado guardado en un archivo bajo condiciones de temperatura y humedad controladas.

—No hay inconveniente en que le expliquemos a Hernán de dónde ha salido el manuscrito, ¿verdad? —preguntó Pilar dirigiéndose a Erasmo.

—En absoluto —respondió este—. De todos modos, antes o después, habrá que hacerlo público. La cosa es bien sencilla...

Hernán los interrumpió alzando la mano derecha.

—¡No! ¡No quiero saberlo! Por lo menos de momento. De hecho, por lo que a mí respecta, el manuscrito ni siquiera ha pasado por este laboratorio. Sobre todo, ni una palabra a mi director, ¿de acuerdo?

Erasmus estuvo a punto de responder que antes se dejaría despellejar y donaría su piel para imprimir una bula papal que revelar a Martín Abad lo que se traían entre manos. Pilar, sin embargo, pareció alarmada.

—Pero nos vas a ayudar, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

La mirada que Hernán le dedicó en respuesta dejó claro que por ella estaría dispuesto a descender al Hades si fuera preciso. Por si acaso, le mostró también con palabras su buena disposición:

—Ya te dije ayer que sí, aunque tengo que rogaros la máxima discreción. Al fin y

al cabo, soy un funcionario y esto es una institución pública.

Erasmus recordó sus propios tiempos de funcionario en la Complutense y la libertad con la que sus compañeros del departamento y hasta los becarios hacían uso de los medios y de los recursos públicos. Él siempre había procurado extremar la pulcritud en aquel asunto, lo que le había privado de numerosos viajes y comilonas. Tampoco su biblioteca privada se había ampliado a costa de los libros expoliados en el departamento, como le constaba que sí había ocurrido con las de muchos de sus antiguos compañeros. Sin embargo, todavía tenía por casa bolígrafos y paquetes de folios sin empezar cuyo origen le provocaba ciertos remordimientos.

—¿Quieres que te explique otra vez lo que necesitamos? —preguntó Pilar.

—No hace falta, lo entendí. Necesitáis un escaneado en alta resolución del manuscrito completo. ¿No es así? Creo que este juguete que tengo por aquí nos será útil.

Hernán se dirigió hacia una de las mesas de trabajo, sobre la que había un par de ordenadores y una estructura de aproximadamente medio metro de altura cubierta con una funda de hule. Cuando el restaurador la retiró, quedó al descubierto un aparato que Erasmus no supo identificar a simple vista, pero que le recordó a una de esas ampliadoras que se usaban para revelar fotografías antes de la tiranía de la imagen digital.

—Esto es un escáner para libros y manuscritos.

—¿Ese chisme es un escáner? —preguntó Erasmus extrañado, pues su idea de dicho dispositivo era una especie de bandeja con un cristal en la parte de arriba y una tapadera.

—Y de los buenos —respondió Hernán—. De hecho, fue el que usamos para crear esa versión *on-line* de cierto manuscrito con cuyo hallazgo vosotros tuvisteis algo que ver. En la parte de arriba lleva montadas dos cámaras digitales Hasselblad con óptica Carl Zeiss y cincuenta megapíxeles de resolución. Como veis, cada objetivo apunta en un ángulo distinto, de modo que no es necesario abrir completamente el libro para fotografiar cada página, lo que en muchos casos podría dañarlo gravemente. Tampoco hace falta aplastar las hojas bajo un vidrio para aplanar su superficie, con el consiguiente daño para el papel y la encuadernación. El volumen se coloca abierto sobre este soporte en un ángulo que puede ser hasta de 90 grados. El *software* regula la inclinación de los objetivos y la iluminación óptima. Una vez capturadas las imágenes, hace los ajustes necesarios para evitar zonas borrosas y distorsiones. De hecho, hasta dispone de un mecanismo que pasa las páginas automáticamente, y os aseguro que lo hace con la misma delicadeza que la mano de un monje que hojea su breviario. Pero no os preocupéis. Cuando el libro es antiguo lo hacemos todo manualmente, porque siempre resulta más seguro. ¿No os parece una maravilla? Ni siquiera los de Google, con su manía de escanearlo todo, los tienen mucho mejores.

Erasmus sentía un asombro genuino, pues no esperaba encontrar semejante

tecnología en un taller a primera vista tan espartano. Pilar también compartió su sorpresa:

—Veo que los recortes ministeriales no son tan drásticos como se afirma, porque este aparatito tiene pinta de valer un pastizal.

Hernán resopló.

—Ni con mi sueldo de seis meses podría pagarlo. Por suerte, nos salió gratis.

—¡No lo habréis robado! —bromeó Erasmo.

Hernán negó con la cabeza.

—Aún no hemos caído tan bajo. Fue una donación anónima que recibimos al poco de que dierais con el manuscrito de Cervantes. ¿No sería cosa vuestra?

Erasmo no pudo evitar soltar una carcajada. En caso de haber dispuesto de dinero en efectivo suficiente para comprar aquel juguete, lo último que se le habría ocurrido hacer con él habría sido regalárselo a la Biblioteca Nacional. Para eso estaban los impuestos, qué demonios.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en escanear el manuscrito? —preguntó Pilar—. Queremos ponerlo a buen recaudo lo antes posible.

Hernán acarició pensativamente su perilla de cantante melódico.

—Tendré que hacerlo fuera de mi horario laboral, es decir, por las tardes. Empezaré hoy mismo. Creo que con un par de días será suficiente.

Pilar le dio las gracias a Hernán con una sonrisa que dejó al restaurador visiblemente conmocionado.

—No... no... tiene importancia. De todos modos me quedo a trabajar muchas tardes. Mi apartamento se me cae encima. Sabes que mi novia y yo rompimos, ¿verdad?

Pilar asintió con gesto de solidaridad, y Erasmo concluyó que aquella conversación se estaba volviendo demasiado íntima para su gusto.

—Entonces, ¿tendremos que dejar el manuscrito aquí esta noche?

Por el tono glacial que había empleado, Erasmo parecía tener la sospecha de que la Biblioteca Nacional venía a ser como un Castillo de Irás y No Volverás para cualquier manuscrito o libro valioso que entrara en su radio de influencia. Y la experiencia pasada no hacía más que confirmar sus temores.

—Tranquilos —dijo Hernán—. El edificio está mejor protegido de lo que creéis. Y yo mismo dispongo de una pequeña caja fuerte aquí en el laboratorio. Vuestro manuscrito dormirá esta noche en lugar seguro.

—Entonces no se hable más —concluyó Erasmo sin molestarse en ocultar cierta desconfianza—. ¿Nos vamos, Pilar?

La joven se quedó mirando a Hernán, que había asumido una expresión afligida de repente.

—¿Te apetece comer con nosotros? —le preguntó Pilar.

Hernán titubeó durante unos segundos.

—Mejor me quedo —respondió por fin—. Todavía no he completado mi horario.

Luego bajaré a la cafetería a picotear algo y empezaré enseguida con lo vuestro.

—Te debo una, guapo —respondió Pilar mientras Erasmo la tomaba del brazo y comenzaba a tirar de ella hacia la puerta.

Llovía con fuerza cuando abandonaron la Biblioteca Nacional. Ninguno de los dos llevaba paraguas, por lo que Erasmo propuso buscar refugio en algún restaurante cercano, ya que de todos modos era la hora de comer. A la pregunta de si recordaba la existencia de algún establecimiento decente en las inmediaciones, un sitio al que pudieran llegar sin calarse en el intento, Pilar señaló hacia la acera opuesta del paseo de Recoletos. Erasmo supuso que se refería al Café Gijón, lo que le provocó un vago sentimiento de tristeza.

—Muy bien, vamos —dijo esforzándose por disimular lo poco que le apetecía regresar a aquel lugar.

Cruzaron Recoletos con rápidas zancadas y alcanzaron la fachada del café. Cuando se disponían a entrar, una mano invisible pareció frenar a Erasmo, que se quedó parado bajo la lluvia sosteniendo la barra de latón de la puerta, aunque sin atreverse a empujarla.

—¿Qué pasa? —preguntó Pilar con su bolso sobre la cabeza a modo de paraguas.

Erasmo no se atrevía a decirle que nada le apetecía menos que cruzar aquel umbral y volver a visitar uno de los escenarios de su frustrada historia de amor con Dolores Dawson (la parte más vulnerable y sentimental de su yo todavía se resistía a llamarla *Prometeo*). Recordaba muy bien aquel largo rato de charla junto a uno de los ventanales, el modo en que la luz realzaba los rasgos y las formas de la mujer como si la hubieran colocado ex profeso para una sesión fotográfica. Recordaba cada uno de los libros de los que hablaron y de los recuerdos que compartieron. Incluso le resultaba posible reconstruir su propia cadena de pensamientos y de emociones. Por ello temía que, una vez dentro del café, la melancolía lo ahogara en un mar de recuerdos y Pilar se diera cuenta de todo. No sabía qué hacer para remediarlo, pero quedarse parado bajo la lluvia no era una solución, sobre todo porque la fachada del café ni siquiera disponía de una marquesina que les sirviera de refugio.

—Creo que hay un restaurante aquí a la vuelta que pertenece también al Gijón —dijo Erasmo en un arrebato de inspiración—. A lo mejor allí estamos más tranquilos.

—Lo sé —respondió Pilar—. Pero aquí, en el café de toda la vida, también sirven comidas, y hace mucho tiempo que no vengo. ¿Le importa?

Erasmo hizo de tripas corazón y empujó la barra de la puerta para franquearle el acceso a Pilar. Por fin, entró tras ella.

Apenas había una veintena de personas repartidas en torno a los veladores. Erasmo hizo un rápido escrutinio y no fue capaz de reconocer a ningún escritor, lo que le pareció un comienzo prometedor (nada afeaba tanto un café literario como la

presencia de escritores en él). Tal vez algunos de los parroquianos que se aburrían ante su caña o su café fuesen aspirantes a literatos que habían acudido allí en busca de alguna musa arrumbada en un rincón, o quizás bajo una mesa. Sin embargo, tras un segundo vistazo, Erasmo los catalogó como simples turistas. De momento todo iba bien.

La cosa empeoró, sin embargo, cuando Erasmo vio que Pilar se dirigía hacia la misma mesa junto a la ventana que Dolores y él habían ocupado aquella mañana. Trató de encontrar alguna excusa para impedirlo, pero le resultó imposible, de modo que decidió resignarse y tomó asiento frente a ella. Justo en ese instante, las nubes se abrieron y bañaron a la muchacha con una luz que a Erasmo se le antojó en todo idéntica a la de aquel día. Pilar cerró los ojos y sonrió.

—¡Qué bien! —exclamó—. Ha dejado de llover. ¡Y qué solecito tan agradable!

Erasmo pensó que estaba muy hermosa. Y también que aquel inesperado rayo de sol constituía una auténtica mueca del destino. Una mueca fea de verdad.

—¿Sabe, profesor? Durante mi primer año de estudiante en la Complutense venía aquí de vez en cuando. Pedía un cortado y una botella de agua, que era lo máximo que me podía permitir, y me quedaba acechando las tertulias, que por entonces aún las había. A Umbral lo vi varias veces. También venían mucho Trapiello, Pérez-Reverte, Fernando Fernán Gómez, Ana María Matute... Soñaba con sentarme a una de sus mesas algún día. Incluso me imaginaba convertida en escritora y protagonista de una de esas tertulias. Ya ve qué ingenua es una de joven.

Erasmo sonrió con simpatía, al tiempo que se esforzaba por trinchar un solomillo cuya calidad no estaba a la altura de las promesas del camarero. Así que también Pilar había soñado con la gloria literaria, como muchos de sus antiguos alumnos. Que él recordara, era la primera vez que la muchacha le confesaba semejante debilidad.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué lo dejaste?

La muchacha permaneció un rato pensativa antes de responder.

—Llegué a escribir algunos cuentos. Incluso empecé una novela. Entonces se cruzó usted en mi camino y dio al traste con mi vocación literaria.

—¿Cómo? —preguntó Erasmo sobresaltado.

—Sí, en sus clases nos repetía que la cima de la literatura española se había alcanzado en el Barroco, y que todo lo que vino después fue una lenta decadencia. Aún me parece oírlo decir que la historia de la literatura castellana merece ser escrita solamente hasta Galdós y Clarín, y que de todo lo posterior apenas se pueden salvar tres o cuatro nombres: Valle-Inclán, Machado y...

—Y Unamuno —concluyó Erasmo—. Y me temo que sigo pensando lo mismo. Y si me apuras quitaría a Unamuno, que no escribía ni pensaba del todo mal, pero era un poco llorica. ¿De modo que esas tonterías mías dieron al traste con tu vocación?

—Sí y no —respondió Pilar con gesto evocador—. De todos modos, ahora no rescataría ni una sola de las cosas que escribí. Sencillamente me di cuenta de que lo mío no era la creación, sino la crítica.

—Que no deja de ser literatura —respondió Erasmo indultando finalmente el solomillo y confiando en que el postre compensara los muchos defectos del plato principal.

—Eso es cierto. Puede que sea pura deformación profesional, pero a veces tengo la sensación de que, para quienes nos dedicamos a esto de los libros, todo acaba siendo literatura. Aunque podría haber un motivo más profundo. Desde el momento en que alguien decide consignar unos hechos por escrito, quizás lo que en realidad pretenda sea corregir la realidad, ponerle remedio a esta cosa sin sentido que es la vida. El mismo manuscrito de Gonzalo de Córdoba que ahora tenemos entre manos. ¿No tiene a veces la sensación de que lo que Gonzalo escribió fue una novela?

Erasmo asintió; en efecto, reconocía esa sensación. Esa misma mañana, sin ir más lejos, escuchando la lectura de Pilar sobre asuntos tan escasamente poéticos como la precipitada boda de Gonzalo e Isabel de Saavedra o los problemas de salud de Cervantes, le había parecido estar asistiendo a la lectura de una novela, como si cualquier asunto, por el simple hecho de ponerlo por escrito, quedara teñido de ficción, sobre todo si a ello se le añadía la pátina del tiempo.

—Por cierto —dijo Erasmo con ánimo de rebajar el tono de la conversación—. No es que hayamos resuelto ningún misterioso enigma en torno a la vida de Cervantes, pero al menos ahora podemos asegurar que su problema principal de salud, y probablemente el que acabó llevándoselo a la tumba, fue la diabetes, igual que a mi pobre abuelo materno.

Pilar asintió.

—Y que la segunda parte del *Quijote* podría no haberse escrito nunca. ¿Qué cree que le hizo a Cervantes cambiar de idea y ponerse manos a la obra?

El camarero se acercó entonces para retirar los platos, ganándose de paso una mirada de reproche de Erasmo, a quien los treinta euros que iban a cobrarle por aquel menú se le estaban empezando a figurar un precio desorbitado.

—Me imagino que Francisco de Robles le ofrecería por fin un argumento de peso, o más bien unos cuantos argumentos, redondos y con la efigie de Felipe III acuñada en el centro. Aunque ahora que vamos conociendo a ese sujeto estoy seguro de que los argumentos fueron muchos menos de los que Cervantes merecía. Pobre hombre.

—¿Pobre hombre?

—Sí, una vida verdaderamente desdichada la suya. Primero el cautiverio en Argel. Luego sus años de recaudador, que le valieron cárcel y hasta la excomunión, con lo religioso que él era. Después los disgustos familiares, la penuria económica. Un éxito tardío que nunca llegó a disfrutar. ¿De qué le sirvió al pobre toda esta fama póstuma, esta gloria en la posteridad? Seguramente la habría cambiado por un poco

más de felicidad mientras estaba vivo. ¿No crees?

Pilar asumió una expresión triste.

—Cada uno vivimos la vida que nos toca, profesor. Los dados ruedan solo una vez. Y con eso hemos de conformarnos.

Erasmus tuvo la sensación de que Pilar lo estaba mirando sin verlo, como si su vista (y sus pensamientos) volaran muy lejos de aquella mesa junto a una ventana que se asomaba al madrileño paseo de Recoletos. El camarero se acercó entonces con el postre: tarta de queso para él y *brownie* con helado para Pilar. Erasmus recordó el bizcocho de chocolate que horneaba su difunta Almudena. La diferencia era que el de su esposa tenía un aspecto mucho más apetitoso y no se llamaba *brownie*, sino bizcocho a secas.

—Por cierto, te habrás dado cuenta de que el amigo Hernán está que bebe los vientos por ti, ¿verdad?

Los labios de la muchacha se curvaron en una sonrisa, pero su mirada siguió teñida de melancolía.

—Pobre Hernán. Ahí tiene otro ejemplo de lo que acabo de decirle. Varios años de convivencia con su novia, ambos ahorrando hasta el último euro para poder comprarse una casa algún día, para poder plantearse tener hijos y todas esas cosas... Y ya lo ha oído antes. Hace cosa de un año rompen y todo se va a la mierda.

—¿Qué pasó? —preguntó Erasmus acusando la crudeza de las palabras de Pilar, aunque no del todo sorprendido, pues sabía que el pasado de su antigua alumna encerraba un episodio semejante, una de esas heridas que nunca llegan a sanar del todo.

—Ni idea —repuso ella encogiéndose de hombros—. ¿Qué importa? El guion siempre viene a ser el mismo, al margen de los detalles.

—¿Te ha pedido Hernán salir alguna vez? —preguntó Erasmus inseguro de si de verdad quería oír la respuesta.

Pilar negó con la cabeza.

—No. Y ojalá no lo haga.

—¿Le darías calabazas?

Pilar lo miró con gesto extrañado. De pronto rompió a reír.

—Vamos, vamos, profesor. ¿Qué son todas estas preguntas sobre mi vida sentimental? No le conocía a usted esa vena cotilla. Pero bueno, si tanto le interesa, creo que sí, que le daría calabazas. No me importaría salir con él para ir al cine o al teatro, o simplemente para dar una vuelta. Pero creo que es mejor curarse en salud y no animarle, porque cualquier otra cosa está descartada. Estoy bien tal y como estoy ahora. Encuentro mi vida muy... cómoda. ¿Ha terminado?

Erasmus asintió y pidió la cuenta. Según comprobó al mirar por la ventana, en aquellos momentos el sol brillaba sobre Madrid. Sin embargo, la conversación que acababan de tener parecía cubrirlo todo con una densa nube de tristeza.

Pilar propuso dar una vuelta para bajar la comida, a lo cual Erasmo accedió de buena gana. Caminaron en silencio en dirección a Cibeles. Después giraron hacia Gran Vía. Apenas eran las tres y media de la tarde, pero la calle registraba ese bullicio que, en opinión de Erasmo, convertía el centro de Madrid en un lugar digno de ser erradicado de la faz de la tierra.

—¿Por qué no damos la vuelta y vamos hacia el Retiro? —propuso Erasmo un tanto escamado con el aspecto granujiento de la mayoría de los viandantes.

—Enseguida —respondió Pilar—. De todos modos, tengo que ir en aquella dirección para recoger el coche. Pero primero quería venir aquí. Voy a hacerle un regalo.

Erasmo comprobó que se habían detenido ante el escaparate de una de esas grandes librerías que forman parte de una cadena, probablemente la última librería de Madrid a la que él iría. Y no solamente porque los títulos que veía expuestos le parecieran espantosos, sino porque dudaba que entre su fondo editorial hubiera alguno que pudiera interesar a un bibliófilo como él. Salvo que el bibliófilo en cuestión fuera un ratón o uno de los muchos insectos que se alimentan de la celulosa del papel.

—¿Me espera aquí? Será solo un minuto.

Pilar cumplió su promesa y volvió en un santiamén. Traía una bolsa de plástico estampada con el logotipo de la librería. Erasmo husmeó en el interior y vislumbró un paquete envuelto en papel de regalo.

—¿Eso qué es? —preguntó escamado—. ¿No me habrás comprado una de esas absurdas novelas japonesas que están ahora de moda?

Pilar soltó una carcajada.

—En absoluto. Creo que ni siquiera se puede imaginar qué clase de libro hay aquí dentro. Lo que le puedo asegurar es que va a pasar un rato inolvidable leyéndolo.

—¿Por qué? —preguntó Erasmo con el ceño fruncido.

—No pienso estropearle la sorpresa. He estado guardando el secreto desde que se publicó, más que nada para que no le diera un berrinche. Pero seguramente se iba a enterar antes o después. Y prefiero que sea por mí.

—Pero...

—Que lo disfrute, profesor.

Y echó a caminar con una sonrisa juguetona.

Apenas media hora después Erasmo giraba la llave en la cerradura de su puerta y era recibido por una casa silenciosa y en penumbra. Al recorrer el pasillo camino de su despacho, la sensación de extrañeza que experimentó fue tan intensa que aquel

piso donde había vivido durante los últimos treinta años se le figuró un lugar ajeno y hostil, como el escenario de un crimen. Pilar acababa de marcharse al volante de su coche y la sensación de soledad de Erasmo era tan intensa que casi podía sentirla físicamente, rodeándolo como una masa fría y viscosa. Se dijo que debía aprender a resguardarse de sentimientos como los que ahora experimentaba. De hecho, debía aprender a resguardarse de cualquier sentimiento en general.

Una vez en su despacho, eligió un libro de una de las estanterías. Se trataba de una de sus adquisiciones más recientes, la novela de caballerías, *Don Cirongilio de Tracia*, de Bernardo de Vargas (Sevilla, Jácome Cromberger, 1545). El ejemplar en sí no era muy bueno. Sin embargo, poseía el mérito añadido de ser una de las novelas de este género que se mencionan en el *Quijote*, en concreto en el capítulo XXXII de la primera parte. Emulando en cierto modo la locura de don Quijote, el ventero Juan Palomeque daba por ciertas las estafalarias hazañas que se contaban sobre el caballero protagonista (¿acaso los señores del Consejo Real, con cuya licencia había salido el libro, permitirían que se difundieran tales mentiras?). Además, el propio don Quijote lo incluye entre los más notables caballeros andantes en el capítulo I de la segunda parte: «¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia?». Erasmo abrió el libro y deslizó la vista por sus grabados y por los caracteres góticos usados en su impresión. En ocasiones anteriores, el sencillo gesto de hojear alguno de los libros de su colección había bastado para ayudarle a recuperar la calma perdida, pero hoy solo lograba fijarse en los defectos del ejemplar: algo corto de márgenes y falta de las tres hojas de prólogo, con la primera portada contrahecha de antiguo sobre la de un *Palmerín de Inglaterra* en castellano (Toledo, 1547), las primeras y las últimas hojas defectuosamente remarginadas, como las portadas de las partes tercera y cuarta, amén de los taladros de xilófago que afectaban al texto en parte de las hojas...



Erasmus cerró el volumen con cierta brusquedad y lo devolvió a su lugar en la estantería. El hueco que había dejado Pilar tras su estancia de menos de un día era demasiado grande para llenarlo con un libro. Entonces reparó en la bolsa que la muchacha le había entregado y que él había puesto descuidadamente sobre una silla al entrar en el despacho.

Lo que encontró tras rasgar el envoltorio fue la cubierta de lo que parecía una novela histórica. Había una espada (demasiado larga) y una pluma (claramente anacrónica) sobre el fondo de unas supuestas líneas manuscritas. El título hacía referencia a Cervantes, pues correspondía a la ciudad y al año de la edición de la primera parte del *Quijote*. De hecho, al examinarla más cuidadosamente, comprobó que las líneas de escritura que formaban el fondo eran una cita del primer capítulo de la novela. Ninguno de los nombres de los dos autores le decía absolutamente nada. Lo único que le llamó la atención fue que hicieran falta dos personas para perpetrar un engendro como aquel.

Erasmus notó cierto enojo. ¿Por qué habría pensado Pilar que él apreciaría un regalo semejante? La muchacha sabía bien que el bibliófilo detestaba todo cuanto salía de las imprentas de su tiempo, pero si había un género que despreciaba de un modo singular era aquel al que parecía pertenecer aquella novela: las intrigas de fondo histórico pero con desarrollos delirantes, tontunas concebidas para un público de marujas y paletos con pretensiones, fáciles de digerir, pero tan ajenas a la auténtica literatura como un plato precocinado a la cocina de autor. ¿Qué había de especial en aquel libro, cuya apariencia era idéntica a la de los cientos de títulos clónicos que, año tras año, vomitaban esas fábricas de entretenimiento facilón que osaban

denominarse editoriales? ¿Quizás fuera el tema cervantino?

Seguramente se trataba de una broma de su antigua alumna. Erasmo, no obstante, obró movido por una cierta curiosidad y abrió el libro. Enseguida dio con algo que le llamó la atención. A modo de falsas guardas, los editores habían reproducido unos grabados de asunto caballeresco que reconoció al instante. De hecho, procedían de un libro del cual él mismo poseía un ejemplar: el *Libri chiamato Antifor di Barosia*, impreso en Venecia justamente en 1615. Una rara obra épica en verso, en la estela del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto.

Acto seguido comprobó que a Pilar le había dado tiempo a escribir una dedicatoria: «No se enfade, profesor. A don Quijote le ocurrió lo mismo y lo sobrellevó con dignidad. Con el cariño de su antigua alumna».

A partir de ahí, y muy a su pesar, Erasmo no tuvo más remedio que empezar a leer.

Durante las horas siguientes solo levantó la vista de la novela en dos ocasiones: la primera para encender la lámpara cuando la luz empezó a declinar, la segunda para ir al cuarto de baño. Leyó sin descanso a pesar de su lesión de retina, que le obligaba a leer con la cabeza torcida, como si mirara el libro de soslayo, pues en el centro de su visión las palabras impresas se tornaban borrosas y le resultaba muy difícil distinguirlas. Su primera impresión fue de sorpresa. Luego, conforme fue avanzando en la lectura, la sorpresa inicial se transformó en escándalo y disgusto. Al rebasar la mitad del libro, cuya extensión era de casi seiscientas páginas, la indignación le impidió seguir leyendo, y también la fatiga visual, pues empezaba a notar los ojos secos y doloridos, como si tuviera granos de arena bajo los párpados.

«¡Un abogado! —pensó—. ¡Lo que necesito es un abogado!». Apenas acertaba a describir sus sentimientos con palabras. Aquel libro era mucho peor que un robo. Constituía un auténtico ultraje contra su persona y su dignidad. Pensó en que debía llamar a Pilar de inmediato y acordar con ella algún tipo de acción legal. Se disponía a hacerlo cuando se le ocurrió pasar antes por la cocina y prepararse una taza de tila o una manzanilla. Bien sabía Dios que la necesitaba.

Al cabo de unos minutos, mientras le daba sorbitos a la infusión, comenzó a pensar con más sosiego. Probablemente no habría lugar para una demanda. Los autores de la condenada novela se habían tomado muchas molestias en cambiar todos los nombres y otros datos que pudieran relacionar a los personajes del libro con personas reales. Sin embargo, la historia que se narraba coincidía a la perfección con las aventuras que Pilar y él habían vivido cuatro años antes en su búsqueda del manuscrito del *Quijote*. Y los personajes protagonistas del libro eran ellos mismos, mejor dicho, unos burdos remedos de sus personas. Tal vez Pilar no saliera tan mal parada. Pero a él lo habían convertido en una especie de personaje bufo, un tipo

tacaño y maniático que parecía sacado de una comedia de tres al cuarto. Y lo más sangrante del asunto es que su retrato, aunque distorsionado hasta rozar lo grotesco, abundaba en detalles que se correspondían con la realidad. Se mencionaba, por ejemplo, su debilidad por las camisas de estampados tropicales y colores chillones, y por las corbatas de pajarita. Pero al fin y al cabo esas eran cuestiones nimias que cualquiera podía observar, por poco que lo conociera. Mucho más graves eran otros detalles íntimos de los que el libro ofrecía un caudal inagotable. Se describían con notable exactitud sus vicios privados como bibliófilo y las tretas de las que se había valido para hacerse con algunas de las piezas de su colección. Aunque lo peor, con mucha diferencia, era que la imagen que se daba de él como un viejo bobo y antojadizo empeñado en enamorarse de mujeres que estaban totalmente fuera de su alcance. ¿Qué habría pensado Pilar al leer todo aquello? ¿Cómo era posible que todavía le siguiera hablando?

Erasmus López de Mendoza se sentía como si lo hubieran sacrificado y abierto en canal para luego exponer sus vísceras sobre el mostrador de un puesto del mercado.

¿Quién se ocultaba detrás de los nombres de los supuestos autores? ¿Tal vez un bibliófilo resentido? ¿Quizás el mismísimo Víctor Klemperer? Pero Erasmus dudaba que alguno de sus rivales hubiera sido capaz de tomarse tantas molestias, por muy grande que fuera su ansia de revancha. En cuanto al millonario, Erasmus lo consideraba capaz de aquello y de cosas mucho peores, pero la imagen que se brindaba de él en la novela no era precisamente favorable. De hecho, lo caracterizaban como a un auténtico criminal, un despiadado psicópata capaz de cualquier cosa con tal de lograr sus objetivos. Sabiendo cómo se las gastaba, Erasmus formuló el deseo de que fuera Klemperer quien tomara venganza por ambos enviando a algún esbirro para que se encargara de los autores de aquel libelo disfrazado de novela. Puestos a ello, ojalá el mencionado esbirro tomara venganza también en nombre de Gonzalo de Córdoba, cuya crónica se alternaba con la acción contemporánea, aunque desfigurada y convertida en una especie de folletín de capa y espada.

Una vez apurada la taza de tila, Erasmus comprobó que ya no sentía deseos de llamar a Pilar. A fin de cuentas, ella no parecía haberse tomado a mal la publicación de aquel libro, y hasta parecía divertida con el asunto. Ahora entendía la alusión a don Quijote de la dedicatoria. También él tuvo que sufrir que un canalla sin escrúpulos, oculto bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, se valiera de su persona para su lucro y provecho. Pero don Quijote y su creador habían tenido la oportunidad de reaccionar y denunciar públicamente al tal Avellaneda como el zafio oportunista que era, cosa que él nunca podría hacer. Cualquier reacción pública por su parte —razonó— no lograría sino aumentar su humillación y, de paso, las ventas de la infame novela. De pronto se sintió desfondado, completa y definitivamente derrotado.

Eran cerca de las diez de la noche. Normalmente en torno a esa hora comía algo

ligero, un sándwich o tal vez una ensalada. Pero aquella noche no sentía el menor apetito, y ello pese al muy deficiente almuerzo que había tomado a mediodía. Tampoco sentía sueño. A decir verdad, no sabía muy bien qué hacer, pues ahora tenía la sensación de ser observado y de que sus acciones aparecerían antes o después en algún libro estúpido. ¿Por qué no aceptar lo inevitable? En aquellos momentos Erasmo se sentía un auténtico viejo idiota, una caricatura de sí mismo, de modo que lo mejor sería actuar en consecuencia.

Se sentó frente al televisor encendido y contempló el programa que se emitía, una especie de concurso culinario cuya inanidad tuvo la virtud de serenar su ánimo. Cuando empezó a bostezar se fue a la cama.

Antes de quedarse dormido, imaginó que su vida no le pertenecía y que él ni siquiera era real, tan solo el personaje de una mediocre obra de ficción.

Lo despertó el teléfono. Con un gruñido miró el despertador de la mesilla y comprobó que aún no eran las ocho de la mañana, lo que significaba que Gladys no habría llegado todavía. Desde aquel feliz día de su jubilación, Erasmo raramente se levantaba antes de las nueve, y esta mañana en concreto había decidido pasarla entera en la cama, pues tenía comprobado que una buena cura de sueño era uno de los modos más eficaces de encajar los disgustos. Quizás si lo ignoraba el teléfono dejara de sonar y él pudiera hundirse de nuevo en la bendita inconsciencia. Pero quienquiera que estuviera al otro lado de la línea mostraba gran interés en comunicarse con él, puesto que los timbrazos persistían.

Erasmo soltó un exabrupto y, tras incorporarse de la cama, comenzó a buscar sus zapatillas.

—¿Diga? —articuló con voz pastosa tras descolgar el teléfono en su despacho.

—Profesor, soy Pilar. Tiene usted apagado el móvil.

La observación de su antigua alumna le pareció una manera extraña de comenzar una conversación, pero no por ello dejó de alegrarse al oírla, a pesar de lo temprano de la hora.

—Buenos días, Pilar. ¿Qué se te ofrece?

—¡Hernán! ¡Ayer por la tarde! ¡Acabo de enterarme por un mensaje que he recibido!

Los últimos vestigios del sueño abandonaron a Erasmo de repente, como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Qué ha pasado?

—¡Lo atacaron en su taller de la Nacional! ¡Un golpe en la cabeza!

La pregunta lo asaltó de inmediato y la formuló tal y como vino, sin detenerse en consideraciones sobre su falta de delicadeza:

—¿Y nuestro manuscrito?

Erasmus oyó a Pilar tragar saliva.

—Ni idea, profesor. Lo único que sé es que Hernán está ingresado en el Gregorio Marañón. ¿Nos vemos allí?

—A las nueve —respondió.

Y durante una fracción de segundo volvió a atormentarlo el mismo pensamiento que la noche anterior, el de que él era el personaje de una novela y su vida estaba en manos de un autor de los que no se encariñan de un modo especial con sus personajes.

Acto seguido corrió de vuelta a su dormitorio para vestirse.

CAPÍTULO VI

LOS TRABAJOS DE MIGUEL DE CERVANTES

Encontraron al restaurador Hernán Pérez en una cama de la quinta planta del Gregorio Marañón, con la cabeza vendada y una vía de suero en el brazo izquierdo. Su cara se iluminó fugazmente cuando vio entrar a Pilar. Sin embargo, la irrupción de Erasmo provocó en él un gesto que el bibliófilo solo supo interpretar como de disculpa. Las malas noticias no se demorarían. Pero antes era preciso formular las preguntas protocolarias.

—No, no ha sido nada serio —respondió Hernán con el habla algo trabajosa—. Pero estuve inconsciente unos minutos y por eso me tienen en observación. Eso sí, la cabeza me duele como si me la hubieran abierto con un hacha. Si me notáis algo lento, es por culpa de los calmantes que me están administrando.

Sentada junto a la cama de Hernán vieron a una joven bastante guapa que no había abierto la boca desde que entraron. Erasmo se dijo que tal vez fuera la exnovia del restaurador, pero él la presentó como su hermana menor. La muchacha se puso de pie y anunció que, aprovechando la presencia de Erasmo y Pilar, iba a bajar a la cafetería para tomar un bocado. Una vez solos (a excepción de los pacientes que ocupaban las otras dos camas, y sus correspondientes familiares), el bibliófilo abordó una cuestión que le importaba mucho más que el estado del cráneo de Hernán Pérez.

—¿Qué ha sido de nuestro manuscrito? —preguntó Erasmo en un susurro, pues no deseaba que los ocupantes de las otras camas acabaran participando en la conversación.

Los labios del restaurador se curvaron en una especie de puchero antes de responder.

—Se lo... llevaron —dijo con un hilo de voz.

Erasmo suspiró con tanta fuerza que el aire escapó de sus pulmones como de un neumático pinchado. Hernán apretó los párpados y durante un instante les dio la impresión de que iba a romper a llorar. Pilar tomó una de sus manos, que descansaban sobre la colcha, y la apretó con fuerza.

—No es culpa tuya —lo tranquilizó—. ¿Quién habría pensado que algo así pudiera ocurrir en un lugar tan protegido como la Biblioteca Nacional?

—Eran casi las ocho —dijo Hernán reconfortado por el contacto de la mano de Pilar—. Llevaba toda la tarde trabajando en lo vuestro. Al terminar, tuve que salir del laboratorio a buscar algo. Lo siguiente que recuerdo es que estaba de regreso en el laboratorio, pero tumbado en el suelo y con la cabeza cubierta de sangre. Me incorporé como pude y descolgué el teléfono para pedir ayuda.

—Y el manuscrito había volado —concluyó Erasmo.

Hernán asintió volviendo a componer con su gesto la máscara de la tragedia. Pilar apretó su mano con más fuerza.

—Pero acabas de decirnos que habías terminado de procesar el manuscrito. Al menos tenemos el texto escaneado, ¿no?

Hernán bajó la vista y sacudió la cabeza.

—Se llevaron el disco duro del ordenador en el que se habían guardado las imágenes. Quien lo hizo sabía bien lo que estaba buscando.

En ese momento Erasmo sintió deseos de volver a golpear la cabeza del restaurador con algún objeto contundente. Pilar debió de leerle el pensamiento, pues le instó con un gesto severo a que guardara la compostura.

—¿Cómo es posible? Nos dijiste que había seguridad. Nosotros mismos tuvimos que atravesar dos controles en la puerta.

Hernán se encogió de hombros, lo que le provocó un gesto de dolor.

—Tampoco somos el Banco de España. Hay zonas de la Biblioteca más seguras que otras. Dudo que nadie pudiera acceder a la cámara acorazada. Pero colarse en mi laboratorio no es tan difícil. Quizás alguien entró por la mañana con un carné de lector o de investigador y se quedó escondido esperando el momento oportuno.

—Pero te vimos usar una tarjeta magnética para abrir la puerta —dijo Pilar.

—Sí, por eso esperaron hasta verme salir y me atacaron en el pasillo. Luego volvieron a llevarme adentro y una vez allí pudieron actuar con tranquilidad. Buscar el manuscrito, desmontar el disco duro... La salida de la Biblioteca es mucho más sencilla que la entrada. Los controles solo funcionan en una dirección.

—Entonces, todo se ha perdido —murmuró Erasmo en el colmo del desaliento.

—No, todo no.

Erasmo saltó de la butaca donde había tomado asiento.

—¿Cómo?

Vieron a Hernán sonreír por primera vez desde su llegada.

—Ve al armario, Pilar. Verás una chaqueta marrón colgada. Mira en los bolsillos, si eres tan amable.

La muchacha obedeció y, tras rebuscar unos segundos en los bolsillos de la chaqueta, les mostró a ambos lo que parecía un resguardo de la Bonoloto.

—¿Es esto?

—No, no —respondió Hernán—. A lo mejor en el bolsillo interior.

Pilar regresó hacia la cama con un pequeño objeto que le entregó al restaurador. Era un *pendrive* de color azul metalizado que mostraba el rótulo y el logotipo de la Biblioteca Nacional: las iniciales BNE cubiertas por una esquemática corona.

—Esto es vuestro —dijo Hernán entregandoselo a Erasmo con cierta ceremonia—. Esta mañana, cuando me desperté con las ideas un poco más claras, me acordé de que lo tenía. Entonces le mandé un mensaje a Pilar.

—¿Es una copia del manuscrito escaneado? —preguntó Erasmo notando de pronto que la luz que entraba por la ventana se había vuelto más brillante.

—Aproximadamente la mitad de él. —El tono de Hernán volvía a ser de disculpa—. Ya os dije que el escáner que usé genera imágenes de muy alta resolución, lo que significa que también ocupan mucho espacio de almacenamiento. En total salieron unos ocho gigas, que es una barbaridad. Los *pendrives* que tenemos para regalar en la Nacional son de los pequeños, porque dice el director que el presupuesto no da para más. De modo que guardé la mitad del manuscrito en uno de cuatro gigas que tenía por allí y luego salí a buscar otro para copiaros el resto.

—Y entonces fue cuando te golpearon —dijo Erasmo.

Hernán asintió y se llevó la mano a la cabeza con gesto dolorido, como si la mención al ataque hubiera reavivado sus dolores.

—Bueno, al menos tenemos la mitad —dijo Pilar—. ¡Bien hecho, Hernán!

Erasmo, mientras tanto, jugaba con el pequeño dispositivo de almacenamiento entre sus dedos, dudando entre imitar a Pilar y felicitar al restaurador o bien volver a su intención original y golpearlo con algo duro y pesado. Justo entonces Martín Abad, director de la Biblioteca Nacional, entró en la habitación como una tromba. De forma instintiva, la mano de Erasmo se cerró con fuerza en torno al *pendrive*.

—¡Estaba de viaje y he vuelto tan pronto como lo he sabido! ¿Cómo estás, chaval? Los médicos me dicen que ha sido solo una brecha superficial, además de la contusión y del *shock*. ¿Pero tú qué tal te encuentras? ¡Dios mío, cómo es posible que haya ocurrido esto! Ya he tenido unas palabras con los de seguridad. Habrá una investigación, por supuesto. Y vosotros dos tendréis también algo que contarme, imagino.

Erasmo le mostró a su amigo y ocasional rival su mejor expresión de inocencia, el mismo gesto de «paloma» que usaba a veces para generar confianza en los libreros de viejo que aún no lo conocían. Entonces se dio cuenta de que Pilar estaba a punto de hablar y se adelantó a la muchacha.

—Fuimos a visitar a Hernán a mediodía. Nos había ofrecido enseñarnos su laboratorio varias veces desde que lo trasladaron a la sede de Recoletos. Por lo demás, no tenemos ni idea de lo que ha podido pasar.

Martín Abad los miró a ambos con gesto de suspicacia. Luego se volvió hacia su funcionario.

—¿Cómo es que yo no sabía nada de esa visita?

—Como usted mismo ha dicho, estaba de viaje. A quien sí informé fue a la jefa del Servicio de Manuscritos e Incunables. Tratándose de dos especialistas tan reconocidos, no puso ningún reparo.

El director de la Nacional volvió a guardar silencio. Seguramente por su mente desfilaban los acontecimientos de cuatro años antes, aquella mañana en que Erasmo y Pilar se presentaron en la sede de Alcalá de Henares y su apacible visita se resolvió con un tiroteo, una ambulancia y varios coches de policía en la puerta. Y también con el manuscrito autógrafo del *Quijote* sobre la mesa de su despacho, puestos a ser justos.

—Erasmus, dime la verdad, que nos conocemos. ¿Detrás de qué vas ahora? ¿No tendrás algo que contarle a la policía? Porque parece que del laboratorio no se han llevado nada. Y eso que había algunos libros y documentos valiosos a la vista. Pero lo único que hemos podido poner en la denuncia han sido unos daños menores en un ordenador. Aparte del cráneo de este pobre muchacho, claro.

Erasmus le mostró las palmas de sus manos en un gesto de clara inspiración litúrgica, no sin guardar disimuladamente el *pendrive* en el bolsillo derecho de su pantalón.

—*Nihil invenio causae in hoc homine* —declamó afectando la voz.

—Más vale que no me cites a Pilatos, porque no te va a resultar tan fácil lavarte las manos. Tengo el móvil que me echa humo. Todos los de arriba están pidiendo explicaciones. Y mira que a estos del ministerio las bibliotecas les interesan poco. Pero dos heridos son dos heridos.

—¿Dos? —preguntó Hernán desde su lecho—. ¿Quién es el otro?

—Bueno, herido en sentido estricto solo estás tú. Pero esta mañana hemos encontrado a una limpiadora encerrada en un cubículo de servicio de la cuarta planta. Estaba maniatada y amordazada, y además la habían dejado en ropa interior. Así se ha pasado toda la noche, la pobre mujer. Si no llega a ser porque su familia dio anoche aviso a la policía, a lo mejor se queda allí hasta la próxima remodelación ministerial.

—¿Y qué es lo que ha contado? —preguntó Erasmus—. ¿Quién le hizo eso?

Martín Abad miró a Erasmus con desconfianza antes de responder.

—Lo que ha contado es que una mujer alta y con un leve deje extranjero la obligó a desnudarse a punta de pistola. Parece que lo que buscaba era su ropa y su acreditación para poder moverse por la Biblioteca sin obstáculos. La pobre señora tendrá que ir a comisaría para que le enseñen fotos, pero a mí el asunto ya me va oliendo a chamusquina. ¿Vosotros qué opináis?

Erasmus se encogió de hombros. Pilar carraspeó y se dispuso a hablar:

—Sabemos lo mismo que usted —dijo—. Yo misma concerté la cita con Hernán para la visita a su laboratorio. El profesor venía conmigo por pura casualidad. Por lo demás, no podemos confirmarle si esa mujer es quien usted piensa. Naturalmente, ambos lamentamos lo ocurrido, pero no tenemos nada que ver con el asunto. ¿Quiere que hablemos con la policía?

Martín Abad agitó la cabeza.

—No. Aunque tengo que decirles que no me creo ni una palabra. —Entonces se volvió hacia Erasmus—. En fin, cuando Pilar te apoya, seguro que sus motivos tendrá. Lo único que os ruego es que os andéis con muchísimo cuidado. No sé de qué va el asunto y casi prefiero no saberlo. Pero no olvidéis cómo estuvo a punto de acabar lo de hace cuatro años. También voy a pedirles que dejéis tranquilos a mis funcionarios. Ya sabéis que andamos escasos de personal y que las bajas no se cubren. ¡Ah!, ¿pero es que os marcháis ya?

Pilar y Erasmo se dirigían hacia un aparcamiento de la calle O'Donnell donde la muchacha había dejado su coche. Él miraba las baldosas de la acera con gesto lúgubre y guardaba silencio. Pilar parecía también de un humor taciturno. Erasmo supuso que la mentira que le había encajado al director de la Nacional habría hecho mella en su estado de ánimo. Él era capaz de mentir sin inmutarse, pero sabía que su antigua alumna estaba hecha de otra pasta. A pesar de su diferencia de edad, en algunas cosas Pilar estaba más chapada a la antigua que él. Al final no iba a resultar completamente cierto aquello de que las generaciones jóvenes carecían de moral y de principios.

—Lo has hecho por Hernán, ¿verdad? —dijo él por fin con ánimo de sondearla.

Pilar asintió con los dientes apretados.

—No quería comprometerlo —explicó—. El problema es que ahora nos encontramos en un embrollo del que no sé cómo vamos a salir. Ese matrimonio de Esquivias nos entregó el manuscrito, y el manuscrito ha volado. Pero si les contamos la verdad a Martín Abad o a la policía, al pobre Hernán no hay quien lo libere de un expediente disciplinario, cuando lo único que ha hecho es tratar de ayudarnos. Por otro lado, Miguel y Matilde confiaron en nosotros y merecen algún tipo de explicación, lo que nos devuelve al principio del problema. El manuscrito era de su propiedad y se trata de un documento muy valioso. Dios mío, ¿qué piensa que podemos hacer?

Erasmo no supo qué responder. Estaba de acuerdo con Pilar en que el robo del manuscrito los había llevado a un callejón sin salida. Sin embargo, sus preocupaciones eran de otra naturaleza. No le inquietaban demasiado los problemas de Hernán Pérez o lo que pudieran pensar los esquivianos. Ellos no eran más que víctimas colaterales. El auténtico damnificado era él mismo, Erasmo López de Mendoza. Y también Pilar Esparza, su compañera en aquella aventura. Se sentía tan furioso, tan profundamente contrariado, que por un instante notó que perdía contacto con la realidad. Entonces volvieron a él las alucinaciones de la noche anterior. Le vino a la cabeza la delirante idea de que aquello solamente estaba ocurriendo en un libro, y que por lo tanto la desgracia del manuscrito robado no era tan grave, tan solo una ocurrencia peregrina de algún novelista escaso de inspiración. Entonces Pilar lo trajo de vuelta al mundo real con otro comentario.

—¿Cómo piensa que *Prometeo* ha podido seguirnos los pasos? Apenas hacía 48 horas que teníamos la crónica de Gonzalo. Esto parece cosa de magia.

«De esa caterva de malos y envidiosos encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan», estuvo a punto de apostillar Erasmo, pero se contuvo, pues ni siquiera estaba seguro de que la cita fuese exacta.

—Bueno, no sabemos a ciencia cierta que haya sido *Prometeo*, ¿verdad?

Pilar se volvió hacia él y lo miró con cierta sorna.

—¡Vamos, profesor! Seamos serios. ¿Quién si no podría haber actuado así? ¡Esa mujer es el diablo!

—Pero la policía nos aseguró que había salido del país —protestó Erasmo.

—Así es. Pero eso fue hace dos años. No creo que para alguien como ella sea un problema regresar cuando le venga en gana. Es capaz de cambiar de identidad con la facilidad con que otros nos cambiamos de ropa. Ni siquiera están muy seguros de quién es en realidad.

Erasmo tuvo que reconocer que Pilar tenía razón. Nadie sabía a ciencia cierta quién era *Prometeo*, ni de lo que era capaz. Hubo un momento en que él pensó que la conocía, pero los hechos siguientes pronto dieron al traste con esa falsa certeza. Aunque eso había dejado de importarle hacía tiempo. Por lo menos se repetía con frecuencia que ya no le importaba. A base de repetírselo, casi había llegado a creérselo.

Entonces volvió con más fuerza aquella sensación de irrealidad que le permitía ver la vida como una ficción. Pero esta vez no hizo nada por combatirla, porque descubrió que contemplar lo ocurrido como un episodio dentro de una novela le proporcionaba distancia y consuelo. Incluso se sintió capaz de bromear para levantarle el ánimo a la muchacha.

—En fin —concluyó Erasmo—. Lo que está claro es que ni tú ni yo somos expertos en conservación de manuscritos. En conservarlos en nuestro poder, quiero decir. Y no sé si merece la pena lamentarse. Al menos, gracias al amigo Hernán, tenemos nuestro premio de consolación.

Erasmo introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo el *pendrive* azul con el logotipo de la Biblioteca Nacional. Pilar miró el objeto durante unos instantes, como si no acabara de entender su origen o naturaleza. De pronto su cara se iluminó.

—¿Me creerá si le digo que me había olvidado de eso?

La muchacha sonreía ahora abiertamente, y Erasmo pensó que había cumplido su objetivo.

—¿En tu casa o en la mía? —preguntó socarrón.

—En mi casa esta vez —respondió ella—. Tengo un ordenador flamante con un monitor buenísimo, y creo que nos va a venir de perlas.

Erasmo felicitó a Pilar por su nuevo piso, en el que nunca antes había estado. Mientras ella preparaba un almuerzo ligero a base de fiambres y ensalada, repasó las estanterías de la muchacha, en las que abundaban los ensayos críticos y las ediciones clásicas (¡bien por Pilar!). Había también algunos libros de poesía cuyas firmas no le sonaban de nada, por lo que supuso que se trataría de poetas modernos. A pesar de la curiosidad, decidió no abrir ninguno de ellos por miedo a contaminarse de alguna tontería contemporánea. Aunque distaba de ser un especialista en el asunto, Erasmo

tenía entendido que los poetas modernos pensaban que se podía hacer poesía de cualquier cosa, desde un ligue de una noche a una hamburguesa con ketchup consumida en un McDonald's (¿si Ovidio y Góngora levantarán la cabeza!). Recordaba que Pilar era también aficionada a leer novelas, pero esta vez todas las que localizó recibieron su beneplácito, pues sus autores llevaban al menos cien años muertos (¿quién querría leer algo escrito por cualquier fulano con el que uno podía cruzarse por la calle?). A punto estaba Erasmo de indultar la nueva biblioteca de Pilar Esparza cuando vio aquel libro.

—¡Pilaaar!

La chica apareció con un bol de ensalada entre las manos y lo depositó sobre la mesa. Erasmo blandía la novela procurando mantenerla lejos de su cara, como si despidiera un olor nauseabundo.

—¡Ah, nuestra novela! ¿La ha leído ya?

—¿Cómo se te ocurrió regalarme esta cosa? ¡Es una infamia!

Pilar soltó una gran carcajada.

—¡Vamos, profesor! ¿Y su sentido del humor? Por lo menos reconocerá que los autores se han documentado bien.

—¡Los autores merecerían ser colgados por sus diminutos testículos y recibir tormento! ¿Son nombres reales o seudónimos? ¿Los conoces?

—Algo sé de ellos, sí. Pero vamos a comer primero, si le parece.

Erasmo había salido de casa sin probar bocado y tuvo la sensación de que aquel almuerzo preparado por Pilar, más que alimentarlo, lo estaba restaurando y reconciliando con la vida. De hecho, se olvidó completamente de la maldita novela y de sus fermentados autores. Hablaron, en cambio, del trabajo de Pilar en la facultad y de cuánto habían cambiado las cosas desde que Erasmo obtuviera su ansiada y temprana jubilación.

—¿Nunca ha pensado en solicitar un puesto de profesor emérito? —le preguntó Pilar.

Erasmo la miró incapaz de responder, como si le acabara de preguntar si nunca había pensado en pasearse en calzoncillos por la Castellana.

Una vez recogidos los platos, Pilar guio a Erasmo hacia su pequeño estudio, donde tres de las cuatro paredes estaban forradas de libros que esta vez se abstuvo de curiosear. Allí estaba el potente y moderno ordenador de Pilar, cuya pantalla era la más grande que Erasmo había visto en su vida.

—Treinta y dos pulgadas —proclamó la muchacha—. Visto en este monitor, el manuscrito de Gonzalo parecerá un cantoral litúrgico. Veamos si el percance del pobre Hernán ha merecido la pena.

Erasmo asintió, pensando que algo andaba muy mal en la sociedad cuando el trabajo de restaurador de libros antiguos se había convertido en una profesión de riesgo. Mientras tanto, Pilar insertaba el *pendrive* en una de las ranuras del ordenador y accionaba las teclas oportunas.

—Aquí lo tenemos.

—¡Vaya! —exclamó Erasmo sinceramente admirado.

La sofisticada pantalla mostraba la letra del escribano Miguel de Córdoba con tal brillo y nitidez que a Erasmo le pareció estar viendo una de aquellas películas en cinemascopio de su juventud. De hecho, cuando Pilar accionó el control de aumentar la imagen, les fue posible identificar los rasgos más diminutos de su caligrafía y las ínfimas depresiones que la pluma había dejado al entrar en contacto con el papel. Incluso se observaban salpicaduras casi microscópicas de tinta, imperceptibles a simple vista.

—Es casi milagroso —dijo Pilar—. Así resulta tan sencillo de leer como los titulares de un periódico.

—Hasta yo podría leerlo —convino Erasmo—. Pero prefiero que lo hagas tú. ¿Cuánto texto tenemos?

Pilar redujo el tamaño hasta que la pantalla mostró dos páginas enfrentadas del manuscrito. Luego pulsó la tecla de avance hasta el punto en el que habían interrumpido la lectura. Según la barra de progreso, lo que quedaba atrás era al menos un setenta por ciento del total de las imágenes almacenadas en el dispositivo.

—No hay mucho más —anunció con un suspiro—. Treinta páginas más, como mucho. ¡Qué desilusión!

Erasmo se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? A lo mejor esas treinta páginas contienen la revelación que hemos anticipado. Seamos optimistas. ¿Estás preparada?

—Preparada, profesor.

—Entonces, por favor, lee para mí.

Pienso que en otro momento de esta crónica ya relaté que la librería de Atocha no era ni el único ni el más lucrativo de los negocios de mi amo Francisco de Robles, sino tan solo el más respetable. Su auténtica fortuna (que la tenía) era la que le habían proporcionado sus casas de juego, que a la que poseía en la calle de Santiago desde antiguo acababa de sumar una nueva con ocasión del regreso de la corte a Madrid, pues es sabido que las cortes atraen a gentes de toda condición, y entre ellas no faltan los tahúres y los fulleros y los macarenos, que no son sino tres palabras distintas para designar al mismo granuja. Además de los garitos, que ya de por sí se tienen por negocios poco honestos, explotaba Robles otra industria cuya existencia no habré de esconder, por grande que sea la turbación que me provoque referirme a ella. Y hablo de uno de esos establecimientos donde nadie querría encontrarse a su hermana ni a su prima, ni mucho menos a su madre (valga el circunloquio para evitar decir «casa de putas», por ser este término vulgar donde los hubiere). La razón por la que ahora menciono los otros negocios de mi amo es que por los días que nos ocupan acabé

presentando mis servicios en ellos, lo que confieso ahora no sin gran vergüenza, pues, pese a los rumores sobre la limpieza de sangre de los míos, era mi familia pobre pero honrada, y yo hombre casado y padre de una niña. Y fue precisamente mi hija, la pequeña Isabel, quien me hizo tomar la decisión de dejar mi trabajo de librero para convertirme en garitero y alcahuete, pues tal fue la única alternativa que Robles me ofreció a cambio de aumentar mi salario. «Si quieres ganar lo que un hombre, tendrás que hacer un trabajo de hombre», me dijo, con lo que entendí que para Robles ser un hombre significaba lo mismo que ser un granuja. Entonces comprendí que no aguantaría yo mucho con semejante amo, pero de momento no tuve más remedio que aceptar lo que se me ofrecía, pues el hambre de mi familia no entendía de melindres. Y así fue como murió el Gonzalo de Córdoba que pasaba sus días entre libros y caballeros, y vino al mundo otro Gonzalo cuyo tiempo se repartía entre leoneras y burdeles, y cuyas compañías más habituales eran las de los fulleros y las meretrices.

Me perdonará el bondadoso lector si excuso detallar cuáles eran mis obligaciones en los negocios de Robles. Diré tan solo que las había bastante sucias y otras que no lo eran tanto, aunque ninguna de ellas habría recibido el beneplácito de mi buen padre, quien aborrecía el juego por haber sido él víctima de tan nocivo vicio y deploraba el comercio carnal como buen cristiano que siempre había sido, por mucho que las malas lenguas se empeñaran en decir que la cristiandad en nuestra familia era cosa reciente y no del todo sentida. En cuanto a don Miguel, mi suegro, fue mi mayor preocupación durante aquellos días que ni él ni Isabel ni nadie vinculado con la familia llegara a saber jamás de mis nuevas ocupaciones, lo que ahora se me figura una empresa ardua hasta rozar lo imposible, siendo la Villa y Corte una especie de patio de vecindad agrandado, y por ende, terreno abonado para chismes y rumores.

Con todo, debió de ser grande mi suerte, pues fueron dos los años que dediqué a los negocios turbios de Robles sin que mi familia diera muestras de estar al tanto. Y así, mientras la casa de Cervantes, donde yo ocupaba una pequeña alcoba junto a Isabel y mi hija, seguía convertida en una especie de convento de clausura, mi acontecer diario consistía en mantener a raya a tahúres y putañeros, que son gentes díscolas y poco amigas del orden, en recoger las ganancias de los tugurios y llevarlas donde Robles pudiera ponerlas a buen recaudo, en velar por el suministro de vino y de comida (es sabido que los vicios suelen excitar el hambre y la sed) y en impedir que quienes trabajaban en aquellas casas (hombres, mujeres y mujerzuelas) se apropiaran de lo que en justicia pertenecía al amo del negocio, que era casi todo. Y de este modo fue como pude sostener a mi mujer y a mi pequeña hija (que comía mucho aunque medraba poco) y auxiliar a mi padre, quien no daba abasto con su trabajo de herrero para alimentar y vestir y sustentar a mi madre y a mis hermanos.

En cuanto a Cervantes, me alegra poder decir que mejoró su salud y que al cabo de un tiempo pudo otra vez caminar por las calles sin otra ayuda que la de un bastón, y participar de nuevo en esos asuntos de poetas que él tanto amaba. Le agradaba sobremanera que lo reconocieran como el padre de don Quijote, y que fueran muchos

los que se acercaran a darle gracias y albricias por los buenos ratos que la novela del ingenioso hidalgo les había deparado, aunque no por ello, y pese a su mucha insistencia, lograra que Robles saldara con él las cuentas de lo que le correspondía por las ventas de la obra, esgrimiendo el librero como pretexto que, aunque en verdad fueran muchos los que habían leído o sabían del libro, en la realidad eran pocos los que lo habían comprado, pues por ejemplar del libro que se vendía eran veinte o más los que leían de él, ya que el volumen se prestaba o volvía a venderse sin que ni el librero ni el autor pudieran oler ni un solo maravedí del cambalache.

No creo que don Miguel diera por ciertas tales razones, pues de bobo no tenía ni un solo pelo de la barba, pero no tuvo más remedio que hacer como que las creía, porque carecía de pruebas para refutar lo que el librero le contaba. Podría haberle yo revelado la realidad, siendo esta que Francisco de Robles tenía dos libros de asientos para la librería, aquel en que anotaba los ejemplares que en verdad vendía y otro en el que las cifras menguaban hasta la mitad o la cuarta parte, que era el que les mostraba a los autores para poder así pagarles menos de lo que en justicia les adeudaba. Mucho pesó sobre mi conciencia el estar ocultándole esto a don Miguel, pues al hacerlo estaba siendo desleal con mi suegro y amigo, pero otra cosa habría enfurecido a Robles privándome de mi única fuente de sustento, lo que yo en modo alguno me podía permitir.

Otra de las pugnas que don Miguel mantuvo con el librero fue la de que este publicara sus *Novelas ejemplares*, que había dado por acabadas al alcanzar el número de doce y un prólogo. Grande fue la insistencia de Cervantes sobre ello, aunque solo para cosechar negativa tras negativa, puesto que el único afán de Robles era que acometiera de una vez la composición de la segunda parte de *Don Quijote*, y para ello no contemplaba mejor arma que mantener a don Miguel pobre y frustrado por verse incapaz de dar libros nuevos a la imprenta.

Tal y como había anunciado que haría, probó Cervantes suerte de nuevo con el teatro, y durante un tiempo se embarcó en la escritura de una serie de comedias y de piezas breves de las denominadas entremeses, y llegó a completar ocho de cada clase, siendo para mí la más lograda de las primeras la intitulada *Los baños de Argel*, en la que sacaba provecho de su conocimiento de aquellas tierras de infieles, adquirido durante sus años de cautiverio. En cuanto a los entremeses, eran todos ellos piezas de mucha gracia y donaire, aunque la que para mí sobresalía de todas era la del *Retablo de las maravillas*, en la que hacía mofa de los hipócritas y los mentirosos, que muchos hay de ellos en estos reinos de la cristiandad.

Sin embargo, una vez concluidas las comedias, y aunque ninguna de ellas estuviera falta de gracia ni de mérito, no fue capaz Cervantes de encontrar a nadie dispuesto a llevarlas a los escenarios, ni entre las compañías y empresarios de la corte, ni entre los que actuaban en otras ciudades, ni siquiera entre las itinerantes que recorren las villas pequeñas y dan sus funciones en los patios de las posadas y de las ventas. Les bastaba a los comediantes con saber que la obra era de don Miguel para

que se negaran incluso a tocar el papel sobre el que estaba escrita, como si al hacerlo fueran a contagiarse de la lepra, pues nadie ignoraba que el todopoderoso Lope había lanzado un anatema contra el alcaláino, y que todo aquel que se atreviera a representar una obra suya quedaría proscrito para los restos, y no solo en los escenarios de Castilla y Andalucía, sino también en los de Aragón y Portugal, que hasta allá llegaba el largo y vengativo brazo del *Fénix*. Y con ello quedó confirmado el vaticinio que mi amo Robles formulara en su momento acerca de que ninguna obra de Cervantes volvería a ser puesta en escena mientras Lope pudiera impedirlo, lo que amenazaba ir para largo, pues lo cierto es que el de Vega seguía siendo el rey indiscutido de los escenarios de España.

Así las cosas, seguía escaseando el dinero en la casa de la calle de la Magdalena, y tanto era así que llegó un día en que don Miguel no pudo permitirse seguir pagando la renta que por ella le pedían, y hubimos de buscar aposento más asequible en otro lugar. No fue menester cambiar de barrio, ya que la casa a la que nos trasladamos estaba en la calle de las Huertas, a dos pasos de la de la Magdalena. Sin embargo, si el edificio de la primera era viejo y lóbrego, el de esta lo era mucho más, que no parecía sino que la casa fuese a caérsenos encima de puro anciana, y que las camas fuesen a salir navegando por el pasillo de tan grande que era la humedad dentro de ella. Y, para colmo de males, tenía el casero en la azotea un palomar en el que anidaban muchas parejas de estos pájaros y sus pichones, y es bien sabido que son las palomas aves sucias en extremo, de tal suerte que la casa entera, desde la puerta de la calle hasta el tejado, apestaba a los excrementos de los bichos, y que sus zureos (uuu-uuuu) jamás dejaban de oírse. Y hasta don Miguel, que era hombre templado en extremo, perdió una vez la paciencia y, blandiendo su espada, amenazó con subir a la azotea y ensartar a todas las condenadas aves como a capones en un espetón.

No se sorprenderá el lector si ahora cuento que, entre la frustración de no poder ver sus nuevas comedias representadas y la pobreza en que vivíamos, don Miguel se sentía cada día más afligido. Y ni su renovada fe religiosa ni todas las misas y rosarios y devociones del mundo bastaban para alimentar su esperanza. Él, que había sido soldado y había soñado con la gloria en los campos de batalla, ahora seguía soñando con la gloria en este mundo y no en el venidero. Pero la república de las letras es a menudo cruel con sus hijos de más talento, y lo fue de un modo especial con Miguel de Cervantes.

No estaba yo ese día en la casa, sino ocupado con los poco edificantes negocios de Robles, pero me contaron que se habían presentado de improviso unos caballeros franceses que habían recalado en la Corte con algún encargo diplomático, y que al saber que Miguel de Cervantes residía en Madrid habían insistido en ir a visitarlo para conocerlo y departir con él. Según explicaron, su *Don Quijote* era conocido y admirado en el reino vecino, donde algunos de sus capítulos ya podían leerse en francés, y no habría de demorarse mucho una traducción completa a esa lengua. Justo antes de marcharse, y al saber del parentesco de Isabel con Cervantes, le habían

participado a esta su extrañeza por que un poeta de la talla de su padre se viera obligado a vivir en circunstancias tan humildes en lugar de recibir generoso sustento del erario como el hombre ilustre del reino que era.

Entretanto, en la librería de Francisco de Robles se había agotado ya la segunda edición de la novela y se preparaba la tercera, y llegaban noticias de que el libro se estaba imprimiendo en Bruselas y de que la fama del caballero loco había alcanzado ya las mismísimas costas de Inglaterra. Yo mismo le conté a don Miguel todas estas nuevas, que, al contrario de lo que yo esperaba, no lograron sino agravar su melancolía, pues le hicieron constatar que ni siquiera la fama allende las fronteras del reino iba a poder redimirlo de la pobreza. Me consta que por estos días mi amo Robles multiplicó sus esfuerzos para que Cervantes comenzara sin más demora la redacción de la segunda parte de *Don Quijote*, pero el desencanto de mi suegro era tan grande que resolvió hacer oídos sordos a aquellos cantos de sirena. De haber sido Robles un hombre honrado, le hubiera ofrecido a Cervantes una cantidad suficiente para asegurar su comodidad y sustento, y entonces habría logrado, sin duda, su propósito. Pero quien nace miserable lo es para siempre, por lo que no extrañará que, en lugar de conducirse con justicia, decidiera Robles recurrir a nuevas argucias y bellaquerías. Y para ello no supo encontrar mejor cómplice que este que les habla, yerno del poeta y empleado para todo en las leoneras y lupanares de aquel librero del demonio.

Quiso el azar que aquel día me hallara yo en el garito de la calle de Santiago cuidando de los negocios de mi amo, que a la sazón consistían en persuadir a cierto macareno, asaz habilidoso con los naipes, de que ahuecase el ala, pues era de los que trabajaban para sí mismos y no para el patrón, lo que siempre resulta perjudicial para el negocio. La cuestión es que allá estaba yo asegurándole a cierto rufián al que llamaban *Chiquiznaque* que si no se iba por su propio pie, yo y mis dos ayudantes (cuyos nombres eran *Puñodiestro* y *Puñosiniestro*) lo sacaríamos a trompadas, cuando de pronto vi que un caballero de edad entraba renqueando y valiéndose de un bastón, y que el hombre en cuestión no era otro que el mismísimo Cervantes, como una segunda mirada me reveló al instante. Por fortuna la hora era la primera de la tarde y el sol brillaba todavía alto en la calle, lo que unido al lóbrego interior de la casa de juego (las ventanas nunca se abrían para que desde afuera no se viera quiénes se jugaban los dineros adentro), hizo posible que don Miguel no me viera, ya que primero su vista hubo de acomodarse a la oscuridad, y cuando esto sucedió yo ya había puesto pies en polvorosa por la puerta de atrás.

Quedé luego muy intranquilo, ya que la presencia de don Miguel en aquel antro no podía significar sino que se disponía a entregarse otra vez al juego, que era vicio muy arraigado en él desde su soldadesca juventud, y que ya le había costado no pocas penurias y quebrantos. También pensé que muy desesperado debía de encontrarse para tratar de reunir dinero por aquel procedimiento, cuando él mejor que ninguno sabía que con el juego es siempre más lo que se pierde que lo que se gana, y no me

refiero únicamente a escudos y reales, sino a la mismísima honra. ¿Acaso no se daba cuenta de que en un santiamén podía dilapidar el pequeño capital de buena fama que tan penosamente había reunido a costa de misas y rosarios y novenas? Aunque ¿quién era yo para darle a don Miguel lecciones de moral cristiana, habiéndome convertido en rufián a sueldo de uno de los peores truhanes y alcahuetes de Madrid? Así razonaba camino de la imprenta de Robles, adonde acudía al final de la jornada para rendir cuentas a mi amo, cuando al entrar vi que se me había adelantado *la Cariharta*, que así apodaban a la muchacha que servía el vino y las viandas en la casa de la calle de Santiago, aunque a veces complacía también a los tahúres de otros modos que líbreme Dios de detallar aquí. Y al punto que la vi departiendo con Robles en la trastienda, pensé que debía de haberla enviado como mensajera el encargado del garito, y no me costó trabajo imaginar la naturaleza del mensaje que la muchacha portaba.

Se fue ella y me vio Robles, y me dijo que entrara al punto a su despacho porque deseaba darme noticia de un asunto que se le había ocurrido y para el cual precisaba de mi ayuda. Tal y como yo había pensado, el asunto era la visita de Cervantes a la casa de juego:

—Me cuenta Juliana *la Cariharta* que llegó justo antes de que tú te fueras, que pidió vino y que luego anduvo por allí curioseando y mirando a los que jugaban, aunque sin decidirse a entrar en ninguna partida. ¿Te das cuenta de que el pez se halla presto a picar el anzuelo?

Lo que Robles tramaba apareció en ese momento ante mí con la claridad del sol de mediodía. Aun así preferí hacerme el bobo:

—No, señor. No sé a qué os referís ni en qué modo puedo ayudaros.

—¿Te acuerdas de *Maniferro*?

Me acordaba. *Maniferro* era el apodo del tahúr que unos años atrás Robles había usado como cebo para que Cervantes adquiriera una gran deuda de juego. De ese modo mi amo se las había ingeniado para obligar a don Miguel a terminar la primera parte de la novela del ingenioso hidalgo, que amenazaba con quedar inconclusa por los siglos de los siglos. Al saber que Cervantes había sido visto de nuevo en una casa de juego, sin duda Robles había pensado valerse del mismo ardid que tan buenos resultados le diera antaño.

—Pero hace años que al granuja de *Maniferro* no se le ve por Madrid. En algún sitio oí que le había hecho trampas a quien no debía y que por ello había cambiado el oficio de fullero por el de galeote al servicio de Su Majestad.

—¡Bah! ¡Madrid está lleno de *Maniferros*! ¿Cómo se llama ese pícaro al que te ordené que echaras de mi casa de la calle de Santiago?

—¿*Chiquiznaque*, señor?

—¡Eso es! Me dicen que es muy diestro en trampas y floreos. Búscalos y hazlo venir. Cuando me haya entendido con él, tu trabajo será convencer a tu suegro para que regrese a mi casa, donde *Chiquiznaque* lo estará esperando. Mi hombre lo

despojará hasta del jubón y las calzas, y sé que Cervantes no es de los que saben cuándo han de parar. Pedirá fondos prestados a mi garitero, y luego más, y muy pronto lo tendré agarrado por una deuda de la que solo podrá zafarse cumpliendo mi santa voluntad. ¡Y ahora márchate presto a hacer lo que te pido, maldita sea!

Cuando salí de la librería debía de verse mi rostro blanco como el de un aparecido, porque lo que Robles me pedía era lo mismo que blandir un cuchillo y clavárselo a don Miguel en el corazón. Gran verdad era que para el sostén de mi familia dependía yo de las monedas que él me pagaba, pero la salvación del alma no se compra con monedas, pues Dios no quiere dineros ni necesita de ellos, sino con los actos de cada cual. Y el acto de traición que Robles me exigía se me figuraba un pecado de esos que te abren de par en par las puertas del infierno y te mandan de cabeza a la condenación eterna. Y aunque así no fuera, no estaba dispuesto yo a devolverle a don Miguel sus muchas bondades y favores con tamaña infamia, máxime siendo él padre de mi esposa y abuelo de mi hija, y mi amigo y consejero, que más que un suegro era para mí otro padre que la vida me hubiera deparado.

En fin, que tan pronto como volví a la casa pedí hablar con él en secreto y se lo confesé todo. Le conté la treta que estaba urdiendo Robles para convertirlo en poco menos que en siervo suyo, le hablé de mis dos años en los garitos y los burdeles y, ya puestos, le revelé el modo en que mi amo lo había timado con las ventas del *Ingenioso hidalgo*, escatimándole gran parte del dinero que en justicia le correspondía. Lo hice con la barbilla hincada en el pecho y los ojos manándome abundantes lágrimas, que hubo momentos en que la pena y la vergüenza me ahogaban y apenas me dejaban articular palabra. Lo hice a sabiendas de que, una vez ultimada mi confesión, don Miguel me expulsaría de su casa por mentiroso y rufián, si es que antes no me ensartaba con su espada como había hecho con varios hombres en el transcurso de su vida. Lo hice temiendo que su hija, mi Isabel, no quisiera ni mirarme a la cara después de aquello. Pero la cuestión es que lo hice, y que mientras confesaba iba notando que mi alma comenzaba a aligerarse un tanto, como si cada palabra que brotaba de mis labios reuniera en sí misma el acto de la confesión y el de la expiación.

Por fin callé y me dispuse a oír la voz airada de don Miguel demandándome que abandonara su casa para siempre. Pero lo único que oí fueron mis propios sollozos. Y de pronto noté que una mano se posaba sobre mi hombro y que otra me obligaba a alzar la cabeza. Y vi que don Miguel me sonreía.

—Ya sabía todo eso que me cuentas, Gonzalo. Sabía que te has visto obligado a hacer trabajos indignos para poder traer dinero a esta casa, que sin él no sé cómo nos las habríamos arreglado. Sabía de tus zozobras y del cuidado que has puesto en librarnos del deshonor que tú has tenido que sufrir. Y aún te diré más. Cuando me viste en la casa de juego no era otra mi intención que hablarte y decirte que no hay tareas indignas sino hombres sin conciencia, y que lo único que tú has demostrado al soportar esa carga es la nobleza y generosidad de tu alma. En cuanto al granuja de

Robles, bien sabía yo que llevaba tiempo robándome. Y ahora, con lo que me acabas de contar, creo que he encontrado la manera de poner fin de una vez a tus trabajos y a los míos. Escúchame atentamente...

No me costó trabajo obedecer las instrucciones de don Miguel, que lo hice cabalmente y de muy buen grado. Me bastó con pasar al día siguiente por la librería de Robles y asegurarle que su treta estaba ya en marcha, que *Chiquiznaque* estaba ya avisado y mi suegro listo para acudir al garito y ser desplumado por el tahúr. Con todo ello Robles se mostró muy ufano y me dio varias palmadas en la espalda al tiempo que me llamaba «mi fiel Gonzalo» y «el más excelente de mis empleados». Le pedí licencia entonces para hojear algunos de los libros nuevos, pues le aseguré sentir nostalgia de mis días de librero, y él me concedió al punto su permiso. Entonces esperé el momento de verlo entretenido con los clientes y me colé en su despacho, donde antes había estado muchas veces. Sabía por ello que Robles (a quien ya no llamaré mi amo) guardaba sus libros de asientos en un arcón que cerraba con llave, y que la mencionada llave la escondía bajo una baldosa suelta del suelo. Y así fue que en menos tiempo del que se tarda en contarlo me hice con el libro que buscaba y gané la calle con él escondido bajo la camisa, y que muy poco después estaba de vuelta en casa de Cervantes.

—¡Me debe más de cuatro mil reales, el muy hideputa! —exclamó don Miguel tras estudiar los asientos y proferir un juramento de soldado que no repetiré aquí.

—¿Y qué haréis, señor? ¿Lo denunciaréis a la justicia?

Cervantes se acarició lentamente la barba mientras pensaba su respuesta.

—Los pleitos salen caros en estos reinos, Gonzalo. Pero si he de llevarlo ante el juez, así será. Aunque antes iré a conversar con él y trataré de hacerle entrar en razones.

De este modo, y gracias a mi modesta colaboración, fue como don Miguel logró recuperar una parte del dinero que Robles le había estafado, pues eligió el librero aflojar su bolsa antes que afrontar el escándalo de verse señalado como el ladrón que era. Por mi parte, ni que decir tiene que me quedé sin trabajo y que ni siquiera volví para reclamar los catorce días de paga que Robles me adeudaba. Bien sabía yo que me acababa de ganar un enemigo para siempre, y uno de los peores, y no las tenía todas conmigo de que la sombra protectora de don Miguel fuera a libramme de las iras del librero ni de su más que probable ansia de venganza.

Sin trabajo y viviendo en casa de mi suegro, de este modo comenzó para vuestro cronista Gonzalo de Córdoba el año de 1609. Fueron días en los que no dejé de fatigar las calles de la Villa en busca de un empleo, sin importarme cuál fuera este con tal de que me proporcionara algunos maravedíes con los que sostener a mi mujer y a mi hija. Pero ni los tiempos eran propicios para que mi búsqueda fructificara, ni

mi edad, que era ya de veinticinco años, la mejor para adiestrarse en nuevas industrias. Quizás si mi padre me hubiera enseñado de niño su oficio de herrero otro gallo me hubiera cantado, pues nunca faltan bestias que herrar y arados y rejas que componer. Pero el único oficio del que yo poseía conocimientos era el de librero, y es objeto el libro que no se come ni se bebe ni sirve para cosa alguna salvo para quedarse mirándolo, y por ello es como si no existiera sino para una casta de privilegiados que son aquellos que saben leerlos y obtener provecho y placer de ellos.

—No te apures, Gonzalo —me decía don Miguel—. Encontraremos a algún noble que de buen grado te tomará como mayordomo o secretario, pues no naciste tú para ganarte la vida con tus manos, sino con tu inteligencia.

Con eso me contentaba un tanto, pero enseguida daba en pensar que, no habiendo sido don Miguel capaz de encontrar a un noble del reino que lo protegiera a él, malamente iba a poder proporcionarme uno a mí, y menos cuando Robles andaría contándole a cuanto gentilhombre que pasara por su librería lo muy granuja y peor sirviente que yo era, y el modo en que le había pagado sus muchos años de favores con el peor de los actos de traición. Así las cosas, veía yo que sobre mi futuro se cernían muy negras nubes de tormenta, aunque trataba de hallar solaz en la compañía de mi esposa y de mi hija, a las que tan poco tiempo había podido dedicar por culpa de los incesantes encargos de Robles.

La pequeña Isabel, que había cumplido ya los tres años, era una niña pequeña y enfermiza, con la piel tan blanca que a veces, según la manera en que le diera la luz, parecía hecha de cera, como si en lugar de una niña de verdad fuese un exvoto de los que les encargan a los cereros para pedir la intercesión de algún santo o alguna virgen. Apenas hablaba unas palabras, y estas eran siempre para quejarse de frío o de algún dolor. De lo que jamás se quejó fue de hambre, ya que apenas comía, y tenía su madre que pelearse con ella a brazo partido para hacerle tragar algunas cucharadas de caldo o un pedazo de pan mojado en vino, que para lo único que parecía encontrar fuerzas aquella minúscula criatura era para impedir que la alimentaran. Pronto comprendí algo que todos en la casa sabían desde el momento de su nacimiento, y era que Isabel no habría de permanecer mucho tiempo con nosotros, pues saltaba a la vista que la vida era una carga pesada para aquella niña, y que tenía un pie apoyado en este mundo y el otro en el más allá, pero con una clara querencia por el más allá. Y sé que todo esto, dicho por un padre, puede sonar a barbaridad y cosa terrible, aunque no por ello dejaré de consignarlo como verdad que es, tal y como ha sido mi propósito desde el mismo momento en que decidí dictar esta crónica.

Y ya que hablo del otro mundo, diré que aquel mismo año uno de los miembros de la familia Cervantes nos dejó para hacer del más allá su morada eterna, y me refiero a doña Andrea, la tercera de los siete hijos habidos del matrimonio entre Rodrigo Cervantes y doña Leonor de Cortinas, y tres años mayor que don Miguel. Murió de repente, no sé si en olor de santidad pero sí al menos rodeada de un cierto perfume de virtud cristiana, pues los últimos años de su vida los había consagrado al

bordado y a la oración, lo que sin duda le había servido de penitencia por otros negocios más mundanos que antes tuviera. Su última voluntad fue que se la enterrara con el hábito de San Francisco, como era su derecho por haber pertenecido a la orden terciaria o tercera, que de los dos modos se denomina. La lloramos mucho, sobre todo Constanza, pues al fin y al cabo doña Andrea era su madre. En cuanto a quién era el padre, confieso que no lo sé a ciencia cierta, aunque Isabel mencionó a cierto hidalgo cordobés con quien doña Andrea jamás contrajo matrimonio. Y ahora veo que mi hijo Miguel tuerce el gesto y me pide que me ciña a mi historia y que evite los comadreo sobre cuestiones familiares, lo que me apresuro a hacer en buena hora.

Hablaré, en cambio, de don Miguel, a quien tengo algo desatendido pese a su rango de personaje central de mi crónica. Al margen del fallecimiento de su hermana mayor, yo diría que no fue aquel año de 1609 muy malo para Cervantes, siendo él hombre más habituado al infortunio que a la ventura. Para empezar, los casi doscientos escudos obtenidos de Robles por las tres impresiones de *Don Quijote* fueron como maná caído del cielo en aquella casa donde casi todo escaseaba, hasta tal punto que Cervantes empezó a pensar muy seriamente en decir adiós a las palomas y a las humedades y buscar vivienda mejor que aquella.

A pesar de sus reiteradas negativas en el pasado, accedió por estas fechas Robles a publicar y vender en su casa el libro que contendría las doce *Novelas ejemplares* y su prólogo, si no de manera inmediata, sí al menos cuando el momento resultara propicio, aunque bien se guardó el taimado librero de aclarar cuándo, a su juicio, soplarían dichos vientos favorables. Sin embargo, he de señalar que dichas imprecisiones y tardanzas a la hora de dar los manuscritos a la estampa son muy propias de libreros, y no solo de Robles, sino de todos los que he conocido, que parece que encontrarán alguna clase de misterioso deleite en hacer sufrir a los literatos y en valerse de sus ilusiones de fama para manejarlos a su antojo. Sin embargo, Cervantes no dudaba de que esta vez el librero mantendría su compromiso y publicaría el libro antes o después, aunque solo fuera por hacerse perdonar sus trapacerías y que estas no salieran a la luz.

Sea como fuere, la cuestión es que las cosas no se presentaban del todo desfavorables para don Miguel, y que la satisfacción de saber que sus nuevas obras iban a llegar a manos de los lectores hizo que su ánimo mejorara. En cuanto a su enfermedad, parecía haberse conformado esta con los estragos ya causados y no mostraba intenciones de cebarse más con el pobre Cervantes, al menos por el momento. Recuerdo que por aquellos días participó en unas justas poéticas que se celebraron con ocasión del día del Corpus Christi. A modo de las guirnaldas de flores, se deseaba trenzar una guirnalda de poemas en honor del Santísimo, y sucedió que el de don Miguel se alzó con el primer premio y fue muy aplaudido. Sin embargo, por esas paradojas que casi siempre acompañan a los asuntos humanos, aquel mismo poema que a don Miguel le trajo suerte fue el que precipitó mi desgracia, como me dispongo a contar tan pronto como yo pueda refrescarme con unos sorbos de vino y

mi hijo Miguel vuelva a rellenar su tintero, pues se ve este casi tan seco como lo está mi garganta.

CAPÍTULO VII

EN LA ACADEMIA DEL CONDE DE SALDAÑA

Habr  oído decir el paciente lector que las gentes de Andalucía somos de sangre caliente, y esto es algo que tengo por gran verdad si he de juzgar por mis propios actos, que muchas veces no fueron todo lo juiciosos que debieran, y ello pese a haber vivido lejos de mis tierras del sur desde los doce años. Mucho se empeño mi buen padre en inculcarme las virtudes de la prudencia y la moderación. Y son incontables los filósofos y poetas antiguos que aconsejan la mesura y advierten contra las conductas atolondradas, que sobre tales asuntos escribieron desde Aristóteles a Marco Aurelio, pasando por cuantos griegos y romanos célebres han sido (y doy por seguro que hasta los sabios mahometanos lo hicieron). *Fato prudentia maior*, sentencia cierta máxima cuyo autor he olvidado y cuya enseñanza viene a ser la de que el hombre que con prudencia obre nunca se verá obligado a culpar al destino. Son estas grandes verdades, pero las cosas de los libros son con frecuencia harto diferentes de las de la vida, y cuando la sangre hierve y el buen sentido se nubla, no hay quien recuerde lo que dijeron los S necas ni los Horacios ni los Cicerones, y así puede ocurrir lo que a mí me pas  aquella tarde de septiembre en la que acompañe a don Miguel a aquella reunión de literatos, con las graves consecuencias que enseguida se verán.

Era novedad por aquellos días algo que pronto se convertiría en costumbre, y me refiero al hecho de que los nobles abrieran los salones de sus palacios para que los poetas pudieran reunirse y recitarse sus obras unos a otros y a cuanto gentilhombre tuviera la curiosidad de acercarse a oírlas. Dichas reuniones dieron en llamarse «academias», a semejanza de aquella escuela que Platón abriera en los jardines del héroe Academo, cercanos a Atenas, que es bien sabido que el emular a griegos y romanos es cosa de buen gusto, aunque las t nicas hayan caído en desuso y casi nadie sepa cómo ta er una lira. Fue una de las primeras academias la del conde de Saldaña, a cuyo palacio acudían los poetas de Madrid para dejarse ver y para recabar el patrocinio de algún noble rico y poderoso, que siempre fue esta ambición principal de cuantos frecuentan a las hijas de Mnem sine, entre ellos Cervantes. Y en verdad andaba don Miguel por aquellos días ansioso por procurarse un mecenas de rango e influencia que le ayudara a surcar con paso más firme los cenagosos parajes de la literatura patria, y más siendo él hombre de edad que se veía necesitado del bastón para caminar. Ya lo había intentado antes con el duque de Béjar, al que con grandes alabanzas le dedicara la primera parte del *Ingenioso hidalgo*. Sin embargo, este don Alonso de Zúniga le había salido rana a mi suegro, quien jams recibí de él la menor ayuda, ni en forma de protección ni en forma de monedas, que ambas hubieran sido

muy bien recibidas.

La cuestión es que por entonces se hablaba mucho del conde de Lemos, don Pedro Fernández de Castro y Andrade, que pese a su juventud ya había presidido el Consejo de Indias, y a quien todos le auguraban las más altas dignidades del reino por contar con el favor de Su Majestad. Se decía de él que era varón cultivado en extremo, que en su biblioteca se contaban por docenas los volúmenes griegos y latinos, pero también los italianos, franceses y castellanos, y que se había revelado como generoso protector de artistas y poetas. Hasta don Miguel habían llegado rumores de que este don Pedro había elogiado en varias ocasiones la novela del ingenioso hidalgo, y mostrado vivos deseos de conocer en persona a su autor. Como quiera que don Pedro frecuentara la academia del conde de Saldaña y que don Miguel hubiera sido invitado por el anfitrión a participar en una de sus reuniones, parecía aquella una ocasión de las que no es prudente pasar por alto, y de hecho don Miguel decidió no hacerlo.

—Vendrás conmigo, Gonzalo —me pidió—, pues no es aconsejable que un anciano como yo se aventure a solas por las calles de Madrid. A fin de cuentas, eres lo más parecido que tengo a un hijo.

Me sentí muy honrado, y puesto que mis obligaciones (que eran mínimas) me dejaban largas horas de asueto, acepté de buen grado.

Declinaba el sol en las calles cuando un criado nos franqueó a Cervantes y a mí la entrada al palacio, que estaba a dos pasos de nuestra casa de la calle de las Huertas, pues es Madrid ciudad en que las casas más ricas y las más humildes comparten vecindario. Puesto que era la primera vez que Cervantes acudía a la academia en cuestión, otro criado se apresuró a anunciar su nombre a voces tan pronto como traspusimos el umbral del salón, que era muy amplio y estaba bien iluminado con hachones y candelabros. Al haber estado yo en el negocio de los libros, me resultaban familiares algunos de los hombres que por aquella estancia vi repartidos, como los de los hermanos Argensola (Bartolomé y Lupercio), que habían adquirido fama como poetas y dramaturgos al modo italiano, aunque su aspecto era más bien el de dos jesuitas con malas pulgas. También reconocí a don Félix Arias, conde de Puñonrostro, quien pese a los ecos bélicos de su título no era más que un pisaverde afeminado con ínfulas de poeta lírico, además de admirador rendido de Lope de Vega. Y al gallardo y riquísimo conde de Villamediana, quien años después moriría de mala muerte, tan diestro en estrofas como en lances de naipes, y famoso por haber desplumado o cornificado o ambas cosas a varios grandes del reino. Todos esos rostros (y otros muchos a los que yo no conocía) se volvieron hacia nosotros conforme nos adentrábamos en el salón, y muchos fueron los que se acercaron a saludar y felicitar a Cervantes, pero quien se adelantó a todos ellos fue nuestro

anfitrión, el conde de Saldaña. Se trataba de un hombre muy grueso y muy emperifollado, a decir verdad más grueso aún que emperifollado, pues no parecía sino que su casaca bordada estuviera a punto de reventar por culpa de las muchas mantecas que la prenda contenía. De hecho, aquel hombre parecía hecho de manteca por entero, a juzgar por el modo en que sus mofletes oscilaban en su cara y las nalgas le tremolaban bajo el calzón. Se dispuso mi señor Cervantes a hacerle una reverencia cuando el conde lo rodeó con sus brazos y lo apretó contra él. Por un momento pensé que don Miguel iba a ser engullido por aquel cuerpo monstruoso y temí seriamente por la integridad de su frágil osamenta.

—¡Mi querido Cervantes! ¡Qué gran honor para mi casa que nos visite el padre del mismísimo don Quijote! Pero permitidme, pues hay aquí alguien que está deseando conoceros.

Reparé a medias en la presencia de otro gentilhomme que el corpachón de Saldaña había ocultado hasta el momento. Era joven y, sin duda, de alta cuna, a juzgar por su porte distinguido y por el lujo con que vestía.

—Soy don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos —dijo el joven, y se apresuró a impedir que Cervantes doblara ante él su castigado espinazo—. ¡Ni se os ocurra! —protestó—. Habría de ser yo, en todo caso, quien se inclinara ante el hombre que más felicidad ha traído a estos castigados reinos. Decidme, ¿es verdad lo que se rumorea y tendremos pronto una nueva novela del caballero don Quijote de la Mancha?

Siguió don Miguel conversando con ambos condes y con muchos otros de los presentes, y diré que no recordaba haberlo visto nunca tan dichoso como entonces lo vi, y no sin motivos, pues estaban siendo sus méritos y su ingenio alabados por lo más granado de los poetas y aristócratas de España. Es decir, lo vi dichoso hasta el momento en que hizo acto de presencia alguien que de inmediato atrajo todas las miradas y comentarios como si de un monarca se tratara. Y en buena medida así ocurría, pues el que acababa de entrar era nada menos que Félix Lope de Vega y Carpio, quien, según acostumbraba, venía acompañado de su cortejo de aduladores.

Más de una vez me había cruzado yo con el *Fénix* por las calles de Madrid en los últimos años, aunque, siendo él hombre acostumbrado a caminar dos varas por encima del común de los mortales, dudo que hubiera reparado en mí. Esta vez, sin embargo, sí que nos vio a don Miguel y a mí nada más entrar al salón del palacio de Saldaña. Lo supe porque la mirada que nos dirigió fue asaz elocuente, una de esas miradas de «os mataría ahora mismo si no hubiera nadie mirando». De repente volví a verme en la biblioteca del duque de Sessa cinco años antes, volví a ver a Lope encañonándonos con un arma, vi el manuscrito del *Ingenioso hidalgo* ardiendo en la chimenea y, por último, al *Fénix* derrumbado como un guiñapo por efecto del puñetazo que Cervantes acababa de propinarle. Y tengo por cierto que, durante aquellos instantes en que nuestras miradas se cruzaron, también Lope recordó esos asuntos y otros tantos que lo habían enfrentado a Cervantes desde antiguo, como su

batalla por los amores de cierta dama y, sobre todo, la rabia infinita que le producía el saber que, pese a toda su fama y su buena fortuna, el auténtico favorito de las musas era Miguel de Cervantes, y no él. Todos esos fueron los pensamientos que vi desfilar por los ojos de Lope (los vi desfilar porque ya los conocía, pues nadie sino el Altísimo posee el don de leer en las mentes de los hombres), pero no tardó el *Fénix* ni un instante en recomponer su gesto y trocar la ira en desdén.

—¡Ah, acaba de llegar Lope! —anunció entonces el conde de Saldaña, que había permanecido ajeno a aquel silencioso duelo de miradas—. ¡Ahora recitaréis para nosotros, Cervantes!

Bien sabía yo que nada bueno podía venir de juntar a Miguel de Cervantes y a Lope de Vega en el mismo salón. Lo juicioso habría sido apremiar a don Miguel para abandonar aquel palacio sin más dilación. Pero los hechos se sucedían como si ya hubieran sido escritos y nos estuviéramos limitando a representarlos. Así pues, Cervantes accedió a recitar, pues para ello había sido invitado, y yo lo acompañé hasta el atril de lectura que habían colocado junto a un candelabro. Y allí quedó, rebuscando bajo su jubón los papeles que había llevado con él, y tan azarado como nunca antes lo viera, siendo él hombre habituado a aquellas lides y a otras mucho peores. Mientras tanto, los asistentes habían empezado a buscar acomodo ante él en las sillas dispuestas a tal efecto. Tal vez no necesite aclarar quién ocupó la primera fila. Y por si acaso fuese necesario hacerlo, diré que fueron Lope y sus acompañantes quienes en ella se acomodaron.

Narraré con cierta brevedad los hechos que entonces acontecieron, pues todavía hoy siento enojo y pena al rememorarlos. Bastará con decir que, tras algunas toses y titubeos, Cervantes acometió la lectura de su poema, que no era otro que aquella oda en honor del Santísimo Sacramento con la que había ganado las justas del Corpus Christi. No era aquel, a decir verdad, mi preferido de los poemas de don Miguel (quien de todos modos nunca se tuvo a sí mismo como el más dotado de los poetas). La composición era forzada y puede que un tanto altisonante. Con todo, la fe que la impregnaba era sincera, y no creo que nadie hubiera salido mejor librado al abordar asunto tan arduo como aquel del misterio eucarístico, que por el mismo hecho de ser un misterio, y además eucarístico, queda por así decirlo un tanto lejos de los asuntos de los hombres. La cuestión es que leía don Miguel aquellos versos, que no eran los mejores de los suyos, con su voz de anciano, que era débil y entrecortada, y que el hecho de tener justo delante a Lope no hacía crecer su seguridad, sino todo lo contrario. No en vano, desde el comienzo de la lectura *el Fénix* se había dedicado a mirarlo con expresión de burla, actitud que habían imitado sus adláteres, que no parecía sino que hubieran acudido con el único propósito de mortificar a Cervantes. Y en cierto momento Lope hasta tuvo la desfachatez de abrir la boca y soltar un gran bostezo que en nada se esforzó por disimular, sino todo lo contrario, como si al obrar de aquel modo invitara a todos los presentes a seguir su ejemplo y ofender a don Miguel. Otro anfitrión con más arrestos lo habría expulsado al punto de su casa, pero

Lope era mucho Lope, y Saldaña no se habría atrevido jamás a contrariarlo ni a levantarle la voz siquiera. De modo que don Miguel siguió recitando aquel poema del demonio (que Dios me perdone) con gesto cada vez más abatido y voz más débil, como si estuviese apagándose poco a poco. Y conforme la voz de Cervantes menguaba, la de Lope crecía, pues sus risitas y sus comentarios burlones se oían por todo el salón, provocando murmullos y, lo que era peor, logrando que muchos de los presentes rieran también. Llegó un punto en que don Miguel se detuvo y pensé que aquello iba a acabar por fin, pero entonces lo vi inspirar aire para acometer el recitado del final de la oda. Y ese momento de silencio fue el que Lope aprovechó para proclamar lo siguiente: «Amigos, el poema de este lisiado es malo hasta rozar lo sacrílego. Una vieja beata y desdentada habría merecido el premio más que él».

El salón entero estalló en carcajadas y en ese momento vi con claridad que Cervantes ya no terminaría nunca su lectura. Apenas unos años antes, cuando mi suegro todavía conservaba su vigor, Lope no se habría atrevido a actuar con semejante desvergüenza, pues a buen seguro habría salido del lance corrido y trasquilado, y puede que hasta con el sayo agujereado por un par de sitios. Pero ahora Cervantes era un anciano enfermo y sin fuerzas, por lo que el gallito de Lope había reunido el coraje para insultarlo con impunidad. Ya poco podía hacerse para remediarlo, de modo que me acerqué hasta donde don Miguel estaba, lo tomé del brazo y lo conduje suavemente hasta la puerta, donde reclamé su capa y su sombrero. Acto seguido emprendimos un lento y silencioso regreso por las calles que el crepúsculo ya teñía de rojo. Don Miguel caminaba encorvado y no era posible ver la expresión de su rostro, pero podía figurarme lo que aquella vil afrenta habría significado para aquel viejo y orgulloso soldado. Hubo un momento en que imaginé que, si miraba hacia atrás, comprobaría que íbamos dejando un rastro de cascotes, los pedazos de su orgullo hecho trizas. No quise hablarle por no empeorar su turbación, pero conforme nos acercábamos a la calle de las Huertas mi enojo iba en aumento, y al alcanzar la casa y dejarlo al cuidado de Isabel, ya había tomado la resolución que de forma tan rotunda habría de mudar el curso de mi existencia en los años venideros.

La rabia que sentía me devolvió ante la puerta del palacio del conde de Saldaña en un abrir y cerrar de ojos. Temí, no obstante, que mi presa hubiera escapado, pero el lacayo que custodiaba la entrada me confirmó que no era así. Le dije entonces que debía regresar al salón para recoger unos papeles que mi señor Miguel de Cervantes había dejado olvidados, y él me franqueó la entrada con una sonrisa de burla con la que me mostró que estaba al corriente de lo ocurrido. Aquello multiplicó mi enojo, aunque me guardé de manifestarlo porque no era con aquel miserable con quien tenía una cuenta pendiente. Así pues ascendí la escalinata y llegué hasta el salón donde un rato antes mi suegro había sido humillado. Muchos se habían marchado ya, pero todavía quedaban algunos grupos que bebían vino y conversaban entre risas y chanzas cuyo motivo no me fue difícil imaginar. Busqué el más numeroso de todos ellos, que era también el más animado, y no me costó trabajo distinguir en el centro al

hombre que andaba buscando, alrededor del cual todos los demás revoloteaban como polillas en torno a una vela. No quise esperar más tiempo y me acerqué hacia él por la espalda para poder cogerlo desprevenido. Y cuando estuvo al alcance de mi brazo grité: «¡Eh, Lope! ¡Esto es para ti!». Se volvió hacia mí con expresión entre enojada y sorprendida, pero no le di tiempo para tomar acción alguna, pues en ese instante le estampé en pleno rostro la boñiga de asno que poco antes había recogido y ocultado en mi pañuelo.

Entonces debieron de abrirse de par en par las puertas del infierno, a juzgar por la tormenta de voces y juramentos que se desató a mis espaldas. Pero me pareció que también se oían risas, y que estas arreciaban a cada segundo. No obstante, no podría jurarlo, puesto que no me quedé allí para comprobar cuál era el resultado de hacerle comer mierda de asno al *Fénix* de los ingenios patrios. Me alejé como alma que lleva el diablo por las calles silenciosas de un Madrid del que se había adueñado la noche.

Fato prudentia maior. Eso dicen. «Más poderosa es la prudencia que el destino». Pero aquella noche yo había desdeñado la prudencia al actuar del modo en que lo hice. Mi destino, por tanto, estaba sellado.

No bien hube perpetrado mi hazaña, comprendí que lo que acababa de hacer había sido una gran necedad, que el precio de haber ultrajado a Lope de Vega en público sería altísimo, y que me obligarían a pagarlo de forma inmediata, sin aplazamiento posible. Traté de no perder tiempo en maldecir mi suerte, pues de todas formas lo hecho, hecho estaba, y eso no podía remediarlo ya ni la Divina Providencia. Ahora lo único prudente era abandonar Madrid cuanto antes y permanecer alejado de la Villa tanto tiempo como fuera necesario para que el asunto se apagara. Pero no podía marcharme así como así, sin dar noticia de mi partida ni reunir algunas cosas imprescindibles. Sin embargo, ahora que comenzaba a pensar de nuevo con algo de sensatez, me pareció que regresar a casa de don Miguel, donde yo vivía con mi esposa y con mi hija, quedaba descartado, pues sería el primer sitio donde acudirían a buscarme, si es que no lo habían hecho ya. En lugar de ello me encaminé hacia la calle de los Embajadores, en Lavapiés, donde vivía mi familia.

Grande fue el disgusto de mis padres al oír mi precipitada narración de los hechos, pero se mostraron de acuerdo en que debía alejarme de Madrid cuanto antes, pues obrar de otro modo significaría jugarme el cuello. No era a la justicia ni a sus oficiales a quienes yo temía. Lope tenía protectores poderosos y jamás se había abstenido de usar malas artes para obtener sus propósitos. Sobradas pruebas de ello había tenido yo en el pasado. Tal vez no viniera contra mí con el acero desenvainado, pues nunca habían sido sus usos los de los hombres de honor, pero no me cabía duda de que muy pronto tendría a más de un esbirro tras mi pista, por lo que poner tierra de por medio era lo más urgente y sensato en aquellos momentos.

Mis hermanos eran grandes de cuerpo, y entre todos lograron reunir un hato de ropa suficiente para que yo no me marchara desnudo de Madrid. Mi madre trató de entregarme veinte reales que tenía guardados para una necesidad, pero me negué a tomarlos, pues le dije que me bastaba con mis dos brazos y mi juventud, y que ese dinero lo habrían de necesitar ellos mucho más que yo. Mi padre me dio un abrazo y también su bendición, y me dijo que, si bien yo no había obrado sabiamente, lo cierto es que no podía evitar sentirse orgulloso de mí. Entonces los previne de que aún permanecería un día más en Madrid y les di las señas de un conocido mío en cuya casa pensaba esconderme, a lo que ellos respondieron que se las harían llegar a mi esposa de un modo seguro y discreto.

El conocido en cuestión era un mozo que trabajaba en uno de los garitos de Robles con quien yo había llegado a hacer buenas migas durante el desempeño de mi anterior empleo. Sabía que el muchacho era de fiar, además de generoso, como me demostró dejando que me quedara a pasar la noche en su casa a pesar del riesgo que ello entrañaba. Me dijo que todo Madrid estaba ya al tanto de mi afrenta a Lope de Vega, y que la historia del *Fénix* untado con boñiga de asno comenzaba a contarse en tabernas y mentideros como el cuento más gracioso del mundo. Me alegré de haber sabido encontrar el modo de darle a Lope su merecido, aunque el precio empezaba a figurármeme demasiado alto. ¿O quizás estaba siendo excesivamente precavido? Pero Isabel vino a verme a la mañana siguiente y me confirmó que no era así. La noche anterior, apenas un par de horas después de los sucesos del palacio del conde de Saldaña, se había presentado a buscarme el que describió como «el negro más gigantesco que jamás había visto», acompañado de dos hombres también muy grandes, armados y embozados. Don Miguel los había echado con cajas destempladas, pero ella sabía que no iban a darse por vencidos y que continuarían buscándome por todo Madrid. Derramó abundantes lágrimas Isabel por lo sucedido y por sus consecuencias, y me dijo que su padre estaba muy enojado conmigo, ya que nunca había necesitado que nadie vengara su honor como si fuese una damisela. Pero acto seguido me aseguró que el enfado de Cervantes escondía una buena ración de gratitud, y para demostrármelo me entregó de su parte una bolsa que contenía cuarenta escudos. Quise rechazarlos, pero Isabel me dijo que su padre no le perdonaría que regresara a casa con la bolsa. «Quiere que compres un caballo y que te alejes de Madrid lo antes posible». Entonces rompió a llorar de nuevo. Yo la abracé y le rogué que apaciguara su ánimo. Le prometí que no permanecería mucho tiempo alejado de ella y de nuestra hija, y que aunque no estuviera junto a ellas no dejaría de velar por su bienestar y su sustento.

A la mañana siguiente gasté la mayor parte del dinero de don Miguel en un caballo tordo y algunos víveres, y así pertrechado dejé Madrid camino de Valladolid. Para un fugitivo tanto da un sitio como otro, y al menos los caminos que cruzan la Sierra de Guadarrama me eran familiares por las muchas veces que los había recorrido. Recuerdo que tras avanzar un par de leguas me detuve y miré hacia atrás.

Contemplé los campanarios de las iglesias de Madrid y columbré los estandartes reales ondeando sobre las torres del Alcázar. Pensé que entre los muros de aquella ciudad quedaba todo cuanto yo amaba, y la tristeza me encogió el corazón. Decidí, sin embargo, no sucumbir a la pena y di espuelas a mi caballo para emprender el viaje hacia el norte. Tardaría casi tres años en regresar a Madrid. Pero ¿cómo podía saberlo entonces?

Al día siguiente de mi partida, tras pasar la noche al raso oculto en un bosquecillo, me dije que no era prudente viajar solo, y por ello decidí unirme a una caravana de mercaderes que viajaban desde Murcia hasta Medina del Campo, en cuya feria pensaban vender unos fardos de seda que llevaban. Me dijeron que la feria de esa localidad cercana a Valladolid era famosa en todo el reino y allende nuestras fronteras por la variedad de mercaderías que se vendían en ella, pues si antaño se iba allí para comerciar con lana, paños, reses y caballerías, ahora en Medina del Campo se podía comprar y vender casi de todo, desde utensilios de uso diario como calderos y albardas, hasta objetos suntuosos como muebles taraceados, finas alfombras, espadas de las mejores y joyas labradas con los metales y piedras preciosas que los galeones traían de las Indias. Me aseguraron que eran multitud los comerciantes y tratantes que se citaban en las dos ferias de Medina, que una se celebraba en mayo y la otra en septiembre, y que algunos venían de otros reinos, y ahora más aún, desde que había paz con Inglaterra y se había firmado una tregua con Holanda. Me dije que no sería aquel mal sitio donde empezar mis andanzas lejos de Madrid, pues no era yo extraño al comercio, y quizás alguno de aquellos mercaderes pudiera ver alguna utilidad en mi humilde persona.

Ahora que lo pienso, fue por aquellos mismos días cuando su majestad el rey Felipe firmó el primero de los decretos por los que ordenaba la expulsión de las gentes moriscas de los reinos de España, según comprobamos al ver los grupos de desdichados que nos fuimos cruzando por el camino, que no los formaban solamente hombres crecidos, sino también mujeres y niños y ancianos, todos cargados con los pocos enseres que podían transportar y obligados a marchar hasta la extenuación. Los soldados que los custodiaban nos dijeron que iban camino del puerto de Denia, cerca de Valencia, y que desde allí embarcarían en galeras hasta sus tierras africanas de origen, de donde nunca deberían haber salido. Alabaron los murcianos la medida por muy juiciosa y se quejaron de que en su tierra el número de marranos era aún mayor que en Castilla, y que todos ellos eran odiados por lo grandísimos ladrones y traicioneros que eran. Dijeron que, además de robar, escatimaban cuanto podían y jamás gastaban, y que así habían acumulado grandes riquezas a costa de las gentes cristianas y honradas, igual que las urracas y las comadreas. Los acusaron de traidores e infieles y dijeron que ni uno solo de ellos había abrazado la fe cristiana de

forma sincera, pues era sabido que se reunían en secreto para celebrar ritos aborrecibles en los que adoraban a su Mahoma y degollaban niños robados a familias cristianas. Yo contemplé aquellas caras compungidas y solo vi gentes como cualesquiera otras que se habían visto despojadas de todo cuanto tenían y obligadas a marchar al exilio. Supuse que muchos se enriquecerían con lo que aquellos desgraciados se veían obligados a dejar atrás y me sentí cercano en espíritu a ellos, pues también yo me había visto privado de todo y obligado a huir con rumbo incierto. Pero nada podía hacer por ayudarlos, pues bastantes eran ya mis tribulaciones como para ocuparme de las ajenas. El mundo era injusto con todos por igual, moros, judíos y cristianos. Así eran las cosas y así lo serían siempre, de modo que seguí adelante y no quise pensar más en el aquel triste asunto.

A pesar de mis muchos viajes a Valladolid, nunca antes había recalado yo en Medina del Campo, y he de decir que me sentí sorprendido al encontrar bullicio semejante en ciudad tan pequeña, que no quedaba en toda la localidad ni el menor resquicio donde armar otro puesto, tienda o tenderete. En cuanto a las multitudes que llenaban las calles, no parecía sino que dos ciudades de buen tamaño hubieran sido vaciadas de gentes para abarrotar con ellas las escuetas calles y plazas de aquella modesta villa castellana. El lugar me pareció adecuado para mi situación y mis propósitos, pues si entre semejante bullicio hasta el nuncio de Su Santidad pasaría desapercibido, aún más inadvertido pasaría un hombre cualquiera como yo. Me despedí de los mercaderes murcianos tras desearles buena suerte con sus negocios, y luego reflexioné sobre la forma más juiciosa de proceder a partir de ese momento. Pensé que con el dinero que me quedaba malamente podía permitirme pagar una cama en una posada, y eso suponiendo que en toda Medina quedara cama o jergón desocupado. Mejor haría reservando mis escasos fondos para alimentarme en tanto encontraba algún modo de ganarme el sustento. Con todo, decidí gastar unos pocos maravedíes en un plato de comida caliente y una jarra de vino, pues las fatigas del viaje habían sido muchas, y las tabernas y mesones siempre fueron lugares idóneos para entablar relaciones.

Y así ocurrió que trabé conocimiento con un burgalés cuyo nombre era Miguel Pérez y cuyo oficio era el de tratante de lana. Y no fui yo quien lo abordé, sino él quien se dirigió a mí al verme escribir el principio de lo que habría de ser una carta para mi esposa, carta que pensaba continuar conforme los hechos se fueran sucediendo, para luego enviársela cuando encontrara el momento oportuno para ello.

—¿Sabe escribir vuestra merced? —me preguntó con sorpresa, quizás a la vista de mis ropas humildes—. ¿Acaso es bachiller o ha estado en algún convento?

Le respondí que no, que tan solo era un hombre común que por ciertos azares de la vida había adquirido aquella habilidad, y también la de leer en libros y hasta algo

de números y cuentas. Al punto él me pidió más detalles, y puesto que mi condición de fugitivo no parecía aconsejar la sinceridad, me vi obligado a inventar una historia en aquel mismo instante. Acordándome de cierto personaje de novela de don Miguel, le dije que me llamaba Pedro Alonso, que mi padre había sido criado de un duque cuya filiación prefería no revelar, y que este se había encariñado de mí por no tener hijos varones y había mandado que me enseñaran las letras y los números a la vez que a una hija suya de mi edad. Y que con el tiempo la amistad entre la muchacha y yo había dado lugar a un sentimiento amoroso, y que una cosa había llevado a la otra, de tal modo que...

—De tal modo que la dejaste preñada y tuviste que salir corriendo —concluyó él anticipándose al desenlace de la novela que yo había inventado para su disfrute.

Le dije que había dado en el clavo, y que en efecto había tenido que salir de Madrid a toda prisa para evitar que el padre de la muchacha me rebanara el pescuezo, como había jurado hacer tan pronto como diera conmigo. Y que ahora estaba buscando un modo honrado de ganarme la vida, pues aunque no estaba yo habituado a trabajar con mis manos, bien podía hacer otros oficios que requirieran de mis conocimientos, ya que estos no eran frecuentes entre la gente común. Entonces dijo él que precisamente andaba buscando a alguien como yo para su negocio, que como ya dije era el comprar y vender lana, pues un secretario que tenía había contraído unas fiebres que se lo habían llevado al otro mundo en un decir amén. Le respondí que escucharía muy gustoso cuanto tuviera a bien proponerme, y él, muy ufano, me asestó una amistosa palmada en la espalda y pidió otra jarra de vino con la que amenizar la charla.

—Por cierto —me espetó con una sonrisa de oreja a oreja—, ya que vienes de Madrid. ¿Tienes noticia de que a Lope de Vega le han hecho comer mierda de burro? ¿Sabes cómo fue y quién tuvo la ocurrencia?

De lo que fue mi vida durante los tres años siguientes mucho habría que contar. Fue aquel un tiempo rico en viajes y en vivencias al servicio de Miguel Pérez, tratante de lanas de la muy noble ciudad de Burgos, y tan noble él mismo como su ciudad de origen. Nunca me permitió maese Pérez que lo llamara amo, pues siempre me tuvo como amigo, y así me trató desde el día en que trabé conocimiento con él en aquella taberna de Medina del Campo. De él aprendí todo lo que se puede saber del antiguo negocio de la lana. Cumpliendo sus encargos recorrí el reino de Castilla muchas veces y en toda su amplitud, que es casi como la de un mar, y gracias a ello atesoré tantas experiencias que con su relato me bastara para llenar un libro tan grande como el *Ingenioso hidalgo*, aunque si lo hiciera me apartaría del propósito principal de este relato, contra lo cual mi hijo el escribano me advierte lanzándome una mirada severa mientras sigue meneando su pluma, y no es razonable darle a un

hijo estudios para luego llevarle la contraria. Bastará con decir que acompañé a maese Pérez hasta Burgos, y que esa hermosa y antigua ciudad del norte de Castilla se convirtió en mi hogar durante los años siguientes, un hogar que no frecuenté demasiado, pues mis obligaciones me forzaban a viajar allá donde estaban los rebaños, y estos se hallan repartidos por todas partes y mudan de lugar según la estación, y tanto es así que hubo un momento en que pensé que Castilla era más un reino de ovejas que de hombres, y que nadie se ofenda por ello.

Mi labor principal era la de «señalar» la lana, lo que consistía en pactar su compra por anticipado (es decir, cuando la lana todavía estaba pegada a la oveja). Esto se hace en épocas distintas según el origen de los rebaños, aunque en el norte del reino de Castilla es costumbre hacerlo entre finales de junio y el día de Santiago. Más tarde, una vez esquilados los animales, me encargaba de vigilar el transporte de la lana hasta los lavaderos burgaleses. Muchas veces acompañaba a maese Pérez a las ferias, donde se ajustaban las ventas con los fabricantes de tejidos e hilaturas, si bien él tenía muchos clientes fijos a los que abastecía cada año, la mayoría de ellos de otros reinos. Por ello, a menudo tenía que velar para que las carretas cargadas de fardos de lana llegaran hasta los puertos de Bilbao y de Santander, donde eran cargados en mercantes que los llevaban a Francia y a Inglaterra, a Holanda y Alemania, reinos en los que la lana de las ovejas castellanas es muy estimada. Todo ello era posible porque ahora España estaba en paz con esas naciones, aunque también se hacía en época de guerras (que a decir verdad era casi siempre), pues nunca faltaron los intermediarios dispuestos a sacar provecho cuando los tiempos andan revueltos. Lo que siempre lamenté fue que Castilla vendiera a otros su lana para que ellos nos la devolvieran en forma de tejidos, paños e hilaturas, haciéndonos pagar mucho más de lo que ellos habían desembolsado. Pensé que era un mal negocio, como tantos otros malos negocios que acabarían convirtiéndonos en un reino pobre y atrasado, y que ni todo el oro de las Indias iba a poder evitar que eso ocurriera.

De todos estos años ha quedado en mi memoria un rastro interminable de caras y de voces: pastores, señores de rebaños, carreteros, tratantes, capitanes, marineros... Desde la atalaya de los años, hoy me doy cuenta de que aquella era una buena vida para un hombre joven como yo. Es cierto que me encontraba lejos de mi familia, pero tenía al menos la satisfacción de saberlos bien atendidos y provistos gracias al dinero que les enviaba. Aquellos ires y venires interminables acabaron por ensanchar mi alma, y más de una vez llegué a pensar que Castilla se estaba quedando pequeña para mí. Comencé a soñar con embarcarme en uno de esos buques que llevaban nuestra lana a otros reinos, en visitar sus ciudades y aprender a hablar sus lenguas, de las que ya sabía algunas palabras. En la lengua francesa, que es parecida al romance que nosotros hablamos aunque todo se dice con la nariz y la garganta, me era posible conversar con cierta soltura. De los alemanes y los flamencos aprendí los números, que en sus idiomas suenan como los ruidos que hacen los animales. Los marineros

ingleses, que eran la gente más ruda y soez de cuantos conocí, me enseñaron a jurar en su lengua, conocimiento que conservo hasta el día de hoy (*fuquinjel*, decían, y *sanovabich*). A los que jamás pude entenderles una palabra fue a los vizcaínos, ni cuando parlaban su lengua ni cuando trataban de hablar la nuestra, que hasta el día de hoy dudo si son gente oriunda de estos reinos o acaso alguna tribu de Israel extraviada durante el Éxodo que acabó estableciéndose aquí por algún extraño azar.

Y tanto me obsesioné por conocer la inmensa redondez del mundo que llegó a cruzárame por el magín la ocurrencia de ir en busca de mi familia y viajar hasta Sevilla, donde podríamos embarcar hacia las Indias, tal vez hacia el Perú, en cuyas tierras se decía que bastaba con agacharse para recoger de la tierra el oro y la plata, pues por todas partes se encontraban ambos en gran abundancia. Sin embargo, jamás llegué a hacerlo, y aunque los años no me trataron del todo mal, siento nostalgia por aquel Gonzalo que decía llamarse Pedro Alonso y tenía el sueño de que todo era posible.

Y así fueron pasando los meses y los años. De Madrid me llegaban noticias de que las cosas se habían calmado y quienes buscaban mi mal parecían haberse olvidado de mí. Don Miguel me hizo saber por carta que, tras muchos años a su servicio, Lope parecía haber roto con el duque de Sessa, harto de que este lo usara como alcahuete y mediador en sus aventuras galantes. Ahora se había vuelto un hombre muy piadoso, componía poemas sacros y hasta se rumoreaba que tenía pensado ordenarse sacerdote. Desde la distancia, a mí todo aquello me parecía una burla o una treta, pues si bien no todo el clero es trigo limpio, jamás habría imaginado yo al malnacido de Lope como hombre de Dios y de la Iglesia.

También contaba don Miguel que en mi ausencia la suerte no le había sido del todo adversa, pues había conseguido por fin que Robles diera a la imprenta sus *Novelas ejemplares*, como yo mismo pude comprobar al toparme con varios cuerpos del libro en los estantes de una librería de Burgos al precio de doscientos ochenta y seis maravedíes, casi ocho reales y medio. Me produjo una gran alegría encontrar en la portada el familiar escudo del impresor Juan de la Cuesta, con el halcón y el león tendido, el mismo que mostrara la del *Ingenioso hidalgo*, además de la divisa *Post tenebras spero lucem*.

La diferencia es que esta vez el libro estaba dedicado a don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, quien no era otro que aquel joven aristócrata que había mostrado su admiración por Cervantes en la malhadada noche del altercado con Lope.

NOVELAS
E X E M P L A R E S
D E M I G U E L D E
Cervantes Saavedra.

DIRIGIDO A DON PEDRO FERNAN-
dez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalva,
Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su
Majestad, Virrey, Governador, y Capitan General
del Reyno de Napoles, Comendador de la En-
comienda de la Zarza de la Orden
de Alcantara.



C6 privilegio de Castilla, y de los Reynos de la Corona de Arago.
EN MADRID, Por Juan de la Cuesta.
Vendese en casa de Fráncisco de Robles, librero del Rey nro Señor.

Otra de las cartas que recibí fue mucho menos grata, pues ella se me daba noticia de la muerte de Magdalena, la más joven de las hermanas de don Miguel, al que ahora solo le quedaba una hermana viva, aquella sor Luisa de Belén que llevaba muchos años enclaustrada en el convento de las Carmelitas de Alcalá de Henares.

Pero las peores noticias de cuantas me llegaban desde Madrid eran aquellas que hacían referencia a la quebradiza salud de mi hija, la pequeña Isabel, quien según su madre encadenaba una enfermedad con otra y, lejos de desarrollarse, se veía cada día más frágil y consumida. Y aunque yo le enviaba dinero abundante a mi esposa para que le procurara cuidados y buenos médicos, parecía que nada podía hacerse para retener a la niña en este mundo mucho más tiempo. Hasta que finalmente me llegó la carta que yo temía más de todas, aquella en la que Isabel me decía que, si quería ver por última vez a nuestra hija con vida, tendría que llegarme hasta Madrid sin más demora, pues los médicos le habían anunciado que el desenlace era cuestión de semanas o acaso de días.

Decidí sincerarme con maese Pérez y le conté mi historia y mi situación. Él se admiró mucho de todas aquellas noticias y me expresó su piedad cuando le hablé de la enfermedad de mi hija.

—Me importa un ardite que tu nombre sea Pedro Alonso, Gonzalo de Córdoba o Barrabás —me dijo—. Lo único que cuenta para mí son tus buenos servicios y tu lealtad de estos años. Corre ahora hacia Madrid para estar con tu hija y con tu esposa, y regresa cuando los asuntos de tu casa te lo permitan.

Le di las gracias y me marché con su bendición. Luego subí a mi caballo tordo, que aún lo tenía, y me lancé a galope tendido hacia el sur. Cubrí las casi cuarenta

leguas que separan Burgos de Madrid en apenas dos días, que aún no sé cómo logré semejante hazaña, a no ser que la congoja y la prisa por encontrar a mi hija con vida hubieran puesto alas a las patas de mi caballo. Entré en Madrid en la víspera de la Asunción, con las primeras horas de la tarde, y me encaminé hacia el barrio de Atocha, pero esta vez hacia la calle de Francos, esquina con la del León, adonde tenía noticia de que la familia se había mudado. Busqué una cuadra en las inmediaciones para dejar mi caballo y caminé despacio hacia la casa. Ahora que estaba tan cerca, comprendí que temía el momento de llamar a la puerta, por lo que pudiera aguardarme allí. Al cabo de unos minutos estaba plantado ante la fachada de la nueva casa de Cervantes, que desde fuera me pareció mucho más nueva y hermosa que la antigua, la del palomar en la azotea y las humedades oceánicas. Una parte de mí me conminaba a precipitarme hacia el zaguán, mientras que la otra parecía empujarme en dirección contraria. En esa pugna interior me encontraba cuando sentí que alguien ponía su mano sobre mi hombro. Me volví y me encontré cara a cara con los bigotes y la perilla del mismísimo Lope de Vega y Carpio, y entonces caí en que había permanecido plantado y a cara descubierta en una de las esquinas más transitadas de todo Madrid. Me maldije por mi estupidez y empecé a pensar en cómo salir de aquello de una pieza.

—Pierde cuidado, Gonzalo —me dijo al observar mi turbación—. El pasado, pasado está. ¿Has venido por lo de tu hija? —Y al verme asentir, añadió—: Sube sin más demora a consolar a tu esposa y dale mis condolencias a tu suegro. Y diles que he empezado una novena por el alma de la niña.

Entonces sí que me lancé hacia el interior y me precipité escaleras arriba. Y apenas habían transcurrido unos instantes cuando me encontré abrazando a mi esposa y derramando lágrimas con ella.

—¡Ayer la enterramos, Gonzalo! ¡Que Dios la tenga en su Gloria! ¡Ayer la enterramos!

—No me sorprende que te hayas encontrado a Lope, Gonzalo. Vive en esta misma calle, apenas cincuenta pasos más allá, en esa casa grande con un huerto. Quizás debí avisarte de ello por carta, pero ya has visto que ha cambiado.

—¿Y pensáis que ese cambio sea sincero, señor?

Cervantes se alzó trabajosamente de la silla y dio unos pasos vacilantes por su despacho. En los tres años que llevaba sin verlo el tiempo parecía haberle caído encima como un lobo hambriento. Apenas conservaba unas hebras de pelo blanco y su rostro se veía consumido: los pómulos salientes, las mejillas hundidas por culpa de las quijadas casi huérfanas de dientes, los ojos empequeñecidos en el fondo de dos pozos oscuros y húmedos. En cuanto al cuerpo, que había sido siempre delgado aunque recio y nervudo, parecía ahora el de un muchachuelo contrahecho por alguna

enfermedad, y apenas bastaba para llenar las ropas que vestía. Hasta su voz había envejecido y sonaba ahora más tenue y quebradiza. Y allá donde estuviera, el olor a manzanas llenaba la estancia.

—Cada día que pasa nos asesta su mordisco, Gonzalo. Nos hacemos viejos, y al hacerlo crecen las ansias de estar en paz con Dios. Son muchas las cuentas que Lope ha de saldar con el Altísimo, así que no te sorprendas si lo encuentras cambiado. Sabes que nunca me inspiró confianza, pero creo que su transformación es sincera. Y más vale así, puestos a tenerlo como vecino.

Me mostré de acuerdo con él, aunque en mi fuero interno seguía desconfiando de que un hombre como Lope pudiera cambiar de forma tan drástica. Luego le comuniqué sus condolencias por la pérdida de su nieta, mi hija Isabel.

—¿Cree vuestra merced que su pésame era sentido?

Cervantes me miró con los ojos llenos de tristeza.

—Mientras estabas lejos, Lope ha perdido a su hijo y a su esposa. El muchacho, al que él llamaba Carlitos, contrajo unas fiebres y murió de repente. Juana Guardo, su madre, lo siguió apenas unos meses después, al poco de dar a luz. Siempre pensé que nada hermana a los hombres como el dolor. Por eso sí creo en la sinceridad de sus condolencias.

Volvió a embargarme entonces la pena, aunque esta no me había abandonado ni un momento desde que puse el pie en Madrid y comprobé que mi premura había sido en vano, pues había llegado demasiado tarde. Derramé lágrima tras lágrima hasta que los ojos me dolieron de tanto llorar. Entretanto, don Miguel trataba de confortarme acariciándome el pelo con la mano.

—Vamos, hijo mío, consuélate. Todos sabíamos que este momento habría de llegar y que para la niña esta vida era una carga pesada, igual que empieza a serlo para mí. Ella no necesita ahora nuestra ayuda. Pensemos más bien en los que sí la necesitan.

—¿De quién habláis, señor? —pregunté tras secar mis ojos con un pañuelo y sorber varias veces por la nariz.

—Hablo de mi hija, de tu esposa. ¿Puedo preguntarte si tienes pensado regresar a Madrid?

No supe qué contestar, pues el haber encontrado a mi pequeña hija muerta y enterrada me impedía pensar en otra cosa que en mi propio dolor.

—No sé qué responderos —titubeé—. Me gano bien la vida y me agrada lo que hago. Por otro lado...

—Por otro lado ya no existe ningún motivo para que permanezcas alejado de Madrid —dijo él concluyendo mi réplica—. Durante el tiempo que has estado fuera has mostrado gran diligencia en mantener a tu familia. Pero lo que ahora tu mujer necesita con más urgencia no es el dinero.

Entendí muy bien lo que mi suegro me decía. Lo que Isabel necesitaba era a su esposo cerca de ella para confortarla en aquel trance. Además, en las pocas horas que

llevaba en Madrid había comprobado que las relaciones entre Isabel y doña Catalina habían empeorado de forma sustancial, y que ninguna de las dos se molestaba en disimular su animadversión por la otra. Le confié mis impresiones a don Miguel, quien las confirmó asintiendo gravemente.

—La muerte de mis hermanas lo ha empeorado todo. Ellas sabían cómo hacer para contener el mal carácter de Catalina. Pero ahora ese dique ya no existe. En cuanto a Isabel, ella ha dedicado estos años a cuidar a la niña. Temo que sin mi nieta y sin mis hermanas esta casa se convierta en un campo de batalla, y mis días de soldado hace mucho tiempo que quedaron atrás. Necesito paz, Gonzalo. Y solo tú puedes proporcionármela regresando a Madrid y buscando una casa para tu esposa y para ti.

Comprendí que don Miguel estaba en lo cierto y le agradecí su sinceridad. Aquella extraña familia de mujeres había quedado reducida a dos de ellas: doña Catalina e Isabel. Por supuesto estaba también Constanza, la sobrina, pero ella siempre había sido mujer discreta en extremo, y casi diría que invisible. La cuestión es que dos mujeres que viven bajo el mismo techo siempre acaban convertidas en rivales, y más cuando una de ellas es de temperamento tan iracundo como lo era la Giganta. La batalla que podía desencadenarse en aquella casa amenazaba con trocar la de Lepanto (aquella que don Miguel llamara «la más alta ocasión que vieron los siglos») en una mera riña entre pilluelos de barrio, y Cervantes solo contaba conmigo para evitarlo.

—Por el dinero no has de preocuparte, Gonzalo —me aseguró—. Ahora Robles me paga sin rechistar. Tiene miedo de que revele sus trapacerías, y el patrocinio de su excelencia, el conde de Lemos, me pone al abrigo de futuras jugarretas. Mis *Novelas ejemplares* se están vendiendo bien, la primera parte del *Ingenioso hidalgo* también sigue rindiendo beneficios, y además está esto.

Miré en la dirección que me señalaba, que era la de una de las esquinas de su escritorio, y vi sobre ella un abultado montón de hojas manuscritas. Me acerqué y leí la primera de ellas: *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra*, así rezaba el título. Entonces comprendí que don Miguel no había permanecido ocioso durante los años de mi ausencia.

—¡Señor! —exclamé con genuino alborozo—. ¡Esta es la mejor noticia que podíais darme en estos momentos de tristeza! ¿Está terminada?

—Casi —respondió—. En estos momentos tengo a don Quijote y a Sancho viviendo sus aventuras en Nápoles. Ahora solo falta que les hagan embarcar de nuevo mediante una treta para devolverlos a su aldea. Dos, tres capítulos, a lo sumo.

—¿Por qué Nápoles, señor?

Cervantes dedicó unos instantes a observar la calle a través de la ventana. El raudal de luz que entraba de la calle lo iluminaba como si, en lugar de un anciano, fuera una figura heroica. De hecho, vi cómo se erguía e hinchaba el pecho.

—Si conocieras esa ciudad no preguntarías —respondió por fin—. Nápoles es el

corazón del mundo. Ni Roma ni Venecia pueden medirse con ella. Y Madrid a su lado es apenas un pueblo perdido en mitad de Castilla. No existe ciudad más hermosa, ni mejor sitio para un poeta que antes fue soldado. No sabes cuánto anhelo volver allí y con qué placer convertiría Nápoles en mi última morada.

Entonces cerró los ojos y me pareció que, al menos con el pensamiento, don Miguel ya no se encontraba conmigo, sino caminando al pie del monte Vesubio entre frutales y viñedos. En aquel momento pensé que aquel arrebatado de nostalgia era fruto de la añoranza de su juventud, y que tras él no había ningún propósito real. Me dije que era mejor no dejar que se perdiera en sus recuerdos, porque cuando un anciano hace tal cosa a veces es difícil traerlo de vuelta al presente.

—Y decidme: ¿pensáis que esta nueva novela le hará justicia a la primera parte? —pregunté. Y al momento me sentí un idiota, pues nunca debe preguntársele tal cosa a un poeta, para quien sus obras son como sus hijos y siempre le resulta difícil elegir entre unas u otras.

Cervantes parpadeó y guardó silencio hasta que fue capaz de recordar que el sol que entraba por la ventana era el del barrio madrileño de Atocha, y no el de la Campania.

—Es mejor que la primera —respondió sin asomo de ofensa—. Mucho mejor. Ahora conozco bien a mis personajes y todo lo que pasa por sus cabezas. Sé lo que harían y lo que no. Lo que dirían y lo que nunca saldría de sus labios. Y no he tenido necesidad de alargar el libro de forma innecesaria con otras historias que nada tenían que ver con él.

—Entonces, supongo que mi antiguo amo estará contento.

Cervantes agitó su mano como si estuviera espantando a una mosca.

—Robles aún no sabe nada de esto. Mi deseo era escribir este libro a mi manera y sin padecer sus imposiciones y su constante apremio. Le presentaré la novela ya terminada y luego negociaré con él términos que me sean favorables. Y si no me complace lo que me ofrezca u observe algún atisbo de engaño, la novela será para otro.

—Hacéis bien en mostraros precavido con él, señor. Ese librero es peor que Belcebú, y el libro puede rendiros buenos beneficios. Hace ya muchos años que la gente lo espera.

—Y yo espero que sea como tú dices, Gonzalo. En cuanto al dinero, lo quiero más para vosotros que para mí, que poco habré de necesitarlo ya. Será, por así decirlo, mi herencia.

—¡Vamos, vamos, señor! ¡No habléis así!

Cervantes me contempló con cara adusta y luego tomó asiento. Para mi sorpresa, lo que hizo entonces fue descalzar su pie derecho.

—Mira esto, Gonzalo.

Con gran consternación observé que estaba lleno de llagas abiertas y ulceraciones, y casi parecía el de un enfermo de lepra. Traté de imaginar el dolor

constante que don Miguel tendría que soportar y sentí gran compasión por él.

—Mi enfermedad avanza —me dijo volviendo a calzarse—. Y he de jugar sabiamente las cartas que me quedan. Mi mayor deseo ahora es que regreses a Madrid, que te establezcas con mi hija y que me deis más nietos. Por el dinero no has de inquietarte, pues yo proveeré mientras sea necesario. Pero Isabel y Catalina no pueden seguir bajo el mismo techo, pues eso las haría desgraciadas a ambas, y también a mí. ¿Puedo contar con tu ayuda?

—Sabéis que sí, señor. Como siempre —respondí sin pensármelo.

Y de ese modo concluyó mi época de tratante de lana y comenzó otra muy distinta, pues si algo me han enseñado los años es que cada vida contiene muchas vidas, y que todas ellas, por un motivo o por otro, merecen ser vividas.

Regresé a Burgos el tiempo imprescindible para resolver mis asuntos allí y para decirle adiós a mi patrón y amigo, maese Miguel Pérez, quien me vio partir definitivamente con mucha pena y muy buenos consejos. Ya de vuelta en Madrid, encontré una casa de alquiler en la calle de Cantarranas, que está entre la de las Huertas y la de Francos, a dos pasos de donde mi suegro vivía y junto al solar donde habría de erigirse el convento de la Trinidad. La vivienda era pequeña (como también lo era mi familia, que por aquel entonces se componía solamente de mi esposa y yo mismo), pero tenía un balcón sobre la calle y mucho sol, y a Isabel la hizo feliz sentirse por vez primera la señora de su casa, lo que sirvió para mitigar el dolor de la hija perdida. Una vez instalados en nuestro nuevo hogar, me confesó que, de no habernos mudado, las cosas habrían acabado muy mal con su madrastra, pero también con su padre, ya que él se ponía muchas veces del lado de doña Catalina con tal de apaciguarla. También me dijo que los años le habían avinagrado mucho el carácter, y que ni las misas ni las otras devociones que seguía practicando lo habían convertido en un hombre más benévolo, sino al contrario. Pensé para mí que con una vida como la que don Miguel había tenido hasta el carácter más dulce acabaría tornándose agrio, y que sus últimos años al frente de aquel gineceo no habían sido sino la última estación del viacrucis que había sido su existencia. Me alegré, pues, de haber sido capaz de proporcionarle algo de la paz que tanto ansiaba.

Una vez instalado en Madrid con mi esposa, me quedaba por resolver la cuestión de cómo ganarme la vida, problema arduo donde los hubiere, pues los ahorros de mis años de trashumancia por Castilla no habrían de durar mucho, y no era mi deseo abusar de la generosidad de mi suegro, lo cual se me antojaba poco honroso. Pensé entonces que la experiencia adquirida en el negocio de la lana y en los usos del comercio eran mi mejor baza, y tomé la decisión de abrir una pequeña tienda dedicada a la venta de tejidos, paños e hilaturas. Y así lo hice gracias a un dinero que mi suegro me prestó, y con tan buen fortuna que comprendí que en muy poco tiempo

podría devolvérselo. No en vano mi negocio, aunque modesto, estaba emplazado en una de las mejores calles de Madrid, la que se conoce como la Cava de San Miguel, en las inmediaciones de la plaza Mayor, que es vía frecuentada por caballeros y damas de alcurnia.

Y así fue como el río de mi vida comenzó a discurrir por cauces anchos y sus corrientes empezaron a amansarse, lo que probaba que la impetuosa juventud iba quedando atrás, pensamiento este que por un lado provoca nostalgia, pero por el otro tiñe la existencia de una grata serenidad. Aquel Gonzalo de Córdoba que fuera aprendiz de librero, encargado de garitos y burdeles (contra su voluntad) y hombre de confianza de un mercader de lana burgalés, ahora se veía convertido en próspero comerciante con una tienda en la Corte, y disfrutaba además del honor de ser el yerno de Miguel de Cervantes, poeta famoso y respetado por todos.

Para el suegro, sin embargo, las cosas no iban tan bien como para el yerno. No debe olvidar el lector paciente que, desde mucho antes de contraer matrimonio con Catalina, don Miguel ya tenía esposa, la más fiel y constante que pueda concebirse, y su nombre era Adversidad. Andaba don Miguel por aquellos días ocupado en dar los últimos toques y el lustre final a la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*, pero a la vez acariciaba un proyecto del que yo nada sabía, por muchos indicios que él me hubiera dado durante nuestras charlas. Lo que se proponía Cervantes era nada menos que trasladarse a Italia como parte del séquito de don Pedro Fernández, conde de Lemos, su nuevo mecenas y protector, a quien Su Majestad había investido con la dignidad de virrey de Nápoles. Dada la admiración del joven conde por su obra y la favorable disposición que mostraba hacia su persona, daba Cervantes el traslado por seguro, sin imaginar que su primera esposa, aquella que había determinado casi todos los actos y hechos de su vida, estaba decidida a frustrar su proyecto.

Aclaro, por si antes no lo dije, que don Miguel nos había mantenido a su hija y a mí ignorantes de sus planes, tal vez porque pensaba (y no sin razón) que habríamos intentado disuadirlo invocando su avanzada edad y su mala salud. Aunque al final no fue necesario que expresáramos nuestro desacuerdo, pues ya hubo quien se encargó de frustrar sus proyectos sin nuestra intervención, como supe cierto domingo en que acudí a visitarlo y lo hallé tan enojado como pocas veces lo había visto.

—¡Argensola! —vociferaba con el rostro enrojecido—. ¡Ese bellaco incapaz de rimar dos palabras con algo de armonía y de fuste ha convencido a don Pedro de que no me lleve con él a Nápoles! ¡Voto al diablo con el muy bujarrón, puto y cornudo!

Ignoraba yo entonces a cuál de los dos hermanos Argensola se refería con tan gentiles palabras, si a Lupercio o a Bartolomé. Preferí, no obstante, guardarme la duda y dejar que siguiera desahogándose con exabruptos de su época de soldado, pues estaba seguro de que aquello le haría bien. Entretanto, me congratulé de que tan descabellado proyecto no hubiera llegado a buen puerto (es decir, al de Nápoles), sentimiento que Isabel a buen seguro compartiría conmigo.

Y así, entre juramentos e imprecaciones, fue como nos halló Constanza cuando

llamó a la puerta del despacho de su tío para anunciar que un visitante solicitaba entrevistarse con él.

Llegó solo, pues les había pedido a los acompañantes que formaban su séquito que lo esperaran en la calle. Apenas si hablaba unas palabras de nuestra lengua, pero se expresaba muy bien en italiano, idioma que don Miguel conocía a la perfección y que yo entendía y hasta podía malhablar (el secreto consiste en decir «one» cuando una palabra termina en «ón», y en acabar los plurales en «i» en vez de en «s»). Tendría unos cuarenta años o más, pero su piel era blanca y tersa como la de una muchacha; su pelo, largo y ondulado y perfumado con afeites, y un pendiente de perlas colgaba del lóbulo de su oreja izquierda. Todo ello, unido a su vestimenta rica en pieles y sedas y encajes, le daba un aspecto afeminado que a más de uno le haría torcer el gesto. Pero se trataba de un extranjero, inglés, por más señas, y es sabido que los usos del vestir son distintos según los reinos.

Tan pronto como Constanza condujo al extravagante personaje ante don Miguel, el inglés se quitó el sombrero (en la confección de su penacho debían de haber perecido al menos tres pavos reales) e hizo una reverencia con él.

—*É un grande onore* —dijo el visitante pronunciando el italiano con extraños acentos—. *Mi chiamo Enrico, conte di Southampton, e porto a Vostra Signoria i saluti e una lettera del mio amico, il poeta Guglielmo Shakespeare.*

CAPÍTULO VIII

PACTAR CON EL DIABLO

Pilar alzó los ojos del monitor y contempló a Erasmo con la mirada vacía. Había pasado más de dos horas leyendo en voz alta las palabras de Gonzalo de Córdoba. Aquel silencio repentino no auguraba nada bueno.

—No vas a decirme que se acabó, ¿verdad? —preguntó Erasmo con la voz reducida a un graznido.

—Me temo que así es, profesor. La que acabo de leer era la última página del manuscrito que Hernán guardó en el *pendrive*. Con esto nos quedamos. No hay nada más.

—Pero ¿estás completamente segura? —insistió Erasmo—. ¿Has mirado por todas partes?

Pilar soltó un suspiro y extrajo el dispositivo de memoria de la ranura USB de su ordenador.

—Verá, profesor —dijo agitándolo suavemente ante su cara—. Esto es un *pendrive*, o bien un lápiz de memoria, si le molesta el extranjerismo. No es una de esas cajas chinas de los prestidigitadores. Tampoco un secreter con cajones escondidos que se abren al activar un resorte. Es lo que es, y carece de compartimentos secretos en los que esconder nada. Creo que se acabó, ¿no le parece?

Erasmo acusó el sarcasmo de Pilar, aunque comprendió que una decepción de tal magnitud puede provocar reacciones inesperadas hasta en las personas más cabales. No estaba seguro de si la definición de «persona cabal» le cuadraba a él. Por si acaso, decidió abstenerse de reaccionar de ningún modo, al menos delante de Pilar. Tal vez más tarde, en la soledad de su casa, se permitiera el lujo de abandonarse a algún tipo de arrebatos. Pero jamás delante de ella.

—Me voy —anunció.

—¿Cómo que se va? Mire, disculpe si he estado algo brusca. Hágase cargo.

—Por supuesto que me hago cargo, no te preocupes. Pero ahora necesito estar solo. ¿Me puedes pedir un taxi?

Pilar lo miró con los ojos brillantes. Acto seguido descolgó el auricular del teléfono y dio su dirección a la operadora.

—¿Nos vemos mañana, entonces? —preguntó la muchacha con cautela.

—Por supuesto —respondió Erasmo—. Mañana será otro día.

Logró conciliar el sueño gracias a un comprimido de Orfidal que encontró olvidado en el cajón de su mesilla y cuya caducidad ni siquiera se molestó en

comprobar. Lo despertó Gladys después de golpear insistentemente con los nudillos sobre la puerta de su dormitorio:

—¿Qué... qué pasa? —preguntó Erasmo desorientado y con la sensación de no estar habitando del todo su propio cuerpo.

—Es la señorita Pilar al teléfono —respondió la dominicana—. Le he dicho que estaba usted descansando, pero ha insistido en que lo despertara. Por cierto, son casi las once. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, sí. Estoy bien. Dile que le devuelvo la llamada enseguida.

Pero lo cierto es que estaba muy lejos de encontrarse bien. El repentino dolor que notó en su bajo vientre le hizo recordar que no había vaciado la vejiga desde que se fue a dormir, lo que no había ocurrido desde hacía años. Supuso que los efectos del somnífero habían sido los responsables de aquel inusitado fenómeno y se precipitó hacia el cuarto de baño. Mientras aliviaba su vejiga, pensó que solo un milagro había podido impedir que se orinara en la cama durante la noche.

Después mantuvo una breve conversación telefónica con Pilar. Acordaron verse en alguna cafetería del centro para discutir sobre lo ocurrido y la situación en la que se encontraban. Temiendo que Pilar propusiera el Café Gijón, Erasmo se adelantó y mencionó la cafetería de un hotel situado en la plaza de las Cortes, junto al Congreso de los Diputados. Nada más colgar el teléfono, recordó que en mitad de aquella plaza había una estatua de Cervantes que sería perfectamente visible desde la cafetería. ¿Y si llamaba a Pilar y le proponía otro lugar de encuentro? Tras considerarlo durante unos segundos, decidió que la muchacha lo tomaría por un idiota y regresó al cuarto de baño para regalarse una ducha.

—Bien, profesor, ¿qué sabemos sobre un hipotético vínculo entre Miguel de Cervantes y William Shakespeare?

Erasmo miró a Pilar con rostro inexpresivo. Ahora que su ventana al pasado parecía cerrada para siempre, aquella conversación se le figuraba innecesaria, un suplicio del que muy bien podían prescindir. Pilar hablaba sobre un vínculo hipotético. Sin embargo, la última página de la crónica de Gonzalo había transformado esa hipótesis en un hecho, un hecho que se había esfumado como las imágenes de un sueño. Bien pensado, quizás fuera mejor aceptar que todo había sido un sueño y tratar de seguir con sus vidas como si los acontecimientos de los últimos días no hubieran ocurrido. ¿Cuál era la alternativa? ¿Atormentarse pensando que por un instante tuvieron al alcance de sus manos la solución al mayor enigma de la literatura universal? ¿Qué podían hacer ahora para recuperar el secreto perdido?

Erasmo miró hacia la calle por encima del hombro de Pilar. Como había supuesto, a través de los ventanales de la cafetería se distinguía muy bien el monumento a Cervantes erigido en el centro de la plaza. Recordó el revuelo de algunos años atrás,

cuando el Ayuntamiento decidió cambiar aquella estatua de sitio y los operarios encontraron una cápsula del tiempo escondida en el basamento. Se trataba una caja de plomo enterrada allí en 1835. Pese a la gran expectación que el hallazgo provocó, en el interior no se encontró nada fuera de lo común: un *Quijote* en cuatro tomos, monedas, textos legislativos de la época... En fin, una colección de naderías. Sin embargo, su propia cápsula del tiempo, la que habían hallado en los muros de aquel caserón de Esquivias, contenía algo muy distinto: la crónica de alguien que tuvo el privilegio de presenciar un milagro. Mejor dicho, dos milagros, pues dos eran las partes del *Quijote*. Y a esos dos milagros habría que sumarles un tercero, el eslabón perdido de los filólogos, el vínculo extraviado entre los dos genios literarios más excelsos de la historia de la humanidad. Pero tanto Pilar como él parecían condenados al suplicio de Tántalo, y bastaba con que elevaran las manos hacia los hermosos frutos que pendían sobre ellos para que estos se esfumaran ante sus ojos. Privados de la crónica de Gonzalo, la conversación que Pilar deseaba mantener tenía la misma utilidad que interrogar directamente a la estatua de Cervantes del centro de la plaza. Pero lo último que Erasmo deseaba en el mundo era desairar a la muchacha, cuya presencia ante él no dejaba de ser un regalo, y en cierto modo también un modesto milagro. Así pues, hizo memoria sobre aquel puente Cervantes-Shakespeare que tantas conjeturas ociosas había provocado.

—Bueno, Astrana Marín fantaseó bastante sobre el asunto. Creo recordar que su hipótesis arranca con las conversaciones de paz entre España e Inglaterra, que coincidieron más o menos en el tiempo con la publicación de la primera parte del *Quijote*. La reina Isabel I de Inglaterra muere sin descendencia. La sucede su sobrino James (o Jacobo), rey de Escocia e hijo de María Estuardo. Este vástago de una reina católica no se dedica a matar curas con la saña de su difunta tía. Tampoco es un militarista agresivo. Le gusta el teatro y la buena vida, como al rey Felipe III de España, de modo que las condiciones para la paz entre ambos reinos parecen servidas. El condestable de Castilla viaja a Londres en 1604 para entablar negociaciones, y resulta que existe un documento en el que se menciona a un tal William Shakespeare entre los gentilhombres adscritos al servicio del embajador.

—Buena memoria, profesor.

—Gracias —respondió Erasmo esponjándose ligeramente—. Estuve leyendo sobre el asunto hace poco por puro entretenimiento. La cuestión es que al año siguiente, en 1605, Londres envía a su propio embajador a la corte de Valladolid para asistir al bautizo del heredero al trono, el futuro rey Felipe IV, y de paso ratificar el tratado firmado el año anterior. De lo que no me acuerdo es del nombre del fulano.

—Lord Howard.

—Eso es, Lord Howard. Y creo recordar que a Cervantes no le sentó precisamente bien la visita.

Pilar cerró los ojos y comenzó a recitar:

—*Parió la reina; el Luterano vino / con seiscientos herejes y herejías; / gastamos*

un millón en quince días / en darles joyas, hospedaje y vino.

—¡Muy bien! —aplaudió Erasmo—. Todo eso lo sabemos. Y ahora viene la parte especulativa. Astrana Marín imagina que, puesto que parecía tener experiencia en lances diplomáticos y era hombre cercano a la corte, Shakespeare bien pudo acompañar al embajador Howard a Valladolid. Y es aquí donde surge la posibilidad de ese hipotético encuentro entre el bardo de Stratford y nuestro Cervantes a orillas del Pisuerga. El problema es que nunca se halló la menor evidencia de que eso ocurriera. Y sigue sin haberla, por lo que las teorías de Astrana se quedan en un mero pasatiempo, un juego de especulación literaria.

—Sin embargo, sí que nos consta que Shakespeare conoció la obra de Cervantes. —Y al ver asentir a Erasmo, Pilar añadió—: Siga, profesor, lo está usted haciendo muy bien.

—Veo que hoy me toca examinarme —protestó Erasmo, sonriendo por primera vez desde el día anterior—. Supongo que te refieres a esa obra perdida que Shakespeare escribió en colaboración con John Fletcher, un dramaturgo con quien cooperaba con cierta frecuencia. El asunto arranca a partir de la primera traducción inglesa del *Quijote*, publicada en 1612, aunque seguramente ya se conocían fragmentos de la obra desde algunos años antes. La firma Thomas Shelton, un católico irlandés que probablemente estudió en Salamanca. Al año siguiente, en 1613, se estrena la obra en cuestión, cuyo título es *Cardenio* y cuyo argumento coincide más o menos con el episodio de Cardenio y Luscinda incluido en la primera parte del *Quijote*. Y ahí tenemos el único vínculo demostrado entre Shakespeare y Cervantes. El dramaturgo inglés usó un episodio de una novela extranjera de moda como trama de una de sus obras, lo cual no era nada extraño por aquella época, y menos en el caso de Shakespeare, cuyos dramas casi siempre se inspiraban en cosas que había leído. Crónicas, poemas, cuentos... Y eso es todo. Aplausos y saludos. Se baja el telón.

—Ahora he de corregirlo, profesor. Eso era todo hasta el momento. Hasta que ayer nos enteramos de que allá por 1614 Cervantes recibió una curiosa visita en su domicilio de la calle de Francos, hoy en día calle Miguel de Cervantes. Nada menos que Henry Wriothesley, el tercer conde de Southampton, quien fuera amigo y protector de William Shakespeare. De hecho, Shakespeare le dedicó los dos poemas narrativos que publicó durante su vida. Incluso se piensa que Southampton pudo ser la inspiración de algunos de sus sonetos.

—Uf, un asuntillo un tanto escandaloso ese que mencionas.

—No me sea frívolo, profesor. La cuestión es que tenemos localizado al conde de Southampton en casa de Cervantes, y con una carta de su amigo William Shakespeare para el alcaláino. Pero las sorpresas no acaban ahí. Resulta que mientras Cervantes trabajaba en la segunda parte del *Quijote*, en cierto momento escribió un episodio que sitúa a sus protagonistas en Nápoles, episodio que, como usted sabe perfectamente, no ha sobrevivido en el *Quijote* que conocemos. ¿Cree de verdad que podemos

permitir que nos arrebatan todo esto sin presentar batalla?

Erasmus decidió que las cosas estaban yendo demasiado lejos.

—Pilar, siento traerte de regreso al mundo real. Pero lo cierto es que no tenemos absolutamente nada. Es verdad que teníamos un manuscrito que probablemente contenía la respuesta a más de un enigma apasionante. Pero ese manuscrito voló. Se desvaneció para siempre. *Into thin air*, como seguramente habría dicho Shakespeare.

—Y su propuesta es que nos olvidemos del asunto y nos vayamos a casa como si nada hubiera pasado. ¿No es así? ¿No cree que al menos tenemos la obligación de informar a los propietarios del manuscrito y denunciar su robo a la policía?

Erasmus se rascó la barbilla durante unos segundos.

—Me parece que la parte de Miguel y Matilde te la voy a dejar a ti. Al fin y al cabo tienes mucha más mano izquierda que yo y estoy seguro de que sabrás cómo darles la noticia. En cuanto a acudir a la policía, no creo que fuera a servir para nada, salvo para empeorar las cosas.

—¡Pero, profesor...!

—¿Recuerdas lo que ocurrió con el Códice Calixtino? Probablemente aquel fue el caso de expolio de patrimonio más chapucero de la historia. Sin embargo, tardaron casi un año en descubrir que el hurto lo había perpetrado un electricista de la catedral de Santiago que tenía acceso a la cámara de seguridad y se llevaba de allí todo lo que le apetecía, el muy caradura. Bochornoso. Si quien se llevó el manuscrito de Gonzalo es la persona que suponemos, jamás conseguirán echarle el guante. Pero hay algo peor. ¿Qué pasaría una vez presentada la denuncia? Tendríamos que involucrar al pobre Hernán, quien a buen seguro acabaría expedientado y despedido.

Pilar bajó la vista y Erasmus comprendió que sus argumentos habían dado en el blanco.

—Sí, tiene usted razón. Sin embargo, estaría dispuesta a pactar con el diablo con tal de recuperar ese documento. Aunque quizás...

—¿Alguna idea?

Pilar Esparza miró a Erasmus en silencio durante unos segundos. Y en ese instante, mientras él contemplaba los iris veteados de verde de su antigua alumna, lo que ella estaba a punto de decir le vino a la mente como una revelación.

—¿No estarás pensando en...? ¡De ningún modo! ¡Eso sería una locura y no...!

Pilar lo interrumpió alzando imperiosamente su mano derecha.

—Por lo menos escúcheme. Después habrá tiempo para discutir si se trata o no de una locura. De lo que estoy segura es de que es nuestra única baza, la única alternativa a quedarnos cruzados de brazos, y eso sí que no tengo la menor intención de hacerlo.

Menos de veinticuatro horas después de esta conversación, el Audi rojo de Pilar

Esparza se detenía en las inmediaciones de la Puerta de Bisagra, el principal acceso al casco histórico de la ciudad de Toledo. Era sábado y el lugar estaba repleto de autocares de los que manaba un caudal inagotable de turistas. Los guías enarbolaban sus paraguas o sus banderitas, y los señores Watanabe, Müller y Smith los seguían obedientemente allá a donde tuvieran a bien llevarlos. El mismo Erasmo se había hecho pasar por turista más de una vez para tratar de confundir a algún librero de viejo. Pero hoy no vestía ninguna de sus camisas de estampado tropical, sino las ropas más formales que había sido capaz de encontrar en su armario. A fin de cuentas, tal vez tuvieran que enterrarlo con ellas.

—¿Pero por qué no quiere que lo acompañe? —protestó Pilar de nuevo—. Le recuerdo que la idea fue mía. ¿De verdad piensa que puede haber peligro?

Ojalá hubiera sido capaz de persuadir a Pilar de lo descabellado de aquel plan, pero ante la imposibilidad de que la muchacha diera su brazo a torcer, Erasmo tampoco estaba dispuesto a hacerlo.

—No, no creo que haya peligro —mintió—. Pero, por si acaso ocurriera algo... inesperado, lo prudente es que uno de los dos se quede para poder dar la voz de alarma.

—¿Y por qué no puedo ser yo la que vaya y usted el que se quede?

Erasmo resopló. Desde el día anterior habían tenido aquella conversación tantas veces que ya empezaba a sonarle a cantinela.

—De acuerdo, Pilar. Dime un número del uno al dos.

—¿Cómo?

—Un número del uno al dos —insistió Erasmo.

—No sé... ¿el dos?

—¡Lo siento, era el uno! Has perdido. Eso quiere decir que voy yo y tú me esperas.

Pilar soltó una carcajada.

—¿Sabe que con esto lo único que demuestra es que es usted un machista y un antiguo?

—Querrás decir un clásico —la corrigió Erasmo—. Y no confundas el machismo con el hecho de ser un caballero español. En fin, se hace tarde. Nuestra cita es para dentro de veinte minutos. A las once en punto. Si a la una o por ahí no hubiera dado señales de vida, quizás sería prudente que llamaras a los marines.

—No se preocupe. Le cubriré la retirada. Usted procure que no le abollen la armadura.

De repente se inclinó y lo besó en la mejilla, un gesto que dejó a Erasmo tan agradablemente perplejo que durante unos segundos no supo qué replicar.

—Ahí enfrente veo una fila de taxis —anunció por fin—. Nos vemos dentro de un rato.

Conforme a las instrucciones de Erasmo, el taxista cruzó el río y procedió a rodear el casco histórico siguiendo el curso del meandro denominado el «Torno del Tajo». Recorrían la Carretera Alta. El barranco del río quedaba a la izquierda, y en lo alto se divisaban las torres del Alcázar, ese símbolo de la dictadura habilitado como biblioteca, lo que para Erasmo encerraba una paradoja esencial, como si alguien decidiera convertir una cárcel en un hospital infantil. Al cabo de unos minutos el taxi giró a la izquierda y comenzó a ascender las colinas que rodeaban Toledo por el lado sur. Aquella era la zona de los denominados «cigarrales», las fincas de recreo tradicionales de la aristocracia y la alta burguesía toledana. Por los carteles indicadores que Erasmo fue observando, muchas de aquellas propiedades se habían transformado en hoteles de lujo o restaurantes, otros quizás fueran ahora las segundas residencias de los nuevos ricos de la delincuencia organizada o de la política. Aquel al que Erasmo se dirigía había sido adquirido en los años cincuenta por un próspero industrial de éxito de origen alemán, y hoy lo disfrutaba su único hijo y heredero.

El taxista se detuvo ante una puerta de acceso, una plancha de acero que podría haber servido para proteger una instalación militar de alta seguridad. Había un panel electrónico equipado con un interfono y con una cámara de vídeo que comenzó a parpadear antes incluso de que Erasmo pulsara el botón de llamada. Como única respuesta, la plancha de acero se deslizó a un lado y el taxi pudo seguir su camino sin más obstáculos.

Todavía tardaron unos minutos en llegar a su destino. Recorrieron un cuidado camino de grava que cruzaba un bosque de robles y encinas. Por último, alcanzaron un terreno despejado en el que se alzaba el edificio principal, al que se accedía por una pequeña avenida flanqueada de olivos de aspecto centenario. Se trataba de un caserón de piedra de grandes dimensiones pero porte muy austero. A un lado había otro pequeño edificio con aspecto de ermita. El conjunto transmitía una sensación de serena opulencia.

—¿Quién vive aquí, jefe? —preguntó el taxista—. ¿Un jeque árabe o algo así? Mire que llevo años en Toledo con el taxi y nunca había visto una finca como esta.

Erasmo se dispuso a responder con una evasiva y a pedirle al taxista que lo esperara hasta que saliera. Entonces observó que la puerta de la casa se abría y que por ella aparecía un individuo rubio vestido de un modo informal, con vaqueros y camisa a cuadros. El hombre caminó hasta el taxi y abrió la puerta de Erasmo. Visto de cerca, aquel individuo transmitía una sensación de peligro latente, como cuando se está en presencia de un animal salvaje domesticado para exhibirlo en algún espectáculo.

—Sea bienvenido. No hará falta que su taxi espere. Yo mismo lo llevaré cuando se marche.

Erasmo nunca había visto unos ojos como los de aquel sujeto, que hablaba con un ligero acento que no le fue posible identificar con exactitud, aunque probablemente fuera eslavo. Eran grises, pequeños y saltones, y tenían la misma expresividad que

dos cuentas metálicas. Parecían los ojos de una mantis religiosa, y Erasmo pensó que jamás había visto tan de cerca los ojos de un asesino.

El bibliófilo se giró para pagarle al taxista y se dispuso a seguir al individuo de los ojos grises. Había dicho que él lo llevaría, aunque sin aclarar cuál iba a ser el destino. Tal vez una fría tumba acuática en algún paraje remoto del río. Durante un instante sintió un impulso urgente de salir corriendo detrás del taxi, que ya se alejaba, y pedirle al hombre que lo sacara de allí. Pero comprendió que ya era tarde.

El hombre habló de nuevo:

—El señor Víctor Klemperer le espera.

El interior del cigarral era tan austero como su fachada auguraba. Los gruesos muros de piedra parecían los de una fortaleza medieval, y apenas había muebles a la vista.

—Lo llevaré enseguida con el señor Klemperer, pero antes le ruego que me acompañe un momento.

Erasmo siguió al eslavo de los ojos grises hasta una estancia repleta de equipo electrónico. Otro empleado permanecía vigilante ante una gran pantalla donde, en forma de ventanas abiertas de forma simultánea, se controlaban las imágenes que captaban las cámaras de seguridad. A simple vista, Erasmo juzgó que debían de ser al menos veinte los dispositivos de vigilancia, tanto en el interior como en el exterior de la casa. Una de las ventanas mostraba el taxi en el que había llegado abandonando la finca. En la pared había un panel en el que colgaban varias armas de aspecto militar, entre ellas varios fusiles automáticos. Erasmo se dijo que con aquel armamento podría darse un golpe de estado en cualquier país de África Central, y acto seguido se preguntó por qué lo habían llevado a aquella estancia. Quizás fuera solamente un modo de asustarlo. Ocurriera lo que ocurriera, decidió no darles a Klemperer y a sus sicarios el placer de verlo atemorizado, pero tuvo que cerrar los puños para disimular el temblor de sus manos. Sin embargo, enseguida volvió a abrirlos temiendo que pudieran considerar su gesto como una provocación.

El hombre de los ojos de asesino sonrió, o más bien curvó las comisuras de sus labios.

—No se inquiete, profesor. Se trata solamente de unas medidas elementales de seguridad que todos los visitantes del señor Klemperer deben observar. ¿Lleva usted algún dispositivo electrónico? ¿Un móvil? ¿Una tableta?

Erasmo le entregó su *smartphone* y se alegró de no llevar marcapasos, pues a buen seguro el tipo de los ojos de asesino se lo arrebataría de un zarpazo.

—Muchas gracias. Se lo devolveremos a la salida. Ahora tenga la bondad de caminar lentamente por aquí debajo.

Le hicieron pasar a través de un arco de detección de metales en todo idéntico al

de los aeropuertos. El dispositivo mostró su conformidad con una luz verde y un alegre silbido.

—Muy bien. Ahora sígame, por favor.

Erasmus caminó tras el individuo de los ojos grises hasta el piso superior, al que accedieron por una monumental escalera de piedra. Los muros casi vacíos y la ausencia de mobiliario devolvían los ecos de las pisadas como en una película protagonizada por Vincent Price. Tras atravesar un largo pasillo con estancias a ambos lados, se detuvieron ante una puerta de doble hoja que permanecía cerrada. Erasmo supuso que el hombre llamaría con los nudillos, pero lo que hizo en lugar de ello fue pulsar una combinación de números en el teclado de un pequeño panel digital que había sobre la pared. Se oyó el zumbido de un mecanismo oculto y una de las hojas de la puerta se abrió con un clic. Erasmo observó que debía de tener al menos quince centímetros de espesor y que el panelado de madera escondía una sólida plancha de acero. Aquella podría ser la puerta de la cámara acorazada de un banco.

Lo que Erasmo vio al otro lado fue una biblioteca, lo que no le resultó sorprendente teniendo en cuenta la identidad de su anfitrión, el dueño de todo aquello, incluyendo a aquella especie de gánster serbobosnio que lo había acompañado hasta allá.

—Muchas gracias, Igor. Ahora puedes marcharte. El profesor López de Mendoza y yo tenemos algunas cosas que discutir.

Erasmus estuvo a punto de echarse a reír cuando oyó el nombre del tipo de los ojos grises. Quizás se tratase de una broma de Klemperer. Por si acaso, decidió mantener la compostura.

—Confieso que me sentí sorprendido cuando mi oficina de Madrid me hizo llegar ayer su solicitud de entrevistarse conmigo. Después de los acontecimientos de hace cuatro años, pensé que nunca volveríamos a vernos. Observará que no le he hecho esperar mucho tiempo. Le confieso que me intriga el motivo de su visita, pero guardaremos las formas como hombres civilizados que somos. ¿Quiere tomar un café? ¿Una copa? Tengo un armañac excelente.

—Un vaso de agua, si es tan amable.

Klemperer asintió y se dirigió hacia una pequeña nevera de donde obtuvo una botella de agua mineral cuyo contenido sirvió en un vaso. Erasmo murmuró «gracias» y bebió un largo trago. Su garganta reseca se lo agradeció al instante devolviéndole la capacidad de hablar.

—Veo que la biblioteca de su casa de Madrid no es la única que disfruta —dijo mirando a su alrededor—. Es usted un acaparador, si me permite la familiaridad.

Klemperer abrió la boca y emitió una risotada en la que Erasmo no fue capaz de discernir la menor traza de alegría. Lo que sí percibió con detalle fue el interior de la

cavidad bucal del millonario, equipada con una cuidada colección de dientes que a Erasmo se le figuraron excesivamente blancos y largos.

—¡Por supuesto que le permito la familiaridad! ¡Qué menos entre colegas bibliófilos! Me hablará usted de sus últimas adquisiciones, ¿verdad?

Bien a su pesar, Erasmo no pudo evitar sentir cierta gratitud. Para un psicópata probado como Klemperer debía resultar difícil guardar las formas de cortesía más elementales. Cuatro años antes, Erasmo había visto con sus propios ojos algunas de las maravillas que componían su biblioteca. Los modestos ejemplares que él podía permitirse debían de parecerle puras baratijas. Aun así, el millonario se estaba esforzando por resultar amable. Bien pensado, a Klemperer no le gustaba perder las formas. De hecho, no las había perdido mientras un matón a su servicio torturaba a Erasmo con una navaja. Tampoco cuando lo amenazó con ordenar que a Pilar le volaran la cabeza de un disparo. Resultaba difícil concebir que ahora mismo estuviera conversando plácidamente con el mismo hombre que apenas cuatro años antes había estado a punto de hacerlos matar a ambos. «Gajes de ser una persona civilizada», pensó Erasmo. ¿O es que él estaba tan loco como el propio Klemperer? De otro modo, ¿cómo explicar su presencia allí? A no ser que todo acto de valor encerrara cierta dosis de locura. ¿Acaso no era locura el valor de don Quijote, y viceversa?

—Verá, señor Klemperer —dijo Erasmo decidido a emular la locura del personaje cervantino acometiendo contra aquel gigante que tenía ante él—. No quiero ser descortés, pero la verdad es que no estoy aquí para hablar de libros, sino...

—¡Bah! —lo interrumpió Klemperer—. No conozco a ningún bibliófilo de raza que no esté siempre dispuesto a hablar de libros. Esta casa no deja de ser un lugar de retiro, y la pequeña biblioteca donde nos encontramos no está a la altura de la que le mostré en Madrid. Pero ¿no le gustaría ver algunos de los ejemplares que tengo aquí?

Erasmo miró a su alrededor. Era cierto que aquella biblioteca no era tan impresionante como la que Klemperer le había mostrado en su mansión de Madrid: un búnker del tamaño de una cancha de baloncesto con humedad y temperatura controladas. Sin embargo, sus dimensiones eran más que respetables y debía de ocupar buena parte de la planta superior del edificio. Se trataba de una estancia alargada con tres de sus lados cubiertos de estanterías desde el suelo hasta el techo. Había lujosos sillones y sofás de cuero dispuestos en torno a mesitas bajas. La pared que daba al exterior estaba desprovista de estantes, y en ella se abrían varios ventanales por los que se disfrutaba de una vista espectacular del Tajo y de la ciudad de Toledo. Erasmo supuso que los vidrios de aquellas ventanas serían prácticamente indestructibles. ¿Qué tesoros de la bibliofilia encerrarían aquellas cuatro paredes? Como había tratado de explicarle a Klemperer, él no estaba allí para hablar de libros, pero la oferta de contemplar algunos de los ejemplares allí guardados era demasiado tentadora, de modo que se dejó llevar.

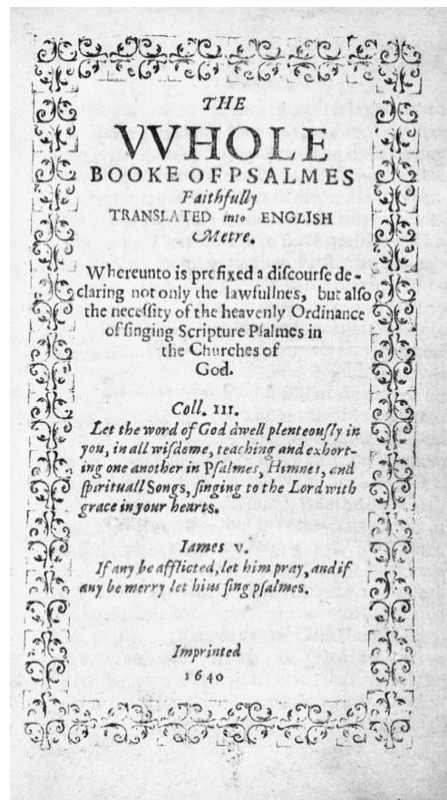
Klemperer empleó casi una hora en mostrarle algunas de las joyas de su colección. Comenzó con la *editio princeps* de la *Utopia* de santo Tomás Moro

(Lovaina, 1516, con el mapa de la isla y el alfabeto de su lengua), ejemplar *albo corvo rarior* (es decir, «más raro que un cuervo blanco») expoliado siglos atrás de la Biblioteca Colombina de Sevilla, con una nota de adquisición manuscrita por el mismísimo don Hernando Colón, hijo del descubridor: *lo compre en Roma en hebrero de 1518. costo 19 quatrines.*



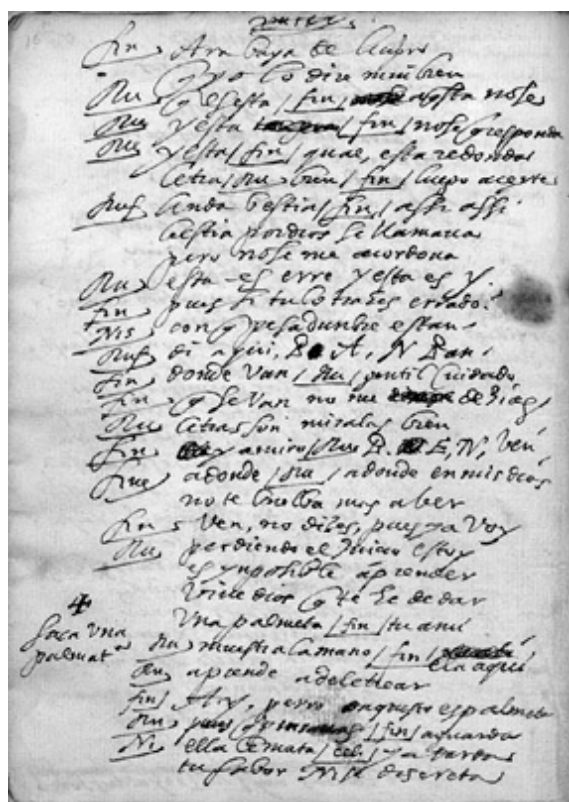
La siguiente maravilla fue un ejemplar acéfalo (falta de la portada y las primeras hojas), pero con colofón, de la hasta entonces supuesta pero desconocida primera edición del *Amadís de Gaula* con las *Sergas de Esplandián* (Sevilla, Meinardo Ungut y Stanislao Polono, 1496).

Como ejemplo de las primitivas impresiones del Nuevo Mundo, Erasmo tuvo la oportunidad de hojear un buen ejemplar del primer libro impreso en EE.UU.: *The Bay Psalm Book* (Cambridge, Massachusetts, 1640), salterio traducido al inglés. De una tirada de 1.700 ejemplares, realizada toscamente por los puritanos congregacionistas, solo se conservan hoy once, que se sepa. Erasmo recordaba que el último ejemplar de aquella obra que salió al mercado se había rematado en más de catorce millones de dólares en subasta de la sala Sotheby's de Nueva York.



Seguidamente le mostró un ejemplar completo del libro impreso con caracteres móviles metálicos más antiguo del mundo: el *Jikji* coreano de 1377 (tres cuartos de siglo anterior a los primeros impresos de Gutenberg). Erasmo solo tenía noticia de que se conservara un ejemplar, únicamente del segundo tomo, e incompleto, en la Biblioteca Nacional de Francia.

Cada nuevo libro que Klemperer le ponía delante se le figuraba a Erasmo un nuevo milagro hecho de papel y de tinta. El bibliófilo creyó que su capacidad de asombro había alcanzado sus límites cuando Klemperer le mostró un ejemplar perfecto, con su famoso mapamundi iluminado de época, de la *Cosmographia* de Tolomeo (Ulm, 1482). Sin embargo, el contenido de una vitrina consiguió que se le nublara la vista y comenzaran a temblarle las piernas. Se trataba de unas hojas manuscritas, cosidas y provistas de tapas de pergamino, en las que identificó la enérgica escritura de Lope de Vega. Era una obra de teatro en verso, con tachaduras y enmiendas al texto, que reconoció sin esfuerzo como el manuscrito autógrafo de *Fuenteovejuna*, de 1613.



Erasmus podría haber pasado el resto de su vida contemplando aquellos tesoros y dejándose acariciar por la voz de hipnotizador de Klemperer mientras este los glosaba. Pero llegó un momento en que comprendió que aquella situación encerraba una gran incongruencia ¿Qué hacía aquel sujeto, que apenas unos años atrás se había comportado como un sádico implacable, mostrándole los ejemplares más valiosos de su colección como si Erasmo fuera un viejo amigo de la infancia? Un auténtico bibliófilo jamás actuaría de ese modo. Más bien escondería celosamente sus tesoros de la vista de sus rivales. Se comportaría con sus riquezas como el judío de una obra de Marlowe o de Shakespeare, y no como el guía de un museo. Además, ¿por qué se empeñaba en demorar la conversación que había llevado a Erasmo hasta su casa, cuando él mismo había reconocido al principio que se sentía intrigado? ¿Quizás porque ya tenía conocimiento del motivo de su visita y quería engatusarlo, hacerle bajar la guardia, para así embaucarlo con más facilidad? En un acto de sacrificio, Erasmo decidió renunciar a las maravillas que aún le quedaran por ver y recuperar las riendas de la situación. Además, un vistazo al reloj le confirmó que el tiempo volaba.

—Le agradezco su amabilidad, señor Klemperer, pero he venido hasta aquí para hablarle de algo importante y he de marcharme pronto.

—Ah, disculpe —repuso Klemperer enarcando las cejas—. Pensé que le gustaría a usted almorzar conmigo. De hecho, ya le había dado instrucciones a mi cocinero al respecto.

Erasmus desoyó los nuevos cantos de sirena y decidió ir al grano:

—Le cuento. La cuestión es que hace un par de días ocurrió algo sobre lo que hasta ahora he preferido guardar silencio. Verá...

Klemperer lo interrumpió alzando la palma de su mano derecha.

—Permítame. Para un hombre de mi posición es importante mantenerse informado, y me gustaría comprobar si mis fuentes son dignas de confianza. ¿Es posible que lo ocurrido es que le hayan robado a usted algún libro o documento importante?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Erasmo con la respiración entrecortada por el enojo—. ¿Qué ha tenido usted que ver con ese asunto?

Klemperer le solicitó calma con un gesto.

—Verá, tengo noticia de que hace tres días nuestra amiga *Prometeo* aterrizó en Madrid de incógnito. Esa mujer no suele dar puntada sin hilo, por lo que supongo que la trajo aquí algún asunto importante. Ahora se presenta usted ante mí a pesar de aquellos incidentes tan desagradables de hace cuatro años, y eso me hace pensar que la víctima de las nuevas actividades de *Prometeo* en Madrid es de nuevo usted, que se encuentra desesperado y que no sabe a quién acudir. Incluso estaría dispuesto a pactar con el diablo, que en este caso soy yo. ¿Me he equivocado mucho?

«Pactar con el diablo», exactamente la misma frase que Pilar había usado el día anterior antes de proponer esta descabellada entrevista.

—Usted lo sabía, ¿verdad? Lo del robo. ¿Es usted quien tiene el manuscrito?

Klemperer sonrió mostrando generosamente sus incisivos.

—Ah, ¿de modo que se trata de nuevo de un manuscrito? Por lo que veo, su obsesión por dejarse robar manuscritos se ha convertido en algo enfermizo. ¡No, no! ¡No se ofenda! Únicamente trataba de quitarle hierro al asunto con una pequeña broma. Por lo demás, no tengo ni idea de qué clase de manuscrito le han robado esta vez, ni quiero saberlo.

—¿Que no quiere saberlo? —preguntó Erasmo incrédulo.

—Hasta un hombre de mi edad puede aprender. Y lo ocurrido hace cuatro años fue para mí la mejor de las lecciones. Me dejé arrastrar por la codicia de aquel sinvergüenza, el librero Juan Maestre, y estuve más cerca de ir a la cárcel de lo que usted pueda imaginar. Ahora mire a su alrededor. —Klemperer trazó un ademán con la mano abarcando las estanterías de la biblioteca, y Erasmo lo acompañó con la mirada—. Esta sala contiene únicamente una parte menor de mi colección, y sin embargo ya por sí sola constituye una de las mejores bibliotecas privadas del mundo. Si a los libros que aquí guardo les sumo el resto de los que poseo, el resultado puede parangonarse en calidad y excelencia con muchas colecciones de titularidad pública. Nuestra Biblioteca Nacional o la Congress Library se darían de bofetadas por poder incluir en sus catálogos cualquiera de los volúmenes que usted ha tenido en las manos esta mañana. Y todos esos libros han sido adquiridos por procedimientos estrictamente legales, le doy mi palabra. ¿De verdad piensa usted que, siendo el dueño de todo esto, me merece la pena volver a arriesgarme de forma tan estúpida como la última vez que usted y yo nos encontramos?

Erasmo no dejó de apreciar la lógica que encerraban los argumentos de

Klemperer, pero aún le quedaban algunas objeciones por hacer.

—Pero *Prometeo*...

—¡Ah, sí, la inevitable *Prometeo*! Qué mujer tan extraordinaria, ¿verdad? La única profesional capaz de olfatear un libro desde el extremo opuesto del planeta y no detenerse hasta hincar sus dientes en él. Sin embargo, su falta total de escrúpulos la hace imprevisible. Imprevisible y peligrosa. Al final, suele provocar más problemas de los que resuelve, por lo que hace tiempo que tomé la firme resolución de no volver a contar con sus servicios. De todos modos, creo que ya no es posible contratarla. Ahora actúa exclusivamente como *freelance*.

—¿...?

—Sigue cazando —explicó Klemperer—, pero ha dejado de aceptar encargos. Cuando rastrea algún libro o documento valioso, se apodera de él y luego lo ofrece al mejor postor. Tenga en cuenta que las principales agencias policiales van tras de su pista. Necesita ser más cuidadosa que nunca y supongo que trata por todos los medios de evitar caer en una trampa. Y la mejor manera de conseguirlo es volverse imprevisible. Por eso ya no trabaja para nadie.

—¿Y no es posible seguirle la pista? ¿Dar con ella de algún modo?

Klemperer miró a Erasmo con los ojos entornados.

—Ese manuscrito que le han robado debe de ser verdaderamente valioso. Porque su interés por *Prometeo* ya no es romántico, ¿verdad?

Erasmo comprendió que Klemperer estaba disfrutando con aquello. ¿Qué sentido tenía haber venido hasta aquí para dejarse humillar por aquel individuo que, al fin y al cabo, no era más que un criminal de altos vuelos? El bibliófilo comprendió que había llegado el momento de poner fin a aquella entrevista y así se dispuso a comunicárselo a su anfitrión. Sin embargo, en ese momento se abrió la puerta de la biblioteca e irrumpió en la estancia el individuo al que Klemperer había llamado Igor. A continuación, el empleado y su jefe intercambiaron unas palabras en un idioma que Erasmo no entendió, pero que tal vez fuera ruso, pues Klemperer respondió varias veces usando la palabra «da». En cierto punto del breve conciliábulo, Igor deslizó la mano en su bolsillo y extrajo de él un teléfono móvil que el sorprendido Erasmo identificó como el suyo propio, el mismo *smartphone* que poco antes le había sido «intervenido» en la sala de seguridad del piso de abajo.

—Y he aquí lo que lo explica todo —proclamó Klemperer—. Adelante, Igor.

El aludido ruso procedió entonces a abrir el móvil retirando su tapa trasera (Erasmo ni siquiera sabía que pudiera hacerse semejante cosa) y a extraer la batería. Después rebuscó de nuevo en su bolsillo hasta dar con un *cutter* con el que practicó un fino corte longitudinal en la batería del móvil. Erasmo observó entonces pasmado cómo Igor comenzaba a «pelarla», actividad en la que parecía muy diestro, como si contara ya con experiencia en el arte de despellejar cosas.

—Bien. Pues aquí lo tenemos —dijo al cabo de unos instantes.

Tanto Erasmo como Klemperer se inclinaron sobre la «piel» de la batería, que

Igor sostenía como si se tratara de un trofeo recién cobrado. Estaba confeccionada de una especie de plástico plateado, pero lo que el ruso deseaba mostrarles era una especie de finísimo circuito impreso que se observaba en la parte interior.

—Es un chip de seguimiento —dijo Igor dejando a Erasmo a dos velas—. Muy sofisticado. Las agencias de inteligencia no los usan mejores.

—Y esto explica cómo podía estar *Prometeo* al tanto de sus movimientos —añadió Klemperer—. ¿Tendrías la amabilidad de explicarle al profesor López de Mendoza cómo funciona ese aparatito?

—Esta cosa cuadrada es una unidad de memoria —lo complació Igor—. Y este pequeño cable de aquí es una antena wifi. El dispositivo almacena cualquier cosa que se emita o se reciba usando el teléfono: llamadas de voz, mensajes de texto, *emails*... Lo que sea. Incluso si lo usa para navegar por internet, guardará el historial de las páginas que haya visitado. Y también la información de posicionamiento del GPS. Luego, cada vez que logra conectarse con una red wifi abierta, envía toda la información recogida a un servidor. Entonces la memoria se vacía y vuelta a empezar. Una auténtica maravilla.

Erasmo entendió la explicación solamente a medias, lo suficiente para saber que habían usado su móvil para espíarlo. Los segundos que siguieron los dedicó a sentirse un perfecto cretino.

—No puedo creerlo —dijo por fin—. ¿Pero cómo es posible...?

—Instalar un dispositivo así es cuestión de segundos. Basta con reemplazar la batería original por otra manipulada de antemano. ¿Ha perdido usted en alguna ocasión el móvil y se lo han devuelto al cabo de un rato? ¿Tal vez en algún restaurante? ¿En los servicios de una cafetería?

Debido a sus problemas de próstata, Erasmo se había convertido en un visitante asiduo de los lavabos públicos, pero no recordaba haber perdido jamás el teléfono. De hecho, casi nunca lo llevaba encima.

—Pudo ser en cualquier descuido —continuó el eslavo—. Unos dedos bien entrenados podrían habérselo robado y luego devuelto a su bolsillo una vez *hackeado*, y todo ello sin que se diera cuenta.

Erasmo asintió. Le importaba muy poco averiguar cómo había podido ocurrir aquello. Lo que lo martirizaba era que *Prometeo* hubiera vuelto a cruzarse en su camino, esta vez sin su conocimiento, y se las hubiera arreglado de nuevo para aprovecharse de él, para dejarlo como un idiota.

—¿Y están seguros de que ha sido ella? —preguntó Erasmo aferrándose a un último resquicio de esperanza—. ¿No es posible que otra persona, otro cazador de libros, anduviera tras de mi pista?

Klemperer soltó una carcajada.

—¡No sea vanidoso! Reconozco que tuvo suerte con el asunto del manuscrito de Cervantes, pero eso no lo coloca en el punto de mira de todos los cazadores de libros del mundo. Con la ayuda de su amiga logró atraer cierta atención durante algún

tiempo, pero sabe igual que yo que su fama ha sido efímera. Usted no es otra cosa que un pequeño coleccionista. Un bibliófilo insignificante. Yo diría que *Prometeo* lo ha vigilado más bien por motivos sentimentales. Solamente quería saber qué había sido de usted. Debió de llevarse una sorpresa mayúscula cuando le puso en bandeja ese nuevo documento cuyo robo lo ha traído hasta aquí.

—¡Pero...!

—Por otra parte, la vigilancia electrónica es una de las marcas de fábrica de *Prometeo*. Los hilos de su telaraña, por así decirlo. Ya se valió de ella hace unos años para seguirlos hasta la Biblioteca Nacional. Sin duda ha sido víctima de nuevo de la misma mujer. Con razón dicen que algunos nunca aprenden. Aunque tengo que reconocer que su presencia aquí me tiene algo perplejo. No acabo de entender qué pretendía al entrevistarse conmigo. ¿Tal vez pensaba que me iba a aliar con usted contra *Prometeo* y le iba a ayudar a recuperar su tesoro robado? ¿Y qué habría pasado si yo hubiera estado detrás del robo? ¿Piensa que por el hecho de tenerlo delante le hubiera confesado mis fechorías, como el villano de una mala película? Y en el caso de que yo fuera ese villano, ¿no cree que habría corrido usted un riesgo estúpido al venir a verme?

Erasmus no supo qué responder. Ya había oído suficiente y su único deseo en aquel instante era salir de allí lo antes posible. Además, comenzaba a tener ganas de ir al baño.

—Tengo que marcharme —balbuceó—. ¿Podrían pedirme un taxi?

—Como ya le dije, yo mismo lo llevaré con mucho gusto —terció Igor—. Por cierto, tome su teléfono. Ahora está limpio y sigue funcionando igual que antes.

—Lamento que su visita haya sido tan breve —dijo Klemperer poniéndose en pie, acción que Erasmus imitó—. Y le ruego que no se ofenda si a veces resulto un tanto cínico. No suelo recibir invitados y casi todas mis conversaciones son con ellos. —En este punto volvió la mirada hacia los cientos de volúmenes que llenaban las estanterías—. Supongo que estará de acuerdo en que no hay mejor interlocutor que un libro. En cuanto a usted, le aseguro que no le guardo rencor por lo ocurrido entre nosotros. De hecho, conservo un buen recuerdo de nuestra breve e intensa aventura de hace cuatro años. A pesar de que su colección no pueda medirse con la mía, no deja de ser usted un excelente bibliófilo, y por ello cuenta con mis simpatías.

Klemperer extendió hacia él su mano derecha, que Erasmus estrechó de forma mecánica. Al hacerlo, tuvo la sensación de que aquella mano era un objeto inerte, como si en realidad no formara parte de un cuerpo humano.

Poco después seguía a Igor escaleras abajo, camino de la salida. Durante unos segundos dudó si debía hacer la pregunta que le estaba quemando en la garganta, pero por fin decidió que algunas cuestiones están por encima del orgullo o de la dignidad.

—Perdone, antes de irnos, ¿podría usted decirme dónde hay un cuarto de baño?

Erasmus le pidió al ayudante de Klemperer que le dejara a cierta distancia de la Puerta de Bisagra, el lugar donde había acordado encontrarse con Pilar. Luego caminó volviendo la cabeza cada diez pasos para asegurarse de que no lo estuvieran siguiendo. Por fin, el Audi rojo de la muchacha asomó entre un abnegado grupo de turistas asiáticos que, por sus dimensiones, tenía todo el aspecto de un movimiento migratorio. Erasmo se acercó hacia el coche con cierta reticencia, pues el resultado de su entrevista con Klemperer le había resultado frustrante, por no decir humillante en extremo. Sin embargo, tan pronto como la muchacha distinguió su cara entre la de las docenas de asiáticos, lo conminó con gestos para que se diera prisa en entrar al coche.

—¡Es casi la una y cuarto! —dijo arrancando el Audi sin darle apenas tiempo para ponerse el cinturón de seguridad—. Estaba a punto de llamar a la policía. ¿Qué tal ha ido?

«Klemperer ha presumido de sus últimas adquisiciones y luego se ha entretenido un rato burlándose de mí». Esa habría sido la descripción más ajustada del encuentro que acababa de mantener. Durante unos segundos, Erasmo sopesó qué términos serían los más adecuados para que Pilar supiera lo ocurrido sin que él quedara como un perfecto idiota. Acababa de abrir la boca para empezar a hablar cuando Pilar lo interrumpió con una observación inesperada:

—Bueno, la verdad es que ya no necesitamos a Klemperer para nada.

—¿Y eso por qué?

—Acaba de llamarme Hernán. Le han dado el alta. Me ha dicho que ha logrado recuperarlo. O al menos su copia digital.

—¿El manuscrito?

—¡Pues claro! —exclamó Pilar mientras sorteaba hábilmente el tráfico y ponía rumbo hacia Madrid—. ¡Parece que volvemos a tener el manuscrito, profesor! ¡El manuscrito completo de Gonzalo de Córdoba!

—No comprendo cómo no caí antes en ello. Debió de ser por culpa del golpe y la conmoción cerebral. Pero nada más volver a casa y arrancar el ordenador se me encendió la bombilla. En la época del *cloud computing* nada se pierde, a no ser que uno sea un analfabeto informático sin remedio.

Erasmus se abstuvo de preguntar a qué se refería con aquel término que tenía algo de cabalístico, pues prefirió no ejercer de analfabeto informático, aunque para sus adentros sabía que lo era. Además, aquel atracón de tecnología en una sola jornada amenazaba con provocarle una severa indigestión.

—Hernán se refiere a trabajar «en la nube» —aclaró Pilar al darse cuenta de su desconcierto—. Antes la gente guardaba su trabajo en el disco duro de su ordenador. Si el disco se rompía y no habías hecho copias de seguridad, lo perdías todo para siempre. Ahora la gran mayoría de los equipos están conectados constantemente a

internet. Lo normal es usar un servicio de «almacenamiento en la nube». Cada vez que guardas un archivo en tu ordenador, una copia del mismo se actualiza en un servidor al que puedes acceder desde cualquier sitio, porque la nube está en todas partes.

—¿Igual que Dios?

—Igual o mejor —respondió Hernán—. Porque la nube no es una cuestión de fe. Y no hace falta rezarle ni sacrificarle animalitos. Y siempre, siempre funciona. Aquí tenéis la prueba.

La pantalla del ordenador de Hernán Pérez se iluminó de repente con los abigarrados trazos de escritura del escribano Miguel de Córdoba. Hernán ajustó el tamaño de la imagen hasta que la pantalla mostró dos páginas completas del manuscrito. Acto seguido, comenzó a presionar rápidamente la tecla de «avance», lo que dio como resultado una vertiginosa sucesión de imágenes. Erasmo comprendió que aquello era el equivalente digital a usar el dedo pulgar para «abanicarse» con las páginas de un libro. Solo faltaba el soplo de aire fresco en la cara.

—Y aquí lo tenéis —anunció Hernán cuando la pantalla comenzó a mostrar páginas en blanco—. Completo hasta la mismísima firma del autor.

Y para demostrarlo, pulsó el botón que hacía retroceder las páginas hasta hallar la última que contenía líneas escritas. Entonces aumentó una porción de esta, lo que les permitió leer una firma escrita con una caligrafía de trazos temblorosos distinta de la del resto del manuscrito, la firma de Gonzalo de Córdoba.

No había error posible. Estaban de nuevo en la casilla de salida.

Erasmo dedicó unos segundos a contemplar a Hernán Pérez. La parte superior de su cabeza cubierta por un turbante de vendas. Su rostro iluminado por el resplandor fantasmagórico que brotaba del monitor. Una sonrisa que era casi de éxtasis por haber sido capaz de obrar aquel milagro. Parecía un faquir indio en pleno trance. Erasmo pensó que nunca antes había sentido tantos deseos de abrazar a un hombre. Entonces alzó la vista y comprobó que Pilar lo estaba mirando, y que en su mirada había una pregunta que no le resultó difícil comprender.

Erasmo asintió.

—¡Eres increíble! —dijo la muchacha—. Y al profesor y a mí solo se nos ocurre una manera de darte las gracias. ¿Querrías unirme a nosotros en esta búsqueda?

Hernán no desvió la mirada del ordenador. Sus cavilaciones eran tan intensas que casi les pareció oír el movimiento de los engranajes de su cerebro. Permaneció inmóvil y ausente durante lo que se les figuró un tiempo interminable, aunque quizás no fueran más que unos segundos. Por fin recuperó el movimiento y pensaron que iba a responder, pero en lugar de hacerlo abrió un cajón de donde extrajo una unidad de memoria USB. Esta era de color rojo y no llevaba el logo de la Biblioteca Nacional.

—Aquí tenéis el documento completo —dijo entregandoselo a Pilar—. Yo prefiero quedarme al margen.

—¡Pero...!

—Mientras llegabais no he podido evitar la tentación de echar un vistazo —la interrumpió Hernán—. Lo que se cuenta en esta crónica es... absolutamente increíble. Se revelan cosas que nadie había sospechado hasta ahora. Es más, podría ser la clave de hallazgos todavía más sensacionales que el manuscrito que vosotros encontrasteis. Hallazgos por los que algunos estarían dispuestos a matar.

Hernán los miró alternativamente mientras se llevaba la mano derecha a la vendada cabeza y comenzaba a frotarla suavemente.

—¿Te refieres a una carta de William Shakespeare para Cervantes? —preguntó Erasmo.

—A eso y a mucho más. ¡Muchísimo más! Pero no tengo intención de estropearos la sorpresa. Ahora, si no os importa, la cabeza me está matando. Voy a tomarme un analgésico y a meterme en la cama.

—¿Estás completamente seguro de que no quieres estar con nosotros en esto? —preguntó Pilar con un tono que era casi de súplica.

Hernán la miró en silencio unos instantes y sus ojos relucieron fugazmente.

—Estoy seguro. Pero os deseo toda la suerte del mundo.

—¿Por qué crees que ha rechazado unirse a nosotros? —preguntó Erasmo unos minutos más tarde, mientras conducían camino de casa de Pilar Esparza—. ¿Crees que es por mi culpa? Me da la impresión de que no le caigo bien.

Pilar negó con la cabeza sin desviar la mirada del tráfico.

—Creo que tiene miedo.

Erasmo comprendió que Pilar estaba en lo cierto.

Y se preguntó si también ellos tenían motivos para temer lo que pudiera ocurrirles a partir de ese momento.

CAPÍTULO IX

BUSCANDO AL SEÑOR SHAKESPEARE

—*É un grande onore* —dijo el visitante pronunciando el italiano con extraños acentos—. *Mi chiamo Enrico, conte di Southampton, e porto a Vostra Signoria i saluti e una lettera del mio amico, il poeta Guglielmo Shakespeare.*

Don Miguel y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro sin saber qué replicar, pues aunque ambos habíamos entendido las palabras, la situación se nos figuraba tan insólita que parecía sacada de una de esas novelas bizantinas de las que Cervantes tanto gustaba. ¿Qué diantre se le había perdido a aquel estafalario conde inglés en la madrileña calle de Francos? ¿Quién era ese poeta llamado Guillermo Shakespeare de quien nadie había oído hablar por estos reinos? Y, sobre todo, ¿qué noticias eran aquellas que el antedicho poeta quería comunicarle a don Miguel, tan excepcionales que había acordado valerse de todo un conde como mensajero?

Mientras llegaban las respuestas, don Miguel no quiso olvidarse de su buena crianza y le ofreció al inglés un asiento, una jarra de buen vino y una percha donde colgar su empenachado sombrero y su capa, que iba forrada de zorro y orlada en armiño, según observé con mi ojo de comerciante de tejidos. Calculando por lo bajo, los ropajes de aquel hombre debían de costar lo que yo pagaba por la renta de mi casa durante un año entero. Y esas debían de ser sus ropas de viaje. No pude ni imaginar siquiera qué clase de atuendo se enfundaría el inglés cuando el rey Jacobo lo convocara a su palacio de Londres.

—¡Qué buen vino el de España! —dijo Southampton en italiano, aunque yo me disponga a verter sus palabras al romance a partir de este punto por no fatigar al paciente lector—. Nunca entendí por qué han de ser siempre los franceses e italianos quienes acaparen la fama cuando los merecimientos de otros pueblos son al menos tan grandes como los suyos. Ocurre con los vinos, con las mujeres y con los poetas. Y vos mismo sois el ejemplo más notable de ello, mi señor Cervantes.

Cervantes escanció más vino en el vaso del inglés, que este había vaciado de un solo trago.

—Os agradezco vuestras amables palabras, señoría. Pero decidme, ¿qué os trae a mi humilde casa? Habéis mencionado una carta, ¿no es así?

Southampton asintió y se aclaró el gaznate con otro largo trago antes de responder:

—Desde la muerte de la bruja han sido varias las veces que he viajado a este reino...

—¿La bruja, señor?

—Sí, me refiero a la reina Isabel. ¿Acaso no la llamabais así los españoles?

Un tanto nos azoramos don Miguel y yo en este punto, pues era muy cierto que en los reinos de España la difunta soberana de la casa Tudor era conocida como «la bruja», cuando no «la puta del infierno» y cosas aún peores.

—No os avergoncéis, os lo ruego. Ni yo ni muchos de mis compatriotas la recordamos con simpatía, aunque reconozco que hay quien sí la añora. A mí me mantuvo una larga temporada encerrado en la Torre, y si salvé el cuello fue solo de milagro. El rey Jacobo, en cambio, me distinguió con su afecto y confianza desde el mismo día de su ascensión al trono. Tuve el honor de participar en las conversaciones por las que nuestros reinos alcanzaron el entendimiento del que ahora disfrutamos. Y desde entonces he viajado a España varias veces con distintos cometidos. Pero no es ni la diplomacia ni los asuntos de Estado lo que me trae a vuestra casa, sino la amistad. La vuestra, que espero tener el honor de merecer, y la de Shakespeare. ¿Lo habéis oído nombrar alguna vez?

Don Miguel reconoció que no. En cuanto a mí, no dije nada, pues mi papel en aquel encuentro no era sino el de testigo mudo, aunque no por ello dejaba de ser un privilegio el simple hecho de haber estado allí para hoy poder contarlo.

—Creedme si os digo que muy pronto sabréis de Guillermo Shakespeare en estos reinos, pues es tan grande su genio que una isla tan pequeña como la nuestra no basta para contenerlo. No siendo hombre de alta cuna, parece haber recibido el don divino de ser muchos hombres dentro de un solo cuerpo, pues de otro modo no puede explicarse que haya podido desdoblarse en tal variedad de personajes, desde reyes a bufones, desde muchachas enamoradas a moros y judíos, que todos esos y muchos más son los tipos humanos que ha puesto en escena.

—Ah —dijo Cervantes algo escamado con tanto elogio, pues es bien sabido que ningún poeta escucha de buen grado los panegíricos que se le dedican a otro—. Entonces es dramaturgo, vuestro amigo.

—El primero de toda Inglaterra, y mucho mejor que vuestro Lope, si me lo permitís.

—Os lo permito muy gustosamente —respondió Cervantes.

—Aunque también es un excelso poeta, y como prueba de ello os entrego estos dos libros que él me dio para vos. Este delgado es obra de juventud, la primera que tuve el honor de que él me dedicara, y en ella se cuentan los amores de Venus y Adonis, tal y como Ovidio los relata. Y este segundo es una colección de sonetos con la que, a mi entender y el de muchos, le hace sombra al mejor de los italianos.

Cervantes tomó ambos libros de la mano de Southampton con un murmullo de gratitud y comenzó a hojearlos.

—Por desgracia no entiendo la lengua inglesa —se disculpó—. Aunque confío en vuestras palabras y los guardaré como joyas muy apreciadas de mi biblioteca, junto a mis libros de Garcilaso y de Fray Luis, y otro de sonetos de Petrarca que atesoro desde mis tiempos de soldado en Italia. ¿No habréis traído acaso alguna de las obras de teatro del señor Shakespeare?

—Quise hacerlo, pues no en vano la fama de mi amigo es mucho mayor en los escenarios que en los salones donde se lee la poesía. Sin embargo, él no me lo permitió. Es cierto que algunas de sus obras han aparecido impresas, pero ninguna de esas versiones cuenta con su beneplácito, y en ciertos casos se trata de auténticas aberraciones que muy poco se parecen a las palabras que Shakespeare escribió para los cómicos de su compañía.

—¿Y cómo es ello posible?

—¡Ay, señor Cervantes! Los ingleses amamos el teatro, y algunos impresores y libreros avispados se valen de ese amor para hacer fortuna. Cuando una obra se estrena y se convierte en favorita del público, no es raro que entre los espectadores se oculten individuos que dominan el arte de escribir a gran velocidad, y que en varias representaciones se las arreglen para robar el texto de la obra, aunque siempre con grandes desemejanzas y lagunas. Y cuando se toman medidas para descubrir a los escribientes y expulsarlos del teatro, toman su relevo pícaros adiestrados para aprender de memoria los parlamentos de los actores, que luego transcriben como mejor pueden. Y así, de forma harto imperfecta, es como han llegado a la imprenta algunas de las obras de mi amigo Shakespeare, motivo por el que él no quiere verlas ni reconocer que dichos libros existan.

—Comprendo bien lo que me decís, señor conde, pues yo mismo he sufrido en mis carnes la avidez de ciertos libreros por amasar dinero a costa de quienes inventamos y componemos los libros. Pero me habéis hablado también de una carta, ¿no es así?

El conde asintió y, de la misma cartera de cuero de donde había extraído los libros, sacó un papel sellado y lacrado con el nombre de don Miguel escrito encima. El destinatario lo tomó de su mano, rompió el sello y desdobló el pliego. A continuación deslizó la mirada por las líneas de la carta.

—Lo siento —dijo por fin—. Está escrita en lengua inglesa y apenas comprendo una palabra aquí y allá, además de mi apellido, que se menciona varias veces, y la firma de vuestro amigo al pie del escrito: «William Shakespeare». Tendréis que traducirla para mí.

Southampton dijo que lo haría de buen grado y comenzó a verter al italiano las líneas escritas en inglés. No puedo repetir aquella carta tal y como fuera escrita, ya que no la conservo ni sé dónde pueda hallarse. Pero recuerdo su contenido casi al detalle. Comenzaba maese Shakespeare su carta con los saludos de rigor y luego explicaba que era natural de una localidad pequeña que está al noroeste de Londres, aunque siendo joven se trasladara a la capital del reino en busca de fortuna. Contaba que, tras probar suerte con varios oficios, había entrado a trabajar en una compañía de cómicos. Desde niño gustaba de leer poesía y disfrutaba con las obras de teatro que las compañías itinerantes representaban en la plaza de su pueblo. Y aunque no pudo educarse en ninguna universidad famosa, era diestro con la pluma y no muy mal poeta, por lo que decidió probar fortuna escribiendo una obra para su compañía. Así

lo hizo, y la pieza fue del gusto del director, y también del público, pues en ella se contaba la vida de uno de esos reyes ingleses de tiempos pasados cuyo nombre era Enrique y cuya historia todos conocían. Y tan popular se hizo la obra que el teatro se llenaba día tras día para verla, por lo que el empresario pidió a Shakespeare que escribiera más obras contando la historia de aquel rey, que fueron dos más las que escribió, y todas con gran éxito. Y luego pergeñó otra sobre el rey Ricardo III, que fue un gran villano. Y después probó suerte con la comedia, y más tarde con la tragedia al modo del romano Séneca. Y de este modo se encontró convertido en un hombre próspero, tanto que de ser simple comediante pasó a ser socio de la compañía para la que estuviera empleado, y con la que construyó un nuevo teatro al sur del río Támesis que se convirtió en motivo de asombro y maravilla, y gracias al cual acrecentó aún más su fortuna. Seguía contando el señor Shakespeare que muchas veces habían representado sus obras en palacio, para la difunta Isabel y para el nuevo rey, Jacobo, quien lo había distinguido con su predilección hasta el punto de convertirlo en su poeta de cámara y en su confidente, y que ahora la compañía de la que él era socio ya no era la de los hombres del lord chambelán, como antaño, sino la de los hombres del rey. Y por todo ello, al llegar a los cincuenta años, poseía tierras y propiedades en su pueblo, y una gran casa, y hasta un escudo para adornar el dintel de su puerta.

Conforme el conde traducía, me admiraba yo al pensar qué distintas pueden ser las vidas humanas y hasta qué punto somos todos hijos del azar, por mucho que a los curas se les llene la boca hablando de la Divina Providencia. En Inglaterra, el señor Shakespeare había convertido su talento en monedas contantes y sonantes, en tierras y en casas y en blasones, y se codeaba con reyes y con condes. Y mientras tanto, a un hombre que a buen seguro lo superara en ingenio y en buenas letras, como era don Miguel, el destino le había deparado una vida llena de infortunios y estrecheces, que hasta el cautiverio entre los infieles había conocido. Reconozco que empezaba a resultarme un tanto fastidioso aquel señor Shakespeare, quien al parecer se había tomado la molestia de escribirle a don Miguel con el único propósito de presumir de sus logros y de su dinero. Sin embargo, en este punto el conde comenzó a traducir el tramo final de la carta, donde por fin se aclaraba la finalidad de esta, que resultó tan sorprendente como el paciente lector podrá juzgar por sí mismo.

Decía el señor Guillermo Shakespeare que un año antes había caído en sus manos la novela de don Quijote traducida a su lengua, que había comenzado a leerla porque muchos la elogiaban por su ingenio y su donaire, y que en efecto había sido grande el solaz que había encontrado en su lectura y numerosas las carcajadas que le había arrancado. Pero que, concluido el libro, había comprendido que en él había mucho más que una historia graciosa. Explicaba que en su propio teatro, más allá de complacer y entretener al público, había pretendido indagar en el alma de los hombres. Había empleado el teatro a modo de espejo en el que se reflejara la naturaleza humana, sus virtudes y sus vicios, sus grandezas y sus mezquindades. Y al

leer la novela de don Quijote había tenido la certeza de que nadie se había acercado tanto a plasmar el alma de los hombres como Cervantes en aquel libro. Confesaba que a él no se le daba bien inventar historias, y por ello prefería aprovechar las ya contadas por otros y transformarlas para sus propósitos. Decía que se había tomado la libertad de usar una de las narraciones contenidas en la novela del *Ingenioso hidalgo*, y que esta era la historia de Cardenio, ese hombre loco al que don Quijote y Sancho encuentran en Sierra Morena, y de su enamorada Luscinda, y de don Fernando y Dorotea, que eran todos ellos personajes que yo recordaba bien. La pieza había sido del gusto del público, pero a él le había sabido a poco. Por ello le confiaba a Cervantes que su intención era escribir una nueva obra, esta vez con don Quijote y Sancho Panza como personajes principales, pues la humanidad de ambos era tan grande que por sí solos podían representar a todos los hombres. Quería que la obra mezclase la comedia con la tragedia, como a menudo ocurre en la vida. Que lo cómico sirviera de alivio de lo trágico, y lo trágico de contrapunto de lo cómico. Le decía que dicha obra iba a ser su despedida de los escenarios, pues tenía previsto alejarse de Londres y de sus teatros, y buscar refugio en su pueblo, en su esposa y en sus hijas. Y para esta obra postrera solicitaba el beneplácito de Cervantes, puesto que él era el padre del caballero y de su escudero, y también pedía su ayuda. ¿Había escrito don Miguel esa segunda parte del *Ingenioso hidalgo* de la que tanto se hablaba? De ser así, y a pesar de lo atrevido de la pretensión, ¿tendría Cervantes a bien compartir dicha obra con él? Siete años había tardado la primera parte de *Don Quijote* en traducirse a la lengua inglesa, pero ese era un tiempo del que el señor Shakespeare pensaba que no iba a disponer. ¿Estaría dispuesto Cervantes a colaborar con él en llevar a don Quijote y a Sancho a los teatros de Londres en una pieza que llevaría la firma de ambos?

Venían al final algunas gentilezas y cumplidos, pero este era, en esencia, el contenido de la carta que el señor Guillermo Shakespeare de Stratford, junto al río Avon, había escrito para Miguel de Cervantes de Alcalá de Henares. Creo que lo último que podía esperar mi suegro a esas alturas de su vida era que un afamado dramaturgo inglés le hiciera semejante propuesta, y por la expresión de asombro y desconcierto que vi en su rostro comprendí que no sabía qué responder. Sin embargo, saltaba a la vista que el conde de Southampton esperaba una respuesta, y uno no puede permitirse el lujo de desairar a tan ilustre mensajero.

—¿Cuándo volvéis a Londres, señor? —preguntó Cervantes.

A lo que el conde respondió que lo haría al cabo de dos días.

Solicitó entonces don Miguel de plazo hasta el día siguiente para pensarse su respuesta y para escribirla en una carta que le haría llegar a su residencia en Madrid mediante persona de confianza. Con ello se quedó contento Southampton, quien antes de marcharse dijo que no podía imaginar proyecto literario más colosal y perdurable que aquel que Shakespeare proponía, puesto que significaría el hermanamiento de los dos ingenios literarios más notables de la época.

Luego se deshizo en cortesías italianas y se marchó a reunirse con su séquito, que aún lo aguardaba en la calle.

Don Miguel y yo nos quedamos pensativos y en silencio durante largo rato. No acababa yo de imaginar cómo se habría tomado mi suegro la oferta del inglés, ni cuáles serían los términos de su respuesta. De hecho, me disponía a preguntárselo cuando me rogó que lo dejara solo, pues se encontraba fatigado y deseaba retirarse a su alcoba. Pero también me dijo que regresara a verlo al día siguiente, pues para entonces tendría escrita una carta que yo debería entregar a Southampton para que él la llevara hasta su destinatario.

Pasaron los días y no dio muestras don Miguel de querer aclararme el contenido de la carta que yo mismo había entregado. Por mi parte, me abstuve de insistirle en que lo hiciera si no era ese su deseo, pues ni me parecía que fuera aquel asunto de mi incumbencia ni he sido jamás de los que gustan de fisgar en cuestiones ajenas. Andaba yo, además, entusiasmado por esos días con la noticia que acababa de darme Isabel, mi esposa, quien me reveló que estaba encinta y que la criatura iba a nacer para los días de la vendimia. Corrí a contárselo a don Miguel, a quien también le dije que si era un niño, íbamos a llamarlo con su nombre, fuese o no fuese el santo del día (Miguel de Córdoba y Saavedra, habría de llamarse mi hijo, quien en efecto fue niño, y es hoy el hombre de largos bigotes y aspecto severo que toma estas palabras al dictado). Mucho se alegró mi suegro con la noticia, aunque observé que se hallaba distraído y no del todo en este mundo. Quise achacarlo a su enfermedad, que seguía progresando de forma imparable y añadiendo cada día nuevos quebrantos a los que ya sufría, pero al punto supe que no era así, pues el mismo me reveló el motivo de su ensimismamiento.

—Escúchame bien, Gonzalo —me dijo—, pues deseo pedirte una gran merced. Se trata de una misión que ha de realizar alguien joven y resuelto, y de mi entera confianza. Y ese solo puedes ser tú.

Le contesté que haría cuanto estuviese en mi mano por complacerlo, como siempre había hecho, y él comenzó a hablarme del siguiente modo:

—Cuando me hablaste de tus años fuera de Madrid, mencionaste que aprendiste a hablar la lengua de los ingleses. ¿Estoy en lo cierto?

Mucho me sorprendió la pregunta, a la que respondí la verdad, es decir, que había aprendido algunas palabras y frases por mi trato con los marineros y comerciantes de aquel reino, pero que mi conocimiento de su lengua apenas bastaría para una conversación de taberna.

Él asintió y continuó:

—Aun así, eres mi mejor baza para lo que tengo que proponerte. —Se quedó en suspenso unos instantes, como ordenando sus pensamientos, y luego me dijo lo

siguiente—: Sabes que siempre ambicioné la fama en los escenarios, pero lo cierto es que mi vida se acerca a su final y que esta fama jamás llegó. Ahora recibo la carta de un poeta inglés del que se dice que es aún mejor que Lope, y me invita a participar en su último proyecto, y yo barrunto que ese proyecto final suyo es también mi última oportunidad de cosechar la gloria en los teatros. Y no en los de España, sino en los de Inglaterra, que sería la primera vez que un poeta español realizara semejante hazaña.

Lo miré con afecto, pero también con compasión, pues pensé que el don Miguel de unos años atrás jamás habría cifrado sus esperanzas en empresa tan peregrina. Pero procuré también ponerme en su lugar, el de un anciano maltratado por la vida al que le quedaba muy poco tiempo para tratar de igualar el saldo.

—Comprendo, señor suegro —le dije—. Pero ¿en qué puedo ayudaros yo?

A modo de respuesta, Cervantes se levantó y alzó la tapa de su arca, de donde extrajo un libro de buen tamaño.

—Mira lo que guardo aquí —me dijo colocándolo sobre su escritorio.

Lo abrí y comprobé que era un manuscrito en limpio de la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*, novela que yo sabía que llevaba tiempo puliendo y ultimando.

—¡Por fin! ¡Mi enhorabuena, señor! ¿Vais a dársela a Francisco de Robles o habéis pensado en algún otro librero?

—De momento, ni una cosa ni la otra. Esta es la única copia en limpio del libro que existe. La encargué hace días a un pendolista y mis buenos ducados he desembolsado por ella. Pero no es mi deseo entregársela a ningún librero ni impresor, al menos todavía, sino a ti, mi apreciado yerno.

—¿A mí? ¿Pero con qué propósito?

—Deseo que viajes hasta Inglaterra con este manuscrito y que se lo entregues en mano al señor Guillermo Shakespeare. Mi idea es que permanezcas allí el tiempo preciso para que él tome buena nota de las peripecias que acontecen a don Quijote y a Sancho en esta tercera salida, de los coloquios que mantienen y los lugares que recorren. Y también de los personajes nuevos que abundan en la novela. Puesto que él no conoce nuestra lengua, había pensado que tú te encargaras de traducir la novela para él *viva voce*, aunque ahora veo que necesitarás ayuda. Lo que él ponga en escena será una mínima parte de lo que yo narro en el libro, pero aun así necesitará conocerlo bien para captar su alma y la de sus personajes. Una vez terminado el encargo, deberás regresar con el manuscrito. ¿Me sigues?

Entendía sus palabras, pero lo que me pedía se me figuraba tan descabellado que apenas daba crédito a mis oídos. Don Miguel pretendía que yo viajase hasta la lejana Inglaterra con el manuscrito de su novela, que me presentara en casa de aquel señor Shakespeare y que, una vez allí, me dedicara a contarle en su propio idioma la trama y los diálogos de aquel libro de varios cientos de páginas, y todo ello con las pocas palabras que yo había aprendido en los puertos del norte (juramentos y blasfemias en su mayor parte), y dejando atrás a mi esposa encinta y mi negocio de tejidos y mi vida entera. Los motivos que se me ocurrían para no complacerlo eran tantos que se

agolpaban en mi cabeza. Mientras ponía orden en ellos, probé a disuadirlo con un argumento que me pareció de peso:

—Se me ocurre, señor suegro, que tal vez fuera mejor esperar a que el libro salga de la imprenta, y así no será necesario que mandéis a nadie con el manuscrito, sino que podréis enviarlo por el correo, ahora que con la paz existen rutas postales entre este reino y aquel. Y que una vez que el libro llegue a sus manos, que sea el señor Shakespeare quien busque a algún español renegado para que se lo vierta al inglés, que seguramente no faltarán dichos hombres por aquellas tierras.

Cervantes pareció entristecerse con mi respuesta y agitó la cabeza en gesto de negación antes de responder:

—No me apremia en absoluto publicar la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*. Mientras el libro esté en mis manos, tendré algún poder sobre Robles, quien se lo pensará dos veces antes de volver a robarme. Deseo, además, dar otros libros a la imprenta antes de este. Mis comedias y entremeses, por desgracia nunca representados. Y acaso también cierta obra en verso que ahora me ocupa. Cuando le entregue el manuscrito de *Don Quijote*, Robles tendrá lo que desea y no accederá a publicarme libro alguno salvo este. Pero hay algo más.

—¿Aún más, señor? —pregunté comprendiendo que don Miguel me estaba dejando huérfano de argumentos.

—Sí. Imagínate que la obra del señor Shakespeare sobre don Quijote se representa en Londres con su nombre y con el mío. ¿No crees que entonces los ingleses demandarían que se tradujera y publicara esta novela de la que salió? Y no al cabo de siete años, como ocurrió con la primera, sino de forma inmediata. ¿No comprendes lo que eso significaría para mi fama?

Lo comprendía muy bien. A todos los hombres de talento les preocupa la posteridad. Pero nadie en su sano juicio rechaza una buena ración de fama en vida. Y eso era lo que don Miguel ansiaba antes de cerrar los ojos para siempre.

—¿Qué suerte pensáis que correré allá? —dije a modo de última baza—. Un católico perdido entre luteranos. ¿Cómo creéis que me tratarán?

—Las cosas de la religión y las de la política siempre fueron de la mano —respondió Cervantes—. Y ahora que las disputas entre nuestros reinos han amainado, no pienso que las cuestiones de fe importen tanto. Me dicen que esos herejes ya ni siquiera queman conventos.

«Sí, porque ya han ardido todos», pensé. Aunque en realidad solamente me quedaba una cosa por decir:

—¿Cuándo deseáis que parta?

En este punto don Miguel me abrazó y me aseguró que nadie había sido bendecido jamás con un hijo tan leal y diligente como aquel yerno que Dios, en su infinita bondad, le había procurado, y que el haberme conocido era una de las pocas recompensas de una vida que no había sido pródiga en venturas. Y tras dichas lisonjas, que se me figuraron algo exageradas, me aseguró que sería él quien corriera

con todos los gastos que el viaje ocasionara, aunque eso ya lo había dado yo por supuesto. Me rogó que partiera cuanto antes, pero yo le pedí unos días para poner mis asuntos en orden y contentar a mi esposa, lo que seguramente sería la dificultad mayor que habría de vencer antes de ponerme en camino.

Más vale que le ahorre al amabilísimo lector la narración de la muy grande refriega que mantuve con Isabel tan pronto como regresé a mi casa y le revelé lo que me disponía a hacer. Baste con decir que fueron tantos los reproches y denuestos que llovieron sobre mi cabeza que hube de encerrarme en un cuarto por miedo a que mi hombría y mi autoridad como marido quedaran en entredicho para siempre. Por suerte, llevaba bajo el brazo el manuscrito de la segunda parte de la novela de don Miguel, que me sirvió de solaz mientras mi esposa perseveraba en sus imprecaciones y luego reducía a añicos unas piezas de loza que guardaba en una alacena, y que unos parientes nos habían entregado como regalo de boda.

Por lo que atañe a la novela, diré que desde las primeras páginas me cautivaron el ingenio y la gracia que don Miguel había vertido en ellas. Y que una vez leídos varios de sus capítulos comprendí que aquella tercera salida de don Quijote era mejor y, con mucho, más ingeniosa que las dos anteriores, las que se narraban en el primer libro. Me maravilló el que los personajes supieran, por boca del bachiller Sansón Carrasco, que sus aventuras habían sido puestas en un libro, y que Cervantes hubiera decidido borrar de un plumazo la frontera entre el mundo real y el imaginado, y obligar a los lectores a transitar entre uno y el otro, sin saber a ciencia cierta dónde se encontraban, como si fuera la cosa más natural del mundo el encontrarse a don Quijote y a Sancho Panza a la vuelta de cualquier esquina. Me sorprendió y divirtió sobremanera el episodio de la cueva de Montesinos, el de los alcaldes del rebuzno y el retablo de maese Pedro, el del caballo *Clavileño* con el resto de las burlas de los duques, y el de la ínsula Barataria, en el que Sancho demuestra que, además de gracioso, es un hombre de buen juicio. Y la aventura de don Quijote en Nápoles, ciudad hacia donde unos soldados lo hacen embarcar con engaños. Y el modo en que el bachiller Sansón Carrasco se las arregla para encontrarlos a él y a Sancho, y para convencer al caballero de la urgencia de regresar a su aldea, donde los encantadores han convertido a todos sus habitantes en puercos. Y cómo luego don Quijote encuentra, en efecto, las calles y casas de su aldea habitadas solamente por marranos, pues todos los lugareños se han confabulado con el bachiller y la sobrina y el cura para escenificar el engaño.

Pasé horas encerrado, leyendo y procurando que Isabel no oyera mis carcajadas desde fuera. Cuando la tormenta amainó, me decidí a salir y vi que se había quedado dormida, y me cuidé mucho de despertarla.

Al día siguiente, en la tienda, pudimos hablar más serenamente. Le expliqué que

no me sentía capaz de contrariar a su padre en aquella última merced que me pedía, que volvería mucho antes de que el niño viniera al mundo y que el viaje resultaría bueno para nuestro negocio, pues pensaba aprovecharlo para trabar conocimiento con algunos fabricantes de tejidos de allá y cerrar tratos con ellos, y que volvería cargado de paños de los que salen de los telares ingleses, que son de los más finos y apreciados de Europa entera, y hasta con sedas y algodones de la India, pues había oído que los ingleses, junto con los holandeses, son los únicos que comercian con aquellas tierras. Con todo esto, y la promesa de los buenos beneficios que mi aventura podía rendirnos, se apaciguó Isabel un tanto.

Y de este modo pude comenzar a hacer los preparativos del largo viaje que me dispongo a narrar. Y de hacerlo con cuidado y con sosiego, que es como mejor han de hacerse las cosas.

Salí de Madrid por San Jorge, esto es, a finales de abril, pues en primavera, con la bonanza del tiempo y el favor de los vientos, es cuando las rutas marítimas se abren para la navegación mercante. Además, don Miguel me dijo que san Jorge era el patrón de los ingleses cuando estos todavía no habían abjurado de la auténtica fe, por lo que me pareció fecha adecuada a más no poder. Me encaminé primero hacia Burgos, donde deseaba abrazar a mi antiguo patrón, maese Miguel Pérez, y al mismo tiempo preguntarle si tenía previsto fletar algún cargamento para Inglaterra desde los puertos del norte. Y tuve la suerte de que así fuera, pues resultó que tenía muchos fardos de la mejor lana castellana preparados para salir hacia Bilbao, donde debían embarcar en un mercante que zarparía al cabo de una semana. Me pidió, como gran merced, que regresara durante un tiempo a mi anterior empleo y que me encargara de vigilar la seguridad del cargamento hasta la arribada al puerto de destino. Y ya que mi deseo era llegar hasta Londres, ¿qué mejor forma de hacerlo que como empleado suyo, con lo que, además de ahorrar el pasaje, me podría beneficiar de una firma de nombre y solvencia conocidas en cuanto negocio deseara emprender allí? Acepté sin pensármelo dos veces, pues aquella oferta favorecía en todo mis intereses, y así fue como al cabo de cinco jornadas de polvoriento camino me encontré de nuevo en la ciudad de Bilbao, que es próspera y hermosa, y se halla rodeada de montes verdes que parecen sacados de una égloga, aunque por otro lado uno se sorprende de que forme parte de la corona de Castilla, pues sus habitantes son gente muy zafia que apenas habla la lengua romance. En cuanto a sus mujeres, son estas tan grandes y caballunas que, si no fuera por sus ropajes, resultara difícil distinguirlas de los hombres.

No tardé en localizar mi barco en el puerto, aunque por la fecha eran tantos los buques que sus mástiles formaban un auténtico bosque junto a la ría. El nuestro era un mercante de tamaño mediano y no muy nuevo que habían bautizado como *Sweet*

Rosie, que, según me revelaron jocosamente los miembros de la tripulación, era el nombre de una de las queridas del armador, mujer de notables atributos físicos, como creí entender por el modo en que los marineros se colocaban ambas manos en forma de tazones delante del pecho. Arreglé con el capitán (quizás el hombre más sucio que jamás me haya encontrado) los detalles del flete y de mi pasaje, y luego velé para que los fardos fueran debidamente cargados y almacenados en la bodega, aunque algunos de aquellos hombres estaban tan ebrios que llegué a temer que la mercancía acabara en el fondo del puerto, donde dudo que los peces hubieran encontrado utilidad en aquellas 5.000 libras de buena lana castellana, que venía a ser toda la que producía un rebaño de tamaño medio al cabo del año.

Luego, como aún quedaran dos jornadas para zarpar, tomé posada. Una vez aseado y reparadas mis fuerzas tras las fatigas del viaje, salí en busca de alguien sin cuya ayuda dudaba que mi misión pudiera arribar a buen puerto.

Se llamaba Tomás Callaghan, y su familia procedía de Irlanda, donde los ingleses tantas tropelías y crímenes han cometido. Fue su padre uno de los ciudadanos notables que se rebelaron contra la bruja Isabel en aquella guerra que duró nueve años, revuelta que nuestro difunto rey Felipe favoreció con hombres y con dinero, aunque solo para ver cómo era aplastada por el duque de Essex, quien saboreó en sus propias carnes la gratitud de la reina cuando su cabeza rodó bajo el hacha del verdugo. Pero antes de eso el padre de Tomás fue derrotado y tuvo que batirse en retirada, hasta que al final se vio entre los ingleses y el mar. La alternativa era huir o bien acabar con su cabeza clavada en una pica. Entonces decidió que el mejor refugio posible frente a los herejes era la católica España, en cuyas costas desembarcó con su familia, algunos criados y lo que había podido salvar de su patrimonio. Por aquel entonces Tomás era un niño de pecho, lo que significa que creció y se educó en Castilla y no conservaba el menor recuerdo de su Irlanda natal. Aun así, sus padres procuraron mantener ese recuerdo vivo en él y en sus hermanos, pues no dejaban de soñar con el día en que los ingleses fueran expulsados de las tierras de Irlanda y a ellos les devolvieran sus fincas y su rango.

Yo había trabado conocimiento con este Tomás Callaghan mientras estaba al servicio de maese Pérez. Salvo por su pelo colorado y su rostro moteado de pecas, podría decirse que era un muchacho como muchos otros, hijo menor de una familia noble venida a menos, y por ello con dificultades para abrirse camino en la vida. Su padre había tratado de hacerlo ingresar en la Compañía de Jesús, pues el muchacho se había educado con los padres jesuitas y la familia mantenía buenas relaciones con la Compañía. Pero al joven Callaghan le gustaban demasiado las faldas y el vino, y los jesuitas distan de ser como el párroco de cualquier iglesia de pueblo, sino que tienen fama de clérigos cabales que observan a pies juntillas la regla de San Ignacio. Y

aunque hay quien los tenga por intrigantes y hambrientos de poder y riquezas, dudo que hubieran admitido entre ellos a un mala cabeza como Tomás, que cuando yo me lo encontré era bien conocido en las tabernas vizcaínas por bebedor y por pendenciero.

Sin falsa vanagloria, diré que fui yo quien le mostró el modo de ganarse la vida con honradez. Entre jarra y jarra de vino, me contó él su historia y la de su familia, y me dijo que su padre se había empeñado en que aprendiera las lenguas de su Irlanda natal, que eran dos, la que allí se hablaba desde antiguo y la de los invasores ingleses. Y que en ambas sabía expresarse con tanta propiedad como en la nuestra, y que esa destreza adquirida de niño le había permitido aprender otros idiomas con facilidad. Cuando descubrí que Tomás hablaba con soltura la lengua de los ingleses, la de los franceses y valones, la de los flamencos y la de los alemanes, pensé que lo que acababa de encontrar era un diamante en bruto, pues no había día que yo pasara en los puertos del norte en que no tuviera que negociar con hombres de alguna de esas tierras, y bien sabe Dios lo arduo que esto se hace cuando las únicas herramientas para entender y ser entendido son las señas y unas pocas palabras sueltas. Así pues, le propuse que me sirviera como trujimán con los capitanes y los comerciantes extranjeros, a lo que él accedió de buen grado. Y tan útiles me fueron sus servicios que desde ese día nos convertimos en buenos compañeros, y yo diría que en amigos, como quedó de manifiesto por el gran abrazo que me dio cuando me encontró plantado aquel día ante la puerta de su casa de Bilbao.

Le hablé a Tomás de mi viaje a Inglaterra y de la misión que allí me llevaba, y le dije que su presencia a mi lado sería, más que una ayuda, una auténtica bendición, pues su conocimiento de la lengua de los ingleses me serviría para superar no pocas de las dificultades que me aguardaban en aquel reino. Al principio montó en cólera y con grandes aspavientos me dijo que antes pondría los pies en el infierno que en la capital de Inglaterra, y aun si lo hiciera sería únicamente para prenderle fuego a aquella ciudad de Satanás habitada por herejes y enemigos de su patria. Puesto que lo conocía desde tiempo atrás, lo dejé aliviarse a gusto contra los ingleses y sus muchos pecados, y cuando lo noté más sosegado lo llevé a un mesón donde pudo hartarse de vino y carnero asado, lo que mejoró mucho su humor, aunque la estocada final se la dieron los doscientos reales que le prometí por el trabajo, que eran los que don Miguel me había proporcionado con gran fatiga de su magra bolsa.

Y así fue como todo quedó dispuesto para zarpar. Y una mañana de principios de mayo del año 1614, este humilde narrador se vio a bordo de un mercante, porfiando por mantenerse en pie sobre aquella cubierta que se empeñaba en menearse como un potro desbocado, ensordecido por los graznidos de las gaviotas y los gritos de los marineros, contemplando cómo la costa de Vizcaya se convertía en una cinta verde y luego desaparecía tras el horizonte.

De mi experiencia marítima más vale que guarde silencio, pues lo único que recuerdo de ella es que durante los siete días que duró la travesía (con una breve escala en el puerto francés de La Rochelle) apenas pude salir del mugriento camarote que nos habían asignado a Tomás y a mí, y no porque se nos prohibiera hacerlo, sino porque empleé todo ese tiempo en sentirme morir y en echar los hígados por la boca cada dos por tres. Y ahora pienso que de no haber estado allí mi amigo para cuidar de mí, para darme de beber y alentarme con sus palabras, quizás el Gonzalo que hubiera llegado a Londres habría sido un Gonzalo difunto. Con todo, el día en que descendí del barco trastabillando por la pasarela, mi aspecto debía de ser en todo semejante al de un cadáver, tales eran mi palidez y mi consunción al cabo de tan infausto viaje. Y aun así, me quedaron fuerzas para agacharme y besar la tierra inglesa, y no porque fuera inglesa, sino porque era tierra, y firme, lo que en aquel momento se me figuró milagroso en extremo.

La primera cosa que atrajo mi atención, tras recuperar la capacidad de ver y de admirarme, fue el tamaño del puerto de Londres, al que se arribaba tras remontar el curso del Támesis a lo largo de varias leguas. Por aquel entonces yo aún no había estado en Sevilla, que es de los españoles el puerto principal del comercio con las Indias, pero dudé que el de Londres tuviera mucho que envidiarle al puerto hispalense, ni en número de buques atracados, ni en la cantidad de tinglados y almacenes, ni en lo exótico y variado de las mercancías que de él partían o en él se descargaban. Recuerdo que me sentí aturdido por la mezcolanza de olores, en la que predominaba el tufo a pescado podrido y el hedor del estiércol mezclado con el de los excrementos humanos. Aunque también asaltaron mi nariz los aromas de las infinitas especias que allá se almacenaban, algunas conocidas, como eran la pimienta y la canela, y otras muchas que visitaban mi olfato por vez primera, pues jamás antes las había olido. Otra cosa que noté fue la falta de luz, y ello pese a que habíamos atracado a primeras horas de la tarde y a que los densos racimos de nubes dejaban ver a ratos un sol que, por lo tibio y raquítrico, parecía sentir vergüenza de asomar la nariz. Y en aquello sí que eran muy distintas Londres y Sevilla, en cuyo cielo campeaba aquel fiero sol andaluz que yo recordaba de mi mocedad.

Pero lo que más me aturdió fue el gran trajín de gentes que bullían en derredor como insectos en torno a un hormiguero, y que además hablaban y gritaban en lenguas que yo no entendía, y que se confundían en mis oídos con sus extraños timbres y acentos, lo que hizo que todavía sintiera con más fuerza la sensación de ser un extraño en aquella ciudad. Y entonces di gracias a los cielos por la feliz idea de hacerme acompañar de Tomás, que conversaba con todos como si fueran vecinos suyos, pues pienso que hasta en las cercanías de la torre de Babel se habría sentido como en su casa aquel muchacho.

Con todo, y a pesar de mis primeras impresiones de confusión y de caos, pronto noté que los ingleses eran gente industriosa y organizada, pues en un decir amén la mercancía había sido descargada del barco y se habían completado las diligencias y

documentos que exigían las autoridades portuarias. Advertí entonces que la fecha que los oficiales consignaban en los documentos era la del uno de mayo, cuando según mis cálculos estábamos ya en el día once. Pero cuando iba a hacerlo notar me advirtió Tomás que aquellos herejes vivían con diez días de retraso con respecto a los reinos católicos, pues, con tal de no seguir los dictados de Roma, se habían negado a corregir su calendario según la disposición del papa Gregorio, lo que demostraba lo muy necios y brutos que eran en el fondo.

En la tienda de un judío cambié parte del oro que traía de España por monedas inglesas, que se llamaban peniques y chelines (las pequeñas) y coronas y libras (las de más valor), y a continuación decidimos buscar posada, pues el día avanzaba y ya poco más podíamos hacer. Así pues, nos apartamos de la zona de los muelles y nos internamos por las calles de Londres en busca de un sitio decente donde pernoctar. Recuerdo que mi primera impresión no fue favorable, pues, más que la capital del reino de Inglaterra, lo que aquella famosa ciudad se me figuró fue un laberíntico lodazal. Las callejas eran estrechas y estaban desprovistas de pavimento, a diferencia de muchas de las de Madrid, y ni una sola de ellas se veía libre de un fango nauseabundo en el que las botas quedaban atrapadas y hasta las ruedas de los carros se atascaban. Y ello era porque en aquel país llovía muchísimo, según Tomás me explicó, y el barro se amasaba con la inmundicia que la gente arrojaba por las ventanas hasta formar aquel légamo atroz que nos veíamos obligados a vadear, pues según él, los ingleses eran quizás los seres humanos más sucios sobre la faz de la Tierra, más aún que los negros del África y los indígenas de las Indias, y en ello tuve que darle la razón, pues la suciedad que veía por todas partes y los hedores espantosos que ofendían mi olfato no dejaban lugar a dudas. Reparé también en que las casas parecían a medio terminar, pues en todas ellas se había dejado a la vista las toscas vigas de la construcción, y muchos de los tejados estaban hechos de paja, lo que yo jamás había visto antes. Al final, tras preguntar aquí y allá, llegamos a una posada que se llamaba La Cabeza del Jabalí, lo que adiviné sin necesidad de comprender la lengua, pues la puerta estaba adornada con una testa de puerco salvaje pintada sobre una tabla. El precio que nos pidieron por la cena y una cama se nos figuró excesivo, y más cuando comprobamos que la cena consistía en un plato de vaca hervida sin aderezo ni guarnición, y que la cama bullía de chinches, pero nos sentíamos agotados y decidimos aceptar sin regateos y reparar fuerzas en previsión de cuanto pudiera acontecer al día siguiente.

Londres nos saludó con otro día gris y plomizo, como son todos los de allí cualquiera que sea la estación del año. Como le había dicho a Isabel antes de partir de Madrid, mi propósito era trabar conocimiento con ciertos comerciantes y tratantes de la ciudad, comprar género y cerrar algunos tratos. Pero siendo don Miguel quien

estaba costeando los gastos de aquel viaje, pensé que lo justo era que me ocupara de solucionar sus asuntos antes de abordar los míos. Me dije que aquella misma posada de La Cabeza del Jabalí donde nos hospedábamos era un buen sitio donde empezar nuestras pesquisas, por lo que pedí a Tomás que preguntara al posadero si conocía a ese Guillermo al que debíamos encontrar, que en la lengua de los ingleses se llamaba William. Y en ese momento me preparé para oír malas noticias, pues quizás el tal Shakespeare no fuera ni la mitad de famoso de lo que su amigo el conde nos había asegurado, con lo que encontrarlo en una ciudad como aquella podría convertirse en una empresa tan ardua como encontrar una chinche que profesara la religión católica en la cama luterana donde acabábamos de dormir.

Abordamos a uno de los parroquianos, quien saludaba el nuevo día con un plato de salchichas y una gigantesca jarra de cerveza, brebaje al que los ingleses de baja condición son muy aficionados. Tenía aspecto de soldado viejo, y su barriga era tan prominente y redonda que más se asemejaba a un globo terráqueo. Quiso saber de dónde procedíamos, y cuando le revelamos que éramos españoles nos recomendó que visitáramos las costas del oeste de Inglaterra, pues aún llegaríamos a tiempo de recoger algunos pedazos de nuestra Armada «Invencible», que él mismo había ayudado a mandar al fondo del mar. Apreté con fuerza el brazo de Tomás para indicarle que se abstuviera de responder, aunque noté por su gesto que estaba deseando hundirle el puño en el rostro a aquel fanfarrón. Sin embargo, supo contenerse y se las arregló para que la conversación derivara hacia el señor Shakespeare, el famoso autor de comedias. Y resultó que el rufián no solo conocía a Shakespeare, sino que afirmó que todo el mundo en Londres lo conocía, y nos dijo que cuando era más joven había visto muchas de sus obras en un teatro que estaba al norte de la ciudad, en un vecindario que denominó Shoreditch, donde pensaba que residía el famoso poeta. O tal vez fuera en el barrio aledaño que llamaban de Bishopgate, lo que significa «La Puerta del Obispo». Y allí nos dirigimos atravesando de nuevo la pantanosa ciudad, cuyas calles nos recibieron con su pestilencia, sus lodos y sus multitudes, entre las que reconocimos un buen número de granujas y pordioseros, por lo que procuramos esconder bien las bolsas, no fueran estas a terminar el día en manos ajenas.

Llegamos al barrio de Shoreditch a mediodía, tras extraviarnos en varias ocasiones, con las botas enlodadas hasta la rodilla y el susto en el cuerpo, pues poco había faltado para que fuéramos arrollados por más de un carro durante el trayecto. Pero lo peor fue que, una vez allí, los lugareños nos dijeron que aquel teatro que buscábamos ya no existía, pues el señor Shakespeare y sus socios habían decidido desmontarlo entero y verdadero y llevárselo al sur de Londres, a una zona que encontraríamos cruzando el río. Y que allí lo había reconstruido aún más grande y hermoso de lo que antes era, y lo habían rebautizado como el teatro del Globo. Y que ahora la zona del Globo y sus aledaños se había convertido en la favorita de los londinenses que buscaban holganza, pues al encontrarse fuera de la muralla también

estaba fuera de la jurisdicción del alcalde de la ciudad, a quien al parecer el teatro le agradaba poco. En cuanto al paradero del señor Shakespeare, nos dijeron que en efecto había residido en Bishopgate, pero que de eso hacía ya más de quince años, y que se había mudado al sur del Támesis cuando la compañía de cómicos decidió trasladar allí el teatro. En este punto no nos quedó más remedio que tornar grupas (figuradamente, pues íbamos a pie) hacia el sur, y volver a atravesar la pestilente ciudad de extremo a extremo, lo que estaba empezando a convertirse en un penoso hábito.



Alcanzamos por fin el río, que a su paso por Londres es tan ancho como ninguno yo antes viera, y que soportaba un tráfico constante de barcos de todos los tamaños, desde botes minúsculos hasta grandes barcazas, y algunas tan engalanadas que no parecía sino que transportaran a duques o reyes. Entonces supimos que el río Támesis era la avenida principal de Londres, y que su cauce se usaba tanto para el tráfico de mercancías como para el de hombres, pues los londinenses (sobre todo los más pudientes) preferían trasladarse por el río antes que aventurarse por las pestilentes calles de la ciudad, lo que me pareció cosa de gran sentido común a juzgar por lo que llevaba visto, pues a esas alturas el barro ya no solamente nos cubría las botas, sino que nos había salpicado los calzones, las capas y hasta el penacho de nuestros sombreros.

Cruzamos el río por el puente de Londres, llamado así con toda propiedad, pues es el único que hay, y que más que a un puente se asemeja a una calle con tiendas y casas a ambos lados. Una vez al otro lado, en la zona que llaman el Bankside, preguntamos por el emplazamiento del famoso teatro del Globo, y cuál no sería

nuestra sorpresa y consternación cuando lo que encontramos fueron las ruinas de un gran edificio circular devorado por el fuego, ruinas que todavía despedían un intenso olor a chamusquina. Los vecinos nos dijeron que el teatro había ardiendo pocos meses atrás por culpa de un cañón de utilería que habían usado en la representación de una batalla. Ocurrió que las chispas del cañón prendieron fuego al tejado de paja, con el resultado de que en el tiempo de un suspiro el teatro había quedado reducido a una ruina humeante. En cuanto al paradero del señor Shakespeare, nos dijeron que, en efecto, durante varios años había ocupado habitaciones en una posada cercana al Globo, en compañía de una de sus hijas, pero que algún tiempo atrás se había mudado a una casa de la ciudad, aunque la situación de dicha casa era objeto de gran controversia. Unos la localizaban en las inmediaciones de la catedral de San Pablo, mientras que otros nos enviaban a la zona ribereña llamada «de los frailes negros», donde antaño se alzaba el convento de los padres dominicos.

Tal vez no precise decir que a esas alturas mi amigo Tomás y yo nos encontrábamos exhaustos, sucios y desalentados por tanto ir y venir, y que empezábamos a tener la sensación de que los habitantes de Londres se habían confabulado para mofarse de nosotros y divertirse a nuestra costa, pues no era posible que aquel Shakespeare se hubiera mudado tantas veces. Sin embargo, entonces recordé que mi propio suegro había vivido en cuatro o cinco casas distintas en los últimos años, tanto en Madrid como en Valladolid, y pensé que tal vez él y Shakespeare fueran en verdad almas gemelas, y no solamente en lo poético. Como decían mis paisanos de Lavapiés de las vasijas mal hechas y de las personas que no saben permanecer quietas en un sitio, ambos eran «culos de mal asiento».

Entramos en una taberna a malcomer (no parecía haber un solo sitio en Londres donde sirvieran comida decente) y discutimos cuáles habrían de ser nuestros próximos pasos. Solicitamos consejo a los parroquianos, pero al oír el nombre de Shakespeare estos pensaron que lo que buscábamos eran distracciones y nos aseguraron que en aquel barrio de Bankside no faltaban los lugares de esparcimiento. Además del teatro que había ardiendo, estaban el de la Rosa y el del Cisne, y en ambos se ofrecían representaciones casi a diario. Si lo que deseábamos eran diversiones más fuertes, en los Jardines del Oso podríamos presenciar cómo una de estas bestias se enfrentaba a una jauría de perros, batalla que siempre se resolvía con gran efusión de sangre, con varios de los perros despedazados y con el oso arrastrando las vísceras por la arena del coso. Todo esto era muy del gusto de los ingleses, quienes, como Tomás repetía con frecuencia, no eran otra cosa que bárbaros. Nos recomendaron también varios burdeles en la zona, lo que mi compañero pareció encontrar más de su gusto. Pero yo le recordé que no estábamos allí para solazarnos, y mucho menos para putañar, sino para cumplir el encargo de don Miguel. Entonces reparé en un cartel clavado en una de las puertas de la taberna, y me di cuenta de que en él aparecía el nombre de William Shakespeare. Mi compañero lo tradujo para mí y me dijo que se trataba del anuncio de una comedia que representaba por esos días la compañía

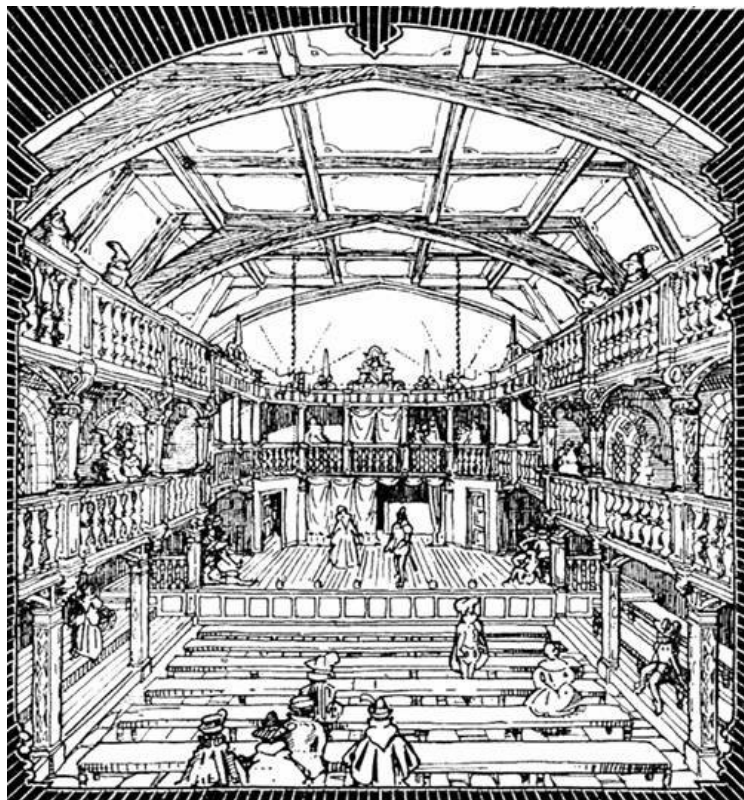
llamada los «Hombres del Rey». La obra se titulaba *La tempestad*, y el teatro donde se representaba era el de Blackfriars, situado en los terrenos donde antaño se alzara el convento de los dominicos (en este punto Tomás escupió con desprecio, pues solo a los ingleses se les ocurriría usar lo que fuera un convento para representar comedias, es decir, transformar un lugar sagrado en un sitio para la diversión y la licencia). Vimos que esa misma tarde había representación y se nos ocurrió que asistir como público podía ser el mejor modo de cazar al escurridizo dramaturgo de una vez por todas, pues a esas alturas empezábamos a preguntarnos si el dichoso señor Shakespeare existía de verdad o si acaso era una persona ficticia, a semejanza de los personajes de sus comedias.

Aquella no era la primera vez que yo pisaba un teatro. Ya en mi primera crónica referí aquella ocasión en que acompañé a don Miguel al Corral del Príncipe para ver una comedia de Lope. Y antes de eso recuerdo haber visto una obra compuesta por el propio Cervantes en el Corral de la Cruz, una muy trágica que versaba sobre el sitio de Numancia. Pero lo que vi aquella tarde en el teatro de Blackfriars resultó muy distinto de lo que yo esperaba, algo que nunca antes había visto, y que no volví a ver jamás una vez de regreso a España.

Diluviaba cuando llegamos, por lo que pensé que quizás suspendieran la representación. Pero nos aseguraron que no sería así porque, a diferencia del resto de los teatros de Londres, aquel estaba protegido de las inclemencias del tiempo, que en aquella parte del mundo eran muchas y variadas. Tal vez por aquello de que el teatro dispusiera de un techo bajo el que cobijarnos nos cobraron nada menos que un chelín por la entrada, que era mucho más de cuanto yo hubiera pagado antes por ver una comedia. Y por si acaso alguien intentaba colarse sin pagar, en la puerta montaba guardia el hombre más gigantesco que yo hubiera visto jamás, un sujeto de larguísima melena negra y rasgos que parecían tallados en piedra. Nos dijeron que era un indígena de la colonia de Virginia, lo cual me sorprendió sobremanera, pues yo había visto indios en Madrid, como criados de algunos hombres que habían tenido oficios en nuestras colonias, y eran tirando a pequeños y en todo diferentes a aquel solemne Hércules.

El salón del teatro en sí no era grande, aunque estaba tan abarrotado que no cabía ni un solo inglés más. A diferencia de otros teatros, en aquel todos estábamos sentados, tanto los que ocupábamos las localidades más baratas, que eran las del patio, como los que podían permitirse pagar un asiento en las galerías. Grandes candelabros colgaban del techo para que todos pudiéramos vernos unos a otros, los de abajo a los de arriba y los de arriba a los de abajo, cada cual ataviado conforme a su posición y su fortuna, como si el mundo mismo fuera una comedia en la cual todos tuviéramos asignado nuestro personaje (aunque no sea esta comparación muy

novedosa, como hasta el propio Sancho Panza le hace notar a don Quijote en cierto coloquio que ambos mantienen). Y entonces empezó a oírse música, lo que quería decir que iba a empezar la representación.



De las horas siguientes tan solo diré que pasaron como en un sueño, y no porque me quedara dormido, sino por la gran fantasía e imaginación de todo cuanto acontecía sobre la escena, que no parecía sino que todos aquellos hechos transcurrieran en alguna isla lejana y fabulosa, y no sobre un simple tablado de madera. No diré que lo comprendiera todo porque faltaría a la verdad, pero entre lo que mi buen amigo Tomás me sopló al oído y lo que colegí por los gestos y ademanes de los cómicos, yo diría que aquel fue el chelín mejor empleado de toda mi vida. Sobre aquel escueto escenario tuvo lugar una tempestad, con sus relámpagos y sus truenos y su mar embravecido. Luego presencié cómo un buque se iba a pique y oí los gritos de auxilio de los desventurados náufragos. Vi a un mago obrar milagros y sortilegios; a una hermosa doncella de larga melena rubia; a un genio que, para mi asombro, entraba y salía volando de la escena; a un ogro contrahecho que provocaba auténtico pavor, y a muchos otros personajes, que entre todos iban contando aquella mágica historia. Y en cierto momento no pude evitar comparar la prodigiosa inventiva de todo aquello con las comedias a las que estábamos habituados en España, a cuál más insulsa, con sus enredos, sus amoríos, sus asuntos de honor, sus maridos burlados y sus gracias repetidas hasta la saciedad. Pensé que aquella representación hubiera maravillado a don Quijote, siempre hambriento de prodigios, aunque quizás el caballero hubiera decidido participar en ella en algún punto para enderezar las cosas. En cuanto a mí, aun sin entender gran parte de lo que ocurría

sobre la escena, comprendí que aquel teatro volaba muy alto. «*Somos de la misma sustancia que los sueños* —decía el mago Próspero— *y nuestra breve vida culmina en un dormir*». Qué gran verdad era aquella. Y qué palabras tan hermosas para expresarla.

Acabó la obra y los actores cantaron y bailaron. Y yo sacudí la cabeza para tratar de despejarla de los últimos retazos del ensueño, pues el poder de aquellas ficciones era tal que perduraba incluso cuando la comedia había concluido.

—¡Qué hermosura! —exclamé cuando nos pusimos en pie.

—¿La comedia o la muchacha? —preguntó Tomás guiñándome un ojo.

Se refería a la actriz que representaba el papel de Miranda, la hija del mago Próspero. El bueno de Tomás jamás dejaba pasar la ocasión de glosar los encantos de cuantas mujeres se cruzaran en nuestro camino.

—Ambas, respondí. Reconozco que también era hermosa la muchacha.

Tomás soltó una carcajada.

—¿Pero es que no te has dado cuenta de que era un mancebo? —dijo asestándome una palmada en la espalda.

—¿Qué dices?

—Cosas de los ingleses —explicó él—. Libertinos como el mismísimo diablo, pero tan hipócritas que no permiten que las mujeres suban a los escenarios, por lo que todos los papeles femeninos los han de interpretar niños o muchachos. Aunque me sorprende que no te hayas dado cuenta. ¿Acaso he de pedir que nos den camas distintas en la posada?

Ahora me tocó a mí el turno de reír, aunque no sin cierta turbación, pues durante toda la comedia había estado admirando la belleza de quien yo creía una hermosa muchacha rubia, cuando al parecer sus faldas y enaguas escondían ciertas sorpresas indeseadas.

—¡Calla de una vez! —dije ansioso por acabar con aquella embarazosa conversación—. Y vayamos a buscar al señor Shakespeare, que no puede andar muy lejos.

Así pues, nos dirigimos hacia los aposentos que la compañía usaba para cambiar sus ropas y pintar sus caras, y ¿a quién piensa el lector que hallamos montando guardia ante la puerta, sino al gigantesco hombre indio que antes viéramos en la entrada del teatro?

Le explicó Tomás que nuestra pretensión era entrevistarnos con el señor Guillermo Shakespeare, el autor de aquella comedia, pues veníamos de España con un mensaje para él, pero el hombre no dio señales siquiera de haberlo oído, sino que permaneció imperturbable y de brazos cruzados, cubriendo todo el vano de la puerta con su corpachón. Insistió Tomás y por fin consiguió que el indio se dignara a mirarnos.

—Shakespeare no —respondió—. Shakespeare lejos.

Nos disponíamos a solicitar más aclaraciones cuando la puerta se abrió y de ella

surgió un hombre alto y grueso a quien al principio no conocí, pues no llevaba puesta la rica túnica con la que yo lo había visto en escena, ni su báculo de mago, ni sus barbas postizas, y traía, además, la cara limpia de pinturas. Sin embargo, al punto me di cuenta de que se trataba del cómico que habría representado el papel de Próspero, legítimo duque de Milán y mago poderoso, en la comedia de *La tempestad*.

—Me llamo Ricardo Burbage —dijo a modo de presentación— y soy el director de los Hombres del Rey. ¿Qué se les ofrece a vuestras mercedes?

Comenzó entonces Tomás a explicarle el motivo de nuestro viaje y nuestra pretensión de reunirnos con el señor Shakespeare. Sin embargo, tan pronto como Burbage oyó mencionar a Shakespeare, pareció que se lo llevaban los mismísimos demonios, pues prorrumpió en una ristra de denuestos que a duras penas comprendí, aunque por sus gritos y sus gesticulaciones saltaba a la vista que el director de la compañía no estaba muy contento con su socio y dramaturgo principal. Y mientras Burbage juraba, Tomás me explicó que al parecer el señor Shakespeare había tomado la reciente decisión de retirarse de la escena londinense y de irse a vivir a su pueblo de Stratford, junto al río Avon, donde tenía propiedades y residía su familia, y que eso explicaba el gran enfado de su socio Burbage, pues la riqueza principal de aquella compañía eran las obras que Shakespeare escribía para ellos, y ahora ese caudal se había secado.

—¡Justamente cuando más gastos hemos de afrontar! —vociferaba Burbage—. ¡El arriendo de este teatro, la reconstrucción de El Globo! ¡Así que si veis a Shakespeare decidle de mi parte que mal rayo lo parta!

Y con tan gentil deseo dio media vuelta y se encerró con un gran portazo, lo que permitió que el gran indígena volviera a ocupar su puesto de guardia.

Ya nada nos quedaba por hacer allí, de modo que decidimos regresar a nuestra posada y reparar fuerzas, pues comprendimos que tendríamos que salir de viaje al día siguiente.

En las calles reinaba la oscuridad, aunque al menos había dejado de llover. Con todo, la capa de barro era más espesa que nunca. Hartos como estábamos de chapotear en el lodo, ni a Tomás ni a mí nos disgustaba la idea de abandonar Londres.

CAPÍTULO X

LA SEGUNDA MEJOR CASA DE STRATFORD

—Buenos días.

—Hola. ¿Qué tal ha dormido, profesor?

Pilar le sonreía sentada a la mesa de su cocina con un tazón de café con leche entre las manos. El sol brillaba a través de la ventana y parecía que la lluvia se había alejado por fin de Madrid. Erasmo tomó asiento y dejó que la muchacha le sirviera un expreso que acababa de preparar con una cafetera de cápsulas. Un aroma vivificante a café recién hecho y a tostadas llenó la cocina, y Erasmo se dijo que podría acostumbrarse fácilmente a amanecer todas las mañanas junto a Pilar Esparza.

Habían leído el manuscrito de Gonzalo de Córdoba hasta bien entrada la madrugada, y cada nueva página los había empujado a seguir adelante, hasta que el sueño y la fatiga los vencieron y tomaron la decisión de continuar a la mañana siguiente. A fin de cuentas, ahora no tenían prisa. Gracias al celo de Hernán Pérez y al maravilloso invento de *la nube*, las peripecias de Gonzalo en la Inglaterra jacobina les aguardaban, intactas y completas, en las tripas del ordenador de Pilar. Solo necesitaban sentarse y reanudar la lectura para que aquella crónica cobrara vida de nuevo, un relato fascinante en cuya nómina de personajes principales figuraban los dos mayores genios literarios que había conocido la humanidad. A Erasmo le resultaba difícil creer que fuera tan sencillo. Shakespeare y Cervantes. Cervantes y Shakespeare. ¿Cuántas veces habría pronunciado esos dos apellidos durante sus años de profesor de literatura en la Complutense? Con demasiada frecuencia, los profesores y críticos olvidaban que ambos habían sido hombres que un día caminaron por el mundo, hombres que respiraban y que tenían que alimentarse, que amaron y odiaron, que fueron esclavos de las mismas pasiones y flaquezas que sus semejantes, que sufrieron la enfermedad y que un día de hace cuatrocientos años sucumbieron a ella. Ambos fueron ensalzados por la posteridad, elevados a las alturas olímpicas de la gloria literaria. Cuatrocientos años atrás, emprendieron ese «viaje del Parnaso» sobre el que Cervantes había escrito. Pero la gloria los había despojado también de su humanidad. Los estudiosos habían olvidado que tanto uno como el otro habían sido seres humanos. Más bien los concebían como instituciones, incluso como yacimientos arqueológicos. Ambos habían quedado enterrados bajo un alud de libros, de ensayos, de tesis doctorales, de literatura académica de todo género. Pero la crónica que estaban leyendo había obrado el milagro de traer de vuelta a la vida a los hombres que fueron, a los de carne y hueso. Para Pilar y para él, Cervantes era ya como un viejo amigo. En cuanto a Shakespeare, estaban a punto de conocerlo a través de las palabras de Gonzalo de Córdoba.

—Muy bien, profesor. Cuénteme sus impresiones. ¿Cómo está viviendo todo esto?

Erasmus tuvo la sensación de encontrarse en el diván del psicoanalista. Pero si la psicoanalista era Pilar, eso no le importaba demasiado. De modo que tomó un pensativo sorbo de su café y se dispuso a responder:

—Lo estoy viviendo con auténtico vértigo, supongo que igual que tú. Pero también con cierta preocupación. Quiero decir que me siento preocupado por ti.

—¿A qué se refiere? —preguntó la muchacha frunciendo el ceño.

—Tu trabajo en la universidad... tus artículos. Verás, a mí todo esto en realidad me afecta muy poco, porque tomé la precaución de jubilarme hace años. Pero tú... En fin, se puede decir que prácticamente estás empezando tu carrera académica. Y resulta que con cada nueva página de la dichosa crónica de Gonzalo, la historia de la literatura se reescribe por completo. Cuando llegemos al final, no va a quedar títere con cabeza. No quiero ni pensar en cuántos artículos, libros y tesis doctorales se habrán convertido en papel mojado para entonces.

Pilar soltó una gran carcajada.

—Menos mal. Me quita usted un gran peso de encima. Pensé que lo que le preocupaba era mi seguridad física, o algo así.

Erasmus la miró en silencio. En realidad aquello también le preocupaba. Sin embargo, ahora el manuscrito no estaba en su poder. Oficialmente, ni siquiera poseían su versión digital completa. Estaban fuera del juego, y eso le hacía experimentar un cierto alivio, una sensación de seguridad que ojalá no careciera de fundamento.

—Por lo demás —continuó Erasmus—, dudo que podamos hacer valer las revelaciones de la crónica de Gonzalo ante nuestros colegas académicos. Sin el aval físico del documento, es como si para hacer esos hallazgos hubiéramos consultado una bola de cristal. A mí eso me trae sin cuidado, porque a estas alturas pocas cosas me quedan por demostrar. Me basta con llegar al final de esta historia y conocer la verdad. Tú, sin embargo...

Pilar bajó la vista y asintió, con lo que tácitamente le estaba dando la razón. Pero acto seguido volvió a mirarlo a los ojos, frunció el ceño y apretó los puños sobre la mesa de la cocina. No parecía dispuesta a claudicar con tanta facilidad. Erasmus no hubiera esperado otra cosa de ella.

—¡Pero la crónica en sí no se ha destruido! Tal vez vuelva a aparecer en algún momento. O quizás podamos dar con otros documentos que apoyen los hechos que Gonzalo revela. Y si no fuera así... En fin, ha dicho usted que le basta con conocer la verdad. Pero la verdad en este asunto ya es mucho. Lo que Gonzalo plantea y probablemente resuelve constituye el mayor enigma al que jamás se hayan enfrentado unos investigadores en nuestro campo. No me diga que no se muere usted por llegar al fondo del asunto.

Erasmus asintió con reservas. Ciertos hechos que habían vivido en el pasado le hacían temer que la palabra «morir» pudiera adquirir en su caso un sentido literal. De

forma involuntaria, sus dedos buscaron el lóbulo de la oreja izquierda, aunque solamente para palpar el aire.

—¿Crees que llegó a materializarse esa colaboración entre Shakespeare y Cervantes? No existe la menor constancia de esa versión teatral del *Quijote*. Al margen de *Cardenio*, claro.

Pilar se encogió de hombros.

—Gonzalo llega a Inglaterra en mayo de 1614. A Shakespeare, por tanto, le restan alrededor de dos años de vida. Puede que sus problemas de salud le impidieran concluir la obra. Puede que cambiara de idea. Pero aún nos quedan por leer muchas páginas de la crónica que seguramente aclararán estos y otros aspectos. Sin embargo, creo que hay algo todavía más importante que eso.

Erasmus entornó los ojos.

—Te refieres, naturalmente, a esos episodios desconocidos del *Quijote* que menciona Gonzalo. Esa sorprendente aventura en Nápoles. La treta para obligar a don Quijote a regresar a su pueblo haciéndole creer que sus vecinos han sido víctimas de un encantamiento... Sí. Las palabras de Gonzalo sugieren la existencia de una versión anterior de la segunda parte del *Quijote*. Una versión preliminar de la novela que Cervantes consideraba definitiva y que, no obstante, más tarde modificó. Podríamos llamarla un *Ur-Quijote*, a semejanza de ese hipotético *Ur-Hamlet* en el que Shakespeare supuestamente se basó para escribir el suyo. Todo esto, desde luego, es apasionante y abre una ingente cantidad de posibilidades.

—Un *Ur-Quijote*... —murmuró Pilar entornando los ojos con gesto soñador—. Me gusta. Y ahora, dígame, profesor. ¿Quiere usted hacer una apuesta sobre qué fue lo que impulsó a Cervantes a reescribir algunos capítulos de su libro cuando ya lo tenía acabado?

Erasmus agitó las manos.

—Es pronto, Pilar. No corras. Además, puesto que disponemos de la crónica completa, ¿para qué molestarse en hacer conjeturas?

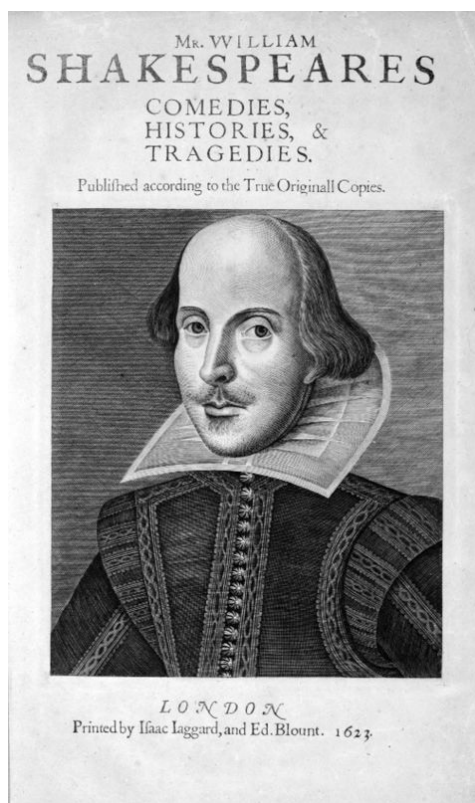
La muchacha asintió.

—Y antes de eso vamos a acompañar a Gonzalo y su amigo en la visita a Shakespeare en su casa de Stratford-upon-Avon, donde seguramente nos aguarden más sorpresas. Porque no es mucho lo que sabemos de Shakespeare, ¿no es así, profesor? Ni siquiera conocemos a ciencia cierta su aspecto físico.

—Pues sí —convino Erasmus—. Hace un par de años apareció un retrato en el que algunos quisieron ver a un Shakespeare veinteañero. Pero para mí esas cosas no son más que serpientes de verano. El único retrato auténtico que conservamos de él es un grabado que se realizó años después de su muerte, aunque es lógico pensar que se basó en las descripciones de personas que lo habían conocido en vida.

—Se refiere al grabado que ilustra la portada del *First Folio*, ¿verdad? La edición canónica y más o menos completa de sus obras, que si la memoria no me falla es de 1622.

—Veintitrés —la corrigió Erasmo—. Blount y Jaggard. Londres, 1623. Doscientos y pico ejemplares conocidos. El precio aproximado en subasta, si es que aparece algún otro, podría rondar los tres o cuatro millones de libras esterlinas.



—Ajá —repuso Pilar, quien no se mostró demasiado impresionada por el despliegue de datos de su antiguo profesor—. Por lo demás, la biografía de William Shakespeare está llena de lagunas. Imprecisiones, años perdidos, datos contradictorios... Y apenas un documento aquí y allá para apoyar las muchas conjeturas. Aunque ahora tenemos a Gonzalo de Córdoba y su crónica para despejar unas cuantas dudas.

Erasmo se dedicó a untar mantequilla en una tostada mientras reflexionaba sobre las palabras de Pilar.

—Con todo, creo que pecamos de una manía contemporánea —dijo—. Nos empeñamos en que deberíamos conocer al dedillo el aspecto y la vida de un fulano que murió hace cuatrocientos años. Es cierto que los documentos se pierden o destruyen y que no existen archivos completos. Pero el mundo de entonces no funcionaba como el nuestro. No existían ni los ordenadores ni internet ni la obsesión de controlar a todo hijo de vecino. Si uno era una persona notable, un rey o un noble o similar, siempre se podía permitir contratar pintores que lo retrataran y biógrafos que relataran su vida. Pero la gente común apenas dejaba otro rastro que lo que se recordaba de ellos. Y cuando todos tus contemporáneos se habían muerto... ¡Se acabó! Te esfumabas en el olvido. Te recuerdo que ni Cervantes ni Shakespeare fueron otra cosa que personas comunes. Es cierto que luego dejaron de serlo, pero para entonces ya era tarde. La posteridad tiene su precio, Pilar. Quiero decir que uno

tiene que morir primero.

Pilar Esparza miró fijamente a su antiguo profesor mientras este daba cuenta de su tostada. Erasmo se tenía por un hombre de carácter. Nunca se había amilanado ante nadie. Sin embargo, siempre le había resultado difícil aguantar la mirada de su antigua alumna, en la que percibía una intensidad fuera de lo común. Incluso en los tiempos en que él aún estaba en activo como profesor y ella no era más que una humilde estudiante que garabateaba apuntes furiosamente en la primera fila, Erasmo a veces se veía obligado a esquivar su mirada. Por supuesto, Pilar siempre había sido una mujer guapa. Extremadamente guapa. Pero Erasmo intuía que había algo más que belleza en el fondo de aquellos ojos. Era como una fuerza impetuosa que pugnaba por manifestarse. Y sentía que él tenía cierta responsabilidad en que la muchacha canalizara ese poder del modo correcto. O quizás lo suyo fuera solamente el paternalismo trasnochado de un tipo que se hacía viejo a marchas forzadas.

—¿Ha terminado, profesor? —preguntó ella interrumpiendo el flujo de sus pensamientos.

Erasmo asintió y se dispuso a recoger los utensilios y cubiertos que acababa de utilizar.

—Déjelo. Eso puede esperar. Gonzalo de Córdoba, no.

Stratford, el pueblo natal del señor Shakespeare y el lugar donde había fijado su residencia, se encontraba a treinta leguas de distancia de Londres, lo que venía a representar cuatro días de camino a pie y dos a caballo. Puesto que no teníamos caballos (ni disponíamos de dineros para comprarlos), y cuatro jornadas de marcha se nos figuraba mucho caminar, decidimos tomar una diligencia hasta el lugar más cercano adonde estas viajaran, y luego mirar allí el modo de completar el resto del camino. Resultó ser dicho lugar la muy famosa ciudad de Oxford, que viene a ser como la Salamanca inglesa por albergar la más antigua e ilustre universidad de aquel reino. Y hacia allá partimos a la mañana siguiente con las primeras luces del alba, que si bien no eran muy brillantes, al menos venían sin lluvias.

Abandonamos Londres a través de la puerta norte de la muralla, que llaman «la puerta alta», y justo al salir de la ciudad pasamos junto a un grandísimo roble que cumplía la función de patíbulo, pues de sus ramas colgaban muchas sogas, y al final de estas, a modo de peras en un frutal, pendían no menos de media docena de ajusticiados. Tomás y yo volvimos la vista para no tener que contemplar a aquellos desventurados, pero otro de los viajeros nos reprochó nuestros melindres, y nos dijo que la justicia hacía muy bien en dejar allí los cuerpos de aquellos criminales hasta que estos se cayeran a pedazos de puro podridos, pues de ese modo servían de advertencia para que otros no siguieran sus mismos pasos. Pasamos luego junto a unas canteras de grava que llaman de Kensington, y por fin dejamos atrás la

pestilencia de la ciudad para internarnos en la campiña inglesa, que es tan hermosa como aquella Arcadia feliz de las novelas pastoriles, con prados muy verdes y bosques muy frondosos, aunque la habitaban campesinos tan míseros como los de Castilla, y puede que aún más, pues en Inglaterra, al igual que sucede en otras partes, todas las tierras tienen dueño, y estos nunca son quienes las labran y trabajan. Vimos muchos caballos y vacas pastando a su antojo, pues no eran los pastos precisamente lo que allí escaseaba. Y también algunos rebaños de ovejas, pero de una variedad pequeña, de cara negra y lana muy basta. A la vista de aquella birria de animales, no me sorprendió que los ingleses apreciaran tanto nuestra buena lana de Castilla, pues dudo que ni juntando todos los vellones de uno de aquellos rebaños hubiera bastante para tejerle un hábito al más raquítico de los monjes.

Arribamos a Oxford cuando ya era noche cerrada y nos apresuramos a tomar posada, pues la larga jornada y el traqueteo de la diligencia nos habían dejado molidos. Y al día siguiente, muy de mañana, vimos el mejor modo de viajar hasta Stratford, que resultó ser el de unimos a un convoy de carros que volvían allá después de haber llegado cargados de grano y verduras que se habían vendido en el mercado. Y aunque muy poco vi de la afamada ciudad universitaria, diré que al alejarnos miré hacia atrás y me maravilló aquel horizonte de torres que eran como agujas puestas de pie para pinchar la panza de las nubes.

Todo el mundo parecía conocer en Stratford al señor Shakespeare, aunque no por ello dejé de sentirme escamado, pues también lo conocían todos en Londres pero nadie fue capaz de darnos razón veraz de su paradero. Los vecinos a los que preguntamos, sin embargo, nos encaminaron sin dudarle un solo segundo hacia la que llamaron la calle de la Capilla, donde dijeron que el señor Guillermo Shakespeare había comprado la segunda mejor casa del pueblo, aunque puede que tras las muchas obras y arreglos que había realizado en ella no anduviera lejos de ser la primera. Y con tantos detalles nos la pintaron que al llegar allá nos resultó tarea fácil reconocerla, pues era, con diferencia, el edificio más grande de los que habíamos visto en el pueblo, una auténtica mansión con muchas ventanas, con cinco hermosos aguilones y no menos de diez chimeneas. La casa ocupaba una esquina, junto a una pequeña iglesia, y al asomarnos al callejón lateral vimos que la profundidad de la construcción doblaba al menos la anchura de la fachada, y que los terrenos de la propiedad se extendían más allá, pues a la espalda había un hermoso huerto, como pudimos apreciar por las copas de los muchos árboles que asomaban por encima de la larga tapia. A la vista de aquella opulencia, concluimos que el señor Shakespeare debía de ser poco menos que un potentado, lo que a la sazón me hizo pensar en la modesta vida de mi suegro y en sus muchas dificultades para cobijar a su familia bajo un techo digno.



Llamamos a la puerta, cuyo dintel estaba adornado con un escudo de piedra que mostraba una lanza y un halcón, con la leyenda *NON SANZ DROICT*, que no son palabras inglesas, sino francesas, y significan «no sin razón». Esperamos Tomás y yo, y como nadie acudiera a abrirnos, volvimos a llamar y esperamos de nuevo. Entonces oímos unos suaves pasos que se acercaban. Y cuando la puerta se abrió vimos ante nosotros a una muchacha que podría tener unos veinte años. Y en este punto conviene que me demore un tanto en describir a la celestial criatura que nos sonreía e interrogaba con la mirada desde el otro lado del umbral, pues dudé haber visto jamás cabello tan rubio, ojos tan azules, labios tan rojos, piel tan blanca, talle tan esbelto y apariencia tan angelical, que más que una joven parecía un querubín caído del cielo, y tan solo eché de menos en ella un par de alas que le permitieran volar para reunirse con sus congéneres angélicos en las alturas.

Nos preguntó aquella Afrodita quiénes éramos y qué se nos ofrecía. Y aún tardamos un buen rato en recuperar la capacidad del habla para poder darle respuesta, pues no parecíamos sino dos mentecatos plantados ante aquella puerta, incapaces de pensar o de articular palabra, pendientes tan solo de aquellos dos pozos que parecían a punto de tragarnos en su insondable azul.

—Venimos de España —acertó finalmente a decir Tomás—. Deseamos ver al señor Shakespeare, con quien hemos de discutir asuntos importantes. ¿Se encuentra él en la casa? ¿Podría recibirnos?

La muchacha abrió mucho los ojos al conocer nuestro lejano origen. Ambos temimos oír entonces que el señor Shakespeare ya no vivía allí, sino que se había trasladado a la China o a la Luna. Pero no fue eso lo que nos respondió, sino que nos

sirviéramos entrar, pues estaba segura de que su padre tendría gran placer en recibirnos.

—¿Vuestro padre? —pregunté muy tontamente en mi pobrísimo inglés.

—Sí —respondió ella con una sonrisa que poco faltó para hacerme caer a tierra cuan largo era—. Me llamo Judith. Judith Shakespeare.

Judith nos guio a través de la parte noble de la casa, que era muy lujosa, con buenos muebles, ventanas emplomadas, chimeneas de piedra y muros cubiertos de paneles de madera oscura. Luego atravesamos un patio donde unos criados se afanaban en descargar un carro de víveres. Y desde allí accedimos a un segundo edificio, más modesto y sencillo, donde la muchacha nos dijo que la familia hacía la vida, y donde su padre tenía sus aposentos y su biblioteca, por ser esta parte de la casa más cálida y resguardada que la que ofrecía su fachada a la calle. Accedimos entonces a una gran cocina con muchos hogares y fogones, y una gran mesa de madera. Y allí vimos a dos mujeres que cosían sentadas frente a una chimenea, y a una niña que jugaba a sus pies con una muñeca. A la vista de tal escena, comprendí que aquella chimenea debía de ser el corazón de la gran casa, y que a buen seguro me encontraba ante el resto de la familia Shakespeare, como ellas mismas confirmaron una vez que Judith nos hubo presentado. La dama de más edad, casi una anciana, dijo llamarse Ana y ser la esposa del señor Shakespeare. La más joven era Susana, la hija mayor del poeta. En cuanto a la niña, que acaso tendría cinco o seis años, resultó ser la hija de esta y única nieta del matrimonio Shakespeare.

Una vez hechas las presentaciones y realizadas las reverencias de rigor, Judith nos pidió que la acompañáramos al piso de arriba, y mientras subíamos la escalera nos advirtió que su padre se había quedado un tanto sordo con los años, por lo que debíamos de hablarle en voz alta si queríamos hacernos entender. Y que no nos inquietáramos si veíamos que también él gritaba, pues se había quedado con esa costumbre después de sus años como actor en Londres. Una vez llegados a la planta de arriba, llamó fuertemente con los nudillos a una puerta tras la que nos dijo que estaba la biblioteca y despacho de su padre, y el lugar donde este pasaba casi todo el día dedicado a sus lecturas y sus escritos. Y con grandes voces anunció: «¡Señor padre, salga vuestra merced, que tiene visita!». Oímos entonces que unos pasos se acercaban, lentos y un tanto vacilantes, y cuando la puerta se abrió, nos encontramos ante un hombre que solo podía ser aquel que habíamos venido a buscar desde tan lejos, el señor Guillermo Shakespeare, poeta, dramaturgo y propietario de la segunda mejor casa de Stratford, y hombre de aspecto notable, como enseguida verá el paciente lector de esta crónica.

El señor Shakespeare era grande, y no quiero decir con ello que fuese alto, que apenas lo era más que yo, sino que estaba muy entrado en carnes, tanto que dudo que hubiera podido abarcar su cintura con ambos brazos (de haber tenido un motivo para hacer semejante cosa). Su rostro era rubicundo y mofletudo, y la punta de su nariz mostraba esa maraña de venillas que tantas veces se observa en los grandes bebedores. Tenía la nariz larga, por cierto, y los ojos tan azules como los de su hija Judith, grandes y redondos igual que los de ella, aunque enrojecidos y un tanto inflamados, y con grandes bolsas que pendían bajo los párpados. De hecho, varias eran las cosas que pendían en el rostro del señor Shakespeare, que también lo hacían las voluminosas mejillas y la gran papada carnosa que se desparramaba bajo su barbilla ocultando completamente su cuello. En la boca también se parecía a su hija, pues era esta grande y de labios carnosos, aunque un tanto desembarazada ya de dientes. Gastaba un pequeño bigote, bien recortado y casi completamente blanco. Y una de esas perillas que en España se denominan «moscas», y que son lo que queda cuando se elimina toda la barba del mentón. Su pelo era luengo y entreverado de canas, aunque se veía que en su juventud debía de haber sido rojizo, y lo llevaba tan largo que los extremos de su melena descansaban sobre sus hombros. La frente era tan alta que se avecinaba ya al cogote. Iba vestido con ropas confeccionadas de buenos paños: una casaca púrpura bordada sobre una camisa tejida con fibras de lino, suave y ligera, y seguramente cara. En los pies llevaba una especie de pantuflas muy holgadas, y vi que la de su pie izquierdo había sido acuchillada para que resultara más confortable, por lo que presumí que debía de sufrir de alguna afección en aquella extremidad. Por último, mencionaré que se adornaba con un pendiente el lóbulo de su oreja izquierda, pues al parecer esta era la costumbre entre poetas y cómicos y gentes que gustaban de las artes en aquel reino.

Le explicó Judith a su padre que procedíamos de España y que veníamos a discutir asuntos importantes con él. Y al ver el asombro en su rostro, mi amigo tomó la palabra y le dijo que nos enviaba el señor Miguel de Cervantes, padre de don Quijote de la Mancha, que le traíamos saludos y noticias de su parte, y también algunos libros y escritos que sin duda serían de su interés. Y entonces el señor Shakespeare se llevó la palma de la mano a su muy despejada frente y soltó la carcajada más estrepitosa que yo hubiera oído en mi vida, y a voz en grito nos dijo que sí, que por supuesto, que sabía de nuestra arribada por la misiva que le había hecho llegar su buen amigo el conde de Southampton, en la que Cervantes anunciaba la visita. Aunque le había confundido el hecho de que fuéramos dos los emisarios, cuando don Miguel solamente había mencionado a su yerno y hombre de confianza, que era un tal Gonzalo. Todo esto me lo iba traduciendo Tomás por lo bajo mientras el señor Shakespeare hablaba, aunque su timbre era tan alto y estentóreo que casi ocultaba la voz de mi amigo, a cuya boca debía acercar yo mi oreja para entenderlo. Y al ver mi actitud, comprendió el poeta que yo era Gonzalo, y que me estaba

sirviendo de mi acompañante como intérprete, por lo que no fue necesario ofrecerle más explicaciones. Y para mostrarnos lo muy bienvenidos que éramos a su casa, nos abrazó a ambos con fuerza tal que pensé que iba a dejarnos sin aire en el cuerpo, y nos besó en ambas mejillas. Luego nos pidió que entráramos y nos acomodáramos donde mejor nos pareciera, y le dijo a Judith que subiera con comida en abundancia, con vino y con cerveza. Y todo ello con clamores tales que, si todos los vecinos de Stratford no se enteraron de nuestra llegada, poco faltara para ello.

Era la biblioteca del señor Shakespeare una estancia amplia y confortable, con grandes ventanas para aprovechar de la mejor forma posible el mezquino sol de aquel reino, con estanterías que aguantaban no menos de cien volúmenes (ingleses los más, pero también italianos y latinos), con una gran mesa cubierta de papeles y útiles de escritura y unas butacas dispuestas ante la chimenea (si algo abundaba en aquel caserón eran las chimeneas), donde tomamos asiento en espera de la comida. Vino también hacia nosotros el señor Shakespeare y entonces notamos que caminaba lentamente y con gran trabajo.

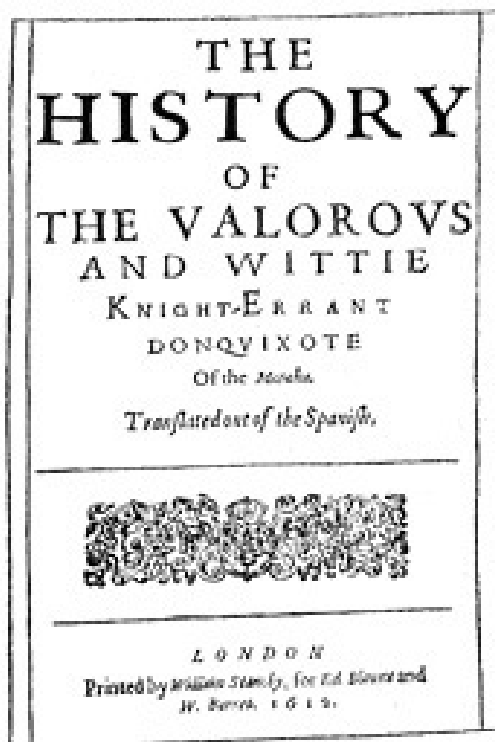
—Es la maldita gota —nos explicó—. El dedo gordo de mi pie está tan hinchado y rojo como una salchicha en la lumbre. ¡Y duele como el demonio a cada paso que doy! Por ello casi nunca salgo ya de aquí.

Algo sabía yo de ese mal, al que llaman «enfermedad de reyes» o «de ricos», porque es raro que la sufran personas de condición humilde. Dicen que la provoca el comer y beber de forma inmoderada, lo que siempre se figuró uno de los pocos actos de justicia divina que es posible encontrar en este mundo. Aun así, lo lamenté por el señor Shakespeare, a quien en verdad se le veía muy afligido, pues cada paso que daba le provocaba un gruñido de dolor. Sin embargo, cuando Judith y una de las criadas subieron con las bandejas de comida, vimos que el poeta se abalanzaba sobre los panes, las carnes y los embutidos como si aquella fuera la última cena de su vida, y que lo regaba todo con no menos de tres grandes jarras de cerveza. Reparé en que Judith lo miraba con expresión severa y como con ganas de reñirle, aunque nuestra presencia hizo que guardara silencio. En cuanto a Tomás y a mí, diré que aquella era la primera comida de verdad que disfrutábamos desde nuestra llegada a Inglaterra, y le di a la muchacha vivas muestras de gratitud por tan sabrosos manjares, a lo que ella respondió con gracia y con modestia.

Concluido el festín, procedimos a detallarle al señor Shakespeare los pormenores de nuestra visita. Le explicamos que era el deseo y el gusto del señor Miguel de Cervantes que fuera él, Guillermo Shakespeare, el primero en conocer las nuevas aventuras de don Quijote de la Mancha para que así, conforme a sus deseos, pudiera valerse de ellas en la composición de esa nueva comedia o tragicomedia que tenía pensada. Le dijo Tomás que su cometido allí era verter a la lengua inglesa las palabras escritas por Cervantes, de modo que las pudiera comprender sin obstáculos. Y entonces yo abrí la bolsa de la que nunca me había separado y saqué de ella la copia manuscrita de la segunda parte del *Ingenioso hidalgo* que don Miguel me había

encomendado hacerle llegar, y que antes de mi partida había pasado por las manos del encuadernador y tenía por ello todo el aspecto de un libro nuevo. Y, hablando de libros, le entregué también un ejemplar de las *Novelas ejemplares* que Cervantes le mandaba a modo de presente, y por si pudiera encontrarlo también de alguna utilidad. Y finalmente le di una carta que Tomás tradujo al inglés para él, en la que don Miguel le decía que se sentiría muy orgulloso de sumar su nombre al de tan afamado poeta en aquel proyecto, y que por ello le enviaba a sus dos hijos más queridos, que eran su novela *Don Quijote* y (para mi sorpresa) su yerno, es decir, mi humilde persona.

Shakespeare escuchó todo esto con grandes muestras de regocijo. Luego cojeó hacia las estanterías y regresó con un grueso volumen cuya portada nos mostró. El título en inglés era (bien lo recuerdo) *The History of the Valorous and Wittie Knight-Errant Don-Quixote of the Mancha*.



—Os aseguro que jamás en libro alguno hallé tanto placer como en este —nos dijo—. Y ahora veo que la novela y su autor comparten excelencia. No digo que no pueda salir un buen libro de la mente de un hombre ruin, pues no siempre la inteligencia va de la mano de las virtudes del alma. Pero mi alivio es grande al comprobar que el caballero don Quijote se parece al hombre que lo concibió en ingenio y en generosidad. Y también en valor, pues por su primera carta sé de sus heridas de guerra en batalla contra el turco.

Le aseguré que mi suegro era el mejor de los hombres, aunque también uno de los más desdichados. Sin embargo, a diferencia de don Quijote, siempre había estado muy cuerdo. Y en este punto me guardé de decirle al señor Shakespeare que al principio aquel viaje me había parecido una locura. Y que todavía no podía creer del

todo que un libro me hubiera llevado tan lejos de mi casa. Dijo entonces el inglés que debíamos empezar el trabajo enseguida, pues estaba ansioso por conocer las nuevas andanzas de don Quijote y ver de cuáles de ellas podía valerse para su comedia, pero que eso no sería hasta la mañana siguiente, pues el sol estaba a punto de ponerse y no era de buenos anfitriones fatigar en exceso a huéspedes que tan largo viaje habían hecho para venir hasta su casa.

—¿Podéis decirnos dónde hay una buena posada en la que hospedarnos? —le pregunté.

—¿Posada? ¡Nada de posada! Os quedaréis en mi casa, faltaría más. ¿De qué me sirve este caserón y la fortuna que he gastado en él sino para ofrecer hospitalidad a dos buenos amigos? Además, en esta casa sobran las alcobas.

Entonces llamó a gritos a su hija y la instruyó para que preparan nuestras habitaciones. Noté a la muchacha contenta, y yo también me alegré de poder quedarme en una casa que cobijaba a tal belleza. Y ahora veo que mi hijo Miguel alza la vista del papel y me mira con enfado, pues no habían pasado muchos días desde que yo había dejado en Madrid a Isabel, su madre, y preñada de él, por más señas. En este punto debo advertirle a Miguel que los hechos que pronto narraré harán que su enojo crezca, pero es preciso que comprenda que yo era un hombre joven que se hallaba a cientos de leguas de su patria, y que aquel Gonzalo viajero y el que vendía paños en Madrid eran, en cierto modo, hombres distintos, por lo que no ha de hallar motivo de enojo en ciertas cosas que sabrá conforme las vaya tomando al dictado en esta crónica.

Por su gesto veo que a mi hijo no lo convencen mis razones, pero si dicto estas páginas es para contar los hechos como fueron y no para transformarlos ni encubrirlos. ¡Y basta ya de excusas! Pues con las casi ocho décadas que llevo auestas pocas son las disculpas que me quedan por dar, que en una vida tan larga tuve tiempo de expiar muchos pecados. Y aun puede que me hicieran pagar por algunos que jamás cometí.

Tras una noche de sueño reparador (y entre sábanas que crujían de puro limpias y bien almidonadas), emprendimos el trabajo según habíamos acordado. Y cuando digo «emprendimos» me refiero a que lo hicieron el señor Shakespeare y Tomás, pues pronto comprendí que en aquella empresa de enseñarle a don Quijote a hablar en inglés mi participación iba a ser escasa y aun nula. Acordamos que para conseguir el propósito de que el señor Shakespeare conociera bien la novela no era necesario trasladar esta palabra por palabra, tal y como había hecho maese Shelton al traducir la primera parte (¡aunque se jactaba de haber completado el trabajo en cuarenta días!). Bastaría con que Shakespeare tuviera una idea cabal de lo que los personajes hacían y decían. A fin de cuentas, cuando él la reescribiera para el teatro, habrían de ser sus

palabras, y no las de Cervantes, las que los comediantes aprendieran para que la historia representada cobrara vida ante los espectadores, pues ese es el modo en que el teatro funciona desde que los griegos lo inventaron. Así pues, el señor Shakespeare y Tomás se sentaron frente a frente, a ambos lados del escritorio, el primero provisto de abundante papel y pluma y tinta, y el segundo sujetando entre las manos el manuscrito de don Miguel. Leía entonces Tomás en silencio un fragmento o pasaje no muy largo, y enseguida, tras algunas reflexiones y consideraciones, lo trasladaba de palabra al inglés como mejor sabía.

Pongamos, a modo de ejemplo, un coloquio que mantiene don Quijote, que aún está recuperándose de los quebrantos de su segunda salida, con el cura y el barbero, quienes hasta su casa se han llegado para comprobar el estado de su locura. Con intención de tirarle de la lengua y comprobar si la sesera del caballero sigue revuelta o si esta ya se ha serenado, trae el cura a colación el asunto de que el Turco ha enviado una gran armada para atacar los reinos cristianos, y que por ello Su Majestad ha fortalecido las defensas costeras en Nápoles, en Sicilia y en la isla de Malta. A esto don Quijote responde que le parece una muy prudente medida, aunque la que él le recomendaría al rey sería otra más sencilla, una en la que el monarca no ha debido de pensar. Y cuando le preguntan qué medida sería esa, responde don Quijote:

«¡Cuerpo de tal! ¿Hay más, sino mandar Su Majestad por público pregón que se junten en la Corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España; que, aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco? Estenme vuestas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, o fueran hechos de alfeñique?».

Leído este pasaje que cito como ejemplo, Tomás lo contaría en inglés del siguiente modo, que no traslada las palabras al inglés una por una, pero da una idea muy fiel del tenor de estas:

«And Don Quixote said that the course it behoved the King to follow was to summon all the knights-errant unto the Court. And even if only a few repaired thereunto, they would suffice to lay the power of the Turk in ruins. Because a sole knight would conquer a host of two thousand men and cut their throats at one stroke».

Y acto seguido el señor Shakespeare tomaba algunas notas, aunque con frecuencia antes hacía comentarios sobre la agudeza y el ingenio de Cervantes, o lanzaba carcajadas tales que los costosos vidrios de las ventanas amenazaban con romperse en pedazos.

Como el amable lector comprenderá, el proceso resultaba harto lento y laborioso, y tenía además lugar con grandes alaridos, los que Tomás Callaghan debía lanzar para que el señor Shakespeare lo oyera y los que el propio poeta emitía en respuesta, que si alguien los escuchara desde detrás de una puerta pensaría que lo que estaba

ocurriendo allí era una gran trifulca en lugar de la pacífica actividad que he referido. La cuestión es que muy poco podía hacer yo para ayudar a mi amigo, quien de todos modos iba a recibir un estipendio justo por sus servicios como trujimán. Y, puesto que al cabo de un rato siempre llegaba un momento en el que empezaba a sentirme de más en aquel despacho (amén de hastiado), comencé a escurrirme de allí con cualquier excusa. Y así los dejaba con sus traducciones a voz en grito, mientras yo me dedicaba a actividades mucho más amenas cuya naturaleza habrá adivinado el avisado lector.

Estábamos ya a finales del mes de mayo (a principios de junio en España), con lo que los días comenzaban a alargarse y el tiempo mejoraba de forma sustancial. Y ello a partir de cierto día cuando, al despertar, miré por la ventana y descubrí que el sol brillaba en un cielo vacío de nubes, y que la primavera inglesa existía y no se trataba solamente de un rumor o leyenda. Cada mañana me encaminaba al despacho del señor Shakespeare para tomar el desayuno con él y con Tomás, desayunos que más bien merecían el nombre de banquetes, pues eran siempre tan copiosos que bastaban para alimentar a un regimiento, pues en aquella casa no se escatimaba en comida. Sin embargo, cualquier cantidad de viandas se le antojaba poca al señor Shakespeare, que devoraba a dos carrillos plato tras plato mientras nos relataba historias muy jugosas de sus años en Londres, de las muchas juergas que se había corrido con sus compañeros comediantes y de la infinidad de mujeres que allí había conocido, pues su esposa nunca lo siguió hasta Londres, sino que se quedó en Stratford, y tan solo su hija Judith había vivido con él durante un tiempo. Y una vez que los platos estaban vacíos o cubiertos de osamentas mondas y lirondas, Shakespeare y Tomás empezaban el trabajo, y yo hacía discretamente mutis por el foro, aunque no sin que antes mi amigo me lanzara una mirada de envidia y reproche.

Bajaba entonces a la cocina para encontrarme con Judith y, tan pronto como la veía, comenzaba realmente el día para mí, pues hasta que ella no aparecía en mi horizonte era como si el sol no hubiera asomado aún. Puede parecer esta una conducta indigna de un huésped respetable, pero las costumbres cambian según los reinos y las tierras, y nadie me afeó nunca que yo pasara tanto tiempo a solas con la hija soltera del dueño de la casa. A la madre, Ana, casi siempre se la veía ocupada con los muchos quehaceres que acarreaba aquel caserón, y ello pese a que no andaba escasa de criadas y de mozos, de los cuales sumados habría hasta una docena. La hermana mayor, Susana, estaba desposada con un médico y no residía con la familia, aunque muchas veces acudía de visita con su pequeña hija. Por lo que respecta a Judith, pronto comprendí que distaba de ser una muchacha sumisa, sino que tenía un temperamento independiente y no consentía que nadie le dictara lo que debía hacer y lo que no. Y lo que ella eligió hacer durante los meses que pasé en su casa fue

cultivar mi compañía y pasar junto a mí tantas horas como sus obligaciones le permitían, lo que para mí era un motivo de gran felicidad. Y llegó un momento en que se me olvidó para qué estaba allí y qué había dejado atrás, y me encontré, cual Ulises en el país de los lotófagos, viviendo en un eterno presente en el que solo existíamos yo y una muchacha llamada Judith Shakespeare.

Algunos días Judith me pedía que la acompañara a hacer los recados domésticos. Íbamos juntos al mercado, y allí ella me enseñaba las frases que eran precisas en cada situación, y los nombres de los animales y de las frutas y las hortalizas. También íbamos a la tienda del mercader de vino, que se llamaba Quiney y miraba a Judith con ojos muy tiernos mientras que a mí me dirigía miradas de sospecha y desdén. En las tiendas de los pañeros aprendí infinidad de palabras que luego me serían útiles para mi negocio, como eran los nombres que daban allí a las fibras, a sus variedades y al modo de tejerlas y teñirlas. Usaban mucho el algodón (al que llamaban «*cotton*»), que en España se conoce desde el Descubrimiento, pero apenas se usa por ser el nuestro un reino bien abastecido de lana de la mejor calidad. Los ingleses, sin embargo, lo traen desde los reinos de la India y confeccionan con él paños muy ligeros y muy frescos, lo que me pareció digno de imitar en nuestro reino. Para ejercitarme en el uso de la lengua inglesa, pregunté a un mercader de tejidos si se obtenía el algodón de una planta o de un animal, pues no estaba seguro de ello, a lo que él respondió que ambas cosas eran ciertas, pues la planta india del algodón daba como fruto unos carneros diminutos de donde se obtenía dicha fibra. Oí lo que el hombre decía con gran asombro, pensando que seguramente lo habría entendido mal, cuando vi que empezaba a reír a mandíbula batiente y que Judith también reía, de donde comprendí que estaban bromeando a costa de mi condición de extranjero. Y tras pensarme si debía enojarme o no, resolví echarme yo también a reír.

Muchas eran las horas del día que pasábamos juntos, a veces sin necesidad de salir de la casa, pues contaba esta con un huerto y un espacioso jardín con árboles cuyos senderos nos hacían sentir como si nos hallásemos en plena campiña. Y luego nos sentábamos en un banco de piedra, ante una fuente, y Judith me hablaba de los años de su infancia, en los que vivían con su abuelo, porque su padre residía en Londres y apenas lo veían una vez o dos al año. Me contó que tuvo un hermano mellizo cuyo nombre era Hamnet, al que se llevó la viruela a la edad de once años. Y que un tiempo después, para librarla de otra epidemia que azotaba la comarca, su madre la envió con su padre a Londres. Coincidió su llegada con la terminación del gran teatro del Globo, del que nosotros solo habíamos visto las ruinas. Sin embargo, Judith me contó que, cuando el edificio estaba en pie, Londres nunca había visto un teatro como aquel, que con sus tres filas de galerías podía albergar a 3.000 espectadores, y que su escenario era suntuoso, con columnas pintadas con tal maestría que parecían hechas de mármol y no de madera, y un techo que representaba el cielo y sus constelaciones.



No sabiendo muy bien qué hacer con ella, que a la sazón tenía unos catorce años, su padre acordó ponerla a trabajar en el teatro, al principio en tareas de limpieza, y luego ayudando a coser y arreglar los atuendos que llevaban los actores. Y me dijo Judith que aquellos habían sido los años más emocionantes de su vida, y que llegó a enamorarse de Londres y de la vida de los comediantes, y que su gran frustración había sido que no se les permitiera a las muchachas subir a los escenarios, pues nada le habría gustado tanto como encarnar a una de las heroínas de las obras de su padre: a Julieta, a Ofelia, a Cordelia, a Rosalinda, a Viola, a Miranda... Judith suspiró y me dijo que luego, con el regreso a Stratford, su vida había mudado en todo, y en todo para peor, y que ahora todas sus aspiraciones se reducían a convertirse en la esposa de Tomás Quiney, el mercader de vinos, que llevaba tiempo cortejándola.

La primera vez que la besé fue a orillas del río Avon, a donde Judith me dijo que muchas veces iba con su mellizo Hamnet para jugar a hacer rebotar piedras sobre el agua. A ello jugamos nosotros también, con el resultado de que ella ganó en todas las ocasiones. Luego, sonriente y acalorada, se sentó con la espalda apoyada contra el tronco de un sauce, y yo me recosté a su lado. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Un suave rubor teñía sus mejillas. Acerqué mi rostro al suyo y percibí la dulzura de su aliento. Entonces junté mis labios con los de ella, pues mi voluntad no me dejó actuar de otro modo. Temí que fuera a rechazarme, pero no lo hizo, pues al punto noté que su boca se abría y que Judith respondía a mi beso. Y al instante mis brazos la rodeaban mientras nuestros labios seguían unidos. Y comenzamos a rodar sobre la hierba...

En este punto he de avisar al paciente lector de que han pasado varios días desde que consigné los últimos hechos en esta crónica, pues mi hijo Miguel se ha negado a seguir transcribiendo lo que, según él, constituye un insulto a la memoria de su madre. Mucho he porfiado hasta convencerlo de que siga en el empeño, pues todo aquello ocurrió hace cuarenta años, y son casi diez los que han transcurrido desde que Isabel nos dejara. Las que estoy contando son historias de un pasado muerto que poco daño pueden hacer ahora. Y si las escribo no es para que las lean los hombres de hoy, sino los que vendrán dentro de varias generaciones, que ya me aseguraré yo de que estas páginas queden ocultas donde no puedan ser halladas hasta al cabo de muchos años. En este punto dice Miguel que tampoco le complace que los hombres del porvenir sepan que su padre engañó y traicionó a su madre en al menos una ocasión. Pero yo le suplico que sea paciente y generoso con quien le dio la vida y se dejó la suya para darle estudios. Y por fin le prometo que no me recrearé en los detalles, como hice al narrar el primer beso entre Judith y yo, quizás porque de pronto sopló a mi alrededor el perfume de la juventud perdida y volví a verme allí, tumbado sobre la alta hierba, junto al río, abrazando el cuerpo de aquella muchacha... Pero ahora mi hijo me reprocha que estoy volviendo a las andadas, y me recuerda que poco tienen que ver esta historia con la de don Miguel y su novela, y en ello no falta a la verdad.

Pero no dejaré al lector con la duda de si los amores entre Judith Shakespeare y Gonzalo de Córdoba llegaron a consumarse. Y ahora declaro que sí se consumaron. Pero no en casa de su padre, pues jamás habría llegado a tanto mi atrevimiento ni el suyo. Y tampoco en cualquier prado o bosquecillo donde hubieran podido sorprendernos, sino en una pequeña casa de campo que estaba algo separada de Stratford, pero a la que se podía llegar a pie. Era una de esas construcciones techadas de paja que tanto me habían sorprendido a mi llegada a Inglaterra. Allí había nacido la madre de Judith y allí era donde su padre había ido a cortejarla. Y según me confió ella, no muy lejos de aquella granja debía de haberla dejado preñada, porque lo estaba cuando se casaron, poco antes de que el poeta se marchara de Stratford para no volver definitivamente hasta treinta años después. La casa seguía siendo propiedad de la familia y, aunque deshabitada, se mantenía limpia y en buen estado. Tal fue el escenario del primer encuentro amoroso entre Judith y este cronista. Y digo «el primero» porque no fue el único, que hubo algunos más. Y así lo confieso aun a riesgo de provocar la ira de mi hijo y tener que buscar a otro para que tome estas palabras al dictado. Del mismo modo que confieso que, una vez culminado el placer, se abrió camino el remordimiento.

—¿Qué te sucede? —me preguntó Judith al notar mi turbación.

Y entonces le abrí mi corazón y le hablé de mi esposa Isabel, a la que había dejado en España, preñada. Y de la mucha vergüenza que sentía, pues había sido

desleal con mi esposa y con ella. A lo cual Judith respondió que me serenara, pues en lo tocante a ella no había cometido deslealtad alguna.

—¿Acaso te he preguntado yo alguna vez sobre tu vida en España? Estás aquí, conmigo, y eso es lo único que me importa. ¿Piensas tal vez que por haber yacido conmigo te has condenado a las penas del infierno? ¿Es propio de los católicos el sentir culpabilidad por cada cosa que hacéis?

Le respondí que no era una cuestión de ser católico o luterano, sino de tener conciencia y saber distinguir entre el bien y el mal. Ella meditó mi respuesta y, para mi sorpresa, me preguntó qué pensaba hacer una vez que estuviera concluida la tarea que me había llevado hasta allí. No quise contestar. Por un lado, temía que una respuesta poco mesurada en mi torpe inglés fuera a provocarle dolor. Por otro, mi mente era un mar de confusión. Mi vida en Madrid me parecía más lejana cada día, y la memoria de los seres queridos que había dejado allá se me figuraba los recuerdos de otro hombre, alguien distinto de mí. A Judith, sin embargo, la tenía tan cerca... ¿Era tan descabellado pensar en una nueva vida en aquel lugar?

Y de esta manera, entre placeres y zozobras, concluyó la primavera y llegó el solsticio. Los abejorros zumbaban en los campos y los días se volvieron cálidos y perezosos. Y el trabajo de contarle al señor Shakespeare la novela de don Miguel iba progresando, según Tomás me decía. Y confieso que en esos momentos hubiera querido yo que la tarea no consistiera en traducir *El ingenioso hidalgo*, sino la Biblia entera, y no al inglés, sino a cuatro o cinco de esas lenguas que nadie habla ya, como aquella *Biblia políglota complutense* del cardenal Cisneros, que se tradujo al latín, al griego, al hebreo y al arameo, y que tardó cerca de veinte años en completarse. En cuanto al señor Shakespeare, su contento crecía conforme la historia se acercaba a su final. Coincidió conmigo en que la novela era mejor que su primera parte, y afirmaba que con las historias que en ella se contaban se podría escribir una magnífica comedia y hasta ciento, si fuera menester. Celebró mucho el episodio de las bodas de Camacho con la hermosa Quiteria, y el de la liberación de los leones, y el de la compañía de cómicos que venía de representar las Cortes de la Muerte, y aquel en que Sancho ejerce de juez en la ínsula de mentira cuyo gobierno le ha sido encomendado. Pero de todos los que llevaba leídos (u oídos) el que más apropiado le pareció para convertirse en asunto dramático fue aquel en que se relataban las aventuras de don Quijote en Zaragoza, a donde llega para participar en unas justas. Nos explicó cómo tenía pensado componer su obra, que habría de constar de cinco actos, y nos detalló los personajes que aparecerían en ella y cómo distribuirlos de tal modo que un mismo actor pudiera encarnar a varios de ellos cambiando de disfraz. Nos dijo que usaría algunos diálogos de la novela, pero que inventaría otros, pues no todo lo que se cuenta en un libro se puede representar en escena, y algunas acciones hay que

encomendarlas al poder de evocación de las palabras y a la imaginación de los espectadores:

—Y así, si lo que se representa es una gran batalla, basta con mostrar a tres o cuatro actores ataviados con armaduras, y con reproducir con trucos el galopar de los caballos y el tronar de los cañones, y con que los actores principales aparezcan para narrar con sus diálogos el curso de la refriega. Y luego los espectadores jurarán que aquella batalla se desarrolló ante sus ojos, pues la magia del dramaturgo consiste en hacer que quienes van al teatro vean cosas que nunca ocurrieron sobre la escena. Y en ello sus poderes son comparables a los de esos encantadores en cuya existencia don Quijote cree a pies juntillas.

Acto seguido nos dijo que ya lo había hecho así en varias obras, como aquellas en torno a los reinados de Enrique V y de Ricardo III, cuyas tramas incluían violentas batallas en las que los espectadores tomaban partido y luego narraban como si las hubieran vivido. Y la que escribió sobre Julio César, que terminaba con la batalla de Filipos y el escenario lleno de cadáveres despanzurrados que solo existían en la imaginación de quienes veían la obra. Y por ello no habría de resultarle difícil mostrar a los espectadores las justas de Zaragoza, ni el desembarco de don Quijote en el puerto de Nápoles, ni ninguna de las otras aventuras surgidas de la vasta imaginación de Miguel de Cervantes.

Transcurrió agosto y continuaron mis encuentros amorosos con Judith, quien ya nunca me preguntaba sobre mis intenciones, como si también ella hubiera decidido instalarse en el presente y dejar de pensar en lo que habría de ocurrir cuando el verano tocara a su fin. Sin embargo, yo no dejaba de pensar en que al manuscrito de don Miguel le quedaban pocas páginas, y que una vez agotadas estas nuestra presencia en Stratford carecería de objeto. Y a propósito de esto, cierto día se me ocurrió recordarle al señor Shakespeare que, además de la novela del *Ingenioso hidalgo*, Cervantes le había enviado también un volumen de sus *Novelas ejemplares*, y que a buen seguro encontraría también en ellas muy buenas ideas para más de una comedia. ¿Deseaba el señor Shakespeare que permaneciéramos más tiempo para darle a conocer también esas historias? En este punto Tomás me fulminó con la mirada, pero a mí solo me interesaba la respuesta del poeta, que durante un buen rato permaneció atusándose las puntas de su melena mientras cavilaba sobre mi oferta.

—Eres muy generoso, Gonzalo —respondió por fin—. Nada me agradaría más que seguir disfrutando de tu presencia y la de Tomás en mi casa. Y estoy convencido de que no soy el único de esta familia a quien le complacería que tu estancia se prolongara. —Y en este punto sonrió y miró a su hija Judith, que estaba presente y a la que vimos ruborizarse de inmediato—. Sin embargo, sería yo un hombre muy mezquino si os mantuviera apartado mucho más tiempo de vuestra patria y de

vuestras familias.

—¡Pero, señor! —insistí—. ¡Las *Novelas ejemplares*...!

—He pensado en ello, Gonzalo —me interrumpió—. Los tiempos ya no son los que fueron y ahora ya no resulta difícil encontrar españoles en Inglaterra. Hace años, cuando Isabel vivía y nuestras dos naciones estaban en guerra, a cualquier compatriota vuestro hallado en suelo inglés lo habrían apresado y ejecutado por espía y por papista. Pero la reina murió y vivimos tiempos más pacíficos, como prueba el hecho de que vosotros hayáis podido viajar a este país sin que nadie os lo impidiera. Dudo, por lo tanto, que me resultara difícil encontrar a algún compatriota vuestro que me ayudara con el trabajo.

Suspiré resignado, pues las razones que el señor Shakespeare esgrimía eran sólidas, y porque ahora comprendía que estaba al tanto de las relaciones que yo mantenía con Judith, y que acaso las consintiera solo porque sabía que nuestra partida estaba próxima. Mientras tanto, Tomás, seguía mirándome como si quisiera rebanarme el pescuezo en aquel mismo momento y lugar.

—¿Conocisteis a la reina Isabel, señor? —pregunté en un intento de dejar atrás mi inútil artimaña.

—Muchas veces la vi —respondió Shakespeare—, pues mis compañeros y yo éramos a menudo convocados a la corte para representar nuestras comedias, ya fuera en Whitehall, en Richmond o en Windsor, que todos ellos son palacios reales. Y siempre me pareció una mujer extraña, pues más que una persona de carne y hueso se asemejaba a una escultura de marfil. Aunque en su descargo diré que amaba el teatro y que las únicas veces en que sonreía y aun reía a carcajadas era durante las funciones, que todavía me parece verla aplaudir y vitorear como cualquier mujer del pueblo cuando representamos para ella *El sueño de una noche de verano*.

—Dicen que bajo su reinado sufrieron persecución y martirio muchos monjes y sacerdotes.

Y al punto me arrepentí de la observación, pues quizás fuera aquel un asunto sobre el cual el señor Shakespeare no quisiera conversar. Y de hecho vi que su semblante se tornaba serio, aunque sin traza de enojo.

—Eso es cierto —respondió—. Y no solamente monjes y sacerdotes, sino también muchos seculares que eligieron mantenerse fieles a la antigua religión. Dejadme que os muestre algo.

Y le pidió a Judith que abriera un arca y que le trajera un cofre que había dentro de ella, el cual abrió con una llave que tenía guardada. Y lo que sacó del cofre fue un pequeño crucifijo, un rosario y un libro en latín que me pareció de rezos.

—Hace apenas veinte años podías acabar decapitado por poseer estos objetos —nos explicó—. Y aun hoy en día su posesión entraña cierto riesgo, pues abundan los puritanos y fanáticos dispuestos a denunciar cualquier cosa que huela lejanamente a Roma. Pero forman parte de mi legado familiar y siempre los he conservado.

—¿Acaso sois católico, señor Shakespeare?

Él negó con la cabeza.

—No, aunque fui bautizado en la fe católica —nos reveló—, pues mi padre no quiso renunciar a sus creencias, y ello hasta el último día de su vida, pese a las muchas dificultades que tuvo que afrontar por seguir practicando su fe en secreto. Stratford es una ciudad pequeña en la que todo el mundo conoce a todo el mundo, y a veces la desgracia de un hombre puede ser la fortuna de otro. Y aunque mi padre fuera un comerciante próspero y un hombre influyente, poco faltó para que acabara en prisión. En cuanto a mí, la religión nunca fue asunto que me interesara mucho. Y aun diría que mi única religión ha sido el teatro.

—Pero ¿quedan católicos en Inglaterra, señor?

—Así es —respondió él—. Que los hay incluso entre las familias más nobles del reino. El hombre que construyó esta casa, sin ir más lejos, lo era. Y escondió bajo este techo a sacerdotes y frailes en los tiempos peores, con gran peligro para su persona. Y hasta tuvo la previsión de hacer excavar un profundo sótano para poder mejor ocultarlos. ¿Deseas verlo?

Le respondí que sí y, como yo pensaba, fue Judith quien me acompañó para mostrarme aquel lugar secreto, pues su padre a duras penas habría podido descender por la escalera. Así pues, seguí a la dulce muchacha al piso inferior, donde cruzamos la cocina y entramos en una de las amplias despensas. Y allí ella prendió un candil y me mostró una trampilla de madera que estaba muy bien disimulada en el entarimado del suelo, y que al ser levantada reveló unos escalones de piedra por los que descendimos con gran cuidado. De ese modo accedimos a un sótano de buen tamaño en el que olía mucho a tierra y humedad, y que Judith denominó una «madriguera para curas», lo que en lengua inglesa se dice «priest hole». Vi una especie de rudimentario altar, un cáliz, velones de bronce y otros utensilios y libros litúrgicos. Me contó que aquel escondite había permitido salvar de la muerte a más de un inocente, y que incluso lo habían usado algunos vecinos de Stratford, que en secreto profesaban la religión católica, para celebrar misas y reuniones, como decían que hacían los primeros cristianos cuando Roma era aún pagana.

Y llegó por fin la fecha que yo más temía, aquella en que Tomás me anunció que el trabajo estaba concluido, y me encareció que no buscara más excusas para prolongar nuestra estancia, porque ya casi estábamos en septiembre, lo que quería decir que llevábamos más de cuatro meses fuera de España, a donde él deseaba regresar cuanto antes, pues dijo que había allí asuntos que lo reclamaban.

—Y también a ti, Gonzalo —me recordó.

Y entonces recapacité y pensé en que el nacimiento de mi hijo debía de estar cercano, y con gran dolor resolví que había llegado el momento de emprender el regreso.

El señor Shakespeare declaró que se sentía entusiasmado con el modo en que Cervantes había resuelto la novela. La treta para hacer regresar a don Quijote a su aldea, haciéndole creer que el mago Prestón había convertido en cerdos a todos sus vecinos, le parecía muy graciosa, y dijo que pensaba usar actores con falsas cabezas de puerco para simular el encantamiento, como en cierta comedia suya en que uno de los cómicos llevaba una cabeza de asno. Le había divertido mucho el duelo final entre don Quijote y un labrador al que hacen pasar por el encantador. Y le pareció de perlas que el caballero quedara vivo y todavía loco al final de la novela, pues de ese modo siempre podría pensarse en una cuarta salida de don Quijote, a quien denominó el más gracioso personaje de cuantos jamás habían asomado a las páginas de un libro. En cuanto a Sancho, lo denominó su «Falstaff español» y dijo que el público de Londres caería rendido ante sus gracias y ocurrencias. Por último, nos aseguró que estaba deseando dar principio a la composición de la comedia, y que esta le llevaría poco tiempo, pues la tenía casi escrita en su cabeza, por lo que no descartaba que luego viniera alguna más con los mismos personajes, como ya había hecho varias veces a lo largo de su carrera.

—El cascarrabias de mi socio Burbage se volverá loco con nuestro don Quijote —dijo refiriéndose al director de su antigua compañía, a quien tuvimos ocasión de encontrar en Londres.

Por último, y en actitud solemne, me devolvió el manuscrito de la segunda parte del *Ingenioso hidalgo* y me rogó que se lo hiciera llegar a don Miguel con su respeto y con su afecto, y que lo tratara con el cuidado que merecía semejante tesoro. Luego me entregó ese volumen que recogía la traducción de la primera parte de la novela *Don Quijote* a la lengua inglesa, que era su regalo para Cervantes.

—Lleva una dedicatoria para tu suegro —me advirtió—. No dejes de hacérselo notar.

Quedó fijada nuestra partida para el día siguiente, que en Inglaterra era el 28 de agosto, y en España correspondía al 7 de septiembre. Y yo me sentí como si el mundo se hubiera derrumbado sobre mí sepultándose bajo sus cascotes.

Por la tarde, sentados ambos en nuestro banco del jardín, traté de consolar a Judith, aunque quizás fuera yo el más necesitado de consuelo.

—¿Te casarás con el vinatero Quiney? —le pregunté.

Y ella se encogió de hombros y guardó silencio, con lo que parecía estar diciéndome «¿y qué otra cosa puedo hacer?». Contemplé sus ojos arrasados por el llanto y sentí unas ansias irrefrenables de besarla, aunque me contuve por miedo a que pudieran vernos desde la casa. Y entonces quise hacerle un regalo de despedida, y no se me ocurrió nada mejor que entregarle lo más valioso que tenía en mi poder, y que no era otra cosa que el manuscrito del *Ingenioso hidalgo*.

—¡Pero has de llevarlo a Madrid! —me dijo—. Mi padre se enojará si ve que el libro no ha sido devuelto a su dueño. ¿Y qué dirá tu señor Cervantes cuando vea que no lo llevas contigo?

Le respondí que no se inquietara por mi suegro, pues él era hombre de temperamento afable y aceptaría cualquier explicación que yo ideara. En cuanto a su padre, le aconsejé que guardara el manuscrito en un lugar donde él nunca pudiera encontrarlo y le sugerí ese sótano al que llamaban la «madriguera de curas», con su empinada escalera de piedra por la que el cojo y voluminoso señor Shakespeare jamás descendería. Judith se mostró conforme y me dijo que me reuniera con ella en aquel lugar secreto al cabo de unos minutos, y que llevara el manuscrito conmigo.

Así lo hice, y aquella cámara oscura escondida debajo de la casa se convirtió en el último escenario de nuestro amor. Y allí, junto con mi corazón, quedó también el manuscrito del *Ingenioso hidalgo*.

Partimos a la mañana siguiente de regreso a España.

Jamás volví a ver a Judith Shakespeare, mi dulce amor de aquel verano inglés.

CAPÍTULO XI

UN FANTASMA LLAMADO AVELLANEDA

Erasmus y Pilar observaron en silencio las líneas manuscritas que mostraba la pantalla del ordenador. Ninguno de los dos sabía qué decir. Se sentían tan conmocionados como si los hubiera sacudido una corriente eléctrica de alto voltaje.

—En efecto, profesor, esto va a cambiarlo todo —dijo por fin Pilar.

—Deberían reescribirse todas las historias de la literatura. ¿Cuántas páginas se habrán desperdiciado en tratar de demostrar que Shakespeare no era Shakespeare, sino un hombre de paja o incluso un autor ficticio, como Cide Hamete Benengeli? Desde el siglo XIX vienen apareciendo teorías que atribuyen la autoría de las obras de Shakespeare a Francis Bacon, al conde de Oxford, a Christopher Marlowe... ¿Cómo se come que un muchacho de pueblo, el hijo de un comerciante de guantes con estudios básicos, escribiera el más excelso corpus dramático de la literatura universal? Los stratfordianos y los antistratfordianos llevan casi doscientos años a la greña. Hasta una película se hizo hace unos años sobre el asunto...

—Bueno, profesor, ninguna de esas hipótesis era otra cosa que conjeturas sin el menor fundamento. Es como cuando decían que Paul McCartney se había matado en un accidente de automóvil y lo habían sustituido por un doble.

—¡Ya lo sé! —gruñó Erasmo—. A lo que iba es a todos esos enigmas conspirativos que han proliferado en torno a la figura del Bardo de Stratford-upon-Avon. Y ahora resulta que no eran más que monsergas. *Bullshit*, como dirían los ingleses. Y que el mayor de todos los enigmas en torno a Shakespeare era algo que a ninguno de esos payasos de las conspiraciones se les pasó por la imaginación: su colaboración con Miguel de Cervantes en una comedia perdida sobre don Quijote.

—Perdida o tal vez nunca escrita, profesor. Aún no tenemos constancia de ello.

Erasmus siguió como si no la hubiera oído:

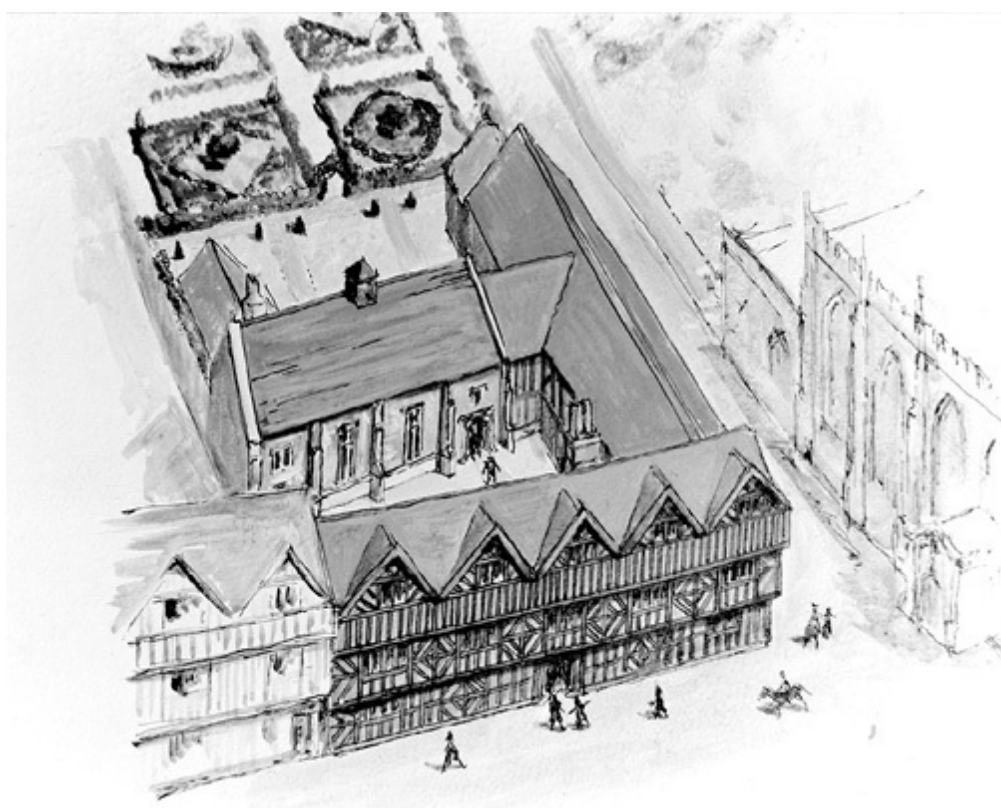
—Y, mire usted por dónde, resulta que la segunda parte del *Quijote* que Shakespeare leyó no fue la traducción inglesa de Thomas Shelton, que no apareció hasta 1620, es decir, cuatro años después de su muerte. El texto que el Bardo conoció llegó a sus manos directamente desde Madrid, y era una versión previa de la novela con diferencias sustanciales en su trama y en su desenlace. ¡Un *Quijote* que acaba con Alonso Quijano vivo y loco! ¡Dios mío! A lo mejor soy yo el que me he vuelto loco y estoy sufriendo alucinaciones.

Pero ahora era Pilar quien no escuchaba. En lugar de ello, se había girado de nuevo hacia la pantalla de su ordenador y tecleaba furiosamente. Acto seguido su mano derecha aferró el ratón y el monitor comenzó a mostrar textos e imágenes a tal velocidad que Erasmo se sintió mareado. Pensó en decirle a Pilar que fuera más

espacio, pues le resultaba imposible seguirla, aunque entonces la muchacha pareció encontrar lo que buscaba y se detuvo.

—Mire esto —dijo Pilar.

La pantalla, por fin estática, se había detenido en el dibujo coloreado de un caserón de época. El edificio, que se mostraba desde una perspectiva aérea, parecía de grandes dimensiones en comparación con las figuras humanas que transitaban por la calle. La fachada mostraba el entramado de vigas de madera característico de la arquitectura del período Tudor. Cinco aiosos tejadillos o gabletes remataban la estructura. Según el dibujo, el caserón ocupaba un gran solar entre dos calles. Contaba con un patio interior por el que se accedía a un ala trasera donde seguramente estuvieran ubicadas las cocinas y despensas. Más allá había un jardín o un huerto que no se mostraba por completo.



—The New Place —dijo Pilar lentamente—. La gran casa que Shakespeare compró en Stratford invirtiendo buena parte del dinero que había ganado en los teatros de Londres, y en la que vivió durante sus últimos años junto con su esposa y su hija pequeña.

—Ah, sí —dijo Erasmo—. Creo recordar que esa casa existe todavía, que puede visitarse, ¿no? De hecho tengo entendido que es un lugar de peregrinación para los forofos de Shakespeare.

Pilar agitó la cabeza.

—No, no. Se está usted confundiendo. La casa de Shakespeare que se visita en Stratford no es esta, sino su casa natal en Henley Street, es decir, el hogar familiar donde él vivió de niño. Este era un edificio mucho más grande y lujoso. La segunda

mejor casa de la ciudad, como el mismo Gonzalo recuerda en su crónica. Se alzaba en todo el centro del pueblo, en la esquina entre Chapel Street y Chapel Lane, a un paso del ayuntamiento. Y, como puede ver, la reconstrucción que se muestra en esta ilustración coincide en todos sus detalles con la descripción de nuestro cronista favorito.

—¿Reconstrucción?

Pilar suspiró.

—Sí. A la muerte de Shakespeare la casa la heredó su hija mayor, Susanna. Y más tarde su nieta. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII cayó en manos de un tal reverendo Gastrell que decidió prenderle fuego.

—¿Cómo?

—Como lo oye. Parece que el clérigo de marras quería especular con el terreno. Sin embargo, por entonces Shakespeare ya empezaba a ser un ídolo nacional y el Ayuntamiento de Stratford no le permitía tocar la casa. Así que decidió cortar por lo sano y quemar el edificio.

—¡Maldito hereje anglicano! Y aún te extrañas de que uno sea anticlerical hasta las trancas.

—Aunque la leyenda que se cuenta es distinta —continuó Pilar—. Dicen que Gastrell estaba tan harto de los turistas que asediaban el edificio que decidió destruir una morera que había en el jardín y que había plantado el propio Shakespeare. En venganza, los vecinos de Stratford rompieron todas las ventanas de la casa a pedradas. Y fue entonces cuando el reverendo, enfurecido, quemó el edificio. Fuera de un modo u otro, la cuestión es que tuvo que abandonar Stratford por piernas, pues querían lincharlo.

—Normal —repuso Erasmo—. Pero lo que verdaderamente importa es que la casa ya no está en pie. ¿No es así?

—Exacto. Hay un jardín que se plantó en el siglo XIX. Y un pequeño museo en la casa aledaña, que es también de época isabelina. Pero de la casa en la que Shakespeare vivió con su familia, la que se conocía como The New Place, no queda nada. Al menos nada que sobresalga del suelo.

—¿Qué quieres decir?

Pilar consultó varios datos en internet antes de responder. Mientras tanto, Erasmo se dedicó a tamborilear con los dedos en el escritorio de la muchacha sintiéndose un completo inútil.

—Se han llevado a cabo excavaciones en los últimos años. En concreto, las ha realizado el departamento de arqueología de la Universidad de Birmingham comisionado por el Shakespeare Birthplace Trust, que es la organización que explota todos los «lugares shakesperianos» en Stratford. Aquí dice que las excavaciones se han centrado sobre todo en el ala trasera, el ala este, que era la que la familia habitaba.

—¡Otra coincidencia con la crónica de Gonzalo!

—Sí, por desgracia no parece que hayan encontrado gran cosa. Aunque dicen que el hallazgo de un solo zapato usado por Shakespeare ya habría justificado la excavación.

—¿Y no ha aparecido el dichoso zapato?

—No. Parece que Shakespeare se llevó sus zapatos a la tumba junto con muchos de sus secretos. Lo que sí ha salido a la luz han sido los cimientos del edificio original de época Tudor.

—¿Alguna mención a una «madriguera de curas»? ¿Algo parecido a un sótano o bodega?

—Pues no, profesor. Sobre eso no dice nada.

—Aunque a lo mejor no han excavado en el sitio correcto. Es decir, bajo una despensa a la que se accedía por la cocina.

Pilar tiró de las puntas de su melena, como siempre hacía cuando su cerebro empezaba a funcionar a todo gas.

—No creo que en esas excavaciones se afinara tanto —respondió finalmente—. Todo esto tiene pinta de campaña puramente promocional, quizás con una cierta orientación didáctica. Los arqueólogos trabajaban en presencia del público y respondían preguntas de los visitantes.

—Ya veo —dijo Erasmo—. Un paripé en toda regla. Cuatro estudiantes de arqueología con ganas de hacer méritos y una zanja excavada en cualquier sitio. Los ingleses siempre se las han pintado solos para hacerse publicidad.

—Sin embargo, el año que viene...

Erasmo permaneció en suspenso.

—Dos mil dieciséis —dijo con gesto pensativo—. El año del cuarto centenario de la muerte del señor Shakespeare y de nuestro querido Cervantes. No estoy seguro de que por estos pagos se vaya a hacer gran cosa. Pero me apuesto lo que sea a que los ingleses piensan tirar la casa por la ventana. A modo de inversión, claro. Porque la fecha huele a dinero que tumba.

Pilar asintió.

—Stratford vive del turismo. Estuve allí en mi adolescencia, durante unos meses que pasé de *au pair* en Gran Bretaña, y ya entonces el *merchandising* shakespeariano era abrumador. Me imagino que después la cosa habrá ido en aumento. Y, por lo que veo, la que están preparando para el 2016 es de las gordas. En esta web vienen todos los detalles. Pero le resumo: en el lugar donde se alzó la casa se está construyendo un nuevo centro de visitantes, lo que significa poner a trabajar las excavadoras y levantar todo el terreno. Empezaron el mes pasado, por lo que no me sorprendería que pronto hubiera hallazgos interesantes. ¿Qué opina, profesor? ¿Cree posible que ese manuscrito cervantino, nuestro *Ur-Quijote*, siga en el mismo lugar donde Gonzalo de Córdoba y Judith Shakespeare lo escondieron hace cuatrocientos años?

Erasmo reflexionó durante unos instantes.

—Bueno, cosas más raras se han visto, aunque la posibilidad me parece un tanto

remota. Pero con un premio de semejante envergadura, sin duda merece la pena jugar. Hace cuatro años creíamos haber encontrado el Santo Grial de la bibliofilia. El manuscrito de la primera parte del *Quijote*, de puño y letra de Cervantes. Puede que esta vez no se trate de un manuscrito autógrafo, pero su valor es incluso mayor que el de aquel. Mucho mayor, de hecho. Porque estamos hablando de la segunda parte original, del libro que Cervantes escribió antes de que ciertas circunstancias lo impulsaran a cambiar los capítulos finales de la obra, seguramente desde el LIX en adelante.

—¿Avellaneda?

—Naturalmente. La crónica de Gonzalo nos sitúa a finales de 1614, por las mismas fechas en que apareció publicado el *Quijote* apócrifo de Alonso Fernández de Avellaneda. Hasta el momento la crítica coincidía en que la novela del caradura de Avellaneda sorprendió a Cervantes cuando redactaba el capítulo LIX de la suya. Como narra en el prólogo de la segunda parte, el cabreo fue monumental, hasta el extremo de que decidió cambiar el plan de su propia obra para marcar distancias con el falso *Quijote*, como sin duda recordarás.

—Por supuesto, profesor —respondió Pilar con sorna—. Y usted sin duda recordará que tengo un doctorado en Filología Hispánica y una plaza en la Complutense como profesora de Literatura Castellana del Siglo de Oro.

Erasmus se aclaró la garganta, algo avergonzado.

—No me malinterpretes. Sé muy bien que todas esas cosas las conoces por lo menos desde que ibas al instituto. Solo estoy reflexionando en voz alta, ordenando mis ideas. Porque el asunto se las trae. ¿Tendrás paciencia con este jubilado?

—Le prometo que la tendré —respondió la muchacha sonriendo—. Prosiga, que lo estaba usted bordando.

—Bien, la cuestión es que la crítica estaba completamente equivocada. Porque Cervantes sí había terminado su novela. Existía un *Ur-Quijote*, un *Quijote* original, desde al menos un año antes de que la segunda parte se publicara. Por lo tanto, la versión que conocemos es la alternativa, la que resultó de las modificaciones que Cervantes introdujo en el *Ur-Quijote* como respuesta al oportunismo de Avellaneda. Nadie conocía ni sospechaba la existencia del *Ur-Quijote*. Hasta el día de hoy. La lectura de la crónica de Gonzalo ha situado esa novela en el mundo real. Es más, la ha situado en unas coordenadas espacio-temporales específicas.

Pilar rio.

—¡Pero, profesor! ¡Habla usted como el personaje de un folletín de ciencia-ficción!

—Es que el asunto parece sacado de una película —dijo Erasmus algo arrepentido de su arrebatado melodramático—. Es una pena que no dispongamos de una máquina del tiempo, porque sabemos cómo tendríamos que ajustar los controles exactamente para hacernos con el *Ur-Quijote*. ¿No es así?

—Algunas de las primeras fechas de septiembre de 1614 en el calendario juliano

—respondió Pilar—. Inglaterra. Stratford-upon-Avon, condado de Warwickshire. La gran casa de Chapel Street, esquina con Chapel Lane. Una estancia subterránea bajo la despensa que hay junto a la cocina. Y creo que tiene usted razón en algo que ha mencionado.

—¿A qué te refieres?

—Usted ha dicho que, cuando el premio es de tal envergadura, sin duda merece la pena jugar. ¿No le parece que en estos momentos ya debe de haber como mínimo un jugador en la partida?

—¿Prometeo?

—Al menos ella —respondió Pilar—. ¿O acaso piensa usted que esa mujer iba a dejar pasar la posibilidad, por remota que esta sea?

Erasmus tuvo que reconocer que estaba de acuerdo. Lo más probable es que Dolores Dawson anduviera ya detrás de esa enorme y majestuosa pieza. Una cazadora como ella no se dejaría desanimar por el hecho de que el rastro llevara cuatro siglos enfriándose.

—¿Y qué piensas que podemos hacer?

—Como mínimo hablar con la policía —respondió Pilar—. Es nuestro deber, ¿no le parece?

No era la primera vez en que salía a relucir el asunto de hablar con la policía, y Erasmus no había cambiado de idea al respecto.

—¿A qué policía te refieres, Pilar? ¿A la policía local de Stratford? ¿A Scotland Yard? ¿A la Europol? Créeme, estaríamos perdiendo el tiempo. Y no me apetece que me tomen por loco. Mejor olvidarse del asunto. Dejarlo correr.

—¡Y una mierda!

Erasmus dio un respingo al oír el exabrupto de Pilar. Quiso protestar, pero la muchacha se había vuelto de nuevo hacia su ordenador y tecleaba tan rápido que resultaba difícil seguir sus dedos con la vista. Él la observó durante unos minutos sin entender lo que hacía. Pero parecía importante, de modo que decidió no interrumpirla. Justo a su espalda había una estantería repleta de libros, y Erasmus se distrajo repasando los títulos de los lomos y abriendo algunos volúmenes al azar. Se topó con una edición de los sonetos de Shakespeare en versión bilingüe, y recordó que, a su modo, el llamado Cisne de Stratford había sido también un hombre atribulado. Tal vez en sus últimos años no se viera asediado por la pobreza, como sí le ocurrió a Cervantes durante buena parte de su vida, sino que disfrutara de una posición acomodada, de tierras, de influencia y hasta de un escudo de nobleza. Pero lo cierto es que se marchó de Londres, la ciudad que lo encumbró a la fama y le permitió labrar su fortuna. Y el diario de Gonzalo no explicaba el motivo de dicha huida.

*Tiempo voraz, embota la garra del león,
haz que el mundo devore sus más bellos retoños,
arranca los colmillos del tigre violento,*

y que el fénix longevo arda en su propia sangre...

El tiempo voraz. El tiempo despiadado. Como a todos los hombres, a Shakespeare le atormentó la idea de envejecer y morir. Tal vez lo que buscó en su ciudad natal fuera la calma que necesitaba para ponerse en paz consigo mismo y afrontar el último tramo de su existencia.

«El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir», escribió Cervantes en la dedicatoria del *Persiles*. Y quizás allí estuviera el auténtico vínculo entre aquellos dos hombres, tan cercanos en el tiempo y seguramente también en el espíritu. Ambos comprendieron que sus días se agotaban y vivieron sus últimos momentos debatiéndose entre la necesidad de afrontar la muerte y el impulso de rebelarse contra ella. Tal vez...

—¡Listo! —exclamó Pilar Esparza interrumpiendo el curso de sus pensamientos.

—¿Qué es lo que está listo? —preguntó Erasmo devolviendo el libro a su lugar en la estantería.

—He comprado dos billetes para Londres-Gatwick, para esta misma noche.

—¿Cómo?

—Y también he hecho una reserva de hotel. Dos reservas, quiero decir. Me imagino que tendrá que pasar usted por su casa para recoger algunas cosas.

—¡Pero...!

—Aunque hay tiempo de sobra para todo. Ahora comeremos tranquilamente y luego podemos dedicarle un par de horas a la crónica de Gonzalo. ¿Le parece bien, profesor?

Erasmo no se molestó en contestar. Pensó que cuando la naturaleza desata sus fuerzas lo más sensato es dejarse llevar por el viento. Incluso hasta Inglaterra.

Emprendí el regreso a Madrid cargado de mercancía adquirida en Londres, finas telas y encajes por los que, a buen seguro, las damas y caballeros de la corte española no vacilarían en invertir buenos ducados. También traje en mi bolsa compromisos y contratos firmados con mercaderes de allí, lo que me aseguraba el suministro de paños ingleses de la mejor calidad mientras durara el entendimiento entre nuestras dos naciones. Pero el bien más preciado que me llevé de Inglaterra fue el recuerdo de la hija menor del poeta Guillermo Shakespeare. El más preciado y a la vez el más difícil de sobrellevar, pues tan pronto como me alejé de ella supe que la nostalgia me perseguiría el resto de mi vida y, como buen católico que siempre fui, también el remordimiento.

Nuestra estancia en Inglaterra se había prolongado más de lo previsto, por lo que las condiciones en la mar distaban de ser óptimas y fue necesario esperar un tiempo en Londres antes de poder embarcar hacia España. Ya en Bilbao, mi amigo Tomás

(que ahora lo era en la plena acepción del vocablo «amigo») quiso que permaneciera unos días con él para celebrar el éxito de nuestro viaje, lo cual hice de buen grado, aun a sabiendas de que los días transcurrían veloces y la fecha del nacimiento de mi hijo debía de estar muy cercana, si es que no había pasado ya. Pero cualquier excusa era buena para demorar el regreso a Madrid, pues de ese modo aplazaba también el momento de enfrentarme a Isabel con toda mi culpabilidad pintada en la cara.

Pero como nada puede demorarse para siempre, cierto día de principios de octubre me vi recorriendo de nuevo las calles de la capital del reino camino del barrio de Atocha. Y poco después me encontraba en presencia de mi esposa y de un ser minúsculo y colorado provisto de grandes orejas y una espesa capa de pelo negro. La criatura berreaba de un modo harto desagradable.

—Es tu hijo —me explicó ella, de forma tal vez innecesaria, y sin mostrar gran alegría por mi regreso—. Es un niño.

—Ya veo.

—Te advertí que nacería por los días de la vendimia.

—La vendimia se retrasa a veces.

—¡Pero no tanto, mentecato! Al menos podrías haber estado aquí para San Miguel.

—Lo lamento. Es un niño muy hermoso.

—No es verdad. De momento es casi tan feo como su padre. Aunque espero que mejore con el tiempo.

En este punto no supe ya qué decir. Y como el niño seguía llorando, Isabel lo tomó de la cuna, descubrió uno de sus pechos y comenzó a amamantarlo.

—¿No tienes nada mejor que hacer que quedarte ahí mirando como un pasmarote?

Juzgué que la respuesta más sincera era que no, que nada mejor tenía que hacer que quedarme mirándolos a ella y al niño. Pero quizás no fuera la respuesta que Isabel estaba esperando.

—He traído mucho género de Inglaterra. ¡Verás qué maravilla! Voy a llevarlo a la tienda ahora mismo.

Y en este punto ella me lanzó una mirada que solo puedo describir como de suspicacia.

—Ve a ver a tu suegro, primero. Creo que lo hallarás necesitado de consuelo.

Fue Constanza quien me abrió la puerta en casa de don Miguel, y parecía más contenta de verme que mi propia esposa. Me dijo que su tío estaba insufrible hasta el extremo de que doña Catalina había decidido marcharse a Esquivias para hacerle una nueva visita a su hermano el clérigo, pues de haberse quedado en Madrid la cosa podría haber terminado de forma catastrófica.

—Pero ¿qué es lo que ha puesto a tu tío de tan mal humor?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé muy bien. Creo que es por culpa de un libro, aunque él repite que le han robado. Sin embargo, yo no he notado que nos falte nada, ni me ha parecido que hayan entrado ladrones en esta casa.

Oí entonces un gran gemido que procedía del despacho de Cervantes, que se hallaba al fondo del pasillo.

—Traigo buenas noticias para él. Seguro que cuando las conozca se sentirá mejor.

—Así lo deseo, aunque la turbación de mi tío es tan grande que dudo que puedas confortarlo fácilmente. Lleva días encerrado en su despacho sin apenas probar bocado. Se le oye suspirar y gemir. A veces maldice. Y cuando llamamos a su puerta para preguntarle por su estado o para suplicarle que se alimente, nos pide con muy malas palabras que lo dejemos tranquilo. Doña Catalina se ofendió mucho por ciertas cosas que la llamó y que no pienso repetir. Yo creo que ha perdido el seso, como su don Quijote.

—¿Y su nieto? ¿No le ha alegrado el nacimiento de su nieto?

—¡Ay, Gonzalo! Tampoco eso. Hace tres días vino Isabel con el pobre niño para que su abuelo lo conociera y mi tío ni siquiera quiso salir de su despacho para verlo.

Muy extraño me pareció todo aquello que la sobrina me contaba, siendo don Miguel un hombre tan mesurado, tan poco dado a pataletas y tan curtido en la adversidad. Pensé que algo muy grave debía de haber pasado para dejarlo sumido en aquel estado. O quizás se le hubiera ablandado el entendimiento, como Constanza temía. ¿Qué otra cosa podía hacer sino descubrirlo por mí mismo?

—¡Don Miguel! ¡Don Miguel! ¿Puedo entrar? —pregunté tras llamar con los nudillos a la puerta de su despacho— ¡Soy Gonzalo! ¡Estoy de vuelta!

Escuché con la oreja pegada a la madera y lo único que oí fue una especie de gimoteos. Así pues, repetí la operación de llamar a la puerta. Y esta vez sí me pareció que desde dentro me respondían con un desmayado «adelante». Encontré a don Miguel sentado en su escritorio. Tenía los codos sobre la mesa y se cubría el rostro con las manos. La actitud era la de alguien que siente mucha vergüenza o mucho dolor. O ambas cosas.

—¡Señor! ¿Qué os ocurre? ¿Os encontráis enfermo?

Pero él no despegó las manos de su cara, sino que se limitó a responder con un gemido.

—El señor Shakespeare os manda sus saludos y su afecto. Me pide que os entregue esto de su parte. —Entonces abrí mi bolsa y puse sobre la mesa el volumen del *Ingenioso hidalgo* en traducción inglesa—. Encontraréis al principio una dedicatoria suya que muy gustosamente traduciré para vos. En cuanto a la segunda parte de la novela, le parece todavía mejor que la primera, y a buen seguro estará componiendo ya esa comedia sobre ella de la que os traigo noticias. ¿Es que no queréis oírlas?

Don Miguel lanzó un hondo suspiro y luego bajó lentamente las manos dejándome ver su rostro. En este punto la sorpresa me dejó mudo.

En los siete meses que yo había pasado fuera, él parecía haber envejecido varios años, como si la diferencia entre el calendario de los ingleses y el nuestro no fuera una cuestión de diez días más o menos, sino que cada mes de los suyos representara un año entero acá.

—¡Mi señor! ¿Qué os ha sucedido? —exclamé a la vista de su rostro ajado, de sus ojos opacos, del cráneo mondo y lirondo y de las quijadas arrasadas, que donde antes había al menos seis o siete dientes ahora no quedaban ni dos.

—¡Me han robado mi novela del *Ingenioso hidalgo*, Gonzalo! —gimió.

Me dije entonces que la mente de don Miguel debía de haberse desmoronado bajo el peso de la senilidad, pues estaba viviendo acontecimientos de diez años atrás como si acabaran de ocurrir.

—¡No, no, don Miguel! No sufráis. Es cierto que la novela fue robada, pero logramos recuperarla. Vos y yo. ¿No recordáis que se imprimió en casa de Juan de la Cuesta y que desde entonces habéis escrito incluso una segunda parte?

Don Miguel pareció recomponerse entonces, pues la mirada de disgusto que me dirigió fue digna de sus mejores tiempos.

—¿Es que piensas acaso que he perdido mis facultades? Ya sé que la primera parte del *Ingenioso hidalgo* se perdió y fue hallada. A la que me refiero es a la segunda, a la que te llevaste a Inglaterra para que pudiera leerla el señor Shakespeare.

Me quedé en suspenso en este punto, pues era cierto que yo volvía sin el manuscrito, que había quedado en manos de Judith, escondido en aquel sótano como prenda de mi amor. Lo que no entendía era cómo podía saber Cervantes que el manuscrito había quedado allá. Y aún entendía menos por qué pensaba que había sido robado. Pero lo más urgente era darle alguna explicación, que de todos modos ya traía pensada.

—No lo han robado, señor. Es cierto que llego sin él, pero todo ha sido por culpa de mi torpeza. Durante el largo viaje de vuelta, me hallaba yo sobre la cubierta del barco y tuve la mala idea de sacarlo de mi bolsa para releer algunos de los pasajes más jugosos. Y entonces una enorme gaviota llegó volando y me lo arrebató tomándolo por comida. Luego vi cómo se alejaba con él en el pico y ya no lo volví a ver. Pero no os inquietéis. El libro era pesado y a buen seguro el pájaro tuvo que soltarlo antes de llegar a alguna costa, por lo que dudo que haya caído en malas manos. Y yo estoy dispuesto a pagar de mi propio bolsillo al amanuense para que confeccione otra copia, que bien me lo podrá permitir cuando venda todo el género que traje de Inglaterra.

Cervantes se quedó mirándome como si quien le estuviera hablando fuera un gran majadero, y tuve la certeza de que mi historia de la gaviota no había sido acertada. Me maldije por no haber atribuido la pérdida del libro a un repentino golpe de viento, lo que sin duda habría sido más verosímil.

—¿Una gaviota, dices?

—Sí señor, aunque ocurrió todo tan deprisa que tal vez la culpa la tuviera un repentino golpe de viento que...

—¡Eso nada me importa! No quiero que me devuelvas esa copia en limpio. De hecho, iba a pedirte que la usaras para hacer lumbre, porque yo para nada la necesito ahora.

—¿Señor?

—Conservo el libro que escribí, la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*. Y viendo lo mucho que tardabas en regresar de Inglaterra, cualquiera de estos días pensaba encargarle una copia nueva al pendolista para ponerla por fin en manos del librero Robles. Sin embargo, algún granuja se me ha adelantado. No hace ni dos semanas que apareció en las librerías una segunda parte que no lleva mi firma. ¡Me han robado, Gonzalo! ¡Mi libro! ¡Mis personajes, que son como mis propios hijos!

Me puse en pie de súbito notando un repentino nudo en la garganta, pues ahora comenzaba a comprender y compartir la indignación de Cervantes.

—¡Eso que me contáis es en verdad un grandísimo robo, señor suegro! Pero decidme, ¿el libro es en todo igual al vuestro? ¿Alguien ha tenido la desfachatez de publicar como propio el libro que vos escribisteis?

—No. Quia. La novela en cuestión es deleznable. Zafia, estúpida, sin gracia, mal traída y peor compuesta. Ese don Quijote no es el mío ni se le parece. El mío es un caballero enamorado, y el de esa novela, un espantajo risible que termina sus días en un manicomio. Sancho no es más que un mero bufón. Y toda la historia un sinsentido de mal gusto.

—¿Entonces, señor, qué daño teméis que pueda hacer os ese libro?

Don Miguel agitó la cabeza y respiró hondo, como armándose de paciencia.

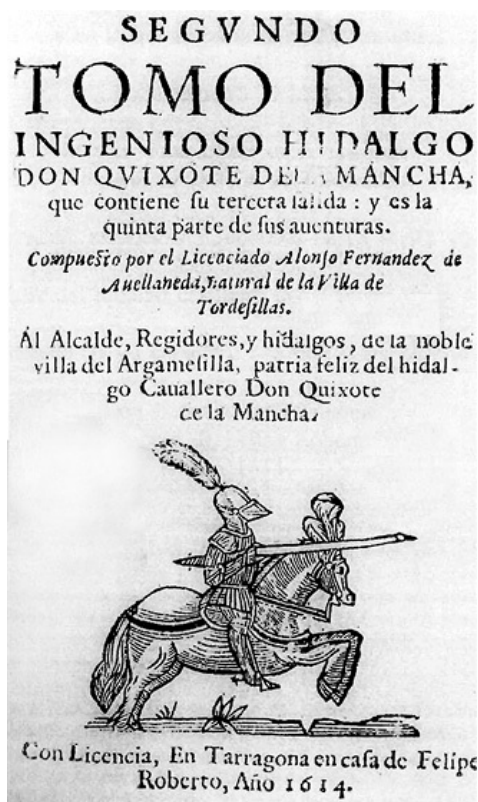
—¿Pero es que no lo comprendes? El libro no es más que una estratagema para robarme lo más valioso que tengo, que son los frutos de mi ingenio. Ahora todo el mundo recordará a don Quijote como un orate sin gracia ni agudeza, y a Sancho como un zafio patán. Yo siempre pugué por mostrarlos a ambos como seres humanos, y a partir de ahora serán poco más que estampas cómicas, y además de mal gusto. Y luego está el prólogo, en el que se me agravia de muchas maneras, y todas muy crueles e injustas. Se me llama murmurador y fanfarrón. Se me acusa de ser quejoso y envidioso y colérico, y un «agresor de mis lectores». Se hace escarnio de mis días de soldado, que yo siempre tuve por la principal fuente de mi honra. Se afirma que soy «tan viejo en años como mozo en bríos» y que tengo «más lengua que manos». Y de todas estas injurias, las únicas verdades que de mí dicen es que soy viejo y que estoy manco, cosas de las que poca culpa tengo, pues bien quisiera yo que los años me hubieran pasado por alto y que aquel turco hubiera disparado su arcabuz con menos puntería. Y para redondearlo todo, enseguida de vejarme a mí ensalzan a Lope de Vega, que durante tantos años ha sido mi adversario y ha procurado mi mal. Ese *Quijote* falso me destruye, Gonzalo. Me da el golpe de gracia. Y justo ahora, que

estoy viejo y débil y enfermo y nada puedo hacer para responder conforme a lo que la magnitud de la ofensa precisa.

Comprendí entonces en toda su dimensión el ultraje que se había cometido con don Miguel y sentí que la rabia crecía dentro de mí y amenazaba con desbordar los confines de mi ánimo. No me indignaba tanto el que hubieran querido sacar provecho de los personajes de Cervantes, lo que no era tan raro (me acordé de la alcahueta Celestina, de Lázaro de Tormes y del pícaro Guzmán de Alfarache, que también conocieron secuelas espurias). Lo que encendía mi sangre eran los insultos y bajezas que de Cervantes se decían en el libro. Pero juzgué que la postración de mi suegro ya era mucha, y que un arrebato de cólera por mi parte no serviría más que para agravarla. De modo que resolví sostener firmemente las riendas de mi genio.

—¿Quién firma ese libro del demonio, señor?

—Un tal licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas.



—¿Y dónde se puede hallar a dicho individuo?

—Lo ignoro. Nunca pasé por Tordesillas ni conocí a nadie de allá. El pie de imprenta del libro reza que se publicó en Tarragona, por un impresor de allá llamado Felipe Roberto. Pero podría ser falso, como bien sabes.

En efecto, todos los impresores y libreros de España se conocían y con frecuencia se ayudaban en sus engaños, que eran muchos y frecuentes, por lo que no resultaba tan raro que un libro se imprimiera en un sitio y luego en su portada dijera que se había impreso en otro. Y ello por distintos motivos que no vienen al caso.

—¿Y no hay manera alguna de seguirle la pista a ese Avellaneda del demonio?

Don Miguel agitó la cabeza con tristeza.

—Nadie lo conoce ni oyó hablar de él. Por el mal estilo que gasta, a veces parece aragonés, pues es su escritura burda y contraria a las normas de las gramáticas, como suele serlo la de la gente de esas tierras. Muchas veces dice «le» cuando debería decir «lo» o «la», y otras se le olvidan los artículos y aun las preposiciones. Y así, en el título del primer capítulo se lee: «*de la venida a su lugar del Argamesilla ciertos caballeros granadinos*», sin la preposición «de». ¿Quién sino un aragonés escribiría semejante dislate?

Recordé yo entonces los muchos cientos de erratas aún peores que afeaban la primera parte de *Don Quijote* como un mal sarampión, pero guardé silencio al respecto para no hacer peor lo que ya era muy malo.

—¿Pero otras veces escribe bien? —pregunté.

—¿Cómo?

—Sí. Mi pregunta es si los errores que mencionáis los comete siempre o unas veces sí y otras no.

Don Miguel se acarició la barba durante unos instantes.

—No siempre los comete, es cierto. ¿Qué te sugiere eso?

—Podría ser una forma de disfrazarse, señor. Igual que el falso pie de imprenta. Y ese nombre que nadie parece conocer. Tal vez Avellaneda no se llame de verdad Avellaneda.

Don Miguel asintió, aunque acto seguido volvió a enterrar el rostro entre las manos.

—Todo eso da igual —gimió—. ¿Qué importa que Avellaneda sea quien dice ser o que sea el sultán de Constantinopla o el mismísimo diablo? El mal está hecho y eso ya no hay quien lo remedie.

—¡Pero, señor! Si la novela es tan mala como decís, ¿por qué no dais a conocer la vuestra, la verdadera y genuina segunda parte de las aventuras de don Quijote? ¿No sería ese un modo de darle a Avellaneda su merecido?

Cervantes gimió.

—¡Ay, si las cosas fueran tan fáciles como dices, Gonzalo, qué sencillo sería habitar este mundo! Ahora que don Quijote ya posee una continuación, ¿qué sentido tendría mi segunda parte? Me dirán que si tantos años han pasado desde la primera, cómo es que publico el libro ahora, cuando ya se me han adelantado. Me tacharán de envidioso y oportunista y ávido de dineros. No, Gonzalo, no. Lo mejor es que destruya ese libro y continúe con otro que tengo ya empezado, y que se intitula *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. O quizás lo que convenga sea que encierre la pluma y el tintero bajo siete llaves y me vaya preparando para bien morir, que es lo más acertado que puede hacer un viejo inútil y tonto como yo.

Apenas podía creer que don Miguel hubiera dicho semejantes palabras, y no me pareció sino que su conturbación y su pesadumbre le estaban haciendo ver el mundo al revés. Era como si en su mente se hubieran trocado los papeles de los buenos y de

los villanos, de quienes habían actuado con rectitud y quienes lo habían hecho movidos por el lucro y por el odio. Lo vi sollozar con la cabeza hundida entre los hombros y juzgué que en aquellos momentos don Miguel no era don Miguel, y que convenía protegerlo de sí mismo. Así pues, llamé a Constanza y entre ambos nos las arreglamos para llevarlo hasta su lecho y desnudarlo, ponerle una camisa de dormir y luego dejarlo allí tendido. Tan consumido y demacrado lo vi que partí al punto en busca de un médico, pues no parecía sino que las horas que le quedaban en el mundo pudieran contarse con los dedos de una mano. Pero yo sabía que no eran cataplasmas ni sangrías lo que mi suegro necesitaba con más urgencia, sino una buena dosis de justicia. Por ello, tras dejarlo al cuidado del galeno y de la sobrina, me eché de nuevo a las calles y me dirigí adonde pensé que podría empezar a tirar de la madeja.

Según mis cuentas, llevaba al menos cinco años sin hablar con mi antiguo amo, el librero Francisco de Robles. Lo último que había sabido de él era que se refería a mí como «ese arrapiezo desagradecido» o «ese muerto de hambre», y que había jurado hacerme pagar cara mi traición, es decir, el que yo le hubiera revelado a Cervantes que el librero le robaba, pues no era otra cosa lo que hacía cuando se apropiaba de los beneficios del *Ingenioso hidalgo*, dándole a don Miguel nada más que las migajas. No es que Robles fuera, por lo tanto, el mejor de los amigos que yo tenía en Madrid. Pero no se me ocurría nadie más apropiado a quien acudir en busca de respuestas sobre el asunto de Avellaneda y del falso *Quijote*. Si alguien sabía qué era lo que se cocía en las librerías y las imprentas, ese era él. De modo que me arriesgué a presentarme en su librería de la calle de Atocha, la misma en la que yo había trabajado como aprendiz desde la infancia.

Cuando llegué allí, la tienda estaba casi vacía. Habría a lo sumo un par de clientes curioseando entre las estanterías, y Robles permanecía en su despacho con la puerta abierta de par en par para vigilar a los que entraban y a los que salían. Me reconoció al instante, a pesar de que durante los últimos años me había dejado crecer la barba y el pelo, y consideré una buena señal que no viniera corriendo hacia mí con la tranca que yo sabía que guardaba tras la puerta. En lugar de ello, salió del despacho y acudió a mi encuentro con una sonrisa que me dio mala espina. Y al llegar a mí inclinó la cabeza en señal de respeto, gesto al que respondí.

—Gonzalo...

—Señor Robles...

—¡Cuánto tiempo! Te veo muy cambiado.

—Vos seguís igual, supongo.

—¿Va con segundas?

—En modo alguno.

—¿Y a qué se debe el placer de tu visita? ¿Has venido a comprobar si he logrado

sanar de la puñalada que me asestaste por la espalda?

—No, señor Robles. Vengo a preguntaros por la novela de ese tal Avellaneda. ¿Sabéis algo de ella?

—Que se vende muy bien. ¿Te envía tu suegro?

—No me envía nadie. Acaso el ansia de reparar una injusticia.

—No veo dónde esté la injusticia.

—Don Quijote y Sancho son de Miguel de Cervantes. Nadie tiene derecho a apropiárselos como suyos.

—¿Ah, no? Yo más bien pensaba que tanto el caballero como su escudero llevaban casi diez años dejados de la mano de Dios, dos tristes sombras vagando por tierra de nadie. Y ello a pesar de que los lectores reclamaban su regreso con insistencia. Y también yo, que fui quien los dio a conocer al mundo. Pasé años suplicándole a Cervantes que escribiera nuevas aventuras de don Quijote y de Sancho. Pero él siempre encontraba cosas mejores de las que ocuparse. El tal Avellaneda no ha hecho más que aprovecharse de la abulia de tu señor Cervantes. No veo ningún delito en ello, sino gran inteligencia por su parte.

—¿Sabéis quién es?

—No.

—¿Estáis seguro? Pensaba que vos erais el hombre mejor enterado de Madrid.

—Esto es una librería y no un confesionario.

—Pero a los hombres les gusta sincerarse tras retozar con las rameritas, y vos conocéis a unas cuantas.

—Óyeme, Gonzalo, no entiendo qué quieres, pero aquí no habrás de hallarlo. Mejor márchate a atender tu negocio, adonde me dicen que acuden a comprar sus sedas y terciopelos los pisaverdes más lindos de la Villa.

—Quiero solamente un nombre. El de quien ha perpetrado ese ultraje en forma de libro contra mi suegro. ¿Quién es?

—Ya lo sabes. Su nombre es Alonso Fernández de Avellaneda.

—¿Creéis que existe de verdad tal persona a la que nadie conoce, de la que nadie sabe dar razón?

—Puede que sea un fantasma. Un tordesillesco fantasma.

—¿Acaso escriben libros los fantasmas?

—Puede que sea el fantasma de alguien muy letrado.

—No juguéis conmigo, Robles. Ya no soy un muchacho pobre e indefenso. Y vos tenéis más de un pecado que callar. De modo que más vale que me digáis lo que sabéis.

—¡Vaya! Veo que al cachorro le han crecido los colmillos.

—¡Robles...!

—Tu suegro tendrá enemigos, como todo el mundo.

—Él jamás le hizo daño a nadie.

—Entonces puede que acabe en los altares algún día. De momento, tengo

entendido que hay más de uno en Madrid a quien Cervantes no le agrada.

—¿Lope? Pero si he sabido que ha cambiado de vida, que incluso ha tomado los hábitos.

—Sí. Ahora pasea por Madrid vestido con sotana y lleva un crucifijo colgado del cuello. Pero ya sabes lo que dicen de los buenos perros de presa.

—¿...?

—Dicen que cuando muerden, jamás sueltan el bocado.

—¿Y cómo puedo asegurarme de que lo que insinuáis es cierto, de que Lope está detrás de Avellaneda?

—Lope y su círculo. Tal vez hayan sido varios los que han colaborado en la gran venganza que representa ese libro.

—¿Y creéis que puedo ir y preguntarles sin más?

—Dudo que eso te resultara de provecho. Y guárdate bien de Lope. Lo han nombrado familiar del Santo Oficio y he sabido que tú has andado unos meses por tierra de herejes. Tal vez a los inquisidores les interese saber qué has estado haciendo allá.

—¿Me ayudaréis?

—¿Ayudarte?

—Necesito saber con seguridad si Lope está detrás de todo esto. ¿A quién puedo acudir sino a vos?

—El joven Judas viene a pedir ayuda. Esto empieza a ponerse interesante.

—Por favor. Por los buenos servicios que os presté en el pasado.

—¿Y qué gano yo a cambio?

—Cervantes tiene acabado su *Quijote*.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Desde hace meses. Estaba a punto de entregároslo cuando apareció el de Avellaneda.

—Ahora no tiene sentido publicarlo.

—La novela es mucho mejor que la del falso licenciado de Tordesillas. A cualquier lector de la primera le bastará con leer unas páginas para darse cuenta de que es ahí donde están los auténticos don Quijote y Sancho. Haréis el negocio de vuestra vida.

—¿Y querrá Cervantes entregármela?

—Yo lo convenceré. Si me ayudáis a acercarme a Lope y a su círculo.

—Dicen que si quieres conocer de verdad a alguien, la forma más discreta de proceder es preguntarles a sus enemigos. Y Lope ha cosechado muchos enemigos a lo largo de su vida. Tu suegro no es el único.

—¿A quién sugerís?

—Hay cierto joven cortesano que os vendría de perlas. Y me refiero a don Francisco de Quevedo. Es astuto, deslenguado e intrigante, además de buen espadachín y poeta. Él sería vuestro hombre para conocer los entresijos de las

contienda literaria de la Corte, porque participa de casi todas ellas. Pero creo que no lo hallaréis en Madrid, pues tengo entendido que su patrón, el duque de Osuna, lo ha llamado a Italia. Quien sí anda por acá es don Luis de Góngora.

—¿El cura cordobés?

—El mismo. ¿No te resulta curiosa la manía de los poetas de este reino por tomar los hábitos? Deben de ser muchos los pecados que necesitan hacerse perdonar. Tu mismo suegro es de los que solo mean agua bendita. No te extrañes si cualquier día te encuentras convertido en yerno de un cura.

—No seáis impertinente, Robles, que poco daño me podéis hacer ya. ¿Dónde puedo encontrar a Góngora?

—Ignoro si tiene residencia en Madrid, pero puedo decirte dónde estará esta misma tarde. Lo hallarás en el palacio de don Francisco de Silva, en la calle de Atocha.

—¿Cómo lo sabéis?

—Veo que son ciertos los rumores y que has pasado muchos meses fuera de la Corte. Ese caballero, don Francisco de Silva, organiza en su palacio unas reuniones poéticas que gozan de gran predicamento. La Academia Selvaje, la llaman, por aquello del apellido Silva.

—Ya veo. ¿Estáis seguro de que Góngora acudirá?

—¡Y tanto! Él es hoy el invitado de honor y a ello obedece su presencia en Madrid, aunque dicen que al hombre se le puede encontrar en cualquier sitio salvo en su cabildo. Ha venido a leer un galimatías de poema de los que él escribe.

—¿Me ayudaréis a colarme en esa reunión?

—Don Francisco de Silva es buen cliente mío y siempre me invita a las reuniones de la Academia. Suelo declinar, pero puedo hacer hoy una excepción. Ven conmigo y te ayudaré a entablar contacto con Góngora o con quienquiera que pueda serte de ayuda. Te veré junto al palacio del duque, en la calle de Atocha, a la puesta de sol. Pero ya sabes lo que yo quiero a cambio.

—A don Quijote, lo sé. Encontraos luego conmigo en la calle de Atocha, que yo sabré honrar mi parte del trato.

Salí de casa de Robles con la sensación de que había hallado un cabo por el que empezar a desenredar aquella madeja. No me fiaba de él, pero sabiendo que acostumbraba actuar movido por la codicia, al menos podría predecir sus movimientos. Faltaban aún un par de horas para que cayera el sol, por lo que decidí pasar de nuevo por casa de don Miguel para ver cómo seguía. Lo hallé fuera de la cama, sentado a la mesa de su despacho pluma en mano, escribiendo como un poseso. Llevaba puesta todavía su camisa de dormir y la desnudez de sus piernas era visible hasta más arriba de las rodillas. Las tenía tan delgadas como dos sarmientos, y

cubiertas de llagas. Cuánto me apiadé al ver a mi suegro en aquel estado. Constanza lo miraba desde la puerta, sollozando, con un pañuelo engurruñado bajo la nariz.

—Creo que el desventurado ha extraviado el seso por completo —susurró—. ¡Mi pobre tío!

Le pedí a Constanza que se calmara y me dejara a solas con él.

—Don Miguel —lo llamé suavemente—. Don Miguel. ¿Por qué no estáis en el lecho descansando, como os dejé?

De pronto Cervantes notó mi presencia, pues la pluma se detuvo y sus ojos se alzaron de lo que escribía y se clavaron en mí. Estaban ribeteados en rojo y me parecieron cargados de decrepitud y demencia. Durante unos instantes me pareció que no me conocía. Luego me mostró una sonrisa desdentada que no me tranquilizó en absoluto.

—¡Lo tengo, Gonzalo!

—¿Qué tenéis?

—El modo de darle la réplica al cornudo de Avellaneda y a la puta que lo parió. Voy a reescribir los capítulos finales del *Ingenioso hidalgo*.

—¿Y de qué servirá eso, señor? —pregunté casi seguro ahora de que, en efecto, había perdido el juicio.

—¿No te das cuenta? No seré yo, sino mis personajes, quienes repararán el daño y tomarán venganza. Ellos mostrarán que el caballero y el escudero de la otra novela no son más que burdas imposturas, y un rufián envidioso quien los creó.

Ahora veía que las palabras de don Miguel no carecían de sentido, después de todo.

—¿Y cómo haréis tal cosa?

—Ya he empleado antes el recurso. ¿No recuerdas que al principio de mi novela el bachiller Sansón Carrasco les cuenta a don Quijote y a Sancho que son los protagonistas de un libro? Pues bien, mi idea es que, camino de Zaragoza, paren en una venta y allí encuentren a unos hombres que hablan sobre la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, que acaba de salir publicada, en la cual el caballero ha renunciado al amor de Dulcinea y su escudero no es sino un villano soez, comilón y borrachín. Y al oírlos don Quijote irrumpirá en su cuarto y desmentirá todas las falsedades e infamias vertidas en el infausto libro. Y luego manifestará que ha mudado su propósito y no se encaminará ya hacia Zaragoza, pues el falso don Quijote así lo ha hecho, sino a Barcelona, donde también van a celebrarse justas.

—Me parece bien la idea, señor. Aunque lamento que varias de las jugosas historias que ya conozco no vayan a ver la luz.

—Yo también, aunque es algo que forzosamente tendrá que ocurrir. No habrá ya justas en Zaragoza ni aventura en Nápoles. Y don Quijote no se enfrentará al mago Prestón, sino a su propia locura, y saldrá victorioso. Y así es mi intención que el caballero acabe cuerdo su aventura, pero también que encuentre la muerte al final del libro. Y de este modo, con don Quijote muerto y enterrado en su aldea manchega,

nadie osará valerse de él para una cuarta salida, ni para mancillar su nombre y el mío. Acabo de separar del manuscrito los capítulos finales, que son los que ahora empiezo a reescribir. Luego los arrojaré a la lumbre y no existirán más copias de ellos, pues la única que había fue la que tú perdiste por culpa de esa voraz gaviota. De modo que nadie sabrá nunca que un día los escribí, ni lo que en ellos se contaba. Y ahora, déjame, Gonzalo, que el tiempo apremia.

Y allí quedó, escribiendo furiosamente en su despacho la que habría de ser su venganza literaria contra Avellaneda. Me fui decidido a encontrar al miserable y ayudar a reparar la ofensa. Pero confieso que mi conciencia no estaba en paz. Pensé que mientras don Quijote vivía sus últimas aventuras en Barcelona y luego regresaba a su aldea para recuperar la razón y morir, otro don Quijote, protagonista de otro libro escondido en cierto sótano de la lejana Inglaterra, viviría aventuras muy distintas y quedaría vivo y loco para siempre. ¿Qué ocurriría si aquel segundo don Quijote llegaba a ver la luz algún día?

El asunto se me antojó tan peliagudo como enigmático, uno de esos problemas endiablados que más misteriosos se tornan cuanto más se cavila sobre ellos. Pero decidí posponerlo, pues tenía previsto desenmascarar a Avellaneda antes de que terminara el día, y a esa empresa debía consagrar ahora toda mi astucia y todas mis fuerzas.

CAPÍTULO XII

ESPADAS Y CUCHILLOS

A Erasmo no le daba miedo volar. Sin embargo, le espantaban los aviones. Y así se lo manifestó a Pilar varias veces mientras esperaban las dos horas de rigor en las desoladas vastedades de la terminal cuatro del aeropuerto de Barajas.

—No tiene sentido que la humanidad haya descubierto el modo de volar en aeronaves más pesadas que el aire para luego tener que hacerlo como sardinas en lata. Temo morir del síndrome de la clase turista, que como sabes es provocado por la inmovilidad y el hacinamiento.

—¡Vamos, profesor, son solo un par de horas! ¿Habría preferido gastar doscientos euros más en un billete de la clase *business*?

La lógica inapelable de Pilar lo sumió en el mutismo durante unos minutos, tiempo que él dedicó a contemplar a la muchacha mientras ella manipulaba su iPad.

—¿Qué estás leyendo en el nuevo invento del Maligno? ¿Algún libro electrónico de esos?

—Nunca me atrevería, profesor. Estoy segura de que usted me retiraría la palabra.

—No creas. Casi todo lo que se publica hoy en día es pura bazofia. Por tanto, no me parece mal que dejen de sacrificarse árboles para imprimir necesidades. Las pantallitas electrónicas bastan y sobran para eso. Como ves, soy mucho más moderno de lo que pensabas.

Pilar rio y le mostró la pantalla de su tableta.

—¿Le resulta familiar?

Erasmo comprobó que lo que el dispositivo reproducía era una versión reducida del manuscrito de Gonzalo. La nitidez era tan asombrosa que se sintió tentado de alargar la mano para descartar que se tratara de un texto manuscrito real.

—No pensaré que me lo iba a dejar en casa, ¿verdad? Los viajes en avión están llenos de tiempos muertos que muy bien podemos aprovechar. ¿Quiere que siga leyéndole? Nos habíamos quedado en el momento en que Gonzalo salía para cazar al huidizo Avellaneda. Otro de los enigmas de la crítica cervantina a punto de ser revelado. Por cierto, se admiten apuestas.

—Yo digo que es alguien del círculo de Lope —aventuró Erasmo—. Siempre me ha parecido muy razonable la hipótesis de la autoría de Liñán de Riaza, quien como sabes fue amigo de Cervantes, aunque más tarde se dejara seducir por el lado oscuro de la fuerza, es decir, por *el Fénix*. ¿Tú qué opinas?

—Opino que será alguien en quien ningún crítico ni historiador pensó jamás.

—¿Por qué?

—Tengo comprobado que la realidad disfruta dejándonos a los académicos en

ridículo.

Erasmus tuvo que reconocer que a Pilar no le faltaba razón.

—Queda un buen rato hasta que nos llamen a embarcar —anunció tras lanzar una ojeada al panel que mostraba los horarios de los vuelos—. ¿Seguro que no te importa emplearlo en leer el manuscrito?

Pilar le dedicó una de sus sonrisas más cautivadoras.

—Bien sabe usted que no, profesor.

—¿Estás segura de que no preferirías ir a las tiendas y volver cargada de chocolate, perfumes y cigarrillos?

—Hace dos años que dejé de fumar, pues tan pronto como abandoné la enseñanza media me di cuenta de que no lo necesitaba. El chocolate da la felicidad, pero estropea el cutis. En cuanto a los perfumes, esperaré a Navidad para que usted me regale un frasco de Chanel nº 5. ¿Conoce la marca?

—Por supuesto. Es lo único que me pongo para dormir. Pero ahora te ruego que empieces, Pilar. Por favor, lee para mí.

El sol tocaba el horizonte cuando alcancé la calle de Atocha, lo que hacía que jinetes y viandantes proyectaran sombras alargadas semejantes a fantasmas. Un fantasma me llevaba allí aquella tarde, una sombra a la que esperaba ponerle pronto rostro, pues no es posible golpear en la cara a quien no la tiene, y tal era mi propósito una vez hubiera desenmascarado a Avellaneda. Fiel a su palabra, Robles me aguardaba junto a la puerta del palacio de don Francisco de Silva y Mendoza, hermano del duque de Pastrana. El librero sonrió cuando me vio llegar, lo que en el caso de aquel miserable no debía de interpretarse como un gesto de simpatía, sino acaso como una señal de peligro.

—¿Has hablado con Cervantes? —me preguntó a bocajarro—. ¿Está conforme con entregarme la novela?

—Lo estará —repuse—. Aunque cuando lo dejé andaba atareado con ciertos cambios que desea realizar en ella, por lo que habréis de esperar.

—¿Dices que tendré que esperar más todavía? ¿No te parece que ya he esperado bastante? —En este punto lanzó un hondo suspiro, y a continuación dijo—: En fin, que así sea. ¿Qué otra cosa somos los desdichados librereros sino muñecos en manos de los veleidosos poetas, quienes hacen y deshacen, y nos manejan a su antojo?

Me abstuve de replicar a su comentario, que a buen seguro no escondía sino una burla. Pero no estaba allí para reñir con Robles, sino para dejarme guiar por él. Para reñir ya habría tiempo luego.

Accedimos al palacio del caballero de Silva sin obstáculos, pues era Robles persona conocida en todos los mentideros literarios de Madrid. Ascendimos a la planta noble y luego entramos al salón donde tenían lugar las reuniones de la

Academia Selvaje, la cual, de momento, no le hacía honor a su nombre, pues las más o menos veinte personas allí reunidas parecían todas sosegadas y con escasas intenciones de enzarzarse en riñas o devorarse mutuamente. Sin embargo, cuando de poetas se trata conviene no fiarse nunca de las apariencias.

Vi a Bartolomé Leonardo de Argensola enlutado y muy cariacontecido. Robles me dijo que estaba recién llegado de Nápoles, donde su hermano menor, Lupercio, había muerto poco antes. Y que los lutos eran tanto por honrar su memoria como por el hecho de que había sido ordenado sacerdote, según era costumbre entre los poetas españoles. Pese a su ministerio, Robles lo calificó como un hábil cortesano, ambicioso, implacable y muy ducho en intrigas.

—Y, además, aragonés, si entiendes lo que te quiero decir con ello.

Lo entendía, pues algo había mencionado don Miguel sobre los abundantes rasgos del habla aragonesa en el falso *Don Quijote*. Sin embargo, recordaba yo a Argensola como poeta muy docto y amante de los clásicos, y me extrañaba que alguien tan versado en el griego y en el latín fuera a resultar tan torpe con el romance, cosa que le participé a Robles en voz baja.

—Bien pensado —me dijo—. Aunque también las palabras pueden ser un modo de disfrazarse y no se puede descartar que, aun siendo hombre letrado como afirmas, cometiera errores a propósito para ser confundido con alguien más ignorante. Además, tal vez recuerdes que este Argensola le causó un grave perjuicio a tu suegro en el pasado.

Eso era cierto, y no fue menester hacer acopio de memoria para recordar el enojo de don Miguel, quien tenía preparados ya sus baúles para embarcar hacia Nápoles junto con el resto del séquito de su protector, el conde de Lemos, y fueron los Argensola quienes vetaron su nombre en el último momento. Robles me dijo que, además, el hermano sobreviviente era amigo y admirador de Lope, con lo que comprendí que debería considerarlo un serio aspirante a convertirse en Avellaneda.

En espera del recital de aquella tarde, los tertulianos bebían vino y formaban grupos para conversar. Y era digno de ver cómo estos se deshacían y recomponían en otros distintos, cual nubes sujetas a los albrures del viento. Todos parecían hablarse con todos y en el salón reinaba la mayor de las armonías, como si se tratara de una reunión de antiguos compañeros de armas. Aunque bien sabía yo que en cualquier asamblea de poetas y cortesanos la armonía se da solo en la superficie, y que entre aquellos hombres (a la sazón, y gracias a las nuevas incorporaciones, habría ya unos treinta) existían tantas envidias y rencores y pendencias que, juntando todas las historias de los presentes, se le podría añadir un libro nuevo al Antiguo Testamento. No era descartable que los que ahora se comportaban como los mejores amigos terminaran a trompadas, tal y como yo había tenido ocasión de comprobar en el pasado. Y más de una de esas espaldas que ahora recibían palmadas haría bien en cubrirse a la salida, cuando las palmadas bien podían convertirse en puñaladas surgidas de la noche. Tal era el mundo de los poetas de la Corte, y acaso el de los

poetas de España entera, y aun del resto del mundo.

De todos los grupos, sin duda el más numeroso era el que se arracimaba en torno a don Luis de Góngora y Argote, el invitado de honor de la noche, un cura pequeño y entrado en años que, a pesar de su sagrado ministerio, poseía un acusado aire rabínico, con su nariz aguileña, sus ojos de ratón miedoso y sus labios en permanente mueca de disgusto, como si alguien le estuviera ofreciendo una tajada de tocino. Góngora estaba recibiendo el homenaje de sus admiradores, que alguno que otro tenía en Madrid, y entre los más vehementes Robles me señaló a un mocetón muy gallardo que le hacía cumplidos a Góngora con grandes voces y un marcado acento del sur.

—Ese es el poeta granadino Pedro Soto de Rojas, quien se hace llamar *el Ardiente*.

—¿*El Ardiente*, decís? —pregunté sin poder contener la risa.

—En efecto. Y como sabrás no hay clérigo, por viejo que sea, que le haga ascos a un mozo ardiente.

Me permití soltar entonces una discreta carcajada que atrajo algunas miradas curiosas. Pero entonces noté que todos se giraban hacia la puerta, y aun sin necesidad de mirar yo mismo, supe quién acababa de entrar en el salón. Pero lo más gracioso fue comprobar cómo algunos de los que hasta el momento le rendían pleitesía a Góngora ahora se apartaban de él como si estuviera apestado, tratando acaso de impedir que el recién llegado pudiera cuestionar su fidelidad.

Llevaba tiempo yo sin encontrarme con Lope, incluso desde antes de mi partida a Inglaterra. Y he de decir que lo vi cambiado, algo más gris, algo más avejentado y despojado de ese aire de soberbia de sus años de juventud. Mucho tenía que ver con su cambio de aspecto la sotana y la capa negra que vestía, tan clericales que no parecía sino que estuviera a punto de subirse a un púlpito. Como único adorno, bordada sobre la pechera llevaba la cruz de los esclavos del Santísimo Sacramento, cofradía a la que también pertenecía don Miguel, por cierto. Me sorprendió que llegara solo, cuando lo normal era verlo rodeado de toda una cohorte de admiradores. Y también que al verme junto a Robles agitara la mano en señal de saludo y viniera al encuentro de ambos.

—¡Señor Robles! ¡Gonzalo! ¡Las dos últimas personas de Madrid a las que habría esperado encontrar juntas! ¿Habéis superado, pues, vuestras diferencias?

—Así es, Lope —respondió Robles—. Como sabéis, el tiempo cicatriza todas las heridas.

—O al menos casi todas —dijo el de Vega con una ligera mueca—. Aunque perdonar las ofensas es uno de los deberes principales del cristiano.

—¿Entonces ya se os ha olvidado aquel incidente de la boñiga? —le pregunté sin poder refrenarme.

El Fénix me miró de arriba abajo y entornó los ojos. Noté entonces que Robles daba un paso atrás, quizás temeroso de que la refriega en ciernes pudiera salpicarle. Pero no hubo tal refriega, pues Lope al instante recuperó su sonrisa e hizo como que

no había oído mi pregunta:

—Bien, bien. Me congratulo de ver vuestra amistad recuperada. Por cierto, Gonzalo, he oído que la salud de tu suegro se ha deteriorado. ¿Son ciertas mis noticias?

De inmediato pensé que la pregunta de Lope no era más que una burla encubierta, pero su expresión al hacerla era tan respetuosa y su interés parecía tan sincero que no fui capaz de responder de forma airada. *El Fénix* había sabido encontrarles utilidad a los muchos años que llevaba mezclándose con cómicos, pues sin duda era un experto de la simulación.

—Es un anciano y su salud se halla algo quebrantada —le respondí—. Aunque hoy mismo lo encontré escribiendo como si la vida le fuera en ello, por lo que no dudo de su pronta mejoría.

—¡Magníficas noticias! Pensé que ese nuevo *Don Quijote* del que todos hablan habría tenido algo que ver con su postración. Una novela no muy memorable, por lo que me cuentan. ¡Ah, mirad! Góngora se dispone a comenzar su lectura. ¿Habéis traído las camisas y los gorros de dormir?

De inmediato recordé el amargo trago de ver a Lope mofarse de don Miguel en circunstancias muy similares a aquellas. ¿Por qué frecuentarían los literatos aquellas academias? ¿Era por su amor a las letras o por tener la ocasión de burlarse de sus rivales más odiados? ¿Quizás pensaba Lope repetir con Góngora lo que había hecho con Cervantes?

Entretanto, el cura-poeta había ocupado su sitio frente al atril y se afanaba en disponer sus papeles. Bebió vino de una copa y tosió varias veces, señal de que los concurrentes debían ir ocupando los asientos que habían sido dispuestos ante él. Robles y yo, sin embargo, preferimos quedarnos al fondo del salón para tener una perspectiva más amplia de lo que allí ocurriera. Unos segundos después, se hizo el silencio y Góngora comenzó a recitar:

*Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
(media luna las armas de su frente,
y el Sol todos los rayos de su pelo),
luciente honor del cielo,
en campos de zafiro pace estrellas,
cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida...*

Aunque llevaba yo años alejado del mundo libresco, algo había oído contar sobre el estilo de Góngora y de sus seguidores, a los que acusaban de retorcer y violentar la lengua de tal modo que ni sus santas madres los entenderían a pesar de haberlos parido. Con todo, no me tenía yo por tan tonto como para no ser capaz de desentrañar una composición escrita en mi propio idioma, es decir, hasta aquella tarde en que oí

recitar a Góngora y me di cuenta de que no tenía la más remota idea de lo que el condenado cura estaba diciendo, y ello pese a comprender yo casi todas las palabras. Sin embargo, se las había arreglado para disponerlas con tan rebuscado orden y escaso concierto que igual podía ser aquello una égloga que una elegía o una oración a San Bartolomé, patrón de los curtidores. Y tampoco pude echar la culpa a la mala dicción del poeta ni a la escasez de su voz, pues era su locución nítida y su timbre rico y potente, y su deje andaluz idéntico al de mis propios padres, por lo que no podría estar yo más familiarizado con él.

Lo que siguió fue un interminable y soporífero recitado durante el cual debí de dar varias cabezadas. Y tales cumbres alcanzó mi hastío que casi llego a olvidar cuál era el motivo de mi presencia en aquella reunión, a la que no había asistido por gusto, sino con ánimo de desenmascarar a Avellaneda. En cuanto al resto de los asistentes, cada cual reaccionaba a su modo, aunque creo que predominaban las expresiones de tedio, y que a más de uno le costaba reprimir los bostezos. Era en la primera fila donde se habían concentrado todos los admiradores de Góngora (los así llamados «culteranos»), quienes escuchaban al maestro con arrobo y deleite, tal vez porque ya conocían la composición de antes y habían tenido tiempo para abrirse camino a través de sus frondosidades. Quizás sea innecesario mencionar que el poeta granadino al que apodaban *el Ardiente* bebía cada uno de los impenetrables versos que salían de la boca de Góngora como si de néctar y ambrosía se tratase. Y por último estaba Lope, en quien el poeta cordobés había tenido un acérrimo detractor en el pasado. Por ello esperaba yo el momento en que empezaran a salir chanzas de su boca, al igual que hizo con don Miguel aquel infausto día. Sin embargo, nunca vi a Lope tan tranquilo y sosegado, teniendo en cuenta que era otro quien se lucía y no él, pues no hacía sino escuchar el recital muy atento y con una sonrisa cortés.

Y así estaban las cosas cuando Robles me dio un ligero codazo y señaló con disimulo hacia un curioso recién llegado.

—Es Quevedo —musitó—. El duque de Osuna ha debido de enviarlo desde Italia con algún cometido. ¿Y cómo iba él a perderse la ocasión de sacarle los colores a Góngora? Creo que la tarde está a punto de animarse.

Aquel don Francisco de Quevedo de quien todos hablaban como astuto cortesano y hábil espadachín parecía cualquier cosa menos un cortesano o un espadachín. Yo diría que por su aspecto resultaba fácil confundirlo con un bufón de cámara, pues era pequeño, barrigón y contrahecho, y gastaba además anteojos, lo que resultaba tan insólito como gracioso. Sin embargo, puede que Góngora no encontrara tan graciosa su irrupción, pues fue verlo y prorrumpir en toses y en tartamudeos que se prolongaron hasta el término del recital. De todos modos, ya nadie prestaba atención a los versos del cordobés, puesto que todos miraban con disimulo hacia Quevedo en espera de alguna acción o reacción por su parte. Sin embargo, hubieron de aguantar hasta que Góngora hubo recitado mil versos o más y, hacia el final del poema, leyó aquellos que decían:

*Llegó todo el lugar, y despedido,
casta Venus, que el lecho ha prevenido
de las plumas que baten más süaves
en su volante carro blancas aves,
los novios entra en dura no estacada;
que, siendo Amor una deidad alada,
bien previno la hija de la espuma
a batallas de amor campo de pluma.*

Y en ese instante, sin dar tiempo siquiera para los aplausos, Quevedo se adelantó para plantarse justamente ante Góngora y su atril (en este punto descubrí que, además de contrahecho, era cojo), puso los brazos en jarras y, a voz en grito, le espetó lo siguiente:

—¡Ah, Gongorilla, ahora comprendo por qué llamáis *Soledades* a estas composiciones vuestras! —Y viendo que el cordobés se quedaba en suspenso, preguntó—: ¿No será porque cada vez que recitáis semejante engendro corréis el riesgo de quedaros solo?

La carcajada fue tan atronadora que la respuesta de Góngora quedó ahogada entre las risas.

Pero Quevedo todavía no había tenido suficiente, y comenzó entonces a recitar un soneto propio en el que se mofaba de la pedantería de Góngora y los culteranos, y de su gusto por helenizar y latinizar a toda costa, cayera quien cayera. Y así dijo:

*¿Qué captas, nocturnal, en tus canciones,
Góngora bobo, con crepusculallas,
si cuando anhelas más garcivolallas,
las reptilizas más y subterpones?
Microcósmote Dios de inquiridiones,
y quieres te investiguen por medallas
como priscos, estigmas o antiguallas,
por desitinerar vates tirones.
Tu forasteridad es tan eximia,
que te ha de detractar el que te rumia...*

Se disponía Quevedo a rematar el primer terceto y la rechifla era ya general. Y de repente una voz se alzó sobre las demás:

—¡Hijo de putaaaaaaa!

Y vimos que *el Ardiente* se abalanzaba sobre Quevedo, quien lo recibió con un puñetazo muy certero en mitad de la cara. Y a partir de ese momento renunció a hacer una crónica cabal de la pelea, pues fueron tantos los que se sumaron a ella y tan grande la confusión, que ya no se sabía quién pegaba y quién recibía, ni quién estaba en cada bando. La cuestión es que en cierto momento aparecieron no menos de diez

criados de la casa, todos grandes y fornidos y pertrechados con trancas, y comenzaron a repartir estopa entre los combatientes, al tiempo que los iban dirigiendo hacia la salida, y ello sin parar mientes en si eran nobles o plebeyos, por lo que puede que las espaldas de más de un grande de España quedaran señaladas aquella noche. Y yo, para mis adentros, me dije que al fin aquella Academia Selvaje empezaba a hacerle honor a su nombre.

Lograron poco a poco los criados reducir a la infame turba de poetas y empujarlos hasta la calle, desde donde nos llegaron más alaridos e imprecaciones e injurias. Alguien retó a duelo a alguien y después el tumulto se fue apagando hasta morir por completo. Lope se levantó entonces de su asiento, muy tranquilo y risueño, y se dirigió hacia la salida. Robles y yo nos acercamos a Góngora, que recogía sus papeles con gesto fatigado.

—¡Una composición egregia, señor Góngora! —le dijo el hipócrita del librero—. ¡Esta noche os habéis coronado definitivamente como el rey de los poetas de España!

De mis días en la librería recordaba yo bien que, si de algo no pecaba Robles, era de parco en halagos, y raro era el poetastro que pasara por su tienda que no recibiera de sus labios el título de «rey de los poetas de España», siempre y cuando hiciera gasto suficiente en libros. Pero en el caso de Góngora la lisonja pareció surtir efecto, pues de inmediato lo vimos mudar el gesto, y sus ojillos de ratón brillaron como los de una doncella que acabara de recibir elogios por la esbeltez de su talle y la albura de su cutis.

—Permitidme que os presente a mi amigo y antiguo empleado, Gonzalo de Córdoba, yerno del poeta Miguel de Cervantes.

—Ah, sí, Cervantes —dijo Góngora estrechando mi mano—. Hombre de talento y buena persona... para ser madrileño. No como esta chusma que acabáis de ver. Pero decidme, ¿sois cordobés?

—Sí, señor. Nacido en la muy noble y leal villa de Lucena, aunque la mayor parte de mi vida la he pasado en Madrid, donde trabajé durante muchos años en la tienda del señor Robles.

—Entonces habéis sido librero y por tanto sabéis de libros. Decidme, ¿qué os ha parecido mi *Soledad primera*?

No dominaba yo la hipocresía hasta el extremo de Robles, de suerte que le di lo que consideré una respuesta diplomática:

—Una composición muy interesante, señor Góngora. Hermosa a la par que enigmática.

Góngora dejó oír una risa cascada. Su apariencia rabínica se acentuaba visto de cerca. A buen seguro, algunos de los antepasados de aquel hombre habrían cruzado a pie el mar Rojo.

—¡Buena réplica! Algunos piensan que la poesía debería ser tan simple que hasta el vulgo pudiera comprenderla. Pero eso sería como alimentar a los cerdos con margaritas, ¿no creéis?

Le respondí que sí, que estaba muy de acuerdo, aunque confieso que habría suscrito cualquier opinión, por peregrina que me pareciera, con tal de que aquel hombre me dijera lo que quería saber. Le ofreció Robles entonces venir a cenar con nosotros en un buen mesón que conocía en la vecindad, y cuando lo vio vacilar le aseguró que el pago correría de nuestra cuenta, con lo que él aceptó al instante.

Se dice que los curas son gentes de buen comer y beber, pero creo que aquel Góngora los superaba a todos, y ello siendo hombre más bien enjuto. Aun así, los cuatro platos de guiso de cordero que engulló, regados con dos jarras de vino llenas hasta el borde, se me figuraron excesivos para alguien de su tamaño, y más tratándose de la cena, que los médicos aconsejan más frugal que el almuerzo. Mientras comía, juzgué inútil mencionar el asunto que tanto me interesaba, pues el hombre tenía la boca ocupada en masticar alimentos y no parecía dispuesto a darle tregua al yantar para responder a mis preguntas. Por fin, viendo que se daba por satisfecho, pensé que había llegado el momento oportuno:

—Decidme, señor Góngora, ¿estáis al tanto del asunto del que habla todo Madrid? —Y al ver la expresión de extrañeza del cordobés, aclaré—: Me refiero a esa segunda parte apócrifa de la novela de don Quijote en cuyo prólogo se elogia a Lope y se injuria a Cervantes.

—¡Ah, sí! —respondió Góngora—. Sé de qué libro habláis, aunque no lo he leído, como tampoco leí la primera parte. Sabed que únicamente leo poesía, y a ser posible de los clásicos, y mejor aún si es en latín o en griego.

—Ya —respondí sin desalentarme—. ¿Pero no os parece que el asunto de esa novela huele a ataque organizado contra Cervantes? ¿No pensáis que Lope pueda tener parte en ello?

Góngora reflexionó unos segundos antes de preguntar.

—¿Tiene Lope alguna cuenta pendiente con vuestro suegro?

—Así lo creo —le respondí—. Una herida bastante antigua, pero por la cual al parecer Lope todavía sangra.

—Entonces habrá sido él —concluyó.

—¿Pero habéis oído algo? ¿Vos y Lope lleváis mucho tiempo enfrentados? Me imagino que le seguiréis los pasos.

—Veréis —dijo él tras soltar un discreto eructo—. Si me hubierais preguntado hace años os habría señalado a Lope sin vacilar, pues dudo que hubiera una intriga o escaramuza en el mundillo literario de Madrid que no llevara su cuño. Ahora, sin embargo, lo veo... no sé cómo deciros... mucho más calmado. Aunque otros hartos peores han venido a ocupar su lugar, como ese Francisco de Quevedo del demonio, quien tengo para mí que es el mismísimo Satanás encarnado en un granuja tripudo y patizambo.

En ese punto comprendí que estaba perdiendo el tiempo y que el banquete que Góngora se había dado a mi costa no iba a servirme para nada, excepto para aligerar sustancialmente mi bolsa. Pensé, no obstante, que al cabo de tantas molestias merecía la pena hacer un último intento.

—¿Y dónde me aconsejaríais vos que reanudara la búsqueda?

Góngora entornó los ojos y permaneció callado tanto tiempo que pensé que se estaba adormilando por efecto del vino y de la comilona, hasta que finalmente dijo:

—Escuchadme, joven. Si yo fuera vos, me quedaría al margen de estas guerras entre poetas. Sé que tan solo intentáis ayudar a vuestro suegro, pero él es hombre anciano y seguramente no dará ya un ardite por tales refriegas. Vos, en cambio, os estáis adentrando en terrenos peligrosos. Más seguro estaríais si os alistáis en el ejército de Flandes, pues el mundo de las letras en estos reinos esconde más peligros que un campo de batalla, y el golpe que os fulmine puede llegar de donde menos lo esperéis. Y ahora he de recogerme, pues mañana celebro misa temprano. Gracias por la cena.

—¡Pero, señor Góngora...!

—¿Sospecháis de Lope? ¡Pues id y hablad con Lope en buena hora! Siempre fue el más vano de los pavos reales. Tal vez si le tiráis de la lengua lo suficiente acabe confesando su hazaña solo para lucirse. Pero cubríos bien las espaldas, Gonzalo. Gracias por la cena y que Dios os guarde.

Vimos a Góngora alejarse hacia el lugar donde pernoctara en Madrid, que no sabía yo si era casa o posada (aunque tratándose de un cura más bien sería lo primero, pues siempre se las arreglan estos para librarse de aflojar la mosca, como yo acababa de descubrir para mi desgracia). Entonces me dijo Robles que también él tenía que marcharse y que lamentaba mucho que la pesquisa no hubiera resultado más provechosa. Yo le di las gracias y las buenas noches. Y luego me quedé parado en mitad de aquella calle iluminada por la luna. Entonces recordé algunas de las últimas palabras de Góngora, y me repetí aquellas de Virgilio que rezan *Audentes Fortuna iuvat*, aunque algunos que se las dan de latiniparlos las citen como *Audaces Fortuna iuvat*, que viene a ser lo mismo, pero no fue lo que el mantuano escribiera.

Pocos minutos más tarde llegaba yo a la casa de la calle de Francos a la que me dirigía, la misma calle en la que vivía mi suegro, aunque no era a mi suegro a quien yo tenía previsto ver aquella noche. Percibí luces en el piso inferior, tomé el aldabón y llamé a la puerta. Una voz de mujer mayor me recordó desde dentro lo avanzado de la hora, y acto seguido preguntó mi nombre y cuáles eran los negocios que me llevaban hasta allá, esos que no podían esperar hasta la mañana.

—Soy Gonzalo de Córdoba —respondí—. Vengo a hablar con el señor Lope de Vega de asuntos que no admiten demora.

Oí unos rezongos y unos pasos que se alejaban hacia el interior de la casa. Mientras aguardaba, me fijé en el dintel de la puerta, donde podía leerse una inscripción latina grabada en la piedra: *Parva propria, magna; Magna aliena, parva*. «Lo pequeño es grande si es mío; lo ajeno, aunque grande, siempre se me figura pequeño». Por su modestia, me pareció extraño hallar aquellas palabras en la puerta de un hombre tan ambicioso y ávido de fama como Lope de Vega, salvo que hubiera cambiado tanto como se decía (o bien comprado la casa con inscripción en la puerta incluida, extremo que no tenía modo de comprobar). En todo caso, no casaba aquella inscripción con el autor del falso *Quijote*, quien había pretendido aprovecharse de la fama ajena para labrar la suya. Entonces mis reflexiones quedaron interrumpidas por el chirrido de una llave al girar en la cerradura.

—Entrad —me dijo el ama o criada que me había abierto—. Mi señor os aguarda en su oratorio.

Por lo que vi, la casa de Lope era grande y estaba bien provista de tapices y de buenos muebles. Hasta de una capilla privada disponía con un pequeño altar y un retablo, y muchas imágenes de santos, que más de veinte debía de haber. Vi un cáliz y otros objetos de culto, por lo que supuse que era allí donde Lope decía misa a diario, como estaba obligado a hacer por sus votos sacerdotales. Al dueño de la casa lo encontré arrodillado en un reclinatorio dispuesto ante un crucifijo que colgaba sobre la pared. Cuando me vio entrar, se santiguó y se puso en pie.

Esperaba que Lope mostrara curiosidad por mi presencia en su casa a aquellas horas nocturnas, pero si la sentía, se abstuvo de mostrarla. En lugar de ello, me guió muy cortés hacia un caldeado aposento donde había un estrado con dos sillones y un brasero encendido entre ambos.

—¿Quieres comer algo? ¿Quizás un vaso de vino? —me preguntó señalándome uno de los asientos.

Le respondí que venía ya cenado y que lo único que deseaba era intercambiar con él unas palabras sobre un asunto que me tenía muy perturbado, aunque no me afectaba a mí directamente, sino a mi suegro.

—Adivino que te refieres al libro del tal Avellaneda, ese hombre que no existe. Y que piensas que yo soy quien está detrás de la afrenta, ¿no es así?

Me sorprendió su sinceridad, aunque no bajé la guardia por ello.

—Si hago memoria, Lope, vos sois quien estáis detrás de casi todas las desgracias que le han ocurrido a mi suegro desde hace años. Vos y yo sabemos de vuestra obsesión por perjudicar y desacreditar a Cervantes de todos los modos posibles. Y ahora se aparece esa infame novela, en la que, además de obtener provecho de los logros del primer *Quijote*, se le ofende a él y se os pondera a vos. ¿Cómo creéis que debo interpretarlo?

Lope me escuchaba con gesto muy serio y asentía levemente. No parecía ofendido, aunque la cólera es un sentimiento que los intrigantes como él saben administrar a su antojo, y quizás solo estuviera calculando el modo de que su ataque

fuera lo más contundente posible.

—¿Tú no crees que un hombre pueda cambiar, Gonzalo?

—Creo que algunos lo hacen, pero que otros están tan conformes y pagados de sí mismos que no les resulta posible. Quizá sea vuestro caso.

Lope suspiró.

—No te reprocho tus recelos, pues es cierto que en el pasado Cervantes y yo hemos tenido nuestras diferencias, y como sabes he tramado alguna que otra revancha contra él.

—Supongo que cuando habláis de diferencias os referís a aquella dama cuyos amores Cervantes os arrebató, Elena Osorio.

La mirada de Lope se perdió en el vacío, como si yo ya no estuviera allí.

—Elena, sí, a la que yo llamé *Filis*. Nunca hubo otra tan hermosa. Aunque de eso hace ya una eternidad. Y luego vendrían otras muchas.

—Habéis tenido una vida intensa.

Él asintió.

—Voy a cumplir cincuenta y tres años. Nadie ha mandado en los teatros como yo. Nadie fue jamás tan amado, tan ensalzado. Y sin embargo...

—Seguid, os lo ruego.

—¿Querrás oírme esta noche en confesión, Gonzalo de Córdoba?

—¿En confesión? ¡Pero si sois vos el sacerdote!

Él sonrió, y su sonrisa me pareció franca y amable.

—Todos necesitamos descargar nuestra conciencia de vez en cuando. Hasta Su Santidad el papa. Sé que te he agraviado en el pasado. A ti y a tu suegro. Por eso juzgo que eres el adecuado. Y ahora escúchame, que tal vez al final de esta plática encuentres alguna de las cosas que has venido a buscar en mi casa.

Me arrellané en el sillón y le mostré con mi gesto que estaba dispuesto a oírlo. Y así me habló Lope de Vega:

—Como tú mismo has dicho, la mía ha sido una vida intensa en la que no he carecido de fama ni de amores. Pero mi confesión es que no ha sido una vida dichosa. Pues, cuanto más grandes eran mis logros, mayores eran mis ansias. Y así he pasado todos estos años persiguiendo algo que siempre parecía correr más deprisa que yo, algo que veía cerca, pero que no podía alcanzar. Yo odiaba a Cervantes porque fue el único capaz de arrebatarme a una mujer. Pero cuando más lo odié fue cuando escribió la novela de don Quijote, pues comprendí que con aquel libro él se aseguraba lo que yo siempre había anhelado sin lograrlo: un lugar entre los más grandes.

—¡Pero vos habéis sido y sois muy grande, Lope! —protesté.

Él se llevó el dedo índice a los labios, conminándome de ese modo a guardar silencio y a dejarlo continuar.

—En cada generación de hombres solo hay un lugar en lo más alto. Y ese lugar ya está ocupado. Traté de evitarlo a toda costa. Hice robar el libro. Creí haberlo destruido. Pero al final Dios quiso que se hiciera justicia. La novela del *Ingenioso*

hidalgo apareció y todo quedó sentenciado. Yo quise continuar como si nada hubiera ocurrido. Vilipendié a Cervantes, traté de ensuciar su nombre y su honor. Pero pronto comprendí que aquellas artimañas mías, en lugar de dañarlo a él, me rebajaban a mí y me hacían más desdichado aún. Hace dos años murió mi queridísimo hijo Carlitos, y al poco lo siguió Juana, su madre, a la que tanto hice sufrir. Creí morir yo también de pena, pero el dolor acabó siendo como un bálsamo, pues me hizo comprender que lo que yo buscaba no habría de encontrarlo en este mundo. Rompí con quien había sido mi protector, el duque de Sessa, pues desde el primer día había sido la nuestra una relación indigna y depravada. Y decidí refugiarme en Dios. Y aquí me tienes. Tengo esta casa, el huertecillo donde paseo y rezo, y mis libros, y mi poesía, claro. Y ya no anhelo nada más que tranquilidad para mis últimos años. ¿Sigues creyendo de verdad que yo estoy detrás de Avellaneda? No he leído el libro, pero sí hojeado el prólogo. Y parece que su autor se ha tomado muchas molestias en señalarme a mí. Demasiadas, ¿no crees?

Y comprendí que aquel hombre me estaba diciendo la verdad. Cualquiera que leyese el prólogo del falso *Quijote* pensaría que Lope o su círculo estaban detrás, cuando él siempre había sido cuidadoso ocultando sus pasos. Me dije que tal vez estuviera pecando de ingenuo, pero por más que lo miraba no era capaz de encontrar culpa en aquel hombre, y sí una paz de espíritu que jamás habría presumido en él.

—Entonces, ¿quién, señor? —pregunté desesperado—. ¿Quién es Avellaneda? ¿A quién he de pedir cuentas por esta villanía?

Lope se atusó las puntas de su bigote. A pesar de sus canas y de su sotana, todavía era un hombre muy apuesto. Y tuve mis dudas de que su última palabra en cuestión de amoríos estuviera dicha.

De pronto hizo una pregunta:

—¿Qué crees que el que se hace llamar Avellaneda ha conseguido al publicar esa novela, al margen de dinero, que tampoco pienso que haya sido tanto?

—Eso ya lo dije antes. Su intención era denigrar a mi suegro.

—Muy bien, ¿y cuál ha sido la reacción de Cervantes?

Ponderé cuidadosamente mi respuesta, pues intuía que aquella línea de pensamiento podía fructificar en algo importante.

—Primero reaccionó con desesperación y pesadumbre. Pero esta misma tarde lo dejé trabajando como un demente en su segunda parte de *Don Quijote*, la auténtica, que desea que vea la luz cuanto antes para poder darle su merecido a Avellaneda.

—¡Ahí lo tienes! El resultado de la segunda parte falsa es la segunda parte auténtica, que lleva casi diez años demorándose. Alguien seguramente se alegrará de que ese libro se publique, y no me refiero a los lectores, sino a quien de verdad ganará dinero con él. Por otra parte, parece que el pie de imprenta de la novela pudiera ser falso, ¿no es así?

—Así es, señor —respondí al tiempo que yo también comenzaba a atar cabos por fin.

—No es un hecho tan infrecuente, por lo que sé de librerías e impresores, pero sí se trata de algo que va contra la ley. Ello significa que existe un vínculo de confianza entre el impresor y aquel a cuya costa se haya impreso el libro. De no ser así, alguien podría irse de la lengua, y más de uno terminaría multado o entre rejas.

En ese instante me puse en pie, pues ahora no tenía la menor duda de adónde debía acudir para encontrar a Avellaneda.

—¡Muchas gracias, señor! ¡Me habéis sido de gran ayuda! Ahora debo marcharme, pues me reclama un negocio urgente.

Lope pareció inquieto.

—¿Pero dónde piensas ir a estas horas de la noche, desdichado? ¿No comprendes que el asunto es peligroso?

Pero yo corría ya hacia la puerta sin escuchar sus palabras.

—¡Espera, Gonzalo! Solamente una cosa más.

Me volví hacia Lope y, para mi sorpresa, vi cómo se plantaba ante mí y me daba su bendición. Y como si mi asombro no fuera ya suficiente, acto seguido me atizó un grandísimo sopapo que me lanzó contra la pared y me dejó con la vista turbia durante varios segundos.

—¿Pero por qué habéis hecho eso? —grité llevándome la mano a la mejilla, que me ardía como si me la hubieran marcado con un hierro al rojo.

—Aún teníamos pendiente el asunto de la boñiga que me hiciste comer, ¿no lo recuerdas? —Y al ver que yo me disponía a devolverle la guantada, me espetó—: ¿No estarás pensando en golpear a un sacerdote? ¿Es que quieres condenarte a las penas del infierno?

Salí de casa de Lope y desde la calle pude oír todavía sus carcajadas.

Aun así, pensé que le debía gratitud.

No me resultó difícil entrar. Sabía que la trastienda daba a un patio trasero y que allí había una ventana baja que no estaba protegida con reja. Procuré hacer poco ruido al romper el vidrio, y luego me resultó sencillo abrir el cerrojo. Mi antiguo amo jamás dejaba allí dinero por la noche, y a nadie se le ocurre robar libros, por lo que no hay librería tan guardada como la casa de los Fúcares. Y de este modo me hallé de nuevo en el lugar donde había pasado la mayor parte de mi mocedad y unos cuantos años de juventud, aunque esta vez no como aprendiz ni como empleado, sino como intruso.

El interior estaba oscuro y yo necesitaba luz para mis propósitos. Por suerte, quedaban todavía algunas ascuas en la estufa que calentaba el despacho de Robles y no me fue difícil prender una lámpara de aceite. Una somera búsqueda me permitió encontrar, apilados en un rincón, una veintena larga de falsos *Quijotes*, lo que me pareció un número excesivo incluso para una librería bien abastecida como aquella, pero en ningún caso la prueba que yo andaba buscando.

No me quedaba más remedio que escarbar entre los papeles de Robles, los que guardaba bajo llave en su arca. Supuse que la llave que escondía bajo la baldosa, y que yo había usado en una ocasión anterior, ya no se hallaría allí. Por fortuna, mi memoria siempre fue buena, y de mis tiempos de aprendiz recordaba que mi antiguo amo poseía una segunda llave además de la de la baldosa. Antaño la ocultaba en una de las estanterías, tras los gruesos tomos del *Abecedario espiritual* de fray Francisco de Osuna, que jamás nadie se dignaba tocar, y allí fue donde la encontré, para mi regocijo.

Saqué del arca los libros de asientos del negocio y los dejé a un lado, pues no eran lo que yo andaba esta vez buscando, así como algunos otros documentos y mamotretos que tampoco eran de mi interés. En el fondo encontré un legajo de hojas manuscritas atadas con una cinta que me dispuse a cortar. Entonces me fijé en el título escrito en la primera página con la letra de Robles, que yo conocía muy bien:

SEGUNDO TOMO
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE DE LA MANCHA
que contiene su tercera salida:
y es la quinta parte
de sus aventuras.

*Compuesto por el Licenciado
Alonso Fernandez de Auellaneda,
natural de la Villa de Tordesillas.*

Con aquello me bastaba, de modo que sujeté el legajo bajo el brazo y me dispuse a salir por donde había entrado. Y estaba a punto de soplar la mecha del candil cuando oí pasos a mi espalda.

—¡Cuerpo de tal! ¿Pues no se ha colado un ladrón en mi tienda? ¿Qué he de hacer ahora, llamar a la justicia o encargarme yo mismo de darle su merecido escarmiento al muy bellaco?

Y allí estaba el librero Francisco de Robles, mi antiguo amo, blandiendo la gran tranca que escondía por si era necesario medirle los lomos con ella a algún granuja. Aunque al parecer aquella noche el granuja era yo.

—¡Robles! ¿O debo llamaros Avellaneda? —Le mostré entonces el manuscrito del falso *Quijote* que había obtenido de su arca—. ¿Cómo habéis sido capaz...?

Mi antiguo amo comenzó entonces a dar pequeños golpes con la tranca sobre la palma de su mano izquierda. Su semblante no mostraba vergüenza ni contrición, sino únicamente desprecio. Y también amenaza.

—Llevo toda mi vida gastando mis dineros en dar a la estampa lo que otros han escrito —dijo—. Muchos de esos libros eran puras necedades. Poemas de amor para damas bobas. Novelas de caballeros y prodigios para débiles de mente. ¿Y qué decir de sus autores, salvo que todos ellos exigieron mucho más de lo que habían dado? Siendo yo acreedor a su gratitud, pues sin mí sus fábulas jamás habrían visto la luz, ¿qué tuve a cambio? Exigencias y desdén. «¿Por qué se retrasa mi libro, Robles? ¡Dadme más dineros, Robles!». Jamás una palabra de gratitud ni una migaja de respeto. Cuando yo me sabía perfectamente capaz de hacer lo mismo que ellos hacían, pues para poner semejantes bobadas sobre el papel no hacía falta ser un elegido de las musas.

—¡Pero, mi suegro...!

—¡Tu suegro ha sido el peor de todos ellos! ¡Y el más ingrato! —me interrumpió—. Lo convencí para convertir su *Don Quijote*, que apenas era un cuento largo, en una novela hecha y derecha. Lo auxilié con mi dinero, pues nunca supo administrar el suyo. Publiqué su libro y lo hice famoso. Luego le pedí una segunda parte y empecé a sufrir sus demandas. «Necesito tiempo, necesito más escudos». Y así durante años. ¡Y luego vino tu traición! ¡Un mocoso muerto de hambre al que yo traté como a mi propio hijo! ¡Y mira cómo me pagaste!

Mi deseo era que Robles hablara para conocer así todos los detalles de su felonía. Pero no pude sujetar la lengua por más tiempo.

—¡Estáis loco! ¡Vos no sois otra cosa que un ladrón! Y a Cervantes le habéis robado por partida doble. Primero el dinero que legítimamente le correspondía. ¡Y ahora sus personajes!

—Escribí esa novela a ratos perdidos —siguió como si nada—. Quería demostrarme a mí mismo que podía hacerlo tan bien como el mejor de mis autores. Y cuando la tuve completa comprendí que además podía hacer negocio con ella. Se la envié a mi amigo Sebastián de Cormellas, el impresor barcelonés, pidiéndole que la imprimiera con pie falso para que nadie pudiera trazar su pista. Y ya lo has visto. ¡La novela ha gustado a todos! Y además el libro le ha servido de acicate a Cervantes, quien se dispone a entregarme su segunda parte. ¿Qué hay de malo en un libro que tantas cosas buenas ha traído?

—¡Lo malo es el mismo libro, Robles! —respondí—. Ese libro es un gran montón de inmundicia, igual que el malnacido que lo escribió. Y mañana mismo va a saberlo todo Madrid y todo el reino. ¡Y ahora apartaos si no queréis que esa tranca acabe partiendo vuestra propia cabeza, que hace años que sueño con que eso ocurra!

Vi entonces que Robles parecía indeciso y pensé que yo había ganado. De hecho, soltó la tranca y esta cayó al suelo. Pero acto seguido comenzó a rebuscar bajo su capa y lo vi sacar un gran cuchillo que blandió ante mis ojos.

—¡Yo también llevo años soñando con esto! —dijo rechinando los dientes—. Un ladrón que entra en mi tienda en mitad de la noche. Un vecino que lo ve romper una ventana y que corre a avisarme. Yo acudo raudo y lo sorprendo con las manos en la

masa. Luego hay una pelea y el ladrón cae muerto. ¿Quién culparía al honrado comerciante que ha actuado en defensa de lo suyo? ¿No ves qué sencillo es resolver este enredo, Gonzalo?

Robles dio un paso hacia mí mostrándome el cuchillo a la altura de los ojos, y yo dejé caer el manuscrito, me puse en guardia y me preparé para vender cara mi vida.

—¡Si en esta librería ha de haber un muerto esta noche, ese seréis vos, señor Robles! ¡Ea, soltad el cuchillo!

Y allí, justo tras él, estaba plantado Cervantes, el anciano y achacoso Miguel de Cervantes, pero tan erguido aquella noche como el Cid en su última batalla, con el brazo derecho extendido, y al final del brazo, como una extensión natural de su propio cuerpo, la espada que mi padre le regalara diez años atrás.

Se giró Robles hacia él y quedó la punta de la espada a menos de medio palmo de sus ojos, que yo no podía ver porque en ese momento su espalda estaba girada hacia mí, pero que imaginé llenos de rabia y de espanto. Y aun así no soltó el cuchillo, y vi que su cuerpo se tensaba, como aprestándose a abalanzarse sobre Cervantes, que había dejado a un lado su bastón por no poder sujetarlo con su mano inútil.

Lo que vino después aconteció en el lapso de un parpadeo, o como mucho de dos parpadeos. La cuestión es que se tarda más en contarlo de lo que se tardó en vivirlo. Aun así, lo narraré lo mejor que mi memoria me permita para que el paciente lector no se pierda ni un detalle de esta sorprendente historia.

Así que aquí estamos los tres. A un lado Cervantes con el brazo de la espada extendido. Frente a él Robles con su cuchillo en ristre. Y al otro yo, sin saber muy bien cuál es mi papel en este drama. Y entonces veo que Robles se dispone a saltar sobre Cervantes, y temo que al ser más joven y más corpulento que él, lo derribe con facilidad, pues las espadas no sirven de mucho cuando el espacio es pequeño y la distancia entre los adversarios muy corta. Y que una vez Cervantes haya caído a Robles le resulte sencillo herirlo con su cuchillo. Y por ello busco en derredor algo que me sirva de arma para atacar al librero y equilibrar la balanza. Y en esto veo la tranca que él mismo ha soltado antes. Y me dispongo a recogerla del suelo. Pero en ese instante miro a Cervantes con el rabillo del ojo y veo que él también me mira, y que con un gesto de la cabeza me ordena que me quede quieto. Yo obedezco y me pregunto qué va a pasar a continuación. Y entonces se oye un silbido y el filo de la espada rasga el aire como un relámpago de acero. Algo golpea el suelo con un ruido metálico y compruebo que se trata del cuchillo de Robles, y un instante después el librero se cubre el rostro con ambas manos. Se vuelve hacia mí y lanza un gran alarido. Veo la sangre goteando entre sus dedos. Y entonces comprendo que todo ha terminado.

Al cabo de un rato nos hallábamos los tres en el despacho de Francisco de Robles. El librero oprimía contra su mejilla un paño que se tornaba rojo por momentos y apenas podía hablar, pues el tajo de don Miguel había abierto una profunda brecha en su cara, desde las inmediaciones de su ojo izquierdo hasta la barbilla. La brecha era tan profunda que hubo un momento en que me pareció ver sus muelas, y no a través de su boca, sino de la nueva boca que le había salido en la mejilla. Con palabras que eran más bien gemidos, el librero nos rogaba que le permitiéramos ir en busca de un cirujano para que lavara y cosiera su herida, pues temía desangrarse. Pero Cervantes no tenía intención de dejarle ir tan pronto.

—Tomad la pluma y una hoja en blanco, Robles. Consignaréis cuanto yo os diga y luego estamparéis vuestra firma. Ya habéis demostrado lo diestro que sois escribiendo, de modo que no os llevará mucho tiempo. ¡Empezad!

Y así le obligó a redactar un documento en el que el librero confesaba ser Avellaneda y haber robado los personajes de Cervantes. Y luego haber quebrantado las leyes al publicar la novela con pie de imprenta falso. Reconocía también haberle robado muchos cientos de escudos a don Miguel y juraba pagarle hasta el último maravedí de lo que le adeudaba, así como de las ganancias que vinieran de cualquier libro que publicara con él en lo sucesivo. A este respecto, por aquel documento prometía dar a la imprenta, bien a su costa o a través de otros libreros, todo libro que Cervantes le entregara sin discutir su forma, grosor o naturaleza, en particular un poema alegórico intitulado *El viaje del Parnaso*, que mi suegro ya tenía terminado, así como la novela *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, cuya escritura había interrumpido para reescribir los capítulos finales de *Don Quijote*. En cuanto a la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*, Robles podría imprimirla a condición de entregarle a Cervantes la cantidad de quinientos escudos (o cuatro mil reales, que tanto monta) a cuenta de los libros que luego se vendieran. Una vez cubierta dicha cantidad, Robles seguiría pagando religiosamente a don Miguel una cuarta parte del monto de las ventas del libro en Castilla y Aragón y Portugal y en otros reinos, y ello no solo mientras mi suegro siguiera con vida, sino mientras Robles y sus descendientes mantuvieran abierta la librería, siendo entonces los herederos de Cervantes quienes percibirían el pago. Y en caso de que Robles no cumpliera a rajatabla hasta el último término de aquel acuerdo, su confesión sería puesta en manos de la justicia, así como las pruebas que lo incriminaban, con lo que nadie lo libraría de la cárcel y de la ruina.

Tras la aventura de aquella noche, regresamos a la calle de Francos mi suegro y yo, él apoyado en mí y ambos caminando muy lentamente, pues el esfuerzo realizado lo había fatigado sobremanera. Antes había permitido Cervantes que Robles fuera en busca del cirujano para que le zurciera el siete que su espada le había abierto en la

cara y que durante el resto de su vida le recordaría su infamia.

—¿Cómo supisteis dónde estaba y que me encontraba en peligro, señor suegro?

—Un buen amigo vino a advertirme de dónde podría encontrarte y del riesgo que corrías. ¿Cómo se te ocurre obrar de un modo tan impetuoso? ¿No crees que ya vas teniendo años y seso para no actuar así? ¿Es que quieres dejar viuda a mi hija y huérfano a mi nieto?

Acepté la reprimenda porque las palabras eran sensatas y porque, a fin de cuentas, mi suegro acababa de salvarme la vida. Sin embargo, pensé que nadie podría asegurar quién de los dos estaba más loco, si yo por haber actuado en solitario o él por acudir a mi rescate sin pedir ayuda, como el joven soldado que antaño fuera, y sin reparar en sus años y en sus muchos quebrantos. En cuanto al «buen amigo» que le había avisado, no me resultaba difícil adivinar su nombre.

—Creo que habéis dejado que Robles salga demasiado bien librado —dije.

—De buenos cristianos es perdonar —repuso él.

—¡Ah! Eso mismo lo oí esta tarde de labios del padre Félix Lope de Vega.

—Y son palabras sabias las del cura Lope. Cuando se llega a mi edad hay que ir haciendo las paces con Dios. Y también con la posteridad. ¿Acaso queremos que nos recuerden como chusma enemistada y pendenciera? ¿No es preferible que nos evoquen por nuestros versos y nuestras prosas?

—Tenéis razón, señor —convine—. Pero sigo pensando que Robles no ha recibido su castigo. ¡Si hasta le vais a permitir que publique la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*, con la que ganará mucho dinero, mientras que a vos os seguirá robando!

—Eso temo. Aunque dudo que exista hombre que publique libros a su costa y no robe a los autores. Y si existiera, tal vez deberían elevarlo a los altares. Y ahora apresúrate, que no es menester caminar tan lento y he de volver presto a mi casa para poder trabajar.

—¿Aún escribiréis esta noche, señor suegro?

—A fe que sí, Gonzalo —repuso—. El tiempo es breve. Muy breve.

CAPÍTULO XIII

BIBLIOTHECA OXONIENSIS

Desayunaron en el bufé del hotel donde habían pernoctado, junto al aeropuerto de Gatwick. Pilar se sirvió unas tostadas y un cruasán. Erasmo se decantó por un desayuno tradicional inglés que incluía huevos, salchichas, bacon, un tomate asado, un trozo de pan frito y una generosa ración de judías en salsa de tomate.

—Donde fueres, haz lo que vieres —dijo a modo de explicación.

—*When in Rome, do as the Romans do* —tradujo Pilar.

Erasmo comió en silencio durante un rato, al tiempo que contemplaba el ir y venir de aviones a través del gran ventanal con el que contaba el restaurante del hotel. Disfrutó del bacon y las salchichas sin apenas remordimiento. Sin embargo, decidió prescindir de las judías al pensar que el día iba a incluir un largo rato de confinamiento en un automóvil junto a Pilar.

—¿Sabes de dónde les viene a los ingleses la manía de comer judías en salsa de tomate para desayunar? —preguntó Erasmo.

—No, pero tengo la sensación de que no voy a tardar mucho en saberlo.

—Es por culpa de los yanquis. Las judías en lata Heinz formaban parte del rancho de los soldados norteamericanos que vinieron para luchar contra Alemania. Durante la guerra y después se repartieron millones de raciones entre la población, cuya dieta era muy pobre en proteínas. Y al final, fíjate, la gente se aficiona al comistrajo y las judías se convierten en un ingrediente fundamental del desayuno tradicional inglés.

—Sinceramente, profesor, a mí me parece un ingrediente asqueroso. Aunque aplaudo su política de inmersión cultural. En otro orden de cosas, ¿qué le pareció el asunto de Robles transfigurado en Avellaneda? ¿Le sorprendió?

—Bueno, a toro pasado, no. Una vez se conoce el secreto, uno se da cuenta de que todo cuadra. La estratagema para ponerle las pilas a Cervantes con la segunda parte del *Quijote*, el editor envidioso de sus autores, a los que desprecia en secreto... Lo que no comprendo es por qué nadie se había hecho antes la clásica pregunta *cui prodest?*, a quién aprovecha, y había pensado en Francisco de Robles como presunto Avellaneda. Como tú misma sugeriste que ocurriría, la investigación bibliotextual ha vuelto a fracasar de forma estrepitosa.

Pilar asintió pensativa.

—Quizás ahora que sabemos por dónde buscar sea posible encontrar algún documento que apoye la revelación de Gonzalo, ¿no cree?

—Sin duda, Pilar. Ante ti se abre un apasionante campo de investigación. Pero creo que nuestra prioridad ahora es distinta. ¿Cuáles son los planes para hoy?

—Anoche alquilé un automóvil que nos debe de estar esperando en el *parking* del

hotel. Nos dirigiremos a Stratford-upon-Avon, por supuesto, pero antes pararemos en Oxford.

—¿Oxford? —preguntó Erasmo arrugando el ceño—. Pensé que no habíamos venido para hacer turismo.

—Y así es, profesor. Pero he tenido que buscarme un enchufe, como si estuviéramos en España. El lugar que nos interesa, el emplazamiento y los jardines de The New Place, están cerrados por obras, ¿no se acuerda?

—¡Ah, sí! Los preparativos del cuarto centenario de la muerte de Shakespeare. Supongo que para *Prometeo* eso podría ser una ventaja más que un inconveniente. Pero ¿cómo has pensado que podemos sortearlo nosotros?

—Stephanie Radcliffe —respondió Pilar—. La conocí durante una charla que di en el Christ Church College de Oxford hace un par de años. Es la directora de la Bodleian Library.

Los ojos de Erasmo se abrieron como platos al oír el nombre de la venerable institución. Nada menos que la *Bibliotheca Bodleiana*, la segunda en importancia del Reino Unido (después de la Británica) y una de las más prestigiosas del mundo. Se le hizo la boca agua al recordar algunos de los impresos y manuscritos que atesoraban los anaqueles de la Bodleiana. Tal vez hubiera tiempo para hacer algo de turismo bibliofílico, después de todo.

—¿Y dices que esa señora nos puede echar una mano en Stratford? —preguntó Erasmo, tras sacudir levemente la cabeza para despejarla de las imágenes de incunables y códices invocados por la mención de la biblioteca.

—Eso creo. Además de su responsabilidad en la Bodleiana, la doctora Radcliffe tiene un cargo directivo en el National Trust, que es una poderosa organización no gubernamental fundada para la preservación de lugares y edificios históricos. Los lugares shakesperianos de Stratford están bajo la protección del Shakespeare Birthplace Trust, pero ambas organizaciones cooperan de forma muy estrecha. Anoche le mandé un *email* a Stephanie explicándole que estábamos aquí y que teníamos interés en visitar el emplazamiento del New Place. Me contestó que haría algunas gestiones y que estaba deseando conocer al doctor López de Mendoza.

—¿Stephanie está deseando conocerme? —preguntó Erasmo con repentino interés—. ¿Y qué edad le calculas a esa dama?

Pilar soltó una carcajada.

—No se haga ilusiones, profesor. El interés de la doctora Radcliffe por usted es puramente académico y profesional. No podría ser de otro modo.

—Ah —repuso él con cierto desencanto.

Y a continuación pensó: «Claro, no podría ser de otro modo».

El coche de alquiler los aguardaba en el aparcamiento del hotel conforme a lo

previsto. Era un Ford Focus de color azul, tan reluciente como si acabara de salir del concesionario. Sin embargo, las nubes de borrasca que se cernían sobre ellos amenazaban con apagar pronto los esplendores de la carrocería. Dejaron sus equipajes de mano en el maletero y Erasmo se dispuso a subir cuando vio que Pilar lo miraba con expresión divertida.

—¡Por la otra puerta, profesor!

—Ah, sí —recordó Erasmo. Y, con cierta cautela, preguntó—: A propósito, ¿tú has conducido alguna vez con el volante a la derecha?

—No, pero dudo que sea más difícil que preparar una edición crítica de los sermones de fray Hortensio Félix Paravicino. Y eso sí que lo he hecho.

—Bien, suena fascinante. Vámonos entonces. Pero con cuidado, por favor.

Pronto dejaron atrás la zona de Gatwick y su interminable sucesión de rotondas, e ingresaron en la red de autovías que envuelve el área metropolitana de la capital británica como una gigantesca telaraña. Desde la carretera, el paisaje que se divisaba consistía en hilera tras hilera de viviendas unifamiliares que se alternaban con zonas industriales. Borearon la gran ciudad por el oeste, y Erasmo pensó que los alrededores de Londres no tenían nada que envidiar a la periferia de Madrid en cuanto a fealdad se refería. Sin embargo, una vez que dejaron atrás las zonas más densamente pobladas, la campiña inglesa los recibió con su infinito repertorio de verdes, y el bibliófilo tuvo que reconocer que aquel era un país hermoso.

La autopista M40 los llevó hasta Oxford en poco más de hora y media. Una vez en el casco urbano, Pilar se orientó con el navegador del coche hasta alcanzar High Street, en pleno centro, donde se hallaban los edificios más antiguos de la universidad. La zona bullía de turistas y estudiantes. A los primeros era fácil distinguirlos por sus cámaras, su andar pausado y cauteloso y sus constantes giros de cuello para no perderse nada del monumental entorno. Los estudiantes no mostraban otro rasgo distintivo que el hecho de que la mayoría circulaba en bicicleta.

—Hasta hace no tanto los obligaban a llevar túnicas negras —explicó Pilar—. Y creo que todavía deben usarlas durante los exámenes y los actos académicos importantes.

Dejaron el coche en un aparcamiento y siguieron a pie en busca del Clarendon Building, el cual, según explicó Pilar, albergaba la mayor parte de las dependencias administrativas de la biblioteca. Erasmo miraba impresionado aquel despliegue de esplendor arquitectónico, sin poder evitar las comparaciones con el estilo nacionalsindicalista (ladrillo rojo, fealdad extrema) de la Ciudad Universitaria de Madrid, donde había transcurrido la mayor parte de su vida profesional.

—¿Sabe que estoy autorizada para investigar en la Bodleiana? —presumió Pilar—. Me hicieron leer una declaración en latín por la que prometí no sustraer ni dañar ningún libro y no encender fuego ni fumar en el edificio. —En ese momento la muchacha entornó los ojos y comenzó a recitar—: *Item neque ignem nec flammam in bibliothecam inlaturum vel in ea accensurum, neque fumo nicotiano aliove quovis ibi*

usurum.

—Esta gente se cree que vive todavía en la Edad Media —gruñó Erasmo, aunque no sin envidia por aquella lealtad a las tradiciones, mientras que la única tradición que él había conocido en la Complutense era la de sus primeros años de profesor, consistente en que los grises irrumpieran de forma periódica para zurrarle la badana al alumnado.

El Clarendon Building resultó ser un bello edificio neoclásico que, por lo que Erasmo llevaba visto, debía de ser uno de los más modernos del campus. Apenas trescientos años de nada. Una vez traspuesto el pórtico de cuatro columnas por el que se accedía al interior, la joven pelirroja de la recepción les aseguró que la doctora Radcliffe los estaba aguardando. Poco después Pilar llamaba con los nudillos a una puerta pintada de blanco hasta que desde dentro oyeron el «*come in*» de rigor. «¡Qué curioso! —pensó Erasmo—. Parece la voz de un hombre». Una vez dentro del pequeño despacho, entendió el porqué de aquel timbre tan viril.

La doctora Stephanie Radcliffe era lo más parecido a un estibador portuario que Erasmo había encontrado en el mundo académico, tanto en hombres como en mujeres. La dama en cuestión debía de pesar no menos de cien kilos en canal. O eso le calculó Erasmo al comprobar que, en comparación con su hercúlea complexión, el escritorio tras el que estaba sentada parecía salido de una caja de muñecas. Cuando se puso en pie, el bibliófilo estimó que su estatura rebasaría el metro noventa. Sus hombros eran tan anchos que el angosto despacho apenas parecía capaz de contenerlos, y seguramente a menudo rozaría con ellos las paredes. Vestía un traje de chaqueta muy elegante, aunque excesivamente ceñido en torno al pecho y los brazos, quizás porque ningún traje confeccionado para una mujer podía contener semejantes músculos sin correr el riesgo de reventar por las costuras. Tendría quizás unos sesenta años, y su pelo cortado a lo *garçon* era de una nivea blancura. Sus ojos, sin embargo, parecían los de una muchachita, azules, grandes y chispeantes. La actitud que la dama mostraba hacia sus visitantes era extremadamente cordial (*Oh, dear, oh dear, what a lovely surprise!*, repetía con su voz de barítono). Con todo, Erasmo dio un paso atrás cuando comprobó que aquella especie de forzuda de feria tenía la intención de abalanzarse sobre ellos. Algo inquieto, observó cómo Pilar desaparecía entre los brazos de la doctora Radcliffe y era estrujada con tal vigor que Erasmo casi notó el dolor en sus propias vértebras. Aunque mucho peor fue el momento en que vio su mano derecha engullida por la de la titánica doctora y temió que jamás podría volver a usarla.

La bibliotecaria los invitó a sentarse y dedicó unos minutos a recalcar lo feliz que la hacía aquella visita y lo mucho que había mejorado el día, aunque por la mañana amenazara lluvia. Su pronunciación era tan refinada que a Erasmo le pareció estar escuchando uno de esos programas del BBC World Service que sintonizaba de joven para practicar su inglés. De hecho, hubo un momento en que olvidó que el ser que tenía delante podría arrancarle la cabeza con sus manos desnudas si de pronto sufriera

un arrebatado de locura. Alabó mucho los últimos artículos que Pilar había tenido la amabilidad de enviarle, aunque se disculpó porque su castellano apenas le alcanzara para leer textos académicos y no para conversar con sus invitados en su propio idioma, como sería su deseo. Después se deshizo en elogios acerca de los logros de Erasmo y Pilar, en concreto aquella asombrosa investigación que, cuatro años antes, había culminado en el hallazgo de la crónica de Gonzalo de Córdoba y, sobre todo, en el autógrafo de la primera parte del *Quijote*. La doctora Radcliffe les aseguró que daría cualquier cosa por poseer semejante joya en la biblioteca que ella dirigía, y que envidiaba inmensamente a su colega Martín Abad, el director de la Biblioteca Nacional de España, con quien había tenido el placer de coincidir en varios congresos y jornadas.

Los modales de aquella mujer eran tan exquisitos que Erasmo se preguntó cómo un ser de aspecto tan brutal podía comportarse con semejante delicadeza. Pero Pilar interrumpió sus pensamientos cuando, en su excelente inglés, le preguntó a la doctora Radcliffe si habían fructificado sus gestiones con el director del Shakespeare Birthplace Trust de Stratford.

—*Certainly, my dear* —respondió ella—. Peter es un viejo amigo y estará encantado de mostraros cualquier parte del patrimonio de Stratford que os interese, aunque lamenta que vuestra visita no tenga lugar dentro de unos meses, cuando todo esté listo para el centenario. ¿Habrá también actos por el cuarto centenario de Cervantes en España?

Erasmo quiso contestar que esperaba que no, pues aún no había digerido los excesos que se cometieron en 2005, cuando los politicastos españoles se convirtieron *en masse* en falsos forofos de Cervantes y fingidos lectores devotos del *Quijote*. Sin embargo, Pilar se adelantó y respondió que todo estaba muy en el aire y que el único paso que se había dado en ese sentido había sido el intento de localizar los huesos perdidos de Miguel de Cervantes. Y ello solamente por la cercanía de las elecciones municipales, que iban a tener lugar el próximo mes de mayo.

—*I see, I see* —replicó la doctora Radcliffe muy risueña.

Y a Erasmo no le pasó por alto el modo en que devoraba a Pilar con los ojos, que brillaban como los de un niño ante el escaparate de una pastelería. Entonces comprendió el comentario que había hecho Pilar justo antes de emprender el camino, cuando dijo que el interés que aquella mujer sintiera por Erasmo solo podía ser académico y profesional. Quizás fuera una tontería, pero se sintió aliviado.

—*Lunch time!* —anunció repentinamente la doctora Radcliffe.

Y les pidió que fueran sus invitados durante el almuerzo. Y después tal vez tuvieran tiempo para que ella pudiera mostrarles algunos de los tesoros que se custodiaban en la Bodleiana.

A Erasmo comenzaba a caerle la mar de bien aquella señora tan hombruna.

Tomaron un sencillo almuerzo en uno de los comedores de la universidad. A continuación, la bibliotecaria los guio hasta el edificio principal de la Bodleiana. Cruzaron una puerta historiada con los escudos de los *colleges*, a través de la cual accedieron a un gran patio rodeado de edificios de estilo Tudor. En el centro se alzaba la estatua de un caballero con coraza identificado en el pedestal como el tercer conde de Pembroke. Un grupo de no menos de cincuenta personas aguardaban en torno a la estatua.

—¿Son visitantes de la biblioteca? —preguntó Erasmo.

—Más o menos —respondió la doctora Radcliffe poniendo los ojos en blanco, ese gesto que Erasmo solo había visto hacer a los anglosajones—. En realidad son turistas que vienen a hacer el *tour* de Harry Potter.

—¿Cómo?

—Una institución como la nuestra es un pozo sin fondo. Quiero decir que los presupuestos nunca nos alcanzan. Por eso hemos de ingeniárnoslas para buscar formas de financiación alternativas. Muchas escenas de las películas de Harry Potter fueron rodadas en nuestra biblioteca. Ahora los fans vienen a visitar lo que ellos llaman «la biblioteca de Hogwarts». Una molestia menor teniendo en cuenta lo mucho que nos ayudan sus aportaciones.

Rodeando el grupo de turistas, accedieron a un edificio identificado como «Divinity School» que Erasmo reconoció como una antigua facultad de Teología.

—Este es el edificio más antiguo que conserva la universidad —explicó la bibliotecaria—. Siglo xv, gótico tardío. La arquitectura es realmente gloriosa. —Y para demostrar su afirmación les pidió que contemplaran la bóveda que cubría la gran sala, sustentada sobre una intrincada nervadura en forma de abanicos—. Seguimos celebrando actos académicos aquí —prosiguió—. Pero también la alquilamos para celebrar bodas y banquetes. La lista de espera es interminable.

Erasmo estuvo tentado de preguntarle si no habían pensado en la posibilidad de arrendar el lugar como franquicia de McDonald's, pero se contuvo a tiempo. Enseguida pensó que Jeremy Bentham y la doctrina del «utilitarismo» habían hecho estragos en aquella gran nación.

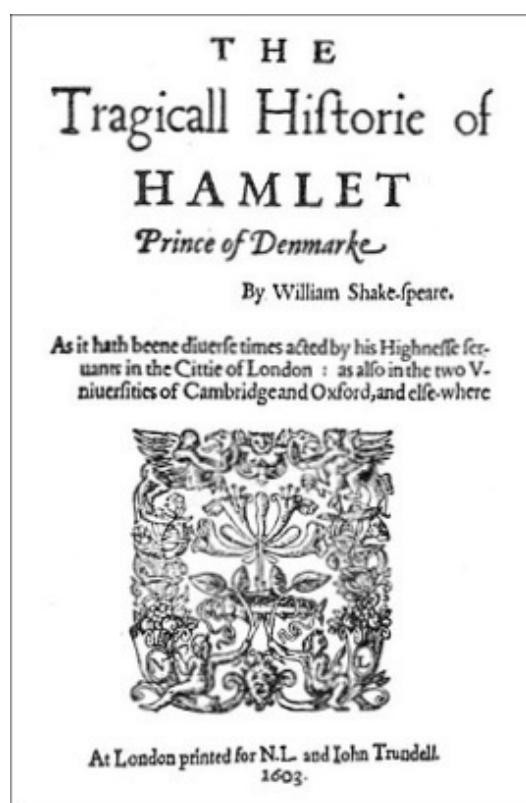
Acto seguido accedieron al piso superior, que alojaba la biblioteca propiamente dicha. Y a partir de ese momento Erasmo creyó desvanecerse varias veces por efecto del síndrome de Stendhal. La biblioteca en sí era todo lo que cualquier buen bibliófilo imagina que será el más allá: ventanas góticas, artesonados en los techos e infinitos anaqueles repletos de volúmenes antiguos, cada uno de los cuales le susurraba promesas de refinados placeres y exquisitos deleites. Era como encontrarse de pronto convertido en un personaje de Umberto Eco y materializarse en los capítulos finales de *El nombre de la rosa*. Pero el entusiasmo de Erasmo rozó el delirio cuando la doctora Radcliffe comenzó a depositar ante él algunas de las joyas que atesoraban las bóvedas de la Bodleiana.

Tuvo ocasión de pasar las hojas de la primera edición de las obras reunidas de

William Shakespeare, el volumen conocido como *First Folio* (Londres, Blount y Jaggard, 1623), con el famosísimo grabado del poeta en la portada que representaba a un Shakespeare calvo, pero todavía en forma, antes de que los placeres de la vida doméstica en Stratford-upon-Avon lo convirtieran en un álgido Falstaff o de Oliver Hardy. Luego disfrutó con la contemplación de una Biblia Gutenberg en papel, uno de los 21 ejemplares que se conservaban completos (en este punto, y no sin cierto remordimiento, recordó que él mismo había sido cómplice de la mutilación de alguno de ellos al adquirir el bifolio de la B42 que conservaba en su casa como uno de sus tesoros más preciados). Llegaron luego a la sección de manuscritos, donde la Radcliffe puso ante sus extasiados ojos el llamado *Codex Laudianus*, un códice del siglo VI compuesto de 227 hojas de pergamino que contenía una versión bilingüe (griega y latina) de los Hechos de los Apóstoles. Luego, a Erasmo se le hizo la boca agua ante el llamado Códice Mendoza, datado hacia 1541 (es decir, veinte años después de la conquista de México), una crónica de las hazañas de los reyes aztecas creada para el emperador Carlos I.

Para el final había dejado la colección de la Bodleian Library de las obras de Shakespeare editadas en cuarto.

—Son las primeras ediciones de sus dramas, las que se imprimieron en vida del poeta —explicó—. Y algunas presentan grandes variantes con respecto al texto del *First Folio*, que al fin y al cabo es siete años posterior a la muerte del dramaturgo. A falta de un manuscrito tan magnífico como el que ustedes desenterraron, la mayoría de los críticos opina que estas versiones son, con diferencia, las más fieles a lo que Shakespeare escribió. Ahora, precisamente, nos hallamos embarcados en un proyecto conjunto con varias bibliotecas de todo el mundo para hacer estos textos accesibles *on-line* para los investigadores y curiosos. Naturalmente, donde hay más de ellos es en EE.UU. Los norteamericanos y sus dólares siempre se llevan la palma.



Erasmus, poco aficionado a lo que denominaba «chuminadas digitales», escuchó con escepticismo a la Radcliffe mientras ella glosaba con orgullo los pormenores del proyecto de digitalización de los *Shakespeare's Quartos*. ¿Qué pensaría la buena señora si supiera que el propio Shakespeare había abominado de aquellos libritos, impresos chapuceramente y sin su consentimiento? Sin embargo, la bibliotecaria no parecía consciente de los reparos de Erasmus, ya que solamente tenía ojos para Pilar, a la que contemplaba con el mismo arrobamiento con que hojearía un códice copto del siglo IV. Y justo en ese momento Erasmus tuvo una revelación. De repente se le ocurrió que la pareja perfecta para él habría sido una bibliotecaria, alguien que no solo compartiera su amor por los libros antiguos, sino que comprendiera su deseo irrefrenable de poseerlos. Por desgracia, su difunta y llorada Almudena no había sido esa persona. Todavía le parecía oírle quejarse de su manía de «comprar mamotretos inútiles a precios exorbitantes». Sí, una bibliotecaria lo habría entendido. Aunque no precisamente aquella. Al margen de la incompatibilidad de sus opciones sexuales, era incapaz de imaginar ninguna actividad erótica con aquella mujer que no culminara en fracturas múltiples por aplastamiento.

—¿Qué le ha parecido la doctora Radcliffe? —preguntó Pilar más tarde, cuando ya se habían despedido de la bibliotecaria y se dirigían hacia el aparcamiento donde habían dejado su coche de alquiler—. ¿No es una mujer encantadora?

—Encantadora sí lo es —repuso Erasmus—. En cuanto a mujer, en sentido

estricto, no estoy demasiado seguro.

—¡No me sea carca! —protestó la muchacha—. Su comentario me recuerda a los que mis compañeros hacían sobre usted en mis años de estudiante, cuando corría el rumor de que el profesor López de Mendoza era un homosexual encubierto.

Erasmus se giró hacia ella con incredulidad.

—¿Qué?

—Sí, lo normal era que los profesores nos mirasen a las alumnas con ojos libidinosos y que intentaran ligar con nosotras a toda costa. Usted, en cambio, ni una cosa ni la otra. Por eso empezó a rumorearse que era usted de la acera de enfrente. Yo siempre lo defendí. Pero...

—¿Desde cuándo la buena educación es sinónimo de homosexualidad? —preguntó Erasmo notando que el rubor empezaba a asomarle a la cara.

—No se sulfure, profesor, que era broma —dijo Pilar con una carcajada.

—Ah, ya me parecía...

—Usted nos echaba las mismas miradas que el resto de sus compañeros. Nadie hubiera puesto en duda su heterosexualidad.

Erasmus sintió que la cara le ardía y pensó que lo mejor sería apearse de inmediato de aquella conversación. Por suerte, acababan de llegar al coche, en el que otra vez intentó entrar por la puerta incorrecta.

Poco después recorrían de nuevo la autopista M40 en dirección norte. Oxfordshire y Warwickshire son condados vecinos, por lo que tardaron algo menos de una hora en cubrir los poco más de ochenta kilómetros que separan una localidad de la otra. Con todo, eran casi las seis cuando entraban en Stratford-upon-Avon, y la declinante luz les indicó que apenas faltaban minutos para el crepúsculo.

Pilar detuvo el coche junto a un monumento que, como no podía ser de otro modo, estaba dedicado a William Shakespeare. A semejanza de una estrella en el centro de un sistema planetario, la imagen sedente del Cisne de Stratford contemplaba a sus personajes desde un pedestal elevado. La posición de los planetas estaba ocupada por figuras de Falstaff, de lady Macbeth, del príncipe Hal (el futuro Enrique V) y de Hamlet con su inevitable calavera.

—«¡Ay, pobre Yorick! Yo lo conocía, Horacio» —recitó Erasmo en un susurro.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada, cosas mías. ¿Llamamos a ese hombre? ¿Peter...?

—Greenway. Voy a intentarlo. Aunque a estas horas dudo que...

Pilar extrajo su móvil del bolso y acto seguido mantuvo una breve conversación telefónica. Y Erasmo volvió a admirar el magnífico inglés que se gastaba su antigua alumna, que a él le sonaba prácticamente igual al de los autóctonos. Aquella facilidad para pronunciar correctamente el amplísimo repertorio de vocales y consonantes que usan los anglosajones debía de ser algo generacional. Él sabía imitar razonablemente bien a un guiri si se trataba de confundir a un librero novato. Pero de eso a distinguir entre *thought*, *though*, *through*, *thorough*, *thoroughout* y *tough* había un mundo. En

cualquier caso, Erasmo entendió que era demasiado tarde para realizar la visita aquel día, y así se lo confirmó Pilar.

—Dice que se ha marchado a casa. Ya sabe que en este país se lleva muy a rajatabla la conciliación entre la vida familiar y la profesional. Aquí todo se cierra entre las cinco y las seis. Lo mejor será que busquemos un hotel y lo dejemos para mañana.

Pilar volvió entonces a concentrarse en su móvil mientras Erasmo buscaba en las inmediaciones unos lavabos públicos donde aliviar la vejiga, pues su próstata, esa tiranuela hipertrofiada, no le consentía treguas ni aplazamientos. Cuando regresó, la muchacha le anunció que había encontrado un *bed & breakfast* cerca de allí, el Woodstock Guest House, al que se dirigieron siguiendo fielmente las instrucciones del navegador.

El establecimiento se les figuró agradable y pintoresco, con su jardincito inglés, su efusión floral y sus ventanas emplomadas. En cuanto a la pareja que lo regentaba, parecían fabricados a propósito para encajar con la decoración en tonos pastel del interior. Él vestía chaqueta de *tweed* con coderas. Ella se daba un aire a la reina madre y sonreía con tal intensidad que Erasmo pensó que tal vez, al igual que la regia difunta, abusara de la ginebra. El posadero le dedicó una mirada cómplice cuando lo vio aparecer junto con Pilar, aunque la complicidad se transformó en compasión tan pronto como ella pidió dos habitaciones separadas.

—*Certainly, love* —repuso la doble de la reina madre—. Estoy segura de que su papá y usted estarán muy cómodos en nuestra casa.

Deshicieron su pequeño equipaje y luego volvieron a encontrarse en la recepción para tomar un bocado en un *pub* cercano. Pilar pidió agua mineral con su comida. Erasmo se atrevió con media pinta de Guinness.

—¿No sabe lo que dicen aquí, profesor? *Half a pint for half a man*, es decir...

—Sí, sí. Lo he entendido —replicó Erasmo contemplando dubitativamente el sándwich de *roast beef* que acababan de servirle—. «Media pinta para medio hombre». Este país es el paraíso del dipsómano. Aunque teniendo en cuenta la calidad de la comida no me sorprende que tengan que beber para olvidar lo mal que se alimentan.

Pilar se encogió de hombros y le asestó un pequeño y tentativo bocado a su propio sándwich, en cuyo interior Erasmo distinguió una mustia rodaja de pepino, algo casi negro que podría ser atún y una salsa que no fue capaz de identificar. Enseguida la muchacha lo depositó en el plato con cara de acabar de recibir la picadura de un insecto.

—¿No tiene una sensación extraña, profesor?

—Sí —repuso Erasmo—. Creo que se llama hambre.

—No, no me refiero a eso —rio ella—. El día de hoy... Ha sido todo muy agradable. En fin, es como si hubiéramos venido de vacaciones. No ha pasado absolutamente nada fuera de lo común.

Erasmus entendió a qué se refería Pilar. Cuando la muchacha y él se embarcaban en alguna búsqueda juntos, lo normal era que alguien los secuestrara, los torturara o tratara de matarlos (en ocasiones con amputación del lóbulo de una oreja como resultado). Su estancia en Inglaterra, hasta el momento, no obstante, había resultado de lo más convencional, un auténtico viaje de placer.

—¿Piensas que los villanos se han olvidado de nosotros? —preguntó Erasmo.

—Tal vez.

—¿Y eso son buenas o malas noticias?

La muchacha reflexionó durante unos instantes.

—Creo que son malas noticias —respondió al fin—. Porque solo puede significar dos cosas: bien que no hay nada que encontrar, bien que lo que hubiera ya no está. Es decir, que se lo han llevado.

Erasmus asintió.

—De todos modos, creo que las posibilidades de éxito en este viaje son remotas.

—Sí —convino Pilar—. Es lo que por aquí llaman *a shot in the dark*. Un disparo a ciegas. Pero había que intentarlo.

—Por supuesto —repuso Erasmo—. Solo por la visita a la Bodleiana ya habría merecido la pena el viaje. Y esta noche habrá tiempo para darle otro bocado a la crónica de Gonzalo, ¿no te parece?

Pilar compuso un gesto de disculpa.

—Estoy reventada, profesor. Creo que a Gonzalo y a Cervantes no les molestará que les hagamos esperar un poco más. Y seguramente mañana tengamos un día agitado. No le importa, ¿verdad?

—No, claro que no —mintió Erasmo.

A las nueve y media de la mañana Erasmo y Pilar aparcaban su coche en Chapel Street, frente a un pequeño edificio con fachada de vigas de madera. A la derecha vieron lo que parecía un solar en pleno proceso de construcción. Hasta ellos llegó el ruido de los martillos neumáticos. La pala de una excavadora asomó brevemente por detrás de la valla con cierto trajín jurásico.

—La casita de estilo tudor es la casa de Nash, que también es propiedad del Trust. A su derecha, justo enfrente de donde estamos, se alzaba The New Place, el caserón donde nuestro amigo Gonzalo de Córdoba fue huésped de William Shakespeare durante unos meses.

—Y amante de su hija pequeña —le recordó Erasmo.

—Esa es la parte que peor llevo —dijo Pilar quitando el contacto del coche—. La pobre Isabel de Saavedra embarazada en Madrid, y mientras tanto el crápula de Gonzalo poniéndose las botas con una pelandusca inglesa. ¿Es que no hay ni un solo hombre en el mundo de quien una se pueda fiar?

Erasmus estaba a punto de ofrecerse como candidato a tal posición cuando vieron salir a un hombre de la casa de Nash, un individuo alto y enjuto que portaba una credencial identificativa prendida a la chaqueta. No les resultó posible leer la credencial desde el otro lado de la calle, pero él los saludaba agitando la mano, por lo que supusieron que se trataba de su contacto.

—Ese debe de ser el tal Peter Greenway —anunció Erasmus—. Salvo que se trate del propio señor Nash, el dueño de la casa.

—Lo dudo —dijo Pilar saliendo del coche—. Teniendo en cuenta que Thomas Nash fue el esposo de Elizabeth Hall, la única nieta de Shakespeare, es de suponer que el buen hombre se mudara hace bastante tiempo a otro vecindario más apacible.

Erasmus y Pilar cruzaron la calle y comprobaron por la credencial que el hombre alto era, en efecto, Peter Greenway, director del Shakespeare Birthplace Trust. Al cabo de dos enérgicos apretones de manos, Greenway les dio la bienvenida al lugar.

—Aunque lamento que hayan venido precisamente ahora, pues el momento no podría ser más inadecuado. Las obras empezaron hace apenas un mes y esto es un auténtico caos. ¿Están seguros de que no prefieren visitar la casa natal de Henley Street? Aquel edificio está completamente restaurado. Aquí, sin embargo, nunca hubo mucho que ver. Hemos procurado cuidar el jardín, eso sí. Pero ahora mismo parece el paisaje después de una batalla.

Erasmus y Pilar le aseguraron que aquel era precisamente el lugar que querían visitar y volvieron a agradecerle al director Greenway las molestias que se estaba tomando por ellos.

—Stephanie me ha asegurado que ustedes son investigadores muy prestigiosos, y además buenos amigos suyos. Cualquier cosa por dos amigos de Stephanie. Por aquí, por favor.

Lo siguieron al interior de la casa de Nash, donde vieron que también se estaban realizando obras de reacondicionamiento. El hombre les explicó que el proyecto incluiría un museo dedicado a la vida cotidiana durante la Inglaterra tudor. Luego les entregó unos cascos de protección y les rogó que los llevaran puestos durante toda la visita.

Ya en el exterior comprobaron que Peter Greenway no les había mentido al advertirles de que aquel lugar era un desastre. Al menos una docena de obreros con monos azules trabajaban en convertir lo que antes fueran prados y jardines en algo parecido al paisaje en torno a Verdún allá por 1916, un laberinto de zanjas, trincheras y montones de arena y escombros.

—Allí situaremos la nueva entrada —explicó Greenway señalando los emplazamientos con el dedo índice—. Por aquel lado habrá un jardín contemporáneo donde será posible hacerse una idea de las dimensiones de la casa original e identificar sus dependencias. Y allí al fondo, donde se encontraban los dormitorios, la cocina y las estancias en las que la familia Shakespeare hacía su vida, estamos excavando un estanque que estará rodeado de baldosas con citas shakespearianas.

Erasmus felicitó al hombre por el proyecto, aunque este le parecía perfectamente espantoso. A continuación usó su inglés vacilante y libresco para expresar el deseo de que se hiciera algo parecido en Madrid en torno a la tumba de Cervantes, en la iglesia madrileña de San Ildefonso.

—*Oh, yes, Servantis*. Por aquí hemos seguido con mucho interés el resultado de las excavaciones. Es una pena que los restos no hayan podido identificarse de forma fehaciente. En Stratford, sin embargo, tenemos los huesos de nuestro Shakespeare perfectamente localizados en la parroquia de la Santísima Trinidad, en la misma tumba donde lo enterraron en 1616. Si desean visitar el lugar estaré encantado de acompañarlos. Por lo demás, ya ven que aquí no hay mucho que ver. ¿Qué les parece si vamos ahora a la casa de Henley Street? Incluso tenemos a actores en varias habitaciones recreando la vida familiar de la época y recitando pasajes shakespearianos.

En palabras de Quevedo, a Erasmo aquel individuo estaba comenzando a producirle cierta «estomacabundancia». Por ello decidió interrumpir su pomposa cháchara con un pequeño número de prestidigitación:

—Verá, Mr. Greenway. Lo que nos gustaría ver de verdad es ese sótano que probablemente habrán encontrado ustedes mientras excavaban en la zona de las dependencias familiares, concretamente bajo una despensa que había junto a la cocina.

El director se le quedó mirando con gesto de pasmo, como si no hubiera comprendido muy bien lo que Erasmo acababa de decirle. Luego miró a Pilar, quizás en espera de una aclaración que ella no le brindó.

—No comprendo cómo pueden estar al tanto de ese descubrimiento —dijo por fin—. El sótano apareció hace apenas unos días, y la decisión que se adoptó fue guardarlo en secreto hasta tener ocasión de evaluar la importancia de los hallazgos. —Cuando pronunció la palabra «hallazgos», Erasmo y Pilar se miraron con gesto emocionado—. Lamento profundamente que la información se haya filtrado.

—No se preocupe —se apresuró a tranquilizarlo Pilar—. No hemos sabido del sótano por su personal. Nuestras fuentes no son... digamos... contemporáneas.

—¿Podemos verlo? —preguntó Erasmo sin disimular la ansiedad en su voz—. ¿Podemos bajar ahí?

El director vaciló.

—Bien, no veo por qué no. Si hubiera llovido tendría que decirles que no. Pero el tiempo se ha mantenido seco en los últimos días. Síganme, por favor. Con mucho cuidado.

Siguieron al director Greenway a través de aquel paisaje asolado, procurando ceñirse escrupulosamente a los senderos de seguridad delimitados, pues un paso en falso podía precipitarlos al fondo de una de las zanjas. Al pasar ellos, los obreros de monos azules miraron a Pilar con gran interés, aunque se abstuvieron de silbidos y comentarios. Erasmo no supo si atribuir semejante rasgo de urbanidad a la educación

británica (cuestionable) o al hecho de que los acompañara el director del Trust y de todo aquel cotarro. Alcanzaron por fin un lugar al fondo de la zona de obras que había sido protegido con una valla circular. Al asomarse vieron una excavación de unos dos metros de profundidad por siete u ocho de diámetro. En el fondo había sido dispuesta una gran chapa acanalada con el propósito evidente de cubrir algo.

—Esto en principio iba a ser el estanque —les aclaró el director—, aunque los hallazgos seguramente nos obligarán a realizar cambios en el proyecto. Ahí al fondo fue donde aparecieron los escalones de piedra.

Se acercó entonces uno de los obreros portando una linterna. Erasmo no dejó de notar con curiosidad que se trataba de una mujer, vestida, como el resto de los trabajadores, con casco y mono azul.

—Extremen el cuidado a partir de ahora, por favor.

La mujer de la linterna los precedió en el descenso por la escalera de mano que permitía cubrir el desnivel hasta el fondo de la excavación. Luego sujetó la escalera mientras los tres la seguían. Por último, procedió a retirar la cubierta de chapa.

La luz del día reveló entonces unos escalones de piedra que se hundían en el subsuelo.

La cámara tenía forma rectangular, con unos cuatro metros en el lado más corto y en torno a seis en el más largo. El director Greenway deslizó el foco de la linterna por las paredes, que eran de tosco ladrillo. Unas vigas de madera oscura en los muros y el techo aseguraban la estabilidad del pequeño recinto, aunque hacía poco algunas de ellas habían sido reforzadas con puntales de acero. El techo estaba a apenas unos centímetros de la cabeza de Erasmo y Pilar. El director, sin embargo, tenía que caminar agachado. El foco de la linterna se detuvo brevemente en el extremo opuesto al de la entrada, donde distinguieron una vieja mesa y una especie de nichos u oquedades que parecían haberse excavado allí para contener objetos. Un rayo de luz del día se colaba desde el exterior, iluminando un espacio oblongo del suelo de piedra como si se tratara del foco de un escenario teatral. Sin la potente linterna que manejaba el director, el resto de la cámara habría permanecido oculto en la penumbra. El olor a moho y humedad era intenso.

—¿Un *priest hole*, verdad? —preguntó Erasmo.

Aun sin poder ver la cara del director Greenway, lo imaginó impresionado.

—Veo que está al tanto de nuestra historia, profesor. Pues sí, eso pensamos. El sótano debió de usarse como escondite para sacerdotes y religiosos católicos durante los años de persecución. También para reuniones y ritos secretos de los vecinos fieles a la antigua fe, los llamados «recusantes». Esa mesa de ahí debieron de usarla como altar. Los utensilios encontrados así lo confirman.

—¿Objetos de culto? —preguntó Pilar.

El director asintió.

—Sí. Estaban guardados en esos nichos que ven en la pared del fondo.

—¿Y libros? —preguntó Erasmo sin lograr ocultar un cierto temblor en su voz—. ¿Había libros?

El foco de Greenway se dirigió hacia su cara, lo que le obligó a protegerse los ojos con la mano.

—Me da la sensación de que ustedes saben mucho más sobre este lugar de lo que cabría esperar. ¿No piensan compartir su información conmigo?

—Depende —respondió Erasmo.

—¿Cómo dice?

—*Do ut des*. Usted nos muestra los trastos que han encontrado aquí. Nosotros le contamos cómo hemos obtenido la información. ¿Qué le parece?

Aunque el deslumbramiento le impedía distinguir el rostro del director, Erasmo lo imaginó entornando los ojos y rascándose la barbilla.

—*It's a deal!* —exclamó Greenway finalmente—. Trato hecho. Pero los hallazgos no están aquí. Los hemos llevado a las oficinas del Trust en espera de que los especialistas vengan a catalogarlos. Podemos ir en su coche, si les parece.

Pilar, quien había asistido en silencio a la conversación, se sintió admirada a su pesar. Nunca había supuesto en Erasmo tal capacidad para negociar. Pensó que debía de ser una habilidad adquirida durante sus muchos años como bibliófilo.

Apenas tardaron unos minutos en alcanzar las oficinas del Shakespeare Birthplace Trust, y ello pese a que tuvieron que ir sorteando docenas de autobuses de turistas. Al igual que en época del Bardo, Stratford-upon-Avon seguía siendo una pequeña localidad rural. La diferencia era que ahora ya no vivía de la agricultura y las industrias tradicionales, sino de explotar la memoria del más ilustre de sus vecinos. Así lo comprobó Erasmo tan pronto como el coche se detuvo en Henley Street y hallaron el lugar literalmente sitiado por hordas de japoneses ansiosos por llevarse a su casa una buena bocanada del aroma del viejo mundo. Y entre los turistas distinguieron también a varios figurantes ataviados con trajes de época (isabelina, supuso Erasmo) que hacían juegos malabares o animaban a la concurrencia a conocer el lugar donde William Shakespeare ensució sus primeros pañales y balbuceó sus primeras palabras. Erasmo nunca había estado en Disneylandia. Aun así, pensó que no podía ser muy distinta de aquello.

La casa natalicia del poeta era un edificio de aspecto un tanto ajado que conservaba, pese a las restauraciones y las remodelaciones, un aire inequívoco de decrepitud. El acceso tenía lugar por un edificio aledaño, una construcción moderna de ladrillo rojo identificada con el previsible nombre de Shakespeare Centre. La cola era respetable, y tuvieron que sufrir varios comentarios malhumorados en japonés

cuando se la saltaron para seguir al director al interior del edificio. Un guardia de seguridad les franqueó el acceso a la planta superior, donde se encontraban las oficinas del Trust.

—Es aquí —les informó Greenway deteniéndose ante una puerta blindada cuya cerradura activó mediante un teclado numérico fijado sobre la pared.

Se hallaron entonces en una habitación sin ventanas. En el centro había una mesa sobre cuya blanca superficie vieron dispuestos una serie de objetos: un cáliz viejo y herrumbroso; un crucifijo con peana que seguramente fuera de plata, aunque con el tiempo había adquirido un intenso color negro; dos candelabros de tono verdoso que parecían proceder de un naufragio y una pequeña ampolla que tal vez se usara en su día para administrar la extremaunción. Había también dos libros muy deteriorados, con aspecto de llevar siglos colonizados por hongos y bacterias. Uno de ellos era de tamaño folio. El otro era más pequeño, quizás un cuarto menor. Pilar y Erasmo clavaron los ojos en ambos volúmenes tan pronto como entraron en la habitación.

—Ya ven —dijo Greenway—, objetos litúrgicos muy similares a otros que han aparecido escondidos en algunas viejas casas de Warwickshire, incluyendo la propia casa natal, donde en su día fue hallado un panfleto católico. Muchos fueron los que se aferraron a su antigua fe...

—¿Y los libros? —preguntó Erasmo algo harto de que les contaran cosas que ya sabían.

Greenway frunció el ceño levemente al responder.

—Creemos que son también libros religiosos. El grande podría ser una biblia. El pequeño, acaso un devocionario o un misal.

—¿Creen? ¿No lo han comprobado?

Greenway tosió, visiblemente incómodo. A pesar de su contención británica, el ataque frontal de Erasmo estaba resultando excesivo para él.

—Según me ha asegurado la doctora Radcliffe, nuestra común amiga, es usted una autoridad reconocida en libros antiguos. Supongo que sabrá los riesgos que comporta manipular ejemplares tan deteriorados como estos. No los hemos hojeado, ni abierto siquiera, porque tememos que se nos hagan trizas entre las manos si lo intentamos. La semana que viene vendrán los especialistas de Birmingham y serán ellos los que se encarguen.

—Birmingham, ya veo —repuso Erasmo—. ¿Y si yo le dijera que quizás uno de esos libros no sea lo que usted cree que es? ¿Y si le dijera que podría tratarse de un manuscrito? ¿Y si le dijera que...?

—¡Basta, profesor! —lo interrumpió Pilar. A continuación, dirigiéndose a Greenway, dijo—: Le pido disculpas. El doctor López de Mendoza se está dejando llevar por su entusiasmo de bibliófilo. Quizás deberíamos sentarnos los tres tranquilamente y discutir este asunto y sus implicaciones.

—¡Me parece una idea fantástica! Ustedes se sientan y toman una taza de té. De los libros ya me encargo yo.

Ambos se volvieron hacia la fuente de la voz, una mujer alta que había hablado con acento norteamericano. Una mujer que en aquellos momentos los encañonaba desde la puerta con una pistola automática. Una mujer a la que tanto Erasmo como Pilar conocían muy bien.

¡Prometeo!

CAPÍTULO XIV

NO REMUEVAS EL POLVO AQUÍ ENTERRADO

¡*Prometeo!*

Había cambiado. Llevaba el pelo muy corto y teñido de negro. Y Erasmo no recordaba haberla visto nunca sin maquillaje, como iba en aquel momento. Quizás hubiera perdido también algo de peso, lo que resulta lógico en una mujer que llevaba años saltando de un lado para otro y dando esquinazo a las agencias policiales más tenaces del mundo. Pero seguía teniendo el mismo cuerpo proporcionado y atlético que él conocía tan bien y cuyas formas quedaban reveladas gracias a los vaqueros y el suéter ceñido que vestía bajo su cazadora. Un rato antes, en la excavación de The New Place, los había despistado fácilmente al usar un mono azul holgado y un casco de obrero de la construcción. Pero ahora había decidido mostrarse ante ellos en todo su esplendor.

Prometeo, cazadora y ladrona internacional de libros antiguos y raros, también conocida como Dolores Dawson y quién sabe por cuántos alias más, había logrado dar con ellos.

Y seguramente también con el manuscrito que habían venido a buscar.

—¡Apartaos de la mesa! ¡Al rincón los tres! —dijo ella con voz de maestra severa, mientras con la pistola les indicaba a qué rincón se refería.

Erasmo vio que Pilar apretaba los puños y temió que pudiera cometer alguna imprudencia, de modo que decidió empujarla suavemente. Al tomarla por el brazo notó sus músculos en tensión. Por suerte, pese a cierto amago de resistencia inicial, la muchacha se sometió y caminó con él hacia el lugar indicado. El director Greenway, por su parte, había sido el primero en obedecer y ya los aguardaba allí con las manos en alto y una expresión de pánico pintada en el rostro.

Una vez que los tuvo a los tres donde deseaba, Dolores Dawson colocó un maletín sobre la mesa y procedió a guardar en él los dos libros hallados en el sótano de The New Place. A continuación cerró el maletín y Erasmo comprendió que se disponía a marcharse.

Debía hacer algo. Debía decirle algo.

—¡Dolores! ¡Espera! —dijo en castellano.

Prometeo se volvió hacia él y sonrió.

—Ya hacía tiempo que nadie me llamaba así —respondió, también en castellano.

—Si lo que te llevas es lo que pensamos que es, podría tener un valor cultural e histórico inmenso. Sé que amas los libros. ¡Por favor, no lo hagas!

Dolores se plantó ante él con el maletín en la mano y sin dejar de apuntarles.

—Créeme, Erasmo —dijo—. Me encantaría quedarme para charlar un rato

contigo y para recordar los viejos tiempos. Pero hay cierto guardia de seguridad que podría despertar en cualquier momento de la siesta que le he puesto a dormir. Por otro lado, ya sabes que mi relación con los libros es puramente profesional. Lo del amor y todas esas cuestiones lo dejo para gente sentimental como tú y mis clientes. Y ahora, si me disculpáis...

—¡Te van a atrapar! —dijo Pilar de pronto—. Dentro de unos minutos tendrás a toda la policía británica pisándote los talones. Deja los libros aquí y no diremos nada.

Dolores soltó una carcajada.

—Usted ha visto muchas películas, señorita Esparza. Dentro de unos minutos me habré evaporado como he hecho infinidad de veces antes. Le confieso que siento tentaciones de quedarme a discutir con usted aquel asunto de hace cuatro años. Pero no soy una persona vengativa y sé encajar una derrota. De modo que me limitaré a dejarlos con la puerta cerrada y echar a correr, en el más viejo estilo de ladrón de guante blanco. Hasta puede que les diga *au revoir*, en lugar de un simple adiós. Así pues...

Entonces se dieron cuenta de que había alguien más con ellos. Un hombre con la cara cubierta por un pasamontañas acababa de entrar en la habitación sosteniendo una pistola con ambas manos. Cuando sus caras de alarma lo delataron ya era tarde para *Prometeo*, quien al girarse se encontró con el cañón del arma a diez centímetros de su cabeza.

—¡Suelta la pistola y el maletín, ahora! —dijo el hombre.

Su tono no admitía discusión, de modo que *Prometeo* soltó el asa del maletín y se agachó para depositar su arma en el suelo. Lo que sucedió a continuación transcurrió en unas décimas de segundo, casi demasiado rápido para poder verlo con claridad. Desde su posición inclinada, *Prometeo* flexionó ambas piernas como si fueran dos resortes de ballesta y saltó contra el hombre, al que envió trastabillando contra la pared que tenía a la espalda. Entonces vieron que iba armada con un cuchillo que quizás hubiera sacado de una funda en el tobillo. Lo que siguió no fue un forcejeo, sino un duelo de golpes, fintas y cuchilladas que a Erasmo le recordó una competición de esgrima, aunque sin espadas y a una velocidad endiablada. Tanto *Prometeo* como el individuo del pasamontañas lograron esquivar varios tajos con asombrosa habilidad, hasta que ella consiguió hacer blanco con su cuchillo en el brazo con el que su rival sujetaba la pistola y logró que esta saliera despedida. Sin embargo, la acometida fue tan vigorosa que la desequilibró, y el otro aprovechó ese instante de vulnerabilidad para descargarle a *Prometeo* un golpe en el cuello con el canto de la mano abierta. Ella soltó el cuchillo, se llevó ambas manos a la zona del impacto y abrió la boca tratando de tomar aire. Un segundo golpe, esta vez en el mentón y con el puño cerrado, la derribó al suelo, donde quedó tendida boca abajo. Dos tremendas patadas en el costado remataron la faena. A Erasmo le dolió cada golpe como si él mismo lo estuviera recibiendo. También le dolió la idea de que tal vez Dolores no fuera a sobrevivir a la paliza.

Lo primero que hizo el intruso fue recuperar su pistola. Luego dedicó unos segundos a evaluar el corte de su brazo. En el suelo, *Prometeo* comenzaba a agitarse y emitió un gemido.

—¡Ponte de rodillas! —le ordenó el hombre del pasamontañas—. ¡De rodillas o te vuelvo la cabeza ahí mismo donde estás!

Con enorme dificultad, como si hasta el más leve movimiento desencadenara una oleada de dolor, *Prometeo* se puso a cuatro patas. A continuación materializó la hazaña de elevar el torso para arrodillarse, tal como el hombre le había ordenado hacer. Su cabeza oscilaba por efecto del impacto y resultaba evidente que no lograba fijar la vista. Sus brazos se cruzaron bajo sus pechos y aferraron sus costados. Erasmo nunca habría pensado llegar a verla en una situación tan lastimosa. El individuo del pasamontañas se acercó a ella y colocó la pistola a medio metro de su frente. En ese instante, Dolores pareció recuperar completamente la consciencia y elevó los ojos hacia su adversario. Estaba vuelta hacia el rincón desde donde Erasmo y los demás habían asistido al duelo sin moverse. *Prometeo* miró al bibliófilo y le sonrió de un modo que a él le pareció una despedida. Luego bajó la vista con expresión de desaliento. En ese instante Erasmo supo que Dolores Dawson estaba a punto de recibir un disparo en la cabeza.

Actuó sin pensárselo, pues cualquier pensamiento le habría impedido obrar con la suficiente rapidez. El individuo que estaba a punto de convertirse en verdugo de Dolores tenía la espalda girada hacia él y se encontraba demasiado absorto saboreando su victoria. O quizás simplemente no había considerado en ningún momento que las tres personas apiñadas en el rincón constituyeran una amenaza. La cuestión es que, cuando quiso reaccionar, ya era tarde, pues Erasmo ya se abalanzaba contra él blandiendo el gran crucifijo de plata oxidada, como un Savonarola en pleno arrebatado de furia mística. Un instante después sonaba un *clank* y el del pasamontañas caía derribado al suelo, de donde ya no se movió.

—*Gracious Lord!* —exclamó Peter Greenway, en cuya expresión el pánico se alternaba con el asombro a cada segundo—. ¿Alguien me puede explicar qué significa todo esto? ¿Son ustedes del servicio secreto o algo así?

Pilar le recomendó que guardara silencio llevándose un dedo a los labios. Mientras tanto, *Prometeo* había recuperado su pistola y se había hecho también con la de su contrincante. En esos momentos examinaba al hombre del pasamontañas, que permanecía inconsciente sobre el suelo.

—¡Vaya con mi caballero andante! —exclamó mirando a Erasmo—. Lo has dejado completamente K. O.

—¿Está...? —comenzó a preguntar el bibliófilo mientras devolvía reverencialmente el crucifijo a su lugar sobre la mesa.

—¿Muerto? Creo que no. Aunque tampoco sería para lamentarlo demasiado. Veamos quién es.

Dolores retiró el pasamontañas y contempló durante unos segundos el rostro del

individuo rubio que había debajo, así como la brecha que el golpe había abierto en su cuero cabelludo, de la que manaba abundante sangre.

—¡Qué decepción! No conozco de nada a este tipo. —Entonces se fijó en la expresión de estupor de Erasmo—. ¿Tú sí?

El bibliófilo asintió.

—Es uno de los ayudantes de Víctor Klemperer. Lo vi en su cigarral de Toledo. Él lo llamaba Igor.

—¿Igor? —dijo Dolores tras soltar una carcajada—. ¿En serio? Bien, el bueno de Igor va a dormir durante un buen rato, al menos hasta que la policía venga a por él.

A continuación arrastró el cuerpo desplomado de Igor hasta un radiador de calefacción y lo esposó de la muñeca izquierda con unos grilletes que extrajo de su bolsillo. Luego se incorporó y recuperó el maletín.

—Vosotros dos vais a venir conmigo —dijo dirigiéndose a Erasmo y Pilar.

—¡Si piensas...! —empezó a protestar la muchacha, pero Dolores la detuvo con un gesto.

—No te preocupes. No voy a haceros daño... A no ser que os comportéis de una forma muy estúpida. Solamente deseo ganar algo de tiempo. Por otro lado, creo que después de lo que ha pasado, merecéis saber si alguno de estos libros contiene lo que estáis buscando. —Entonces se volvió hacia Erasmo—. Tú lo mereces, al menos.

Toda esta conversación había tenido lugar en castellano. En ese momento *Prometeo* cambió al inglés.

—Me llevo a sus invitados como rehenes —le dijo al director Greenway—. Si sigue usted mis instrucciones, no sufrirán ningún daño. Me basta con quince minutos, ¿de acuerdo? Dentro de un cuarto de hora puede llamar a toda la Guardia Real, si así lo desea. Hasta entonces, quédese tranquilo y cuide bien de nuestro amigo, el bello durmiente.

Erasmo y Pilar salieron muy juntos. Unos pasos detrás caminaba *Prometeo*, quien los encañonaba discretamente.

—Cruza la calle y subid al coche. Yo iré en el asiento de atrás. ¡Sin tonterías!

Se cruzaron con algunos empleados del Trust que no les dedicaron una segunda mirada. Pasaron junto a una puerta entornada con un rótulo que rezaba *broom closet*, es decir, «cuarto de escobas». Observaron que la punta de una bota negra asomaba por el resquicio. *Prometeo* volvió a introducirla en el interior con el pie y cerró con un leve portazo.

—El guardia de seguridad —explicó—. No muy competente, me temo.

Cuando pasaban junto a la cola de turistas comenzó a sonar la alarma.

—¡Vaya con vuestro amigo! Compruebo que vuestras vidas no son una prioridad para él.

Los aullidos de la alarma habían provocado cierta confusión entre los turistas que esperaban para entrar en el Shakespeare Centre, japoneses en su mayoría, que no sabían cómo reaccionar ante aquel inesperado contratiempo que tal vez alterase su

férreo horario de forma irreparable. Dolores había escondido el arma bajo su chaqueta, pero seguía apuntándoles con ella.

—¡Al coche, rápido!

Conforme arrancaban, oyeron las sirenas de la policía acercándose.

—¡Sigue recto! —le ordenó *Prometeo* a Pilar—. Conduce despacio y con tranquilidad. Yo te iré indicando el camino.

Un breve recorrido por las calles de la pequeña ciudad les bastó para alcanzar las afueras de Stratford-upon-Avon. A continuación, *Prometeo* guio a Pilar a través de una serie de carreteras rurales que zigzagueaban entre bosquillos, colinas y prados, un paisaje a buen seguro idéntico al que Gonzalo de Córdoba había contemplado cuatro siglos antes durante sus correrías con Judith Shakespeare.

En cierto momento en que cruzaban un puente de piedra que salvaba un pequeño arroyo, *Prometeo* le exigió a Erasmo que le entregara su teléfono móvil.

—¿Para qué lo...?

Pero los enérgicos gestos que la mujer hacía con el cañón del arma no parecían invitar a la discusión, de modo que obedeció. Con dedos diestros, ella retiró la tapa del móvil y extrajo la batería. A continuación se asomó por la ventanilla y lanzó el dispositivo descuartizado por encima del pretil del puente, hacia la corriente.

Erasmo estuvo a punto de protestar, pero comprendió que carecía de objeto, de modo que guardó silencio mientras seguían adelante por pequeñas carreteras sin arcén por las que apenas cabía un vehículo. Finalmente giraron por un camino vecinal sin asfaltar que los condujo hasta un *cottage* construido a imitación de los de época tudor, con tejado de paja incluido. Erasmo era consciente de que acababan de ser secuestrados y que aquello distaba de ser una visita turística. Sin embargo, no pudo reprimir el tonto pensamiento de lo difícil que debía de ser encontrar una compañía que aceptara asegurar una vivienda con techo de paja.

—Es aquí —anunció *Prometeo*—. Bajad del coche.

—Muy pintoresco —comentó Pilar con sorna—. ¿Piensas retirarte aquí cuando te jubiles de robar libros y secuestrar a ciudadanos honrados?

Prometeo dejó oír una breve risita.

—En realidad esta propiedad no es mía. Me la han prestado unos amigos que están de vacaciones en Italia. Muy conveniente para mis fines. Apartada y discreta, como veis.

Erasmo dudó que los «amigos» de Dolores supieran lo generosos que habían sido con ella, lo que quedó confirmado cuando vieron la puerta de entrada forzada y una alarma electrónica desmontada y con los cables al aire.

Dolores los condujo al coqueto salón de la vivienda y les ordenó que tomaran asiento mientras ella dejaba el maletín sobre una mesa. Luego colocó junto a él una

pequeña cartera que, una vez abierta, resultó contener varios utensilios de aspecto quirúrgico. Erasmo sintió un pinchazo en el inexistente lóbulo de su oreja.

—No os preocupéis. Son solo herramientas de uso común entre los restauradores de libros. Las vamos a necesitar con estos volúmenes tan deteriorados.

—¿Cómo nos has localizado? —preguntó Erasmo de repente—. Me deshice del microchip espía que colocaste en mi móvil... ¡Ah, claro! ¡Ahora lo comprendo! Por eso lo has tirado al arroyo. Para deshacerte de las pistas que podrían incriminarte.

Esta vez *Prometeo* lanzó una gran carcajada que incluso le provocó una mueca de dolor. Con la mano izquierda sobre el abdomen, respondió:

—¡Pero querido! ¡A mí jamás se me habría ocurrido intervenir tu móvil! En tu caso, eso habría sido una pérdida de tiempo.

—¿Entonces? —dijo Erasmo confundido.

—Es a Pilar a la que he estado vigilando, por supuesto.

La muchacha se levantó furiosa del sofá donde estaba sentada, pero Dolores la conminó a regresar a su sitio trazando un ademán con el cañón de su arma.

—Piensa un poco, Erasmo. La gente como tú suele rechazar la tecnología. Sin embargo, la generación de la doctora Esparza no puede vivir sin ella. —El bibliófilo recordó los sofisticados dispositivos que Pilar usaba de forma habitual y comprendió que Dolores estaba en lo cierto—. Y tú no te habrías embarcado solo en una aventura, ¿verdad? En el momento en que surgiera la posibilidad de algún nuevo hallazgo, la primera en saberlo sería tu queridísima exalumna. Por eso cloné su móvil con un virus espía que me ha proporcionado toda la información que necesitaba, incluyendo la de su situación en cada momento.

—¿Un virus? —preguntó Pilar frunciendo el ceño.

—Lo más probable es que no lo recuerde, pero un día recibió un *whatsapp* de un contacto en el que se le animaba a seguir un determinado enlace que resultó no conducir a ningún sitio. Eso bastó para que el troyano quedara instalado en su dispositivo. A partir de ese momento he tenido acceso a toda la información que entraba y salía de su terminal: llamadas, mensajería, *emails*... Todo. Incluso he tenido acceso a las conversaciones que se mantenían cerca del teléfono. De modo que vuestras vidas han tenido pocos secretos para mí.

—¡Por supuesto! —exclamó Pilar dándose una palmada en la frente—. ¿No se acuerda de que cuando llamamos a Hernán para pedirle ayuda no lo hicimos con su móvil, sino con el mío? Eso debería habernos alertado.

—En efecto —dijo *Prometeo*—. Aunque en ese momento yo me encontraba ya en camino. Me puse en marcha el mismo día que Erasmo la llamó para comunicarle el hallazgo del caserón de Esquivias, al que por cierto tuve el honor de asistir en directo. En cuanto al señor Pérez, lamento tener que haber sido tan contundente. Espero que se esté recuperando de forma satisfactoria.

¿Cuántos días habían transcurrido desde la llamada de la pareja de Esquivias?, pensó Erasmo. Aquello había ocurrido el martes 17 de marzo, el mismo día en que

los arqueólogos que buscaban los huesos de Cervantes dieron su agitada rueda de prensa. Y hoy estaban a ¡domingo! Resultaba increíble que ni siquiera hubiera transcurrido una semana y los acontecimientos se hubieran precipitado de aquella manera: el hallazgo del manuscrito, el robo, el ataque a Hernán, la visita al cigarral de Klemperer... ¡Un momento! Erasmo acababa de recordar algo que no encajaba con la historia que Dolores acababa de contarles.

—¡El hombre de Klemperer, el tal Igor, encontró un microchip en mi teléfono! Tú lo pusiste allí. ¡Nos estabas vigilando a los dos!

—¿El presunto microchip estaba oculto en la batería del móvil? —preguntó Dolores.

Y cuando Erasmo respondió que sí ella volvió a reír. Y de nuevo el dolor interrumpió sus carcajadas. En ese momento Erasmo observó el gran cardenal rojizo que se le había formado en el lado derecho de la barbilla, bajo la boca, en el lugar donde había encajado el rechazazo del sicario de Klemperer. En sus tiempos no se trataba de ese modo a las señoras.

—¡No me hagas reír, por favor! Debo de tener un par de costillas rotas y me duele como el demonio. Lo que te enseñaron no era un microchip espía, sino una antena NFC.

—¿Qué?

—Nada importante. Es un sistema que incluyen de serie todos los móviles para transacciones electrónicas y cosas así. La antena la montan en la batería para ahorrar espacio. En fin, que te engañaron como a un chino. Y además aprovecharon para *hackear* tu dispositivo por un procedimiento similar al que yo empleé con la señorita Esparza, lo que explica la irrupción de ese matón en el momento más inoportuno. Lo que no comprendo es cómo pudisteis ser tan estúpidos como para recurrir a Klemperer.

—Nos pareció que la única manera de neutralizarte era ponerte detrás a alguien de tu calaña —respondió Pilar desafiante.

—Con una pequeña diferencia, doctora Esparza —respondió *Prometeo*—. Yo soy una profesional que se limita a hacer su trabajo, mientras que Klemperer es un psicópata asesino en toda regla. Pero creo que ya hemos hablado demasiado. Ven aquí, Erasmo, vas a ser tú quien haga los honores.

Prometeo dio unos pasos atrás mientras Erasmo miraba con gesto de duda la cartera repleta de utensilios.

—Yo no sé apenas nada de esto, Dolores. Los volúmenes están más comidos de hongos que un queso de cabrales. Puede que las hojas se hayan fundido entre sí hasta formar un bloque sólido. Lo que se necesita es un restaurador experto, un laboratorio, un baño químico...

—Por desgracia no tenemos nada de todo eso —respondió *Prometeo*—. Y lo que urge ahora es salir de dudas. Tú estás acostumbrado a acariciar libros y sabrás hacerlo bien. ¡No tengas miedo! ¡Adelante!

Ambos volúmenes estaban dispuestos sobre la mesa, ante él. Eligió el más pequeño, el de tamaño cuarto, que era el que más prometedor le parecía. Luego tomó una fina espátula de madera de la cartera de *Prometeo*. Contuvo entonces el aliento y se sintió como un cirujano novato a punto de intervenir a su primer paciente.

Para su sorpresa, la espátula se hundió entre las hojas sin apenas encontrar resistencia. La movió lentamente recorriendo todo el contorno del libro, y el delgadísimo instrumento de madera siguió avanzando sin obstáculos. Erasmo se sintió esperanzado. Las hojas no parecían pegadas. Puede que el deterioro del libro se limitara al exterior del volumen.

—¿Crees que puedes abrirlo sin peligro? —preguntó *Prometeo*.

—Eso parece. Bajo tu responsabilidad, por supuesto.

—Por supuesto. Procede.

El libro se abrió con un crujido que sonó como el gemido de un anciano obligado a caminar tras mucho tiempo de inmovilidad. Dolores permanecía justo detrás de Erasmo, y ambos se vieron envueltos de pronto en una vaharada de moho, humedad y tierra, el aliento subterráneo del viejo libro.

—¡No es un manuscrito! —exclamó Dolores con desencanto.

—No —dijo Erasmo—. Se trata de un misal romano del siglo XVI. El que impuso Pío V en Trento. *Simili modo postquam cenatum est, ambabus manibus accipit calicem...* Es un libro relativamente corriente y de escaso valor, sobre todo dado su precario estado de conservación.

Unos minutos más tarde comprobaron que el otro libro no era más que una simple edición de la Vulgata y que su estado de deterioro era todavía peor que el del misal. De hecho, se rompió en dos mitades cuando Erasmo trató de abrirlo por completo.

—¡Y este cuento se ha acabado! —anunció *Prometeo*—. Pero os ruego que no pongáis esa cara de tristeza. La decepción es el día a día de mi trabajo, y vosotros ya disfrutasteis de vuestro gran momento hace cuatro años. Por lo que a mí respecta, he de deciros adiós. Conviene que salga de este país lo antes posible. La policía británica ya no es lo que era, pero a pesar de todo sigue actuando con mucha más eficacia que en el continente.

—¿Adónde vas? —preguntó Erasmo.

Dolores le sonrió.

—Tal vez me tome unas vacaciones. Aunque con todo ese lío del Estado Islámico tengo entendido que están aflorando muchos manuscritos paleocristianos en Siria e Irak. Quizás me dé una vuelta por allí. También queda pendiente el asunto de encontrar un comprador para la crónica de Gonzalo de Córdoba, aunque eso llevará su tiempo. De momento necesito vuestro coche. ¿Os importa?

—No —respondió Erasmo para indignación de Pilar—. Llévatelo.

—Tranquilos. Esos coches de alquiler tienen un buen seguro. Además, lo encontrarán enseguida.

—Ten cuidado, Dolores —dijo Erasmo.

—Tú también, mi dulce caballero andante.

Unos minutos después Erasmo y Pilar se encontraban solos y la muchacha lo miraba con expresión irritada.

—¿Qué hacemos? —preguntó él—. ¿Llamamos a la policía?

—Solo le ha faltado pedir a esa zorra en matrimonio —dijo Pilar—. Esto sí que no me lo esperaba de usted, profesor.

—El número de emergencia de aquí es 999, ¿verdad? Aunque creo que el 112 también funciona.

Pasaron buena parte del resto del día declarando en una comisaría. Explicaron detalladamente quiénes eran las dos personas armadas que habían irrumpido en las oficinas del Shakespeare Birthplace Trust y qué relación tenían con ellos. Sin embargo, tal y como habían acordado, se abstuvieron de referirse a la crónica de Gonzalo de Córdoba y al modo en que un manuscrito del siglo XVII los había llevado hasta allí. Se limitaron a presentarse como unos profesores e investigadores a los que unos delincuentes habían estado siguiendo los pasos.

—Tienen al tal Igor entre rejas, ¿verdad? —preguntó Erasmo—. Ese individuo es un auténtico asesino.

Notaron que los policías se revolvían incómodos.

—Escapó ante nuestras narices —confesó uno de ellos—. El señor Greenway nos contó que recuperó la consciencia enseguida y que no tardó ni diez segundos en abrir las esposas con una ganzúa. Después se evaporó. Hemos montado un dispositivo de búsqueda y vigilancia, por supuesto. Para él y para esa tal *Prometeo*.

Erasmo y Pilar se estremecieron al pensar qué habría ocurrido si Dolores Dawson no hubiera tenido la precaución de arrojar el móvil del bibliófilo desde el puente.

A eso de las ocho llegaron dos inspectores desde Londres. Iban acompañados por un individuo que se presentó como funcionario de la embajada española.

—Nos hemos movilizadísimo tan pronto como hemos sabido lo ocurrido. El embajador está en contacto permanente con el ministerio en Madrid. No se preocupen, podrán marcharse enseguida.

—¡No lo comprendo! —protestó Pilar—. Nosotros somos las víctimas. Hemos sufrido un secuestro. ¿Por qué nos retienen?

—Bien —explicó el diplomático—. Parece que hay un testigo que afirma que ustedes mantenían algún tipo de relación con los criminales, especialmente con la mujer.

—¡Pero eso ya lo hemos explicado! —dijo Erasmo—. Todo el asunto estuvo en la prensa internacional hace unos años.

Aun así, tuvieron que repetir la historia completa a los dos inspectores de Scotland Yard antes de que estos se dieran por satisfechos y les dejaran marcharse, no

sin advertirles que podrían recabarles más datos a través de la policía española.

—Se acabó —dijo Erasmo mientras volvían a pie al pequeño hotel donde se alojaban—. Al menos ha sido un final emocionante. ¿No te parece?

Pilar se encogió de hombros.

—En realidad su amiga Dolores tenía razón. Era mucho pedir que sonara la flauta por segunda vez. Y ahora que menciono a esa bruja, acabo de recordar que tengo algo urgente que hacer.

Caminaban en esos momentos junto a los márgenes del río Avon. Un poco más adelante era visible el teatro moderno que a Erasmo le sonaba como sede de la Royal Shakespeare Company. Unos turistas les arrojaban trozos de pan a un grupo de cisnes desde una pasarela que cruzaba el río. Cuando vio a Pilar dirigirse hacia allá, Erasmo pensó que era un extraño momento para pensar en alimentar a los patos, pero lo que la muchacha hizo fue avanzar hasta el centro del cauce y luego arrojar su iPhone hacia la corriente del río con toda la fuerza que pudo.

Tras el taciturno desayuno de la mañana siguiente, Pilar usó el teléfono de la recepción del hotel para ponerse en contacto con la empresa de alquiler de coches. Le pidieron que acudiera a su delegación de Stratford con una copia de la denuncia, y le aseguraron que allí le entregarían un nuevo vehículo de forma inmediata para que pudieran reanudar su viaje. A continuación Pilar usó su *tablet* para comprar un par de billetes de regreso a España para esa misma tarde.

Se disponían a salir del hotel en busca del nuevo coche cuando oyeron que alguien tosía tras ellos y los llamaba por sus nombres. Al girarse se dieron de bruces con Peter Greenway, el director del Shakespeare Birthplace Trust.

—He pensado que debía venir a decirles adiós y a disculparme. Creo que su prolongada estancia de ayer en la comisaría se debió en buena medida a mi declaración. Pero ya me han informado de lo que les ocurrió con esa mujer hace cuatro años. Una individuo peligrosa. Espero que no corrieran ustedes un riesgo auténtico mientras los tuvo retenidos.

«No gracias a ti, cagamandurrias», pensó Erasmo al recordar la rapidez con que el director había hecho sonar la alarma a pesar de las amenazas de *Prometeo*.

—No se preocupe —respondió Pilar diplomática—. Las circunstancias eran extraordinarias, de modo que comprendemos sus recelos. De hecho, creo que le debemos algún tipo de explicación sobre lo que ocurrió ayer.

El director Greenway agitó sus manos ante ellos como si estuviera espantando moscas.

—¡No, no! ¡Se lo ruego! Nada de explicaciones. Estoy seguro de que ya se las habrán dado ustedes a las autoridades. Después de lo que vi ayer, me basta con comprobar que están ustedes bien. Y con haber recuperado los libros, claro.

—No valen mucho, ¿sabe? —le espetó Erasmo con cierta malicia—. Ni son raros ni están bien conservados.

—¿Quién sabe? —repuso el director sin desanimarse un ápice—. Tal vez pertenecieran al propio Shakespeare. Además, refuerzan la hipótesis de que la familia practicaba en secreto la religión católica.

—Bien, allá cada cual con sus manías —repuso Erasmo—. Ahora, si nos disculpa, tenemos algo de prisa.

—Ah, ¿pero se marchan ustedes ya? Confiaba en que tuvieran tiempo para hacer al menos una última visita.

—Salimos esta misma tarde desde Heathrow —explicó Pilar—. Pero antes tenemos que pasar por la delegación de Hertz para recoger otro coche de alquiler.

—Está cerca de la estación —dijo Greenway—. Yo mismo los llevaré en mi coche. Después, les ruego que me acompañen a cierto lugar. Será solo un momento, se lo prometo.

GOOD FRENDE FOR IESVS SAKE FORBEARE,
TO DIGG THE DVST ENCLOASED HEARE.
BLESTE BE THE MAN THAT SPARES THES STONES,
AND CVRST BE HE THAT MOVES MY BONES.

Buen amigo, no remuevas, por Jesús, el polvo aquí enterrado. Bendito sea aquel que respete esta tumba. Maldito quien perturbe mis huesos.

Las tumbas estaban en el ábside de la pequeña iglesia, delante del altar mayor. Greenway explicó que Shakespeare había tenido que pagar más de cuatrocientas libras a la parroquia por el privilegio de que a él y a su familia los enterrarán allí. Las inscripciones y epitafios estaban tan desgastados que resultaban prácticamente ilegibles, de modo que se habían colocado carteles sobre las lápidas que los reproducían en letras blancas sobre fondo negro. La de William Shakespeare era la segunda por la izquierda. Las otras tres correspondían a su esposa, Anne Shakespeare (de soltera Hathaway), a Susanna, su hija mayor, al médico John Hall, esposo de esta, y a Thomas Nash, el marido de su única nieta. En uno de los muros laterales del ábside colgaba un pequeño monumento funerario que representaba al poeta pluma y papel en mano, con el aspecto orondo y provinciano de un fabricante de salchichas.



Erasmus volvió a leer la inscripción que, más que a epitafio, le sonaba a maldición faraónica o conjuro. Algo que podrían haber recitado las tres brujas al comienzo de *Macbeth*. Aunque al parecer había sido eficaz. La prueba era que allí seguía la tumba, intacta cuatrocientos años después. Los huesos de Cervantes, sin embargo, habían sido desenterrados y vueltos a enterrar en un lugar distinto, triturados y confundidos con los de docenas de personas anónimas. Quizás si Cervantes hubiera escrito un conjuro tan terrible como aquel que Shakespeare había elegido como epitafio, sus huesos hubieran sido tratados con más miramientos. O quizás todo hubiera ocurrido exactamente del mismo modo, pues España nunca se caracterizó por mimar a sus hijos más ilustres.

En el prefacio del *First Folio*, el dramaturgo Ben Jonson había llamado a Shakespeare «el alma de la época». Erasmus pensó que Cervantes merecía al menos el mismo elogio. Aquellos dos hombres habían encarnado por sí solos lo más excelente del espíritu de su tiempo y de los venideros. Y al morir con días de diferencia, era como si la humanidad hubiera quedado huérfana. Shakespeare había sido enterrado en la misma parroquia donde fuera bautizado, llamada de la Santísima Trinidad. El cuerpo de Cervantes fue inhumado en una iglesia de la Orden de la Trinidad en la misma fecha, pero con diez días de diferencia. Curiosas coincidencias.

Erasmus miró de reojo a Pilar y la encontró también absorta en sus pensamientos. Pero el tiempo apremiaba y debían marcharse. «Adiós, señor Shakespeare —pensó Erasmus—. Le deseo que nadie perturbe sus huesos durante al menos otros cuatrocientos años».

Ante la puerta de la iglesia le dijeron adiós al director Greenway y subieron al

auto de alquiler que poco antes habían recogido en la agencia. Mientras regresaban a su hotel en busca del equipaje, Erasmo se preguntó si *Prometeo* habría salido del país.

Deseó con toda su alma que lo hubiera logrado.

De vuelta en su hotel se encontraron con la desagradable sorpresa de que habían entrado en sus habitaciones. Sus equipajes de mano, que habían dejado preparados antes del desayuno, estaban abiertos, y sus ropas y enseres, esparcidos por toda la habitación. Erasmo no echó nada de menos. Pilar se quejó de que le faltaba su iPad.

Los dueños del hotel se mostraron desolados. Les dijeron que no comprendían cómo había podido ocurrir. Habían estado turnándose toda la mañana en la recepción y no habían visto a nadie extraño. Y el personal estaba fuera de toda sospecha. Aquel era un pequeño hotel familiar y nunca habían tenido problemas de ese tipo. ¿Deseaban los señores que avisaran a la policía?

Erasmo y Pilar les dijeron que no merecía la pena. Casi les parecía irrelevante que les hubieran arrebatado la *tablet* que contenía la crónica de Gonzalo. Quienes deseaban hacerse con el documento lo habrían conseguido antes o después. Así al menos había ocurrido sin violencia. Además, el ordenador de Pilar en Madrid contenía en su disco duro otra copia del archivo. Aunque ahora no podrían reanudar la lectura hasta su regreso. Pero ¿acaso tenían prisa?

Aterrizaron en Barajas cerca de la medianoche. Madrid les dispensó una torva bienvenida de lluvia y frío. Compartieron un taxi que tuvo que aventurarse a través de una cortina de agua. La M-40 amenazaba con convertirse en un río y el tráfico era muy escaso. Las calles del centro estaban desiertas. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra, un silencio más en un día pródigo en ellos. Compartían una lacerante sensación de fracaso y también de haber sido meros peones en el juego de otros.

—¿Nos vemos mañana por la mañana? —preguntó Erasmo cuando el taxi se detuvo ante el portal de Pilar.

La muchacha asintió y le dijo que lo llamaría. Erasmo no recordaba haberla visto nunca tan abatida. Quiso decirle unas palabras de ánimo, pero no se le ocurrió nada a la altura de las circunstancias, por lo que se limitó a darle las buenas noches.

Una vez en su casa, decidió dejar para el día siguiente la tarea de deshacer el pequeño equipaje y se metió directamente en la cama. Pero tan pronto como apagó la luz los acontecimientos de Inglaterra comenzaron a girar dentro de su cabeza en un loco caleidoscopio de situaciones y de caras. Finalmente decidió tomar otro de los somníferos caducados que guardaba en la mesilla. Solo así consiguió conciliar un sueño agitado y poblado de imágenes. Aunque el descanso de Erasmo no habría de

prolongarse mucho aquella noche.

¿Qué hora era? ¿Dónde se encontraba?

¿De verdad estaba sonando el teléfono?

Erasmus prendió la luz de la mesilla y comprobó que eran las dos y media de la madrugada. Sentía la boca seca y su vejiga parecía a punto de reventar. Quizás debería ignorar el teléfono, que seguía sonando con insistencia en el salón. Pero nadie llama a esas horas sin un buen motivo o una muy mala noticia. Comprendió que no podía permitirse el lujo de no contestar.

—¿Diga?

—¡Profesor!

—¿Pilar?

—¡Escuche! Al llegar a casa no podía conciliar el sueño y he seguido leyendo la crónica de Gonzalo. ¡No está todo perdido!

—¿Qué?

—¡Joder! ¡Espabílese, profesor! ¡El *Ur-Quijote*! ¡Podría haber sobrevivido otra copia! Gonzalo lo cuenta al final de su manuscrito.

—¿Cómo?

—Vístase y tómese un par de cafés. Lo espero en mi casa.

Erasmus se quedó mirando el auricular del teléfono sin acabar de extraerle el sentido a la conversación que acababa de mantener. Todavía tuvieron que transcurrir unos segundos para que la luz se abriera paso en su cerebro.

Entonces, sí, se puso en pie como impulsado por una descarga eléctrica y corrió a vestirse, no sin antes pasar por el cuarto de baño para rendirle pleitesía a la próstata.

Seguía lloviendo mientras Erasmus esperaba en la calle a que Pilar le abriera la puerta. Había hecho sonar varias veces el timbre del portero automático, pero sin recibir respuesta. ¿Se habría quedado dormida la muchacha? ¿Habría decidido embarcarse a solas en algún tipo de búsqueda? Por desgracia, Erasmus ya no disponía de móvil para poder llamarla. Y dudaba que fuera a encontrar un teléfono público en aquellos días en que las cabinas se habían convertido en la pieza más rara del mobiliario urbano. No sabía qué hacer. Se sentía aturdido por la falta de sueño y las piernas le dolían por el confinamiento y la inmovilidad durante el vuelo. Y no dejaba de llover. Jamás se había sentido tan viejo como en aquel instante, y la idea de regresar a su casa y volver a la cama se le figuró la más apetecible y dulce de las perspectivas. Pero ¿qué le pasaba? ¿Cómo había podido considerar siquiera semejante estupidez? ¿Marcharse de la puerta de Pilar sin saber si la muchacha se encontraba bien, sin saber qué estaba ocurriendo? ¡Jamás!

En ese instante un vecino abrió desde el interior y le dedicó a Erasmo un gesto de sorpresa al encontrarlo parado allí. Era un hombre de mediana edad que seguramente se veía obligado a trabajar a horas intempestivas. Tal vez un médico que se encaminaba a realizar una guardia o una operación de urgencia. Erasmo le deseó buenas noches para dejar patente su hombría de bien, pero el vecino se limitó a salir y alejarse sin mediar palabra. Erasmo empujó la puerta antes de que esta se cerrara y se encaminó hacia el ascensor.

Halló entornada la puerta del piso de Pilar e intuyó que la habían dejado así para él. Entró con el corazón encogido por el pánico. El pasillo estaba a oscuras, pero había luz al fondo, donde estaba la biblioteca de la muchacha. Allí encontró cierto desorden. La silla de oficina que había ante el ordenador estaba volcada. También una mesita auxiliar, con lo que los libros y papeles que había sobre su superficie se veían esparcidos por el suelo. El monitor del ordenador estaba encendido.

Erasmo temió que en cualquier momento el pánico le ganara la batalla. Sin embargo, transcurridos unos instantes, tan solo experimentó una sensación de calmada derrota, de fatalidad. Estaba seguro de que quien se hubiera llevado a Pilar sabía que él iba a llegar en cualquier momento. No habían dejado notas ni instrucciones, pero descartó la idea de llamar a la policía. Sabía que lo único que podía hacer era sentarse y esperar.

Se fijó entonces en lo que mostraba la gran pantalla del ordenador de Pilar. Eran las líneas manuscritas de la crónica de Gonzalo de Córdoba. Allí estaba la clave de lo que le había ocurrido a Pilar aquella noche, y probablemente también de lo que pronto le ocurriría a él. Debía leer a partir del punto en que la lectura quedó interrumpida, en el momento en que Cervantes y Gonzalo acababan de desenmascarar a Robles y emprendían el regreso a casa del novelista. Debía leer, sí, a pesar de sus problemas de visión y de la sensación de estar consumiéndose por dentro. Debía leer y tenía que empezar de inmediato.

En aquel mismo instante.

CAPÍTULO XV

PUESTO YA UN PIE EN EL ESTRIBO

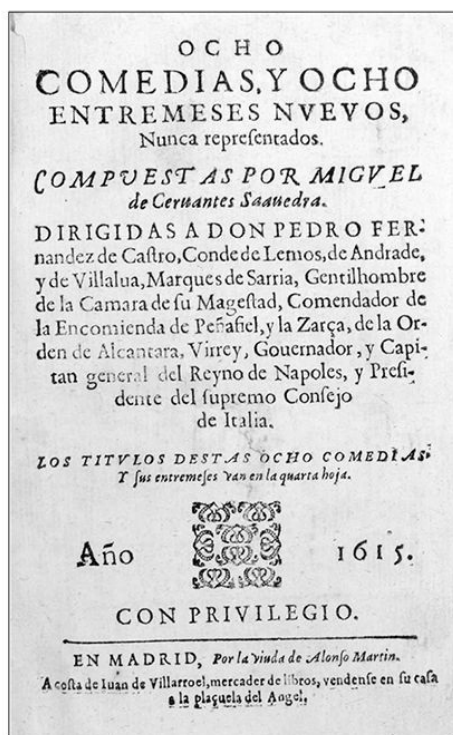
Todavía tardó Cervantes otros dos meses en rematar los capítulos finales de la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*, aunque esta vez el título rezaba *El ingenioso caballero*, pues no en vano había sido don Quijote armado caballero en aquella célebre venta de su primera salida. Me hizo mi suegro la merced de dejarme leer las últimas aventuras de don Quijote y Sancho conforme él las escribía, y hallé en ellas no menos deleite y provecho que en su primera redacción. Disfruté sobremanera con las aventuras en Barcelona y con el modo en que el bachiller Sansón Carrasco, disfrazado de Caballero de la Blanca Luna, derrota a don Quijote y le hace prometer que regresará a su aldea y permanecerá un año entero alejado de la andante caballería. Me pareció un agudísimo rasgo de ingenio que Cervantes aprovechara uno de los personajes del falso *Quijote*, el caballero granadino llamado don Álvaro Tarfe, para declarar que su don Quijote y su Sancho Panza eran los únicos verdaderos y genuinos, mientras que los de Avellaneda no eran más que dos impostores burdos y sin gracia, verdades que don Álvaro reconoce y firma y rubrica en presencia de un escribano. Al final del libro, lloré como un niño con la muerte del caballero, ahora don Alonso Quijano a secas, aunque me alegró que nadie pudiera sacarlo de nuevo de su aldea manchega en busca de nuevas y apócrifas aventuras, pues para ello hubieran tenido que resucitarlo antes, milagro que solo está al alcance de Jesucristo Nuestro Salvador, y nadie se atrevería a poner tal cosa en un libro no fuera a topar con el Santo Oficio por predicar la brujería.

En enero del año 1615 mi suegro redactó el prólogo, en el que con gran elegancia y donaire respondía a los ataques de Robles-Avellaneda, dejando en evidencia al muy villano para luego hundirlo en la ignominia, en el olvido y en la nada. Después me encomendó que llevara el abultado legajo de hojas a casa del pendolista y que le encargara una copia en limpio para entregársela a Robles, quien como editor del libro habría de correr también con los gastos del amanuense. Y yo no pude evitar regodearme al imaginar la cara que mi antiguo amo pondría al leer aquel libro que iba a publicarse a su costa. Aquella era la peor de las venganzas que Cervantes podría haber tomado: una novela que era un prodigio de gracia e invención. Frente a ella, el falso *Quijote* no era más que un compendio de burdos chascarrillos, y su autor, un necio que había querido brillar a costa del talento ajeno.

Aún transcurriría casi todo el año de 1615 hasta que el segundo don Quijote viera la luz, pues hubo que esperar a que se completaran todos los tediosos pasos que requiere editar un libro en estos reinos. La censura eclesiástica se otorgó en febrero, y la del Consejo Real, en marzo. Enseguida llegó también el privilegio. La fe de erratas

y la tasa, sin embargo, se demoraron hasta octubre. Y entonces pudo darse fin a la impresión del libro, de la que se encargó maese Juan de la Cuesta, en cuyo taller de la calle de Atocha se había impreso también la primera parte.

Sin embargo, durante esos meses vieron también la luz las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados*, así como el poema *El viaje del Parnaso*, ambos publicados por intercesión de Francisco de Robles, aunque no fue su nombre el que apareció en las portadas. De ese modo cumplía el librero su compromiso con Cervantes, según se estipulaba en aquel documento que firmó la noche en que fue desenmascarado. Y por si acaso se le olvidaba cumplir su palabra, también estaba el documento que Cervantes había firmado en la cara del librero usando para ello la punta de su espada y su experto juego de muñeca. Mucho se habló por Madrid del siete que le habían abierto al librero Robles en pleno rostro, aunque este se apresuró a explicar que habían sido unos ladrones que trataron de despojarlo de su bolsa cuando regresaba a su casa de noche, a los cuales había opuesto una heroica resistencia. Doy fe de que la publicación de ambos libros trajo tanta felicidad a don Miguel como pocos dineros a Robles, aunque pronto encontraría el ruin librero el modo de compensar las pérdidas.



A finales de noviembre llegaron a la librería de la calle de Atocha los primeros ejemplares de la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de la primera parte, dirigido a don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos y virrey de Nápoles. El precio del libro era de doscientos noventa y dos maravedíes, y aun así la gente se peleaba por hacerse con un ejemplar. Y poco más he de contar sobre una novela que a buen seguro el lector de

esta crónica conocerá y hasta guardará en sus anaqueles, un libro que fue recibido con entusiasmo, elogiado con ardor y celebrado como ninguno. Y aún hoy, transcurridos más de cuarenta años desde entonces, sigue siendo un favorito de los lectores de este reino y de muchos otros, y su fama no hace más que acrecentarse cada año. ¿Y quién recuerda ahora que la novela del *Ingenioso hidalgo* fueron en realidad dos libros que se escribieron con diez años de diferencia? Hoy se habla del *Quijote* como antaño se hablara del *Amadís* y del *Lazarillo*, pues todos piensan en él como una única novela. En cuanto a Cervantes, hasta los más iletrados conocen su nombre, y se le tiene como gloria de los poetas del reino, regocijo de las musas y favorito de Apolo.

¿Llegó mi suegro a disfrutar de algo de esta gloria cuando aún caminaba entre los vivos? Me complace decir que sí lo hizo, pues aunque apenas fueron seis los meses que mediaron entre la publicación de la segunda parte y la fecha de su muerte, Cervantes se convirtió de la noche a la mañana en un hombre célebre, y apenas podía dar dos pasos por las calles de Madrid sin que alguien lo reconociera y lo detuviera para expresarle su admiración. Y más de una vez le dedicaron aclamaciones por la calle, como si se tratase del mismísimo rey nuestro señor. No sé si aquellos pocos meses de fama compensaron toda una vida de fatigas y trabajos, pero tengo por seguro que don Miguel los vivió en paz y alegría, y que se fue de este mundo con la certeza de que su obra y su destino estaban cumplidos. Quiso Dios, además, que en sus últimos meses de vida la salud le concediera una tregua, lo que le permitía caminar con mi ayuda o la de la criada (hasta criada se podía permitir), y acudir a las librerías y a las academias y a otros mentideros frecuentados por poetas, como el de los Comediantes, que estaba junto a su casa, y donde siempre era recibido con aplausos y con grandes muestras de fervor. Incluso realizó un último viaje a la villa de Esquivias en compañía de doña Catalina, y al volver contó que en el camino un estudiante lo había reconocido y saludado con muchos parabienes. Y así lo dejó escrito en el prólogo de su *Persiles*.

Y ya que lo he mencionado, diré que hasta tuvo tiempo para terminar el libro intitulado *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que era una novela al modo griego que versaba sobre viajes y naufragios y amoríos. Don Miguel había concebido aquella historia en su juventud, cuando era soldado y navegaba por el *Mare Nostrum* con la flota española, pero no se decidió a ponerla sobre el papel hasta el final de su vida, y tanto esperó que estuvo a punto de dejarla a medias, pues no la concluyó sino estando ya muy enfermo. El libro lo publicó Francisco de Robles de forma póstuma, y si no es el mejor de los suyos, al menos sí puedo decir que le proporcionó solaz y consuelo en sus últimos días, que fueron de mucho dolor, y que el hecho de morir con la pluma en la mano hizo que aquel viejo soldado mantuviera enteros su orgullo y su lucidez hasta el último instante.

Por lo demás, entre todos procuramos hacerle aquel último tramo de su vida todo lo grato que nos fue posible. Muchas mañanas recibía visitas de viejos amigos y admiradores. Recuerdo que en varias ocasiones vino a verle don Francisco de

Quevedo, aquel joven poeta de los anteojos que se había erigido en azote de don Luis de Góngora, y que sin embargo trataba a Cervantes con gran respeto y dulzura, pues veía en él un ejemplo y un maestro. Quevedo le leyó a mi suegro algunos pasajes de una novela picaresca que había pergeñado sobre un tal don Pablos. Yo mismo estuve presente en algunas de esas lecturas, y aunque encontré la novela un tanto de mal gusto, no tuve más remedio que admirar el ingenio y el arte de su factura. Y también a Cervantes debía de gustarle, a juzgar por sus carcajadas, que muchas veces las ocurrencias de Quevedo le hacían reír hasta el borde de las lágrimas, y ello pese a ser mi suegro hombre grave y poco dado a manifestar sus humores de forma exagerada.

Isabel y yo, pese a nuestras obligaciones en la tienda de paños, acudíamos a visitarlo casi a diario, y siempre llevábamos con nosotros al pequeño Miguel, al que su abuelo se aficionó tanto que jamás se cansaba de jugar con él y de recitarle rimas y canciones, y de contarle historias de su juventud guerrera y de los muchos puertos y ciudades que había conocido, y de aquellos cinco años que pasó cautivo en Argel, de donde hasta en cuatro ocasiones había intentado escapar. El niño, que era muy pequeño, apenas comprendía las palabras de su abuelo, pero aun así permanecía durante horas sentado en sus rodillas mirándolo con los ojos como platos y cara de arrobo. Y llegué a pensar que, más que al nieto, era a sí mismo a quien don Miguel contaba aquellas historias de sus vidas pasadas, quizás a modo de inventario de lo vivido, ahora que el tiempo que le restaba era tan escaso.

Y también doña Catalina se aficionó mucho al nieto (aunque en sentido estricto solo era nieto del esposo) al ver que el niño no mostraba temor al verla tan grande y tan gorda, y que en su presencia siempre sonreía y gorjeaba y extendía sus rollizos bracitos hacia ella como pidiéndole que lo sostuviera. Ya señalé en algún momento de esta crónica que el carácter de doña Catalina de Salazar se había ido atemperando con la edad y que ya no era ni de lejos la mujer colérica y siempre enojada de los primeros años de su matrimonio con Cervantes. El que Isabel y yo abandonáramos el hogar de mi suegro y fuéramos a vivir a nuestra propia casa había servido también para limar las asperezas entre la suegra y la nuera. Pero creo que fue el pequeño Miguel el responsable de transformar a la que había sido una furia desatada en una mujer de carácter afable, para contento de su esposo y de todos los que la habíamos sufrido durante tantos años.

Nuestra tienda de la Cava de San Miguel marchaba tan bien como pudiera desearse. Los tejidos que allí despachábamos se habían convertido en favoritos entre las damas y los caballeros de la corte, los encargos eran numerosos y el género salía de nuestra casa casi tan deprisa como entraba. Nuestra corte ya no vestía de luto, como en los tiempos del segundo Felipe. Gustaba de los colores, de las telas estampadas, de las sedas y de los brocados, y mi tienda era el lugar donde todos estos géneros podían hallarse en variedad y abundancia. Mi viaje a Inglaterra y los tratos que allí cerré me reportaron grandes beneficios, pues los comerciantes ingleses son gente seria y de fiar y jamás me engañaron ni me dejaron en la estacada. En este

punto, he de confesar que en más de una ocasión me sentí tentado de emprender otro viaje a aquella isla, y no solo por cerrar nuevos tratos con fabricantes de allá, sino por el recuerdo de cierta muchacha inglesa que no lograba apartar de mi memoria. De hecho, ya comenzaba a trazar los planes para partir de nuevo cuando cierto día llegó una carta a casa de mi suegro. En el exterior habían escrito mi nombre, pero las señas eran «casa de Miguel de Cervantes, Madrid». La letra era, sin duda, la de Judith Shakespeare, y entonces recordé que yo nunca le había dado a la muchacha mis señas, por lo que habría pensado que la forma más fácil de que la carta me llegara era remitirla a casa de mi suegro, que era persona célebre y fácil de encontrar. La carta estaba redactada de forma sencilla para que pudiera entenderla sin necesidad de buscar ayuda. Su contenido era breve, pero cada una de las palabras escritas en ella se hundió en mi corazón como un cuchillo. Lo que Judith me comunicaba era que estaba a punto de casarse. Lo hacía falta de amor y sin poder olvidarse de mí, pero daba por hecho que yo nunca regresaría a su lado, y su edad y su situación le aconsejaban que fuera encontrando esposo. Así pues, había decidido aceptar las reiteradas peticiones de matrimonio del vinatero Tomás Quiney, quien según reconocía no era hombre del todo de su gusto ni del de su padre, y tenía fama de ser un tanto disoluto y no muy honesto. Sin embargo, gozaba de buena posición, y al desposarse con él podría abandonar la casa de su padre y ser la señora de su propio hogar, al igual que había hecho su hermana Susana. En cuanto a su padre, me decía que su salud se había deteriorado mucho, que ya apenas podía levantarse de la cama y que los médicos empezaban a temer por su vida. Finalmente, se despedía de mí para siempre, me deseaba una vida larga y dichosa y me aseguraba que en cierto rincón de Inglaterra había una mujer que jamás se olvidaría de mí, por muchos años que viviera.

La carta de Judith me apenó sobremanera, y con cada lectura volvía a aparecerse ante mí tal y como era aquel día en que nos besamos por primera vez junto al río. La veía en toda su belleza, sus labios muy rojos, sus ojos tan azules como jamás los vi por estas tierras, su piel blanca y sin mácula, y sus cabellos dorados resplandeciendo bajo el sol de Inglaterra. Recordé un soneto escrito por su padre que ella me recitó y luego me glosó con palabras sencillas: «*Podría compararte con un día de estío*», rezaba el primer verso. Y en eso se convertiría Judith para mí durante el resto de mi vida, en el dulce recuerdo de un día de estío, a la sombra de un sauce, junto a un río. Comprendí que debía renunciar a ella, pero también que con esa renuncia dejaba atrás para siempre mi juventud, y que el resto de mis días difícilmente me depararía algo tan hermoso como el amor de aquella muchacha llamada Judith Shakespeare.

Las señales de que la vida de Cervantes tocaba a su fin comenzaron a manifestarse tras las Navidades de 1615. Conforme el invierno de 1616 se disponía a mostrar su rostro más severo, todos observamos que la salud de mi suegro se

deterioraba de día en día. Las piernas dejaron de sostenerle, las llagas y úlceras se multiplicaron y la hidropesía comenzó a inflamar su abdomen y sus extremidades. Enseguida notamos de nuevo aquel olor a manzanas en su aliento que delataba que la enfermedad que don Miguel denominaba «el mal de la miel» volvía a cebarse con él. Sus ánimos seguían en alto y mostraba fortaleza de espíritu, pero aquella fortaleza ya no parecía bastarle para mantener unidos su cuerpo y su alma. De repente comenzó a consumirse como si hubiera dejado de alimentarse. El rostro se le afiló, los ojos se le hundieron y las carnes comenzaron a menguarle hasta que tan solo el pellejo parecía cubrirle la osamenta. A finales del invierno ya no podía abandonar el lecho, aunque insistía en seguir trabajando en su novela *Persiles y Sigismunda*, por lo que pidió que dispusiéramos una tabla sobre la que poder escribir recostado sobre unas almohadas. Y así lo hizo hasta que le resultó demasiado penoso, pues lo forzado de la postura le provocaba dolor y le dificultaba la respiración, por lo que Isabel y yo decidimos turnarnos para tomar los últimos capítulos de la novela al dictado.

A comienzos del mes de abril el médico nos dijo que mi suegro no aguantaría hasta San Jorge, y que convenía que fuera haciendo las paces con Dios. Y aunque él llevaba años siendo hombre muy devoto, nos encargó que solicitáramos su ingreso en la Orden Tercera de San Francisco y que fuéramos pensando en procurarle el hábito franciscano que habría de ser su mortaja. Y así veíamos que don Miguel se nos iba y que nada podíamos hacer para mantenerlo más tiempo en este mundo, pues él mismo ya había dejado de aferrarse a la vida y parecía preparado para poner su alma en manos del Creador. Las mujeres lloraban sin tregua, y yo también lo habría hecho de no haber sido varón, pues no era mi pena menor que la de ellas.

Así estaban las cosas cuando recibimos la visita de Lope de Vega.

Se presentó sin anunciarse cuando era ya casi de noche. Isabel y yo estábamos a la sazón presentes, pues en vista del estado de postración de mi suegro habíamos acordado con doña Catalina trasladarnos a su casa para poder tenerlo mejor atendido y prestar nuestra ayuda cuando ocurriera lo inevitable. Me sorprendió encontrarlo en la puerta, aunque ya sabía que en los últimos tiempos don Miguel y él intercambiaban saludos y hasta algunas palabras si se encontraban por la calle. De hecho, me quedé plantado con la puerta en la mano y sin saber que decir, hasta que él me preguntó:

—¿Puedo entrar, Gonzalo?

Me aparté para franquearle el paso. Venía ataviado de riguroso negro, con sotana y manteo. Durante un instante pensé que cualquiera lo hubiera tomado por un cura, cuando de repente recordé que lo era en verdad.

—Me han dicho que Cervantes está muy enfermo, ¿es así?

—Está muriéndose, señor. Es apenas cuestión de días.

Él asintió gravemente.

—Pero ¿se encuentra lúcido?

—Entiende y razona como si tuviera veinte años. Y hasta escribe, pese a que su vida se apaga por momentos.

—¿Me permites verlo?

Lo acompañé hasta la alcoba de Cervantes, donde hedía a enfermedad y decrepitud, aunque no por ello asomó al rostro de Lope mueca de repugnancia alguna. Una palmatoria ardía junto a la cama. Su luz vacilante iluminaba a medias la cara de don Miguel, que se hallaba tendido boca arriba con los ojos cerrados. De no ser porque el movimiento de la manta que lo cubría delataba su respiración, se diría que ya no estaba entre los vivos. Lope lo miró con compasión y noté que los ojos le brillaban.

—Señor Cervantes —dijo con voz queda. Pero al darse cuenta de que el enfermo no daba muestras de oírlo, insistió—: ¡Señor Cervantes!

Entonces don Miguel se agitó y abrió los ojos. Al principio no dio señales de vernos, como si se encontrara a mucha distancia de nosotros. Por fin su gesto mostró cierto reconocimiento.

—¡Voto a tal! —dijo con un hilo de voz—. ¿Ya habéis llamado al sacerdote? ¿Tan mal estoy?

—Soy yo, Cervantes. Félix Lope de Vega. Supe de vuestra enfermedad y vine a visitaros. Y si puedo, también a confortaros.

Mi suegro soltó una débil risa que se rompió con un golpe de tos.

—Ya os había conocido, Lope. Os ruego que no os ofendáis por la pequeña burla.

—No hay ofensa alguna —respondió Lope sonriendo—. ¿Cómo se encuentra vuestra merced?

—Podría decirse que he conocido días mejores. De hecho, creo que me estoy muriendo. Nadie quiere decírmelo, pero cuando en una casa las mujeres lloran a todas horas, es que alguien se dispone a dejar este valle de lágrimas, y creo que soy el que se halla mejor dispuesto para ello. Pero os ruego que toméis asiento. Gonzalo, acércale al señor cura una silla para que pueda sentarse junto a la cabecera de mi cama. Deseo verlo bien.

Así lo hice. Lope tomó asiento y yo me quedé en un rincón, pues por nada del mundo deseaba perderme la conversación entre aquellos dos hombres.

—Hace poco terminé el segundo volumen de vuestro *Don Quijote* —dijo el Fénix.

—¿Y os pareció bien?

—Me pareció una novela admirable dentro de las de entretenimiento. Mejor aún que la primera.

—Pensaba que tal vez la habríais encontrado algo frívola. Acaso demasiado mundana.

—¿Qué os hace pensar tal cosa?

—Leí vuestras *Rimas sacras*.

El *Fénix* sonrió.

—Veo que la enfermedad no os ha arrebatado las ganas de chanza. Bien sabéis que todos esos poemas han sido escritos con el corazón.

—Lo noté —reconoció Cervantes—. Me emocionaron y me inspiraron. Y no lo digo por chanza, sino porque es la pura verdad. Sé que habéis cambiado, Lope.

El dramaturgo asintió y permaneció pensativo unos segundos.

—Llega un momento en que lo único que importa es estar a bien con Dios.

—Pero hay que haber vivido mucho para reconocer ese momento —apostilló Cervantes—. Y haber vivido mucho significa haber pecado mucho.

—Yo lo he hecho —reconoció Lope—. Más de lo que imagináis.

—Soy poeta, luego mi imaginación es grande. Además, jamás me permitiría el atrevimiento de menospreciar a vuestra merced, ni siquiera como pecador.

Lope soltó una carcajada a la que no pude evitar sumarme.

—¿Puedo hacer algo por vos, Miguel? —preguntó entonces. Y era la primera vez que oía a Lope llamar a Cervantes por su nombre de pila.

—Creo que sí, padre Félix. ¿Podrías oírme en confesión?

—Os burláis de nuevo.

—En absoluto. Un moribundo no bromea sobre esas cosas. Podría hacer llamar al párroco, pero creo que vos entenderéis mis pecados mejor que yo mismo. ¿Queríais confesarme?

—Será un honor. Y después me quedaré para rezar con vos.

Entonces vi que Lope rebuscaba en una bolsa que llevaba y sacaba una estola que colocó en torno a su cuello. Me disculpé y salí cerrando la puerta. Recuerdo haber pensado que la vida es muy extraña a veces.

En la mañana del 18 de abril don Miguel empeoró de tal modo que pensamos que se nos iba. Corrí a llamar al párroco de las trinitarias, quien acudió para ungir al enfermo con los santos óleos y para administrarle la eucaristía, pues él estaba consciente y dijo hallarse en paz con Dios. Quedó don Miguel muy confortado tras haber recibido los sacramentos. Incluso mejoró hasta el punto de que pudo hablar de nuevo y sorber unas cucharadas de caldo.

Fue también esa mañana cuando se recibió una nueva carta de Inglaterra, y al verla pensé que Judith me escribía con nuevas noticias, tal vez que finalmente había decidido no casarse con el dichoso vinatero. Pero resultó que esta carta venía dirigida a don Miguel, y quien la firmaba era el señor Guillermo Shakespeare. La leí de cabo a rabo intentando comprender la sustancia de lo que decía, aunque ignoraba el significado de algunas palabras y el de otras me resultaba un tanto incierto. Aun así, pude darle a don Miguel noticia aproximada de lo que Shakespeare le había escrito, que venía a ser lo siguiente:

Comenzaba el poeta inglés su carta con disculpas porque esta no hubiera llegado antes, pero explicaba que su salud había empeorado mucho en los últimos meses, que la gota lo mantenía sumido en un dolor permanente y que cualquier movimiento lo fatigaba. Con todo, le anunciaba a don Miguel que había logrado terminar la comedia sobre don Quijote en la que había estado trabajando y que el resultado le satisfacía sobremanera. Según le contaba, la antedicha comedia la había basado en los capítulos de la novela que transcurren en el palacio de los duques, así como en los del gobierno de Sancho en la falsa ínsula. Contaba que se disponía a enviarla a Londres, donde Burbage, director de la compañía y socio suyo, llevaba mucho tiempo esperando una nueva comedia de Shakespeare para llevarla a los escenarios. Le aseguraba que la obra iba a convertirse en gran favorita del público, pues don Quijote y Sancho eran personajes tan magníficos que la gente los amaría allí igual que los amaba en España. Prometía hacerle llegar a Cervantes noticias sobre cómo se había recibido la comedia, así como encargarse para él una versión en la lengua de España cuando encontrara a alguien que pudiera hacerla. Le decía que el libro daba para dos o tres comedias más, y que tenía pensada una graciosa en extremo en la que se representarían los capítulos finales, aunque no estaba seguro de si su mala salud le iba a permitir poner sus versos sobre papel de nuevo. Por último, me dedicaba unas líneas en las que me enviaba sus más afectuosos saludos y los de su hija Judith, quien había cambiado el apellido Shakespeare por el de Quiney, pues acababa de contraer matrimonio con el condenado mercader de vinos (lo de «condenado» es añadido mío). Por fin, se despedía agradeciéndole muy calurosamente todas sus mercedes, pero sobre todo la de haberle prestado a sus personajes para pasearlos por los escenarios de Inglaterra.

Se alegró mucho don Miguel con todo lo que Shakespeare le contaba, y dijo que ojalá la muerte le concediera unos meses de tregua para poder saber lo que había sido de aquel don Quijote inglés. Luego anunció que había que responderle al poeta de Stratford de inmediato, antes de que fuera tarde. Así pues, fui por papel y tinta y tomé al dictado una carta que me conmovió en lo más hondo, pues en ella se expresaban pensamientos muy profundos y discretos con palabras muy hermosas. Acerqué el papel a don Miguel para que pudiera estampar su firma. Y quedó dispuesto que la carta iría primero a Bilbao para que Tomás Callaghan pudiera traducirla, y que desde allí él se encargaría de hacerla llegar a Inglaterra. Luego don Miguel dijo encontrarse muy fatigado y me pidió que lo dejara descansar.

La noche no la pasó del todo mal, y a la mañana siguiente, que era la del día 19, se encontró con fuerzas suficientes para dictarme la dedicatoria de su *Persiles*, con lo que dio la novela por terminada. Después pidió que le trajéramos a su nieto. Sentamos al niño en su cama, y al principio este mostró miedo y lloró, pues no era capaz de reconocer a su abuelo. Pero tan pronto como don Miguel comenzó a acariciarle el pelo y a hablarle dulcemente, el niño se contentó y comenzó a reír y a querer jugar con él.

—¿Qué piensas, Gonzalo? —me preguntó don Miguel una vez que estuvimos él y

yo a solas—. ¿Crees que lo hice muy mal?

—¿A qué os referís, señor?

—A mi vida. ¿Cómo piensas que la viví?

Comprendí que no me hablaba como un moribundo en busca de consuelo, sino que aquella era una pregunta de verdad, la pregunta que un amigo le hace a otro amigo, y que por tanto mi respuesta habría de ser sincera.

—Creo que la vida no os trató muy bien, señor. Que habríais merecido mejor suerte.

—Tienes razón, Gonzalo —dijo con tristeza—. Y lo que más lamento es que casi siempre fui yo mismo quien me labré mi mala fortuna. Ahora que me encuentro a las puertas de la muerte, comprendo que han sido muchas las decisiones equivocadas que tomé. En mi vida ha habido muchas encrucijadas, y en casi todas ellas elegí el camino peor.

—Entonces, si se os concediera otra vida ¿la vivirías de otra manera?

—Ah, Gonzalo, esa no es sino charla ociosa.

—Perdonadme —dije—. Ya sé que a cada hombre se le concede solamente una oportunidad de vivir.

—¡No, no, te equivocas! —respondió él—. Mejor dicho, lo que afirmas es cierto para casi todos los hombres, pero no reza para los poetas. Y ese es mi gran consuelo.

—No os comprendo, señor —le dije temiendo que su mente hubiera empezado a desmoronarse.

—Sí, Gonzalo. Mi consuelo es que he podido vivir muchas vidas en una. Y tan solo tenía que tomar la pluma para dejar de ser Cervantes. Y así, cuando la vida me afligía, me bastaba con inventarme otra mejor y vivirla a través de los personajes de mis libros.

—Eso es muy cierto, señor —dije comprendiendo que su conciencia no se había nublado, sino que seguía tan cuerdo y tan sabio como siempre.

—Habrà quien piense que Cervantes fue un hombre desdichado —continuó—. Pero entonces tendrán que recordar que fui feliz en mis novelas y en mis comedias y en mis poemas. Y que esa dicha no está al alcance de todos los hombres. Por ello doy mi vida por bien empleada.

Permaneció luego un rato en silencio, con los ojos cerrados y respirando con dificultad, y pensé que lo mejor sería dejarlo descansar. Sin embargo, tan pronto como vio que me ponía en pie me lanzó la siguiente pregunta:

—Dime, Gonzalo, ¿qué hiciste con los capítulos descartados de la segunda parte de *Don Quijote*, del cincuenta y nueve al final? ¿Los quemaste como te pedí?

Incluso en su lecho de muerte, aquel hombre parecía capaz de leerle a uno los pensamientos. Pensé en responderle con alguna excusa, pero no se le miente a un hombre que está a punto de expirar.

—No lo hice, señor, perdonadme. Pero las aventuras que se contaban en ellos eran tan amenas y graciosas que no me vi capaz de destruir esos papeles. Los tengo

guardados y juro que seré el único en verlos y que jamás se los mostraré a nadie.

—Algo me olía —dijo Cervantes—. Pero no voy a reprocharte el no haber hecho lo que te dije, pues sé que obraste por afecto y lealtad. Sin embargo, no puedo consentir que quede otro don Quijote rondando por el mundo cuando me haya ido, pues sería como si yo mismo me hubiera convertido en Avellaneda. Así pues, ahora prometerás por tu conciencia y tu honor que cumplirás los últimos deseos de este moribundo. ¿Me das tu palabra, Gonzalo?

Le dije que sí y repetí la promesa que me pedía. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y una vez que me hubo dado sus instrucciones, pareció quedarse más calmado y cayó dormido.

Los dos días que le quedaban de vida Cervantes no los pasó del todo con nosotros, sino yendo y viniendo entre el presente y otras épocas de su existencia. Y así había momentos en que nos hablaba del modo más sensato y natural, y otros en que nos confundía con gente que había muerto tiempo atrás. Yo a veces era Gonzalo, pero otras era su hermano Rodrigo o su padre, o algún compañero suyo de armas o de estudios. A Isabel la confundía con su madre y con sus dos hermanas muertas. A ratos sabía que estaba en su casa de la calle de Francos, pero otros se imaginaba en Valladolid, en Alcalá de Henares o errante por Andalucía en su antiguo cometido de recaudador. En un par de ocasiones nos habló en italiano, tal vez creyéndose todavía soldado en Nápoles. Otra se quejó de haber sido herido, por lo que supusimos que se suponía de nuevo a bordo de una galera en Lepanto. Incluso le oímos sostener una conversación en una lengua extraña que solo podía ser la de los piratas berberiscos que lo mantuvieron prisionero durante cinco años.

Las mujeres lloraban y rezaban sin tregua junto a su lecho. En cuanto a mí, no paraba de pedirle a Dios que aquella agonía terrible acabara cuanto antes, pues me destrozaba ver cómo una mente tan clara y tan noble comenzaba a precipitarse por el abismo de la demencia. Sin embargo, por muy doloroso que fuera verlo así, permanecíamos a su lado y nos turnábamos para tomarlo de la mano, para asearlo y para refrescar su frente con paños húmedos, pues no queríamos dejarlo a solas ni un segundo en aquella larga y agotadora despedida.

En la mañana del día 22 su voz se redujo a un susurro y luego se apagó por completo. Su respiración se tornó entonces tan tenue que había que mirar con cuidado para advertir que aún conservaba un vestigio de vida. Y a partir de ese momento ya no recuperó la consciencia ni volvió a emitir palabra ni sonido. Los tenues lazos que todavía lo ataban a la existencia fueron soltándose uno tras otro, hasta que en la madrugada entre el 22 y el 23, Miguel de Cervantes Saavedra, el mejor de los hombres que jamás conocí, entregó el alma. Quiero decir que se murió.

Aunque dicen que es trabajo de mujeres, insistí en ayudar a lavarlo y amortajarlo con el hábito franciscano. Me encargué después de cumplir algunas de sus últimas voluntades. Más tarde, con las primeras luces del día, salí a dar noticia de su muerte y a avisar al párroco de San Ildefonso, que de todos modos ya estaba prevenido. La voz de que Cervantes había muerto se extendió tan presto por Madrid que a mi regreso ya se había congregado una pequeña muchedumbre ante la puerta de su casa. El féretro fue recibido con vítores y aplausos, y durante el breve trayecto hasta la iglesia no serían menos de doscientas o trescientas las personas que se unieron al cortejo fúnebre.

Ni un solo poeta de los que aquel 23 de abril paraban por Madrid dejó de asistir a su entierro. Fueron también numerosos los nobles y caballeros presentes. Pero quienes abarrotaron la iglesia fueron las personas comunes, los vecinos que se cruzaban a diario con don Miguel y lo reconocían y saludaban como el inventor de don Quijote y de Sancho Panza. Y eran tantos que tuvieron que dejar las puertas de la iglesia abiertas, porque muchos no pudieron entrar y tuvieron que seguir la misa desde la calle.

Y contaré ahora que en cierto momento me giré y me extrañó ver en la puerta a un caballero embozado, y digo caballero porque vestía ropas muy lujosas. Pero lo que deseo revelar al cabo de tantos años es que hubo un instante en que el embozado dejó caer su capa para poder santiguarse, y resultó ser un hombre rubio de unos cuarenta años. Usaba una larga perilla y llevaba las puntas del bigote engomadas hacia arriba. Tenía aspecto de extranjero, acaso de alemán. ¿Dónde había visto yo esa cara antes? Y entonces caí en la cuenta de que aquel hombre era el vivo retrato de su serenísima majestad el rey Felipe nuestro señor. ¿Es que hasta el rey de España había querido estar presente en el entierro de Miguel de Cervantes? Me dije que debía de estar en un error, que la pesadumbre y la falta de sueño me habían ofuscado el juicio y la vista. Aun así, determiné inclinar la cabeza en señal de respeto. Y vi que él respondía al saludo y que a continuación volvía a cubrirse el rostro y se giraba para perderse entre la multitud.

Quien más, quien menos, todos al morir dejamos un cierto vacío en el mundo. Pero el que dejó Cervantes tras de sí resultó tan grande que sus allegados no acertábamos a llenarlo. En las últimas semanas, mientras duró la enfermedad de don Miguel, había tenido mi tienda un tanto descuidada, por lo que traté ahora de recuperar el tiempo perdido. Pensaba que el trabajo me ayudaría a sobrellevar la pena, pero lo cierto es que no acertaba a hacer nada a derechas, pues no conseguía desprenderme de la tristeza y todo lo cotidiano se me figuraba un sinsentido. Y así, si me pedían terciopelo liso yo lo sacaba del rizado, y si querían un corte de tafetán yo se lo daba de lana. Era como si mi cabeza se empeñara en estar en otro sitio, pues a

pérdida tan grande no hay consuelo que valga. Y en lo único en que hallé cierta distracción es en asegurarme de que la última novela de don Miguel viera la luz de forma póstuma, pues tal había sido su voluntad.

Recuerdo que Robles torció el gesto cuando le llevé el legajo de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Se quejó de que nadie leía ya novelas bizantinas, que Heliodoro llevaba trece o catorce siglos muerto, que el género despertaba tan poco interés entre los lectores como el de las novelas de caballerías y que aquel libro lo iba a arruinar. Pero yo le repliqué que nada de lo que decía era de mi incumbencia, que él había contraído con don Miguel el compromiso de publicar aquella novela y que tendría que afrontar las consecuencias si faltaba a su palabra. Le recordé que estaba ganando una fortuna con la segunda parte del *Quijote*, que al fin y al cabo era una novela de caballerías. Y de paso le recomendé que no olvidara la parte de las ganancias que debía entregarle a doña Catalina como heredera de Cervantes.



Quedó Robles en su tienda muy enojado y jurando por todos los demonios, lo que sirvió para levantar mi ánimo un tanto. Se me ocurrió entonces dirigir mis pasos hacia la casa de la calle de Francos y hacerle una visita a doña Catalina, y hete aquí que mientras transitaba por la calle del León me di de bruces con Lope de Vega, al que no había visto desde el día del entierro de Cervantes, que había tenido lugar un par de meses antes.

Me saludó Lope y se detuvo a hablar conmigo. Se interesó por el ánimo de la familia y luego me brindó algunas muy cristianas razones de consuelo. Por último, me invitó a seguirlo a su casa para charlar un rato más, invitación que yo acepté, aunque no por recibir su consuelo espiritual, sino porque había algunas cosas acerca

de las cuales sentía curiosidad, y pensé que muy bien podía ser aquella una oportunidad de satisfacerla.

Corría a la sazón el mes de junio y los días eran cálidos, por lo que Lope me propuso sentarnos en un banco de su huerto a la sombra de una higuera que allí crecía. Comprobé entonces que, aunque no muy grande, el huerto era hermoso y bien cuidado, y casi más jardín que huerto, pues había rosales y madreselvas, y una fuentecilla de la que manaba agua fresca y cristalina.

—Lo echas mucho de menos, ¿no es verdad? —me preguntó.

—Ya sabéis que para mí era como un padre —dije.

—Todos hemos quedado huérfanos, Gonzalo.

—¿Señor?

—Me refiero a quienes habitamos en la república de las letras. También él fue como nuestro padre.

—No fuisteis muy buen hijo entonces, Lope —le espeté en un arrebato. Pensé que se enojaría, pero se limitó a asentir con tristeza, de modo que continué—: Ya que lo confesasteis, decidme, ¿eran muchos sus pecados?

Él se encogió de hombros.

—Los de todos los hombres, y desde luego menos que los míos. Aunque ya sabes que mi ministerio me prohíbe romper el secreto de confesión. Lo que sí puedo decirte es que, si hubo alguna vez hombre acreedor al perdón, ese fue Cervantes.

—¿Y os dijo algo que podáis revelarme?

—Me dijo que te amaba tanto como si fueras de su propia sangre, aunque creo que eso ya lo sabías.

Asentí con un nudo en la garganta.

—Estuvisteis solos durante mucho tiempo. ¿No os habló de nada más? —pregunté.

—Más bien hablé yo —dijo él.

—¿Tantas cosas teníais que decirle?

—Mejor diré que tenía muchas cosas por las que pedir perdón.

—¿Os perdonó?

—Sí lo hizo.

—¿Y os impuso alguna penitencia?

Él bajó la cabeza y dejó escapar un hondo suspiro.

—Mi penitencia ya la conoces, Gonzalo. Consiste en haber tenido la suerte y la desdicha de vivir en los tiempos de Cervantes.

—¿Suerte y desdicha? No os entiendo.

—La suerte de haberlo conocido. La desdicha de pasar a la posteridad a la sombra del más grande.

—¿Así se lo dijisteis?

—Como ahora te lo digo a ti —replicó él—: «Miguel de Cervantes, vos sois el rey de los poetas de España». Y también le prometí que mi último homenaje sería

para honrar su memoria.

—¿Y cómo haréis eso, señor?

—Dejaré dispuesto que mi cortejo fúnebre pase ante el convento de las Trinitarias, donde él está enterrado, y que se detenga ante la puerta en señal de respeto.

Y por cierto que Lope cumplió su palabra, aunque no fue hasta diecinueve años después de esta conversación. Mucha gente pensó que si el féretro del *Fénix* se detuvo ante el convento de la Trinidad fue para que pudiera despedirlo su hija Marcela, que profesaba allí como monja de clausura. Aunque yo sabía cuál era la verdad. Por lo demás, diré que los últimos años de Lope no fueron dichosos. Que conoció apuros y estrecheces, y murió con el dolor de que tan solo uno de sus quince hijos conocidos le sobreviviera.

Me acerco ahora al final de esta crónica, pues, aunque muchos más han sido los años de mi vida, de los acontecimientos que restan pocos son relevantes para esta historia. Aunque no deseo olvidar que por las fechas de mi encuentro con Lope recibí una nueva carta de Judith Shakespeare (ahora Judith Quiney). Y al ver los trazos de su letra caí en el grandísimo despiste que había tenido al olvidar poner en el correo la carta que don Miguel le había escrito al señor Guillermo Shakespeare pocos días antes de morir. Aunque enseguida comprobé que mi omisión ya no importaba, pues lo que Judith me contaba en su carta era que su padre había muerto el día 23 del mes de abril, por lo que nunca habría podido leer la carta de Cervantes, incluso si hubiera llegado yo a enviarla. Me apenó la noticia tanto como me sorprendió la coincidencia de la fecha (ya que no del día, pues no debe olvidar el lector que en tierras inglesas el calendario va retrasado con respecto al nuestro, y que el 23 de abril de allá correspondería al 3 de mayo de acá). Nada mencionaba Judith sobre la comedia del señor Shakespeare en torno a la segunda parte del *Quijote*, esa que en su carta decía estar a punto de enviar a su socio en Londres para que fuera representada por la compañía de los Hombres del Rey. Y durante un tiempo nada supe tampoco acerca del destino de aquella obra, aunque años después sí tendría noticias, y muy sorprendentes, si bien no es esa una historia que convenga contar aquí y ahora.

Con ánimo de rematar esta crónica, haré breve narración de lo que fue de mí y de mi familia en los años posteriores a la muerte de Cervantes. Pues bien, sepa el bondadoso lector que tres años después de enviudar, doña Catalina decidió dejar Madrid y retirarse a Esquivias, donde tenía familia, casa y hacienda. Para nuestra sorpresa, la viuda nos pidió a Isabel y a mí que la acompañáramos, pues dijo que nuestra compañía sería para ella de gran alivio y también un motivo de dicha, y que al fin y al cabo lo que era suyo habría de ser nuestro cuando ella no estuviera. Mucho pensamos en su oferta, pues lo cierto es que ya nada nos retenía en Madrid. Mis

padres habían muerto ambos en el lapso de un año, y mis hermanos eran ya mayores y capaces de ganarse la vida. Estaba la tienda, por supuesto, pero lo cierto es que esta había dejado de ser el buen negocio que antes fuese, pues los tiempos de bonanza se tornaban adversos de nuevo y pocos eran lo que podían permitirse las sedas y los brocados. A resultas de ello, mi tienda de la Cava de San Miguel comenzaba a figurárseme, más que un medio de vida, un quebradero de cabeza. Y así, de acuerdo con Isabel, resolví venderla y aceptar la invitación de doña Catalina, que se mostró muy feliz por ello.

Nunca me arrepentí de la decisión tomada, ya que muy pronto me aficioné a la vida apacible de Esquivias, a sus buenas gentes y a sus anchos horizontes. A pesar de haber vivido desde la mocedad en la Villa de Madrid, apenas echaba de menos el ajetreo de la ciudad y de su corte, quizás porque había entrado en esa edad en que la calma y la paz de espíritu se valoran por encima de todas las cosas. Esquivias fue el lugar donde mi hijo creció y aprendió sus primeras letras. En Esquivias hemos sido moderadamente dichosos, y la hacienda que aquí poseemos ha sido suficiente para vivir sin grandes cuidados, y aun para darle estudios a Miguel en Salamanca, gracias a los cuales mi hijo es hoy titular de una escribanía.

Murió doña Catalina, murió mi querida Isabel y dentro de poco seré yo quien las acompañe, pues el viento del tiempo jamás deja de soplar y acaba barriendo todas las cosas. Y ahora veo que mi hijo Miguel se impacienta, pues son muchas las horas que lleva tomando esta crónica al dictado, y me dice que sus obligaciones de escribano son numerosas y que la historia está ya contada. Yo le pido un poco más de paciencia, pues solo me queda revelar cuál fue aquella última promesa que le hice a don Miguel en su lecho de muerte

Lo que me dijo mi suegro fue que era su voluntad que aquellos capítulos cambiados en la segunda parte del *Quijote* desaparecieran tras su muerte y que no veía mejor modo de hacerlo que llevárselos a la tumba. Es decir, hube de prometerle que pondría esas hojas en su ataúd, junto con sus restos mortales, y que les daríamos sepultura a la vez que se la dábamos a él. Y así fue como, estando don Miguel ya de cuerpo presente, y mientras aguardábamos a que amaneciera, saqué el legajo de donde lo había escondido. Y entonces tuve una idea que pensé que habría recibido el beneplácito de mi suegro. Guardaba don Miguel en su alcoba un cofre muy fuerte que lo había acompañado durante sus años de recaudador y que, por tanto, había recorrido con él los caminos de Andalucía y de La Mancha. Era de tamaño pequeño, pero estaba fabricado de una madera muy dura, con tablas muy gruesas, y reforzado con planchas de metal. Sobre la tapa, las iniciales «M. C.» habían sido tachonadas con clavos de hierro. Así pues, introduje en aquel cofre las hojas que contaban esas aventuras de don Quijote y Sancho que el mundo nunca ha conocido. Luego, viendo que sobraba mucho espacio y que a don Miguel no le pesaría el equipaje, guardé también en el cofre dos libros que hallé en su despacho y que correspondían a las dos partes de *Don Quijote*, siendo ambos de los primeros ejemplares que salieron de la

impresión de Juan de la Cuesta. Por último, se me ocurrió también poner allí la carta recibida del señor Shakespeare, aquella en que le comunicaba que había concluido su versión de don Quijote para la escena inglesa, junto a la respuesta de Cervantes, aquella carta que yo había tomado al dictado y que nunca acerté a enviar. Pensé que, de ese modo, tal vez don Miguel tuviera la ocasión de entregársela en mano en el otro mundo. Y todo esto acabó enterrado en la misma fosa que su féretro, en la iglesia del San Ildefonso del convento de las trinitarias descalzas, donde confío que todavía se halle.

Y ahora sí, amabilísimo y paciente lector, ha llegado el momento de poner fin a esta crónica. La concluyo con alivio y con el convencimiento de que lo que aquí se cuenta tenía que ser contado, aunque nadie lo lea hasta que hayan transcurrido muchos años. Quiera Dios que mis palabras les hayan hecho justicia a los hechos. Ojalá tu indulgencia baste para perdonar mis yerros. Y por fin, siguiendo a Ariosto, como el propio don Miguel hiciera, solo me queda recitar aquello de:

Forsi altro canterà con miglior plettro.

FINIS

CAPÍTULO XVI

EN LA CRIPTA

Pasaban de las cuatro de la mañana cuando Erasmo apuraba las últimas líneas del manuscrito de Gonzalo de Córdoba. Sentía los ojos secos y doloridos por el esfuerzo, y sus vértebras cervicales protestaban a causa de la torsión a la que debía someter a su cuello para poder leer. Sin embargo, la lectura lo había arrastrado de tal modo que solo fue consciente de la incomodidad física tras alcanzar el final de la crónica. Hubo un momento en que llegó a creerse presente en casa de Cervantes asistiendo a su agonía. Y las lágrimas asomaron a sus ojos cuando Gonzalo de Córdoba narró el momento de su muerte con palabras muy parecidas a las que Cervantes había empleado para narrar la muerte de don Quijote, tal vez por imitación inconsciente o quizás como un modo de rendirle homenaje hermanando al escritor con su criatura más célebre. Pero lo más asombroso era lo que Gonzalo revelaba al final: Cervantes había insistido en llevarse su *Ur-Quijote* a la tumba, y su yerno no solo lo había complacido, sino que había añadido por su cuenta y riesgo ejemplares de las dos partes del *Quijote* en sus primeras ediciones, ambas procedentes de la biblioteca personal del autor, quién sabe si con enmiendas, anotaciones y comentarios de su propia mano. Pero la cosa no terminaba ahí, pues Gonzalo había decidido completar aquella asombrosa cápsula del tiempo con dos cartas, cada una de las cuales constituía un documento de valor incalculable. La primera de puño y letra de William Shakespeare, con la noticia de que, por segunda vez, había versionado a Cervantes para los escenarios de Londres, usando ahora como protagonistas a los mismos don Quijote y Sancho. En cuanto a la segunda carta, aquella en que Cervantes respondía al dramaturgo inglés, supondría la prueba definitiva del vínculo entre aquellos dos titanes de las letras, una relación sobre la que habían corrido ríos de tinta, pero que jamás había abandonado el reino de la conjetura o de la ficción literaria. Cada uno de esos libros y documentos, por sí solo, constituiría un tesoro de un valor incalculable. Juntos y sumados...

Erasmo sintió de pronto que la vista se le nublaba y que la sangre no parecía afluirle al cerebro. Tuvo que cerrar los ojos y se obligó a respirar de forma lenta y acompasada durante un minuto hasta que su ritmo cardíaco pareció estabilizarse. Entonces pensó que debía hacer un esfuerzo por aterrizar en la realidad, pues el problema al que se enfrentaba era, en sentido literal, cuestión de vida o muerte.

Klemperer, sin duda. Klemperer tenía que estar detrás de aquello. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido para poner a aquel perro tras la pista de semejante tesoro literario? Su hombre, el sicario llamado Igor, los había perseguido hasta Inglaterra, donde había demostrado ser capaz de cualquier cosa con tal de cumplir las órdenes de

su amo, incluso de matar a sangre fría. Un golpe de suerte (así veía Erasmo su descabellado ataque con el crucifijo) les había permitido librarse de él. Pero aquel sujeto distaba de hallarse fuera de juego. El sicario y su jefe ignoraban que los libros encontrados en el sótano de Shakespeare no valían nada, y en aquellos momentos los estarían buscando con aquella obstinación demente que Erasmo ya conocía. Y al salvar a *Prometeo* de recibir un tiro en la cabeza, se había señalado como su aliado. Lo más probable era que Klemperer pensara que actuaban en equipo. Y por si todo esto fuera poco, estaba también el robo del iPad de Pilar con la crónica de Gonzalo en su interior. Con toda seguridad, ahora el millonario conocería también la existencia de ese cofre de las maravillas que Gonzalo había enterrado junto a los restos de Cervantes. El bibliópata de Víctor Klemperer debía de haber enloquecido por completo. Ahora nada lo detendría. Absolutamente nada.

Erasmo se cubrió la cara con ambas manos y gimió. Su sensación de impotencia era tan grande que se sentía como un niño desnudo a merced de la tormenta. ¿Adónde habrían llevado a Pilar? ¿A la mansión de Klemperer en Madrid? ¿A su cigarral de Toledo? Erasmo lo dudaba. El millonario, sin duda, habría aprendido la lección y procuraría no involucrarse hasta el punto en que lo hizo en el pasado. ¿Le habrían hecho daño a Pilar para intentar sacarle información? ¿Cuánto tardarían en venir por él? Durante un instante deseó que los hombres de Klemperer aparecieran de una vez para acabar con aquella incertidumbre, pero al instante siguiente lo venció el pánico. ¡Debía llamar inmediatamente a la policía! ¡Debía contarlo todo! Solo así lograría pararle los pies al millonario y tal vez salvar a Pilar. Pero enseguida comprendió que no estaba razonando con lucidez, que aquella necedad de llamar a la policía la dictaba su vulnerabilidad y su instinto de supervivencia. Bastaría con levantar el teléfono y marcar el 112 para firmar la sentencia de muerte de la muchacha. Y con toda seguridad también la suya.

¡El teléfono!

Estaba sonando y Erasmo sabía que debía contestar de inmediato.

Pero al mismo tiempo el hecho de hacerlo le provocaba una aprensión enorme, como si el auricular del aparato se hubiera convertido de repente en un animal venenoso.

—¿Diga?

Erasmo escuchó instrucciones durante unos segundos, al cabo de los cuales, con voz desmayada, respondió: «de acuerdo».

El coche lo estaba esperando ante la puerta del edificio de Pilar. Era uno de esos vehículos que en las notas de prensa policiales se denominan «de alta gama», aunque, al no haber reparado en la matrícula, Erasmo comprendió que le sería imposible describirlo en caso de tener que hacerlo, más allá del hecho obvio de que era negro y

grande y que las lunas de sus ventanillas estaban tintadas. Los dos individuos que ocupaban los asientos delanteros, en cambio, mostraban rasgos mucho más característicos. El que conducía llevaba el cráneo completamente rapado y carecía de cuello, o al menos este quedaba oculto entre las macizas masas musculares de sus hombros. El perfil del otro era idéntico al de una escultura precolombina, y a Erasmo no le costó nada imaginarlo cortando cabezas a cuenta de un cartel del narco en Monterrey o en Medellín. Ninguno de los dos se dio por aludido cuando subió al coche y pronunció un tímido «buenas noches». El del perfil precolombino se limitó a sacar un teléfono móvil y anunciar «lo tenemos» a algún desconocido interlocutor. Luego el automóvil arrancó a toda velocidad.

Lo que siguió fue un periplo nocturno a través de un Madrid vacío y transitado únicamente por las luces verdes de los taxis. Mientras surcaban la Castellana se cruzaron con varios coches de la policía, pero Erasmo sabía que nadie podía ayudarle ahora, pues desde que accedió a subir a aquel vehículo había ingresado en un mundo distinto, un mundo sin leyes donde la única razón era la de la violencia. A la altura de la plaza de Colón se preguntó si volvería a ver la familiar estatua del Descubridor encaramado a su columna. Al cabo de unos segundos se hacía la misma pregunta al pasar frente a la Biblioteca Nacional. Aquellos lugares tan familiares se le antojaban distintos y cargados de significado, pues casi daba por hecho que Madrid dejaría de existir para él aquella madrugada. Madrid y el resto del universo.

Cruzaron Cibeles y siguieron por el paseo del Prado. Y de pronto Erasmo comprendió cuál era su destino, incluso antes de que el coche negro girara hacia la derecha por la angosta calle de Lope de Vega, hacia el barrio que se había dado en denominar «de las Letras».

A

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
QUE POR SU ÚLTIMA VOLUNTAD YACE
EN ESTE CONVENTO DE LA ORDEN TRINITARIA,
A LA CUAL DEBIÓ PRINCIPALMENTE SU RESCATE.

La placa de piedra, adornada con un medallón que representaba a Cervantes, estaba colgada a unos cuatro metros de altura. Erasmo la leyó al salir del coche y comprendió que había acertado en su vaticinio. Se encontraban ante la sobria pared de ladrillo visto del convento madrileño de las trinitarias descalzas, aunque Erasmo estaba seguro de que su destino final no era el propio convento, sino la iglesia anexa, el lugar donde Miguel de Cervantes había recibido sepultura un 23 de abril de casi cuatrocientos años atrás. Sabía que tanto la iglesia como el convento habían sufrido remodelaciones desde entonces, pero aun así no le costó trabajo imaginar a la

multitud congregada ante la puerta porque el pequeño templo no había bastado para dar cabida a todos cuantos quisieron sumarse a la despedida del escritor. Y, entre ellos, un caballero embozado cuya regia identidad tan solo Gonzalo de Córdoba había advertido.

Décadas después los huesos de Cervantes habían sido trasladados a la recién construida cripta de la iglesia, operación que se efectuó con pocos miramientos a pesar de la ilustre personalidad del difunto. La prueba era que las recientes excavaciones apenas habían encontrado huesos enteros y que los arqueólogos habían sido incapaces de identificar ni una sola de aquellas esquirlas como procedente del castigado esqueleto de Miguel de Cervantes, pues se hallaban mezcladas con restos óseos de distinta procedencia. Hoy era lunes, lo que significaba que ni siquiera había transcurrido una semana desde aquella agitada rueda de prensa en la que los periodistas habían exigido a los científicos «que se mojaran». Erasmo había seguido la noticia por televisión justo antes de recibir la llamada de Esquivias. Tan solo habían pasado seis días desde entonces. Sin embargo, mientras descendía del coche negro y esperaba instrucciones de sus captores, tuvo la sensación de que todo aquello había ocurrido muchísimo tiempo antes, tal vez en una vida distinta. Puede que los científicos hubieran recogido sus equipos y abandonado la cripta, pero lo más probable era que los nichos siguieran abiertos y las fosas, destapadas. «Lo cual resulta muy conveniente», pensó Erasmo con más tristeza que miedo.

—Por aquí —dijo el esbirro de aspecto precolombino tomándolo del brazo con una mano que era como una garra.

Mientras tanto, el musculoso energúmeno continuó con el coche, pues el vehículo bloqueaba la angosta calle Lope de Vega y seguramente hubiera llamado la atención. Erasmo hizo un esfuerzo por memorizar la matrícula, pero desistió al pensar que el detalle carecía de importancia. Caminaron hacia el sobrio pórtico de granito del templo, donde otro individuo los aguardaba oculto entre las sombras del zaguán.

—Os esperan abajo —anunció el sujeto que vigilaba en la puerta, con acento eslavo. Debido a la oscuridad, Erasmo apenas pudo distinguir en él el centelleo de un diente de oro. Al parecer Klemperer se las había arreglado para reclutar a lo mejor de cada casa.

Entraron en el templo y el ruido de sus pasos reverberó bajo la bóveda. La oscuridad impedía apreciar las auténticas dimensiones de la iglesia, aunque Erasmo había estado allí antes y sabía que el edificio era de tamaño modesto, a pesar de su remodelación y ampliación en los siglos XVII y XVIII. Mientras recorrían la nave central, el bibliófilo se admiró de que aquellos individuos pudieran actuar con semejante impunidad, con un desprecio tan evidente por las fuerzas del orden, por los sistemas de alarma y por todas esas medidas de defensa que, en teoría, mantienen a los bárbaros al otro lado de la muralla. ¿Es que acaso la seguridad que sentía la gente honrada no era más que una ilusión y ellos campaban a sus anchas? Erasmo se dijo que bien pudiera ser así, sobre todo cuando los bárbaros manejaban recursos y

medios casi ilimitados como los que Klemperer tenía a su disposición. La realidad era que Roma se batía en retirada mientras los hunos conquistaban terreno cada día. Su indefensión de aquella madrugada era la prueba.

Accedieron a la sacristía y Erasmo vio una trampilla abierta en el suelo. Aquel debía de ser el acceso a la famosa cripta donde el equipo de investigadores había estado revolviendo en busca de los huesos de Cervantes. El precolombino le indicó que descendiera por allí. No mucho antes Erasmo había visto una fotografía en la que la alcaldesa bajaba por aquellos mismos escalones. El recuerdo de la foto lo tranquilizó un tanto, pues si esa señora había podido hacerlo sin partirse la crisma, estaba convencido de que él también podría.

La cripta era una especie de túnel abovedado semejante a una pequeña estación de metro. Unos tubos fluorescentes inundaban el recinto subterráneo con su luz blanca e inmisericorde. Erasmo miró hacia el frente y vio los nichos y los restos de la reciente excavación. Sintió un cierto alivio al comprobar que las lápidas volvían a estar en su sitio y que la fosa había sido cubierta. Reinaba un sofocante olor a tierra, a moho y a seres largamente sepultados. No pudo concebir un sitio más espantoso que aquel para pasar la eternidad.

De pronto oyó un gemido a su espalda.

Y al girarse se topó con el peor de todos sus temores.

Pilar permanecía maniatada a una silla. La habían amordazado con cinta americana y la parte visible de su rostro mostraba una palidez que parecía fruto de una larga enfermedad. Tenía los párpados hinchados y un moretón en el pómulo izquierdo. Tan pronto como lo vio, la muchacha comenzó a debatirse y un gemido gutural e inarticulado brotó bajo su mordaza. Erasmo dio un paso hacia ella, pero el sicario conocido como Igor extendió el brazo y apuntó con una pistola automática hacia la cabeza de Pilar, lo que le obligó a detenerse en seco.

—¡Ni un paso más! —amenazó—. Si da usted problemas tengo instrucciones de dispararle a esta mujer. Luego le volaré la cabeza a usted. Y no sabe cómo deseo que llegue ese momento.

Igor se llevó la mano libre a la cabeza, donde lucía un aparatoso vendaje que le daba el aspecto de un imán durante la plegaria del viernes. Erasmo recordó el modo en que aquel sujeto se había desplomado bajo el impacto del crucifijo y supo que no bromeaba al amenazar con dispararle. Ojalá lo hubiera rematado una vez en el suelo. Quizás eso le hubiera ocasionado problemas con la justicia británica, pero al menos ahora no se encontrarían en aquella situación. Aunque, a fin de cuentas, un sicario era un sicario y no debían de ser difíciles de sustituir ahora que Europa occidental se había convertido en territorio de caza de la delincuencia del Este.

—Escuche —dijo Erasmo mostrándole a Igor las manos abiertas—. No hay

ninguna necesidad de llegar a estos extremos. Le aseguro que lo único que quiero es colaborar con ustedes en cualquier cosa que se les ofrezca. ¿Por qué no dejan que se vaya la señorita Esparza? Yo me brindo a ocupar su lugar. ¿Qué le parece?

Erasmus no se había sentido menos convincente en toda su vida. En cuanto a su oferta de colaboración, no era más que una maniobra desesperada para tratar de proteger a Pilar, pues sabía que no tenía absolutamente nada que aquellos individuos pudieran codiciar. Como confirmándole lo estúpidas que habían sido sus palabras, Igor le mostró los dientes en una mueca que tal vez entre los depredadores como él se considerara una sonrisa. Después le hizo un ademán al granuja precolombino, quien le obedeció sin necesidad de palabras.

Aunque los arqueólogos habían retirado casi todos sus bártulos, todavía quedaban algunas de las mesas donde los científicos habían ido depositando y clasificando sus hallazgos. Erasmus imaginó la cripta tal y como la había visto en fotografías e imágenes de noticiarios, repleta de equipo y de personas cubiertas con batas blancas y gorros verdes parecidos a los que se usan en los quirófanos. En comparación, esta madrugada el lugar se veía desoladamente vacío. Estaban Pilar y él y ambos esbirros. Y los muertos que quizás los estuvieran observando desde sus nichos y sus sepulturas subterráneas. Pero Erasmus pronto descubriría que alguien más estaba mirándolos.

Sobre una de las mesas abandonadas por los arqueólogos había un ordenador portátil en el que el bibliófilo no había reparado hasta que el precolombino se acercó y pulsó una tecla. El monitor se iluminó entonces y mostró la imagen de Víctor Klemperer. Erasmus comprendió que el millonario había estado viendo y oyendo todo cuanto había ocurrido en la cripta hasta el momento.

—Buenas noches, profesor —dijo el millonario desde dondequiera que se hallara—. O buenos días. Como prefiera.

A pesar de la pequeña pantalla del portátil y de la limitada transmisión de datos hasta aquel lugar subterráneo, Erasmus sintió la presencia de Klemperer como algo físico, frío y amenazante. Ignoraba los motivos que habían llevado a aquella mente tortuosa a elegir semejante puesta en escena, con cripta incluida, aunque imaginaba que pronto los iba a conocer. Le vino a la memoria entonces una situación análoga vivida cuatro años atrás. Pilar estaba inerte y maniatada, exactamente igual que ahora, mientras *Prometeo* le apuntaba a la cabeza con un arma. ¿Por qué tendría la realidad esa espantosa costumbre de copiarse a sí misma? En aquella ocasión Erasmus había sido vapuleado a conciencia, y Pilar, encañonada y amenazada de muerte ante sus ojos, aunque finalmente los habían puesto en libertad. Esta vez, sin embargo, dudaba que la muchacha y él fueran a salir tan bien librados. Pero tenía que intentar algo, debía intentar razonar con Klemperer, aunque en su fuero interno supiera que aquello iba a ser solo una patética pérdida de tiempo.

—¡Klemperer! —dijo en tono de súplica—. Le estaba pidiendo a su hombre que deje ir a Pilar Esparza. Me tienen a mí. No sé para qué me quieren, pero aquí estoy como me han ordenado. Pilar no es de ninguna utilidad para ustedes.

El millonario clavó sus ojos en él desde la pantalla del portátil. Erasmo había estado con Klemperer cara a cara en dos ocasiones, y no recordaba un solo instante en que aquellos ojos le hubieran transmitido algo parecido a una emoción humana. Ni siquiera en medio de su fabulosa biblioteca, rodeado de tesoros que Erasmo jamás hubiera imaginado en una colección privada, había manifestado la menor traza de la pasión o el entusiasmo que a él le inspiraba su propia biblioteca, aunque esta fuera modestísima en comparación con la de Klemperer. La actitud que el millonario mostraba con respecto a sus libros era la de un dragón tendido sobre su montaña de oro: una codicia gigantesca e inhumana, y una falta de escrúpulos absoluta con tal de acrecentar su tesoro.

—Resulta muy encomiable su intento de librar a la señorita Esparza —oyó decir a Klemperer, cuya voz sonaba remota y algo distorsionada a través de la red, como si brotara de una radio mal sintonizada—. Pero absténgase de intentar acaparar todo el protagonismo. Le aseguro que tanto usted como su amiga tendrán su momento hoy.

Igor subrayó las palabras de su jefe agitando la pistola hacia ellos y mostrándoles los dientes como un dóberman. El individuo parecía deseoso de que le dieran rienda suelta para poder lanzarse a morderles la yugular.

—No entiendo qué quiere de nosotros —dijo Erasmo procurando no mirar a Igor y centrándose en el Klemperer en miniatura del ordenador—. Los libros que encontraron en Stratford no valían nada ni guardaban la menor relación con Cervantes. Ni siquiera los tengo en mi poder. Volvieron a sus legítimos propietarios.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? —preguntó Erasmo sorprendido.

—Por supuesto. Mi hombre atrapó a *Prometeo* y obtuvo esa información... antes de deshacerse de ella para siempre.

Erasmo acusó la revelación de Klemperer como un puñetazo en el bajo vientre.

—¿Quiere decir que Dolores... que *Prometeo* está muerta?

—Tan muerta como los inquilinos de esos nichos. Tan muerta como pronto lo estarán ustedes si no colaboran conmigo.

Erasmo se preguntó si de verdad existía alguna salida o si todo era inútil. Le lanzó un vistazo a Pilar y comprobó que la muchacha había clavado la barbilla en el pecho. Ni siquiera pudo ver su cara. Tuvo la impresión de que se había rendido a lo inevitable. Erasmo comprendió que debía pelear por los dos. Hasta el último aliento.

—Escuche, Klemperer —dijo—. No entiendo muy bien lo que pretende ni creo tener nada que le pueda interesar. Pero mejor dígamele usted. ¿Qué es lo que quiere? Sea lo que sea, ya es suyo.

Erasmo hablaba en serio. Estaba dispuesto a entregarle a Klemperer toda su colección de incunables si se la reclamaba. Hasta su alma inmortal le entregaría con tal de librar a Pilar de aquel trance horrible.

—Lo vengo observando desde hace tiempo —dijo el millonario—. A simple vista parece usted un pobre idiota. Sin embargo, los hechos refutan esa primera impresión.

Ignoro cómo lo hace, pero siempre parece ir por delante. Hace cuatro años puse tras sus pasos a la mejor profesional que era posible contratar por dinero. Ella acabó en la cárcel y usted y su amiga se llevaron el premio del manuscrito del *Quijote*... — Klemperer hizo una pausa y tragó saliva—. Un manuscrito que debería haber sido mío. Igor, a quien tienen delante, estuvo en los servicios secretos rusos. Su currículum es digno de inspirar una novela de espionaje. Sin embargo, usted lo dejó fuera de juego sin despeinarse...

—¡Fue un golpe de suerte! —dijo Erasmo provocando una mirada feroz de Igor.

Klemperer se limitó a alzar las cejas.

—No me mienta, profesor —replicó el millonario—. No le conviene. Ni a su amiga tampoco. Despójese de esa máscara de jubilado inofensivo y deme de una vez lo que estoy buscando.

—De acuerdo —dijo Erasmo, un poco halagado a su pesar—. ¿Va a decirme de una vez lo que quiere?

Klemperer entornó los ojos y lo miró fijamente desde el otro lado de internet.

—El cofre —dijo por fin.

—¿El cofre? —preguntó Erasmo—. ¿Qué cofre?

—No se haga el tonto conmigo, por favor. Hemos acordado que ese juego había acabado para siempre.

Naturalmente, Erasmo sabía a qué cofre se refería. A fin de cuentas, ni siquiera habían pasado dos horas desde que acabara de leer el diario de Gonzalo de Córdoba. Se trataba del cofre identificado con las iniciales «M. C.» que el antiguo aprendiz de librero había usado para cumplir las últimas voluntades de su suegro. Por supuesto, el dragón dentro de Víctor Klemperer ambicionaba aquel tesoro, y por algún motivo que escapaba a su comprensión, pensaba que él se lo podía proporcionar.

—Me he enterado de la existencia de ese cofre esta misma noche —dijo Erasmo tratando de imprimir sinceridad a su voz—. Le juro que no lo tengo en mi poder.

—¡Ya sé que no lo tiene, idiota! —bramó Klemperer.

El inesperado arrebato de ira del millonario cogió a Erasmo desprevenido y le hizo dar un respingo. Pilar alzó la cabeza y lo miró con ojos relucientes.

—Le expondré la cuestión sin rodeos —siguió Klemperer en un tono más sereno—. Creo que usted conoce el paradero de ese objeto. Si me lo revela, todo habrá terminado. Mis hombres los tendrán custodiados en un lugar confortable y, tan pronto como el contenido del cofre esté en mi poder, usted y su amiga serán libres de irse. Si por el contrario decide no colaborar, le sugiero que tome una buena bocanada de aire, pues ese será literalmente su último aliento. Y también el de su amiga, por supuesto. No sé si me he explicado con claridad.

Klemperer había sido meridianamente claro. Y Erasmo sabía que sus amenazas no eran vanas. Por desgracia, el millonario partía de un presupuesto erróneo, pues lo cierto es que no tenía ni la más remota idea de adónde había ido a parar el cofre de Cervantes. Tal vez estuviera en algún museo de objetos fabulosos, compartiendo sala

con el vellocino de oro y el arca de la alianza. Tal vez nunca hubiera existido y todo fuera una fantasía de la mente senil de Gonzalo de Córdoba. Tal vez... Erasmo comprendió que lo único cierto era que Klemperer esperaba una respuesta, y que su supervivencia y la de Pilar Esparza dependían de lo que él le dijera a continuación. Volvió a mirar a la muchacha, que le devolvió la mirada con el pánico pintado en su gesto. Ella respiraba deprisa y con dificultad a través de las fosas nasales, que se dilataban y contraían constantemente. Si no lograba controlar su miedo, podría perder la consciencia en cualquier momento por falta de oxígeno. Aunque tal vez eso fuera lo mejor que pudiera ocurrirle. Erasmo conocía bien a Pilar. Sabía de su valor y de su determinación. Jamás la había visto tirar la toalla. Por ello pensó que la persona que permanecía amarrada y amordazada ante él se parecía muy poco a ella.

—¡Un momento! —dijo Erasmo de repente—. Los arqueólogos que estuvieron excavando aquí anunciaron un hallazgo hace unas semanas. ¿No lo recuerda?

—Refrésqueme la memoria —replicó Klemperer.

—Encontraron un trozo de madera. Un trozo de madera que mostraba las iniciales «M. C.» claveteadas con tachuelas. Pensaron que podía proceder de un féretro, pero tal vez no fuera así. Los ataúdes nunca se han identificado con iniciales, como si fueran una maleta.

—¿Y qué deduce usted de ello? —preguntó Klemperer uniendo los dedos de ambas manos en forma de ojiva.

En ese instante Erasmo supo que el millonario estaba jugando con él, pero no le quedaba más remedio que participar en su juego.

—Creo recordar que la primera remodelación de esta iglesia se realizó hacia 1675...

—Exactamente en 1673 —puntualizó Klemperer.

—Eso es. La cuestión es que por entonces Cervantes llevaba casi sesenta años enterrado. Supongo que es tiempo suficiente para que un ataúd que se encuentra bajo tierra se pudra y prácticamente se desintegre. Un ataúd o cualquier cajón de madera, como por ejemplo un cofre.

—Continúe —dijo el millonario con gesto concentrado.

—Se sabe que la iglesia primitiva fue prácticamente demolida para construir el nuevo templo, y que los restos que habían sido sepultados ante el altar mayor se trasladaron a una fosa común que se excavó en la cripta recién construida, esta cripta donde ahora nos encontramos. Y me refiero a los restos de Cervantes, a los de su esposa Catalina y a once o doce cadáveres más. Se conservan registros de finales del XVII que así lo atestiguan. Pues bien, de lo que no cabe duda es de que el traslado en cuestión se hizo con escaso cuidado. Se limitaron a ir amontonando todo lo que aparecía y a traerlo a esta fosa, apisonando y mezclando huesos en el proceso. Huesos y cualquier otra cosa que hallaran enterrada, como restos de ataúdes. O incluso los restos de... un cofre.

—Le sigo, le sigo, Erasmo —lo animó Klemperer—. Lo está haciendo realmente

bien. Concluya, por favor.

—Creo que adivina usted el final de mi razonamiento. Si el cofre había quedado destruido, ¿qué posibilidades hay de que los libros y documentos que guardaba sobrevivieran? Piense que no estamos hablando de los rollos del mar Muerto ni de un papiro oculto entre los vendajes de una momia egipcia. En mitad del desierto, donde el grado de humedad es ínfimo, un papiro puede sobrevivir veinte o treinta siglos. En contacto con la tierra húmeda, el papel queda destruido en cuestión de meses.

—¿Entonces, su conclusión es que cuando desenterraron los cuerpos ni el cofre ni su contenido existían ya? ¿Estoy en lo cierto?

—¡Eso es! —respondió Erasmo sin poder disimular cierto timbre de triunfo en su voz—. ¡No es posible que los documentos hayan sobrevivido!

Klemperer dejó escapar un largo suspiro, perfectamente audible a pesar de las carencias de la conexión.

—Pues es una pena —dijo acto seguido—. Especialmente para usted y para la señorita Esparza.

—¿Cómo?

El millonario se tomó su tiempo antes de responder.

—Verá. Si, como supone, los papeles de Cervantes no existen ya, usted y su amiga no me sirven para nada. Es más, se convierten en una molestia. El problema es que su razonamiento es impecable, y me atrevería a suponer que correcto. Así pues, lamentándolo mucho... ¡Adelante, Igor!

El ruso alzó el brazo del arma lentamente. Erasmo vio cómo la pistola automática quedaba situada a un metro escaso de la nuca de Pilar. Observó que el sicario entornaba los ojos y apretaba las mandíbulas, y comprendió que se disponía a hacer fuego. Y también Pilar debió de comprenderlo, pues sus ojos se abrieron redondos y espantados. En ese instante Erasmo tal vez gritó con toda la fuerza de sus pulmones. O quizás se tratara únicamente de un grito interior. De eso no estaba seguro. Lo que si recordaría es que se lanzó hacia el frente de forma instintiva, en un intento desesperado e inútil de evitar lo que estaba a punto de suceder. Pero tan pronto como se puso en movimiento unos fuertes brazos lo contuvieron. Y al instante siguiente uno de esos brazos le rodeaba el cuello y se disponían a estrangularlo. El sicario precolombino no era muy alto ni parecía excesivamente fuerte, pero su presa en torno a la tráquea de Erasmo se cerraba como un grillete de hierro, y Erasmo temió perder el conocimiento en cualquier instante. Pero eso era algo que no podía permitirse. Ahora no.

—¡Por favor! ¡Espere! —jadeó—. ¡Hay algo más!

«¡Alto!», ordenó Klemperer. Y él notó que las manos que le estaban estrangulando aflojaban momentáneamente su presa. Igor seguía encañonando la nuca de Pilar. Sin embargo, ahora el ruso miraba hacia el ordenador en espera de instrucciones. Erasmo comprendió que había ganado algo de tiempo. Ojalá lograra aprovecharlo bien.

—Espero que realmente tenga usted algo que añadir —dijo Klemperer con tono amenazante—. Hay muchos modos de morir, y no quisiera que el suyo fuera de los más lentos y dolorosos. Soy todo oídos.

Erasmus se frotó el dolorido cuello temiendo no ser capaz de emitir sonido alguno. Por suerte, su voz brotó ronca pero clara.

—¡Gonzalo de Córdoba! —dijo—. En su manuscrito Gonzalo afirma que el cofre de Cervantes, el que él usó para guardar sus papeles, estaba reforzado con planchas de metal. También dice que el escritor lo había llevado de un lado para otro durante sus años de recaudador. Tal vez se tratara de una especie de caja fuerte en la que Cervantes transportaba dinero y documentos importantes. Si el interior de ese cofre estaba forrado de hierro o de plomo, los papeles guardados dentro de él habrían quedado a salvo de la humedad y del moho. Y seguramente tampoco habrían sufrido daños cuando el cofre fue desenterrado. ¿No se da cuenta, Klemperer? Es posible que hayan perdurado. ¡Pueden existir todavía!

El millonario estaba sonriendo, un gesto que en su cara resultaba extraño y hasta inquietante. Erasmus comprendió que había dado en el clavo y que ahora el dado estaba rodando de nuevo. Hasta se permitió el lujo de volver la vista hacia Pilar y asentir con la cabeza para intentar tranquilizarla e infundirle ánimos.

—¿Ve como yo tenía razón? —dijo Klemperer—. Erasmus López de Mendoza siempre va un paso por delante del resto de los mortales. Aunque debo ponerle un pequeño pero a su razonamiento. Sabemos que el cofre debió de ser desenterrado junto con los restos del escritor. ¿No cree usted, entonces, que lo más lógico es que lo enterraran con él de nuevo en la fosa común? Al fin y al cabo, hablamos de finales del siglo XVII. Dudo que por esas fechas nadie supusiera que esos libros y papeles fueran a ser valiosos algún día. ¿Qué opina?

La cabeza de Erasmus funcionaba a tal velocidad que temió que fuera a estallarle.

—Creo que lo que usted dice es lógico —respondió—. Pero la evidencia que tenemos es que el cofre no fue enterrado con los huesos de Cervantes. Piénselo. Los huesos fueron a parar a una fosa común excavada en el subsuelo de la cripta. El trozo de madera con las iniciales, sin embargo, apareció en uno de los nichos. En algún momento el cofre y los huesos tuvieron que separarse. Mi opinión es que fue abierto, tal vez forzando la cerradura, tal vez a golpes de pala. Que su contenido se extrajo y que lo que restaba del cofre fue arrumbado en uno de los nichos porque se consideró inservible.

Klemperer palmoteó en un gesto tan infantil que Erasmus pensó que por fuerza debía de ser fingido.

—¡Fantástico! —exclamó—. Estoy deslumbrado. Lo ha hecho tan bien que lo menos que se le puede pedir es que remate usted su razonamiento. Ahora que sabemos que ese tesoro cervantino pudo haber sobrevivido, ¿dónde piensa usted que he de ir a buscarlo?

Erasmus caviló a toda velocidad hasta que una respuesta se abrió paso en su

cerebro. Era de una obviedad aplastante, pero la mera idea de facilitarle ese dato a Klemperer le hacía sentirse un miserable. Aunque, ¿acaso tenía alternativa?

—¡Las trinitarias! —dijo—. ¡Las monjas deben de tenerlo! ¡Búsquelo en el convento!

Acababa de soltar a una jauría de perros contra una comunidad de monjas de clausura, probablemente ancianas en su mayoría. Seguro que en alguno de los círculos de su *Inferno*, Dante Alighieri había reservado un rincón especialmente desagradable para quienes hubieran cometido un pecado de tal calibre. Pero era su vida y la de Pilar lo que estaba en juego.

—Me descubro ante su superioridad intelectual —dijo Klemperer desde el ordenador—. Su línea de razonamiento es tan deslumbrante que santo Tomás de Aquino a su lado parecería un simple seminarista. Ya que está usted en vena, pruebe a adivinar lo que viene ahora.

La verdad golpeó a Erasmo como una patada en el bajo vientre. De pronto comprendió cuál era en realidad el juego de Klemperer y por qué Pilar y él estaban allí. Aquello no era un secuestro para obtener información de ellos. Era sencillamente una venganza. Una sádica y cruel venganza. Cuatro años antes ambos habían hecho trizas el sueño del millonario arrebatándole la pieza más codiciada de todas, la que iba a llenar de sentido toda una vida dedicada a coleccionar libros antiguos. Y no se trataba de un coleccionista cualquiera, sino de alguien que contaba con medios ilimitados y un poder inmenso, alguien acostumbrado a conseguir siempre lo que ambicionaba. Pero Erasmo y Pilar habían ganado aquella partida, con el resultado de que el manuscrito de la primera parte del *Quijote* no había terminado en la gran biblioteca privada de la mansión de Klemperer, sino en la cámara acorazada de la Biblioteca Nacional. La frustración y la rabia del millonario debían de haber sido tan grandes que Erasmo no alcanzaba siquiera a imaginarlas. Sin embargo, aquel no había intentado devolver el golpe de inmediato, sino que había permanecido acechando en la oscuridad en espera del momento oportuno. Y ese momento había llegado por fin. Klemperer ya sabía todo lo que Erasmo le había revelado. El interrogatorio y las amenazas habían sido un simple juego, el juego del gato que tortura al ratón antes de destrozarlo de un zarpazo. El convento de las Trinitarias. Aquella maloliente cripta donde los huesos de Cervantes habían recibido una sepultura tan poco digna. ¿Podía concebirse escenario mejor para una venganza?

—Usted ya lo sabía, ¿verdad? —dijo Erasmo con la tristeza de haber sido capaz de encajar todas las piezas—. Me refiero al probable destino del cofre y todo lo demás. Solo estaba jugando con nosotros. ¿No es cierto?

En algún lugar que Erasmo desconocía, Víctor Klemperer lanzó una carcajada que resonó con fúnebres ecos bajo la pequeña bóveda de la cripta.

—Es usted demasiado sagaz, Erasmo. Me ha estropeado la sorpresa final. Aunque no podrá tener una queja sobre el destino que les he reservado a usted y a su amiga. Ambos van a morir en el mismo lugar donde enterraron a Cervantes. ¿No le parece de

lo más apropiado?

Erasmus volvió la vista hacia Pilar, quien le devolvió la mirada con infinita tristeza. «Lo siento», vocalizó sin llegar a pronunciar las palabras. Vio al ruso Igor elevar de nuevo la pistola, a sabiendas de que esta vez no habría nada en el mundo que pudiera detenerlo. Y decidió cerrar los ojos, pues no quería marcharse con la imagen de Pilar Esparza recibiendo un balazo en la cabeza. Entonces se preparó para oír el disparo. Aunque quizás su propio fin llegara primero. También una bala en el cráneo. O quizás el filo frío de un cuchillo hundiéndose en su garganta.

¿Qué importaba el modo? Lo único que contaba ahora era que el final llegara con rapidez, que la oscuridad sobreviniera de inmediato.

—¡Policía! ¡Todos al suelo!

Erasmus se encontró tendido sobre las frías baldosas sin comprender muy bien qué hacía allí.

—¡Suelte el arma! ¡Suéltela!

Dos disparos atronaron sus oídos.

Y a continuación se desató una tormenta que lo ensordeció por completo.

Oyó el ruido de un cuerpo al caer.

¿Estaba vivo o muerto?

¿De dónde habían salido todas aquellas botas negras que lo rodeaban?

CAPÍTULO XVII

CITA EN EL RETIRO

—Verán —dijo el inspector Castro—. No es que no les crea. Es que va a resultar muy difícil demostrar la implicación de Víctor Klemperer en su secuestro.

Erasmus resopló. Estaba agotado por la falta de sueño y la tensión de las horas pasadas. Había tomado un café con leche de una máquina. También había mordisqueado una especie de barrita energética. Pero era de la indignación que sentía de donde sacaba fuerzas para seguir adelante. A su lado, Pilar permanecía abstraída y con la mirada extraviada en el vacío. Tras examinar el golpe de su cara, el médico de la ambulancia le había recomendado que se fuera a casa a descansar. Pero la muchacha se había negado. Había preferido acompañar a Erasmus a la comisaría. Ambos llevaban más de una hora ante el escritorio del inspector Castro, al que habían puesto en antecedentes sobre su secuestro y el hecho de que habían estado a punto de ser asesinados. Pero el principal responsable de sus desgracias parecía a punto de escurrírseles de nuevo.

—¿Qué me dice del sudamericano —preguntó Erasmus—, del que ha sobrevivido? ¿No les basta para implicar a Klemperer?

—A ese lo tenemos fichado desde hace tiempo —respondió Castro—. Jonathan Garmendia. Boliviano. Un profesional del crimen organizado. Creemos que últimamente se alquilaba como mercenario. Lo más seguro es que lo contrataran exclusivamente para este trabajo. Como al resto de la banda. Gente muy ducha en desactivar sistemas de alarma y montar operaciones. Aunque tampoco lo tenían muy difícil, la verdad, porque hasta un niño se podría haber colado en esa iglesia. En todo caso, son tipos que tienen un prestigio que mantener. No podemos contar con que ninguno de ellos abra la boca.

—¿Cómo que no? ¿Y si les aprietan un poco las clavijas?

El inspector Castro frunció el ceño.

—¡A ver si se ha creído usted que aquí nos dedicamos a torturar a la gente! ¡España es un Estado de derecho, caballero!

Erasmus lanzó un suspiro. Aunque le resultara difícil reconocerlo, los métodos de la policía de antes tenían sus ventajas. Los funcionarios de ahora parecían más preocupados por evitar sanciones que por proteger a la gente de orden y perseguir el crimen.

—¿Y el ordenador? ¿No se puede llegar a Klemperer a través del ordenador?

—Ojalá. Nuestra gente de delitos informáticos está en ello. Pero no tengo grandes esperanzas. La conexión se realizó a través de un *proxy* y no se ha podido rastrear la IP. Y los dos tiros que el ruso disparó antes de ser abatido dieron en el blanco. El

disco duro del portátil está hecho pedazos y dudo que se pueda sacar alguna información de él.

Erasmus lamentó sinceramente que Igor estuviera muerto. Horas antes, mientras el ruso agonizaba sobre el suelo de la cripta por los disparos de la policía, había sentido cierto alivio. Ahora comprendía que aquel esbirro era el eslabón que le faltaba a la cadena. Con el ruso fuera de juego, todavía sería más difícil demostrar la implicación de Klemperer. No podía creer que aquello estuviera ocurriendo. Volvió la cabeza hacia Pilar, desalentado. Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Lo que sigo sin entender es quién nos avisó —dijo el inspector acariciando las puntas de su frondoso bigote—. ¿Están seguros de que no reconocen la voz?

Castro se giró hacia su ordenador y volvió a reproducir el archivo de audio que habían escuchado un rato antes. Primero se oía al agente que había respondido a la llamada. A continuación, una voz de mujer alertaba a la policía de que en la iglesia de San Ildefonso de la calle Lope de Vega se estaba produciendo un delito. Una banda armada tenía a dos personas retenidas en la cripta. Acto seguido la comunicación se interrumpía a pesar de las insistentes preguntas del agente. La voz de la mujer que había efectuado la llamada sonaba algo desfigurada a través de la línea telefónica. A pesar de ello, ni Erasmus ni Pilar tuvieron el menor problema para reconocerla.

—Ya le digo, no me suena de nada —mintió de nuevo el bibliófilo, lo que provocó la sonrisa cansada de Pilar—. No tengo ni idea de quién pudiera ser. Quizás alguien que pasaba por allí los viera.

—Lo dudo —respondió el policía—. La información que dio es demasiado precisa. Y todo se hizo con el mayor sigilo. Nadie los vio entrar. Nadie notó nada extraño. Ni siquiera las monjas que viven al lado. Aunque, claro, esas buenas señoras apenas asoman la cabeza a la calle. En fin, fuera quien fuera, tienen motivos para estarle agradecidos. Sin esa llamada dudo que estuvieran ustedes vivos ahora.

Erasmus asintió.

—Por favor, inspector, no dejen de comunicarnos quién era cuando lo descubran. Nos gustaría darle las gracias en persona a esa buena samaritana.

Pilar volvió a sonreír, y el policía los miró a ambos con gesto dubitativo.

—Yo creo que lo mejor que pueden hacer los dos es irse a su casa y descansar —dijo el inspector Castro—. La experiencia que acaban de vivir es terrible. No comprendo cómo los veo a los dos tan tranquilos y enteros.

«Es la costumbre», estuvo a punto de responder Erasmus. Aunque no llegó a abrir la boca, pues en ese momento un agente uniformado irrumpió en el pequeño despacho.

—Disculpe, señor inspector. Es otra vez el convento de las Trinitarias. Nos han llamado para decirnos que ha habido un robo.

—¿En la iglesia? —preguntó Castro.

—Parece que ha sido en el mismo convento donde residen las monjas. Se quejan de que han echado de menos algunas cosas. Unos papeles y algunos libros antiguos,

creo. Y a una de las hermanas la han encontrado... —El agente reparó entonces en la presencia de Erasmo y de Pilar—. En fin, es mejor que se ocupe usted.

—Muy bien —dijo el inspector poniéndose en pie—. Creo que he terminado con ustedes, aunque parece que este asunto sigue coleando. Como les decía, lo mejor es que se vayan a casa y descansen. Estaremos en contacto, ¿de acuerdo?

Pilar y Erasmo se levantaron de sus sillas, pero él no estaba dispuesto a abandonar la partida tan pronto. Habían estado a punto de asesinarlos a sangre fría y creía que al menos merecían saber cómo acababa todo aquello.

—Inspector Castro, ¿podemos ir con usted?

—¿Cómo? No comprendo.

—Tanto la doctora Esparza como yo tenemos un interés profesional en el asunto. Como sabe, somos especialistas en libros antiguos. Le aseguro que podemos serle de utilidad.

El policía los miró alternativamente mientras meditaba la propuesta.

—Espero que antes o después se dignen ustedes a contarme lo que está ocurriendo aquí —dijo por fin—. Mientras tanto, pueden acompañarme. Yo de libros, ni idea. Soy más del *Marca*.

La madre superiora los recibió, por así decirlo, en el locutorio del convento. El inspector Castro se sorprendió al no encontrar a nadie en la fría y desangelada estancia. Fue Erasmo, más ducho en los usos monásticos, quien tuvo que explicarle el procedimiento:

—Son religiosas de clausura. Tenemos que sentarnos y esperarla.

—Muy bien. Pero ¿por dónde va a aparecer la bendita señora? ¿Va a materializarse de repente?

—Espero que no —dijo Erasmo tras suspirar para infundirse paciencia—. Hemos de abrir esta ventanita. La monja vendrá por el otro lado.

—¿Vendrá? ¿Cuándo vendrá? No es que tenga todo el día.

—Cuando le parezca. Ellas no tienen la misma percepción del tiempo que nosotros.

Erasmo abrió los postigos y una celosía de madera quedó al descubierto. Después acercaron unas sillas y esperaron. El policía trató de matar el tiempo mirando su móvil, aunque soltó un bufido de frustración al descubrir que no tenía cobertura. Al bibliófilo la situación le resultaba chistosa. Era como asistir a una especie de *peep show* eclesiástico. En realidad, se sentía casi eufórico, y ello pese a la fatiga y a la frustración de que Klemperer pudiera librarse de nuevo. Sin embargo, le levantaba el ánimo el hecho de que Pilar y él hubieran evitado in extremis una muerte casi segura. Y también el que cierta persona a la que daba por muerta hubiera resultado estar viva y en plena forma. De hecho, estaba convencido de que muy pronto iban a ponerlos al

día acerca de sus últimas hazañas.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —respondió Erasmo maquinalmente al tiempo que trataba de distinguir los rasgos de la monja que había al otro lado de la celosía.

También el inspector Castro movía la cabeza de un lado a otro en un intento de averiguar con quién se disponía a hablar, intento que se reveló infructuoso. Pilar Esparza, por su parte, permanecía en un segundo plano sin mostrarse demasiado interesada en lo que estaba ocurriendo. Quizás los acontecimientos de la mañana hubieran acabado por minar su fortaleza. Erasmo lamentó no haberle insistido en que se marchara a su casa.

—Soy sor Etelvina, la priora de este convento —dijo la monja—. Me dijeron que vendría a verme un inspector. ¿Son los tres policías?

Al parecer, la monja podía verlos sin ser vista, quizás porque en la parte interior, donde ella estaba, reinaba la penumbra. Erasmo pensó en esos espejos de las comisarías norteamericanas que aparecen en las películas.

—Tenemos entendido que han desaparecido libros y documentos antiguos. Estas dos personas que me acompañan son expertas en ese tipo de material. Los he traído para poder realizar una primera evaluación de la magnitud del hurto.

—En realidad yo diría que ha sido un robo —le corrigió la monja.

—¿Quiere decir que ha habido violencia o intimidación?

Oyeron suspirar a la religiosa al otro lado de la celosía.

—Serían las once cuando encontramos a sor Elizabeth atada y amordazada en su celda. La pobrecita está más o menos bien, pero tiene un susto terrible.

«¡Sor Elizabeth, nada menos!», pensó Erasmo comprobando que el clero había cambiado una barbaridad desde sus tiempos de seminarista. Acto seguido, pensó también que el *modus operandi* le resultaba familiar.

—Madre, ¿me permite una pregunta?

En este punto el inspector se volvió hacia él sorprendido, y quizás también molesto porque Erasmo hubiera elegido aquel momento para jugar a ser policía. Sin embargo, la monja ya había dado su asentimiento y no tuvo más remedio que permitirle tomar la voz cantante.

—Esa hermana, sor Elizabeth, ¿nos la podría describir? Me refiero a su aspecto físico.

La monja pareció extrañada, a juzgar por los segundos de silencio que siguieron. Luego comenzó a responder con voz vacilante:

—Ella es hondureña. Una mujer de color, bastante joven, delgada. La más alta de todas nosotras.

Erasmo imaginó a Dolores con el hábito blanco de las trinitarias. La cruz con un brazo azul y el otro rojo sobre el pecho y la cara cubierta de maquillaje oscuro. Casi le parecía verla. Y estaba guapísima.

—¿Podemos hablar con esa hermana? —preguntó el policía retomando el

protagonismo que Erasmo había usurpado.

—Más tarde, quizás —repuso la priora—. En estos momentos no está en condiciones. Se encuentra descansando en su celda en compañía de otra hermana. Pueden preguntarme a mí. Yo les diré lo que necesiten saber.

—¿Qué les ha contado ella? ¿La atacaron? ¿La redujeron por la fuerza?

—No exactamente. La verdad es que no tiene mucho que contar. Despertó ya atada y amordazada sobre su cama. Dice que sentía la cabeza muy pesada y que notaba un fuerte olor como a frutas.

—Cloroformo —concluyó el inspector Castro—. La anestesiaron mientras dormía. ¿Ustedes cuándo la echaron de menos?

—Todas la vimos esta mañana en el coro, durante el oficio de laudes, que es a las seis y media. Enseguida nos avisaron de lo del tiroteo en la iglesia y hubo un gran revuelo. Y a partir de ese momento nadie recuerda haberla visto de nuevo hasta que la encontramos en su celda. Sin embargo, ella asegura que no salió de allí desde anoche.

A Erasmo le pareció admirable la precisión con que Dolores había materializado su plan. Conociendo sus antecedentes, supuso que no le habría resultado difícil colarse en el convento en mitad de la noche ni suplantar a la monja hondureña. Después se había unido al resto de las religiosas para cantar laudes, como si tal cosa. La llegada de la policía y el consiguiente alboroto había sido la situación perfecta que le había permitido hacer su trabajo sin interrupciones. Todo ello planeado y ejecutado al milímetro.

¡Ah, qué mujer!

—Y esos libros que dice que les han robado, ¿me los puede describir? —preguntó el policía.

La voz calló durante unos segundos y a Erasmo no le costó trabajo imaginar la causa del silencio de la madre Etelvina.

—Eran un par de libros antiguos —dijo la monja por fin con voz titubeante—. Y también unos documentos más o menos de la misma época. Los hemos tenido toda la vida en la biblioteca del convento.

—¿Podría ser usted un poco más precisa? —dijo el inspector Castro—. ¿Se trataba de incunables o algo así?

Al bibliófilo siempre le sorprendía la facilidad con la que la gente hablaba de cuestiones que desconocía por completo. Estaba seguro de que aquel policía no sería capaz de distinguir un incunable del Calendario Zaragozano.

—El inspector se refiere a si eran libros impresos en el siglo xv, concretamente antes del año 1501. Suelen considerarse los más valiosos entre los libros posteriores a la invención de la imprenta.

El policía volvió a mirar a Erasmo con el ceño fruncido, aunque de nuevo se abstuvo de recriminarle su intervención.

—Bueno... no sé —vaciló la monja—. Creo que eran bastante más modernos. Principios del xvii más o menos.

—Ah, menos mal —dijo el inspector—. Entonces no serían tan valiosos.

Erasmus le habría dado al policía un bofetón en ese mismo instante. No le parecía muy probable que aquel zopenco terminara en la Brigada de Patrimonio, aunque con la policía nunca se sabe, pues no suele haber mucho donde elegir.

—¿Es posible que las fechas de edición de los libros fueran 1605 y 1615, respectivamente? —preguntó Erasmo algo irritado con las evasivas de sor Etlvina.

—¡Oiga! ¿Y eso cómo puede saberlo usted? —preguntó el policía visiblemente sorprendido.

—Bueno —respondió Erasmo—. Son dos fechas de principios del XVII en que hubo mucha actividad en las imprentas españolas. Solo quería ayudar a la madre superiora a hacer memoria.

Pilar Esparza, que hasta el momento había permanecido en silencio, soltó entonces una especie de resoplido que Erasmo interpretó como un conato de carcajada, lo que hizo que el policía la mirara con sorpresa. Detrás de la celosía, sin embargo, el silencio era absoluto.

—¿Y los documentos que ha mencionado? —preguntó el inspector, cuya actitud evidenciaba que se encontraba más escamado a cada momento—. ¿Qué documentos eran esos?

—Cartas —respondió la monja tras los consiguientes segundos de demora—. Cartas y... otros papeles.

Aquella mujer, separada de ellos por apenas un par de metros y una frágil celosía de madera, parecía estar hablándoles desde el otro extremo del mundo a través de una conexión vía satélite.

—¿Cartas de quién? ¿Eran valiosas?

Nuevo silencio.

—La catalogación de manuscritos antiguos es muy compleja —dijo entonces Erasmo con tono de conferenciante—. Es labor de especialistas. Por eso dudo que la madre Etlvina pueda contestar su pregunta. Aunque tengo entendido que se custodian manuscritos muy valiosos en la biblioteca de este convento, ¿no es así, madre?

Erasmus creyó oír una exclamación ahogada al otro lado de la celosía. Aunque lo que estaba haciendo no era del todo correcto, no podía evitar divertirse arrinconando un poco a aquella monja. Además, se lo merecía, la condenada.

—Sí, tenemos algunos manuscritos —reconoció la priora—. Disculpen, es casi la hora del rezo del Ángelus y...

—El códice de poesía «a lo divino» de sor Marcela de San Félix, la hija de Lope de Vega, la única de sus hijos que le sobrevivió, ¿no es así?

—¡Sí, sí! —respondió la monja con evidente alivio—. ¿Sabía usted que Lope dejó dispuesto que su cortejo fúnebre se detuviera ante este convento para que sor Marcela pudiera darle el último adiós desde una de las ventanas?

La versión que Erasmo conocía de aquella historia era distinta, aunque prefirió no

corregir a la monja. Lo que importaba era que todos sus temores habían quedado confirmados y que, por tanto, no les quedaba nada por hacer en aquel convento.

—Bien —dijo el inspector poniéndose en pie—. Yo mismo redactaré la denuncia y se la enviaré con una agente para que pueda firmarla. No deje de ponerse en contacto conmigo si recuerda algún detalle más.

La madre Etelvina les dio las gracias y les deseó que fueran con Dios. Acto seguido oyeron los pasos de la monja alejándose de la ventana. Erasmo cerró cuidadosamente los postigos.

Salieron a la calle. Un numeroso grupo de curiosos se había congregado ante la puerta de la iglesia, donde había un agente vigilando y una cinta de plástico que rezaba POLICÍA, NO CRUZAR.

—Voy a acercarme para ver cómo llevan los de la científica el trabajo en la cripta —anunció el inspector—. ¿Ustedes piensan marcharse por fin a su domicilio?

—Sí —respondió Erasmo—. Voy a acompañar a la señorita Esparza a su casa y luego me retiraré yo también para descansar. ¿Está usted seguro de que no necesitaremos protección policial?

El inspector Castro se encogió de hombros.

—¿Y quién puede estar seguro de algo hoy en día? Excepto de una cosa.

Erasmo y Pilar se quedaron mirándolo con gesto expectante mientras el policía encendía un cigarrillo.

—Usted dirá —lo instó Erasmo—. ¿Cuál es esa única cosa de la que está usted seguro?

El policía exhaló humo por las fosas nasales y entornó los ojos.

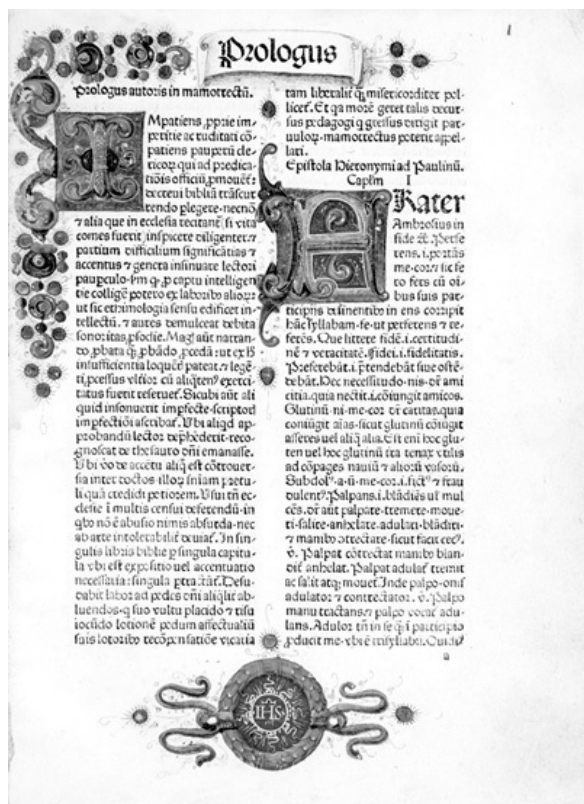
—Estoy convencido de que ni ustedes dos ni esa monja me han contado la verdad esta mañana. Y ahora váyanse a casa y no se metan en más líos.

Erasmo y Pilar pasaron más de una semana sin verse. A él le habría gustado poder mandarle al menos un mensaje de texto para preguntarle cómo se encontraba. Pero seguía sin móvil y firmemente decidido a no volver a comprar uno durante el resto de su vida. Tampoco quería importunarla por teléfono, pues intuía que la muchacha deseaba estar sola durante un tiempo, y prefería que fuera ella quien tomara la iniciativa.

Dedicó aquellos días a tratar de poner orden en sus ideas. Los acontecimientos posteriores al hallazgo de la crónica de Gonzalo de Córdoba los habían arrastrado a ambos como un huracán, sin una sola pausa que les permitiera digerir todo lo ocurrido. Ahora que al parecer el viento había dejado de soplar, tal vez hubiera llegado el momento de mirar atrás y tratar de extraer alguna consecuencia. Sin embargo, el único pensamiento que le venía a la cabeza era que debía sentirse agradecido por seguir vivo. Y, al menos de un modo teórico, lo estaba. Por lo demás,

Erasmus se sentía vacío, deshabitado. Y también bastante deprimido.

Se dijo que su estado de tristeza solo era un pequeño bache anímico, algo lógico tras todas aquellas emociones que habían culminado en un secuestro y casi en un pasaporte para el otro mundo. Quizás otra persona habría pensado en consultar con un psicólogo, pero él ya vivía rodeado de los mejores consejeros, unos que siempre estaban dispuestos a escuchar y a brindar recomendaciones sabias sin cobrar minutas abusivas por ello. Tenía sus estanterías llenas de estos mentores que siempre le hablaban de un modo tan silencioso como elocuente, y a ellos recurrió una vez más en busca de consuelo. *In omnibus requiem quaesivi, et nusquam inveni nisi in angulo cum libro*. ¿Cuántas veces, desde sus años de seminarista, habría repetido aquella cita del Kempis? «En todas partes busqué la paz, y en ningún sitio la hallé salvo en un rincón con un libro». Sin embargo, en esta ocasión los libros se tornaron insuficientes. Ni siquiera los volúmenes más venerados de su biblioteca le brindaron consuelo. Probó incluso con su magnífico ejemplar del *Mammotrectus super Bibliam*, de Johannes Marchesinus, un incunable gótico datado en 1483 que conservaba su encuadernación original. Que Erasmus recordara, el *Mammotrectus* nunca le había fallado. Su mera contemplación y tacto le habían bastado para iluminar más de un momento oscuro en el pasado. Pero en esta ocasión se le reveló como un objeto inerte. Después de todo, tal vez no fuera siempre posible hallar la paz en un rincón con un libro. Quizás la felicidad no fuera una simple cuestión de papel y de tinta, sino de otros componentes de los que él carecía.



Pensaba mucho en Pilar, por supuesto. Pero la imagen que no abandonaba su cabeza era la de Dolores. La escurridiza y camaleónica Dolores, con el poder de

irrumper en su vida para desbaratarlo todo y luego volver a desaparecer con la misma rapidez. Se imaginó persiguiéndola como Apolo a Dafne. Aunque él tenía poco de Apolo. Era apenas un hombre viejo que ya no podía permitirse esperar demasiado de la vida.

*Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte...*

Su teléfono sonaba varias veces al día y Erasmo respondía siempre pensando que podía tratarse de Pilar. Sin embargo, en todas las ocasiones eran periodistas los que lo llamaban. La noticia del tiroteo en la cripta de la iglesia de San Ildefonso había acaparado portadas en aquel año tan cervantino, y su nombre y el de Pilar Esparza se habían filtrado, como era de esperar. Rechazó todas las peticiones de entrevistas de forma enérgica e inapelable. Sin embargo, dedicó algún tiempo a responder a los correos que le habían enviado sus corresponsales habituales expresándole su preocupación. Martín Abad se congratulaba de que la cripta de Cervantes no se hubiera convertido en la última morada de ambos. A continuación le hacía una serie de preguntas tan atinadas como incómodas. Erasmo comprendió que el director de la Biblioteca Nacional sabía mucho más sobre la naturaleza de su aventura de lo que daba a entender, lo que le hizo suponer que finalmente el restaurador Hernán Pérez se lo había confesado todo. Su respuesta, en cambio, fue una obra maestra de la vaguedad, por no decir del escapismo. Ni siquiera se molestó en responder los tres o cuatro correos que Martín le escribió a continuación, en los que con tono airado le reprochaba su falta de confianza con un viejo amigo que tan solo deseaba interesarse por su bienestar. Se disponía a mandarlo a hacer gárgaras por vía telemática cuando en su bandeja de entrada apareció el ansiado mensaje de Pilar Esparza. La muchacha le proponía que se vieran para comer y para charlar al día siguiente. Mencionaba un restaurante del barrio de Salamanca como posible lugar de encuentro. A Erasmo el nombre del establecimiento no le sonaba de nada, aunque lo imaginó caro, rácano en sus raciones y atendido por camareros altivos e idiotas, como todos los nuevos locales que se abrían en Madrid desde que los cocineros se llamaban *chefs* y presentaban programas de televisión. Con todo, le faltó tiempo para responder al *email* de Pilar asegurándole que acudiría a la cita «como un solo hombre».

Erasmo llegó antes que Pilar. El restaurante resultó ser una especie de bistró de ambientación retro, con suelo de damero e ínfulas de café antiguo. Repasó la carta para hacer tiempo y le dio mala espina. En lugar del menú de un restaurante propiamente dicho, parecía una lista de tapas de diseño. No le gustó que hubieran decorado la carta con dibujos de tortugas, mariposas y búhos, máxime cuando ningún plato confeccionado con esos animales era ofrecido en el menú. Pero lo peor eran los precios. Es decir, la ausencia de ellos. Erasmo siempre había pensado que un

restaurante que no incluía los precios en la carta tenía mucho que ocultar. Se disponía a solicitar la lista de precios reglamentaria cuando Pilar apareció por fin.

Estaba guapa, pues para alguien como ella la belleza era algo tan natural como la respiración. Pero Erasmo no dejó de observar que apenas había usado el maquillaje indispensable para disimular el moretón del golpe que le propinara el difunto Igor cuando trató de resistirse a su secuestro. Su pelo, que normalmente ondeaba suelto, estaba recogido en una cola de caballo. En cuanto a su ropa, Erasmo la había visto vestir prendas más elegantes para bajar a comprar el pan. Si una mujer como ella no se había tomado la menor molestia en arreglarse, algo estaba funcionando mal.

Pilar lo besó con frialdad en ambas mejillas (en realidad, en el aire) y acto seguido se dedicó a estudiar la carta durante un buen rato.

—Los búhos, las tortugas y las mariposas se les han acabado —bromeó Erasmo.

—¿Ah, sí? —respondió ella ausente.

Finalmente pidieron un par de entrantes y el plato del día, y se miraron en silencio durante unos segundos.

—Lo siento —dijo Erasmo por fin—. Todo ha salido mal. Otros se han llevado lo que buscábamos. Y encima han estado a punto de matarnos. Nunca me perdonaré haberte puesto en peligro de esa manera. —Entonces hizo una pausa de un par de segundos y añadió—: Otra vez.

Pilar frunció el ceño.

—¡Soy mayorcita, profesor! No me hable usted como si fuera mi padre. La estúpida idea de recurrir a Klemperer la parimos al alimón. Conociendo a ese psicópata y cómo se las gasta, es lo último que deberíamos haber hecho. Aunque seguramente lo habríamos tenido encima antes o después. Ese individuo tiene ojos y oídos en todas partes. Igual que su amiguita *Prometeo*.

Erasmo acusó la ironía de Pilar, aunque comprendió que a la muchacha no le faltaban motivos para estar enojada.

—Bueno, lo de Dolores es algo bien distinto. Al fin y al cabo le debemos la vida.

El camarero apareció con los entrantes y procedió a colocarlos en el centro de la mesa, lo que interrumpió momentáneamente la conversación. Erasmo estuvo tentado de pedir también una lupa para intentar localizar la parte comestible en los enormes platos, que para colmo de males eran cuadrados en vez de redondos. Pilar, cuya vista era mucho mejor que la suya, tomó un par de minúsculos bocados.

—Verá, profesor —dijo la muchacha con tono tranquilo—. Bien sabe que lo aprecio casi como a un padre. Pero tengo que decirle que a veces se comporta como un perfecto idiota.

Erasmo se puso rígido. Pilar jamás se había dirigido a él en esos términos. Debía defenderse, sin duda. Debía poner las cosas en su sitio.

—¡Oiga, señorita Esparza!

—¡Ni señorita Esparza ni hostias! —exclamó ella provocando el mutismo de Erasmo, quien quedó paralizado, casi conmocionado—. Esa delincuente por la que

usted siente semejante devoción nos ha utilizado desde el principio. Nos robó el manuscrito de Gonzalo. Al pobre Hernán casi lo mata. Y si avisó a la policía, no fue para salvarnos, desde luego, sino para provocar un desbarajuste en el convento que le permitiera recorrerlo a sus anchas disfrazada de monja. No le discuto que la llamada resultara oportuna. Pero si le hubiera resultado más útil llamar unos minutos más tarde, puede estar seguro de que ahora estaríamos criando malvas. Esa individuo es una zorra sin escrúpulos. Pero ¿sabe qué es lo que más me irrita?

—¿Q... qué? —balbuceó Erasmo.

—No puedo entender que haya decidido usted encubrirla. ¿Por qué no le habló de ella al inspector Castro en ningún momento? ¿Por qué no le dijo que había sido ella la de la llamada al 112 y la que había aprovechado el alboroto para robar ese tesoro cervantino?

Erasmo revolvió con su tenedor lo que en el menú se identificaba como «tartar de salmón escocés ahumado con roble y haya, servido con aguacate y finas hierbas». En realidad, no sentía deseos de probarlo, pero al menos aquello le concedía unos segundos de tiempo para pensar una respuesta.

—No quería comprometer a las monjas —respondió por fin, a sabiendas de que sus auténticos motivos eran inconfesables—. Es evidente que la tal sor Etelvina, la superiora, conocía perfectamente el valor y la importancia de lo robado. Sin embargo, han mantenido en secreto durante siglos que el convento poseía semejante tesoro. Piénsalo, Pilar. La obligación de las monjas habría sido declarar ese patrimonio. Al no hacerlo se estaban colocando al margen de la ley. Tendrán muchos problemas si las delatamos.

—¡Qué nobleza de espíritu! —respondió Pilar con fingidos gestos de admiración—. Sobre todo de un anticlerical hasta la médula como afirma usted ser. Pero no cuela, profesor.

—¿Cómo dices?

—Su único propósito era encubrir a esa delincuente. Y al hacerlo se convierte usted en su cómplice. ¿Tiene una idea del valor de lo que esa mujer ha robado?

Lo cierto era que Erasmo no la tenía, sencillamente porque era imposible de calcular. Solamente las ediciones *princeps* de ambas partes del *Quijote* se contaban entre los libros impresos más valiosos del mundo. Si tales ejemplares afloraran al mercado en la actualidad, su valor sumado fácilmente podría alcanzar los diez millones de euros o más. En cuanto al resto de los documentos, los autógrafos y manuscritos, en teoría no habría suficiente dinero en el mundo para comprarlos, aunque Erasmo sabía que en el mercado ilegal de obras de arte (incluidos libros y documentos antiguos y raros) todo acababa encontrando un comprador y un precio. De William Shakespeare se conservaban todavía menos autógrafos que de Cervantes, apenas media docena de firmas estampadas al pie de algunos documentos de tipo legal. Una carta completa escrita de su puño y letra era un tesoro con el que los investigadores ni siquiera se atrevían a soñar. En cuanto a la carta de Cervantes en

respuesta, Gonzalo afirmaba haberla tomado al dictado, lo que tal vez reduciría su valor económico. Pero la importancia cultural e histórica de ambos documentos en conjunto sería inmensa, incalculable. Sin embargo, lo más valioso eran aquellas hojas en las que Cervantes había escrito los capítulos finales de su *Quijote* original, el *Ur-Quijote*. En la versión conocida estos capítulos eran dieciséis. En la original podían ser más o podían ser menos. No importaba, porque el valor de aquel legajo de hojas manuscritas sería descomunal en cualquier caso. El botín de *Prometeo* no tenía parangón en la historia del robo de obras de arte. Tal vez únicamente algunos de los saqueos nazis durante la Segunda Guerra Mundial admitieran comparación por el valor y la importancia de lo robado. *Prometeo*, sin embargo, no había necesitado invadir Francia. Le había bastado con disfrazarse de monja, cubrirse la cara con maquillaje oscuro y hacer una llamada a la policía.

¡Ah, qué mujer!

—Es muy difícil calcular el valor de esos libros y documentos —reconoció Erasmo—. Una suma ingente, en todo caso.

—Se podría armar un ejército y empezar una guerra con ese dinero —dijo Pilar—. Sin embargo, usted ha decidido guardar silencio. ¿Y qué me dice del valor cultural? Correspondencia entre Cervantes y Shakespeare. ¡Y un *Quijote* alternativo! O mejor dicho, un *Quijote* original del cual el que conocemos no es sino una versión alternativa. ¿Cree que es justo que semejantes joyas acaben enterradas en la caja fuerte de algún multimillonario?

—Bueno, no es exactamente lo que Cervantes hubiera querido —se defendió Erasmo—. Pero él dispuso claramente que su *Ur-Quijote* no viera la luz.

—¡Déjese de tonterías, por favor! Y deje también de defender a su amiga, la mayor ladrona de la historia. Y ya que hablamos de robos, ¿qué me dice de la crónica de Gonzalo?

Aquel era un asunto que Erasmo había mantenido apartado de su pensamiento, aunque fuera de forma inconsciente. Sin embargo, los legítimos propietarios de aquel documento eran Miguel Córdoba y su esposa Matilde, y nadie les había dicho que su valioso manuscrito había desaparecido, probablemente para siempre. Empezaba a vislumbrar que el enojo de Pilar estaba justificado y que algo tendría que hacer al respecto.

—Quizás deberíamos llamar al matrimonio de Esquivias y ponerlos al corriente —reconoció Erasmo.

—Eso no basta —repuso Pilar—. Y lo sabe, profesor. Mañana por la mañana usted y yo nos trasladaremos a Esquivias y daremos todas las explicaciones necesarias en persona.

—Bien —respondió Erasmo contrito.

—¡Espere, no he terminado! Luego acompañaremos a ese matrimonio para que puedan denunciar el robo ante la policía. Y no en una comisaría cualquiera, sino ante la Brigada de Patrimonio Histórico, donde puedan hacerse una idea clara de la

magnitud del delito.

—¡Pero...!

—Y naturalmente les explicaremos también nuestras sospechas sobre el robo en el convento de las Trinitarias. ¡Y que cada palo aguante su vela!

—¡Pero las monjas...!

—¡A la mierda las monjas! ¿Va a venir conmigo o dará lugar a que vaya yo sola?

Erasmus contempló con tristeza el plato de berenjenas a la parmesana que acababan de depositar ante él. Su aspecto le resultó tan poco apetecible como los planes de Pilar para el día siguiente.

—Por supuesto, por supuesto —respondió—. Iré contigo.

Para sorpresa de ambos, Miguel y Matilde se tomaron bien la noticia del robo de la crónica. De hecho, su preocupación principal no parecía ser la pérdida del documento, sino el estado en que ellos se encontraban tras la horrible experiencia de su secuestro, de la que habían sabido por las noticias de la televisión. Los invitaron a quedarse a comer con ellos en Esquivias, pero Pilar ya tenía sus planes trazados y se brindó a llevarlos a Madrid en su coche para formalizar la denuncia.

El resto del día lo pasaron en la comisaría del distrito de Hortaleza, que albergaba las dependencias de la UDEV, es decir, la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta, de la cual formaba parte la Brigada de Patrimonio Histórico. El agente que los atendió conocía a Erasmo y Pilar de oídas y decidió poner el asunto directamente en manos del comisario, un hombre relativamente joven que los escuchó con atención e hizo las preguntas oportunas en los momentos precisos. Con todo, estaba a punto de anochecer cuando Pilar y Erasmo firmaban su declaración.

—Me imagino que comprenden ustedes la gravedad de todo esto —les dijo el comisario—. Si hubieran denunciado el robo de ese manuscrito en el momento en que se produjo, tal vez se habría podido evitar todo lo demás.

Erasmus asintió con gesto afligido, aunque no compartiera la fe del comisario en la eficacia de las fuerzas de seguridad. El policía les comunicó que, dada la trascendencia del asunto, tendría que dar traslado al ministerio. También les pidió que estuvieran localizables, pues con toda seguridad aquella no iba a ser la última vez que tendrían que hablar con ellos.

Cuando salieron de la comisaría era ya noche cerrada. Pilar se ofreció a llevar a la pareja de Esquivias de regreso, pero ellos le dijeron que preferían aprovechar su estancia en la capital y quedarse en casa de una hermana de Matilde que vivía en Getafe, hacia donde partieron en un taxi. Erasmo supuso que su exalumna lo acercaría a casa en su coche, como solía hacer. Sin embargo, esta vez la muchacha subió a su Audi y arrancó, dejándolo plantado ante la puerta de la comisaría. Erasmo suspiró y aguardó la llegada de alguna lucecita verde a la que poder darle el alto.

Presentía que no iba a volver a ver a Pilar Esparza durante mucho tiempo.

Tal como les habían advertido, Erasmo fue citado en otras dos ocasiones para añadir detalles y aclarar puntos confusos de su declaración. En ambos casos confiaba en ver a Pilar, pero al parecer la policía había decidido interrogarlos por separado. Puesto que no había mantenido ningún tipo de contacto con la muchacha, Erasmo decidió que lo único que podía hacer era ceñirse escrupulosamente a la verdad, porque estaba seguro de que era lo que Pilar haría. Hubo algunos momentos en que comprendió que estaba pisando terreno peligroso y llegó a preguntarse si, en sus circunstancias, resultaba prudente declarar sin la presencia de un abogado. Al fin y al cabo habían ocultado información sobre graves delitos contra el patrimonio, tanto en España como en Inglaterra. Pero el comisario le pareció un hombre sensato y comprensivo, y decidió confiar en él. Y finalmente no tuvo que arrepentirse de ello. Aunque no le permitieron marcharse sin una amonestación:

—Tienen ustedes suerte de estar vivos —le dijo el comisario con gesto de maestro severo—. Y también de que las monjas de San Ildefonso hayan decidido hacerse las suecas sobre el robo. Los libros y documentos desaparecidos no figuran catalogados en ningún sitio, y ellas afirman no ser capaces de identificarlos con exactitud.

—¡Mentira y gorda! —exclamó Erasmo.

—Sinceramente, profesor, yo les creo a usted y a la señorita Esparza—. La Iglesia católica cuenta con un largo historial de negligencia en el cuidado de su patrimonio.

—Y de escurrir el bulto —apostilló el bibliófilo.

—Sí, eso también. Pero en este caso ustedes salen beneficiados. Si todo este asunto pudiera sustanciarse en un sumario, con toda seguridad su amiga y usted acabarían en el banquillo. Tal y como están las cosas, a ustedes dos únicamente se les puede considerar víctimas de delitos. En fin, que la ley los ampara en lugar de perseguirlos. Pero a título personal, he de decirle que su comportamiento en este asunto me parece temerario, completamente irresponsable.

—¿Y qué hay de Klemperer? —preguntó Erasmo notando que la cara le ardía de bochorno.

—Lo único que tenemos contra Víctor Klemperer es su declaración —respondió el comisario—. Y me temo que no va a ser suficiente. Es más, él afirma que usted le profesa una animadversión enfermiza y que esta es fruto de la envidia que siente por la fama del señor Klemperer como bibliófilo. Además, amenaza con querellarse contra usted y la señorita Esparza por falsa denuncia si no desisten de su acoso. Les aconsejo que tengan mucho cuidado con él. En cuanto a su amiga *Prometeo*...

—¡No es mi amiga! —protestó Erasmo.

—Disculpe. Era solamente un modo de hablar. Lo que iba a decirle es que le

hemos perdido completamente la pista. Puede que la noticia le alegre.

El rubor de Erasmo se acentuó, aunque decidió no replicar, pues comprendía que se lo tenía bien merecido. La conversación se convirtió a partir de ese momento en una regañina durante la cual el policía le dio algunas recomendaciones más sobre conductas cívicas y responsables.

Erasmo abandonó la comisaría sin cargos, pero las orejas le ardían como cuando aquel lejano maestro de su pueblo se ensañaba con él por no saberse la tabla de multiplicar.

Pilar seguía sin dar señales de vida y él decidió no importunarla. Sabía que la muchacha volvía a tener clases en aquel cuatrimestre y la supuso ocupada, amén de poco deseosa de verlo. Lo mejor sería dejar que transcurrieran los días, pues uno de los pocos tópicos que se le antojaban absolutamente veraces era aquel que afirma que el tiempo es el mejor bálsamo para las heridas. Pero Erasmo temía que su tiempo se convirtiera en una sucesión de momentos muertos, por lo que estableció un régimen de actividades al que se aferró como un diabético a su dieta. Todos los días salía a pasear por el Retiro durante al menos una hora. Asistía a todas las subastas que se anunciaban en las salas de Madrid, le interesaran o no. Reanudó la relación postal y electrónica con sus corresponsales habituales. Vendió un par de libros y compró otros dos para que ocuparan su lugar. Incluso dedicó tiempo a escribir algunos artículos de su serie *Gollerías para bibliófilos*, aunque el editor de la revista *Hibris*, su amigo Pepe Grau, había dejado de publicarla tres años antes. Puesto que ya no quedaba en España ni una sola publicación periódica especializada en bibliofilia, Erasmo pensó que tal vez podría convertirse en lo que llamaban «un bloguero» y publicar sus artículos en internet. Siempre había pensado que un «bloguero» era un tipo con gorra, camiseta de baloncesto y pantalones caídos por la cintura, en suma, un espécimen humano con el que sentía pocos vínculos. Sin embargo, cierto día averiguó que no era lo mismo un bloguero que un rapero, y que la actividad de publicar artículos de forma periódica en internet se consideraba perfectamente respetable y no precisaba de atuendos estafalarios ni de bailes tribales.

Se le ocurrió reanudar la serie con un artículo dedicado al peor enemigo de los libros. Algunos decían que era el fuego, mientras que otros se inclinaban por el agua, y había quienes señalaban a las mujeres. Pero todos se equivocaban, pues en opinión de Erasmo eran los niños quienes destruían más y mejor el papel, impreso o manuscrito. De ahí la extrema rareza de las cartillas para enseñar a leer y de todos los demás tipos de folletos o librillos escolares, motivo por el que eran muy buscados por los bibliófilos.

Erasmo le dedicó a su artículo sobre las cartillas escolares un par de días y lo concluyó con la satisfacción de haber realizado un digno trabajo que además lo había

mantenido distraído durante unas cuantas horas. Su propósito era averiguar cómo se elaboraba un blog, y también si costaba dinero, pero decidió posponer el asunto y comenzar otro artículo de la serie, esta vez dedicado a «Los guapos, contrabandistas y bandidos en la literatura de cordel española».

Y así fue transcurriendo aquella primavera cálida y sin lluvias del 2015, un tiempo que en efecto se reveló balsámico, hasta el extremo de que hacia los primeros días de junio Erasmo creía haber restaurado el equilibrio perdido y estaba convencido de poder reanudar su vida sin quebraderos de cabeza ni sobresaltos. Aunque añoraba a Pilar, e incluso le envió un correo que ella respondió de forma correcta pero escueta. Fue a principios de junio, cuando el Ayuntamiento de Madrid, en colaboración con la Real Academia, decidió dar sepultura de nuevo a los supuestos restos de Cervantes en la iglesia de San Ildefonso. Erasmo vio la noticia en internet y casi se atraganta con el café con leche que estaba bebiendo cuando leyó que en la lápida se citaba la dedicatoria del *Persiles*, pero al pie de la cita se había cometido un error completamente previsible con el título de la obra, que habían rebautizado como *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. «Segismunda» en lugar de «Sigismunda». España cañí. La alcaldesa en funciones había dicho que Cervantes volvía a estar donde él deseaba estar. Cervantes y las once o doce personas más cuyos huesos estaban mezclados con los suyos. Aunque a fin de cuentas los huesos no son más que huesos, y tanto dan unos como otros.

Fue poco después cuando recibió el mensaje de *Prometeo*.

Era domingo, lucía el sol y por la Feria del Libro de Madrid discurría un auténtico río de gente. Dado su escaso interés por lo que escribían y publicaban sus contemporáneos, Erasmo rara vez visitaba aquel evento, máxime cuando los autores estrella en la actualidad ni siquiera eran escritores en sentido estricto. Por lo que pudo distinguir entre la marea de cabezas, la palma este año se la llevaban los cocineros (o *chefs*), seguidos a poca distancia por las *starlettes* televisivas y, en el colmo de la infamia, por los políticos. En opinión de Erasmo, aquella feria no era más que una exhibición faraónica del mal gusto de los lectores, del oportunismo de los editores y de la decadencia general de un sector al que no le quedaba mucho para tocar fondo. Ojalá el maldito libro electrónico barriera con todo y se pudiera empezar de cero. Aunque, mientras tanto, los madrileños se habían acercado en masa al paseo de Coches del Retiro para echarles un vistazo a sus personajes televisivos favoritos. De hecho, Erasmo a duras penas lograba dar un paso sin tropezarse con algún visitante o sin sufrir la embestida de algún cochecito de bebé. Hubo un momento en que incluso estuvo en un tris de dar con sus huesos en el suelo al enredarse sus pies con la cadena de un perro, cuyo dueño lo increpó airadamente por haber estado a punto de pisar a su querida mascota. Comenzaba a notar los primeros síntomas de la ansiedad cuando

localizó por fin la caseta cuyo número se le indicaba en el *email*. A Erasmo se le escapó una exclamación de horror.

La caseta estaba ocupada por una de esas editoriales especializadas en ediciones facsímiles de lujo: beatos, libros de horas, atlas, biblias y, en general, cualquier libro que tuviera ilustraciones, capitulares vistosas y muchos colorines. Como amante del libro antiguo y raro, a Erasmo aquello le parecía un auténtico insulto a la pasión a la que había consagrado su vida. Cualquiera capaz de gastar una fortuna en una de aquellas fotocopias con pretensiones le parecía un completo idiota. Pero lo que más le indignaba era la denominación de «casi-originales» con la que aquella editorial acostumbraba camuflar la naturaleza clónica de sus ediciones. Un facsímil demasiado bien realizado entrañaba siempre peligro para un coleccionista que quisiera pasarse de listo. De hecho, a él mismo le habían colocado uno en sus años mozos, episodio que siempre recordaba con rabia y un punto de bochorno. Movido por cierta curiosidad morbosa, echó un vistazo a las piezas que había expuestas este año, y no le sorprendió descubrir que el producto estrella era un estuche que contenía copias de ambas ediciones príncipe del *Quijote* al módico precio de 3.900 euros.

Sin embargo, Dolores había sido muy clara en su correo al indicarle el número de la caseta donde deseaba encontrarse con él, así como la hora exacta. Por un momento, Erasmo había pensado que pudiera tratarse de una nueva trampa de Klemperer, pero descartó la idea al comprender que a esa hora la Feria del Libro del Retiro sería el lugar más concurrido de Madrid. Además, Dolores había mencionado algún detalle íntimo para demostrar la autenticidad de su mensaje. En concreto, cierta peculiaridad de la anatomía de Erasmo que solo ella podía conocer. Ella, el espejo de su cuarto de baño y su difunta Almudena, a quien Dios tuviera en su gloria.

—Hola, Erasmo. Veo que has decidido darme el capricho.

El bibliófilo se volvió hacia ella. Estaba magnífica. Muy morena y con un vestido blanco de algodón que resaltaba de forma admirable su figura y dejaba al descubierto sus larguísimas piernas.

—Hacía años que no me ponía una de estas camisas tropicales —confesó Erasmo—. Por suerte no he engordado apenas. Y la bonanza del tiempo se presta a ello. ¿Cómo estás?

—No puedo quejarme. ¿Te parece si paseamos?

Ambos se pusieron en marcha. La multitud se hacía más densa por segundos, pero Erasmo comprobó que Dolores no tenía la menor intención de buscar un sitio menos concurrido para proseguir su encuentro.

—¿No tienes miedo de que te haya tendido una trampa? —preguntó Erasmo—. Quizás ahora mismo nos estén siguiendo media docena de policías de incógnito.

Dolores rio.

—Eres incapaz de hacer tal cosa, *my dear*. Demasiado caballeroso, demasiado chapado a la antigua.

—¿Por qué has querido que nos viéramos?

Dolores lo tomó de la mano y él sintió que el corazón le daba un brinco.

—Quería aclararte alguna que otra cosa. También quería entregarte esto. —Ella le dio una pequeña tarjeta de cartulina parecida a las de los aparcamientos, aunque al mirarla más cuidadosamente Erasmo comprobó que se trataba de un tique de la consigna de la estación de Atocha—. Ve a recogerlo cuanto antes —le advirtió.

Erasmo guardó la tarjetita en el bolsillo de su camisa tropical.

—¿Qué encontraré allí?

—Es solo un pequeño detalle. Una muestra de gratitud por haberme salvado la vida en Stratford.

—¿Y sobre qué querías hablarme? —preguntó él disfrutando del sedoso y cálido contacto de la mano de Dolores.

—Es sobre los acontecimientos de aquella noche.

—¿La noche en que estuvieron a punto de matarnos a Pilar y a mí?

—Sí —respondió ella.

—¿Nos habrías dejado morir?

Dolores guardó silencio durante unos segundos, el tiempo que emplearon en sortear la larguísima cola de adolescentes que se había formado ante el puesto donde firmaba sus memorias un cantante de apenas dieciocho años de edad.

—Yo sabía que Klemperer iría por vosotros —respondió Prometeo—. Y pensaba advertirte de ello. Lo que jamás imaginé es que fuera a actuar tan pronto. Mi principal preocupación era conseguir entrar en el convento antes que sus hombres. De modo que aquella noche, nada más bajar del avión, empecé a rondar por los alrededores buscando el modo de colarme allí dentro y de disponer de unas horas para trabajar con tranquilidad. Todavía no comprendo cómo pude adelantarme a ellos.

—Igor le mintió a su jefe. Le dijo que te había matado —dijo Erasmo.

—¿En serio? —preguntó Dolores con sorna—. Ahora comprendo por qué fueron tan lentos. Al final el condenado ruso resultó no ser tan profesional como parecía.

—Pero no me has respondido. ¿Nos habrías dejado morir?

—Este es un juego peligroso —respondió Dolores aumentando la presión de su mano—. Cuando los vi entrar en la iglesia con Pilar supe que Klemperer había decidido vengarse de vosotros aquella misma noche. Imaginé que no tardarían mucho en traerte a ti y no me equivoqué. Entonces comprendí que aquella era mi ocasión. Tan pronto como estuve dentro del convento y conseguí hacerme con el hábito de aquella monja negra, hice la llamada a la policía. Calculé que Klemperer querría jugar un rato con vosotros antes de eliminaros. Pero no tenía forma de saber qué estaba ocurriendo en aquella cripta.

—Ya —respondió Erasmo con cierta tristeza.

—Créeme. Me alegré mucho cuando supe que habían llegado a tiempo.

Arturo Pérez-Reverte firmaba su última novela en la caseta junto a la que pasaban, ante la cual se había congregado una importante acumulación de lectores. Erasmo observó que el novelista interrumpía la escritura de una dedicatoria para

clavar los ojos en el trasero de Dolores. Durante unos segundos, Erasmo deseó no ser tan de la vieja escuela para poder hacerle una higa mientras se alejaban del arrogante cartagenero.

—¿Encontraste todo lo que Gonzalo afirmó haber guardado en el cofre? —preguntó Erasmo con cierta ansiedad en la voz.

—No creo que sea necesario que sepas eso. Te diré tan solo que lo que hallé cumplía plenamente mis expectativas.

—¡Por favor! —insistió Erasmo en tono de súplica—. Dime por lo menos si encontraste los capítulos del *Quijote* original, los que Cervantes reemplazó por culpa de Avellaneda.

Dolores asintió.

—¿Los has leído?

Ella volvió a asentir.

—¿Cómo son? ¿Mejores que los de la novela que conocemos? ¿Peores?

Erasmo vio que ella cerraba los ojos antes de responder, como intentando evocar un poderoso recuerdo.

—Son... diferentes. Algo realmente prodigioso. Pero tranquilo. No tengo intención de vender esos capítulos. Al menos de momento.

—¿Cómo dices?

Dolores sonrió.

—Yo también soy una buena bibliófila. Me parecería un sacrilegio. Además, con lo que pienso obtener con la venta de los libros ya tendré suficiente para retirarme.

—Sabes que las monjas no han denunciado el robo, ¿no? Podrías hacerlos pasar por un hallazgo legítimo y venderlos a través de un testaferro. Quizás alguna biblioteca o institución pujaran entonces por esos capítulos y el mundo llegara a conocerlos.

Dolores volvió a reír.

—Es una buena idea. Pero dime, ¿tú los venderías?

Erasmo se imaginó en posesión de aquel tesoro. Se vio a sí mismo deslizando los dedos por aquellas hojas de papel que la pluma de Miguel de Cervantes había cubierto con su minuciosa escritura, recorriendo con los ojos aquellas palabras que apenas un puñado de personas habrían leído. Sería como entablar una íntima conversación con él. Como tener a Cervantes de interlocutor siempre que le viniera en gana.

—No. Supongo que no los vendería.

—Además, ¿quién sabe? —dijo ella—. Si los conservo, tal vez tenga ocasión de mostrártelos algún día.

Erasmo contuvo el aliento.

—¿Lo dices en serio?

—La vida es larga y a veces esconde sorpresas, *my dear*. Y ahora ha llegado el momento de que nos digamos adiós.

Dolores se detuvo y se volvió hacia él. A continuación lo tomó por ambas manos y acercó sus labios a los de Erasmo.

Cuando el beso terminó y él volvió a abrir los ojos, Dolores ya no estaba allí.

De no ser por el tique de la consigna que seguía en su bolsillo, Erasmo habría pensado que ella nunca había estado allí.

La consigna de Atocha estaba en la parte original de la estación, en ese lugar donde alguien había tenido la absurda idea de plantar un incongruente palmeral. A Erasmo le dieron mala espina los tipos que aguardaban a la sombra de la vegetación tropical, por lo que caminó a toda prisa hacia el fondo del andén, donde se encontraba la consigna. Lo que halló en la taquilla fue un maletín negro. A pesar de la cercanía, decidió tomar un taxi hasta su casa para no correr riesgos. Una vez allí, colocó el maletín sobre su escritorio y lo abrió.

—¿Don Erasmo, don Erasmo! ¿Le ocurre algo? —preguntó Gladys desde la puerta de su biblioteca.

—No, no. Estoy perfectamente.

—Ay, disculpe. Pensé que le había oído gritar.

Cuando la dominicana regresó a sus tareas, Erasmo levantó el auricular del teléfono y marcó el número de Pilar Esparza.

—¿La crónica de Gonzalo? ¿Me está usted diciendo que esa mala pécora nos ha devuelto la crónica de Gonzalo de Córdoba?

Pilar había recibido su llamada con extrañeza. Sin embargo, una vez puesta en antecedentes, no había tardado ni media hora en presentarse en casa de Erasmo. En aquel momento, sin poder salir de su asombro, contemplaba el pequeño volumen con tapas de pergamino que descansaba sobre la mesa de su antiguo profesor.

—No solamente nos ha devuelto la crónica de Gonzalo —respondió Erasmo—. Mira esto.

El maletín contenía también una lujosa carpeta negra de cuero. En su interior había dos documentos manuscritos protegidos por gruesas fundas de plástico transparente. Pilar tomó con sumo cuidado el primero de ellos.

—Está escrito en lo que en el ámbito de la paleografía anglosajona se llama «secretary hand», un tipo de escritura cursiva muy común en el norte de Europa en los siglos XVI y XVII. «*To the right honourable Michael Cervantes*» —descifró trabajosamente Pilar—. ¡Profesor!

—¡Pilar, comprueba la firma!

La muchacha localizó la confusa firma al pie de la carta y la estudió durante unos segundos.



—¡William Shak-spear! ¡Profesor! ¡Es la firma de Shakespeare!

—En efecto —respondió Erasmo—. La firma de William Shakespeare hacia el final de su vida, casi idéntica a las que figuran en su testamento, incluyendo la ortografía. El documento que tienes en las manos es la carta que Cervantes recibió del dramaturgo inglés poco antes de morir, y puede que también lo último que Shakespeare escribió de su puño y letra.

—¡No lo puedo creer! ¡Dígame que estoy soñando!

—Estás bien despierta, Pilar. Mira ahora la otra carta y dime si reconoces la letra. Pilar tomó el otro documento y lo examinó con ojos de asombro.

—¡La letra de Gonzalo de Córdoba! Muy similar a la de la primera crónica, aunque trazada con mano más firme, la mano de un hombre joven.

—¿Y la firma?



Miguel de Cervantes Saavedra

Las manos de Pilar comenzaron a temblar de tal modo que se vio obligada a dejar la carta sobre la mesa. Sus ojos estaban cerrados. Respiraba tomando rápidas bocanadas de aire. Erasmo temió que pudiera sufrir un desvanecimiento.

—Tranquila, Pilar. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

La muchacha todavía tardó unos segundos en recuperarse.

—No soy una damisela decimonónica, profesor. Le habría pasado a cualquiera. ¿Cree usted que son auténticas o piensa que su amiga nos puede haber dado gato por liebre?

—No veo qué motivo podría tener Dolores para hacer tal cosa. Permíteme decirte que creo que has menospreciado a esa mujer.

—Suele ocurrirme con la gente que ha estado a punto de matarme.

—Bien —dijo Erasmo conciliador—. ¿Por cuál empezamos?

—¿No las ha leído? —preguntó Pilar con gesto de extrañeza.

—Por supuesto que no. Te estaba esperando.

Pilar tomó la carta que Cervantes dictara a Gonzalo de Córdoba.

—¿Le parece que empecemos por lo que nuestro amigo don Miguel le escribió a Shakespeare? Siempre me pregunté qué tendrían que decirse dos hombres como ellos.

—Pues estás a punto de saberlo. Lee, por favor, Pilar. Lee para mí.

Para el señor Guillermo Shakespeare, caballero de la ciudad de Stratford junto

al Avon. Inglaterra.

Mi muy estimado señor Shakespeare:

Acabo de leer la carta que vuestra merced tuvo a bien enviarme, en la que me participáis que habéis concluido la escritura de la comedia en torno a mi don Quijote y mi Sancho Panza, personajes que me honra compartir con vos. Son noticias estas que me llenan de orgullo, aunque lleguen tarde. Ayer me dieron la extremaunción. Y hoy ya apenas vivo, tan solo espero. Con todo, como poeta que sois, conoceréis bien esta ilusión, acaso vana, de sobrevivir a través de nuestras criaturas, y me refiero a las de tinta y papel, pues de los hijos uno no debe esperar más que lo que ellos buenamente quieran darnos, sea poco o sea mucho. Aunque yo me considero afortunado con este hijo que la vida me regaló, el mismo que toma esta carta al dictado y que vos ya conocéis. Mi buen Gonzalo me asiste junto al lecho en estas últimas horas. Quiera Dios que la vida le conceda más dicha que la que yo tuve, y también más tiempo y paz para disfrutarla.

Soy un hombre viejo, señor Shakespeare. Nací en días más sencillos que estos que ahora sufrimos, y que ya apenas entiendo. Quise seguir la honorable carrera de las armas y fui herido en combate por defender la cristiandad. Y mi premio fueron cinco años de cautiverio y una vida entera de trabajos y penurias. Y ahora el reino está en paz y yo me pregunto si el sacrificio mereció la pena. ¿De qué sirvieron tantas guerras y tanto dolor? Esta paz de España es la paz de la muerte, señor Shakespeare. Los hombres honrados gimen bajo el peso de sus deudas. Los pordioseros son legión. Los ricos medran a costa de la miseria de casi todos. La injusticia se enseñorea de estos reinos.

Aunque algo hice por remediarlo. Y no me refiero a mis hechos de armas, los cuales, aunque honrosos, de bien poco sirvieron. Sí, algo hice. Pues me cabe el orgullo de haberle legado un paladín al mundo. Y no un paladín cualquiera, sino uno que sobrevivirá muchos siglos y que jamás dejará de pelear por lo que es justo, de defender a los débiles y auxiliar a los necesitados. Don Quijote es mi legado para la posteridad, señor, y con él la idea de que es menester luchar por un mundo más decente que este que nos aflige.

He de irme pronto. Quiero decir que me muero. Mucho me habría complacido conoceros en persona, ser capaz de leer vuestros poemas, disfrutar de vuestras obras en los teatros de Londres, cuyas maravillas Gonzalo me ha glosado. Me habría gustado ver más, vivir más, tal vez haber sido mejor hombre de lo que fui. Sin duda me habría gustado haber sido más dichoso. Pero todo eso poco importa ahora, señor. Mi aliento se agota y tan solo me resta el indispensable para enviaros mis bendiciones y mi deseo de que vos y los vuestros os halléis bien a la llegada de esta carta. Por lo demás, se acerca el momento de dejarse ir y de ponerse en manos del Altísimo, que es el mayor de todos los consuelos, y el único que a mí me queda.

*De Madrid, a diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.
Servidor de Vuesa Merced,
Miguel de Cervantes*

EPÍLOGO

CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID 23 DE
ABRIL DE 2016. DÍA DEL LIBRO

—Bueno —pregunta Erasmo mientras extiende el brazo para tomar un canapé de la bandeja que le ofrecen—. ¿Crees que esta vez también será un éxito?

—En la editorial se muestran optimistas —responde Pilar—. Van a hacer una campaña de promoción sin reparar en gastos. Y teniendo en cuenta el año en que nos encontramos...

—Pobre Gonzalo. Convertido en todo un *best seller* y sin poder disfrutarlo. Seguramente le habría venido bien el dinero. Aunque supongo que tendrás que repartir los derechos de autor con sus descendientes. Ah, mira, precisamente por aquí vienen Miguel y Matilde.

El matrimonio de Esquivias se acerca a ellos y los saluda calurosamente. Miguel Córdoba trae una copa de vino en la mano. A juzgar por el rubicundo color de sus mejillas, no es la primera que toma.

—¡Todo muy bien, todo de maravilla! —viene diciendo—. Y no os podéis imaginar qué gran promoción ha sido todo esto para nuestra casa rural. La hemos tenido hasta los topes durante toda la Semana Santa. Lo único...

—Dime, amigo Miguel —lo insta Erasmo—. ¿Qué mal te aqueja?

—Lo de siempre. No se creen que yo sea descendiente directo de Cervantes.

Pilar suspira.

—Sí. Todavía hay muchos académicos que abogan por la creencia canónica de que Isabel, la hija de Cervantes, se casó con un tal Diego Sanz, del que enviudó en 1608 tras tener una hija que murió de niña. Y que en 1609 volvió a casarse con Luis de Molina. En fin, que Gonzalo de Córdoba no aparece por ningún lado.

—¿Y la crónica que encontramos? —pregunta Matilde.

—Como ya sabemos, la crónica de Gonzalo desmiente todo eso y cuenta una historia completamente distinta —responde Erasmo—. Desde el primer momento, mi idea es que hubo dos mujeres con el mismo nombre cuyas biografías se han confundido. Sin embargo, hay unos cuantos investigadores que sostienen que lo que Gonzalo cuenta en su crónica es una patraña. De hecho, afirman que es solo una novela basada en hechos reales. Es más, dicen que ni siquiera hubo un Gonzalo de Córdoba. Que no se ha encontrado ni un solo documento que avale su existencia y su relación con Cervantes y con su única hija.

—¡Pero eso no se sostiene, profesor! —protesta Pilar—. Piense en los hallazgos realizados gracias a ambas crónicas. Quien las escribió era una persona muy cercana a Cervantes, alguien que estuvo presente en su lecho de muerte. Hasta el propio

Cervantes lo menciona en esa última carta.

—Una carta que lleva su firma —responde Erasmo—, pero que por desgracia no escribió de su puño y letra. Tal vez nos las veamos con otro impostor, otro Avellaneda. Todo eso se podría dilucidar quizás con una prueba de ADN, como nuestro amigo Miguel ha solicitado. El problema es que no tienen ni idea de cuál de todos esos huesecillos es de Cervantes. Si es que alguno lo es. Los políticos ya tienen su placa en San Ildefonso, con error incluido, y todo lo demás se la trae floja. —Erasmo le da una amistosa palmada en la espalda al esquiviano Miguel Córdoba—. Pero no quiero darle el día a nuestro amigo, de modo que *libiamo, libiamo ne'lieti calici che la bellezza infiora*.

Y procede a tomar una copa de vino de una bandeja que pasa por allí cerca.

Los esquivianos se disculpan, quizás un tanto confundidos con el arranque operístico de Erasmo, y vuelven a dejarlos solos.

—Pobrecillo —dice Pilar—. Tiene a toda la crítica cervantina en contra. Jamás podrá demostrar que descende del novelista, si es que realmente es así. En su presentación de mi edición de la crónica, Trapiello también ha sugerido que la crónica podría ser una obra de ficción.

—Trapiello haría bien en callarse la boca —gruñe Erasmo—. Reconozco que el hombre ha estado simpático, pero aún no le he perdonado esa reescritura del *Quijote*, que estaba muy requetebién como Cervantes lo dejó. Ese tipo se ha pensado que es un personaje de Borges. Ah, mira, por aquí viene Martín Abad. ¡Cuerpo a tierra!

—¡Pilar! ¡Enhorabuena! ¡Un trabajo de edición magnífico! Y tú, Erasmo, tienes un lugar reservado entre los bienaventurados por haber hecho donación de esas cartas a la Biblioteca Nacional. Ni te imaginas el cabreo que tienen los de la British Library. Los ingleses tiran la casa por la ventana con su año Shakespeare, y ahora resulta que el autógrafo de Shakespeare más importante hallado hasta la fecha aparece en Madrid. ¡Están que trinan!

—Y no te olvides de la carta de Cervantes.

—Sí, sí, naturalmente. Una pena que solamente la firma sea de Cervantes. Ya veis que ahora mucha gente pone en tela de juicio la existencia de Gonzalo de Córdoba.

Erasmo frunce el ceño.

—Parece que está de moda negar la existencia de la gente. Llevan años diciendo que Shakespeare no existió. Ahora resulta que Gonzalo de Córdoba tampoco. Lo siguiente será negarle también la existencia al pobre Cervantes y afirmar que el *Quijote* lo escribió Lope de Vega en sus ratos libres.

—¡Vamos, vamos, Erasmo! No te sulfures. Hoy es un día para la alegría. Lo que me gustaría es saber de dónde sacaste esos documentos. ¿Me lo contarás algún día?

—Algún día —promete Erasmo—. Si eres bueno y no vuelves a pujar contra mí en una subasta.

—¡Ah, eso ni lo sueñes! Que disfrutéis.

Martín Abad se da la vuelta y se aleja unos pasos hacia donde Hernán Pérez

charla con Francisco Rico y con Andrés Trapiello. Erasmo supone que les estará contando alguna de sus proezas de restauración. No deja de observar que Martín coloca su mano sobre el hombro de su funcionario igual que lo haría un padre orgulloso. Se alegra de que el pecadillo de Hernán con respecto a la crónica de Gonzalo haya sido olvidado. No le pasan por alto las miradas disimuladas que el restaurador le lanza a Pilar.

—Ese muchacho sigue colado por ti —dice Erasmo en tono de confianza—. ¿Os veis?

—A veces me invita a cenar —responde la muchacha—. Pero no se imagine romances, que la cosa no va por ahí. Empiezo a sentirme casada con la filología.

A Erasmo le sorprende comprobar que la respuesta de Pilar no le produce alivio. ¿Se puede concebir matrimonio mejor que el de una profesora de literatura con un restaurador de libros antiguos?

—Ya se habrá enterado, ¿verdad? —dice de repente la muchacha—. Me refiero a la publicación de esa novela, *Madrid, 1616*, la continuación de aquella titulada *Madrid, 1605* en la que usted y yo éramos los protagonistas, aunque con nombres distintos.

—¡No fastidies! —exclama Erasmo, quien ha estado a punto de atragantarse con el último sorbo de vino—. ¿Lo han hecho de nuevo, los condenados? Me imagino que esta vez no habrán podido usar la segunda crónica de Gonzalo.

—Pues eso es lo más curioso de todo —responde la muchacha—. Sí que han introducido la segunda crónica en capítulos alternos, igual que hicieron la primera vez. Lo que no entiendo es cómo han podido tener acceso a ella. Tal vez haya sido por una filtración de la editorial.

—O puede que sea obra de encantadores —aventura Erasmo—. Incluso cabe la posibilidad de que tú y yo no seamos más que personajes de ficción, como dicen que es el amigo Gonzalo de Córdoba, y que todo esto que nos ocurre ahora no esté ocurriendo sino dentro de un libro. De hecho, empiezo a notar cierta sensación de irrealidad, como si las palabras que ahora pronuncio las estuvieran escribiendo para mi personaje. Casi puedo oír el sonido de los dedos sobre el teclado.

Pilar ríe.

—Me alegro de que se lo tome con humor. Aunque veo que el vino lo pone demasiado metafísico. Pirandello estaría encantado.

—Sí —conviene Erasmo. Y tras soltar un suspiro, añade—: En fin, querida Pilar, parece que esta novela nuestra se acaba. Ya casi vislumbro la palabra «fin» al pie de este diálogo.

—Pero aún quedan un par de asuntos pendientes, ¿no le parece?

—¿Y qué asuntos son esos?

—La obra de William Shakespeare sobre el *Quijote*, para empezar. ¿Piensa que aparecerá algún día? Y, por supuesto, los capítulos perdidos de la segunda parte, los que su amiga robó. ¿Los llegaremos a ver en lo que nos resta de vida?

Erasmus desea con toda su alma que así sea. Aunque, para ser sincero consigo mismo, todavía desea más encontrarse de nuevo con Dolores, en quien piensa constantemente desde su último encuentro en el Retiro, en junio del año anterior. En ese momento pasa junto a ellos una camarera con una nueva bandeja de canapés. Es una mujer alta y esbelta. Erasmus le da un golpecito en el hombro para llamar su atención y se queda congelado cuando la camarera se gira hacia él.

—¿Son de... anchoa? —pregunta.

Erasmus y la camarera se miran a los ojos durante unos segundos.

Ella le sonrío.

Y Erasmus piensa que aquel va a ser el mejor Día del Libro de toda su vida.

FIN

26-8-2015

TABULA GRATULATORIA

Por segunda vez es de justicia reconocer públicamente las aportaciones a este libro debidas a una serie de personas, entre las que cabe destacar a M^a Eugenia Esparcia, que sufrió estoicamente el que su marido le dedicara poco tiempo durante la redacción de la novela y le ofreció valiosas sugerencias y opiniones. A Juana Agüero, que leyó el original en busca de erratas y localizó unas pocas muy bien camufladas. Y a Ana Martínez, quien colaboró para sacar lustre a la versión final.

Arsenio Sánchez y Mariano Caballero compartieron generosamente con nosotros algunos de sus amplios conocimientos de restauración.

Miguel Ángel Matellanes y Charo Cuevas, de Algaida Editores, confiaron de nuevo en nosotros y facilitaron la publicación de esta novela.

Las personas que compraron y leyeron *Madrid, 1605* han sido nuestro principal estímulo para escribir esta continuación, que esperamos fervientemente les proporcione al menos tanto placer como la novela anterior.



ELOY MIGUEL CEBRIÁN BURGOS (Albacete, 1963) es un escritor español. En 1986 terminó sus estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Valencia, tras lo cual obtuvo las oposiciones de profesor de instituto. Ha impartido clases de inglés en institutos de Valencia, Villena y Albacete, ciudad en la que actualmente vive y trabaja.

Comenzó su carrera novelística con el ciclo *Memorias de Bucéfalo* (1998-2001). En 2000, junto con el también escritor albaceteño Antonio García Muñoz, fundó la revista literaria *El problema de Yorick*, que codirige desde entonces. Es también columnista de opinión en la prensa local. Como escritor, ha cultivado fundamentalmente la novela y el relato, en los ámbitos tanto de la literatura adulta como de la juvenil. Su obra se extiende por diversos géneros, desde la novela histórica, con ejemplos como las ya mencionadas *Memorias de Bucéfalo* (sobre la vida y aventuras de Alejandro Magno narradas por su caballo, Bucéfalo), o *Bajo la fría luz de octubre* (2003) (donde se cuentan los avatares y penalidades de una familia republicana española en los años de la Segunda República, la Guerra Civil y la post-guerra en la voz de una niña que crece a lo largo de la novela); hasta la novela policíaca, como *El fotógrafo que hacía belenes* (2005), con marcados tintes de humor negro y sátira. En el aspecto satírico, en el ámbito de la crítica social, destaca la novela *Los fantasmas de Edimburgo* (2008).

FRANCISCO MENDOZA DÍAZ-MAROTO nació en La Mancha en 1948. Bibliófilo e importante coleccionista, estudió en el Seminario de Talavera y luego en Sigüenza y

en la Universidad Complutense, por la que es doctor en Filología Hispánica. Ha ejercido de catedrático de Lengua y Literatura en Albacete y París, ha realizado investigaciones sobre literatura culta, oral y de cordel y ha publicado 15 libros, entre ellos el ensayo *La pasión por los libros: un acercamiento a la Bibliofilia* (2002) y *El poemario El bibliófilo que soñaba (despierto)* con Elsa Pataky (2012).

Juntos han escrito *Madrid, 1605* (2012) y *Madrid, 1616* (2015).